



patio de luces

ANA VICTORIA VALLADARES RUBÍ

D.J.57

PATIO DE LUCES

por

Ana Victoria Valladares Rubí

*Gracias a Raquel por creer en mí, a mi madre por animarme a cumplir con mi reto cada día
durante el NaNoWrimo de 2015.*

Muchas gracias a las dos por sus aportes que me ayudaron a llegar a la versión final.

Gracias también a todos aquellos que inspiraron mis personajes.

A Addam por enseñarme los altibajos del amor.

UNO

En la cocina había muy poca luz. Estaba lloviendo. Me asomé a la ventana del patio de luces y me contorsioné para poder ver el cielo, cubierto de nubes enormes y muy oscuras. La lluvia iba a durar un buen rato, y era un fastidio, porque el desagüe del patio se atrancaba con facilidad en días como aquél.

Desde el bolsillo trasero de mis shorts, el móvil vibraba constantemente. Lo saqué, apreté el botón de apagado y lo tiré en la trituradora de comida. La activé, y me alejé para que los trozos de plástico y vidrio no me saltasen a la cara. Sin embargo, la trituradora se bloqueó casi de inmediato. Apagué el motor de la trituradora y me asomé al agujero. El aparato se había quedado doblado, atrapado por las cuchillas y había comenzado a partirse por la mitad. No iba a funcionar más.

Del cajón de las medicinas, bajo la encimera, empecé a sacar lo que me iba encontrando: pastillas para dormir y analgésicos. Había bastante cantidad de ambos, y era mi hora del café, así que iba a prepararlo como me gustaba (capuchino con brandy) y esta vez las iba a incluir en la receta. Eché un vaso de leche en una jarra plástica que dejé calentando en el microondas. Mientras tanto, fui sacando las pastillas de sus cartones.

Para animarme un poco, encendí la radio, sintonizada en mi emisora favorita, con música de décadas pasadas. En aquel momento, el locutor estaba terminando de hablar, mientras las primeras notas de la versión larga de “The Safety Dance” comenzaban a sonar. Aquella canción me valía.

Sin pensarlo mucho, coloqué todas las tabletas en el mortero que tenía de decoración. Al fin iba a darle uso, después de tanto tiempo. Aumenté el tiempo del microondas y empecé a machacar alegremente todo aquello, hasta que tuve un polvo más bien fino. Lo probé, y no me sabía a nada. Buena señal.

Vacíé aquel polvo en la taza, eché encima el sobre de capuchino soluble, y cuando pitó el microondas, saqué la leche, que estaba tan caliente que hervía y la vertí sin parar de remover, hasta que todo parecía haberse disuelto

por completo. Como estaba ardiendo, decidí dejarlo reposar hasta que me lo pudiese beber.

Antes de abandonar la cocina, miré de nuevo por la ventana del patio de luces y vi que la lluvia se había convertido en tormenta, y las arquetas del pequeño patio empezaban a tener problemas para tragar toda el agua. Bueno, a esas alturas, me daba igual. Cerré el cajón de las medicinas, y me llevé la tacita de capuchino unos pasos más allá, hasta el salón-comedor. Coloqué la taza sobre la mesa, y del mueble del salón, cogí la botella de brandy, y mi set de escritura.

Me senté a escribir mi nota de suicidio, que coloqué elegantemente sobre el resto del set de escritura, en el centro de la mesa. Miré con orgullo cómo me había quedado, removí mi capuchino, eché un generoso chorro de brandy, lo removí de nuevo y por fin me recliné en la silla, para empezar a tomármelo. En la radio sonaban Peter Gabriel y Kate Bush, “Don’t Give Up”. Se me escapó una risita.

Planifiqué las últimas cosas que iba a hacer: me metería en la cama, me tataría con las sábanas hasta cubrir mi cabeza y cerraría los ojos para siempre, con el agradable sonido de la lluvia y la radio como banda sonora. Terminé mi bebida, dejé el tiempo pasar hasta que empecé a cabecear. Por costumbre, me levanté a llevar la taza vacía al fregadero. En cuanto me puse de pie, noté lo cansada que estaba.

Llegué a la cocina a duras penas y mi mirada se dirigió de inmediato al pequeño grupo de vecinos que había abierto la portezuela para entrar al patio de luces, el cual se estaba inundando a gran velocidad. Por desgracia, ellos me vieron también a mí. Les escuché dar voces y en cuanto me alejé de la ventana, tocaron mi timbre con mucha insistencia.

Me separé de la encimera para ir hacia la puerta y todo a mi alrededor parecía rebotar ante mis ojos. Todo se veía tan extraño, que me entró la risa floja. Me tambaleé hasta la puerta, que abrí por pura inercia, y sentí pánico en el último segundo, por no haber mirado antes por la mirilla. ¿Y si se trataba de...?

—Hola, soy Mr Wilby, el vecino del quinto, el tesorero —empezó a hablar sin esperar a mi saludo— verás, que hemos visto que se está inundando el patio de luces y que hemos pensado el presidente y yo que antes que llamar a una empresa de desatranques y esperar a que la inundación vaya a más, podemos intentar arreglarlo nosotros, y bueno como tú vives aquí al

lado y puedes ser una de las más afectadas pues que si te importaría ayudarnos y tal, tienes escobas y eso ¿verdad? te coges una y vamos.

—Ehm...bu...eno.

Sólo había podido entender un par de cosas de todo lo que mi vecino acababa de decirme. Sentía la cabeza muy embotada y mi lengua se había vuelto pesada e incontrolable, como un trapo mojado. No sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar, pero prefería disimular, antes que descubriesen lo que había hecho y llamasen a una ambulancia

—Tengo aquí la... es...coba... en la... el... el baño... esa puerta... derecha. ¿Puede usted?... eh... co... coh... ¿Cogerla?

—¿Qué te pasa chavala has estado fumando?

—Pu... puede... je...je... —Mentí. Mi vecino entró en casa, pasando por mi lado sin muchos miramientos y sacó rápidamente la escoba de donde le había dicho. Antes de salir otra vez, me agarró con firmeza el hombro, sorprendiéndome. Le miré boquiabierta.

—Puedes ayudar con esto ¿verdad? Si quieres puedes quedarte si te ha sentado tan mal lo que te hayas metido, ¿quieres que llamemos a alguien? ¿Una ambulancia?

—No... no... estoy... bien, bien. Es normal... yo...

—Mira, mi sobrino ha tenido problemas con las drogas y sé que crees que estás bien y normal, pero...

—Ya. —Le corté— Vamos, se inunda. —El vecino me miró condescendiente y asintió. Me apretó de nuevo el hombro y me lo soltó para agarrarme por la muñeca.

—Vamos.

El corto camino hasta la portezuela de acceso al patio de luces, se me hizo eterno. Para salir había que subir un escalón desde el pasillo y luego había que bajar otros tres para llegar al nivel de suelo, ya en el patio. El agua había subido tanto, que sólo veía el primero de los escalones y aquello me causó mucha impresión. Mi vecino me dejó aparcada, apoyada contra la pared del pasillo y salió al patio, desde donde me apuntó con el palo de la escoba.

—Toma, cógela, te ayudará —me dijo— que no se ven bien los escalones y sería mejor que usases la escoba, así, como un bastón —y agitó el brazo de arriba a abajo.

Asentí y meforcé por poder sujetar la escoba. Al separarme de la pared, me di cuenta de que me resultaba difícil mantenerme en pie sin apoyarme en

algo y tuve un pequeño ataque de pánico. Mi cuerpo no respondía, era lento, ¿cómo iba a bajar por esas escaleras? Tomé aire, incluso eso me era difícil, y levanté pesadamente la pierna derecha. La pierna izquierda me temblaba por el simple esfuerzo de mantener mi peso; pero no dejé que me amedrentase, nadie debía sospechar.

Exhalé y subí de una vez. Un escalón menos. El agua había subido tan rápidamente que el primero de los tres escalones restantes, el único que podía verse anteriormente, estaba ahora cubierto con una fina capa de agua turbia. Muy despacio y con cuidado, fui bajándolos, mientras los tanteaba con la escoba. Conseguirlo fue un milagro.

Me sentía inestable, liviana, como una brizna de hierba capaz de doblarse con un simple soplido. A medida que bajaba los escalones e introducía los pies en el agua, sucia y tibia, me sentía flotar, y aquella sensación era cada vez más intensa.

Ya no tenía claro dónde estaba. La lluvia me caía a borbotones sobre la cabeza, el agua me llegaba por la cintura. Estaba completamente empapada y no entendía por qué. ¿Había ido a la piscina? Pero entonces, ¿Yo por qué tenía una escoba en la mano? Me miré la mano que sujetaba ese palo y se me emborronó la vista, no era capaz de enfocar. Los ojos me palpitaban.

Todo era o muy oscuro, o muy brillante. Vi destellos bajo el agua y a mi alrededor, que parecían moverse y bailar al compás de los movimientos de mi mirada. Alcé la vista hacia el cielo y la lluvia me cayó en la cara, inundando mis ojos, deslizándose por mis mejillas como lágrimas. Aunque podía ser que yo también estuviera llorando. Lo que contemplaba era tan hermoso... esos destellos, ah... los cambios de luz... las paredes del patio de luces desaparecían y el cielo se veía infinito. Podía escuchar voces a mi alrededor, pero no podía localizar a quien me estaba hablando.

Mi mano mojada resbaló por el palo de la escoba y perdí definitivamente el equilibrio, desplomándome en el agua. Las voces gritaron más fuerte pero no las escuché por mucho más tiempo. Mi cuerpo, pesado y ligero a la vez, se hundía cada vez más.

Una sensación indescriptible de paz nublaba mi entendimiento. Cerré los ojos y permití que la oscuridad me abrazase. Fui engullida por un intenso resplandor blancuzco y púrpura, que me llenó de calor.

¿Aquello era Morir?

Estaba llena de euforia.

Sí, aquello debía ser la muerte.
Lo había conseguido.
Ya era libre.

DOS

Hacía calor y mi boca estaba reseca. El aire que llegaba a mis pulmones estaba perfumado con una mezcla que según me pareció, debía estar compuesta de hierbas, frutas, y madera quemada, como una tienda de ambientadores, pero sin lo artificial.

Comprobé si podía mover los dedos de mis pies y manos. Respondían sin problemas, y fue agradable. Más agradable aún fue descubrir que también podía mover mis brazos y piernas sin esfuerzo. Levanté la mano derecha y me la pasé por la cara. Olía a jabón rústico, a limpio.

Abrí los ojos y tuve que parpadear varias veces para acostumbrarme a la penumbra en la que me encontraba. No reconocía el techo sobre mi cabeza, ni la sensación de las telas sobre mi cuerpo. Las toqué y estiré, intentando distinguirlas con la poca luz con la que contaba. Se trataba de un sencillo camisón de hilo, que tenía las mangas largas.

Moví la cabeza, notando el peso de mi pelo recogido. Lo examiné con mis dedos. Alguien me lo habían trenzado hacia un lateral y lo había dejado colocado sobre mi pecho. Cogí el extremo de la trenza entre mis dedos. Igual que mis manos, también olía a limpio. Fruncí el entrecejo, y pegué un tirón. ¡Au! ¡Dolía! Si podía sentir dolor... Estaba viva y aquello no era un sueño. Vivía, respiraba.

Me sorprendió no notar ningún mareo cuando me incorporé. Tampoco me sentía débil, sino todo lo contrario. Mi corazón palpitaba con fuerza y estaba llena de energía, como si hubiese dormido una buena siesta tras tomar un banquete. Pero no tenía ni idea de dónde me encontraba. Sin buena luz, daba la impresión de que aquella era una estancia enorme, así que me dediqué a investigarla.

Había estado acostada en lo que parecía un camastro blando y cálido, vestido con una única sábana fina. Pude intuir lo que parecía una mesilla a mi derecha y una pared justo a mi izquierda. Alargué la mano hacia la pared para guiarme entre la escasez de luz y comencé a andar. Enseguida localicé una ventana y busqué la forma de abrirla.

Mis dedos rozaron un voluminoso pestillo metálico que abrí con sumo cuidado. La ventana no se abrió como había esperado, así que continué tanteando a ciegas, poniéndome de puntillas y estirándome hasta que fui capaz de encontrar el pasador que la atrancaba por la parte superior. Costaba alcanzarlo y estaba algo oxidado, por lo que tuve que pelearme con ello un poco para que cediese, pero lo conseguí. Los postigos se entreabrieron dejando entrar algo de luz, pero poca. Podía ser la puesta de sol, o tal vez estaba amaneciendo. Lo que podía ver era el cielo añil, compitiendo con el resto de colores cambiantes en el cielo. El aire olía a salitre y especias.

Apoyé mis codos en el alféizar de la ventana y miré el paisaje desconocido frente a mí, con la cabeza llena de dudas. Desde donde estaba y con el sol ausente, solo podía ver tejados y un horizonte borroso, en el que perdí la mirada. Todo a mi alrededor se veía demasiado real, aunque extraño.

Y yo que creía haber muerto... Me pegué una cachetada, pellizqué mi mejilla con fuerza, la retorcí. Sí, sin duda, estaba viva, viva de verdad. Lo toqué todo a mi alrededor. La madera de la que estaba construida la ventana, el metal de sus goznes, la piedra del alféizar sobre el que me apoyaba, lo golpeé todo con mis puños. Todo tenía el tacto que debía tener y hacía el ruido que se suponía debía hacer al ser golpeado: todo era sólido, sí, real.

Suspiré y comencé a analizar el paisaje frente a mí. Por lo que veía, resultaba obvio que me encontraba en uno de los pocos edificios altos de aquel lugar, si no el único. Precisamente por estar en un lugar tan alto, no podía ver bien cómo era el resto de edificios. No habría otro modo de descubrirlo que bajando a pie de calle.

Me giré, dejando la ventana a mis espaldas y pude ver la habitación con algo más de claridad. A mi derecha, quedaba el camastro. Frente a mí, la puerta y a mi izquierda, había un escritorio apoyado contra la pared. Al lado del mismo, había un gran armario rústico.

Distinguí una lámpara de aceite sobre la mesilla de noche y me acerqué para investigar cómo se encendía. Abrí el primer cajón de la mesilla y encontré un yesquero de tamaño considerable, construido con metal y un trozo de sogá. Me extrañó, sólo había visto cosas así en los museos. Eché mano de lo que recordaba haber visto en películas y series de época, y tras manipular un poco la lámpara, encontré la forma de abrirla, desencajando la tulipa al levantarla con suavidad, dejando la mecha al aire.

La lógica me dictó que sólo tenía que prender la mecha con el yesquero y

ya dispondría de luz. Giré la rueda un par de veces, pero no terminé de encontrar el truco, ahí no pasaba nada. Desistí, e impaciente, localicé la puerta y la abrí para salir de la habitación. Encontré entonces varias lámparas del mismo tipo, encendidas y colgadas de ganchos, para iluminar el pasillo. A lo largo del pasillo había más puertas y tanto ellas como la mía, estaban marcadas por símbolos sencillos. Sin duda, aquello debía de ser una posada, o un hotel.

Agarré la lámpara encendida que me quedaba más a mano, volví al interior de la habitación y la intercambié con la que yo no había podido encender. Una vez con mi iluminación lista, decidí terminar de investigar mi habitación. Abrí el armario y dentro encontré todo lleno de baldas vacías, sábanas y mantas para la cama. Cerré el armario y me acerqué al escritorio. Sobre él, había una carpeta de color oscuro. La abrí y encontré hojas en blanco, cortadas de forma algo irregular. Era como mi set de escritura, pero al tacto, aquella carpeta me pareció de mucha mejor calidad. Buscando en los cajones del escritorio encontré un tintero y plumas, literalmente, plumas de ave, para escribir. También había trozos de carboncillo duro, envueltos en papel fino, aún sin estrenar.

Cerré la cajonera, con un escalofrío, al darme cuenta de que todo lo que estaba viendo, parecía salido de otro tiempo, como en las novelas de Jane Austen, o quizá... quizá antes. ¿Cómo había ido a parar ahí? ¿Un viaje en el tiempo? ¿Una colonia Amish? Me sentí estúpida solo por plantear aquellas posibilidades. Pero no entendía lo que había pasado, y ahí quieta, no iba a encontrar las respuestas. Era hora de salir.

Marché con paso decidido hasta la puerta, y al abrirla me encontré que había un par de zapatos planos, convenientemente colocados en el exterior, junto al dintel, que antes me habían pasado desapercibidos. Calcé mis pies con ellos. Eran de tela suave y blanca, con la suela de cuero muy flexible. Me quedaban ajustados, eran de mi talla.

Con los pies ya vestidos, salí de nuevo al pasillo, que se curvaba y formaba un círculo. La vuelta que di hasta volver a la puerta de mi habitación fue muy corta: sólo había otras cinco habitaciones más, además de la mía y el centro lo ocupaba una amplia escalera de caracol, a la que se accedía justo desde el punto opuesto a mi habitación.

Dejé mi puerta abierta, fui hasta la escalera y comencé a subir. Los escalones eran sólidos, seguros, y terminaban un piso más arriba. Me asomé y

di una vuelta rápida. El pasillo era prácticamente igual, pero pintado de color verde oscuro. Bajé de nuevo y me fijé en que las paredes de mi piso estaban pintadas de color ocre anaranjado. Seguí bajando pisos, resueltamente, pues aquellos zapatos no producían ruido alguno, y la idea de pasar desapercibida mientras exploraba, me hacía sentir segura.

Me aburrí de comprobar el color de los pasillos, cuando hube bajado cuatro alturas. Al llegar sofocada al vestíbulo, mis cálculos me indicaban que aquel sitio tenía siete pisos (yo había despertado en el sexto), más la recepción, que estaba vacía. Me sentí un poco desilusionada al no encontrar a nadie en absoluto. Frente a mí estaba el gran portón de entrada, de puertas dobles de madera, con ventanucos de vidrio con un grueso esmerilado. A través del cristal rugoso, veía una luz danzante y me dirigí a la salida, muy tentada de marcharme inmediatamente, pero no lo hice.

Esperando encontrar a quien pudiese ayudarme, curioseé por el vestíbulo. El mostrador de la recepción, sobre el que dejé la lámpara de aceite (que ya no me hacía falta, pues del techo colgaba un gran candelabro que iluminaba bastante), se encontraba a la derecha desde la entrada, junto a las escaleras, formando un pequeño recinto en forma de rectángulo con la pared. Colocados en las paredes y sobre el mostrador, había varios carteles, escritos en papel fino, con una tipografía muy extraña, que no podía descifrar, diferente de todos los alfabetos que yo conocía.

A la izquierda desde la entrada, había un portón con una palabra tallada en el mismo lenguaje extraño. Lo abrí, esperando encontrar a alguna persona al otro lado, pero me llevé una sorpresa por lo distinta que era esa parte del hotel a todo lo demás. Las paredes estaban alicatadas y el ambiente ahí dentro parecía más fresco, olía a limpieza y a sales de baño, y parecía extenderse mucho más allá. La corriente de aire que se había levantado al abrir la puerta me produjo ganas de orinar. Entendí que aquello eran los baños.

La gran estancia alicatada también estaba en penumbra, así que corrí a recoger la lámpara del mostrador y volví a entrar en ella. Nada más entrar, aunque era obvio que había más instalaciones más allá, había una serie de cubículos separados por tabiques de madera y entré en el primero. Me encontré con un retrete metálico, encapsulado en un asiento de madera, que incluso contaba con cisterna. Mis cejas hicieron un baile extraño, intentando asumir lo fuera de lugar que me parecía algo así, en un lugar como aquél. Al acabar, eché en falta el papel higiénico. Por suerte, había lavabos, con agua

que había que bombear, pero agua corriente, al fin y al cabo, que usé para lavarme. La mar de curioso.

Volví al vestíbulo y me acerqué al mostrador, seguí mirando los carteles, intentando descifrar lo que decían, sin éxito. Sobre el mueble había un par de tomos apilados igualmente indescifrables y al moverlos, encontré una campanilla dorada que había permanecido escondida. La pequeña campana, tenía una pequeña vara unida al asidero por una cadena fina, para llamar. Lo hice una y otra vez, pero ahí no apareció nadie.

—¿¡Hola!?! ¡Hooooola! —grité, sin recibir respuesta de ningún tipo— ¿Hay alguien aquí? —insistí, con idéntico y frustrante resultado. Menudo servicio tan pésimo. Me rendí a la posibilidad de estar realmente sola en aquel hotel y fui consciente de que era hora de moverse.

Al salir al exterior me quedé muy sorprendida. Los edificios, alineados escrupulosamente, raramente superaban los dos pisos, y guardaban una estética muy homogénea, con paredes revestidas con adobe y piedra y con tejados de madera, o recubiertos con tejas ocres y verdes. En todas las fachadas, en todas las esquinas, había antorchas o lámparas con fuego, para iluminar las calles. El suelo era de tierra, pero apenas hacía falta pisarlo: había tarimas de madera conectando los edificios, como si de aceras se tratasen. Todo estaba limpio, cuidado, nuevo, fuera de las leyes del tiempo. Recorrí aquellas aceras sin rumbo, por calles separadas de forma tan ordenada y precisa, que me daba la sensación de estar dispuestas en cuadrícula.

Deduje que estaba anocheciendo, pues el cielo estaba cada vez más oscuro y se agradecía muchísimo la iluminación de las calles. Sin embargo, no había absolutamente nadie a mi alrededor. Aquello no podía ser normal, no estaba bien. Grité un par de veces mientras caminaba, sin respuesta, humana, porque los únicos que me respondieron fueron los ladridos de algunos perros y algún que otro maullido. Procuré fijarme en las ventanas de aquellas casas, buscando alguna que mostrase luz en el interior, pero aquello también fue inútil. Al parecer, cerrar las ventanas con postigos, era una costumbre muy arraigada en todos los vecinos. Llamé a varias puertas, pero nadie abrió.

Bastante perturbada por tanta soledad, mis pasos me llevaron a un murete de piedra blanca, un poco más alto que yo. Sin nada mejor que hacer, lo recorrí por un largo trecho, hasta que encontré una gran apertura. Frente a mí

se desplegaba un puente ancho, de madera y piedra, cuya longitud estaba adornada por tres arcos equidistantes, de los que colgaban sendas lámparas con fuego vivo. De no ser por el fuerte aroma y brisa marina, hubiera pensado que estaba cruzando un río. Por fin, cuando llegué al otro extremo, pude escuchar algo: música de guitarra y el eco de un murmullo no muy lejano.

A este lado del puente, todo parecía mucho más lujoso, las casas tenían más piedra forrando sus fachadas, barandillas de hierro forjado y a menudo llegaban hasta los tres pisos de altura. Además, el suelo estaba completamente empedrado. La disposición de las calles era igual de cuadrículada, pero más sencilla, como si hubiera muchos menos edificios y más espacio libre. No me fue difícil orientarme, pues en cuanto avancé unos pasos localicé la que parecía la avenida principal. Avancé por ella, ansiosa por encontrar la fuente de los murmullos y los ecos que sonaban con cada vez más fuerza. La música de guitarra, sin embargo, se había esfumado.

Mientras caminaba buscando el origen del ruido, empecé a sentir un poco de miedo. ¿Qué tipo de gente me encontraría? ¿Si su forma de escribir era tan distinta, seríamos capaces de entendernos?

Había otro tipo de miedo que me entró, según avanzaban mis pasos y mis carnes se bamboleaban libremente: estaba vestida con un camisón, sí. *Sólo* ese camisón fino y sin ropa interior. ¿Se transparentaba? ¿Se daría cuenta el resto de gente cuando me viera? Tal vez ponerme a buscar gente de esa guisa no era lo más apropiado ni lo más seguro para mí. Quién sabe lo que podrían hacerme de encontrarme así... Me entró miedo, aunque si alguien se había tomado la molestia de lavarme, vestirme y alojarme en aquella habitación de hotel, y no me había pasado nada, estaría a salvo.

O tal vez, quien fuera que me había encerrado en aquella habitación en penumbra, tenía otras intenciones y yo había hecho bien en escapar. Pero, ¿Quién dejarían a una cautiva sin vigilancia? Quizá alguien, esas mismas personas que me habían encerrado, vendrían a buscarme por la mañana.

Incapaz de llegar a una decisión, comencé a temblar. Detuve mis pasos y giré sobre mis talones. Podía ver el hotel, destacando por su altura, pero parecía estar demasiado lejos como para volver, o como para asegurar que no fuera a perderme en el camino. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Presentarme ante los desconocidos medio desnuda? Empecé a agobiarme y emprendí el camino de vuelta sobre mis propios pasos, a lo largo de la avenida, sin dejar de

cuestionar mi decisión.

Si volvía al hotel, ¿cómo podía estar segura de que no me estaba entregando voluntariamente a un futuro terrible? Frené mis pasos de nuevo. Pero ¿y si nadie aparecía? Me crucé de brazos, intentando ordenar mi cabeza y pensar objetivamente.

Yo quería respuestas, y si para obtenerlas debía ser un poco valiente, pues tendría que serlo.

Brinqué al escuchar un fuerte quejido y chapoteos haciéndose eco muy cerca de mí. El pecho me dolió del sobresalto, y me lo apreté con la mano, como si pudiese frenar así mi corazón desbocado. Tomé aliento y me estuve quieta, esperando no volver a oír esa cosa tan horrible.

Cuando estuve lo suficientemente tranquila de nuevo, presté atención a los sonidos que me rodeaban. Había vuelto el sonido de guitarra, mientras afinaba sus cuerdas. Se oía cerca. Tan cerca, que además pude distinguir un siseo, y suaves maullidos.

Hubo silencio de nuevo y cuando pensé que le había perdido la pista, sonaron los primeros acordes de una canción, y una cálida voz masculina me atrajo, como el canto de una sirena.

TRES

Guiándome por aquella deliciosa voz, encontrarlos había sido muy fácil. Sentados sobre barriles, escondidos en un callejón entre dos edificios y al calor de una lámpara con una llama tan fuerte, que más bien parecía una hoguera, un hombre joven rasgaba las cuerdas, cantando suavemente mientras un gato negro con manchas blancas, se acicalaba. Ambos estaban empapados y el suelo que pisaban estaba encharcado.

Al acercarme, procuré ser aún más silenciosa de lo que ya era con aquellos zapatos. No quería perturbar la melodía, no quería ensombrecer aquella voz. Mi miedo se esfumó en cuanto pude ver bien al cantante. El crepitar de las llamas hacía brillar su pelo dorado, las gotas de agua sobre su piel refulgían como cristales, incluso las piedras húmedas a sus pies, lanzaban destellos por la danzante luz del fuego. Me había quedado fascinada.

Si mis oídos no me engañaban, estaba cantando Bohemian Rhapsody, cambiando las letras para que hablase sobre adoptar gatos. Mezclaba las nuevas líneas tan bien que, aun siendo absurdas, resultaban adorables. Terminó su melodía demasiado pronto. El gato, que le había estado escuchando, se estiró y bostezó poniéndose de puntillas y arqueando el lomo. El chico sonrió mientras le acariciaba.

—¿Te ha gustado, Michino? ¿Te compongo otra?

—Miau —Contestó el gato, como si le entendiese.

—Muy bien, ¿sobre qué te hago la canción? ¿Te gustan los ratones? —El gato le ignoraba, mientras cambiaba de posición sobre el barril para comenzar a lamer otra parte de su cuerpo— No, veo que no te gustan especialmente. Ya sé. Queso, ¿verdad? —el gato seguía a lo suyo, pero él parecía haberse decidido. —Bueno, pues un momento, que pienso en la letra...

Le entendía, ¡Podía entenderle! ¡Eso lo facilitaría todo! Dispuesta a hablar con él, me armé de un poco de valor, y me acerqué, aprovechando el momento en que él se había agachado para dejar la guitarra apoyada contra una de las paredes del callejón. A continuación, hurgó en una bolsa que había en el suelo, al lado de donde había dejado la guitarra, y sacó un pequeño

cuaderno, el cual se había puesto a hojear.

El felino hizo una pausa en su aseo al verme tan cerca y se me quedó mirando, miró a continuación al cantante, y como no hubo respuesta, siguió con sus higiénicas tareas, como si nada. En cierto modo, agradecí su discreción de gato. Así podía observar bien al hombre que tenía delante.

Era alto, delgado, sus rasgos eran aniñados, con una débil sombra de perilla, de esa que no termina de crecer. A pesar de ello, tampoco parecía *tan* joven. Deduje que como mucho, tan solo sería unos pocos años menor que yo. ¿Tal vez unos veinticinco años?

Vestía con una camisa de hilo, con un corte parecido al del camisón que yo llevaba. Sonreí embobada. Empapada, su camisa se transparentaba, pegándose a su pecho y dejando muy poco a la imaginación. Tristemente, aquella visión terminaba donde comenzaba su pantalón de gruesa tela color caqui. Atadas por encima de los pantalones, llevaba unas botas de cuero marrón.

Cerró el cuaderno y se pasó una mano por su pelo mojado, estirando el torso en una pose escultural, a la que le faltaban un poco más de musculatura para ser perfecta, pero yo, como una boba, dejé escapar un suspiro. Sorprendido, pegó un brinco, clavando en mí sus oscuros ojos.

—Oh, Hola —dijo, congelando su cuerpo en esa atractiva pose, con el brazo flexionado tras su cabeza. La camisa se le había levantado, dejando visible su ombligo. Intenté no mirar su torso, no enfocarme en el escote sin vello, ni en sus diminutos pezones masculinos, ni en la estrecha franja de piel desnuda en su vientre, donde un fino camino de vello cruzaba su ombligo de arriba a abajo.

El gato se estiró otra vez, con mirrimiau juguetón que me distrajo lo suficiente para salvarme de mis pensamientos.

—Hola —insistió, ya que, en mi estado de trance, no le había respondido la primera vez— No te conozco, ¿verdad? —Hablaba con un acento que no sabía localizar, aunque su dicción era perfecta.

—Hola... eh... —miré al suelo antes de atreverme a mirarle de nuevo, y cuando lo hice, nuestros ojos volvieron a cruzarse. Él parecía totalmente ajeno a las reacciones de mi cuerpo. Todo bien. —¡Hola! —repetí —No tengo el... placer de conocerte, no. De hecho, creo que no conozco a... ¿nadie?

—¿Eres la nueva? ¡Bien! ¡Vaya, qué suerte la mía! ¿Soy la primera

persona que ves?

—¿La nueva? ¿Cómo? ¿Bien? ¿Qué es esto?

—¿Esto?... —Inclinó su cabeza, confuso. —Esto es un barril, —empezó a señalar cosas— esto es una guitarra, esto con pelos es un gato...

—Bromeas, ¿no?

—No Bromeo, Señorita, me has preguntado qué es “esto “, y yo he respondido. Hay gente que tiene problemas para reconocer las cosas cuando llega aquí, tan sólo quiero ayudar. —Contestó con una sonrisa abierta e increíblemente amable. Sólo por esa sonrisa, decidí ser un poco más paciente.

—Perdona, lo que quería preguntar es... ¿dónde estoy? No conozco este lugar. No sé cómo he llegado aquí y... no hay nadie por las calles excepto tú, ¿qué está pasando? ¿Es este el cielo? ¿Eres mi ángel de la guarda?

Él sonrió de nuevo, repitiendo lo que acababa de preguntar en un susurro. Al fin vi algo de rubor en sus pálidas mejillas.

—No, no te has muerto y no soy un ángel. —rio— Estás en Reino de Miurgel, hogar de infames piratas, y si tú no sabes cómo has venido a parar aquí... pues siento decirte que nadie más lo sabrá. Si te consuela, no eres la primera que aparece aquí de la nada. No te preocupes, estarás bien.

—Oh...

—Y no hay nadie por las calles porque... bueno, están todos en el funeral de la Reina. —suspiró con pesadez— Murió hace seis días, que los Arcanos la velen. —Se puso una mano en el pecho, con expresión afectada. Su voz había perdido la energía inicial.

Observé su expresión triste, reprimiendo mis ganas de abrazarle.

—Se supone que yo debería estar ahí, tocando himnos para ella y mostrando mis respetos, pero... pero bueno, me encontré al michino aquí atrapado. —lo miró, recuperando la sonrisa— ¿Ves este barril grande?

Me mostró el barril más ancho de todos, cuya tapa, ahora cerrada, estaba dividida por la mitad y podía abrirse por solo un lado, con la ayuda de una bisagra.

—Alguien lo dejó abierto y el pobre se había caído dentro y no podía salir. Le escuché maullar cuando venía de camino, y todos saben que no puedes negarle la ayuda a un gato. Estaba tan nervioso cuando le rescaté que acabamos los dos como una sopa, ya nos ves.

—Pero te encontré cantando.

—Si, para que el michín se calmase y se seque al fuego. —Extendió su

puño hacia el gato, que, tras olerlo, empezó a frotar su carita contra él—. Dudo que en el funeral me echen de menos. No sé si debería ir. —Dijo para sí.

Dejé que el silencio inundase aquel instante, mirándole acariciar al gato. Así que estaba en un Reino de piratas, que no era la única que venía de la nada y que aquella noche era el funeral de la reina, al cual el músico delante mío prefería no acudir. Aquello me generaba demasiadas cuestiones y no sabía por dónde empezar a digerir que todo aquello estuviese ocurriendo en realidad.

—Por cierto, mi nombre es Sam Émile, pero puedes llamarme Sam.

—Yo soy Deborah.

Nos volvimos a mirar. No sabía qué hacer, pero necesitaba motivos para creer la historia que me había contado. ¿En serio un funeral era la respuesta tras las calles desiertas? Piratas, reyes... ¿Esas cosas seguían existiendo fuera de los libros? El chico frente a mí era encantador y muy agradable de ver, pero estaba hablándole a un gato cuando le encontré. Además, conocía la canción de Queen, y eso no me cuadraba. ¿Y si estaba mal de la cabeza y tan sólo me había hablado de las fantasías dentro de su mente?

Aclaré mi garganta.

—¿Así que dices que todo el mundo está en ese funeral?

—Sí, absolutamente todos. La Reina Seffora fue muy querida, su muerte fue un gran golpe para... todos.

—Ajá. Pues me gustaría ir. Tal vez pueda encontrar a alguien más que pueda ayudarme.

—¿En serio?

—Sí, por favor.

—Muy bien, te acompañaré.

Sin dilación, recogió su guitarra, y su bolsa, que se había mojado un poco al haber estado apoyada en el suelo. El gato se había quedado dormido donde estaba, entre ronroneos.

—¡Estás todavía empapado! —Señalé.

—No te preocupes por eso, a mí no me molesta. Esto se seca solo.

—¿Pero no será inapropiado acudir al funeral de una Reina así? —Insistí.

—Me has pedido que te lleve, y voy a acompañarte, pero si no quieres que vaya contigo, puedo decirte como llegar y podrás ir tú misma. Como prefieras.

¿Iba a dejarme ir sin más? Su voz sonaba tranquila, sin un ápice de enfado o condescendencia. Destilaba honestidad y me sentí mal por dudar tanto de él. Pero no quería que se apartase de mi lado.

—Ven conmigo, sí. No quiero ir sola.

Volvimos a la avenida principal y la atravesamos hasta llegar al otro extremo, donde encontramos otro puente, al que se accedía bajando un corto tramo de escaleras, que estaban labradas en la roca, protegidas por el muro que rodeaba aquella zona. Ese puente era más largo y el doble de ancho que el que había cruzado anteriormente, y tenía una apariencia muy sólida.

El puente parecía más iluminado que la isla a la que nos dirigíamos, que desde la distancia, parecía una simple peña rocosa, rodeada de acantilados, con una plaza y un castillo como única construcción. Cuanto más nos acercábamos, el volumen de los murmullos era mayor y más inteligible.

Ya de cerca, era obvio lo que la enorme multitud estaba haciendo: habían empezado a encender las antorchas que todos portaban, iluminándolo todo, al mismo nivel que las otras dos islas que había visitado. Reconozco que el hecho de que la multitud iluminase sus antorchas cuando yo me acercaba me provocó mucho respeto y quise detenerme en el sitio, pero Sam no me dejó tiempo a dudar.

—Mierda, parece que la ceremonia se está terminando. Vamos, ¡deprisa!
—Se echó a correr.

Más aterrada que curiosa, me fui tras él. Mis pechos dolían al rebotar así que coloqué un brazo bajo el pecho, para sujetarlo, y aceleré. Nos metimos entre el gentío que se había reunido en aquella gran plaza.

—¡Paso!... Paso... paso... Bardo, paso... —Decía en voz baja mientras iba abriendo camino para los dos. Llegamos a la primera fila, donde parecía que la gente guardaba más silencio y desde donde se podía ver con claridad el acto que se estaba desarrollando.

En el centro de la plaza, frente a un velo negro, se había erigido un altar sobre el que reposaba el cuerpo de la que debió ser la Reina, amortajado en una sábana dorada. Frente al altar y adornado con guirnaldas de tela, se apoyaba un enorme lienzo con el retrato de una hermosa mujer con piel de ébano y una increíble y abundante melena cobriza. Nunca había visto una belleza igual ni tan peculiar. Alrededor del altar, un grupo de personas entradas en años, vestidas con gruesas túnicas de terciopelo púrpura, parecían rezar mientras bailaban, sujetando antorchas con ambas manos. La música la

ponían seis bardos, uno de los cuales, hizo señas a mi acompañante en cuanto le vio aparecer, y no parecía estar muy contento por su retraso.

—¿Te importa? —Me dijo— Creo que tenemos que tocar las odas finales.

—Corre, ve.

Sam hizo un sprint hacia su puesto y todos los ojos se volvieron hacia él, y luego hacia mí, por pura inercia. Mi camisón blanco destacaba entre las ropas oscuras del resto de aquella multitud. Genial. El murmullo volvió a generalizarse, e incluso el grupo de ancianos interrumpió su ritual.

“¿Quién es esa?” “¿Cómo se atreve a ir de blanco?” “¡Shhh!” “Debe ser la nueva.” “Pensé que no sobreviviría.” Decían. Agobiada, busqué la mirada de Sam, que ya no sonreía. El resto de músicos le estaban hablando y parecían discutir e increparle por algo. Las personas de edad avanzada que habían estado bailando, se unieron a los enfurecidos bardos y momentos después, uno de ellos se acercó hacia mi tendiéndome la mano. Me asusté tanto que no me acordé de esconderme.

—Mujer, me parece que tienes unas cuantas preguntas que buscan respuesta. Y hay alguien que quiere verte. ¿Me acompañas? —Miré a la gente a mi alrededor buscando su apoyo antes de contestar, pero nadie quiso decirme nada. No tenía otra alternativa: cogí la mano de aquel señor.

Nos llevaron a Sam y a mí al otro lado del velo negro, que colgaba de un gran bastidor, había un solitario trono con un hombre de aspecto derrotado sentado en él, sin lugar a dudas, se trataba del Rey. Ocultaba su rostro tras sus manos y sus hombros se agitaban de vez en cuando. Me sentí mal en cuanto le puse los ojos encima.

La sensación fue fuerte y visceral, y no entendía de dónde venía, pero quise vomitar, huir. Clavé los talones en el suelo negándome a avanzar un paso más. Otro de los señores de avanzada edad se unió al primero y acabé forcejeando con ellos, que intentaban empujarme hacia el trono. El alboroto sacó al Rey de su penar y nuestras miradas se cruzaron. Aquellos horribles ojos verdes...

Grité, grité tan fuerte que sentí mi garganta desgarrarse de dolor y entonces me dejaron caer al suelo de rodillas.

—¿¡Qué le estáis haciendo!?! —exclamó Sam, momentos antes de que yo perdiese el sentido.

CUATRO

Mis párpados se sentían pegados y legañosos, mi boca y mi garganta estaban resacas y mis articulaciones ateridas. Otra vez, no reconocía el techo sobre mi cabeza. Me esforcé para reordenar mis recuerdos.

A ver... Por alguna razón que no recordaba, me había tomado un café cargado hasta los topes de medicación y brandy, y me había ahogado en el patio de luces de mi bloque de pisos, y había despertado en aquel lugar y entonces...

Había un hombre de cuclillas, a los pies del diván donde había estado acostada. Tiré de la manta que me cubría y me encogí. Mi respiración se disparó, hasta que él reparó en mis movimientos. Le recordé, era el músico que me había estado guiando. Sam Émile.

—¡Eh! ¿Estás bien? —exclamó con suavidad, y se acercó para abrazarme. Todavía estaba húmedo, pero su abrazo firme y silencioso, resultó muy reconfortante. Incluso sentí algo de pena cuando se separó de mí. —Los Ancianos dicen que lo que te ha pasado es normal. Encontrarse en este lugar de repente es algo que causa mucha impresión. Sobre todo, si lo primero que ves es una ceremonia como el funeral de la Reina. Dicen que tuviste suerte de que te pasase rodeada de tanta gente.

Asentí mientras le escuchaba hablar y examinaba aquella habitación. Frente a mí había una mesita baja. Las paredes estaban llenas de estanterías, había una chimenea apagada, más sofás y mesas iguales a la que tenía frente a mí y un escritorio. No veía ninguna puerta, pero al fondo de la habitación había una apertura, así que entendí que la habitación donde estaba se encontraba al final de un pasillo.

—¿Dónde estoy?

—¡Ah! Esta es la sala de visitas, en el Círculo de los Ancianos, no muy lejos de donde te desmayaste.

Oímos pasos que se acercaban, y pronto entraron por el acceso que había localizado. Eran dos personas de aquellas personas de avanzada edad, que llevaban túnicas púrpuras, y que deduje eran “Ancianos”, y un hombre muy

atractivo, de mediana edad con el pelo rubio ceniza recogido en una larga coleta y barba de un par de días. Estaba ataviado con una casaca de color verde turquesa y dorado y llevaba un crespón negro en el brazo.

Nada más entrar, el grupo se acercó a nosotros y el hombre más joven me examinó de arriba a abajo. Sus ojos se detuvieron en mi pecho, que después del abrazo del bardo, ahora también estaba húmedo. Alzó una ceja y me dedicó una sonrisa traviesa y seductora. Me había provocado mucho calor. Tragué saliva.

—¿Es ésta la mujer que rescató de la tormenta, Capitán Lacy? —Preguntó uno de los Ancianos.

—Sí, es ella —Declaró el hombre de la casaca. — Mi tripulación la vio flotando en el agua justo después de que un rayo nos destrozase el mástil. Pensamos que sería una pescadora, pero entonces nos fijamos en su vestuario. Es una anacrónica, no hay dudas.

Así que ese era mi rescatador, y acababa de llamarme algo. Ana... ¿qué?

El Capitán se me acercó, extendió la mano hacia mí y yo se la di. El la besó de forma cortés e hizo que se me olvidase respirar.

—Puedes llamarme Craig. —Anunció.

—Deborah. —Susurré— Gracias por rescatarme.

Inmediatamente después, miró a Sam, que parecía emocionado de verle y se saludaron con efusividad.

—Sammie, rompecorazones, ¿ya has enamorado a otra? —Abrí mucho los ojos, sin saber qué opinar de aquello. Miré al suelo.

—¿Por qué siempre me decís eso? —respondió Sam, en un susurro histérico y avergonzado. Aquello me hizo gracia.

—Vaya, vaya... —interrumpió el Anciano que había formulado la pregunta. —¿Deborah, te llamas? Has armado un gran revuelo.

—Lo siento. —Me disculpé.

—Nada que disculpar, tan solo has tenido la mala suerte de aparecer durante el acontecimiento más importante en años y delante de casi toda la población. Mala suerte, mala suerte. Mi nombre es Borri, por cierto, y formo parte del Circulo de Ancianos de Miurgel.

—Encantada.

—¿Qué pasa con Sidgrid, va a venir a verla? —preguntó el Capitán.

—Su Majestad nos pidió un momento a solas con su difunta esposa, antes de cremar su cuerpo. ¿Queréis que vayamos a buscarle?

—Es muy buena idea, Borri. ¿Si podéis hacerme el favor?

—Si no os importa, os acompañaré. —Dijo Sam y se escabulló ágilmente por la entrada, dejándome desprotegida. Los Ancianos se fueron detrás de él, con paso más lento. Me entró un escalofrío y estiré la manta para colocármela sobre los hombros. Ahora estaba a solas con Craig.

Lleno de confianza, él se sentó a mi lado en el diván. De un bolsillo interior de su casaca, sacó un pequeño recipiente de cristal en forma de lágrima, lleno de líquido transparente y con boquilla, parecido a una pipa, y un yesquero similar al que yo me había encontrado en el hotel, pero mucho más pequeño.

Hizo girar la ruedecilla del yesquero, provocando unas cuantas chispas que encendieron la mecha. Entonces, la sopló un poco e hizo que la mecha tocara un pequeño cuenco en la pipa. Pegó un par de soplidos más para avivar el fuego y una vez satisfecho, tomó una calada profunda. No fue hasta que exhaló el humo, pálido y perfumado de menta y otras hierbas, que me di cuenta de que no le había apartado la mirada en ningún momento.

—Te has quedado sin palabras, ¿eh? —preguntó, guiñándome un ojo. — ¿Te apetece una calada?

—No, no fumo. —rechacé. Él se encogió de hombros y apagó la mecha en su yesquero, que volvió a guardarse. Continuó fumando, mientras me miraba. Parecía entretenido por mi sola presencia.

—¿De qué época vienes?

—¿Cómo? —Pregunté, confusa.

—Ya sabes, de qué año, de qué siglo.

—2015 —Respondí.

—¿Ah sí? Me gusta, muy interesante. De dónde vienes, ¿Es el mar color púrpura? ¿Rojo? —Continuó preguntando.

—De donde vengo, pero el mar es azul... ¿Por qué me preguntas esas cosas?

—Tan solo quiero hacerme una idea de quién eres, de dónde vienes. Así que... ¿edad?

—¿En serio?

—Venga, contéstame, vas a pasar aquí el resto de tu vida, ¿por qué no hacer amigos desde ahora?

—¿El resto de mi vida?

—No se conoce a ningún anacrónico que haya podido volver al sitio del

que vino. Así que sí, bienvenida a tu nueva vida.

Inspiré aire, consternada, que se me atragantó, y me hizo toser.

—¿Te encuentras bien? —Se quitó la pipa de la boca, la dejó en la mesa frente a nosotros y se acercó mucho a mí, aunque yo ya había dejado de toser. Me sujetó la barbilla con suavidad. Mis ojos se desviaron de inmediato a los suyos, color miel y entonces a sus labios, demasiado cerca de los míos, magnéticos.

—Así es como guardas el luto, ¿Craig? —Él se incorporó enseguida. Yo sentí miedo al escuchar aquella voz. Me pegué al respaldo del diván y reforcé el escudo improvisado que me proporcionaba la manta. Casi podía palpar el desprecio que me ofrecía el Rey, inquisitivo, frente a nosotros. Sin embargo, el miedo se diluyó con echarle un vistazo. Coloqué la manta como su fuese una capa y también me puse de pie, para recibirle.

—Majestad, mi nombre es Deborah Cortez. Siento la pérdida de su esposa. —Me presenté, con una improvisada reverencia. Le eché un buen vistazo, esperando su respuesta.

Su piel oscura contrastaba mucho con el clarísimo verde de sus ojos. Su pelo era muy corto, como recién rasurado. Tenía estatura media y no parecía especialmente musculoso, pero tampoco parecía enclenque. Podía ser por su estado de ánimo tras el funeral de su consorte, pero más bien, parecía poca cosa. Los únicos elementos que le identificaban como rey, eran una fina tiara dorada sobre su cabeza, su capa, sujeta por un gran broche dorado y anillos en sus dedos. Seguía sin resultarme agradable y no estaba cómoda delante suya, pero no creía posible que fuera a volver a desmayarme.

—Hoy no tengo humor para fórmulas de cortesía, ni para presentaciones, ni para mujerzuelas lloronas, no tengo humor para nada. Acabo de enviudar, ¡dejadme llorar a mi mujer!

—Disculpadme, alteza. —Repliqué, con toda la intención de molestarle. Comprendía que estuviese afectado, pero no tenía por qué ser maleducado conmigo.

—Esto es difícil para todos, Sid. Sabes lo mucho que quería a Seffora, su pérdida me duele tanto como a ti. Pero ya sabes las reglas, cuando un nuevo anacrónico llega, tiene que presentarse ante ti para asignarle un hogar. Es tu responsabilidad.

El rey resopló, se quitó los anillos de los dedos, que se guardó en un bolsillo, de sus pantalones de gruesa tela negra. Se quitó la capa y la corona y

lanzó ambas al suelo.

—Bueno, ¡pues a la mierda mi responsabilidad!

—Sidgrid, no empieces de nuevo. —Parecía que aquella discusión venía de antes. —Eres un Rey, no puedes abandonarlo todo, así como así, la gente cuenta contigo.

—La gente... ¡Bah! Este Reino es un caso perdido, ¿por qué no lo asumen de una vez?

—No hay por qué ponerse así, Sidgrid. Sé que lo de Seffora te está afectando mucho, pero no pierdas la esperanza.

—Craig, lo sé desde mucho antes de que Seffora nos dejase, vaya que si lo sé. Estos islotes son un Reino sólo de palabra. No hay cultivos, no hay recursos, solo peces, sal, arena y contrabando y sabes bien que nuestra flota está en las últimas, no sé de qué esperanza hablas. Al pueblo le importo un comino. Ellos la adoraban a ella, sólo acudían a ella, ¿qué harán al darse cuenta de que tan solo soy un inútil que heredó una corona?

—No eres un inútil Sid...

Desconecté mis oídos de su discusión, sabiendo que en teoría yo no debería estar escuchando lo que estaba escuchando, y eso era muy incómodo. Estar cerca del Rey, era aún más incómodo. Saber que el mismo Rey creía que el sitio donde iba a pasar el resto de mi vida se estaba yendo a pique, era peor aún.

—Perdonadme, pero yo... —intenté interrumpirles. Estaba cansada, quería perder de vista a aquel hombre miserable y esperaba que me dejaran marchar.

—¡BASTA YA! —Gritó el Rey, demasiado fuerte. Me encogí y retrocedí, cayéndome sentada otra vez en el diván. Murmuré algo, inquieta, luchando conmigo misma para no salir corriendo. Volví a sentir miedo.

El Rey se tapó la boca con las manos, reparando en mí. Craig sacudió la cabeza.

—Anacrónica, perdona. Sé que no es fácil tampoco para ti. —Me miró con atención por primera vez, serio. —Así que te doy oficialmente la bienvenida. Este conjunto de islotes baldíos, atestados de hogares que a duras penas consigo alimentar, es Miurgel, hogar de parias que vive negando su inminente ruina y cuyo único pilar acaba de fallecer y ahora arde ahí fuera. Aquí ya no hay alegría ni sustento, así que, si no te ha quedado claro, bienvenida al Infierno.

—¡Por todo lo sagrado, Sidgrid!

—Tú te encargas de alojarla, Craig, yo no tengo la cabeza para nada más. Ahora marchaos.

—¡Pero Sid!

—¡MARCHAOS!

Definitivamente, aquel hombre no me gustaba.

Craig me custodió de camino de vuelta al hotel. El círculo de los ancianos estaba ahí mismo en la plaza, que todavía estaba llena de gente presentando sus respetos. El olor de la pira funeraria era perturbador y agradecí que no tardásemos mucho tiempo en cruzar aquel lugar.

—¿Es verdad que estoy en el infierno, Capitán? —pregunté con voz áspera.

—Por favor, ya te lo dije antes, llámame Craig, sirenita. —Asentí— Y no, qué va, esto no es el infierno. Sidgrid adoraba a Seffora y su pérdida le ha afectado más de lo que yo había intuido. Por favor, no tomes en cuenta sus palabras.

—Así que no ha sido siempre un amargado. —Él se rió.

—Mira. ¿Ves esa calle? —Dijo, cambiando de tema mientras cruzábamos la avenida principal de la isla donde había encontrado anteriormente a Sam. Señaló una calle perpendicular, relativamente cerca del puente que acabábamos de cruzar.

—Sí.

—Ahí es donde vivo yo. ¿Te gustaría pasar la noche conmigo? —Se detuvo.

—Eh... no creo que sea apropiado. —Respondí. —No es por nada, estás siendo muy amable conmigo, pero...

—No hace falta que te disculpes, Deborah. Tan solo quería ahorrarte el viaje al hotel. Además, te entiendo, aún no nos conocemos tanto. Ni siquiera sabes mi edad. Tengo cuarenta y tres.

—Treinta. —dije.

—Vaya, pareces más joven. No nos llevamos tantos años, y tienes una cara preciosa. —Pasó el dorso de su mano por mi mejilla.

—Gracias...— Desvié la mirada hacia el suelo, incómoda. Él apartó su mano de mí de inmediato.

Encendió su pipa de nuevo, e hicimos el resto del recorrido en silencio. Poco a poco la gente volvía a verse por las calles, mientras volvía a sus

hogares.

—¿Sabes, Craig? Apenas recuerdo nada de mi vida antes de llegar aquí. Solo sé que yo quería morir. —Él frunció el ceño y se colocó la pipa en la comisura de su boca. —Pensé que me había suicidado... y desperté aquí. Pero no recuerdo el por qué.

—Ahora que estás aquí, ¿Sigues queriendo morir?

Mordisqueé la uña de mi pulgar por unos segundos. Pensé en el gato mojado, en el baile de los Ancianos que vimos al llegar a la plaza, en el olor a salitre, en los puentes, en el retrato de Seffora en el altar, en la hermosa voz de Sam, en su bonito y pálido cuello, en sus ojos pardos, y en las sensaciones que el mismo Craig me producía...

Todo era nuevo, desconocido, emocionante. Y, al fin y al cabo, sólo recordaba cosas generales del lugar de donde había venido. Frente a mí se presentaba un lienzo en blanco. Agité mi cabeza.

—No, yo quiero... ¡Quiero vivir! —Él pareció satisfecho, y yo me sentí inexplicablemente feliz.

CINCO

Alguien golpeaba de forma muy insistente en la puerta de mi habitación. Abrí, un poco molesta y me encontré con una chica muy alta, guapísima, con el pelo largo y ensortijado, rojo como el fuego, con una cara y cuerpo redondos que irradiaban energía. Sus ojos eran del color de los bosques y su piel era pálida pero no tenía un aspecto frágil en absoluto, más bien, verla me provocó algo de envidia. Olía a flores frescas y vestía con una blusa rosada y una larga falda de color gris. En sus brazos cargaba con ropa doblada, sobre la que había amontonado un espejo, un cepillo de pelo y jabón.

—¡Buenos días! ¿Deborah? —Preguntó.

—Sí, soy yo.

—¡Hola! Soy Brunilda, el Capi me ha encargado que te venga a recoger y te lleve a tu nuevo hogar.

—¿Me mudo? —La noticia me hizo ilusión, tanta, que inmediatamente me aparté de la puerta, para dejarla pasar, pero ella se quedó quieta.

—Por supuesto, esto es un hotel y no es gratis, no querrás endeudarte al pobre.

—No, no me gustaría endeudar a nadie...

—Pues eso. Mira, te he traído ropa de la que se lleva por aquí. Yo me encargué de desvestirte cuando te trajeron, así que creo que he acertado con el tamaño.

—¿Qué ha pasado con lo que llevaba antes?

—Está todo lavado y seco, si eso te preocupa, pero ahora está en el Círculo de los Ancianos, para su documentación y todo eso. —Tomé aire, intentando digerir todo lo que me contaba. —No la echarás de menos, no irías a la moda. —Sonríe y entró en la habitación, dejando lo que había traído sobre el camastro. —Mira, ¿puedes agacharte bajo la cama? Debería haber una jofaina con agua.

Me agaché y la encontré sin problemas. Brunilda, al mismo tiempo, tan resuelta que parecía que se conociese aquellas habitaciones como la palma de su mano, sacó una palangana del armario, que yo no había visto en la

penumbra de la noche anterior.

—Toma, ya puedes ir lavándote.

—¿Aquí, en la habitación? ¿Delante tuya? —Pregunté perpleja.

—Uy, no te preocupes por eso, yo fui quien te desvestió antes y somos las dos mujeres, no tengas vergüenza, ya sabemos lo que hay. Tú dale.

—Eh... ¿Podrías al menos cerrar la puerta de la habitación? —Dije, retorciéndome la trenza de los nervios. No dejaba de ser una desconocida.

—¡Ay! Pues claro, ¡hábmelo dicho antes! —Brunilda al fin dejó de hablar y cerró alegremente la puerta y me vigiló mientras llenaba la palangana. Cuando se aseguró de que no necesitaba su ayuda, se sentó en el camastro al lado de mi nueva ropa. —Vamos, tenemos que ir saliendo de aquí.

—¿Pero vas a quedarte ahí? —Protesté.

—No te preocupes, que no te miro. —Dijo y se giró a los pies de la cama, para mirar por la ventana.

A salvo de su mirada, me saqué el camisón por la cabeza.

—Oye, —interrumpió el silencio— así para mientras, aunque yo no pueda serte de mucha ayuda, ¿tienes alguna cosa que preguntarme, así mientras te lavas? Aprovecha, aprovecha. —Sugirió casualmente, mirándose las uñas.

—Hmm... —Pensé por un momento— Anoche casi todo el mundo me dijo que yo era una a... a...

—Anacrónica.

—Eso es. ¿Qué significa?

—Pues... Mira, yo también soy una anacrónica, ¿sabes? Aquí nos llaman así a todos los que hemos aparecido aquí en el Reino, de la nada.

—¿También eres Anacrónica?

—Pues sí mujer, yo aparecí aquí cuando tenía doce años. Lo recuerdo muy bien. Cuando pasó yo estaba en una excursión del colegio en un cañón natural, con sus cuevas, sus precipicios, su río al fondo del todo...

—Ajá... —afirmé, para que continuase.

—El caso es que nos dieron un par de horas libres para que hiciéramos lo quisiéramos y explorásemos a nuestro antojo. Iba con mi mejor amiga del cole y dos compañeros a los que queríamos impresionar, porque nos molaban y me metí en una cueva. Antes de eso, los profes nos habían dicho que sólo podíamos ir a las cuevas marcadas en unos mapas que nos habían dado, para

no perdernos, pero, en fin, como te dije, yo quería impresionar a los chicos. —Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. —Así que me pasé el mapa por el forro y entré en una cueva que no estaba en el mapa y a la que sólo se accedía escalando. Total, ahí que me metí yo sola. El sitio, oscuro como un cuervo en invierno, pero me metí hasta el fondo, todo lo que pude, aunque apenas podía ver. Como fui tan lista, al final me caí por una zanja y eso fue el último recuerdo de mi antigua vida. La caída.

—¿Y apareciste aquí en el hotel?

—¡Qué va! Desperté en la playa de la isla Umi, que es la isla más al sur, ya la verás. Me dolía todo, y no podía levantarme. Creo que pasaron horas hasta que vino alguien y me encontró. Tenía roto el brazo izquierdo y la pierna también, pero aquí los antiguos reyes me acogieron y me mandaron curar, los Ancianos me educaron hasta que tuve edad de trabajar y entonces entré como tabernera. Aquí es lo que se estila... siempre que hay alguien nuevo, nos volcamos para que pueda integrarse. Es algo que me encanta de este lugar.

Se me ocurrió otra pregunta.

—¿Quién más hay como nosotras?

—Vamos a ver... En Miurgel habrá unos cincos médicos. Pues uno de ellos, lo es; apareció aquí recién terminada la carrera y nos vino de perlas a todos, porque hasta entonces moría mucha gente y este chico tenía aún fresco lo que había estudiado y ayudó a desarrollar mejores medicinas. Básicamente todos los médicos acabaron aprendiendo de él y los que quieren serlo acuden a él para estudiar. También hay unos gemelos que ahora son mayores y trabajan en los astilleros. Ellos me contaron que aparecieron aquí cuando tenían diez años, y su casa se quemó con ellos dentro. Aparecieron junto al faro.

—¿Todos después de un accidente?

—Si, es común a todos. Lo que sea, casi nos mata, pero en vez de morir aparecemos aquí, y empezamos a vivir de nuevo.

—¿Somos todos jóvenes al llegar?

—No, no siempre, sé de algunos que llegan con treinta, como tú, que me lo ha dicho Craig, o con casi cincuenta, o más, por ejemplo, hubo una señora que llegó con setenta y dos años. Murió hace poco. Era panadera, todos la echamos de menos. Hacía unas magdalenas increíbles que parecían tartas en miniatura; las llamaba de una forma rara, caqueis o algo así y nadie ha sabido

hacerlas igual. Es una pena.

—Creo que ya sé de qué tipo de "magdalenas" me hablas... ¿Y hay muchos más anacrónicos?

—Pues según tengo entendido, habrá más de un centenar de nosotros. A veces llegamos varios en poco tiempo, otras veces pasan años hasta que llegue uno. Antes de ti, llevábamos ocho años sin nuevos anacrónicos. Nos tienes a todos revolucionados, vamos.

—Bueno, ya he terminado de lavarme. —Anuncié y empecé a secarme con el camisón, como ella me había sugerido.

—Genial, ya ibas tardando. Vamos a vestirte, ya verás, ¡te va a encantar!
—Brunilda se levantó de la cama, separó las prendas que había colocado antes sobre ella y me hizo señas para que me acercase.

Lo que me había traído constaba de una blusa color mostaza y pantalones marrones. También incluía un conjunto de ropa interior que era muy curioso: la camiseta interior tenía unas costuras que recordaban vagamente a un sujetador y se ajustaba al cuerpo mediante botones y ojales a diferentes alturas. Las bragas eran cortas, sin ningún tipo de adorno, y se ajustaban atándolas.

—Esta ropa no es como... ¿muy moderna? —dije mirando mi cuerpo enfundado en aquella ropa interior. Era cómoda y me hacía sentir muy sujeta, sin agobiarme.

—La modista que la hace es también anacrónica.

—¿Ah sí?... Pues es alucinante.

—¿Verdad? Venga, termina de vestirte, que te llevo a tu nueva casa.

Cuando bajamos a la recepción, se notaba mucho movimiento, justamente lo opuesto a lo que había experimentado la noche anterior. El recepcionista era hombre con el pelo largo en rastas, que sonrió ampliamente cuando mi acompañante le dio un saquito en forma de pago.

—¡Gracias guapa! Un poco más tarde y le hubiera cobrado al Capitán 500 tats más. —Bromeó.

—Ya lo siento, se me han pegado las sábanas esta mañana. Nos vemos, Remy.

—Nos vemos.

—¿Tats? —Pregunté, según nos alejábamos del hotel.

—Los tats son nuestra moneda. —Me explicó mi nueva amiga. — Son fichas de nácar.

—¿Fichas de nácar? Cómo son, ¿valen mucho?

—Bueno, aquí casi todo es bastante asequible. Las monedas más habituales, son de 1, 5, 10, 25, 50, 100 y 500 tats, también hay unas fichas más grandes de 1000, 2000 y 5000 tats, pero no se ven mucho, porque son muy grandes y aparatosas, y la verdad, asusta que se puedan romper. De todas formas, es difícil que algo normal de a diario sea más caro que 3500 tats así que tampoco hacen mucha falta.

—¿Y que puede haber aquí que cueste tanto? —Ella se lo pensó un rato.

—Un vestido de gala, por ejemplo. Pero bueno, ya lo irás viendo.

Cruzamos otro puente, que estaba más cerca que el que había usado la noche anterior, y entramos en otra isla. Era una zona parecida a la del hotel, pero con varias zonas empedradas y los edificios parecían estar más apiñados, más altos, reforzados con piedra y madera para acoger a más habitantes. Algunas de esas edificaciones tenían corrales con gallinas. El ambiente estaba lleno de cacareos, ladridos, maullidos, gente charlando, todo un contraste con el silencio sepulcral que había horas atrás.

—Esta es la isla Thalassa, aquí está todo lo divertido. Tenemos tiendas, una biblioteca, un pequeño mercado y hasta un teatro. Apenas se usa y es una pena, pero para llenar su vacío, tenemos... —se detuvo frente a un edificio muy ancho de dos plantas— ¡La taberna! ¡Aquí trabajo yo! Si quieres, puedo convencer al dueño que te deje trabajar el tiempo que necesites hasta que sepas a qué dedicarte.

—Eso sería muy amable de tu parte, ¡muchas gracias! —Contesté emocionada.

—Pero antes de que conozcas la taberna, te llevaré a tu nueva casa.

—¿Está muy lejos?

—¡Qué va! Sígueme.

Me llevó al frente de un edificio que estaba tan solo un par de calles por detrás de la taberna.

—¡Bienvenida a mi pequeña mansión! —Anunció— Esta es mi casa, y a partir de ahora, ¡También será la tuya! —Llena de entusiasmo, se sacó una llave de un bolsillo en su falda y abrió la puerta para mí.

Decir que estaba entusiasmada ante la visión de mi nuevo hogar sería insuficiente. El interior era todo de madera, con placas de cuero oscuro tapizando la parte inferior de las paredes. Guirnaldas de laurel, romero y flores secas se cruzaban, decorando el alto y robusto techo lleno de vigas y

diferentes telas de colores vivos, fucsias, mostaza, turquesas, rojos y grises, hacían lo propio en paredes y ventanas, cubriendo además sillas y sillones. Al fondo había un acogedor hogar que además servía de cocina. Entre los muebles había varias estanterías con libros y figuritas variopintas, muchas de las cuales retrataban animales; un aparador a rebosar de platos, tazas, vasos de diferentes formas y botes de especias acumulados sin ningún orden en particular, y una gran mesa decorada con una jarra de agua con flores, que servía de centro multiusos de la estancia principal. Sin embargo, no vi camas por ningún sitio.

Brunilda estaba satisfecha con la impresión que su casa me había causado y lo estuvo aún más cuando me enseñó su parte favorita. Había una zona oculta en el techo, muy cerca de las estanterías, escondida tras una gruesa tela violeta estampada con el motivo de una media luna con perfil humano, estrellas y planetas. Empujó un libro en la estantería más cercana y lentamente, la sección comenzó a bajar gracias a un sistema de poleas, revelando una escalera de aspecto firme. Un ruido sordo indicó que la escalera había terminado de bajar.

—Adelante —Invitó, con un gesto de su mano.

—Guau... —suspiré y me acerqué para comenzar a subir.

El segundo piso tenía el techo algo más bajo, pero no suponía un inconveniente. La bóveda sobre nuestras cabezas, tenía una claraboya redonda en el centro, con los postigos, que estaban calados de estrellas, abiertos. El suelo estaba cubierto de alfombras y mullidos cojines, y había dos camas anchas y bajas con doseles multicolores. Había cuatro baúles colocados simétricamente junto a ambas camas, para guardar la ropa, dos para cada una, y además había dos cómodas altas por si el espacio en los baúles no era el suficiente. No hacía falta de nada.

—¿Te gusta? —Me preguntó por pura formalidad, mientras terminábamos de subir las escaleras.

—Jamás había visto nada tan bonito, tan, tan... ¿cuál es mi cama? —Brunilda dejó escapar una risita.

—Yo siempre he dormido en la cama de la derecha, a ti te toca la izquierda.

—Genial. ¿Puedo probarla?

—Adelante, ésta es ahora tu casa.

Me dejó retozar y revolverme a mis anchas en mi nueva cama

—¡Ah sí! —añadió— no te he enseñado el baño. Hay que salir, pero creo que te gustará.

—Vamos. —Me incorporé rápidamente.

Cuando bajamos, Brunilda movió una manivela, que parecía un adorno, en otra balda de la misma estantería que había manipulado anteriormente. Tras unos cuantos giros, las escaleras volvieron a subir despacio. Salimos fuera y rodeamos la casa por el lado izquierdo. Era una zona algo más estrecha, recubierta por completo en piedra, con toda la pinta de haberse añadido después de la construcción de la casa. La puerta era sólida y se cerraba con llave, la misma que se usaba en la puerta principal. El interior, estaba alicatado en cerámica pintada a mano, con motivos florales azules y lavanda. Tenía una gran bañera y un lavamanos con un espejo rústico y un inodoro, parecido al que había usado en el hotel. En una esquina de la estancia, había una caldera. Me quedé extrañada.

—Mira, tenemos agua corriente —ella abrió el grifo y el agua comenzó a salir pasados unos segundos. — Para el agua caliente, tenemos que encender la caldera. Normalmente solo uso el agua caliente en invierno, pero si te gusta tenerla todo el año puedo hacerme con más rocas.

—¿Usáis rocas para calentar? Y ¿cómo es que hay agua corriente aquí y no en el hotel?

—A ver, que todas estas cosas modernas, son invenciones de los anacrónicos. Lo que pasa es que el hotel está en una isla un poco más antigua que esta y no ha habido medios para actualizarlo, pero todos aquí en Thalassa tenemos agua corriente.

—Umm...— Quise interrumpirla para que me diese tiempo a asimilarlo todo, pero ella me malinterpretó.

—Thalassa es la isla en la que estamos, —explicó con condescendencia— pero el Reino está compuesto por cinco. Verás, de Norte a Sur, —contó con los dedos de la mano— está la isla Miurgheal, la del castillo. Nao, la del puerto. Delphine, la del Hotel, Thalassa, donde vas a vivir y la última es Umi, que es donde está la playa donde aparecí yo.

—Ajá.

—¿Qué más?... Ah, sí. El hotel. Aún no lo sabes, pero el hotel es famoso porque tiene baños públicos con propiedades curativas, o eso dicen ellos, porque en verdad usan agua de mar, monda y lironda. Por eso no he querido que te bañes ahí, no me gusta cómo queda la piel, hubieras estado incómoda,

te lo digo yo. También tienen la ventaja de que debajo del hotel, hay calderas naturales.

—¿De ahí salen las rocas? —Brunilda asintió.

—Un anacrónico, décadas atrás, en cuanto supo de las calderas naturales, investigó si las rocas que forman nuestra costa retenían el calor. Resultó que tenía razón, y con solo provocar un poco de fuego, las rocas son capaces de retener y generar calor, tanto que gracias a ellas ahora hay agua caliente en las casas. Es como magia. Luego te enseñé a encenderla.

Volvimos al edificio principal, tras cerrar el baño con llave.

—Esta casa es preciosa. —Murmuré cuando llegamos a la entrada, dando otro vistazo a al armonioso espacio cuando abrimos la puerta. —¿Te la compró el Capitán?

—No, él no... La casa... —La pelirroja se quedó pensativa y su gesto se ensombreció un poco. —Cuando aparecí aquí, me acogió una mujer que se llamaba Lana. Se había quedado viuda poco antes de que yo llegase y esta era su casa. Eso fue hace veinte años, ahora tengo treinta y dos. También tenía a su cargo a un chico, pero él se fue cuando hizo los dieciséis, pocos años después. Ya te lo presentaré. Al principio no teníamos este baño, ni el segundo piso, solo el primer piso que viste, un poco más apoltonado y más serio. Cuando el chaval se fue, las dos juntas fuimos haciendo obras, según iban saliendo novedades de otros anacrónicos.

—¿Lo montasteis todo entre las dos?

—Sí, con estas manos, y las tuyas. —Suspiró —Lana fue como una madre para mí y... supongo que yo fui como... como la hija que nunca pudo tener... —Su voz se cortó y me apartó la mirada. — Murió hace tres años y dos meses. Me dejó la casa en herencia... —Hizo otra pausa. — Perdóname, es que me emociono. No... no quiero contagiarte la tristeza, lo siento.

—Siento mucho tu pérdida, Brunilda.

—Puedes llamarme Brun. —Suspiró. Permanecí en silencio. Ella se tocó los párpados con las puntas de los dedos, eliminando cualquier sospecha de lágrimas.

—He vivido sola desde entonces y he decorado todo un poco más, a mi gusto. Pero, en fin, ¡Ahora tú, serás mi compañera! —Exclamó, para animarse a sí misma.

La abracé, para subirle la moral. Era algo mandona y no conocía el concepto de silencio, ni de intimidad, pero era adorable y me parecía muy

buena persona. Recordé lo que me había dicho Craig la noche anterior: debía empezar a hacer nuevos amigos, y quería que ella fuese la primera.

—Estoy muy feliz de haberte conocido. —dijo, al fin.

—Yo también. Gracias por acogerme, Brun.

SEIS

Lo mejor de haber aparecido en aquel lugar de la nada, era que no tenía que preocuparme por mi mudanza. Lo malo era que estaba acostumbrada al silencio de vivir en soledad, y ahora el hablar sin parar de mi nueva compañera, simplemente me abrumaba.

Después de enseñarme la casa de arriba a abajo, me enseñó también la ropa que Craig me había dejado comprada a primera hora de la mañana (que ya estaba guardada en mi arcón, desde antes de que hubiese elegido mi cama), e incluso me dio una vuelta por el vecindario para enseñarme dónde estaban las tiendas y comprar un poco de comida para el día. Al volver a casa, Brun preparó té, y pequeños bocadillos de embutido y queso para celebrar mi llegada, los cuales acepté de buena gana, porque era mi primera comida desde hacía tiempo.

Brun habló, habló y habló, mientras yo me hinchaba los carrillos. No parecía que le importase si yo contestaba o no, así que me relajé y la dejé explayarse. Me contó que Craig había formado parte de su vida desde que llegó a Miurgel y la pusieron al cargo de Lana, porque él era un muy buen amigo de ella. Mientras Brun y su hermano de acogida crecían, el Capitán les visitaba casi constantemente, trayéndoles regalos y dulces de todos sus viajes. Siempre estuvo ahí, viéndolos crecer, como parte de la familia.

El día anterior, cuando me rescataron del mar, al parecer había sido un día muy complicado. Craig volvía de una expedición a duras penas. Se había formado una tormenta en la costa y un rayo les acababa de freír el mástil, cuando me encontraron flotando en el agua. Pero me pescaron, llegaron al puerto a primeras horas de la mañana y Craig contactó con Brun enseguida para que le ayudase conmigo.

Habían sido ellos dos quienes decidieron alojarme en el hotel hasta que fuese un buen momento para presentarme ante el Rey, porque sabían que iba a ser complicado con el funeral de la Reina de por medio. No contaban con la posibilidad de que despertase tan pronto y pasase lo que ocurrió la noche anterior.

—¿Quieres más té? —preguntó cuando los bocadillos se acabaron.

—Sí, por favor. —Me levanté para ayudarle a llevar los platos y tazas a la pila. —¿Crees que vendrá Craig hoy a verme?

—¡Huy! ¿Y ese interés? —dijo en un tono que me hizo sentir incómoda.

—No sé...tal vez puede venir a ver qué tal me adapto.

—Nah, no te entusiasmes tanto. Con su barco destrozado y el funeral y todo lo demás, no creo que tenga tiempo para venir. Me lo hubiera dicho. —Cogió tazas limpias y las relleno de té, que seguía caliente. —¿Las llevas a la mesa? —pidió y la obedecí.

Coloqué las tazas en la mesa y volví a mi silla, mientras ella terminaba de lavar y secarlo todo.

—Luego en un rato tengo que ir a trabajar. —dijo, cuando pensé que al fin iba a quedarse en silencio. —¿Te vienes conmigo, a ver si te contratan?

—¿Hoy mismo?

—Sí, ¿por qué no? —Se secó las manos en la falda. —¿Qué vas a quedarte haciendo si no mientras por diez horas?

—¿¡Trabajas diez horas!?! —La escuché reír, entonces se volvió a mí.

—Ven, mira, ven aquí. —Sus dedos rechonchos señalaron a un cacharro en la encimera que se parecía a una cafetera.

Me acerqué para mirar mejor el artilugio. Desde todos los ángulos, parecía una cafetera común, solo que sin pitorro. Tenía la parte superior de cristal, con varias divisiones inscritas, en ese extraño alfabeto y se podía ver claramente el agua en su interior. La base parecía de cerámica. No entendía de qué se podía tratar, ni por qué Brun quería que lo viese.

—¿No te imaginas lo que puede ser? —Negué con la cabeza. —Es una clepsidra.

—¿Una qué? —la escuché reír.

—Clepsidra. Un reloj de agua, vamos.

—¿Esto es un reloj? —Volví a examinar el recipiente de cristal y reparé en que el nivel del agua se acercaba bastante a una de las marcas.

—Alucinante, ¿verdad? Pero aún hay más. Cada una de estas líneas representa a una hora, ¿vale? Cuéntalas.

Guiándome con el dedo, fui contando cada una de esas rayas: Una, dos, tres, cuatro... hasta llegar a treinta. Volví a contarlas de nuevo, y seguían siendo las mismas.

—¿Son treinta?

—Sí, treinta. Aquí los días duran treinta horas.

—¿Qué? Pero... ¿pero ¿cómo?

—Raro, ¿verdad? Este no es el mismo mundo del que vinimos, tía. Para mí al principio se me hizo muy pesado, pero Lana me lo puso de este modo: tienes más tiempo para hacer cosas, y mucho más tiempo para dormir.

—Hmm viéndolo así...

—Son seis horas más. —Continuó sin esperar que terminase de hablar.

— Tres horas más de día, tres horas más de noche. Lo bueno es que podemos vivir de forma relajada, que siempre hay tiempo para todo. Pero también tenemos turnos de trabajo más largos. Por eso, diez horacas, la jornada normal. Entro a trabajar a las diecinueve y salgo a las veintinueve.

—¿No acabas agotada?

—Qué va, no es para tanto. Se pasa rapidísimo y luego me echo a dormir unas diez horitas o más, y como una rosa. Ya verás, enseguida te harás a ello. Nada, te vienes conmigo y empiezas hoy.

—¿No es muy pronto? Y si... ¿y si no valgo? —Me había puesto en un compromiso. —No estoy preparada...

—A ver, no te agobies. Vienes, ves cómo es la taberna, su ambiente, hablas con Prasad, si a él le parece empiezas hoy y si te sientes bien y a gusto, te quedas con el curro. Si no, ya te ayudaremos a buscar otro trabajo. ¿Vale?

—Vale. —Suspiré.

—Se te va a enfriar el té.

Tomé un gran sorbo de inmediato. Ella se acercó a la mesa, cogió el suyo, se lo bebió de un trago y dejó la taza en la pila.

—¿Sabes qué?

—¿Sí? —Me refugié tras mi taza.

—Como nos queda un buen rato y vas a venirte a la taberna, creo que voy a... tú espera, ya verás.

Anclada en mi silla, la seguí con la mirada mientras se acercaba a la estantería y activaba la escalera. Desapareció un buen rato en el piso de arriba y volvió justo a tiempo para encontrarme lavando las dos tazas. En sus manos llevaba un saco color carmesí, de aspecto pesado y del tamaño de un bolso.

—Venga, vamos a arreglarnos, ¿qué te parece? —Hizo sitio en la mesa y vació el contenido del saco sobre ella.

Tuve que ser rápida con mis manos para evitar que todo se desparramase

y cayese por los suelos. Muchísimos botecitos de cerámica, idénticos entre ellos y en dos tamaños, un espejo pequeño, varias brochas y pinceles. Con entusiasmo, Brun fue abriéndolos para mostrarme lo que eran, uno a uno. Había pintalabios, coloretes y sombras de ojos en crema. Los botes más grandes, contenían polvos, algunos blancos, algunos otros con un poco de color.

Perdida en sus explicaciones, terminé dejando que ella me guiase.

—Mira, coges esta brocha y te pones un poco de sombra. No te pases que la tienes que extender con el dedo. Da mucho de sí. —La crema era parduzca y me puse solo un poco por encima del rabillo, en cada ojo. —Tienes unos ojos muy bonitos, ¡qué párpados tan lisos!

—¿Eso crees? —Respondí, sin dejar de mirarme en el espejo mientras estiraba la crema grasienta, intentando dar forma a mis ojos rasgados. —Qué va, Brun. Mis ojos parecen diminutos y apenas tengo párpado.

—Exageras. ¿Quieres hacerte la raya? Usa este pincel, y este bote.

Siguió observándome mientras yo procuraba hacerme la línea igual en los dos ojos, pretendiendo que ella no me miraba. En el espejo empecé a verme un defecto tras otro. La nariz larga y aguileña, los pómulos amplios. Había heredado los rasgos y el pelo de mi madre filipina y el color de piel tostado de mi padre mediterráneo. Pero yo no me veía ni guapa ni fea, tan solo era una más del montón. Brunilda me explicó cuál era el colorete y cuáles eran los pintalabios (elegí uno de color vino), y me los puse.

—Ya está, ¿Qué tal me veo?

—¡Muy guapa! —Exclamó, aunque yo sabía muy en el fondo que no había mucho que el maquillaje pudiese mejorar.

Cedí el espejo a Brun, quien empezó su propia rutina de belleza, tras limpiar las brochas que yo había usado en un paño. Ella sabía utilizar aquel maquillaje muchísimo mejor que yo, y acabó realmente preciosa, con una sombra de ojos verde y castaña y los labios vestidos de puro y vibrante carmín. Era simplemente perfecta. Al terminar boqueó para que el pinta labios le quedase aún más perfecto, y marchó al baño para arreglarse el pelo. Esperándola, yo me limité a medio peinar el mío con los dedos, preguntándome si alguna vez yo me vería tan maravillosa.

Cuando ella volvió del baño, con el pelo recogido, salimos al fin hacia la taberna. El camino era tan corto que parecía que ni siquiera habíamos salido de casa.

Por dentro, el lugar era enorme, con las paredes forradas de madera, y piedra en su parte inferior. La decoración consistía en peces disecados, flores secas, y cuadros con motivos marinos. Había espacio para muchísima gente, mesas, altas y bajas, una amplia barra y multitud de banquetas. Además, había un gran hogar en el centro del comedor, que, por el momento, permanecía apagado.

Ya había clientes cuando entramos, y nadie reparó en mí. Cerca del hogar, había un bardo que me resultaba familiar de la noche anterior. Tocaba la flauta de forma animada. Brunilda fingió no prestarle atención y me guio, innecesariamente, hasta la barra. Detrás de ella, apoyado sobre un codo y charlando con uno de los parroquianos, estaba quien yo identifiqué automáticamente como el dueño. Era un hombre robusto, de piel color oliva, abundante pelo negro y bigotes, que llevaba encerados formando bucles.

Reparó en nosotras y entonces salió de la barra, con paso regio. Reconozco que me causó impresión: era el tipo de persona con la que me daba miedo cruzarme en las aceras, sólo de verle sentí las gotas de sudor deslizándose por mi sien. Tenía la espalda ancha, los brazos casi tan grandes como mi cabeza y la cintura demasiado estrecha, aunque sus piernas eran casi tan fuertes como sus brazos. Daba la impresión de que me mandaría volando si me tocaba con la punta del dedo.

—¿Quién es ésta? —Su voz era grave y ronca.

—Prasad, esta es Deborah. Deborah, este es Prasad, mi jefe. —Nos presentó.

—Encantada —dije y le tendí la mano, con la horrible certeza de que me estaba sudando. Él alargó la suya hacia mí y me la apretó tan solo una vez, antes de soltarla rápidamente, con un suave gruñido. Tragué saliva.

—¿Es la que rescató Craig? —Preguntó a Brun.

—Sí, es ella. —Yo lo confirmé agitando efusivamente la cabeza.

—¿Te gusta lo que ves?

—¿¿Perdón??

—Este negocio —explicó hinchando el pecho, ignorándome— ha pertenecido a mi familia por generaciones, prácticamente desde que los primeros pobladores pusieron el pie en esta isla. Es la más grande y más respetada taberna de Miurgel, que lleva con orgullo nuestro apellido, Tamboli. Chica, ¿tú crees que podrás trabajar aquí, que estarás a la altura?

—Pero ¿qué tendría que hacer? Yo... acabo de llegar al Reino y...—

Respondí, temiendo estar cometiendo un error con mis palabras.

—Ah, sí, qué tendrías que hacer... —Prasad pareció salirse del papel y se rascó la barbilla. Miró a Brun, al cliente con el que había estado hablando, a la sala y por último, a mí. Volvió a hinchar el pecho como una paloma y de forma socarrona contestó. —Recoger las mesas, barrer, encender el fuego... atender a los bardos y... a los clientes que estén demasiado mamados como para levantarse de la mesa. Lo básico chavala, lo básico.

—Pues parece fácil —pensé en voz alta.

—Te pago 600 tats a la semana. Trabajas cinco días y libras dos. Mismas horas que Brunilda, aunque no siempre los mismos turnos. ¿Aceptas? —Tendió la mano hacia mí con tal fuerza que de estar más cerca, me hubiera dado un manotazo.

Callé por unos segundos mientras hacía cuentas en mi cabeza y meditaba sobre todo lo que estaba pasando.

—¿Y bien? —Insistió Prasad, impaciente— ¿Qué? ¿Podrás con ello o busco a una chiquilla del puerto que quiera quedarse con tu sueldo?

—Acepto. —Sequé furtivamente mi mano en los pantalones y la choqué contra la suya. Que me proporcionasen casa y trabajo nada más llegar, no estaba nada mal.

Prasad gruñó suavemente y desapareció por una puerta que había tras la barra. Brunilda, que había sido testigo de la negociación, sonrió y dio saltitos mientras aplaudía y finalmente me abrazó.

—Ya verás cómo este trabajo te acaba gustando. ¡Ya verás!

—Prasad es un poco gruñón, ¿no? —Comenté.

—¿Sí? Pffff, no se lo tengas en cuenta, es todo apariencia...

Nuestro jefe se asomó por la puerta y le hizo un gesto con la cabeza a Brun.

—¡Oh! Madre mía, casi se me olvida que he venido a trabajar. ¡Voy! —Se dio una palmada en la frente y se fue detrás de la barra, entrando donde estaba él. Segundos después, salió con un delantal azul colgando del cuello, que se ató mientras ocupaba su puesto. En cuanto ella se puso a secar jarras y a completar sus primeras tareas, Prasad salió de la pequeña habitación y de la barra, y se me acercó. Llevaba unos cuantos delantales azules entre sus manos.

—A ver, chavala, pruébate estos delantales. El que te quede mejor es para ti. Y ya lo puedes cuidar bien, que será tu uniforme. —Al decirlo, estiró con

orgullo un tirante de su propio delantal, en el cual yo no había reparado hasta entonces, a pesar de que era obvio que lo llevaba puesto.

Me fijé que además el llevaba un par de cubre mangas de la misma tela. Brun también llevaba unos, pero yo no tenía. Me quedé con el segundo delantal que me había probado y cuando lo tuve bien atado, pregunté sobre ello.

—Me falta lo de los brazos... ¿Creo? —Sin mediar palabra y con un cierto desdén, Prasad me tocó la barriga pillándome por sorpresa. Me costó darme cuenta de que no me estaba toqueteando a mí, sino que hurgaba en el bolsillo delantero del delantal. Sacó los dos trozos de tela y los alzó frente a mis ojos.

—Póntelos. Y cuando estés lista, quiero que barras. La escoba y el recogedor están en el mismo cuarto de donde he sacado esto. Si ves que una mesa queda vacía, traes lo de la mesa a la barra lo antes posible. La gente pide en barra y se sirve ella solita, así que por eso no te preocupes. Solo recoges, no llevas. ¿Entendido? Pues ale. Al tajo.

Localicé la escoba y el recogedor con facilidad y tardé muy poco en terminar de barrer porque el suelo estaba todavía bastante limpio, y había poca gente. Después me dediqué un largo rato a recoger las mesas y limpiarlas y como había poco movimiento, a veces volvía a sacar la escoba para recoger cualquier suciedad que hubiesen tirado los clientes. Cuando pasaron algo más de un par de horas y apenas entraba luz por las ventanas, Prasad, que acababa de encender las lámparas de las paredes, me dio una piedra y un aro aplastado de metal, un fuelle y un puñado de paja y me mandó a encender la hoguera central. Me acerqué resuelta a aquella fogata, donde ya había varios trozos de madera, que parecía reciclada de barriles rotos, listos para ser prendidos y parecía que quedaba algo de vida entre las brasas, que aún había desparramadas entre el mismo tipo de piedras que usábamos en las calderas, y que permanecían medio sumergidas en un líquido que parecía aceite.

A simple vista, la tarea parecía muy sencilla, así que estaba convencida de que sería capaz de encender el fuego a la primera. Siguiendo mi instinto, me puse a soplar con el fuelle sobre todas las brasas y cenizas gruesas que pude encontrar, pensando que podría reavivar el fuego. Como no dio resultado, lo segundo que se me ocurrió, fue colocar primorosamente el montón de paja, con la piedra y el trozo de metal encima, para que no se volasen, en el centro

de la hoguera, donde estaba la mayoría de los trozos de madera y volví a soplar efusivamente con el fuelle, con idéntico resultado.

El local comenzó a llenarse y los nuevos parroquianos se iban convirtiendo en testigos de mi inexperiencia, a medida que iban ocupando sus mesas. Notaba sus miradas, empecé a oír susurros y comentarios y me puse nerviosa. Miré hacia la barra, buscando a Brunilda, pero no estaba. Quizá estuviese en la habitación tras la barra o había tenido que salir a hacer algún recado. En su lugar, Prasad atendía con agilidad a los que iban llegando. Me lanzó una mirada furtiva y vi cómo se sonreía. Dejé de achuchar el fuelle, totalmente frustrada y escuché un silbido desde la barra. El flautista, que estaba tomándose un descanso, cruzó unas palabras con mi jefe y vino hacia mí, a continuación.

—Hola guapa, soy Ozam. —Se presentó rápidamente y se acuclilló a mi lado. —Veo que te está costando un poco. ¿Tienes idea de cómo se hace? — Preguntó con voz cálida y áspera, señalando al hogar apagado.

—Creía que sabía, pero... —Me froté los brazos, nerviosa.

—Lo que pasa es que estás intentando avivar un fuego que hace tiempo que está muerto. No se puede. No con el fuelle.

—Ah, es que pensé que tal vez soplando...

—Nunca has encendido una hoguera, ¿verdad? —Sacudí la cabeza— Mira, ¿ves la piedra y ese eslabón? No son un pisapapeles. Fíjate bien, deja el fuelle, fíjate bien. —Alargó los brazos y los recuperó de donde los había puesto— Mis manos, mira. —Con la piedra en una mano y el eslabón en la otra, pretendió que los golpeaba entre sí por encima de la paja. Tras enseñarme el gesto, replegó los brazos y me pasó la piedra y el eslabón a mí. —Prueba ahora tú. Tiene que salirte una chispa y prender la paja.

—Vale, de acuerdo. —Imité su postura lo mejor posible y suspiré, llena de determinación.

El flautista me vigilaba con sus ojos dorados. Intenté que lo extraño de su mirada no me distrajesse y empecé a golpear ambas cosas entre sí, pero me resultó imposible hacer que reaccionasen como yo quería. En vez de ello, estuve a punto de aplastarme los dedos en más de una ocasión. El corrillo a mi alrededor no ayudaba. Volví a intentarlo, sin que surgieran chispas.

Tan harto como yo de mis intentos fallidos, o quizá más, Ozam se puso a mis espaldas y me agarró por las muñecas para mover mis brazos.

—Mira, estás golpeándolas mal, se hace así, ¡así! —dirigió mis

movimientos como si yo fuese una marioneta.

—¡Hola! —Nos saludó alguien por encima de nuestras cabezas.

—¡Buenas noches Sammie! —Contestó Ozam sin dejar de mover mis brazos. Al oír ese nombre, alcé la cabeza rápidamente, sin darme cuenta de que había conseguido sacar chispas del pedernal, que habían prendido la paja.

—¿Sam?

—¿Deborah? ¿Ahora trabajas aquí? ¿Vamos a trabajar juntos?

—¿Juntos? —Repetí y mi pecho se agitó como una campana— Eh, pues eh...

—Déjala Sam, está encendiendo su primera fogata. Fíjate guapa, ya ha prendido, ahora es cuando tienes que soplar, ¡vamos! —Soltó mis muñecas, me acercó el fuelle y me agarró descarada e innecesariamente de la cintura al levantarse para charlar con su compañero de oficio. Aquello me irritó un poco.

Guardé rápidamente la piedra y el trozo de acero en el bolsillo frontal de mi mandil y comencé a insuflar aire con el fuelle para que el fuego se extendiese. Desde entonces, la tarea fue pan comido. El fuego se extendía rápidamente entre los leños y noté con gusto el calor en mi cara. Algunos de los clientes me aplaudieron. Alcé algo incómoda la mirada a la barra y me encontré con la mirada de Brunilda que me saludó con una sonrisa. Respondí pasándome la mano por la frente exagerando el apuro por el que acababa de pasar. Con el fuelle bajo el brazo, hice otra ronda recogiendo las mesas y volví a la barra, para dejar los instrumentos que había usado para la fogata y hablar con ella.

—Veo que él te ha puesto muy nerviosa, ¿eh? —me preguntó al tenerme cerca.

—¿Quién? ¿Ozam? —Pensé en cómo me había cogido de las manos por la espalda y cómo me había agarrado después de la cintura, y me dio un escalofrío de disgusto— Qué va. Es guapo, supongo —Además de tener los ojos genuinamente dorados, Ozam tenía el pelo cobrizo, pestañas largas, nariz respingona y una elegante mandíbula cuadrada, que le daba apariencia de príncipe de cuento— pero no, no me pone nerviosa. Mas bien, creo que es un poco sobón...

—Ya sé, ya he visto cómo te ha tocado. —Pareció molesta por eso. —Hablo de Sammie.

—Ah... Sam Émile —Se me escapó una risa tonta, pretendiendo restarle

importancia. —No, es que...

—Así que te sabes su nombre entero. —Continuó inquisitiva.

—Él fue la primera persona que me encontré al despertar anoche y...

—Ooooooooooooooooooooooooooh —Canturreó, haciéndome sentir incómoda.

—¡Le estaba cantando a un gato! y... ¡y estaba empapado! —Quería defenderme de cualquier intención que notaba en la voz de Brun.

—Ya, ya... Muy propio de él. —Rio. Entraron más clientes, dándole trabajo.

Extrañada por la conversación, pegué otra vuelta por el local, buscando mesas que recoger o suciedad que barrer, y eché un buen vistazo. Los dos bardos habían empezado a tocar juntos y ahora eran el centro de atención. Su música no tenía ni punto de comparación con las melodías solemnes y tristes que había podido escuchar la noche anterior. Tocaban canciones animadas, que retumbaban con potencia dentro de la taberna, que tenía muy buena acústica, y lo llenaban todo, haciendo que muchos de los clientes meneasen la cabeza o diesen palmas al compás. Yo misma me encontré recogiendo las mesas al ritmo de sus canciones. Fue entonces cuando descubrí que aquel ambiente me gustaba.

Llegó la hora de que Ozam se marchase y él me pidió que le trajese una copa de vino. Mientras se la bebía, hicieron una pausa que él empleó en recoger sus cosas y Sam aprovechó para afinar las cuerdas de su guitarra. En el momento de silencio, me fijé en cómo Brun observaba al flautista desde la barra. Me acerqué a ella.

—Y a ti qué, ¿Te pone nerviosa? —Le pregunté a modo de revancha.

—¿Eh? —Contestó abochornada. Quise seguir provocándola, pero el flautista, a quien me refería, se subió en una butaca baja y alzó la voz.

—Señoras, señores —la gente volvía a entrar por grupos, llenando la taberna— me voy, por esta noche. Espero que hayan disfrutado de nuestro pequeño recital. —Saludó con una pequeña floritura— Recuerden que pueden encontrarme todos los Tiden, Freiden y Lorde para complacerles con mi música. —Hizo una pausa mientras apuraba el último trago de su copa de vino. — Ahora, les dejo con nuestro querido Sam Émile. Un gran aplauso, por favor. —La gente se levantó para aplaudir a ambos. —¡Feliz Lorde y feliz fin de Semana!

Se despidió alzando la mano y bajando con ágil salto de la butaca. Hizo

otra floritura y marchó entre aplausos. Antes de salir, pasó junto a la barra a hablar con Prasad y despedirse de nosotras. Me apresuré a recoger y limpiar las mesas de los pocos clientes que se marchaban y aquellas que estaban demasiado llenas de jarras, vasos y platos sucios. Sam comenzó a tocar y los acordes me resultaron inquietantemente familiares.

Era “The Safety Dance”, la canción que había sonado de fondo mientras preparaba mi suicidio. Recordé el videoclip, que retrataba un mundo medieval, un lugar como Miurgel. Aquello era irónico y mórbido al mismo tiempo. La versión que Sam tocaba, de quien me pregunté cómo conocía aquel repertorio, era simple, adaptada a su guitarra y con la letra un tanto diferente; a la gente parecía encantarle su particular interpretación y varios se habían levantado a bailar. El ambiente festivo era tan contagioso que olvidé el mal rollo y me puse a cantar la letra, sin darme cuenta de que lo estaba haciendo en voz alta.

En uno de mis viajes, un cliente que había bebido demasiado me agarró de la cintura. Si había algo de lo que estaba segura a esas alturas, era de que en Miurgel, o bien les encantaba el contacto físico, o no tenían concepto de espacio personal. Puse los ojos en blanco, pero le sonreí, entendiendo que era uno de esos clientes de los que me había hablado Prasad, demasiado borrachos como para ir a pedir a la barra.

—¿Le traigo algo, caballero? —Pregunté, pero aquel señor me alzó en volandas y me puso al lado de Sam.

—Canta con él, moza, canta, que te he oído antes. —Sorprendida por aquello, miré desesperada a Brunilda que, desde la barra, sólo me pudo responder encogiéndose de hombros. Prasad, que estaba a su lado, cruzado de brazos, alzó la voz.

—¡Canta, adelante! —su voz era socarrona. Ahora era una orden de mi jefe y no quería que me despidiesen el primer día. — Quién sabe —le oí comentar— Igual vale para ello. —La pelirroja me dirigió una mirada escéptica.

Para salvar el momento de confusión, Sam, que, en vez de molesto, parecía ilusionado, había alargado la melodía, esperando alguna señal mía. Nos miramos, miré a la gente a nuestro alrededor. Yo, ¿Cantar? ¿De la nada? Sacudí la cabeza sin dejar de mirar al músico.

—¡No puedo! —exclamé, camuflando mi ansiedad con una forzada sonrisa.

—¿De verdad te sabes la letra? —Preguntó y sus ojos centellearon.

—Sí, pero...

—Vamos, última estrofa, te doy la señal y canto contigo —Arqueó las cejas transmitiéndome seguridad. Me encogí de hombros, volví a mirar al público, sus caras divertidas, todo el alcohol en sus jarras... ¿qué era lo peor que podía pasar? ¿Que me abuchearan? Me envalentoné y le hice un gesto afirmativo. Cantaría.

—Oh, por favor... —Susurré, mientras permanecía atenta al ritmo y al tono de la música. Me cubrí brevemente la cara con las manos, avergonzada, pero no había vuelta atrás. A la de tres, tomé aire y comenzamos a cantar. Mi voz me temblaba al principio, pero en cuanto comprendí que a la gente le importaba un comino si lo hacía mal o no, empecé a cantar con más fuerza.

La gente nos aplaudía y bailaba a pesar de mis muchos gallos. Cuando la canción terminó, Sam me rodeó los hombros con un brazo y me zarandeó con orgullo. Me sentí aliviada, y un poco orgullosa. Lo peor ya había pasado.

—Os presento —Gritó Prasad desde la barra— a la nueva incorporación de la taberna Tamboli, ¡Deborah! —La gente nos animó

—Eh, lo has hecho genial ¡No sabía que supieras cantar tan bien! —Susurró Sam.

—Bueno, cantar, cantar, no creo que... —Él sería buen cantante y músico, pero desde luego no tenía buen oído.

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra! —pidieron los asistentes, que obviamente estaban demasiado borrachos como para tener criterio. Alcé las manos como si quisiera bloquear sus voces.

—Muchas gracias a todos, —grité, la voz aún me temblaba de vergüenza — pero sólo soy la que recoge las mesas y a ritmo que tragáis, ¡ahora tengo mucho que hacer! Espero no haber destrozado vuestros tímpanos, je je, eh, bueno, vuelvo al trabajo...

Hice una reverencia, rápida y contrahecha y corrí hacia la barra, tapándome la cara con ambas manos.

—Pero bueno, ¡qué ha sido eso! —Brunilda palmeó mi hombro.

—Algo terrible, ¡algo terrible! ¡Agua! Necesito agua, o algo mejor, ¿es cerveza eso que beben todos?

—Si, cerveza negra.

—Tanto me da, como si es verde, dame una jarra, grande.

—No exageres, Deb, lo has hecho bastante bien.

—¡Que no! Menudo apuro.

—Toma, ahí va esa jarra, pero tienes que beberla de espaldas, a escondidas. Y dejarme que beba yo también. —Nos reímos y comenzamos a beber sorbitos por turnos. Nuestro jefe se nos acercó.

—Bueno, menudo espectáculo que has montado en tu primer día. —Puso los brazos en jarras, la cara seria y sacudió la cabeza. Se me cayó el alma a los pies. Aquello era el fin.

—¿Ha estado tan mal? —pregunté con un hilo de voz, pero entonces el hombretón empezó a reírse, desde lo más profundo de su pecho.

—Increíble, ha sido increíble, me ha gustado. Chavala, haz lo mismo todos los días y te pongo en un pedestal. La gente se ha vuelto loca y ha empezado a pedir copas de más.

—¿En serio?

—Pues claro. Mira, estás trabajando muy bien para ser tu primer día y ahora está todo tranquilo, puedes tomarte un descanso. Tú también, Brun.

—¡Ya era hora! —Dijo ella.

Se sirvió otra jarra de cerveza para ella sola, llenó dos platos con patatas bañadas en salsa y migas de pescado (el menú del día, que mantenían caliente sobre brasas, en un gran perolo, oculto tras la barra), de los cuales me dio uno, y nos sentamos a cenar en la habitación donde guardábamos los delantales y la escoba, que como comprobé después, era también la cocina. La comida estaba riquísima y supo todavía mejor acompañada de la cerveza, que estaba buenísima, con un fuerte sabor a regaliz. Cuando terminamos de comer, Brunilda rellenó nuestras jarras y se quitó el delantal, que colgó con primor en la cocina. Yo hice lo mismo.

—Vamos fuera, a que nos dé el aire —me dijo, y salimos.

Nos quedamos sentadas en el porche de entrada, donde había una banca de madera. Estiré los brazos y arqueé la espalda. En el exterior no se oía la música, pero me zumbaban los oídos. Permanecemos calladas, bebiendo nuestras cervezas.

—Me parece mentira lo mucho que ha crecido, aunque para mí siempre seguirá siendo como un niño. —ella suspiró, rompiendo el silencio. La miré extrañada.

—¿De quién me estás hablando?

—De Sam. Por mucho tiempo que pase, es como si no hubiese terminado de crecer.

—Bueno, ¿no es muy alto para lo que estás diciendo?

—Es muy inocente, como un niño. No soportaría que nadie se aprovechase de él. —Me perforó con la mirada. Tragué saliva.

—¿Por qué me dices eso?

—He visto cómo os miráis. No te ilusiones, ¿vale? El jamás querrá besarte, ni encamarte, ni tocarte.

Me sentí muy violenta.

—No le miro de ninguna manera, ni nada por el estilo, no sé por qué me dices eso. ¡Ni siquiera me conoces! —Respondí irritada. Ella tomó un gran sorbo de su cerveza sin mirarme.

—Sam es el chico con el que me crie. Es mi medio hermano.

—Ah. —Hice una pausa— Podrías habérmelo dicho antes. —Resoplé, y bebí también.

—Vale, lo siento. Pero también lo digo por todos los bardos que tocan aquí todos los días. Estarán potentes y te pueden echar miraditas, pero no se atan a nadie. A la hora de la verdad, te dejarán sola.

—Ajá... —Escuché con más atención.

—Así que ándate con ojo. Y a mi Sam, ni de lejos.

No puedo decir que no me hubiese ofendido. Me molestaba que me juzgase sin conocerme, y que por alguna razón estuviese tan obsesionada con el asunto de los tactos y las miradas. En la vida había cosas más importantes, y por el momento, yo no quería ni pensar en hombres, ni en romances, solo quería paz y ver por qué caminos me conducía mi nueva vida.

—Brun, no quiero líos. —Alcé la vista al cielo. No sé cómo fui capaz de oír su voz, pero Sam había comenzado a cantar otra canción. —Aunque no lo niego, es muy agradable de ver. Una tiene ojos. —me reí.

—Si, se ha convertido en un chico guapo... y con buena voz. Sólo quiero protegerle.

La puerta de la taberna se abrió, y Prasad nos llamó de nuevo al trabajo. Las pocas horas restantes pasaron como un suspiro. Tras el improvisado número musical, la gente me trataba como si me conociese de toda la vida. Me sentía arropada, a gusto. Algunos clientes me invitaron a mí y a Brun a beber más. Cuando llegó la hora de cerrar, en cierto modo no quería que aquel día terminase, aunque estuviese aplastada por el cansancio.

También Sam había bebido algunas copas de vino, a las cuales le habían invitado, pero no las toleró muy bien. Brunilda no quiso dejarle volver solo a

su casa y le convenció de que se quedase a dormir con nosotras. Yo no me opuse.

En nuestra guarida, las dos nos sentamos a la mesa del comedor mientras Sam se ponía su pijama en el piso superior. Brunilda me explicó que, aunque Sam se había marchado a vivir solo, volvía muy a menudo de visita, a pasar la tarde o a dormir. Por eso, siempre guardaban un par de pijamas para él y sus mantas, que habían conservado desde su niñez.

Bajó bostezando, cuando estuvo listo y se quedó traspuesto mientras nosotras nos cambiábamos. Entre la ropa que me había comprado Craig, me faltaban prendas para dormir, así que Brun tuvo que prestarme un camisón suyo, que me quedaba muy amplio. Nos metimos en nuestras camas, y ella pegó una voz para que Sam subiese. Le observé mientras estiraba una manta en el suelo y se hacía un nido con los cojines, entre las dos camas. Comprendí que la cama que yo ocupaba, la había estado utilizando él hasta entonces. Me sentí un poco mal.

Incapaz de dormirme, a pesar de estar cansada, Brunilda me dio conversación, para variar. Entre otras cosas, se puso a explicarme los días de la semana, que tenían un nombre distinto.

—Acabamos de terminar Lorde, que fue sábado, —explicó— ahora estamos a Sung, que es Domingo, y luego el resto de días son Mjorn, Tiden, Midgen, Turun, Freiden y Lorde de nuevo.

—¿Pero Brun, por qué los días de la semana tienen esos nombres tan raros? ¿No es más fácil llamarlos como nosotros? —Me giré en la cama y me apoyé en el brazo para verla mejor.

—Es porque venimos de diferentes culturas. Históricamente, los días de la semana han recibido nombres relacionados con los Dioses u otros factores de cada cultura. No puedes esperar que los días de la semana o incluso los meses del año sean iguales en todos los lados. —Soltó Sam, desde el suelo, sujetando su manta celeste (que tenía bordados unos osos de aspecto tierno) a la altura de la barbilla.

—Oh. —Susurré.

—Ahí tenemos al erudito. —Rio Brun.

—Si tienes muchas preguntas que hacer, tal vez podría llevarte con los Ancianos. —Añadió él. —Ellos saben todo lo que hay que saber sobre Miurgel, podrían ayudarte.

Tras decirlo, se rascó la nariz y se quedó observando el brillo de la luna a

través de las estrellas de la claraboya, que quedaba sobre él.

—No es mala idea, Deborah, seguro que ellos explican todo mejor que yo. Sam puede llevarte.

—Te llevaré mañana por la mañana. ¿Te parece bien?

—Vale —suspiré, después de un momento de silencio— pero que no sea temprano. Con todo lo que he bebido, creo que mañana tendré resaca. —Me giré hasta ponerme boca arriba, perdiéndoles a ambos de vista por un instante y empecé a trenzarme el pelo, para dormir.

—No creo que debáis ir mañana mismo a ver a los Ancianos, Sam. — Interrumpió Brun. Puse los ojos en blanco. —Deborah querrá descansar, y seguro que la estamos enchufando demasiada información en muy poco tiempo.

—Brun, no te preocupes, está bien, podré con ello. —Me senté en la cama para mirarla. Miré a Sam, que movía la cabeza para mirarnos a una y a otra, asomando sus dedos nerviosos sobre su frazada.

—No, Deb, tienes que descansar. Hoy has trabajado mucho y mañana también trabajarás. Tienes Mjorn y Tiden libres, puedes ir en esos días. — Insistió ella.

—¿Qué días eran esos, otra vez, perdona? —Pregunté, ocultando como pude mi creciente mosqueo.

—Lunes y martes —respondió Sam, rápidamente. —¿Cuándo vamos, entonces?

—Mmmm... —se me escapó un bostezo— el martes. —Otro bostezo me atacó y me dejó exhausta, contagiando a los demás. Me desplomé contra la almohada.

—Venga Sam, a dormir, Deborah está cansada.

Un buen rato después, supe por sus respiraciones que ambos se habían dormido. Sin saber por qué, lloré en silencio.

SIETE

El primer día de la semana, cuando yo libraba y estaba sola en casa, alguien llamó a la puerta. Asumí que sería Brun, que tendría que estar en el trabajo, que habría vuelto a casa porque necesitaba algo y habría olvidado la llave, así que abrí la puerta completamente desaliñada, con el enorme camión cayéndose por los hombros.

Sin embargo, cuando al abrir la puerta me encontré con el hombre de pelo largo y dorado, casualmente recogido en coleta, con un par de mechones sueltos, enfundado en una casaca azul marino, blusa abierta hasta la mitad del pecho y pantalones y botas negras, comprendí que en adelante debía tener más cuidado con mi aspecto antes de saber quién llama a la puerta.

Alzó la vista desde la punta de sus pies a mí, como si no se hubiese dado cuenta de que la puerta estaba abierta, y me hizo estremecerme. Sonrió con naturalidad y alzó el brazo libre para abrazarme. Olía muy bien y su pecho era cálido. En el otro brazo, cargaba una enorme bolsa. Cuando al fin pasó al interior, sin pedir permiso, abrió la escalera para subir al piso de arriba. Dejó la bolsa sobre las alfombras del suelo, y creó un nido de cojines a su alrededor, se quitó la casaca, que dejó sobre la cama de Brun y se sentó cómodamente entre los cojines del nido que había preparado.

Yo sabía que él se conocía la casa, pero me inquietó su familiaridad, de un modo que no me disgustaba en absoluto. Tomé asiento frente a él, arreglándome el pelo con los dedos. Entonces, él me invitó a ver el interior de la bolsa: más ropa, incluyendo pijamas y camiones, un cuaderno en blanco, un juego de plumas, una caja de cosméticos y otra caja, llena de confituras. Todo eran regalos para mí.

Lo mejor que se me ocurrió para agradecer su gesto, fue preparar té para tomarlo juntos, mientras nos comíamos las confituras. Le dejé sentado en el piso de arriba mientras lo preparaba. Necesitaba alejarme de él por un rato, era como un imán. Llené la tetera de agua y al mismo tiempo me mojé la cara y el cuello con el agua fría. Al fin me sentí lo suficientemente tranquila para subir al piso de arriba, con la tetera lista y nuestras dos tazas en una bandeja,

sin que me temblase el pulso.

—¿Cómo te vas adaptando, sirenita? —Preguntó una vez dejó la bandeja en el suelo, entre nosotros. Él había dejado todos mis regalos, exceptuando los dulces, sobre mi cama.

—Bien, muy bien, la verdad...—respondí, mientras llenaba mi taza.

—¿Es Brun demasiado dura contigo? —Él lleno su taza, a continuación, y abrió la caja de confituras— Puedo hablar con ella, si lo necesitas. —Se me escapó una risita.

—Brun es... especial, pero creo que es buena persona, al fin y al cabo, ha estado sola mucho tiempo, ¿no? —Él asintió, llevándose educadamente uno de los dulces a la boca. —Además aprecio mucho que me haya acogido con ella. Creo que seremos muy buenas amigas.

—Ya veo. —Se lamió los dedos disimuladamente. Su lengua rosada parecía suave y agradable. Entonces, derrochando estilo, se estiró para sacar su pipa y yesquero de un bolsillo de su pantalón. La encendió y comenzó a fumar. Otra vez, me encontré enfrascada contemplándole en el proceso, y él parecía satisfecho por aquello. —¿Y el trabajo? —Preguntó tras su primera calada, cuyo perfume mentolado me invadió los pulmones. Me entró calor. Adoro la menta.

—Te... ¿Te lo ha contado Brun? —pregunté, intentando centrarme tan sólo en responder. Él se sonrió— Entonces... sabes que ahora las dos también somos compañeras de trabajo, ¿verdad? —Asintió. Carraspeé. — El sitio me gusta, al jefe le gusta como trabajo, incluso los clientes parecen contentos conmigo. Pero, no sé... todo es demasiado bueno.

—¿Demasiado bueno? —Dejó que la pipa colgase de la comisura de su boca.

—A ver, por lo que he visto... aquí, la gente es buena con la gente. Todos se cuidan entre vecinos, sin esperar nada a cambio, a mí me habéis dado techo y trabajo sin saber qué tipo de persona soy. —Suspiré— Ni siquiera yo recuerdo qué tipo de persona soy. Pero a nadie le importa.

—¿Por qué debería importar?

La pregunta sonó a toda una declaración. Incapaz de responder, agité la cabeza, y me concentré en mi taza de té, de la cual bebí.

—No es así de donde vengo. —Dije al fin.

—¿Y cómo es todo de donde vienes? —Dejó la pipa sobre la alfombra, y se recostó de lado en el suelo, apoyando la cabeza en la mano.

Tomé un dulce del recipiente y lo comí despacio, pensando tan solo en lo que iba a responder. Él hizo lo mismo, sin apartarme la vista de encima. Procuré ignorarle y organicé mis palabras.

—De donde vengo, no les gusta la gente que necesita ayuda. —Él entornó los ojos— No les gusta la gente que piensa diferente, no les gusta la gente que se ve diferente. Tienes que seguir las normas, pero nadie sabe cuál es la norma. Hagas lo que hagas, alguien te dirá que está mal. Alguien te dirá que no perteneces, que no eres lo suficientemente buena, que debes cambiar, que estarías mejor muerta.

—¿Qué problema hay con que la gente sea distinta? Es como si al encontrar un tesoro, nos enfadásemos porque esmeraldas, perlas, zafiros y rubíes están mezclados. Todos valen mucho, tanto juntos como por separado y un tesoro no sería tal, ni tan valioso, si no tuviera esa variedad.

—Sí...supongo.

—Tal vez por eso llegaste aquí. Tal vez eras demasiado buena para aquel lugar.

Bebí un sorbito de té, pensando en lo que había dicho. Al menos, sonaba bien. Él se encogió un poco para limpiarse las migajitas que dejaban aquellos dulces. Su blusa se arrugó sobre su pecho y por un instante pude verle un pezón, pero aparté los ojos de inmediato. Finalmente, él cambio de posición y se sentó de una manera más normal.

—¿Has podido recordar algo de tu antigua vida? —preguntó tras el silencio.

—No mucho. —Me esforcé por buscar en mi memoria— Recuerdo a mis padres, cómo era mi casa, pero no recuerdo a los amigos que tuve, ni mi trabajo, ni nada más allá de cuando intenté matarme.

—Pero ¿tú lo quieres recordar?

Me encogí de hombros.

El resto del día, me lo pasé probándome la ropa nueva y organizando mis nuevas pertenencias, todo tras un buen baño frío. Cuando Brun volvió del trabajo, yo ya me había echado a dormir.

Al día siguiente, me levanté temprano, si las diez de la mañana se consideraba “temprano” en aquellos días de treinta horas, con la mente puesta en la excursión que realizaría unas horas más tarde. A Sam, no le había vuelto a ver desde mi primer día de trabajo y aunque no habían pasado tantos días, ya le echaba de menos, en cierto modo. También estaba llena de

curiosidad. Sólo había visto a los Ancianos en el funeral de la Reina Seffora y tras eso todo fue demasiado agobiante como para formarme una idea sobre ellos.

Supuse que debía arreglarme para el acontecimiento. De entre las nuevas prendas que me había regalado Craig, elegí una combinación de pantalón, camisa y chaleco que me parecía muy formal. Me llevé la ropa y mi nueva caja de cosméticos conmigo y bajé para bañarme.

Los cosméticos se parecían bastante a los que usaba Brun, pero mucho más nuevos, obviamente. Me puse polvos en la cara, aceite de color pardo en los párpados y un toque de carmín en los labios y mejillas, donde lo extendí con cuidado, a modo de colorete. Para terminar, me hice un moño que sujeté con palillos. Me miré orgullosa y posé ante el espejo. Demasiado cliché. Opté por hacerme una trenza, como siempre.

Volví al edificio principal. Brun acababa de despertar y desayunamos juntas. Mientras comíamos, aproveché para enseñarle mi nueva ropa y contarle sobre la visita de Craig, omitiendo el hecho de que había subido al piso de arriba. Después, me puse a barrer la casa, solo para hacer tiempo. Para cuando Sam llegó, un poco antes de las quince, el mediodía, ya había repasado la casa entera tres veces. Al vernos, nos abrazamos con fuerza y él me levantó con el mismo impulso: supuse que también tenía ganas de verme. Estaba feliz y su energía era muy contagiosa.

Nos despedimos alegremente de Brun y salimos rápidamente. Sam, que me iba guiando a unos pocos pasos de distancia, feliz como un cachorro, a veces daba zancadas y se adelantaba, olvidando que no estaba sólo, por lo que constantemente se paraba para comprobar que no me había perdido.

—¿Tanto te gusta ir a visitar a los Ancianos? —le pregunté.

—¿Qué dices? Me ENCANTA ir a verlos, vengo casi todos mis días libres, siempre aprendo cosas nuevas y me tratan muy bien.

—¿Ah sí?

—Pues claro que sí. Tienen una biblioteca increíblemente grande con toda la sabiduría de este lugar. Verás, —comenzó a explicar, entusiasmado— el Círculo de los Ancianos lo componen todos aquellos habitantes de Miurgel que llegan a una edad lo suficientemente avanzada, como para no poder dedicarse a hacer tareas que requieran esfuerzo. Desde que son admitidos en el Círculo, todos deben escribir sus vivencias o sus conocimientos, aportando sus historias y sabiduría para las crónicas del pueblo. Hay mucha gente que,

durante toda su vida, va preparando estas vivencias en un diario, para facilitarse el trabajo cuando lleguen a Ancianos.

—Ajá. Así que de eso se trata. ¿Y por qué son tan especiales?

—Bueno, han tenido una vida larga, han vivido muchos años y han aprendido mucho. Aquí les respetamos por eso y agradecemos todo lo que puedan aportar. Da igual si cuando eran jóvenes no tenían donde dormir. Si sobreviven y llegan a Ancianos, todo eso por lo que pasaron, puede instruir y ayudar a otros más jóvenes, que pasen por un momento similar, ¿no te parece?

—Hmm... pues sí.

—Es fascinante, —continuó— lo saben todo, saben todo lo que ha pasado, tienen todo lo que quieras aprender en sus libros. Yo estoy deseando llegar a Anciano, ¿te imaginas todas las cosas y canciones que podré dejar como legado al pueblo? —sus ojos brillaban. No pensé jamás que conocería a alguien con tantas ganas de llegar a la tercera edad, como él.

—Supongo que entonces tú eres uno de esos que escribe su diario.

—Por supuesto —sacó pecho— “Cultura, sabiduría, y alegrarte el día”, ese es mi lema.

—Te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—Sí, ¿a que suena bien?

—Eres un sol —dije sin pensar. Me reí.

—Gracias, gracias —Me hizo una reverencia y continuó caminando— De todas maneras, ¿qué clase de bardo sería yo sin conocer la historia? ¿De dónde si no, puedo sacar la inspiración para componer canciones nuevas? ¿Cómo voy a cantar sobre las hazañas del pasado, si no las conozco y comprendo?

—Hmm... tienes razón. —Esquivamos a un grupito de niños que correteaban cerca del puente a la isla Nao, que íbamos a cruzar.

El complejo de los Ancianos se encontraba en la isla de Miurgheal, el mismo lugar donde estaba el foro y se había celebrado el funeral por la Reina noches atrás. El conjunto de edificios que formaba el complejo se organizaba en media luna frente al castillo, que a la luz del día no parecía ni tan grande ni tan imponente como la noche de mi llegada. Me pregunté cómo aquella plaza había albergado tanta gente.

Sam me condujo al edificio principal, donde había una especie de recepción y comunicamos nuestros nombres y el motivo de la visita. El

hombre que nos atendió, no parecía tan mayor. Cuando se alejó para dar el recado, me fijé en que tenía las dos piernas de madera y que caminaba con la ayuda de un bastón. Quise preguntar a Sam sobre aquello, pero me lo encontré sentado en el suelo, con sus largas piernas cruzadas, jugueteando con una pequeña pelotita.

—Está bien, vendrán pronto a buscarnos. —Dijo sin darme tiempo a formular la pregunta.

Un poco después el hombre de la recepción volvió, acompañado de un Anciano que recordaba de aquella noche. Su nombre era Borri. Sam se guardó la pelotita en un bolsillo del pantalón, se levantó de un salto y corrió a abrazarle.

—¡Abuelo!

—¡Sammie! ¡Cuidado, que me tiras! —gritó alarmado. Igual que había hecho conmigo en casa, el bardo levantó al Anciano en el aire aprovechando el impulso de su abrazo. —¡Para, para! Ah, no estoy para estos trotes... —concluyó cuando le dejó otra vez en el suelo. El Anciano estaba sofocado, pero no podía reprimir una sonrisa. Parecía acostumbrado a aquello.

—He venido con Deb a visitaros. —Hice una disimulada inclinación y saludé con la mano, tímidamente.

—Vaya, vaya, ¡al fin ha venido! Tenemos TANTAS cosas que explicarle.

—Gracias, yo tengo también muchas preguntas que hacerles...

—Perfecto, perfecto. Pues bueno, venid, acompañadme, no nos demoremos más.

Cruzamos por una galería decorada con arcos de piedra hasta uno de los edificios adjuntos. Por el camino, pude atisbar un poco de las condiciones en las que vivían los Ancianos. El Círculo lo componían hombres y mujeres, generalmente de edades avanzadas, pero también había varias personas de servicio, de varias edades, que cuidaban de ellos, les ayudaban a caminar o mantenían las instalaciones en buenas condiciones.

Nadie llevaba las túnicas púrpuras que había visto la noche del funeral. Lo único que diferenciaba a los Ancianos dentro del complejo era, además de la edad, en la mayoría de los casos, un colgante bien visible, con la efigie de una mano sujetando una pluma con tres penachos, bronce, plata y dorado. Los portadores del colgante más jóvenes, como el hombre de la recepción, eran personas a quienes les faltaba alguna extremidad, o tenían otros impedimentos, que a veces no podían ver a simple vista.

Al detenernos, tan solo unas puertas altas de madera nos separaban de nuestro destino. En un lateral, uno de esos carteles, con tipografía imposible de descifrar para mí, marcaba donde estábamos, o eso supuse.

—¿Qué pone aquí? —Susurré a Sam.

—¿No sabes leer? —me preguntó en voz demasiado alta, quedándose boquiabierto.

—Sí que se, —Intenté disimular— pero no usamos esta forma de escritura en el lugar de donde vengo.

—Entonces, es otra de las cosas que tendremos que enseñarle, señorita. —sugirió Borri— Si es que siente la necesidad de hacerlo, por supuesto.

—Me interesa, me gusta leer, no quiero quedarme atrás.

—Aquí pone “Sala del Archivo Primero” Esa es la primera lección — bromeó el Anciano y empujó la pesada puerta con la ayuda de Sam.— Detrás de usted, señorita.

Entré en la estancia, que no era tan exageradamente grande como me esperaba, pero tenía las paredes curvas, repletas de estanterías con legajos hasta el techo y un conjunto de escritorios en el centro, como la sala de estudio de una biblioteca.

—Aquí se recoge la historia de los orígenes de Miurgel. Creo que es el mejor sitio por dónde empezar. La joven querrá saber dónde se encuentra, ¿verdad?

Le di la razón.

Nos guio a uno de los escritorios y Sam y yo nos sentamos juntos. Borri se sentó frente a nosotros, tras escoger un gran tomo de las estanterías.

—Pero no sé leer... —Protesté.

—No necesita leer, yo puedo contárselo. —Aclaró.

—¡Bien! —aplaudió Sam— Me encanta escuchar esa historia.

—Procura entonces, no interrumpir mucho. —Sam hizo el gesto de coserse la boca y se acomodó para disfrutar del relato.

El Anciano abrió el tomo, y lo giró sobre la mesa, mostrándonos un mapa. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

—Todo comenzó hace un poco más de dos siglos, en los Reinos del Continente del Noreste. —Señaló una gran masa de Tierra que no entraba por completo en su representación en el mapa. —Hogar de los primeros Reyes de Miurgel y del resto de grandes Reinos y Casas Reales. En esa época, había una paz total sin precedentes. Todos los reinos convivían y comerciaban entre

ellos de forma cordial y las familias reales se toleraban, sin necesidad de conflictos. Si surgía alguna disputa, se celebraban torneos para que fuera el destino quien diera la razón al vencedor. Realmente, debió ser una época idílica.

» Antes de llegar a estas Islas, nuestra Familia Real tenía el nombre de Nassir y ocupaba el territorio que veis aquí con forma de L y pintado de púrpura; como veis, era una extensión muy amplia que tenía una parte de territorios en la costa, pero que también poseía muchas tierras vírgenes y fértiles. Sus vecinos eran el Reino de Eir al Oeste, Reino de Sauda, que ocupaba la costa, al Sur, Chima al Este y al Norte lindaban los Reinos de Hyldr, Aspasia y Ulf. Había muchos más, pero la historia sólo implica a estos reinos, los inmediatamente colindantes.

» De cara al pueblo, estas familias eran muy pacíficas, pero el ciudadano desconocía la gran cantidad de intrigas, murmuraciones, sospechas y envidias que alimentaban su día a día. Llegó un momento, en que la mayoría de familias se puso de acuerdo en una cosa: en que Nassir poseía una gran extensión de territorio inexplorado, una cantidad ingente de recursos que se negaban a explotar y por consiguiente, a compartir. El sentimiento de que nuestro antiguo reino ocupaba demasiado terreno, que en cierto modo “no merecía”, se hizo cada vez más fuerte y todos los reinos colindantes quisieron su parte del pastel.

» Por desgracia, nuestra familia real no era consciente de ello. Lo que para el resto de pueblos, era un acaparamiento egoísta de recursos, era parte de tradición para nuestros ancestros. Permitían que la naturaleza lo inundase todo, que respirase, que se mantuviese viva, como agradecimiento por permitirles vivir en ella. Existía el convencimiento de que el suelo que pisaban era un ser vivo, era una deidad, y por lo tanto, había que respetarlo.

» Sin embargo, la avaricia no respeta a nada ni a nadie. Instigadas por la familia Sauda, se urdió un plan para eliminar a los Nassir del mapa. Organizaron una fiesta en la capital del Reino de Ulf, con el pretexto de conmemorar el aniversario de su fundación, invitando también a representantes del resto de los reinos del continente. Fue un acontecimiento realmente importante. Había banquetes, juegos, bufones, bailes, todo lo que cabría esperar de una ocasión así. Todos los invitados y sus séquitos se alojaron en un grande y lujoso campamento. Como el ambiente general en esos momentos era de paz, no había mucha seguridad, se confiaba en la

buena fe de todos los asistentes, y precisamente eso fue lo que facilitó tanto las cosas a los que planearon la trama.

» La familia Nassir al completo disfrutaba de una agradable velada junto a la familia Chima. Corrían el vino y los dulces. Todos, niños y mayores, reían y celebraban. Entonces se escuchó un gran revuelo en la carpa contigua, la de los Hyldr. Alarmados por el alboroto, la celebración se canceló y se acudió en auxilio de aquellos que parecían necesitar ayuda. Encontraron que alguien había atacado e intentado acabar con la vida de los herederos de Hyldr, asesinando a su paso a los sirvientes y a los bufones, que les habían estado entreteniéndolos. En la escena, encontraron a Leon, el mayor de los herederos Hyldr, agarrando un cuchillo ensangrentado, junto al cuerpo de uno de los bufones.

» Si el joven Leon había sido el asesino o no, era algo que se desconocía por el momento y mientras los Chima corrieron a acusarle de aquella atrocidad, los Nassir optaron por una posición más benevolente, sosteniendo que el atacante podría haber sido otra persona y Leon tan sólo había encontrado ahí a sus hermanos aterrados junto a los cadáveres. En un ambiente como aquel, la noticia y los rumores sobre el suceso se desperdigaron como leche en agua. La influencia de la familia Chima, en calidad de “testigos” fue fuerte, llevando a los Hyldr a dudar de su propio heredero, y convenciendo a todos los demás de que esto había sido así.

» Pronto, los únicos que seguían apoyando la inocencia de Leon fueron, claro está, los Nassir. Iba a celebrarse un juicio para poner fin a la intriga y nuestra antigua familia, hizo todo lo posible para proteger a aquél heredero. El juicio comenzó, y con él, comenzaron las testificaciones y las mentiras. El propio Leon, que había sido acogido por los Nassir, a quien la familia quería librar de toda acusación, testificó, culpando a sus benefactores de perpetrar el ataque. Para empeorar la situación, los Chima, aun conociendo la verdad, apoyaron la nueva versión del joven, y junto los Chima, los Hyldr creyeron a su heredero, y por arte de magia, el resto de los reinos colindantes se unieron, en una acusación multitudinaria contra los Nassir. Con tanta gente en contra, el resto de los representantes de los otros reinos más lejanos, se sumaron a la opinión general: que los Nassir habían conspirado para romper la paz, acabar con los herederos de Hyldr, y tomar su territorio.

» Por supuesto que esto era mentira, pero todos los demás nos dieron la espalda. Las pruebas en contra de la familia, aparecían milagrosamente de la

nada. Nadie intentó apoyarles, no tenían forma de defenderse de las injustas acusaciones. El veredicto final llegó, y con el apoyo general del continente, sentenciaron a la familia Nassir y a todos sus súbditos al destierro del continente, les arrebataron el derecho a un apellido y vetaron cualquier trato comercial con ellos, o con sus generaciones venideras. Querían asegurarse de que la familia y el pueblo completo de Nassir desapareciese en el olvido, y se repartieron sus tierras.

» Fletaron quince barcos con la familia real y su pueblo, condenándoles además a navegar sin rumbo fijo hasta que encontrasen un nuevo terreno que ocupar. Vagaron por meses, la flota sufrió dos naufragios, se perdieron varias vidas, y los recursos comenzaban a escasear, pero la dura experiencia valió para convertir a nuestro pueblo en expertos navegantes. Un día, una tormenta extraña, viva, como un animal, amenazó con terminar de hundir a toda la expedición: la fuerte marea, el viento y las corrientes zarandearon la flota y la desviaron de su rumbo.

» Cuando pasó la tormenta, cayeron en la cuenta de que las naves habían quedado varadas en la costa de unas islas. Por un momento hubo miedo de haber vuelto al continente, pero con una corta exploración quedó claro que esto no había sido así. Aquello era un territorio nuevo, eran varias islas muy cercanas entre sí, que brillaban con la luz del atardecer. Las llamaron las Islas de Miurgel, y en un principio, tenían todo lo necesario para asentar a lo que quedaba del pueblo en ellas.

» Las islas, estaban llenas de árboles, que, tras realizar las plegarias correspondientes, usaron para construir hogares y nuevos barcos. Pero las plegarias no habían sido suficiente para la divinidad. Los árboles no volvieron a crecer. Pronto se comprobó que la tierra de Miurgel era incapaz de sacar adelante ningún cultivo, pues sólo había dos estaciones: un verano largo y un invierno corto y despiadado. Apenas había aves u otros animales que se pudiesen criar como ganado. Lo único que podía explotarse era la pesca, pero sin cultivos, sin ganado, y con el comercio vetado, era muy difícil salir adelante.

» Se intentaron hacer más expediciones para encontrar otros lugares donde instalarse, pero los barcos volvían sin haber encontrado nada nuevo. Desesperados por poder subsistir, se intentó enviar emisarios para poner fin al veto, pero éstos fueron pasados por la espada, sin siquiera conseguir una oportunidad de audiencia. Desesperados, se llegó a la conclusión de que, si

no querían comerciar con nosotros, tendríamos que hacernos con los recursos para sobrevivir por la fuerza. La idea causaba mucha incomodidad, pero tenía que hacerse si no queríamos morir de hambre: la piratería fue nuestra última salida.

» Claro está, que tener que recurrir a algo así empeoró nuestra reputación, pero nuestra conciencia estaba tranquila: teníamos que subsistir, y la mercancía que sustraíamos era para poder conseguirlo, ni más ni menos. En varias ocasiones, han intentado hundir nuestra flota, en otras, la misma naturaleza ha sido cruel con nuestras naves, como si no pudiese perdonarnos por haber dejado nuestro antiguo territorio en manos tan avariciosas. De todas formas, bajo otro nombre, con otro modo de vida, el Reino de Miurgel pudo prosperar, pudo soportar todos los envites del destino... así hasta ahora.

La historia que acababa de oír era injusta, me hizo sentir rabia. Aunque hubiese pasado siglos atrás, aunque fuese algo ajeno a mí, resonaba en mi pecho y sentía la necesidad de actuar, aunque no sabía cómo. Me faltó el aire y se me humedecieron los ojos de la impotencia. Sam permaneció con el gesto fruncido.

—Borri, ¿Qué quieres decir con “hasta ahora”? —preguntó.

—Oh, eso... Tal vez no debería haberlo dicho. —Murmuró el Anciano. Entonces, añadió, claramente, forzando una sonrisa. —Es solo una forma de hablar.

Nos quedamos en silencio, observando las hojas coloreadas del libro frente a nosotros.

—Tal vez... debemos olvidar ese asunto. Son solo palabras. —Sugirió el Anciano, rápidamente cambiando de tema y usando el mismo libro para ilustrarme, comenzó a explicarme otras cosas, como el origen de los días de la semana, inspirados en los antiguos héroes del viejo continente; los meses del año también eran distintos, inspirados en las plantas que crecían en el antiguo Reino Nassir. Aquello no borró la expresión seria de mi acompañante.

Borri decidió entonces llevarnos a otro sitio. Abandonamos el área de la biblioteca, donde habíamos estado, y caminamos no pocos metros, hasta otra gran puerta con su consiguiente cartel. La cara de Sam se iluminó.

—¡El Archivo de los Anacrónicos! —me susurró al oído, emocionado.

—Estoy seguro de que le gustará lo que hay aquí dentro, señorita.

Empujamos la puerta a una sala mucho más grande que la biblioteca, que

recordaba bastante a un museo. Colgados de las paredes, en marcos, en voluminosos percheros o colocados sobre mesas y pedestales, había prendas, objetos y cuadernos, que en su momento pertenecieron a varias personas de épocas dispares. Me dejaron libertad para investigar: Borri tenía razón, aquello me gustaba. Entre los objetos había mochilas, zapatos, bolsos, muñecos, ropa de todos los tamaños y tallas, de los años cincuenta, de los treinta, de los ochenta y otras épocas comprendidas entre los siglos Diecinueve y Veintiuno.

Tras investigar un poco, encontré mis antiguas pertenencias: una camiseta negra de manga corta, shorts vaqueros de color gris, y las playeras rosa fosforito que siempre me ponía en casa. Observé aquella ropa como si jamás me hubiese pertenecido, quería rechazar todo lo que fui, aunque no lo recordase.

Sam se acercó deprisa con una sonrisa satisfecha, y me señaló uno de los pedestales, donde había un triciclo de plástico en colores vivos, amarillo rojo y azul. Inmediatamente debajo, sobre una repisa, había un conjunto de ropa infantil. Una camiseta de algodón a rayas moradas y blancas y un peto con el dibujo de un pato en la pechera; completaban el conjunto unas Converse en miniatura. Al lado de la ropa y primorosamente enrollados, había unos auriculares, todavía enchufados a un reproductor de música, que parecía de mi misma época, con batería recargable.

—¡Esto era mío!

—¿Eres Anacrónico?

—¡Pues claro! ¿No te lo ha contado Brun? —Sin esperar respuesta, cogió el reproductor de música, desenrolló los auriculares, se los puso en los oídos y apretó los botones. Esperó unos instantes y entonces me pasó uno de ellos.

Sonaba “Always”, de Erasure. Escuché unos instantes y divertida, le devolví el auricular.

—¿Cómo demonios puede funcionar todavía? —pregunté.

—Oh, bueno, hay muchas cosas aquí que hacen que funcione.

Cogió mi mano y me llevó hacia otro rincón del museo donde, junto a una mochila de camuflaje rosa, había varios elementos de camping y supervivencia. Una brújula, una cantimplora, un saco de dormir, una caja de tiritas y repelente para mosquitos, una cámara de fotos, un teléfono móvil de los que habían unos diez años antes de mi época y un cable cargador a manivela, que tenía varios tipos de adaptadores. Sam me señaló esto último.

—Me llevó tiempo localizarlo y entender cómo va, pero con esto siempre consigo que la música vuelva a sonar. —Explicó y giró rápidamente la manivela para hacer una demostración de funcionamiento, sin conectarlo a ningún sitio. —¿A que es muy chulo?

—¿Te dejan usar estas cosas así sin más?

—Los anacrónicos pueden utilizar todo lo que hay en esta sala, siempre que lo dejen todo tal y como estaba cuando lo encontraron. —Aclaró Borri— Nos dimos cuenta de que a muchos anacrónicos les resulta más fácil adaptarse si pueden volver a ver esos objetos con los que siempre habían convivido.

—También es divertido ver lo que otros han dejado atrás. —Dijo Sam— Me gusta venir a buscar inspiración y a escuchar la música anacrónica... ¿No es una pasada?

—Así que ese es tu secreto, ¿eh? Es increíble... —Miré extasiada alrededor.

—Todo esto también nos puede ayudar a nosotros. —Siguió Borri— Al venir de épocas alejadas de la nuestra, los anacrónicos nos han aportado muchas mejoras. Nuevos métodos de construcción, vestuarios más prácticos, avances en la medicina, incluso avances en la cultura y la energía.

—Ajá... —escuché atentamente.

—Junto con sus recuerdos y estos vestigios, nos será más fácil asumir sus avances cuando ellos falten. ¿No es lógico?

Lo era. Curioseé con mi amigo al lado un largo rato, cuando una pregunta empezó a martillearme con insistencia.

—Nosotros, todos los anacrónicos... ¿hemos existido siempre?

—Siempre... desde que nos asentamos en Miurgel.

—Cuando el Reino se llamaba Nassir, en el continente, ¿no llegó ninguno? —insistí.

—Ninguno, en absoluto.

—Vaya, qué curioso.

Antes de abandonar el círculo de los Ancianos, nos invitaron a comer. Más ancianos se nos unieron y me cosieron a preguntas sobre mi época, aunque no les supe contestar, pero ellos incluso tomaron notas sobre mí. El tiempo se me pasó volando. Y al terminar, me obsequiaron con una corona tejida de flores secas, que me colocaron en la cabeza.

Volvimos a casa emocionados, andando deprisa. Yo no podía quitarme la

corona hasta que llegase a casa, y la gente que se nos cruzaba y reparaba en ella, nos paraba para abrazarme y darme la bienvenida como nueva vecina. Aun cuando intentamos ir veloces, tardamos bastante en avanzar, pero recibir tantas sonrisas y abrazos no me molestaba en absoluto. Nos dejaron más tranquilos cuando estuvimos cerca de mi destino, al cruzar el puente de la isla Delphine, para entrar en Thalassa.

Al cruzar la puerta de casa, Sam, desde su altura, me quitó la corona con cuidado y me la entregó.

—Oye, he pensado algo. —Habló, tímidamente.

—Dime.

—¿Te gustaría que te enseñase a leer y escribir? Soy muy bueno en ello y ya que eres tan cercana... ¿Quieres que te enseñe?

—Hmm... Sí, si quisieras hacerme el favor, te estaría muy agradecida.

Me miró con complicidad.

—¿Puedo cogerte de la mano? Los acuerdos importantes se cierran con un apretón de manos, ¿sabes? —su voz sonó suave, amable y solemne. Para mí, esto es un acuerdo importante. —Se puso una mano en el pecho.

—En los acuerdos, ambas partes salen ganando. ¿Qué ganarías tú con esto?

—La satisfacción de ayudar a la persona más importante del Reino. A ti.

Extrañada por sus palabras, alargué la mano hacia él, que me la estrechó con fuerza, para sellar nuestro pacto. Le invité a dormir en casa también aquella noche, pero declinó la invitación. Nos despedimos con un corto abrazo y le observé mientras se perdía entre las calles.

OCHO

A partir de aquel día, fui construyendo una nueva rutina en mi vida, familiarizándome con las jornadas de treinta horas, los nuevos días de la semana, y el casi permanente y suave verano, que aún duraría varios meses más. Excepto los fines de semana, Sam venía todas las mañanas, alrededor de las doce para impartir sus lecciones. Éstas fueron más lentas de lo esperado para los dos, ya que, como si fuese una niña en preescolar, tuve que aprender desde cero a manejar la pluma y la tinta, además de memorizar los extraños símbolos y reglas del silabario que usaban para escribir.

Muchas veces nos entreteníamos y Sam se quedaba más tiempo de las tres horas que solía dedicarme, a veces, quedándose a comer. Cuando llegaban las diecinueve, Brunilda y yo marchábamos a trabajar. Nuestros días de descanso eran siempre los mismos, pero nunca coincidían. La esposa de Prasad, Tallullah nos cubría en nuestros días de descanso.

Tallullah parecía muy pequeña y delicada al lado de su marido, pero en cuanto abría la boca demostraba su carácter y rompía la ilusión. Era una mujer de armas tomar que no toleraba ninguna tontería, pero era transparente y trabajadora. Ella y Prasad tenían tres hijos, que se tenían que venir con ella a la taberna cuando trabajaba, pero ella los mantenía siempre a raya.

En mis días libres, me gustaba salir a dar paseos. Muchas veces, tan sólo me dedicaba a observar a la gente en silencio. Cuando me sentía más valiente, iba a visitar los negocios de los otros anacrónicos, como la modista, Marcela, o Tito, el doctor, o Espen, el lechero. Aunque no siempre les compraba, siempre solíamos hablar: sobre las épocas de las que habíamos venido, las diferencias de sus mundos, y sobre nuestros procesos de adaptación. Así, poco a poco, había ido construyéndome mi propia familia, había hecho amigos y sentía que no tenía que preocuparme por nada más que aprender, trabajar y a veces, cantar. Mi nueva vida me hacía increíblemente feliz.

Una mañana, cuando ya llevaba unos tres o cuatro meses establecida en mi nuevo hogar, Craig llamó a la puerta, interrumpiendo mis lecciones con

Sam, quien en aquel momento me estaba enseñando el libro que usaban los niños de Miurgel para aprender a leer, “Los cuentos del Gato Mocho” y que tuvo que dejar en la mesa, para ir a abrirle la puerta. El Capitán traía el rostro congestionado y parecía nervioso. Sin esperar a que me levantara de la mesa, se dirigió a mí.

— Necesito que vengas conmigo a los astilleros, en Nao. —dijo— Necesito que sea *ahora*.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté. El me tocó los hombros.

—He hablado con Prasad, te deja la tarde libre. Tienes que venir conmigo. Estoy seguro que a Sammie no le importará interrumpir su lección de hoy, ¿me equivoco? —él se quedó lívido, con una expresión que luchaba entre la vergüenza y la indignación. Jamás le había visto así.

—Ca... ¡Capitán!... —Nos miró a uno y a otro, abochornado— por... por supuesto, podemos continuar otro día. —Y me dirigió una mirada de desilusión. Me incliné hacia él.

—Está bien, —me rendí— Sam, si te parece bien que me vaya, mañana trabajaremos el doble, y te invitaré a comer.

Choqué mi mano con la suya para confirmar mi promesa, pero en ese mismo momento, él hizo un movimiento extraño y sus dedos se entrecruzaron con los míos. Nuestras manos estuvieron unidas apenas unos segundos, pero por alguna razón, el momento pareció eterno. Sentí como si me hubiesen dado un golpe en el pecho y crucé mi mirada con la suya, que parecía aterrado. Separó su mano de la mía con urgencia y tropezó con la silla, para comenzar a recoger a continuación. Craig carraspeó y entonces reaccioné.

—Muy bien, muy bien, mañana estaremos el doble. Ve con el Capitán, no te preocupes por mí. —Dijo, guardando, compulsivamente todo su material en su bolsa.

—Lo siento —dije sin pensar.

—Deborah, sirenita, no tengo todo el día. Vamos. —golpeó mi silla para que me levantara.

—Tengo que subir a ponerme otra cosa, estoy con la ropa de casa. —Él se mordió los labios y me inspeccionó.

—Date prisa.

Me vestí rápidamente con una camisa color púrpura que me había puesto la noche anterior, y unos pantalones de color marrón, que le había comprado

hacía poco a Marcela, que tenían el talle muy alto, ajustado con botones hasta debajo del pecho y tirantes gruesos que los sujetaban en su sitio. En cuanto me puse los botines bajé a toda prisa. Sam estaba sentado a la mesa, de brazos cruzados y el gesto fruncido. Craig había salido ya. Me despedí con un abrazo de mi amigo y salí. En el exterior, me encontré al marino, fumando en su pipa mientras me esperaba.

—¿Ya estás lista? —Asentí y en ese momento escuchamos ruido saliendo desde el baño. Me había olvidado por completo de que Brunilda había entrado a bañarse poco antes de que Craig viniese a buscarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Os marcháis? —preguntó sorprendida, mirándome a mí y clavando su mirada en Craig.

—Voy a enseñarle el astillero. —Respondió él, sin siquiera girarse para mirarla.

—¿Con este tiempo?! —Protestó, pero Craig no se detuvo. Le seguí y me volteé para saludarla con la mano. —¡Tened mucho cuidado!

Afuera, el día parecía oscuro. Por la calle, la gente, los perros, los gatos, todos, estaban alterados. Todos buscaban refugio y muchos miraban al cielo. Yo hice lo mismo y me quedé atónita. Las nubes se estaban volviendo púrpuras, naranjas, rosas, se habían teñido de los colores de un irreal atardecer y se arremolinaban formando esponjosas espirales, que se movían desafiando la dirección del viento. El aire estaba lleno de un fuerte aroma a ozono, como siempre que se acercaba una tormenta. Inquieta, quise preguntar a Craig qué estaba ocurriendo, pero él no me oyó, concentrado como estaba en llegar a su destino. Hice lo mismo que él y apreté el paso.

Nao era la misma isla donde había conocido a Sam, con edificios escasos y calles cuadriculadas alrededor de la avenida principal. En cuanto cruzamos el puente, nos quedamos cerca de su muralla y la bordeamos, hasta encontrar una apertura que daba pie a un tramo de escaleras descendente. Al bajar, llegamos a una zona muy amplia, con el suelo de madera, que se extendía hasta donde yo podía ver, bordeando la costa, llena de muelles y grúas. Varias casetas reforzadas con piedra formaban un complejo de talleres y almacenes. Sin duda, se trataba del puerto, cuya visión era sobrecogedora, tanto por su tamaño, como por la escasez de barcos. Los pocos que pude ver a simple vista, estaban sucios, de aspecto destartado y casi podía oír su madera crujir, pidiendo clemencia.

—Bienvenida a los magníficos muelles y astilleros de Miurgel. Esto es

todo lo que nos queda, si es que la tormenta decide no comérselo.

Se me puso la carne de gallina. Todo estaba demasiado silencioso. Sin viento, la atmósfera era extraña, como si nos encontrásemos sumergidos en un líquido frío e invisible. Me sentí amenazada por la naturaleza.

—El cielo estaba así el día en que te encontramos. —explicó Craig— Justo igual, revuelto, pero al mismo tiempo, dormido, tranquilo.

—¿Podemos volver ya a casa? No sé, no me siento segura, tal vez haya sido una mala idea que viniéramos... —Craig se rio.

—No te sientes segura, ¿verdad? Y eso que no has visto la tormenta al romper. —Me contó, sin dejar de observar el cielo— Los rayos se extienden por las nubes, desprendiendo tanta luz que, aunque fuese de noche, pensarías que es la hora del almuerzo. —Extendió sus manos hacia las nubes— Cuando llueve... el agua que cae es caliente, como el aliento de una bestia y se desplaza, como si esa misma criatura se pasease por encima de las nubes. Y el viento... Ahora duerme, no tiene nada que ver con la tormenta en plena acción. Cuando despierta no tiene piedad, te destroza a zarpazos, te roba el aliento.

—¿Las tormentas son siempre así en este lugar? —Pregunté inquieta. Él se rascó la barbilla.

—No ha llovido desde que llegaste, ¿verdad? —negué con la cabeza.

—Ya es coincidencia —murmuró. —Obviamente, no. A veces tenemos lluvias, y luego están éstas. Las tormentas. Las jodidas y puñeteras tormentas.

—Vale y según lo que me estás contando ¿crees que es seguro quedarse aquí, si hay una a punto de estallar? —Alcé la voz. Él me miró divertido.

—¡Vamos! —sonrió— Te llevaré a un lugar seguro.

Yo no estaba tan contenta como para devolverle la sonrisa, por mí le hubiese dejado ahí mismo y hubiera vuelto corriendo a casa, pero el miedo a que me pillase la tormenta a medio camino era más fuerte que mis ganas, e hice lo que me pareció más sensato: permanecer a su lado, vigilando constantemente el cielo. Caminamos pegados al muro. La madera sobre la que caminábamos, crujía a nuestros pies. Inquietantemente, aquél era el único sonido que podía percibir. A mi izquierda, el mar parecía demasiado silencioso, más incluso que momentos antes; ni siquiera graznaban las gaviotas y eso me asustaba.

Tras haber avanzado un tramo, reparé en la enorme embarcación que había anclada. Al principio pensé que se trataba de un edificio en ruinas, pero

la duda se disolvió cuando vi que se mecía. Tenía andamios colgando desde la cubierta, abandonados. El mástil parecía torcido y le faltaban las velas. Me detuve para observarlo mejor: no solo eran las velas del palo mayor las ausentes, sino que parecía que habían arrancado todos los amarres de cuajo. La proa estaba astillada, con el mascarón, que en algún momento debió ser algún animal con pezuñas, decapitado.

—Ese era el Lambo, nuestro buque insignia. —Explicó Craig, sin esperar a que se lo preguntase. —Bueno, a la gente le gusta llamarle así, buque insignia. En verdad es el último galeón que sobrevivió a la colonización de estas islas. Te han contado esa historia, ¿verdad?

—Sí.

—Pues entonces sabrás que esta embarcación es vieja de cojones. — Contuve una sonrisa. Me gustaba oírle hablar así. — Me sorprende que siga a flote, pero ahí está, en sus últimas, míralo, se cae a trozos. Pero ha ido aguantando, al menos, hasta el día en que te encontramos. Fíjate el tiempo que ha pasado y todavía no hemos podido terminar de repararla.

—¿Desde que yo llegué? Habrán pasado ya unos tres meses, ¿no?

—Más, más tiempo... —tensó los labios y su expresión se volvió sombría — Y mientras tanto, nos quedamos sin comida.

Recordé, de golpe, las palabras del Rey cuando me conoció, la historia de Miurgel, el veto y la realidad me golpeó en la cara. Había estado viviendo aquellos meses en la ilusión de un mundo idílico, cuando en verdad había problemas muy grandes. En cierto modo, me sentía culpable, tanto, que incluso me sentía mal, por dejar que los segundos se desvaneciesen en el silencio.

—Ven, tenemos que llegar a ese lugar seguro del que te hablé y de paso, sirena, he de enseñarte otra cosa.

Uno de los almacenes nos esperaba con sus portones abiertos. Dentro, un pequeño grupo de gente se afanaba para amontonar sacos en cinco carros de madera. Al ver al capitán saludaron sin dejar de trabajar.

—Éste es el primer Silo de reserva de Miurgel. Aquí se guardan las reservas de emergencia: granos, cereales, verduras, frutas secas, azúcar, miel, conservas, cecina... todos esos alimentos sin los que no podríamos sobrevivir nosotros o mantener a las pocas gallinas y vacas que hay en estas islas. ¿Cómo lo ves?

—Pues... —de un vistazo, sin esforzarme, vi que apenas quedaban sacos

que los operarios pudiesen apilar— bastante vacío.

—Eso es. Cuando terminen de repartirlo todo, se acabó.

—¿Y ya no quedará más? —Me asusté y le agarré de los brazos. Él no se apartó.

—Tranquila, nos queda otro silo de emergencia, y mi colega Elsa está ahora mismo en la mar, en una expedición. Debería volver esta semana, pero aún no podemos saber qué saldrá de ahí. El problema es que... bueno, el otro silo nunca ha estado lleno. Con lo que hay en él, tal vez podamos aguantar otro trimestre, cuatro meses como mucho.

Solté sus mangas y observé a todos los que estaban trabajando, que nos ignoraban deliberadamente para terminar cuanto antes.

—¿Cuánto tiempo lleva esto así?

—La mayoría de habitantes no lo sabe, pero llevamos medio año suministrando a escondidas a los comerciantes con material de estos almacenes. Todas las semanas, de madrugada, llevamos un carro a cada una de las islas y se hace el reparto.

—¿De verdad que nadie más lo sabe? Y esta gente, ¿no dice nada? —Me sentía incómoda por preguntarlo.

—Estos que ves trabajando aquí, son marineros de los míos y los otros barcos, y algunos comerciantes. No se atreverán a decir nada. Los comerciantes han guardado un pacto de silencio con la corona y los Ancianos. Respecto al resto del pueblo... Normalmente, todos se contentan con consumir su parte y mientras haya algo que comer, nadie se queja. Creo que a nadie se le ha pasado por la cabeza la idea de que haya problemas. Pero los hay, vaya que sí.

—Craig, eso no está bien, la gente debería saberlo.

—Yo creo que no. —Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza mientras observaba a la gente trabajar.

—Tienen derecho a saberlo. —insistí, apretando los puños.

Él giró la cabeza para mirarme y replicar, aunque en ese momento la luz de las lámparas titiló. El viento comenzaba a despertarse y con el baile de luces, Craig aparentó por unos instantes ser mucho mayor de lo que era. Por una fracción de segundo, algo en sus ojos me resultó extrañamente familiar, aun así no me permití perder el tren de mis pensamientos.

—¿Así que piensas, criatura, que a la gente le gustaría saber, que morirán de hambre en unos meses? —replicó al fin.

—Han de saberlo. No hacerlo sería cruel, ¡Sería un suicidio si no! ¿No hay ninguna solución?

—¿Qué solución?! —Exclamó, cansado. Oportunamente y no muy lejos, un fuerte chasquido delató al primer rayo.

Pegué un brinco del susto, pero a mi alrededor la gente mantuvo la calma. Haciendo un parón en su labor principal, se ocuparon de cerrar los portones y las contraventanas, asegurándolos con gruesas trancas. Antes de cerrar la puerta principal, me pidieron ayuda para introducir, dentro del almacén, entre todos, una de las lámparas del exterior, que era muy grande y redonda, como una hoguera portátil. La colocamos en el centro de la estancia para iluminarnos y apagaron las pequeñas lámparas que colgaban de las paredes. Me explicaron que lo hacían así, porque las pequeñas podían caer al suelo en uno de los envites del viento, derramar el aceite y prenderlo todo, mientras que la gran hoguera, era muy pesada y estable, mucho más segura.

De un momento a otro, el viento empezó a ulular amenazador, y golpeó las paredes, con tanta fuerza, que hacía todo temblar y los cierres repiqueteaban. Tal y como había dicho Craig, era como si un animal descomunal intentase arrancar el edificio de sus cimientos. Todos, dentro de aquel silo, permanecíamos callados, incómodos. Se respiraba el fuego y el miedo.

En pocos minutos la lluvia se alzó por encima del viento con un sonido que me recordó al aceite ardiendo en una gran freidora. Suspiré; quería volver a casa con Brun y retomar mi lección de escritura, o meterme bajo las mantas de mi cama, o ir a la taberna a barrer o... estar en cualquier lugar que no fuese aquel almacén agitado por la tempestad. La intensidad de la lluvia bajó por un momento, pero fue sustituida por el sonido de las olas en el mar embravecido. ¿Aquello no terminaría nunca?

—Te veo pensativa. Has adivinado por qué te he traído aquí, ¿verdad? —Craig me distrajo del miedo.

—No.

—Te lo dije antes. Se supone que nadie, nadie más que las personas pactadas deben saber lo que está ocurriendo en verdad en estos silos. Y Sidgrid con su puta boca... —Sacó su pipa y la encendió.

—Ah. ¿Quieres que trabaje aquí a partir de ahora? —Él sacudió la cabeza y exhaló el humo.

—No, Deborah. Hay algo en ti, puedo percibirlo. Lo he visto hace unos

momentos, dentro de ti hay algo que bulle, tienes madera de líder.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? Literalmente te he seguido como un perrito hasta aquí, no ha habido nada que yo haya hecho por mi misma desde que llegué, no sé de qué hablas.

—No te valores tan a la baja.

—Tan solo soy realista.

Mantuvimos un silencio tenso entre los dos. La tormenta seguía sin arreciar y los crujidos no cesaban. Continué dándole vueltas al asunto, recordando todo lo que me habían contado, la historia que sabía.

—¿No se supone que eres un pirata, Craig? ¿Cómo os habéis dejado amedrentar así? Todo el mundo teme a los piratas. —imité gruñidos y corté el aire con una espada imaginaria— Yarr yarr piratas...

—Primero, sirenita, somos Corsarios. Lo que hacemos es con permiso Real. Segundo, ¿de dónde sacas eso? Parece que hubieses chupado una medusa.

—¡Es lo que hacen los piratas! —protesté— Robar, saquear, tomar barcos, peleas de espadas, fuego, vandalismo, caos, desorden... Millonarios, acumulando tesoros y temidos por todos. ¿Cómo habéis llegado a este punto siendo piratas?

Craig me miró con atención, perplejo. Parecía no comprenderme. Aún más perpleja, me sentí en el deber de explicárselo.

—De donde yo vengo, los piratas son así. Despiadados, actúan sin remordimientos, a sangre fría, nadie puede pararles, son el terror de los mares.

—¿En serio? —Parecía escandalizado. Parpadeé, incrédula.

—¿No lo habéis hecho nunca? ¿Nada de lo que he dicho?

—Ni en sueños, ¿Por qué clase de gente nos has tomado?

—¡Por piratas! —Para mí aquello era lo más obvio, no creía haber dicho nada que pudiera ofenderle. —Si no hacéis nada de eso, ¿cómo lo habéis hecho hasta ahora?

Él se sacó la pipa de la boca y la sostuvo entre sus manos mientras me respondía, con aire apesadumbrado.

—Robamos directamente en los puertos. No vamos siempre a los mismos, nuestras rutas abarcan muchas ciudades, escogemos siempre uno al azar que no esté cerca del que hayamos visitado en el viaje anterior. Nuestra forma de actuar es siempre la misma: llegamos bajo banderas falsas, fingimos

descargar mercancía en sus almacenes, pero en verdad lo que hacemos es saquearles. También, si hace falta, robamos ganado y gallinas de granjas cercanas. A veces intercambiamos artículos con algún contacto, por botines de mayor valor y más raros, que no podamos encontrar en los puertos. Somos muy rápidos y se nos da bien distraer a los guardias, —se sonrojó— así evitamos enfrentamientos. Dejamos a cualquiera que pueda detenernos fuera de combate por unas horas y partimos a toda vela. —silbó— Crímenes perfectos y limpios. Pero últimamente nos habían calado. Ya nada es tan bonito, ni sale tan bien. —Volvió a colocarse la pipa, apagada entre sus labios y se frotó las piernas.

Estaba alucinada. Su concepto de piratería, aunque exótico y hasta romántico, era tan descafeinado, que me sorprendía que hubiesen tenido éxito hasta entonces.

—Creo que deberíais plantearos hacer algo de lo que te he dicho.

—Nosotros no creemos en la violencia, Deborah. Ni nos movemos por codicia, tan solo tomamos suministros.

—Pues mira a dónde os ha llevado vuestra honradez.

Las palabras me salieron del alma. Él se quedó callado. Intentó dar una larga calada, olvidando que su pipa estaba extinta. Buscó su yesquero y precedió a encenderla de nuevo.

—Entiendo que cambiar vuestra forma de actuar sea difícil, —argumenté — pero piénsalo, Craig, si el problema radica en la escasez de la flota, ahí tenéis una solución viable: apoderaos de sus embarcaciones, de barcos actuales, que puedan ser de utilidad.

—Pero, ¿qué pasaría con los tripulantes de esos barcos? Ya te he dicho que nosotros no creemos en la violencia.

— No tenéis por qué matarlos. Podéis asustarles, echarles por la borda, supongo que sabrán nadar, yo que sé, pero, piénsatelo, Craig. Os apoderáis de los barcos y su contenido. ¡Es matar dos pájaros de un tiro! —comencé a encontrar confianza en su cara. —Si obtenéis varios barcos de esta manera, podréis recuperar la flota poco a poco. —Él asintió con la pipa en la boca.

—Plausible, sí... —Meditó un rato, su gesto se transformó por completo, iluminando su rostro que ahora me miraba con una sonrisa enseñando sus dientes de anuncio, entre los que sujetaba su pipa. Parecía un hombre nuevo. — Que no tienes madera, dices. ¿Sabes qué? Cuando pase este bicho de tormenta, te llevaré a que hables con Sidgrid y le explicas tú misma esa idea.

Sólo de escuchar esa sugerencia me sentí mareada. No quería volver a ver a aquel hombre. Me desagradaba demasiado. El recuerdo de sus ojos me provocaba escalofríos. Me hice un ovillo, tapándome la cara con los brazos.

—Sirenita, olvida lo que pasó el primer día. Sidgrid no es tan horrible.

—Hmm...

—Cuando le conociste estaba pasando por su peor momento. Confía en mí guapa, yo nunca te llevaría a pasar un mal rato. —Rodeó mi cintura con su brazo, me pegué a él. Estaba demasiado a gusto. Apoyé mi cabeza en él.

El viento dejó de golpear las paredes para convertirse en un débil silbido y enmudecer, al cabo de poco tiempo. La lluvia disminuyó su volumen. Los truenos, de manifestarse, lo hacían desde la lejanía. Una de las mujeres que se había encargado anteriormente de cerrar la estancia a cal y canto, abrió uno de los postigos y se asomó. Después de hacerlo, nos animó a los demás a hacer lo mismo con el resto de las ventanas y abrimos las puertas. El cielo volvía a tener sus colores habituales, aunque seguía nublado y ya había pasado el mediodía. El aire ya no se sentía enrarecido, al contrario, se respiraba una cierta sensación de seguridad. Nos despedimos de los marineros, a los que les quedaba muy poco para acabar, y abandonamos el almacén.

Antes de abandonar el puerto, sin embargo, dimos una vuelta juntos, buscando posibles daños en las embarcaciones. En el galeón, se habían soltado los andamios y había más cosas colgando de las que recordaba. Aquello no pintaba muy bien y ensombreció el ánimo de Craig. Por suerte, las naves más pequeñas, aparte de estar empapadas, parecían intactas a simple vista. Escuchamos gritos cuando nos acercamos a una de esas naves, y nos asustamos, pensando que habría algún herido. Nos detuvimos en cuanto escuché pasos extraños, como un patoso trotar. Oí otro grito y de detrás de una grúa, me sobresalté al ver a una cabeza gris asomarse, con barba, pequeños cuernos y pupilas horizontales.

—¿Craig? —Le llamé. —¿Es una cabra?

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! —Gritó el animal, con una voz que parecía de persona.

—Sí, es una cabra. —El bovino avanzó hasta nosotros.

—¿Qué hace aquí? ¿Se habrá escapado? —Él miró al animal, y después a mí.

—No, no se ha escapado. Sé por qué está aquí. Hay algo que no te había

dicho.

—¿Qué? —Me acuclillé e hice gestos para que el animal se me acercase.

—Siempre, cuando hay una de estas tormentas, aparecen seres vivos en la isla.

—¡¿Qué?! —Mi grito hizo que la cabra retrocediese un par de pasos antes de llegar a mí.

—Sí, de la nada, aparecen nuevas criaturas que antes no estaban aquí. — Se acuclilló a mi lado, y alargó también su mano hacia el rumiante, que por fin se acercó a husmear— Normalmente se trata de animales, como esta cabra, o perros, gatos, vacas... y en raras ocasiones, llegan nuevas personas, como tú.

—... ¿Crees que habrá llegado alguien nuevo? —Pregunté tímidamente, acariciando con cuidado las largas y flexibles orejas del animal, que tenían chips de plástico colgando a modo de pendientes.

—Ni idea. ¿Tienes curiosidad por saberlo? —la cabra empezó a lamerle las manos y él las apartó un poco asqueado. Se las limpió en su pantalón.

—¡Por supuesto! —Respondí.

—¡Buaaaa Aaaaah! —añadió la cabra.

—Pues ya nos enteraremos mañana. Hoy no te libras de visitar al Rey.
Gruñí.

NUEVE

Dejamos la cabra al cuidado de los marineros, y evitando más distracciones, nos dirigimos a Miurgheal. Era la isla más próxima y había un atajo para acceder a ella desde el puerto. En vez de volver a subir las escaleras hasta la zona edificada, que era el camino por el que habíamos llegado, continuamos andando, dejando el galeón y el resto de embarcaciones a nuestras espaldas, hasta encontrar el puente de acceso a Miurgheal. Subimos un corto tramo de escaleras para llegar a su nivel, y lo cruzamos.

Atravesamos el gran foro, dejamos atrás el Círculo de los Ancianos y tras un muro que no sería más alto que una persona, encontré un insulso patio empedrado, decorado de forma simétrica con dos estanques rectangulares, rellenos de agua turbia. Frente a mí, se alzaba, menudo, el castillo real y la verdad, era muy decepcionante a primera vista. Más que un castillo, parecía una mansión de piedra, oscura y tétrica, eso sí con dos torreones con almenas, como diciendo: “Esto es un castillo”. Siendo objetiva, sus dimensiones eran proporcionales a la grandeza del Reino.

El suelo de piedra estaba mojado y resbaladizo y tuvimos que caminar con cuidado de no resbalar. Con tanto cuidado, que sentía que nos movíamos a cámara lenta. Y yo que quería acabar con aquella visita cuanto antes... Cómo me hubiese gustado estar en mi trabajo, aunque aquel día fuese Turun y le tocase actuar a Ernesto, el bardo de la zanfoña, que era un auténtico pelma, en vez de estar a punto de entrar en el castillo.

Una vez dentro, mi ánimo no mejoró. El hall principal apenas estaba iluminado y apestaba a humedad. Me sorprendió ver que no había guardias: tampoco es que hubiera muchos guardias por las islas, pero me esperaba algo de seguridad en el hogar del Rey. Tampoco vi a nadie del servicio. Parecía una casa abandonada. Seguí a Craig a través de unas puertas dobles al otro lado de la estancia, que nos condujeron directamente al Salón del trono, que, para variar, también estaba vacío.

—Bueno, Parece que el Rey no está hoy, ¿nos vamos? —Choqué las palmas.

—¡Ja! No, que va. Yo le conozco bien, sé dónde está. Espera aquí, no te muevas.

Se marchó por una puerta en el lateral izquierdo. Mientras le esperaba, eché un vistazo a mi alrededor y en seguida me sentí atraída por el cuadro que decoraba la estancia, detrás del trono. En él, el rey Sidgrid y la reina Seffora posaban cogidos de las manos, ambos con rostro sereno y amable. La piel de la difunta Reina destacaba sobre la piel más clara de su marido, y parecía empequeñecerlo. Aunque gobernasen juntos, incluso una recién llegada como yo, podía ver, a simple vista, en ese retrato, que era ella la que aportaba toda la fuerza y la seguridad, tanto en el matrimonio como en el Reino.

No podía apartar la mirada de ella. Sus rasgos eran elegantes, su pelo era excepcional, cobrizo, sus ojos de color ámbar, como los de Ozam, pero tenían una mirada tan profunda... ¿de verdad estaba muerta? En su retrato estaba tan llena de vida, que costaba creerlo. Esos ojos estaban plasmados con tanto realismo, que parecían observarme, escrutarme. Hipnotizada por su efigie, una pregunta se cruzó por mi mente: “¿Podrás reemplazarme?” Un escalofrío me sacudió. ¿En qué estaba pensando?

Aparté la mirada de la hermosa mujer, e inevitablemente acabé fijándome en Sidgrid, que, en el cuadro, tenía el pelo largo y suelto, por los hombros. Parecía apuesto, dulce y amable. Enfrascada como estaba en la contemplación del cuadro, no vi llegar al verdadero Sidgrid, que venía acompañado de Craig, quien hablaba animadamente con la mano apoyada en su hombro. El Rey, sin embargo, seguía pareciendo igual de agrio y cansado que cuando le vi por primera vez, en el funeral. Quizá incluso tenía peor aspecto: estaba desaseado, sin ropas lujosas ni corona, parecía muy poca cosa, con las ojeras marcadas y una sombra de barba blancuzca.

Me gustaba más la imagen idílica del cuadro, esa versión inerte, estéticamente perfecta, que no hacía daño a nadie. Pero verle en persona, me produjo de nuevo mucho rechazo. Sentí los músculos de mi cara tensarse, mis labios habían olvidado cómo se formaba una sonrisa. No podía disimularlo, mi desagrado era obvio y él se dio cuenta en seguida.

Me miró de arriba a abajo con una expresión un poco angustiada.

—¿Qué mierdas hace ella aquí? —Desvié la mirada al suelo, sintiéndome incapaz de mirarle a la cara. —No me dijiste que habías vuelto acompañado.

—Sid, no seas tan duro con ella, ella tiene algo que...

—Me da igual. Que se vaya, hoy no quiero ver a nadie.

—Muy bien, me voy. —Declaré aliviada y di media vuelta.

—¡Ah ah! No, Deborah, tú no te vas, y tú, Rey de los mares, te vas a quedar a hablar con ella.

—Para qué —masculló, tras suspirar y poner los ojos en blanco.

—Aquí, esta preciosa sirena ha tenido una idea brillante, que podría ayudarnos a superar esta crisis.

Sidgrid me volvió a escrutar de nuevo y esta vez frunció el ceño.

—Ha sido sólo una sugerencia, una idea tonta —me justifiqué, intentando restarme importancia— tampoco es nada revolucionario.

—Bien, ¿y de qué se trata? —preguntó, con clara desconfianza en su voz.

—Tan sólo he sugerido que vuestros hombres podrían... eh... cambiar su forma de operar y... —busqué apoyo en la mirada de Craig, que asintió para animarme— empezar a tomar barcos, para... para renovar la flota. — Respondí y dejé clavada la vista en el suelo, que, por cierto, tenía unas losas preciosas, con un complicado dibujo geométrico.

—¿Tomar barcos? —Lo pronunció como si le hubiese ofendido.

—Sí, su Majestad. Tomarlos. —repetí— Apoderarnos de ellos, tomarlos como propios, o... robarlos, si así resulta más sencillo de comprender.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa? ¿Por quién nos has tomado? No somos unos bárbaros. ¿Acaso no te hemos tratado como gente respetable? — Le miré, perpleja, directamente a los ojos. Él inclinó la cabeza en un gesto pensativo.

—Majestad, verá, yo...

—Deja de llamarme eso. Mi nombre es Sidgrid.

—Hazle caso, Deborah, a él nunca le ha gustado.

—Claro que no, menuda gilipollez. Mis padres fueron los reyes y sus padres antes, y me han dejado un castillo y centenares de estúpidas responsabilidades ¿y por eso soy mejor? Es ridículo. Yo no valgo nada.

Craig se acercó a él y le agarró por los hombros, amistosamente.

—Sid, sabes que eso no es cierto, tú vales, vales mucho.

Entonces, juntaron sus cabezas y comenzaron a hablar entre ellos en susurros. Craig era un poco más alto que Sidgrid, y tenía que inclinar la cabeza para estar a su altura. Por una fracción de segundo me pareció que estaban demasiado cerca el uno del otro y me sentí incómoda, porque no podía dejar de mirar. Sentí calor, se me escapó el aire y me mordí los labios.

—Perdonad, si lo preferís puedo venir otro día. —Interrumpí.

—¿Ves, Sid? tienes a la chica esperando, haz el favor de escuchar lo que ha venido a decirte.

—De acuerdo. —Contestó Sidgrid, como si hiciese un gran esfuerzo— Bueno, pues habrá que sentarse. —Se dirigió a la puerta derecha, opuesta a aquella por donde él había entrado, la abrió y se asomó. Pegó un par de voces y luego habló demasiado bajo como para que pudiese entenderle.

Tras una corta espera, abrió la puerta de nuevo, dando unos pasos atrás, para dejar entrar a dos sirvientes, con sendas butacas altas, de aspecto cómodo. Las colocaron frente al trono, formando un pequeño corro. Una vez los asientos estuvieron en su sitio, los sirvientes volvieron a marcharse por donde habían venido. Sidgrid hizo un gesto de cortesía y nos sentamos los tres.

—Así que tomar barcos. —Reanudó la conversación.

—Sí, Su...Si... Sidgrid.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—En verdad, la idea no es mía. Simplemente, simplemente yo he hablado de las cosas que hacen normalmente los piratas de dónde vengo, o al menos, lo que dicen las historias de piratas con las que me crié. —Explicué, devolviendo la atención al suelo. —Éstos, en esas historias, siempre robaban barcos, tomaban botines, eran temibles y bueno, por eso lo he sugerido, porque, además, es algo que se espera de todo pirata de verdad. —Me sonrojé, sintiéndome un poco ridícula.

—Nosotros, sólo tomamos aquello que necesitamos para vivir, es nuestra filosofía. Como pueblo, no nos enorgullece tomar lo que no es nuestro, aunque vivamos de ello. —Argumentó, tranquilamente.

—Lo sé, y no quiero reprocharos nada, Sidgrid. Sé que es una cuestión de supervivencia y por eso mismo, necesitáis hacer algo así, porque tengo entendido que no tenéis más recursos.

—A situaciones desesperadas, medidas desesperadas, Sid. —Dijo Craig, ayudándome a explicar lo que yo no sabía decir. —Y lo sabes bien, nuestra situación es muy desesperada. —Añadió.

—Vaya, y entonces, ¿Cómo es que no se te ha ocurrido antes a ti, Craig?
—Alzó la ceja, desafiante.

—Ni a mí ni al resto de la tripulación se nos había pasado por la cabeza, ¿sabes por qué? Porque jamás nos hemos separado de lo que nos enseñaron

nuestros antepasados, siempre hemos hecho lo mismo y funcionaba.

—Pero ya no. —dije.

—Pero ya no. —repitió él. —No sabía qué podíamos hacer, lo daba todo por perdido, pero a veces, alguien de fuera te da el empujón que necesitas. En esta ocasión ha sido ella. —Alargó su mano hacia mí, como muestra de su confianza.

—Todos los anacrónicos aportan algo a Miurgel, al fin y al cabo. —murmuró Sidgrid. —Es una pena que esta novedad no me convenza. No es algo que pueda decidirse de la noche a la mañana. —Me miró con desdén y me sentí ofendida; odiaba tener que ver de nuevo aquella expresión, llena de superioridad.

—No moriré por tu culpa dos veces. —Dije entre dientes, sin pensar. Los dos me miraron— Este es ahora mi hogar, Sidgrid, y me importa mi futuro, y el de todos los demás. No voy a morirme de hambre, no lo permitiré. Tú tampoco deberías permitirlo. —Sus ojos brillaron.

—Sid, por favor, sabes que no podemos hacerlo si tú no lo permites. Piénsalo, por favor.

—Craig, no estoy seguro de que quiera llevar a cabo algo así. Lo siento. —Algo en mi interior, y seguro que también dentro de Craig se agitó con violencia. —Sin embargo, —continuó, al ver nuestras expresiones— considero que no es algo que deba decidir sólo yo.

—Ah... —Suspiré con cierto alivio.

—¿Formarás asamblea, Sid?

—Sí, las que hagan falta, creo que es lo más justo, viendo lo mucho que os importa. Y Deborah, considero que tú también deberías acudir a ellas.

El aire se me escapó de golpe, haciendo un ruido agudo y ridículo que se parecía mucho a un “Iiiiiigh”. Craig se echó a reír y mientras, yo quise sacarle la idea de la cabeza.

—Pero... pero, yo tengo que trabajar, además, aún estoy aprendiendo a leer y a escribir, y...

—Sidgrid, en su vida anterior fue secretaria, creo que podría ser de mucha utilidad al reino, en cuanto aprenda. —miré alarmada al capitán. ¿Por qué mentía? —Además, se está formando con un buen profesor.

—Muy bien, pues hasta que termines tu formación, acudirás a esas reuniones, en calidad de testigo y consejera, porque estoy seguro de que, si has convencido a Craig, podrás defender tu idea, y explicársela mejor a todos

los demás, si hace falta.

Refunfuñé.

—¿A qué hora serán esas asambleas? Mis lecciones son por la mañana y por la tarde trabajo...

—No hay problema por eso, siempre se organizan por la tarde. —Aclaró Sidgrid.

—¿Y mi trabajo? ¿Y mi sueldo?

—No te preocupes por eso, sirenita, hablaré con Prasad, él lo entenderá.

—¡Pero Craig! —Protesté.

—Puedo proporcionarte un sueldo. Y si tanto te gusta tu trabajo, podrás seguir dedicándote a él los fines de semana —dijo Sidgrid, con una gran sonrisa de suficiencia.

—No tengo otra opción, ¿verdad? —Los miré. Ambos sonreían, y Craig se encogió de hombros. En ese momento, le odié un poco.

Antes de dejarnos ir y como cortesía, Sidgrid nos invitó a cenar. El menú me sorprendió, porque, aunque incluía carne de pollo (en Miurgel, comer carne era algo bastante excepcional, pues eran pocos los que se atrevían a sacrificar a los escasos animales de granja que se podían mantener), no era nada opulento y se parecía bastante a lo que yo misma solía comer a diario. Eso sí, incluía mucho, mucho vino.

Mientras cenábamos no se volvió a hablar del motivo por el cual Craig me había traído al castillo. Al contrario, Craig se empeñó en que hablásemos de temas más personales. Para vergüenza del Rey, empezó a hablar de sus aventuras de juventud, casi todas al lado de Sidgrid: Cuando Sidgrid quiso unirse a los marinos y sus padres no se lo permitieron y ambos se convirtieron en mejores amigos, cuando se escapaban juntos a beber o a navegar, cuando practicaban esgrima por diversión, o cuando llegó la despedida de soltero de Sid.

Y en casi todos los recuerdos, aparecía ella, Seffora, como una pieza clave, como la más atrevida, la que, junto a Craig, tiraba de Sid y le animaba a desinhibirse, su apoyo, su combustible. En definitiva, siempre, en los mejores y peores momentos, eran ellos tres. Los dos hombres se hundieron un poco al recordarla, aunque estaba claro que Craig había asumido mucho mejor su pérdida, que el que había enviudado.

—Sid, ahora en serio —le preguntó su amigo, tras varias copas de vino— ¿Cómo lo llevas? Apenas hablas del tema.

—Más o menos... —golpeteó la mesa con la base de su copa— no me acostumbro a dormir solo, a la falta de flores, a no oír su voz, ni oler su piel. —Me miró y tomó un trago de vino, para volver a llenar su copa a continuación. —Además, han sacado su trono de la sala y... no está. Ya no está. Una mitad de mí se ha desvanecido. Pero yo aún sigo aquí, sigo respirando, vivo y no comprendo por qué se ha marchado tan pronto. ¿Por qué ha muerto ella y no yo?

—Lo siento mucho, Sidgrid. —Le dije, conmovida y por primera vez le vi como a alguien normal.

—Gracias, Deborah. —Me sonrió con sinceridad, en la medida en que su dolor se lo permitía. Empecé a sentirme tranquila a su lado.

—¿Sabes cómo se conocieron? —Interrumpió Craig— Es una historia muy peculiar.

—Craig, no creo que esté bien hacerle recordar algo así. Y yo no soy quien para escuchar...

—Te equivocas, sirenita, es bueno recordar, sobre todo a los que nos dejan. Hay que dejarles marchar, asumir que ya no están aquí, —bebió— pero no podemos olvidar lo que compartieron con nosotros en vida. —Bebió otra vez. —En fin, Sid y Sef se conocieron...

—No, Craig, déjame contarle a mí. —Interrumpió.

Apoyé la cabeza en mi mano, y bebí otro trago, curiosa por escucharle.

—Nos conocimos en la playa de Umi. Como sabrás, es la isla más poblada, y también la que más nos cuesta abastecer. Para que te quede claro, en Umi viven los habitantes más pobres de Miurgel.

—Umi está superpoblada —interrumpió Craig.

—Eso es. Sin embargo, es donde está la única playa en la que te puedes bañar sin miedo a ahogarte. —Puntualizó con el dedo. —Bueno, pues yo estaba en la playa, tenía once años, me había escapado de casa. Había discutido con mis padres, porque habían empezado a hablarme de mis planes de futuro, a decirme que sería el próximo Rey y yo no quería tener que pasar por aquello. Cogí prestado un conjunto de ropa de una de las sirvientas, que por entonces tenía mi edad, más o menos. Lo cogí de mujer porque yo por entonces tenía el pelo largo y estaba seguro de que nadie me reconocería, si me soltaba el moño y vestía como una chica. La voz tampoco me había cambiado, así que creo que mi disfraz era bastante convincente.

» Así que ahí estaba yo, en la playa, enfadado, sentado en una roca

solitaria, con ropas de niña, murmurando maldiciones, queriendo huir de mi responsabilidad y se me acerca un hombre que, uf, —puso mala cara— apestaba a licor, y a no haberse cambiado los calzones en mucho tiempo y me asusté mucho. Intentó llevarme con él. Cuando empezó a ponerse bruto y a forcejear, vi una sombra que saltó sobre aquel hombre y lo apartó de mí rodando por la arena.

» Me acerqué a ayudar y vi a esta chica golpeando con su puño al señor y no paró hasta que dejó de moverse. Me miró y automáticamente lo sentí. — Se golpeó el pecho con el puño— Parecía mayor que yo, y tenía esa fiereza... y era pelirroja y parecía tan fantástica que pensé que debía ser una sirena o algo así y me había salvado. ¡Sin siquiera saber quién era yo! No me dijo nada en ese momento, pensé que saldría huyendo de mí, pero en vez de eso, le pegó una patada al hombre, que roncaba en la arena. Instintivamente, le hicimos rodar sobre la arena hasta la misma orilla, para que la marea le mojase y cuando terminamos, ella me cogió de la mano y salimos corriendo juntos, perdiéndonos por las empinadas calles de Umi.

—¿Y el hombre? —pregunté.

—No le pasó nada, se quedó durmiendo la cogorza. Nosotros nos paramos cerca de un barril de agua y ella me echó la bronca. Me dijo: “¿Cómo se te ocurre acercarte a la playa con ese tío rondando? Todos saben que es un cerdo, y que cuando se emborracha hace daño. ¿Estás loca?”. Y me zarandé. Por supuesto, ella no sabía que yo era un chico y dudo mucho que además supiese que yo era el príncipe. Le dije que vivía en Nao y que quería descansar en la playa. No quise decirle quien era yo, así que me lo callé.

» Desde entonces nos hicimos amigos, aunque ella siempre pensó que yo era una chica. Estuvimos eso de un año saliendo así, yo fingiendo que era una chica, hablando de cosas de chicas, de nuestros sentimientos y sueños y un día, tras acompañarme a la isla Nao, ella me besó. Fue mi primer beso y para mí fue tan intenso que —se rascó las cejas— digamos que no pude seguir ocultando que yo era un chico.

El relato fue interrumpido por la carcajada de Craig.

—Se le despertó el soldado —rio el capitán, aplaudiendo.

—No quería decirlo tan gráficamente, Craig.

—Y ella, ¿se enfadó contigo?

Sidgrid sonrió y continuó:

— Seffora se encogió de hombros y volvió a besarme. Le daba igual. Le

gustaba yo, como persona, supongo. Comenzamos a salir como pareja sin que nadie más lo supiese, en esa época también le presenté a Craig y salíamos en grupo. Cuando me cambió la voz, tuvimos que dejar de ocultarle a su familia que éramos novios. Y por consiguiente, tuve que decírselo a mis padres. Y al decírselo a ellos, ella descubrió que yo era el príncipe y *entonces* se enfadó conmigo.

» No le gustó que le hubiese ocultado que era el príncipe, haberse enterado al recibir la citación, para venir al castillo con su familia, para formalizar nuestro noviazgo ante el Reino, y casi rompemos, pero por suerte, recapacitó. Cuando fuimos mayores de edad nos casamos y al morir mis padres, se convirtió en mi Reina. —Le temblaron los labios. Los apretó y bajó la cabeza, intentando ocultar su pesar.

Verle así me hizo sentir mal, por haber recelado tanto de él. Le toqué el brazo para mostrarle mi apoyo.

—Puedo... ¿puedo saber por qué murió? —Tuve curiosidad.

—Fue una infección. —Respondió Craig.

—Sí, una infección, pero no sabemos muy bien por qué. Un día se fue sola a explorar, aquí mismo, a los acantilados detrás del castillo, y volvió empapada. Se había caído y golpeado, pero se recuperó pronto. No... no parecía que estuviese mal. Un tiempo después de eso, le salieron sarpullidos debajo del pecho, se le hinchó la piel se le puso de todos los colores, le empezaron a dar fiebres, y cayó enferma. Por mucho que intentamos curarla, no encontramos el origen de la infección, al parecer se había extendido demasiado y no pudimos salvarla.

—Que los Arcanos la velen. —Craig alzó su copa con solemnidad.

—Que los Arcanos la velen. —Sidgrid hizo lo mismo.

—Que los Arcanos la velen. —Les imité, y entonces brindamos.

DIEZ

Pasé una noche terrible, luchando contra el cansancio y el efecto del vino. Cuando desperté, Brun ya no estaba en su cama, la escalera estaba abierta y escuché voces en el piso de abajo: Sam ya se encontraba ahí. Estaba confundida, pues la falta de energía en mi cuerpo, me decía que no podía haber dormido más que un par de horas, aunque ya era bastante tarde, si él estaba ahí. De todas maneras, el sonido de su voz me hizo sentirme bastante mejor y tras coger la ropa que iba a vestirme aquel día (un vestido sencillo de color verde y un corsé bajo el pecho que se ajustaba con tres hebillas, para ceñirlo), bajé de buena gana, en dirección al baño, para lavarme.

Abajo estaban mis dos amigos, demasiado concentrados en las hornillas, como para reparar en mí. Aproveché para escabullirme, sin hacer apenas ruido. Prefería que, de verme, lo hiciesen cuando tuviese mejor aspecto. Al entrar en el baño, me desnudé, coloqué toda la ropa a buen recaudo y sin pensar me metí en la bañera y abrí el grifo y se me escapó un grito: había olvidado encender la caldera.

Frustrada, corté el chorro del agua, volví a ponerme el camisón, empapada, temblando de frío y prendí la llama. Me crucé de brazos y me encogí, haciéndome una bola apoyada en la pared al lado de la bañera, esperando a que el agua se calentase, tan irritada que comenzó a dolerme el entrecejo. La puerta del baño se abrió, también había olvidado asegurarla. Me sobresalté, deseando que no fuera Sam, pero por suerte, quien entró fue mi amiga.

—¡Buenos días Debbie! —canturreó— ¿Qué tal ayer en Palacio? — Aquello me descolocó. Cuando volví a casa, la noche anterior, Brunilda estaba en el trabajo y volvió cuando yo ya estaba en la cama, así que no habíamos hablado del asunto.

—¿Cómo sabes que fui al castillo? —Mi voz sonó irritada y ella torció el gesto.

—Craig me lo contó tras dejarte en casa. —Respondió en voz baja y movió un poco las caderas, frotando las rodillas.

Suspiré. Prefería haber sido yo quien se lo contase, pero, por otro lado, sentía que no tenía derecho a enfadarme. Brun siguió agitando sus caderas hasta que me di cuenta de lo que le pasaba. Le hice un gesto con la cabeza y ella dio saltitos hasta la letrina.

—¿No pasaste miedo con la tormenta?

—Un poco, pero al final la visita de ayer fue incluso mejor de lo que esperaba.

—¿En serio? —Brun se levantó de la letrina y abrió el lavabo, para llenar una palangana de agua, que tiró después por el retrete. — Atenta, porque esto ya está calentando. —Añadió enjuagándose las manos.

—¡Gracias! —dije y me incorporé— Sí, en serio...—me rasqué la nariz, pensando en qué debía contarle, y qué no.

Abrí el grifo de la bañera, para probar la temperatura. Aún no estaba a mi gusto, por lo que volví a cerrarlo.

—¿Es porque vas a trabajar en el consejo?

—¿Cuánto sabes de lo que sucedió ayer?

—Craig me ha contado que se te ocurrió un plan para conseguir más barcos y que ahora el consejo va a trabajar contigo para aprobarlo.

—Sí, eso es. —Abrí de nuevo el grifo; el agua quemaba, así que lo dejé abierto para que se fuese llenando la bañera y me acerqué a la caldera para regular la intensidad del fuego.

—¿Y el trabajo? ¿Y las lecciones de Sam?

—Craig me dijo que hablaría con Prasad, y si ayer fue a la taberna tras dejarme en casa, seguro que ya lo sabe. Por lo otro, tampoco te preocupes, las reuniones se hacen por la tarde, Sam puede seguir dándome clase.

—Bueno... —respondió, recelosa.

—Ya verás, todo saldrá bien y en cuanto todo este rollo termine, y se solucione el problema de suministros, seguro que podré volver a la taberna. —Lamenté lo que había dicho cuando fue demasiado tarde.

—¿Qué problema de suministros, Deborah?

—Hmm, no es nada. Es confidencial, cosas del consejo.

—A ver, Deborah, ni confidencial, ni confidencial, no soy idiota, ¿qué problema hay?

—Brun, Miurgel lleva meses viviendo sólo de las reservas.

Me pareció oír el sonido de la burbuja que la envolvía, al reventarse. Su expresión se quedó tan sombría que me sentí culpable, como si Brun fuese

una niña y le acabase de revelar que “los Reyes” son los padres.

—Deb, por favor dime que es una broma.

—No lo es. Por lo que más quieras, no le digas a nadie que lo sabes, no le digas a Craig que te lo he dicho, por favor...

—Y en las tabernas, nosotros derrochando de todo... —Sus ojos se humedecieron— ¿Qué pasará cuando todo se acabe, Deb?

—Brun, por favor, no te asustes. Las cosas se solucionarán, ya lo verás. Cuando empiece a ir al consejo, te contaré todo lo que pueda sobre cómo van esas reuniones, ¿de acuerdo?

—Vale —asintió y me abrazó, antes de salir del baño.

—¿Me das tu palabra de que no le dirás a nadie que te lo he contado? — Sentí su cabeza agitarse en un “sí”.

Cerré el pestillo en cuanto se marchó, y tomé aire antes de volver a desnudarme. Cerré el grifo y me metí en la bañera. Mientras me lavaba, volví a pensar en lo que le había contado a mi compañera, y cómo el peso de mis propias palabras me hacía mella. Me hice consciente de la responsabilidad a la que me enfrentaba, y no estaba segura de saberla afrontar. Al menos, encontré alivio en haber hablado con Brunilda. Una vez aseada y vestida, me encontré de mejor ánimo.

Empujé la puerta de casa para abrirla y escuché zancadas en el interior. Me recibió Sam, sonriente, con la cara iluminada, ataviado con mi delantal de cocinar en casa, que le quedaba corto y cuyas puntillas rechinaban con su aspecto, pero a él parecía no importarle.

—¡Debbie! —Exclamó alargando la última vocal todo lo que pudo. —¡Te he echado tanto, TANTO de menos! —Me atrajo hacia sí en un fuerte abrazo y prácticamente me empujó hasta una de las sillas, para que me sentase.

—Sam, ¡Si la has visto ayer! —él se encogió de hombros y nos miró con inocencia. —Eh... ¡Mira! —exclamó, corriendo hacia la encimera y trayéndome una bandeja repleta— Te he traído magdalenas y galletas y un bizcocho. Y ves, éstas, —levantó una galleta grande, con forma extraña— las he hecho yo, que también se cocinar. Mira, la he decorado, eres tú.

Recogí la galleta entre mis manos y él dejó la bandeja sobre la mesa. La examiné. Tenía un dibujo hecho con glaseado blanco, que se parecía mucho a una mariposa, como la podría haber dibujado un niño, con el cuerpo grande y una cara sonriente. Él se agachó a mi altura, esperando mi reacción.

—¿Soy una mariposa? Le pregunté, enseñándosela.

—No, no es una mariposa —me dijo con solemnidad— es un hada. — Apoyó su mano en mi rodilla y pegó su cabeza a la mía. —Ves, —la señaló con su mano libre— con sus alas, el cuerpo, las piernas y... —me miró. Sus ojos me parecieron enormes, cálidos. Le tenía demasiado cerca y me sentí derretir, sin saber cómo disimularlo. Por suerte, él se separó de mi repentinamente. Se lo estaba pasando bien. — Pero mira, también he hecho a Brun, ¿ves? —Se levantó y buscó de entre las galletas una que tenía dibujado una estrella de mar— y al Capitán —era una galleta con un barco— y esta galleta soy yo. —Tenía dibujado un muñeco de palos con corona.

—Todo un artista estás hecho. —Le dijo Brunilda, terminando de preparar el té.

—¡A que sí! —exclamó con orgullo. —Nos las comeremos ahora para desayunar, luego te doy la lección y luego me quedo a comer con vosotras, ¿vale?

—De acuerdo. —Asentí divertida. —Muchas gracias.

Forcé la mirada por encima de la fuente de dulces, para ver la hora en el reloj de agua. Si mis amigos aún hablaban de desayunar, posiblemente era más temprano de lo que pensaba, y en efecto, vi que hacía poco habían pasado las once. Eso estaba muy bien, tenía más tiempo por delante para pasarlo con ellos.

—¡Que aproveche! —Exclamó Brunilda acercando la tetera a la mesa.

Nuestro desayuno se prolongó bastante tiempo; había tanta comida sobre la mesa que todavía sobró cuando lo dimos por finalizado. Brunilda se dedicó entonces a meter las galletas y magdalenas sobrantes en un par de tarros grandes de conservas que nunca la había visto usar y los guardó a buen recaudo, en la despensa. Normalmente, hubiéramos dejado esas sobras sobre la mesa, y si se endurecían, haríamos migas con ellas para alimentar a los gatos y a los perros callejeros. Me miró y sonrió apretando los labios: intentaba disimularlo, pero me di cuenta de que estaba un poco desasosegada.

Después de aquello, salió a la calle sin dar muchas más explicaciones y nos dejó a Sam y a mí solos, para empezar con la lección del día. Retomamos un dictado que Sam había dejado planeado para el día anterior, en que Craig nos había interrumpido. En él, Sam contaba un cuento acerca de una niña que veía fantasmas, que había escrito en uno de sus cuadernos. Él se la había inventado: tenía un talento especial para crear nuevas historias, cuentos y canciones. Sin embargo, los dibujos con los que las ilustraba, al igual que los

que había hecho en las galletas que nos acabábamos de comer, parecían hechos por un niño pequeño, con muy mal pulso, sin dejar de ser enternecedores.

Yo adoraba escucharle leer aquellos cuentos. Cuando terminaba de dictármelos, siempre le pedía que los leyese una vez más, antes de corregirme y él lo hacía con orgullo. Si al corregir yo tenía muchos errores, se mostraba, en cierto modo, satisfecho. Disfrutaba demostrándome sus muchos conocimientos y confieso que, muchas veces, yo me equivocaba deliberadamente solo para entretenerme con sus explicaciones. Me importaba un pimiento si no avanzábamos mucho durante aquellas lecciones, porque me gustaba pasar ese tiempo a su lado. Con él todo parecía sencillo, un juego. Conseguía que me olvidase de la realidad, estar a su lado era viajar a Nunca Jamás.

—Huy, esto no te lo has aprendido, —comenzó a corregirme en aquella ocasión— Si quieres poner una consonante sola, tienes que poner la sílaba Alfa con su marca de consonante. ¡No vale cualquier sílaba!

—¿Cuál era la sílaba Alfa? —pregunté confusa.

—La que se pronuncia con la “A”. Recuerda: Alfa, igual a A. Le pones la marca y se usa como consonante.

—Es cierto, es cierto... Así que, si quiero poner la palabra, por ejemplo “Mente”, tengo que escribir Me, el alfa...

—Na, con su marca. —Puntualizó.

—Na... —repetí yo— y Te. Me—Na'—Te. —Dibujé la marca con el dedo, en el aire.

—Eso es. Debes aprenderte todas las alfas porque se repiten mucho.

—Lo haré, lo haré.

—Aquí... has confundido Te con Mu, y no tienen nada de parecido, y por lo demás... confundes mucho “Go” y “Pu”, —señaló rápidamente los errores en mi cuaderno, entonces su dedo se quedó quieto— y esto... ¿esto de aquí qué es? —eran las tres últimas frases, que yo podía leer sin problemas, con mi propia letra.

“El fantasma de la bruja marchó en paz. Todo el pueblo se disculpó con la niña. Hicieron un banquete para celebrarlo.”

—Ah, ya. Es que me distraje, y me puse un poco nerviosa, y lo escribí en mi abecedario, no sé, se me fue la cabeza. —Mentí. En realidad, no me acordaba bien de las sílabas y me dio pereza seguir esforzándome.

—¿Ah sí? —Escudriñó de cerca el cuaderno, examinando con extrañeza el alfabeto. —Lo he visto en algunos de los libros del archivo anacrónico, pero nunca con una letra tan bonita. Brun lo sabe leer, pero yo no.

—¿Que no lo sabes leer? ¿No eres anacrónico?

—Sí, sí, pero yo era muy pequeño, me dijeron que tenía dos o tres años cuando llegué.

—Pues éste se llama alfabeto romano.

—También he visto que hay muchos libros anacrónicos con formas distintas de escritura. Hay una que se parece mucha a esta pero no es igual del todo. Por ejemplo, tiene esta letra al revés— Señaló la R.

—Ah, creo que ya sé de cual me hablas. Lo llamamos cirílico.

—Y hay otras letras que son muchas rayas y hacen como casas, y otras, que parecen olas, llenas de puntos que son como salpicaduras. Esas letras me gustan mucho. ¿Las sabes leer todas?

Sus palabras me dejaron pensando. Si había visto libros en todos los idiomas, ¿cómo es que todos hablábamos el mismo lenguaje sin problemas?

—No, no, de donde vengo la gente de distintos lugares usa diferentes letras, y también habla de forma diferente. Oye Sam, ¿aquí ningún anacrónico ha tenido problemas para entenderos?

—¿Para entendernos?

—Sí, para entenderos. Quiero decir... cuando hablas un idioma, no entiendes lo que otros, que usan otro distinto, te quieran decir. Te hablan, y tu oyes el sonido que hacen, pero no entiendes nada. ¿Eso no le ha pasado a ningún anacrónico?

Pensó, con cara seria, apoyando su barbilla en su puño y moviendo las cejas, según hacía memoria. Frunció los labios y sacudió la cabeza en forma de negación.

—Recordando... según lo que he leído en los archivos de historia, y lo que me han contado, no, nadie se ha portado de forma extraña, como dices. Todos nos han podido entender desde el primer momento.

—¿Incluso los que usaban otro alfabeto? —el asintió, entornando los ojos y frunciendo los labios. Se recostó en la silla y comenzó a sacudir una pierna.

—¿Continuamos? —Preguntó, impaciente.

—Sí, de acuerdo, sigamos. Eh... ¿Por dónde íbamos?

—Escribiste lo del final con tu propia y bonita letra.

—¿Te gusta entonces? Si quieres cuando acabemos te puedo enseñar a

usarla.

—No, aquí, el profesor soy yo. —Se estiró. —Por lo demás, Deb, necesitas repasar mucho más y creo que tendré que seguir viniendo mucho tiempo, necesitas muchas más lecciones.

—Pues sí... tienes toda la razón. —Era lo que quería, al fin y al cabo. El comenzó a apuntar cosas en su propio cuaderno, con rapidez. — Además, es probable que sea la única forma que tengamos a partir de ahora, de vernos.

—¿Cómo? —Alzó la vista de entre sus páginas.

—Tendré que dejar la taberna. —Exageré.

—¿Cómo? —repitió, dejando todo sobre la mesa, incapaz de disimular su disgusto— Y entonces... y... ¿Qué pasa con nosotros? Con... ¿con nuestros dúos de los Lorde?

¿Para eso se te llevó Craig ayer? —Sus ojos me miraron como si hubiese destrozado sus sueños. —¡Me mintió! ¿Por qué? —Miró pensativo a la mesa, acariciando el cuaderno con las yemas de los dedos.

—Sidgrid quiere que participe en sus juntas, como consejera.

Respiró por la nariz para calmarse.

—Ayer me quedé aquí por la tormenta y luego me quedé aquí solo, esperándote, por si volvías. Te esperé hasta que llegó la hora de la cena.

—No tenías por qué, hoy ibas a verme de nuevo.

—En verdad no sé por qué me quedé. —Me miró con tristeza, tanta, que sentí que me perforaba— Pero no vas a abandonar mis clases, ¿verdad? — Preguntó con un hilo de voz.

—No. —Contesté con firmeza— Y aunque me lo pidiesen, si me obligaran a dejarlas, me negaría. ¿Qué haría yo sin tus lecciones, Sam?

—Ojalá no terminasen nunca. —Respondió, sin mirarme a la cara.

—Yo tampoco quiero que terminen nunca.

—Pero, —se aclaró la garganta— para cuando terminen... puedes... ¿puedes acercarme tu cuaderno? —alargó la mano para que se lo pasase y así lo hice.

—¿Qué vas a hacer? —Él lo recogió, le dio la vuelta y lo giró, para empezar a escribir del revés, desde la contraportada.

—Voy a escribir algo, sólo para ti, y que sólo podrás leer cuando hayamos terminado tus lecciones, y sepas leer y escribir tan bien como yo.

—¿Y cómo sabes que no voy a leerlo antes?

—Tendrás que prometerme que esperarás. —Tras escribir unas cuantas

sílabas en silencio, me miró sonriente y se puso a limpiar su pluma para empezar a recoger.

—No lo he terminado. Me lo llevaré a casa y mañana te lo devuelvo.

Brunilda volvió poco después con los ingredientes para la comida y tanto al cocinar entre los tres, como cuando llegó la hora de comer, permaneció inusualmente callada, perdida en sus propios pensamientos. Cuando llegó la hora de irnos a trabajar, para mí fue casi un alivio poder centrarme en mi trabajo y hablar con los bardos. Aquel día, como todos los Freiden a primera hora tocaba Hans, el violinista, quien adoraba la cerveza y tocaba con mucho brío y al que solo le faltaba un casco alado para confundirse con un vikingo, con su larga melena, y su bigote y barba trenzados. Su música era idónea para caldear el ambiente del fin de semana, pero, aun así, mi amiga no parecía levantar cabeza.

No lo hizo, ni tampoco la vi sonreír hasta que, horas más tarde, llegó Ozam, con una llamativa camisa carmesí, pantalones ajustados con tirantes y su arrolladora mirada dorada. En cuanto se sentó a la barra a saludarla y tomar su primera bebida mientras llegaba la hora de incorporarse a su trabajo, Brun volvió a su actitud risueña habitual, incluso suspiraba, cuando creía que nadie le prestaba atención. Cualquiera otro día, su actitud hacia él me habría parecido la habitual, pero, al haberla visto tan apagada, en las horas anteriores, me pareció obvio que sentía algo por él. Deseé de corazón, que tuviese una oportunidad para que se quedaran a solas.

Al día siguiente, Craig llamó a nuestra puerta. Le invitamos a pasar a tomar el desayuno con nosotras, pero él se negó en rotundo.

—Sid ya ha puesto la fecha para empezar a reunirnos. —dijo.

—¿Ah sí? ¿Cuándo vais a comenzar? —Preguntó Brunilda, que había abierto la puerta, junto a mí.

—Este mismo Mjorn, desde las dieciocho horas. Te pediría que estuvieses lista un poco antes, porque vendré a buscarte y hay algunas cosas que quiero explicarte de antemano.

—Muy bien, sin problema. —Contesté.

—Ya sabes que el Palacio no está muy lejos, pero, en estos asuntos es mejor prevenir, y llegar pronto. ¿Te parece bien que venga a por ti, alrededor de las diecisiete pasadas? —Asentí. —Muy bien, entonces.

—¿Craig, de verdad que no quieres pasar a tomar algo?

—Estrella mía, de verdad que no puedo. Sid me ha encomendado la... —

suspiró y puso los ojos en blanco— “honorable” tarea de avisar a todos los miembros del consejo. Y luego quiere que vuelva con las respuestas de todos antes de la hora del almuerzo. —Sacó su pipa y la encendió. —Aunque os agradezco la invitación.

Tomó una larga calada, y me miró, relajado.

—Le digo que sin problemas, entonces, ¿verdad?

—Sí. —confirmé.

—Pues bien. Hoy es cuando cantas con Sammie, ¿verdad?

—Sí, hoy es Lorde.

—Tal vez me pase a veros.

—Te esperaremos, Craig —dijo Brun, a modo de despedida.

—Bellas damas, parto, pues. Disfrutad del fin de semana.

Sin embargo, el Capitán no apareció aquella tarde, como había prometido. Casi que lo preferí. Con el paso de las semanas me sentía cada vez más cómoda cantando duetos con Sam, pero, me daba miedo hacerlo mal si Craig venía a verme. No es que los números musicales que hacíamos Sam y yo fueran algo muy relevante, o muy serio: preparábamos nuestros números, un poco a la carrera, siempre en el mismo día, en cuanto Sam llegaba a la taberna.

Prasad nos dejaba salir entonces por la puerta trasera, a través de la cocina, y allí nos amparaba la “privacidad” de un callejón, que estaba bloqueado por una pared de barriles de cerveza (Prasad tenía el monopolio: era el único elaborador de cerveza de la isla, y dedicaba las mañanas a producirla, venderla y distribuirla por las islas). Amparados por los barriles, nadie podía vernos, aunque estaba segura de que alguien nos podría escuchar.

Para decidir qué cantar, Sam solía traer el reproductor de música, que tomaba prestado del archivo de los anacrónicos, y me dejaba escuchar las canciones que había preparado. Me di cuenta que él no sabía leer los títulos, porque estaban en mi alfabeto, pero el reproductor se controlaba con botones muy sencillos y le bastaba con dar al play y pasar canciones adelante y atrás. Solíamos elegir dos o tres entre esas canciones, y él tomaba nota de otras que yo le decía conocer. Se las sabía de oídas y le bastaba con que le dijese la letra o melodía. Él las nombraba a su manera: “La canción del sol negro”, “La de la llama eterna”, “La que vio la señal”.

Esa tarde me hizo ilusión escuchar una de las canciones que había elegido: “La de la chica rica”, la cual yo conocía como Uptown Girl. Era una

canción que yo adoraba, y de la cual había escuchado varias versiones, pero jamás, interpretada como lo hacía él, con la guitarra. La tocaba de forma tan tranquila, que parecía más bien una balada, y su voz también era unos cuantos tonos más bajos que en la original. Comenzó a recitarme la letra tal y como la había arreglado y se interrumpió a si mismo, distraído por sus pensamientos. Silenció las cuerdas de su guitarra y me miró, apretando los labios. Tragó saliva antes de preguntar.

—Deb, ¿crees que hoy será la última vez que cantemos juntos?

—¿Por qué lo dices?

—Cuando venía hacia aquí, me encontré con el capitán. Me contó que el Mjorn empezarías a ir con ellos.

—Sí, así es.

—Me dijo que, si las cosas se alargaban, sólo te dejarían libre el fin de semana. —Siguió explicando y entendí claramente por donde iba su argumentación.

—¿Crees que preferiré quedarme en casa, antes que venir aquí, a trabajar?

No dijo nada, pero me mantuvo la mirada, con seriedad, esperando a que yo misma respondiese, sus dedos quietos sobre la guitarra.

—Sam, pues de verdad, no lo sé. Las juntas aún no han empezado, no tengo ni idea de cómo van a ser, o si, como Craig te ha dicho, irán para largo. No puedo predecir el futuro. —Continuó sin decir nada, pero había desviado su atención a las cuerdas de su guitarra. — Nos vemos casi todos los días, Sam, ¿por qué te preocupas?

Su espalda se encorvó por un instante, como si hubiese tenido un escalofrío. Volvió a mirarme, estaba colorado.

—Eh... es por, es por... preparar las canciones, sabes, es distinto si las canto sólo yo. —Contestó atropelladamente.

—Ajá —Las cejas se me arquearon automáticamente.

—Soy un profesional en todo lo que hago, esto requiere preparación. — Dijo de forma petulante, recuperando la compostura.

—Claro, claro.

—Como nos vemos casi todos los días, —enfaticó— espero que me digas con tiempo si vendrás o no a cantar conmigo el próximo Lorde.

—A trabajar, dirás. —le corregí, divertida.

—Sí, a trabajar. Eso. Y ahora, M'Lady, tenemos que ensayar de nuevo, el público espera.

Continuamos con nuestros ensayos de forma algo acelerada, llegó la hora de actuar y lo hicimos de forma bastante decente, pero muy mejorable por mi parte. Sin embargo, como siempre, a la hora en que nos poníamos a cantar, el público estaba tan piripi, que le importaba un carajo que nos equivocásemos. Nosotros disfrutábamos y lográbamos entretenerles, ellos se lo pasaban bien, consumían de más y todos salíamos ganando.

Luego, al día siguiente, en Sung, como siempre, la gente se lo tomaba todo con más calma. Incluso Sam, que también tocaba ese día en el primer turno, cambiaba su repertorio a uno más tranquilo y tradicional. Rasgueaba su guitarra como si tocara una serenata, con canciones que eran de su cosecha propia. Hablaban del tiempo pasado, cuando los antepasados de Miurgel, los Nassir, eran un gran reino y vivían sumergidos en una naturaleza virgen. Hablaba de bosques y hadas, de ríos, ninfas y montañas y también le cantaba al mar, a las largas noches estrelladas, a la brisa y a la luna. Parecía que se tratase de un músico completamente distinto al que cantaba conmigo los Lorde, pero para mí, esos momentos eran cuando él era genuinamente “él mismo” y me dejaba sin palabras, sintiéndome afortunada de tenerle cerca.

Llegó el Mjorn, y Sam me devolvió mi cuaderno, cuando vino a darme sus clases. Yo no recordaba que se lo hubiese llevado, pero él parecía muy entusiasmado. No me dejó curiosear qué era lo que había hecho, y comenzó rápidamente con sus clases. Me hizo (intentar) leer al menos cuatro historias diferentes, dos dictados, y algo de caligrafía, que practicaba en los pliegos en blanco que él solía traer, y además repasamos unos cuantos grupos de sílabas. Cuando no supo qué más hacer, me hizo leer otros dos textos.

Estaba visiblemente nervioso, y estuvo a punto de contagiarme su actitud. Cuando terminé la última lectura, echó un vistazo al reloj de agua, derrotado al ver que no valía la pena alargar más sus lecciones.

—Vaya, —se lamentó— es casi la hora de comer, se acabó el tiempo, por hoy.

—Hmm —bostecé— Creo que nunca habíamos hecho tantas cosas como hoy.

—Porque tienes que mejorar y aprender...

—Pero Sam, cuanto antes aprenda, antes me perderás de vista —le golpeé el brazo, bromeando. —¿O me quieres perder de vista? —le miré con los ojos entornados.

—No, ¡no, no, no, no! —sacudió las manos frenéticamente, entonces

comprendió que solo estaba bromeando y se sonrió. Me miró con calidez. En ese momento entró Brunilda, cargada con tanta comida que parecía que quisiese rellenar la despensa, dos veces.

—¡Hola Debbie! —saludó— ¡Hola Sammie! ¿Aún sigues aquí?

—Sí, aunque estoy a punto de marcharme.

—Hoy la lección se ha alargado un poco, aunque ya hemos acabado por hoy. —Completé su respuesta.

—Bueno, pues ya que estáis los dos ahí sentados sin hacer nada, ¿Me ayudáis o qué?

Fuimos los dos instantáneamente, a rescatarla del peso de las bolsas de compra. Teníamos cuatro en casa y ella había llenado tres. Me sorprendió que hubiese podido hacer todo el recorrido de vuelta, desde el mercado, así de cargada.

—¿Por qué has comprado tanto? ¡Tenemos de todo esto y más! — Pregunté.

—Deb, ya sabes por qué. —Abrió mucho los ojos, no queriendo hablar de más. Sam nos miró un poco incómodo, pero no dijo nada.

Entre los tres dejamos todo en su sitio, y Sam procedió a guardar sus útiles, para marcharse, lentamente, como si no quisiese irse. Cuando estuvo al fin listo, antes de salir por la puerta, me abrazó con fuerza y se quedó pegado a mí por bastante tiempo.

—Mucha suerte esta tarde, Deb. —Me besó el pelo, manteniendo sus labios presionados sobre mi cabeza como si los pudiese dejar marcados para la posteridad.

—Estaré bien, descuida. ¡Mañana nos vemos!

—¡Ah! Recuerda, no puedes abrir lo que te he dejado escrito en el cuaderno hasta que de por concluidas las lecciones, ¿entendido? —Levantó el dedo y las cejas.

—Entendido.

—¡Me enteraré si lo haces!

—No lo haré. Palabra.

—Palabra —Repitió y volvió a besarme la cabeza, esta vez como un acto reflejo. —¡Brun! —exclamó entonces, reclamando la atención de mi compañera, que estaba pelando una patata. —Me marcho ya.

—¡Hasta mañana Sam!

—Hasta mañana. —Me miró una vez más y se alejó, ajustándose su

bolsa.

Una vez a solas, abrí el cuaderno por el final, por el mismo sitio por el que le había visto a él empezar a escribir el Freiden y me encontré con las últimas páginas pegadas a las tapas por sus esquinas, con dos finos sellos de lacre. Además, para que me fuese imposible deducir el texto, aprovechando la sutil transparencia de las hojas, había introducido entre medias una hoja de papel grueso, y había hecho un dibujo de los suyos, decorando la nueva última página. Necesité echar un largo vistazo, para comprender que la ilustración retrataba a un gato lamiéndose una pata. A primera vista pensé que era un dinosaurio, o alguna criatura extraña y fantástica. Me pareció, sin embargo, un detalle muy tierno.

Brunilda me sorprendió observando la rara ilustración, mientras sonreía embobada.

—¿Lo ha hecho Sammie? —Preguntó por encima de mi hombro.

—Sí, me ha dejado un mensaje escrito aquí, para cuando sea capaz de leerlo, y lo ha cubierto con esto.

—Está chulo, muy propio de él. —Se rio en voz alta.

—¿Qué te parece tan gracioso? Me parece muy dulce de su parte.

—Bueno, dulce, éstas bobaditas para él son cosas muy normales. Yo siempre fui como su hermana mayor, recuerda que se crio conmigo en esta casa, y siempre se ha portado así conmigo y con todos, siempre con sus regalitos y detalles, como un juego. Supongo que ahora y oficialmente, te ha cogido cariño también a ti, vamos, digo yo. Ahora eres como otra hermana.

—Como otra hermana. —Repetí.

—Eso es, exactamente. Los tres hemos formado una buena familia postiza, los hermanos de la taberna nos van a llamar. —Bromeó.

—Como hermanos, los tres.

—Pues claro que sí. Ya te lo dije yo antes, que los bardos no se comprometen con nadie, créeme. —Se calló y me miró con condescendencia — Os he visto, ¿crees que no? —Al escucharla, empecé a sentir una especie de dolor punzante en mi pecho, que no me atrevía a identificar— Sé que estáis muy cerca el uno del otro, y que pasáis mucho tiempo juntos, y tal vez estés confundiéndote. Pero aquí estoy yo para recordártelo. Por si te surge la duda, no lo olvides: Sam es como nuestro hermano pequeño. No te ilusiones, él es como un niño, solo ve las cosas bonitas y no entiende las consecuencias de sus actos y jamás dejará de ser así. Jamás.

ONCE

Poco después de comer, tal y como me había prometido, Craig llamó a nuestra puerta. Esperaba encontrármelo vestido de manera elegante, igual que yo, que me había vuelto a poner la misma ropa “formal” que llevé cuando fui a visitar a los ancianos, junto a Sam. Sin embargo, el Capitán no se había afeitado y apestaba más a hierbas, que cualquier otro día. No era un aspecto desagradable del todo, pero no me parecía apropiado. Supuse que habría tenido un mal despertar, o que tal vez yo exageraba con mis formalidades y la que estaba fuera de lugar era yo, aunque me resultase difícil de asumir.

Nos despedimos rápidamente de Brun, de quien me apetecía alejarme un rato, después de lo que me había dicho horas antes, y emprendimos camino, sin prisas, hacia el castillo.

—¿Lista para tu primera junta, Sirena?

—Supongo que sí. —Dije, encogiéndome de hombros. —¿Tú estás bien, Craig?

—¿Yo? ¿Por qué no iba a estar bien? —encontró en mí una mirada que le analizó de arriba a abajo— Tal vez no haya tenido una buena noche, pero son gajes del oficio, no te preocupes. —Sacó su pipa.

—Vale. —Suspiré. —Estoy muy nerviosa. ¿Tú has ido a reuniones del consejo? ¿Cómo son?

—Veamos. En las juntas nos reunimos los capitanes de la marina entre los que estoy yo, claro está, una representación de los Ancianos que escriben las actas de cada reunión, representantes de los Comerciantes, expertos y consejeros, como tú.

—¿Yo sería consejera? —Asintió, mientras exhalaba el humo. —Todo por “mi gran idea” —sacudí las manos de forma estrambótica.

—No te restes importancia. Tu idea puede parecerle pequeña, pero podría cambiarlo todo y así debes creerlo.

—Ya, supongo.

Continuamos caminando, por la isla Delphine sin acelerar el paso.

—¿Hay alguna norma que deba tener en cuenta, algún protocolo?

—¿Tanto te preocupa eso? —Reí nerviosa. —Sí que hay alguna que otra norma. Pero las hay porque también participan Ancianos y ellos, como tú, se lo toman todo muy en serio. Seguro que por eso les caes bien. —Se me quedó cara de póker— Por ejemplo, a Sidgrid le tienes que llamar “Alteza”, “Su Majestad” y esas formas que tanto te gustan a ti y que Sid odia tanto. En medida de lo posible, aunque nos conozcamos entre nosotros, debemos hablarnos de “Usted” ... Durante los turnos de exposición está prohibido interrumpir al que esté hablando, y hay que evitar bromear mucho, o hacerlo en absoluto. Todo lo que se dice en esas reuniones se registra por escrito. No quieras pasar a la historia de Miurgel por una tontería así.

—Entendido.

—También, como entenderás, todo lo que se exponga es serio, oficial y confidencial. —Se detuvo y su expresión fue seria. —Te lo digo directamente a ti. Sé cómo es Brun y cómo es Sam, sé que los tres sois muy cercanos y sé que la tentación de contarles lo que ocurre es muy grande. Tengo entendido que los dos por ahora saben que vendrás a estas reuniones y tal vez tengan una vaga idea sobre la escasez de suministros. Pero es mi deber, aunque me pese, decírtelo desde ya. Te prohíbo en nombre de todo el Reino, que les cuentes lo que tratemos en las juntas, a ellos dos o a cualquier otra persona.

—¿Qué podría ocurrir si se me escapase algo? —pregunté, por pura curiosidad.

—Recuerda que los ancianos mantienen los archivos con la historia de este pueblo. Si ellos lo deciden, pueden convertir en monstruo a alguien que en vida fue un santo, ¿lo entiendes?

Se me hizo un nudo en la garganta. Era irónico que en Miurgel hubiesen decidido usar como castigo, la misma arma que a ellos, en primer lugar, les costó el exilio.

—Otra cosa que quiero recordarte, y en la que no puedo dejar de insistir, es que, como consejera, todo lo que puedas aportar será tomado en serio. Aunque no estés segura de que lo que hayas de decir sea importante, finge lo contrario, finge que crees en tus palabras, vente arriba, si hace falta, si así lo sientes. Aquí, tus palabras importan.

Apreté un puño frente a mi pecho, intentando atrapar aquella idea del aire, lograr que su recomendación me llenase de valor, pero no sabría si lo había conseguido, hasta que no llegase mi momento de intervenir, en la reunión.

Entramos al recinto del castillo, y ya en el patio, se apreciaba un gran

cambio en los pocos días que había transcurrido desde la audiencia privada. En las fachadas colgaban estandartes de color violeta, con grandes lazos negros; los estanques, tenían nenúfares flotando plácidamente en sus aguas cristalinas. El interior había sido decorado con cortinajes y flores que perfumaban cada estancia, y había al menos un sirviente en cada habitación, listo para atender cualquier petición de los asistentes.

También el salón de trono, donde iba a celebrarse la junta, había recibido un lavado de cara. La iluminación era más potente, habían decorado con cortinajes el retrato que presidía el salón, y habían empujado el trono de Sidgrid contra la pared. A su lado, también contra la pared, habían vuelto a colocar el trono de Seffora, cuyo asiento habían llenado de flores, en honor a su memoria.

En el centro del salón, aprovechando el espacio extra que dejaban los dos tronos contra la pared, había una mesa ovalada, que entraba justa, con todas sus sillas. Sobre ella, había copias de mapas, pliegos de papel para escribir, plumas estilográficas de metal, y recipientes con tinta líquida, a razón de uno por cada dos personas, para todos los asistentes. Había además un caballete, entre los tronos y la mesa, en el que se sujetaba un gran mapa, similar al que había visto en los libros de la biblioteca.

Nosotros dos habíamos sido los primeros en llegar, y poco tiempo después, por la puerta del extremo derecho, que a aquellas alturas deduje, era utilizada por el servicio, entró un hombre algo más bajo que Craig, con los ojos rasgados como los míos y piel cetrina, una cuidada barba corta y el pelo recogido en un moño en la nuca. Me resultaba familiar. Portaba un taburete y tras colocarlo, cerca del caballete con el mapa, saludó a Craig con un abrazo amistoso. Al verme a mí, me hizo una profunda reverencia.

—Buenas tardes, dama, caballero. Ya que no tengo el gusto de conocerla, —se dirigió a mí— me presento. Mi nombre es Shun, el bardo personal de su majestad Sidgrid y bardo oficial de Palacio. Permítanme entretenerles mientras llega la hora de la reunión.

—Por supuesto —respondí, innecesariamente. Él sonrió. Por supuesto que me sonaba de vista, él también había estado tocando en el funeral de Seffora.

—Bueno, lo haré en cuanto mí... ayudante me traiga mi instrumento.

No bien había terminado de decirlo, una niña que aún no había llegado a su adolescencia, de ojos igualmente rasgados, con la cabeza llena de trencitas

recogiendo su pelo negro y brillante, salió atropelladamente por la puerta derecha con un arpa entre sus brazos. Aunque el arpa en sí no era muy grande, resultaba aparatosa para una niña como ella.

—¡Toma, papá! —le entregó el arpa y le besó en la mejilla. En vez de volver por donde había venido, permaneció con nosotros.

Mientras su padre se sentaba en el taburete, acomodaba el arpa sobre sus rodillas y empezaba a tocar, la niña se acercó a Craig, quien la saludó y después se acercó a mí. Habló en voz baja.

—Hola, soy Lavender Nia, Grumete primera bajo las órdenes del Capitán Lacy, —Como vio que yo no sabía a quién se estaba refiriendo, señaló a Craig. —e hija del bardo de Palacio. También soy miembro del consejo, en calidad de experta.

Abrí los ojos como platos, por la incredulidad. La niña me sonreía con orgullo y tanto su padre como Craig me miraron, corroborando con sus expresiones lo que acababa de decir. Ella me tendió la mano, y agachándome un poco, se la estreché.

—Encantada de conocerte. Yo soy Deborah Cortez, barro en la taberna. —Apreté los ojos, al oír lo poco impresionante que sonaba aquello— Y... soy anacrónica. —añadí, intentando mejorar mi título— Soy miembro del consejo en calidad de consejera.

—¿Ah sí? ¡Qué bien! —respondió la niña, entusiasmada— Entonces, bienvenida al consejo, Deborah.

Los siguientes en venir, fueron tres Ancianos, entre los cuales estaba Borri, y poco a poco, llegaron todos los demás. Una pareja que me sonaba haber visto en la taberna, Pía y Erol que representaban a los comerciantes, los otros dos capitanes de la Marina de Miurgel: La Capitana Elsa Engström y el Capitán Ezio Sokolov, y un sólo hombre, Jasper Chou, en representación de los pescadores. A medida que fueron llegando, nos fuimos presentando y cuando sólo faltaba Sidgrid, cada uno ocupó su asiento.

Como era de esperar, se sentaron agrupados según sus competencias y empezaron a hablar entre ellos. Incluso la pequeña Lavender, que se había sentado a mi izquierda, entre Craig y yo, estaba enfrascada en una conversación con los capitanes. A mi derecha estaba sentada una de los Ancianos, llamada Vera y que había acudido no en calidad de Anciana, sino en la de Experta de seguridad, defensa y combate. Pero igual que Lavender, ella prefería hablar con sus compañeros Ancianos antes que conmigo. Me

sentí sola e incómoda y para distraerme, intenté concentrarme en escuchar la música del arpa, por encima de sus voces, lo que me costaba, aunque el volumen de conversación en la mesa no era demasiado alto.

Por fin entró Sidgrid en la sala y se hizo el silencio. Shun, al verle venir, le hizo una reverencia con la cabeza y de forma elegante acalló las cuerdas de su Arpa. Se levantó del taburete y cargando con el instrumento de un brazo y con el taburete colgando de los dedos de la otra mano, golpeó con su rodilla la puerta de servicio y en cuanto le abrieron, abandonó la estancia.

Vi que Sidgrid también había pasado por un muy necesario lavado de cara. Se había afeitado aquella barba cana que lucía cuando fui a verle y se había puesto su corona y una capa color esmeralda como único distintivo de su cargo. Le vi tomar aire antes de pararse frente a su silla, que daba la espalda al trono, y entonces nos saludó, de forma claramente ensayada. Incluyó la cabeza, y abrió los brazos, extendiendo la capa.

—Señoras, señores, les doy la bienvenida. Agradezco su colaboración e interés. Inauguremos pues, las sesiones de esta venerable junta.

Los Ancianos asintieron a modo de aprobación y empezaron a aplaudir. Miré nerviosa alrededor e hice lo mismo. Sidgrid entonces, ceremoniosamente, se quitó la corona, la dejó en la mesa, frente a él y se quitó la capa, que también, de forma ensayada, dobló y colocó sobre su asiento, en el trono. No pude evitar fijarme en cómo, por unos segundos, se quedó paralizado ante el vacío trono de Seffora, y hundió su mano entre las flores. Irguió la espalda antes de volver a la mesa y por fin se sentó. Llevaba ropas de luto.

—Esto que ha hecho —susurró Vera, la anciana, sin que yo se lo pidiese — es tradición, siempre que se inaugura una temporada de juntas. Simboliza cómo Su Majestad se despoja de su condición de Rey, para discutir con el pueblo, como uno más.

—Ah, gracias. —respondí, también en un susurro.

—Espero que se haya fijado bien, señorita, porque no se repetirá todos los días. —Continuó. Agité la cabeza. Claro que me había fijado. Era peculiar ver a alguien como él haciendo algo tan... ritual y elegante.

El Rey nos examinó a todos con la mirada y se aclaró la garganta, antes de comenzar a hablar.

—Bien, bien. —dijo y volvió a carraspear.

Josu, el tercer Anciano, que ejercía de escriba y notario, acomodó un par

de pliegos, preparó su pluma estilográfica y su tintero y colocó la mano imitando al colgante de su pecho, en posición de comenzar a escribir.

—Bienvenidos entonces, de nuevo a la Junta. —dijo al fin— Ha pasado bastante tiempo desde la última, y varias cosas han cambiado. Como saben, nuestra Reina ya no está entre nosotros, pero la vida sigue y hay que intentar que Miurgel también siga adelante. —Hubo una pequeña pausa y se oyeron murmullos de aprobación. —Como ven, entre nosotros tenemos un miembro nuevo en el consejo. —Me señaló, educadamente con la mano— Por favor, si puede levantarse... —sugirió con amabilidad.

Sentí mis mejillas tensarse. Con cuidado de no arrastrar la silla, la aparté y me levanté despacio.

—Les presento a Deborah. —Yo ya había hablado y me había presentado a todos, antes de comenzar la reunión, pero mantuve el tipo y sonreí, mirando a los presentes— Por si no lo recordáis, es una anacrónica que llegó a Miurgel antes del funeral de Seffora y se presentó en el mismo, interrumpiéndolo. Tal vez la recordéis por ese incidente. —Hubo risitas, y tímidos comentarios. Le miré sorprendida. ¿Quería que se riesen de mí? ¿Me la tenía jurada por haber interrumpido el funeral? —Pero no está aquí por eso y tampoco debería importar mucho de donde venga. —Disimulé un suspiro de alivio— Ha tenido una idea que promete cambiar nuestra forma de vida, y para discutirla, he decidido organizar nuevamente estas juntas. Señorita Cortez, ¿quisiera dedicarnos algunas palabras?

Mi cabeza dijo sí pero mi mente decía que no. Estaba sorprendida de que supiese mi apellido, pero a esas alturas podía haber recuperado esa información de los Ancianos o de Craig o cualquier otra fuente. Habiendo accedido a decir algo, no tuve más remedio que hacerlo y presentarme. Otra vez.

—Ah... Eh... Buenas tardes a todos. Soy Deborah y... trabajo en la taberna, soy anacrónica y... “aún estoy aprendiendo a leer y escribir” —pensé, aunque no lo dije en alto. Sin embargo, se me escapó una risa tonta— ... ehe... Eh... Espero poder serles de utilidad, así que gracias por contar conmigo.

Lo dije, y me senté con el mismo cuidado que había tenido al levantarme. El resto del consejo aplaudió mi intervención. Conseguí relajarme.

—Perfecto. —Sidgrid retomó la palabra. —Como es costumbre, me gustaría que comenzásemos con un repaso a nuestra situación actual. ¿Quién

se va a encargar?

—Yo mismo, Sidg... eh, su Majestad —dijo Erol, el comerciante.

—Muy bien, Erol, adelante.

—Veamos. —Puso sobre la mesa un cuaderno que tenía guardado en su regazo— Miurgel, cuenta ahora mismo con ocho mil trescientos setenta y ocho... bueno, ocho mil trescientos setenta y nueve habitantes. —miró en mi dirección, sonrió, hizo el apunte y continuó— Muy bien... la mayoría de habitantes se concentran en las islas Umi, con alrededor de cuatro mil, que son los que necesitan más suministros, seguidos de Thalassa, con unos dos mil quinientos habitantes y Delphine con dos mil; según nos acercamos a palacio, la situación mejora, ya que entre Nao y Miurgheal no se superan las mil setecientas personas.

» La última partida de suministros desde los almacenes, sólo pudo cubrir por completo las necesidades en la isla Delphine. Umi sólo vio cubiertas sus necesidades al cuarenta y cinco por ciento, en Thalassa fue mucho mejor, pues contaban con reservas y pudo llegarse al ochenta por ciento; en Nao y Miurgheal sobró excedente así que se decidió entregarlo a Umi, consiguiendo cubrir hasta un setenta y cinco por ciento su cuota de suministros, sin embargo, tras este reparto el almacén de reserva uno quedó vacío y el segundo almacén de reserva, está apenas al cincuenta y cinco por ciento.

—¿Cuánto tiempo podrá aguantarse con esa situación? —inquirió Sidgrid.

—Según nuestros cálculos y con el ritmo que llevamos, tal vez consigamos sobrevivir doce semanas, o catorce, si somos comedidos, tal vez quince, depende.

—Y ¿Qué posibilidades tenemos de salir a por más suministros ahora mismo? —Volvió a preguntar el Rey. Fue Craig quien contestó esta vez.

—Ahora mismo, tenemos en flota al Galeón Lambo, que, por desgracia, tras la penúltima tormenta, quedó seriamente dañado y no podemos usarlo. Tenemos, además, siete bergantines. Cuatro de ellos, el Grell, Gin, Ron y Stroh, sufren de daños menores que podemos reparar y poner en marcha en dos semanas si todo sale bien, y los otros tres, Bianchi, Lucy y Mira, tienen daños por la edad, pero podríamos considerarlos activos. Tenemos además un par de balandras completamente operativas, aunque muy antiguas. Así que, si quisiéramos salir ahora mismo, podríamos usar esas balandras o esos tres bergantines. El peligro es, que son todas, naves tan antiguas y débiles, que no

podrán soportar mucha carga, ni muchos trotes. Hay peligro de que se dañen si hay tormentas y sin duda, no serían capaces de sobrevivir a una de *nuestras* tormentas. Por poder, podrían salir, a riesgo de no volver jamás.

—¿Cuánto riesgo?

—Su Majestad —habló la Capitana Engström— como sabe, recientemente he vuelto de la mar en el bergantín Mira, uno de esos bergantines que está en activo y aunque pudimos traer algo de mercancía, puedo asegurar que varias zonas del casco, se han quedado debilitadas tras años de parásitos y reparaciones de carcoma. El barco, es más un parche flotante, que un barco y pensé que no seríamos capaces de volver. Los apaños que lo mantienen en activo, no aguantarán mucho más. La verdad, es que a veces me da miedo tener que utilizarlo de nuevo, no solo por mí sino también por toda mi tripulación. El riesgo... poniéndolo en números, sería tal vez, de un noventa por ciento.

—Eso no es nada bueno. —comentó Vera.

—¿Habría posibilidad de que los pesqueros...? —Insinuó.

—Lo siento, pero ni hablar, Alteza. —gimió Jasper, el representante de los pescadores— Nuestros barcos son pequeños y se utilizan activamente casi a diario. También son antiguos, pero soportan el trajín de la pesca, porque no recorren mucha distancia. Si los cediésemos para usarlos en algo así, nos estaríamos arriesgando a perder el único medio de auto abastecimiento de Miurgel y dejaríamos sin alimento a mucha, mucha gente.

Hubo un instante de silencio, mientras la información iba calando en todos.

—Más o menos, es la situación que dejamos anteriormente. —comentó Borri.

—Sí, sólo que peor. —respondió Pía, la otra representante de los comercios.

—Muy bien, entonces, conociendo nuestra situación, si hubiese una propuesta para mejorarla, que contradijese nuestra filosofía de vida, ¿creéis que podríais aceptarla de buena gana? —volvió a intervenir Sidgrid.

—¿Contradiendo nuestros principios? —Exclamó Jasper.

—¿De qué hablas? —gruñó la capitana Engström.

—Yo quiero oír la propuesta —canturreó Lavender.

—Deborah, por favor. —Sidgrid me cedió la palabra señalándome de nuevo con la mano. Sentí la presión de sus miradas y prejuicios sobre mí.

—Ánimo, tu puedes —susurró Craig, estirando su brazo por detrás de Lavender para apretarme el hombro.

—Vamos a ver... —me esforcé en resumir mentalmente las palabras que quería decir, lamentándome de no haberme preocupado en ensayar nada, antes de la reunión. —Estoy hoy aquí, porque sugerí algo a Craig...

—Capitán Lacy —me corrigió él.

—Porque sugerí algo al Capitán Lacy, que en mi cultura resultaba obvio. Cuando digo mi cultura... me refiero al lugar del que vengo. —Quise aclarar, rápidamente.

—Se sobreentiende, prosiga, por favor —respondió la Capitana. Tomé aire, y así lo hice.

—En la cultura popular, en los libros de historia y en las novelas de donde he venido, los piratas... ¿es correcto que les llame así? —Hubo un encogimiento de hombros general, y me pidieron que continuase— Los piratas, son famosos, entre otras cosas, por hacerse con botines, enterrar y encontrar grandes tesoros, atacar, secuestrar gente y *robar barcos*. —Marqué las palabras.

—Nosotros no hacemos nada de eso, tan sólo sustraemos aquello que necesitamos de sus almacenes, para sobrevivir. —replicó la capitana.

—No la interrumpas, Elsa —le reprendió el Capitán Sokolov, en un susurro perfectamente audible.

—Lo sé y lo comprendo, pero como le dije en su momento al Capitán Lacy, ha sido precisamente esa honradez la que ahora les ha empujado a esta situación. —Las ideas empezaron a fluir en mi mente. —Por un lado, siempre han sustraído lo más básico y justo para vivir, sin aspiraciones a obtener nada más, ningún capricho, aunque fuese para el pueblo. Y por otra parte, siempre han actuado de la misma forma, y me da la sensación de que ya les conocen. Esa estrategia ya no funcionará. —Y el grifo de mis pensamientos se cerró de golpe.

—Es verdad, es ridículo. —Comentó Erol, el comerciante, alzando las manos al aire. —Bien pensando, usted tiene razón, señorita.

Borri, el Anciano, alzó la mano y le cedieron la palabra.

—Perdón, pero ¿cuál es la propuesta, entonces? No creo que me haya quedado claro.

—Abordar otros barcos. Robarlos, y con ellos, se podría renovar la flota. Además, de hacerse, nuestros marinos podrían apoderarse de la carga de

dichas embarcaciones, al mismo tiempo. —Al exponerlo de forma clara, me convencí al fin de la validez de mi propuesta.

Se hizo un silencio, mientras, supuse, la mayoría de los presentes estaban considerándolo. Los únicos dos que no parecían pensárselo eran Craig y Sidgrid, quienes habían tenido suficiente tiempo para formar su opinión.

—Pero señorita, los Reinos del Continente del Noreste no nos tienen en mucha estima, ¿no se da cuenta de que, de hacerlo, esto empeoraría aún más nuestra reputación? —volvió a intervenir el Anciano, tras pedir la palabra.

La pregunta me pareció tan ingenua e irracional, que, aunque esa no fuera su intención, consiguió irritarme y mi respuesta no se hizo esperar.

—Joder, ¿Qué importa la reputación de Miurgel? ¡El Reino ya está vetado! ¿Creéis de verdad que una mejor o peor reputación ayudará en algo? ¿Acaso pensáis que van a eliminar el veto por buen comportamiento?

—Por favor, modere su lenguaje. —solicitó Pía, tranquilamente.

—Oh. —me tapé la boca con las manos. —Discúlpeme todos, me he dejado llevar.

Vi a Sidgrid soltar una risita que consiguió que mi sangre, ya de por sí caliente, comenzase a hervir. Mi instinto se envalentonó y me pidió que volviese a la carga.

—Sin embargo, —continué hablando, tras destaparme la boca— mantengo lo que he dicho. Tengo entendido que el veto que se nos impuso, no tenía otro fin que empujar a Miurgel a la muerte, querían que ocurriese exactamente, lo que está pasando ahora: que terminase por reinar el hambre y la desesperación. Así que no, no creo que nos perdonen el veto, así por las buenas, ni aunque haya un buen comportamiento por parte del pueblo. Nos quieren muertos. Si queremos sobrevivir, nos rebelamos y nos buscamos la vida por las malas, o no habrá otro modo de salir adelante. —Me quedé tan ancha.

—¿Tiene algo más que decir, señorita? —Preguntó Sidgrid, mirándome divertido, y confiado.

—No, su Majestad. —era una frase corta, pero me aseguré de retorcer las tres palabras.

—Muy bien, bien, bueno, queridos miembros de la junta, como les dije anteriormente, esta propuesta me resulta escandalosa, rompiendo con nuestra tradición y forma de ser. Sin embargo, no descarto, animado por otras opiniones, —miró de refilón a Craig— que pueda ser una solución a nuestro

problema. Es por eso que he querido que nuestra vecina la exponga ante vosotros, y la votemos. Pero antes de votar, quisiera hacer yo, mi propia propuesta.

Eso me pilló desprevenida y lo interpreté como un ataque directo.

—Propongo que viajemos directamente al Reino de Sauda, el cual controla la costa donde siempre hemos solido operar, la misma que ahora nos está dificultando obrar y subsistir, a renegociar el veto. Como veréis, mi propuesta es simple, y continúa en la misma línea pacífica que identifica a nuestro Reino.

—Claro, su Majestad, porque como sabemos, en todos los intentos de negociación anteriores, nos han recibido con los brazos abiertos. —Replicó Craig, de forma demasiado cortante.

El Rey le miró con desolación, como si acabase de dejarle desnudo frente a los miembros del consejo, y el resto de nosotros, no salía de su asombro. Hubo otro silencio incómodo.

—¿Qué haríamos, Alteza, si vuelven a matar a nuestros emisarios? — insistió.

—Aún tenemos la pesca, como último recurso, no estaría todo completamente perdido... —intervino el señor Chou.

—Jasper, —le contestó Pía, con su voz pausada y amable— la idea parece buena pero no podemos vivir exclusivamente de peces, algas, sal, agua filtrada y nada más. Sin pan, ni fruta, ni cereales, sin huevos, ni leche... porque le recuerdo que el poco ganado que mantenemos, no puede alimentarse de peces... ¿Cree que tendríamos calidad de vida? —El representante de los pescadores se encogió de hombros, dándole la razón.

Una, dos, tres personas comenzaron a hablar a la vez, cada una defendiendo su propia opinión sobre las dos propuestas y poco a poco, el volumen de sus voces se empezó a elevar y me sentí sola, observando como testigo mudo la repercusión de mi idea en todos ellos. Josu, el Anciano escriba, había abandonado la pluma para enfrentarse a la comerciante, e incluso la pequeña Lavender se había encaramado sobre la mesa y defendía su posición con voz chillona. Consideré que habían perdido el control y no entendía nada de lo que decían en aquel barullo de voces.

Reparé en Sidgrid, que también estaba como yo, callado, con la mirada perdida y la cabeza apoyada en una mano. Ni rastro de la “seguridad” y “superioridad” que había mostrado momentos antes. Le vi suspirar y barrer la

mesa con su mirada, hasta que se fijó en mí. Sus ojos estaban vidriosos. Nos observamos en silencio. Me encogí de hombros y como respuesta, el hizo lo mismo y lo acompañó de una mueca de resignación. Creí entenderle: prefería estar en cualquier otro lugar, antes que en esa reunión. Pero ahí estábamos, y había que seguir adelante. Hice un gesto, imitando unas tijeras con las manos, de forma que pudiera verlo, él asintió y se levantó, arrastrando la silla tras él. Palmeó de forma sonora sobre la mesa y exclamó “¡Orden!” consiguiendo silenciarles, en tiempo récord.

—Me parece que han tenido tiempo suficiente para discutir y formarse una opinión. Así que ahora, me gustaría que todos votasen la propuesta que consideren más adecuada para salir de esta crisis. Si no les importa, escriban en las hojas que tienen delante su voto y cuando estén listos, pasen sus votos al escriba, para el recuento.

—¿Cómo hemos de votar, su majestad? —Preguntó Lavender.

—Pueden escribir... por ejemplo... Negociación, para mi propuesta y... Revolución, para la de nuestra consejera.

Se inclinó hacia su pliego y tras mojar su pluma escribió lo que dedujo era “Negociación” en el papel frente a sí. Utilizó la última hoja del pliego, la colocó encima para secar la tinta y entonces recortó con cuidado la porción de papel donde había escrito, la dobló y se la entregó a Josu.

—Aquí está el primer voto. Les ruego sean cabales y piensen en lo mejor para todos. Y recuerden, su voto es secreto.

Todos empezaron a escribir, excepto yo. Había olvidado como escribir la “RE” y tampoco estaba segura de cómo era la “CI” así me quedé bloqueada. Lavender, tras plegar su papeleta, me miró extrañada.

—Qué te pasa, ¿no sabes cómo se escribe? —susurró. Agité la cabeza, avergonzada. —Revolución, ¿verdad? —me dijo al oído, y asentí. Alegrementemente, me enseñó su papeleta, por debajo de la mesa, para que pudiese copiarla. Por suerte, sí que recordaba cómo se escribía la “NE” de “Negociación” y supe que la niña no me engañaba. Tardé un poco más que el resto de los de la mesa, pero por fin, con la tinta seca, mi papeleta estuvo lista.

—Para que tenga validez, en total debe haber doce votos. La opción ganadora deberá conseguir 7 o más votos. De haber empate, se repetirá la votación. —Anunció Josu, antes de comenzar con su recuento.

Todos esperamos impacientes, mientras leía las papeletas y apuntaba con

palitos los resultados. Cuando terminó de anotar los resultados, empalideció y los recontó una y dos veces, hasta que no hubiese lugar a dudas. Finalmente se aclaró la garganta.

—Tenemos una propuesta ganadora. —hizo una larga pausa— Negociación, —se me heló la sangre por un segundo— con cinco votos, ha sido descartada. Queda pues aceptada la propuesta de Revolución. —El aire volvió a mis pulmones. No me lo podía creer, les había convencido.

—¡Renovarse o morir! —gritó Lavender, a mi lado.

—¡Renovarse o morir! —repitió Craig, y abandonó su asiento para abrazarme por la espalda.

—¡Renovarse o morir! —gritaron uniéndose los demás que habían votado a favor: los dos comerciantes, Borri y Vera y lo convirtieron en un cántico.

A mí, aquella frase jamás me había gustado, la gente la había repetido tantas veces por moda, que carecía de significado, era estúpida y superficial. Pero ahora, en aquel mundo diferente, era cierta. Si no renovaban la flota... “Renovarse o morir” repetí, uniéndome a su corear, sonriente y satisfecha. Desde el otro lado de la mesa, Sidgrid me miraba con expresión seria y varias perlas de sudor se asomaron por su frente.

DOCE

Se decretó que, a partir del día siguiente, continuaríamos reuniéndonos, para investigar estrategias y crear planes y así poner en marcha mi propuesta de inmediato. Yo tenía que seguir acudiendo: primero, por haber sido la incitadora de todo aquello y segundo, porque consideraban que mi ridícula cantidad de conocimientos sobre piratas, según mi “antigua cultura”, podía serles de gran utilidad.

En eso tenía que darles la razón: jamás se me habría ocurrido que gente tan ingenua, comedida y bien intencionada pudiese auto proclamarse “pirata”, por mucho que se hubieran dedicado por siglos a robar -discretamente- en almacenes allende los mares. Mi determinación se había convertido en la de vaciar toda aquella horchata que circulaba por sus venas y sustituirla por sangre viva, de verdad.

Volví a casa algo aletargada y la cabeza me había empezado a doler a raíz del volumen de las discusiones y de cuando me corearon al triunfar mi proposición, así que fue un alivio encontrarme la casa vacía, porque Brunilda todavía estaba en el trabajo, y no volvería hasta mucho más tarde. Me preparé una infusión con la mezcla de hierbas que ella tenía preparada, para los días en que nos venía el periodo. Era una mezcla con un sabor muy agradable, que siempre conseguía calmar ese y cualquier otro dolor físico.

Accioné el mecanismo de las escaleras y esperé pacientemente a que éstas terminasen de bajar. Mientras escuchaba las escaleras bajar, mis pensamientos seguían analizando lo que acababa de vivir en el consejo. Me pareció comenzar a recordar algo de mi pasado, aparte de todo lo que había leído y visto sobre piratas. Recordé acudir a más reuniones y juntas, con presentaciones de Power-Point y discusiones, recordé ser yo la que tomaba el acta, recordaba las acciones, pero no recordaba las caras de mis compañeros, ni el ámbito en que se desarrollaron aquellas reuniones. Quizá, al fin y al cabo, Craig no estaba tan equivocado cuando se inventó que yo había sido secretaria.

En cuanto pude, subí a nuestra habitación, con cuidado de no volcar mi

tazón y su contenido. Me agaché y lo dejé en el suelo, a la luz de la claraboya y me desnudé para ponerme el camisón. Abrí el arcón que tenía a los pies de mi cama para guardar la ropa, y me encontré con algo que yo no había puesto ahí. Había poca luz y no me apetecía encender una lámpara para ver mejor, así que lo saqué. Era una camisa de lana suave azulada. Estaba hecha un nudo y la extendí para poder doblarla en condiciones. Al sacudirla cerca de mi cara, lo percibí. Olía a Sam.

Me sobresalté, no podía dejarlo así, tenía que... volver a olerlo. Su olor me hacía sentir bien. Volví a acercarme aquella prenda a la nariz, para aspirar su aroma y no perder ningún detalle de su perfume. Era intoxicante, me excitaba. Aprovechando mi soledad y mi desnudez, me empecé a acariciar la entrepierna con una mano mientras sostuve la camisa cerca de mi cara, para poder imaginarme que le tenía a mi lado. Y comencé a evocarle, su voz al cantar, nuestros duetos, sus abrazos, sus explicaciones, sus gestos, sus ojos, su cuerpo largo y delgado. La estrecha franja de piel de su pubis que había podido ver el primer día, cuando le conocí.

Usando toda la mano, acaricié frenéticamente mi clítoris con el pulgar mientras los otros dedos se alternaban dentro y fuera de mi cuerpo, hasta que un fuerte orgasmo me agitó, devolviéndome a la realidad. Me sentí sucia y horrible, me eché a llorar. ¿En qué estaba pensando? Me limpié las manos y la entrepierna en la camisa y corrí a vestirme con un camisón. Bajé al baño y escondí la camisa manchada de Sam, que pertenecía a uno de sus pijamas entre el resto de ropa para la lavandería. Me lavé las manos desesperadamente con el agua fría, hasta que se pusieron rojas. Cuando volví al cuarto, el té se me había quedado frío.

—Eh, dormilona, despierta —susurró Brun, sacudiéndome con cuidado.
—El desayuno ya está listo y Sammie estará al caer.

—Hmm... —gruñí. Había dormido especialmente bien aquella noche gracias a la infusión y estaba a gusto, dentro de la cama. No quería moverme, pero no tuve más remedio que hacerlo. Me estiré, levanté las sábanas y me senté a la orilla de la cama. Brun estaba sentada en la suya, así que nos quedamos cara a cara.

—Bueno, ¿qué tal fue ayer? —soltó la pregunta como si llevase horas conteniendo la curiosidad— ¿Se ha decidido algo? ¿Tienes que volver hoy?

—Dije que sí con la cabeza.

—Fue bien, aceptaron mi propuesta y... —me refrené— Brun, no sé que más debería contarte. Tenemos prohibido contarle a nadie lo que pase en cada reunión.

—Debbie, mujer, no creo que porque me lo cuentes a mí... Quiero decir, que en este tiempo ya me conocerás, te fiarás de mí, ¿no? —Intentó persuadirme.

—Lo siento, Brun, por ahora no quisiera arriesgarme, además que aún es pronto y...

—Me lo prometiste, Deb, que me lo contarías. ¡Si yo no me voy a ir de la lengua!

Escuchamos claramente el chasquido de la puerta principal al abrirse. Mi amiga apretó los labios y me dirigió una mirada de resignación.

—Por ahora te has librado. —Frunció la cara en un gesto extraño que desembocó en una sonrisa cómplice. —Bajemos antes de que Sammie se coma tu ración.

—Que se espere, todavía no me he vestido.

—Sam —gritó Brunilda, acercándose al hueco de la escalera— ¡Ahora bajamos! ¡No toques NADA!

—¡Vale! —oí su voz, amortiguada por el suelo que nos separaba. Sentí un escalofrío, no quería pensar en lo que había hecho la noche anterior. Miré a Brun, ajena a lo que pensaba, entonces, se me ocurrió lago.

—Hay una cosa que si que puedo contarte de la reunión de ayer —comencé a contarle, sin darle mucha importancia, mientras, desnuda, buscaba en mi arcón qué prendas ponerme. No me daba tiempo a bañarme, si no quería perder tiempo de la lección. Ya lo haría cuando él se marchase.

—¿Ah sí? ¿Y qué es? —era incapaz de disimular su curiosidad.

—Pues, conocí al bardo del Palacio, ¿sabes? Es muy apuesto también, no es muy alto, pero tiene una cara encantadora.

—Ya te digo, no sé qué les pasa en esta isla, todos los músicos son como bollitos, todos apetecibles. Bueno, excepto...

—Ernesto, el de la Zanfoña. —Dijimos a la vez y nos reímos. Yo, sobre todo, me reí por lo que iba a decir a continuación.

—Sí, ¿pues sabes qué? Tiene una hija, también la conocí ayer. Y debe ser muy precoz porque es muy joven y también pertenece al consejo...

—Ah, que tiene una hija... es verdad, ya me acuerdo de él. —Se aclaró la

garganta y miró hacia otro lado.

—¿No decías que los bardos no se comprometían con nadie? —Ataqué, con una precisa estocada verbal y observé, con cierto placer, como asumió que debía tragarse sus palabras.

—Quería decir que no todos los bardos...

—Ajá... —Me anudé un fajín de cuero para ajustarme el vestido de color crudo con adornos bordados en hilo verde, que había elegido para aquel día. Me puse rápidamente unas babuchas blanditas que apenas me ponía y me peiné rápidamente el pelo con los dedos. Mientras hice todo esto, mi compañera no se atrevió a decir nada. Pero yo ya sabía por dónde hacer mi siguiente ataque. —Por cierto, hoy es Tiden. ¿No le toca a Ozam ir a tocar esta tarde? Le tendrás todo para ti, ¿eh? Estarás contenta.

—Deborah, ¿qué te pasa? —Sus ojos estaban enrojecidos y me sentí mal.

—¿A mí? Nada. —contesté de forma inocente, y me desinflé. —Tan solo te estaba tomando el pelo, no pasa nada. —La oí suspirar— Vamos, tengo hambre.

Cuando bajamos, pillamos a Sam zampándose una de mis tostadas.

Mi segundo día en el Consejo fue un poco diferente al primero. Tal y como me había explicado Vera, Sidgrid no tuvo que repetir el número con la capa y la corona, sino que se presentó como uno más, con sus ropas teñidas de negro. Tampoco se me pidió que participase tan activamente como el día anterior, así que me sentí mucho más relajada. Lo que se hizo en aquella segunda sesión, fue, básicamente, discutir aquello que nos haría más falta para comenzar y esquematizar un plan de acción de la forma más sencilla para todos.

Para crearlo, se tomaron en cuenta algunas cosas, como, por ejemplo, y según Sidgrid nos sugirió, que, desde el principio, debíamos partir con varios barcos, para asegurar el mayor número de capturas enemigas, con sus respectivas cargas, en un mismo viaje. Por eso, necesitaríamos más personal del que había en la marina, pues era raro que partiesen más de una o dos de las embarcaciones en cada viaje, y el personal se quedaría corto, si en efecto, salíamos con varias naves. También había que prepararles, tanto a los marineros existentes como a los nuevos reclutas, para su nueva forma de operar, más agresiva: básicamente, había que enseñarles a pelear y defenderse.

Tomadas en cuenta estas nuevas consideraciones y tras algunas

discusiones, el plan se componía, básicamente, de estos puntos:

- Analizar y Seleccionar Embarcaciones
- Marcar Embarcaciones objetivo
- Reparar Embarcaciones (Materiales y gastos)
- Organización de partidas
- Recuento de personal
- Campaña de reclutamiento de nuevo personal
- Entrenamiento en nuevos protocolos de acción (Personal existente)
- Entrenamiento desde cero (Nuevos reclutas)
- Inventario de recursos defensivos
- Presupuesto general
- Cálculo de tiempos y administración de provisiones
- Bases y referencias culturales anacrónicas.

Lo siguiente que hicimos, fue repartir de esas tareas entre todos. Mi parte era, desde luego, la más fácil de asignar y la más simple: las referencias culturales “anacrónicas”. Pero el resto de la lista quedó así:

- Analizar y Seleccionar Embarcaciones —Ezio, Lavender.
- Marcar Embarcaciones objetivo —Lavender.
- Reparar Embarcaciones (Materiales y gastos) —Elsa.
- Organización de partidas —Craig.
- Recuento de personal —Ezio.
- Campaña de reclutamiento de nuevo personal —Sidgrid, Craig.
- Entrenamiento en nuevos protocolos de acción (Personal existente) —

Vera.

- Entrenamiento desde cero (Nuevos reclutas) —Vera.
- Inventario de recursos defensivos —Borri, Vera.
- Presupuesto general —Josu y Erol.
- Cálculo de tiempos y administración de provisiones —Pía, Jasper.
- Bases y referencias culturales anacrónicas. —Yo.

Y aunque algunos miembros tenían que encargarse de más de una tarea, todos se estaban dedicando a algo en lo que estaban especializados. Era una maravilla poder organizarlo todo así, de forma tan precisa, entre tan poca gente, de la misma manera en que se organizaban los diminutos engranajes dentro de un reloj, igual de eficientes. A pesar de su increíble ingenuidad, y pasotismo como pueblo, sentía que ahora comenzábamos a ir por buen camino y que todo estaría en marcha en muy poco tiempo. Al final de la

semana, por ejemplo, entre otras cosas, Vera ya había desarrollado su primer bosquejo de entrenamientos para los marineros.

El Lorde llegó rápido, en un parpadeo y aunque había pasado toda la semana de reuniones, y me sentía algo cargada por ello, no dudé ni un momento en marchar junto con Brun a la taberna, ceñirme el mandil y ponerme a trabajar. Fui testigo entonces de que, mientras las reuniones se desarrollaban en el castillo, la vida en el resto de las islas permanecía inalterable, aún ignorante de la situación por la que estaban pasando. La taberna Tamboli seguía tan viva como siempre, los clientes llegaban de forma escalonada, pidiendo comida y bebida, como si ésta no fuese a terminarse jamás; la gente escuchaba la música, reía, charlaba de asuntos sin importancia, tan despreocupada como siempre.

La única que no seguía de buen ánimo, era precisamente mi amiga, quien me había enseñado a disfrutar de todo aquello. Ya daba igual que estuviera Ozam cerca de ella: Brun parecía distraída, se le olvidaba sonreír a los clientes, resoplaba y se mostraba incómoda cuando ordenaban demasiada comida, y les sacaba las uñas si dejaban los platos sin terminar. Me daba la sensación de que le entraría un ataque de nervios en cualquier momento.

—Brun, tranquila— tuve que susurrarle en una pausa entre viajes, cuando traje el plato devuelto a la cocina, porque el cliente había cambiado de opinión en el último momento.

—Es que no puedo creer que desperdicien así la comida, —chasqueó la lengua— de verdad, ¡Con la situación por la que estamos pasando! —replicó en un intento de susurro histérico.

—Ellos no tienen la culpa, no saben lo que hay. —Justifiqué y ella tamborileó agresivamente con los dedos, sobre la barra.

—¡Pues deberían saberlo! —Algunos clientes se nos quedaron mirando. Abrumada, bajó el tono de su voz— ¡Si todos siguen consumiendo así nos vamos a morir de hambre!

—Aún hay reservas, todavía... todavía no es tan crítico...

—Si todos supieran lo que está pasando, —insistió— tendríamos más posibilidades de sobrevivir a lo que se nos viene encima.

—Si todos supieran lo que pasa vosotras perderíais vuestro empleo. — Prasad nos interrumpió, sin alzar demasiado la voz.

Los ojos de Brun centellearon.

—¿Tú lo sabías? —Volvió a alzar la voz. El mundo pareció detenerse

para ella, incluso Ozam se distrajo y desafinó. Brun nos miró a Prasad y a mí como si entre los dos la estuviéramos apuñalando.

—Claro que sí, desde hace meses, en cuanto supe que no saldrían muchos más viajes de puerto. Empecé a hacer mi propia reserva para la taberna y la destilería y lo tengo todo controlado, no has de temer, Brunnie.

—¿Pero por qué no decís nada?

—Piensa, Brunnie, —nuestro jefe le habló con suavidad, apoyando el codo en la barra para poder mirarla a los ojos— piensa, que, si todos se toman la situación con miedo, como lo estás haciendo tú, nadie querrá salir de sus casas, nadie querrá gastar de más, la gente temerá seguir viviendo con normalidad, porque les acechará la amenaza de quedarse sin nada, de la noche a la mañana. Míralos, —extendió la mano hacia el comedor— ¿Prefieres esto o te gustaría que todos se amarguen como tú?

Ella hizo una mueca y miró hacia el suelo con tristeza. La oí sorberse los mocos.

—Brun, todo va a mejorar, te lo prometo. —Esperé a que ella me mirase a la cara, para continuar hablando— Estamos trabajando para devolver al pueblo la esperanza. Trabajamos duro, así que hazme el favor de confiar en mí, y en lo que te ha dicho Prasad. Las cosas irán a mejor. Además, —levanté el plato que había traído devuelto, que se enfriaba sobre la barra— si tanto te preocupa esto, nos lo podemos comer en la cena. —Se lo acerqué a Prasad, quien lo llevó a la cocina. Una tenue sonrisa se dibujó en el rostro de mi amiga.

A pesar de nuestra conversación, a ella todavía le costaba mantener una actitud positiva. Yo la comprendía, cambiar de opinión, cuando las cosas se ven tan oscuras no es fácil. Sam entró poco después, de forma distraída, con la guitarra colgada a su espalda. Tuve la esperanza de que Brun recobraría el buen ánimo al verle y el ambiente mejoraría.

Sam venía leyendo un trozo de papel algo sucio y con marcas de dobleces, que se escondió en un bolsillo de su pantalón en cuanto se dio cuenta de que yo estaba ahí. Con el paso de los días, había olvidado avisarle, como le prometí, de que volvería a trabajar aquel día, por lo que se sorprendió al verme. Avanzó directamente hacia mí, pisando con fuerza, con una expresión en la cara que anunciaba que iba a llevarme una riña, pero entonces, reparó, por el rabillo del ojo, en que su “hermana mayor” no estaba sonriendo como siempre. Se detuvo y giró sobre sus talones para saludarla a

ella primero.

—Eh, ¿va todo bien, Brun? ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, Sammie —se adelantó a responder antes de que él pudiese hacerle otra pregunta— tan solo tengo un mal día, ya sabes, a veces ocurre. Todos tenemos malos días de vez en cuando.

—¿Estás en el mes? ¿Quieres que te busque medicina? —Ella se puso del color de su cabello.

—No, ya lo tengo todo aquí Sam. NO HAY Ningún problema, no hay NADA de lo que preocuparse, ¿Verdad Deb? ¿Verdad que todo está bien y bajo control? —lanzó la pregunta como bien podría haberme lanzado un rechazo.

Sam volvió su vista hacia mí, diciéndome con su mirada que no le había gustado la respuesta de Brun. Serio, sus rasgos añados desaparecían, revelando todas las marcas de su edad real. Apretó los labios y tomó aire antes de volver a su expresión sonriente habitual.

—Vale. —respondió cortante— Entonces, vamos a ver si podemos levantarte el ánimo. ¿Vienes conmigo un momento, Deb?

Agarró mi brazo para llevarme consigo. Salimos los dos, como todos los Lorde, al exterior, por la puerta trasera y en cuanto pusimos un pie fuera, él deslizó su agarre desde mi antebrazo hasta mi mano; la mantuvo estrechada contra la suya un momento, mientras tomaba aire, para intentar calmarse. Su respiración volvió a un ritmo normal y me soltó. Se tocó la cara, deslizó las manos por su pelo y tomó aire de nuevo. Cuando todo pareció volver a la normalidad, deslizó la guitarra frente a su cuerpo y se apoyó en la fachada.

Odiaba verle así, porque no sabía cómo era aceptable reaccionar, con Brun tan cerca. ¿Debía decirle algo? ¿Abrazarle? Fuera lo que fuese, no me atrevía. Quería confortarle, quería... quería besarle. Recordé lo que había hecho con mis dedos pensando en él y me dolió. Me aterrorizó. Esperé, sin atreverme a mover un pelo a que volviese a dirigirme la mirada. Volvía a estar serio, a ser el adulto de veintiocho años que era en verdad.

—A veces siento... no, no lo siento, —habló al fin, tras dudar por un corto instante. Su voz sonaba grave, íntima y algo rota— lo sé, sé que a veces todo el mundo me ve como si aún no hubiese madurado. Normalmente me da igual, ¿sabes? Vuelvo a mis cosas, a mis historias y mis canciones y no me importa, porque yo disfruto de lo que hago y se que la gente es feliz con ello, les hago sonreír, y sé que todo está bien. —Le escuché atentamente y en

silencio— Y sé que no me imaginan capaz de enfadarme, siempre intento... —se rascó la nariz— pero me enfado. Y a veces, aunque intento que no me ocurra, me hiere que piensen que soy un niño, grande y tontorrón. —nuestros ojos se cruzaron.

—¿Y por qué no les dices cómo te hacen sentir? Diles “A ver, no soy tonto, sé lo que hay” o algo por el estilo. —Detesté lo simple de mi respuesta.

—Deb, he crecido con Brun, y los demás... prácticamente me han criado entre todos, en esta isla. No quiero que piensen que soy un desagradecido, o algo así.

—No lo eres. —Esta vez pensé mejor lo que quería decir, antes de hablar — Eres un adulto. Aún joven, los dos lo somos, pero adulto. Tienes todo el derecho a sentirte mal de vez en cuando, a enfadarte y a exigir el respeto de los demás. Ellos también lo hacen, ¿No? ¿Por qué tú vas a ser menos?

Él hizo una mueca y se mordió los labios. Extendió entonces sus manos hacia mí, y no tardé en agarrárselas como respuesta. Quería tocarle, pero también quería transmitirle seguridad. Bajó los brazos y tuvimos que acercarnos un poco más el uno al otro, con su guitarra como única barrera entre los dos.

—Gracias. —tragó saliva, manteniendo el contacto visual. —Creo que eres... la primera persona a la que le digo cómo me siento de verdad, y de las pocas que me toma en serio. —Ignoré el incómodo cosquilleo en mis labios.

—No tienes por qué agradecerme. —Él suspiró con suavidad, al oírme. Su mirada parecía analizar cada centímetro de mi rostro, podía verme reflejada en sus ojos. Estaba tan cerca... Entonces apartó su vista, directa al suelo.

—Me duele que Brun, que es como mi hermana, después de todos estos años, jamás me haya tomado en serio. —Entristecida, preferí no decir nada y dejar que siguiese hablando. — A veces es como si ella se creyese por encima de mí. Da por hecho que vivo en las nubes, jamás me ha preguntado por lo que hago, por mis estudios, cree que mi mente está vacía. —Sacudió la cabeza, y relajó un poco el agarre de sus manos.

—Sabes cuántas veces me ha dicho que no... —Iba a decirle “Que no me hiciese ilusiones contigo” pero preferí callarme. El alzó una ceja y me miró con la cabeza ladeada.

—¿Que no “qué”?

—Que eres como un niño. —Al oírlo, cerró los ojos y tragó saliva. Miré

el movimiento en su cuello mientras tragaba.

—¿Ves? —Susurró— Ahora, dime, ¿Brun está así por lo que está ocurriendo en el Reino? ¿Es eso lo que la tiene tan preocupada?

—Sí.

—Como sepa que yo lo sabía mucho antes que ella... —sonrió y apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Lo dedujiste cuando fuimos a visitar a los Ancianos? —dije, cómplice.

—Antes. —Respondió, elusivo.

—Brun está preocupada, porque como el resto de la población no lo sabe, y ve que las cosas siguen igual. Está convencida de que el peor momento llegará antes de lo calculado.

—Brun... nunca ha confiado mucho en nadie que no sea ella misma, ¿verdad? —Me sorprendió escucharle decir eso. —Pobre hermana mía, si tuviese algo más de fe...

Agitó las manos suavemente y las separamos. Agarró su guitarra por el mástil.

—¿Fe? —pregunté, mientras me frotaba las manos contra el mandil, al descubrir que me habían sudado.

—Sí, fe. En que todo se va a solucionar. Fe en ti.

—¿Cómo?

—Yo tengo fe en ti. —Afirmó y el color asomó a su cara. Al mismo tiempo, su energía habitual volvía a él —Así que habrá que subirle el ánimo, no solo a ella, sino a todos. Hagamos que todos disfruten mientras se pueda, ¿no?

—Mientras se pueda. —repetí.

—Por cierto, ¡Eres una mentirosa! Me había creído que de verdad no ibas a volver aquí. —Soltó la guitarra sólo para darme un suave golpe cerca el hombro.

—¡Ah! ¡Lo siento! —fingí que me había hecho daño— Sólo quería ver qué cara ponías al verme. —Fingió que iba a darme de nuevo y sacudí la mano frente a él. — No podría dejar de venir a trabajar a tu lado, ya te lo dije. —Él sonrió sacudiendo risueño la cabeza y volvió al abrazo de su guitarra.

—Muy bien, entonces —se apartó pelo de la cara, con un movimiento de cabeza. —¿Qué canción deberíamos cantar hoy?

Repetimos canciones que ya habíamos cantado semanas atrás, y como era

habitual, la gente recibió de muy buen grado nuestras interpretaciones. Adoraba unir mi voz a la de Sam. Ver a los clientes sonreír y disfrutar de nuestra música, era estupendo. Ver como Brunilda, a su ritmo, recuperaba la sonrisa, era insuperable.

Al terminar nuestro número, Sam me tomó de la mano y me la besó como si fuese un caballero, delante de todo nuestro público. Ante la vista de todos, sonreí, pero quise gritar. Le hice una reverencia, todos reían a nuestro alrededor, porque pensaban que era un teatrillo para finalizar nuestra actuación. “Tengo fe en ti” susurró, antes de dejarme libre.

Hice una ronda recogiendo mesas, y me metí detrás de la barra, donde le pedí una copa a Brunilda y me la empiné. Quería dejar la mente en blanco, olvidar la conversación con Sam, olvidar lo que había hecho en privado, dejar de pensar en el consejo, en los suministros, no quería pensar en nada. Tenía un lío tremendo de cosas y sentía que me iba a desbordar. Pero no conseguí emborracharme, así que me centré en mi trabajo.

—¿Sabes qué? —Le dije a mi compañera, cuando salimos al descanso. —Creo que mañana no vendré a trabajar.

—¿Por qué? ¿Es mucho trajín?

—Sí... —mentí— después de toda la semana de reuniones, y venir hoy, estoy... —bufé— sí, mañana quisiera descansar. —Arranqué un trozo de pescado frito del que estábamos compartiendo y me lo comí.

—No creo que haya problema, Prasad lo entenderá.

—Tú estás mejor, ¿más tranquila? —Le pregunté.

—Sí, supongo que sí. —no dijo nada más.

Mientras comíamos en silencio, volví a sentirme inquieta. Todos los sentimientos me oprimían el pecho y quería hablar de ello, pero sabía que no podía contar con Brun. Era Sam, su presencia, su olor, su beso en mi mano, su camisa entre mi ropa, la conversación en el patio trasero y la prohibición de mi compañera.

Resultaba extraño pensar que él nunca se hubiera abierto así, para nadie, pero todavía era más extraño saber que en verdad, nadie había considerado necesario dedicarle su tiempo, y su confianza. Si eso era cierto, yo era la única privilegiada, y para él era más importante que “su medio hermana” ... Era una tontería negar que me atraía cada vez más... pero era mi amigo, y Brunilda insistía tanto en que no me ilusionase, en que los tres éramos como hermanos, que me destrozaba.

Si ella no fuese tan cerrada en su opinión de él, lo hubiera hablado con ella, pero no quería llevarme otro rapapolvo como el que me había echado al principio de la semana. Necesitaba alguien de confianza, a quien contárselo, alguien que pudiera darme su opinión. La única persona que vino a mi mente, fue Craig.

TRECE

Pasé la mañana en camisón. Preparé el desayuno, dejé lista la comida, un potaje de lentejas y patatas que sólo hacía falta recalentar, y me di un largo baño. El resto de la mañana, lo invertí intentando repasar mis lecciones de lectura y escritura, que seguían sin avanzar mucho. Después, rebusqué entre los libros que había en la casa y encontré al fin uno, donde, con muchas ilustraciones, enseñaban a tejer punto. Mi compañera me prestó sus agujas y una labor que jamás había terminado, y me dejó deshacerla para que practicase, si me apetecía. Así lo hice, esperando impaciente a que llegase la hora en que ella se marchara al trabajo, para escaparme a donde de verdad quería ir.

No había pasado ni un minuto desde que mi pelirroja amiga abandonase nuestro hogar, cuando subí corriendo al segundo piso, me vestí con una falda negra, larga y pesada y una blusa gris, cerrada hasta el cuello con cuerdas, igual que un corsé, y me ceñí todo con un cinturón triple. Me puse unos botines negros de tela, con suela de madera, que hacían un sonido muy agradable al andar. Guardé la labor en mi baúl y bajé otra vez. Mientras esperaba a que el mecanismo cerrase la escalera, se me ocurrió recoger algunas cosas para llevárselas a Craig de regalo.

Salí de casa, apenas veinte minutos más tarde, cargada con una bolsa que contenía panecillos, un poco de mantequilla y una botella de vino. El aire en el exterior era agradable, los pájaros cantaban, la gente me saludaba con amabilidad y yo sentía que nadie podría pararme. Salí de Thalassa, atravesé la isla Delphine y llegué a la isla Nao, donde vivía Craig, en tan poco tiempo que me sorprendí de la velocidad de mis pasos. Una vez ahí, recordé la primera vez que me enseñó donde estaba su casa, y las indicaciones que él me había dado más adelante:

“Ve por la avenida principal y cuenta hasta la quinta entrada a la derecha. Entra por ahí y deberías ver una pequeña botica, con la puerta pintada de verde. Gira entonces a la izquierda y verás un callejón con dos puertas. La mía, es la de color mostaza, no tiene pérdida”

No, no tenía pérdida, con lo sencilla y cuadriculada que era Nao, fue muy fácil encontrar su puerta. Me planté delante y levanté el pequeño llamador con forma de cabeza de carnero. Lo examiné por un momento, antes de utilizarlo para llamar. Llamé con fuerza y esperé, sin respuesta. Esperé un poco más en silencio, antes de volver a llamar. Golpeé con más fuerza, y casi me caí hacia delante, cuando la puerta se abrió. Craig me miró desde el dintel, con el pelo suelto, que le llegaba por los hombros, sin camisa y los pantalones mal abrochados.

—Me has pillado entrando a la bañera, sirenita. —Saludó.

—Buenas tardes, Craig. —Le saludé, forzándome a mirarle sólo a la cara.

—Buenas tardes. Pasa, entra. —Se apartó.

Lo primero que noté al entrar, fue bastante calor y el sutil y familiar aroma de las hierbas mentoladas que solía fumar. De un vistazo, la casa parecía amplia, sobria y pulcra. La entrada daba a su salón, donde había un sofá y una butaca, una mesa baja y un mueble abierto con botellas de licor y varias copas. Al fondo a la izquierda, había unas escaleras anchas que subían al piso de arriba. Craig me sorprendió, observándolo todo con curiosidad. Mi cabeza se había quedado en blanco y no recordaba bien por qué había ido.

—Pensé que no vendrías nunca a visitarme —comentó— ¿te acordabas aún de las señas?

—Sí, ha sido fácil llegar. —Observé la decoración del salón. Una miniatura naval, un cuadro con nudos, un barco embotellado. Todo tan exageradamente típico...

—¿Quieres que te enseñe la casa? —sugirió, intentando romper el hielo.

—Si quieres... —sonreí.

—Ven, sígueme. —Mis ojos se desviaron a sus manos, abrochando correctamente su pantalón. Si mis ojos no me engañaban, podía verle la piel por la apertura entre botones.

Parpadeé rápidamente intentando borrar de mi memoria lo que creía haber visto, y le seguí hasta el fondo del salón, donde, había dos puertas, una de las cuales estaba bajo el hueco de la escalera, tras la cual, había un baño, que era parecido al mío, salvo por el techo abuhardillado, y que olía a jabón y a sales. No tenía ventanas, pero, igual que el resto de la casa, se iluminaba con velas. Gracias a ellas, vi el brillo del agua que llenaba la bañera. Cuando me había dicho que estaba a punto de entrar en ella, había dicho la verdad.

La otra puerta que estaba a la derecha, al fondo del salón, daba a la

cocina, que era muy amplia, pues incluía un comedor.

—La cocina está casi nueva, apenas la uso. —Comentó, llenando de nuevo el excesivo silencio.

—¿No sabes cocinar? —Pregunté.

—Qué va, sí que sé. Pero normalmente voy casi todos los días a Palacio, a visitar a Sid, ahora más, desde que Seffora nos dejó. Solemos comer juntos, ¿sabes?

—Ajá.

—¿Quieres ir arriba? —Sonrió y golpeó el dintel de la puerta.

—Vamos. —Le hice una señal con la mano para que se adelantara, y fui detrás de él.

—No hay mucho, —explicó cuando terminábamos de subir las escaleras. A primera vista, sólo había un largo pasillo con dos puertas y una vidriera redonda al fondo. —Lo que hay es básicamente mi despacho —abrió la primera puerta, y donde vi un cuarto amplio con un escritorio y varias estanterías con libros, pulcramente ordenados— y mi habitación, mi lugar preferido de casa. —abrió la puerta y su alcoba, al otro lado, no podía ser más distinta del resto de habitaciones.

Parecía que el orden y la limpieza que mantenía en toda la casa, era tan solo una tapadera para ocultar lo que sucedía en aquella estancia: la cama estaba deshecha, con un nudo de sábanas desperdigadas por encima de ella y por el suelo, y había montones de ropa limpia y sucia, mezclada y apilada sobre un par de butacones. Olía fuertemente a sus hierbas y lo único que parecía estar en su lugar, eran sus casacas verde, turquesa, salmón y azul marino, colgadas en un perchero.

Él pasó al interior e hizo el intento de, al menos, recoger las sábanas: las estiró, las adecentó un poco y se sentó en la cama. Entré yo también, y tras avanzar unos pasos, me quedé de pie, frente a él. En su habitación hacía mucho más calor y junto a su desorden, mi ropa, literalmente, me empezaba a agobiar.

—Ponte cómoda, Deborah, estás en tu casa.

—¿Quieres que nos quedemos aquí? —pregunté extrañada.

No era como si él jamás hubiese subido a mi cuarto, o como si no nos conociésemos. Era una habitación, como cualquier otra, pero él era Craig, mi protector, en quien confiaba, y al verle en su hábitat, sentí que me estaba deslizando por un terreno por el que tal vez no era correcto seguir.

—¿Por qué no? Es el lugar donde más a gusto se está, créeme.

—Pero hace mucho calor... —suspiré, con la intención de quejarme, disimuladamente. Recordé la bolsa que llevaba conmigo. —He traído algo para ti. —Levanté la bolsa y la abrí para que la viese. —Es algo de vino, y pan, y mantequilla, pero aquí dentro se puede derretir. —Y mis nervios me estaban convirtiendo a mí en esa mantequilla.

Craig alargó los brazos y recogió la bolsa.

—Gran detalle, te lo agradezco. Hagamos algo. —Le miré como si hubiese saltado una alarma— Si tanto calor tienes, te voy a dejar algo de ropa para que te cambies, que vienes muy abrigada. Mientras, bajaré esto a la cocina. Ya nos lo comeremos cuando tengamos hambre. ¿O quieres comer ahora? —Mi imaginación me hizo pensar en cosas indecentes. Tomé aire.

—No, estoy bien, estoy bien. —El asintió y me guiñó un ojo. Se me escapó una risita.

—Mira, hay una cajonera detrás de esa butaca, la que tienes a tu derecha. —Indicó. Me acerqué a ella. —Esa. Ahí hay camisolas. Seguro que te vale cualquiera, ponte una y estarás cómoda. Están limpias. —Se levantó. —ahora vuelvo, llamaré a la puerta. —Y la cerró al salir de la habitación.

Sin esfuerzo, encontré una prenda lo suficientemente larga para estar cómoda. Era de un color verde, extraño y descolorido, que podía pasar por gris, con la luz adecuada. Con mis pensamientos gritándome “¿qué estás haciendo?” y “¿cómo has llegado a esto?”, planteándome si sería mejor volverme a casa y guardarme mi inquietud para mi sola, me fui desvistiendo, botines incluidos y doblé mi ropa, que dejé sobre la cama.

En un rápido movimiento, me puse la camisola que me quedaba como un vestido corto veraniego, aunque quizá algo más ajustado de lo que hubiera preferido. Descubrí, un poco molesta que el cuello era demasiado grande, sin un cierre marcado ni nada con que sujetarlo, y se me escurría por los hombros. Los tirantes de mi sostén quedaban a la vista de manera muy fea y sus costuras se marcaban en la liviana tela. Para disimularlo, me solté la trenza, y me coloqué con cuidado todo el pelo, sobre el pecho, intentando ocultarlos. No estaba a gusto.

Acabé quitándome el sostén, y me sentí bastante más libre y cómoda. Volví a colocar el pelo para tapar mis pechos, intentando disimular mis pezones. Craig llamó entonces a la puerta. Cuando me tranquilicé ante el hecho de que prácticamente, estaba desnuda frente a él, como la primera vez

que le vi, le dejé pasar.

—Vaya, vaya, Estás para hacerte un retrato. —me dijo.

—¿Tan mal me queda? —Miré mi cuerpo, hacia abajo, y estiré la camisola hacia los lados. Se me marcaba el ombligo. Metí tripa.

—En absoluto. —Se acercó a mí— Pareces una sirena de verdad.

—Ah, no... no, que va. —Solté la camisola, y me acerqué hasta la cama, queriendo pasar de aquella conversación a lo que de verdad me importaba.

Él me atrapó con suavidad y me puso una mano sobre el hombro, y otra en la cadera, me miró a los ojos.

—Te haría una escultura y te pondría de mascarón de proa para que me acompañases siempre en la mar. Así de guapa estás. —Grité internamente. “Son solo piropos de marinos” me dije. Quise sentirme atacada y ofendida, pero fracasé.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es la verdad. —Me acarició cariñosamente el pelo y se apartó unos centímetros de mí. “Porque es la verdad.” Me repetí a mí misma.

Por primera vez aquella tarde, me permití echarle un buen vistazo, de arriba a abajo. Su piel era tal vez más morena que la mía, curtida por el sol y su pelo, rubio cenizo, no estaba cortado de forma uniforme, sino que tenía algunos mechones largos e irregulares, como si se lo cortase el mismo, a navajazos. Tenía el torso con bastante poca grasa, y los músculos suavemente marcados, como alguien que ha trabajado toda su vida con la fuerza de su cuerpo. Tenía una suave mata de pelo rubio en el pecho y vientre, y en su piel se veían varias marcas y cicatrices, recuerdos de golpes y heridas recibidas a lo largo de los años. En su abdomen, bajo el ombligo, enmarcado entre sus venas, tenía un único tatuaje, que parecía una “S” escrita con mi alfabeto. Todo su aspecto me recordaba a una estrella de Rock, bien envejecida. Al fin y al cabo, era más de una década mayor que yo.

Él fue totalmente consciente de mi examen visual y cuando pretendí disimular, me encontré con un gesto pícaro en su cara y el brillo en sus ojos me tentaba. Puso los brazos en jarras, recordé lo que había visto antes, que debajo del pantalón no llevaba nada. Mi lógica perdió todas sus defensas. ¿Y si el respeto que sentía por él no era más que mucho deseo reprimido? Craig, “El Capitán”, quien me había salvado la vida. Aparté mi mirada hacia su cama, y luego volví a él. Para romper con el incómodo silencio, abrí la boca y mi instinto y mis ovarios, hablaron por mí:

—¿Quieres acostarte conmigo?

Su boca sabía a humo y a menta, sus abrazos eran fuertes y precisos, su pelo me hacía cosquillas en la cara, cuando estaba sobre mí. Literalmente, no recordaba la última vez que me había acostado con nadie, pero sabía que deseaba algo así desde hacía tiempo. Disfruté cada segundo en que nuestros cuerpos se enredaban y fundían sobre aquella cama revuelta. Me hizo sentir viva, jadear y gritar de pura euforia y placer. Cuando terminamos, me sentía tan relajada que me quedé en silencio, sonriendo con la cabeza apoyada en su pecho, y mientras, delineaba con mis dedos su tatuaje y le acariciaba el vello, un poco más abajo.

—Tenías muchas ganas de hacerlo, ¿eh? —Me dijo con voz grave.

—No lo sé...

—¿De verdad? Pues no dudaste al pedírmelo.

Permanecí, pensando en silencio, y mi mano jugueteó con sus rizos y la suave piel aún más abajo.

—Supongo que sí, quería hacerlo. Aunque no esperé que fuese contigo. —Él no contestó. —Sin ánimo de ofenderte, Craig. —Añadí. Él movió la cabeza para mirarme.

—Necesitabas desfogarte, ¿eh? Tranquila, te comprendo. —Alcé la mirada hacia él y me mordí el labio. Me acarició el pelo y la oreja. —Está bien, todos necesitamos hacerlo, de vez en cuando. Tan solo era cuestión de tiempo. —Tenía razón. —Y por cierto, me alegra que me hayas elegido a mí. —Rio.

—Yo también. —Era cierto. Sabía que él estaba hecho de otra pasta, como si todos los prejuicios resbalasen por su piel. Sabía que podía confiar en él.

—Deborah, sabes que, aunque nos acostemos, no puedo corresponderte de otra manera, ¿verdad? Hay alguien más en mi corazón— Me tomé muy bien oírle decir eso. A su vez, me llenó de curiosidad, pero no me sentía con ganas de preguntar.

—Lo sé. Yo tampoco podría, a mí me pasa lo mismo. Aunque me gusta estar así, contigo. —Le acaricié y volví a recorrer su abdomen con mi mano. Tocarle era adictivo.

—Es mejor así. —dijo, mirándome con ternura y asentí. Me entretuve, rodeando uno de sus pezones con un dedo. Le oí tragar saliva.

—Esto no saldrá de aquí, ¿verdad? —Pregunté y él negó con la cabeza.

—¿Tienes miedo de que lo comparta con todo el mundo? —Se me revolviéron las tripas. —No. No lo haré.

La adrenalina había desaparecido de mis venas y me empecé a rayar.

—¿Crees que soy una cualquiera, por habértelo pedido?

—No. No pienses eso, es ridículo.

—Pero yo... me he abierto de piernas para ti y tú has hecho tantas cosas por mí, desde que llegué... tal vez piensas que lo he hecho para compensarte...

—¿De qué estás hablando? Sácate eso de la cabeza.

—Perdona. —Dejé de hablar, y me giré, dándole la espalda, abrazándome a mí misma.

Su mano se posó sobre mi cintura, y noté su pelo contra mi oreja.

—Si hubiera pensado que querías compensarme, te hubiera echado de casa. —Fruñí el gesto. Apartó la mano de mi cintura, para meterla por debajo de la camisa y abrazarme contra él. Al moverme, acabé con la cara directamente bajo la suya.

—El sexo no es algo sucio. —Susurró. —Tú has querido, yo he querido, y ya está. Eres libre de hacerlo, como yo he sido libre, para hacerlo, contigo, o con quien sea. Yo no soy mejor ni peor por haberme mezclado con tu cuerpo. Y, ¿te digo un secreto? —parpadeé y le dije que sí con la cabeza. Acercó sus labios a mi oído. —Tú tampoco. —Susurró, acariciando mi oreja y mi nuca con su cálido aliento.

—Mi Capitán... —Me acerqué para robarle un beso. Él me correspondió, deslizando la mano para jugar con sus dedos en mi interior. Acto seguido, bajó para unir su boca al juego de sus manos.

Apoyé la cabeza contra el colchón y me dejé llevar, sintiendo tal felicidad, que creo que llegué a derramar alguna lágrima. Era feliz, no solo porque estaba siendo el mejor amante del que tenía recuerdo, sino porque, nadie más que él, se había preocupado de hacerme sentir “realmente bien”. Por segunda vez, Craig me estaba haciendo renacer, rescatándome de mi propia culpabilidad. Tenía la certeza de que tras ese día, podríamos incluso seguir practicando sexo toda una semana entera, que todo seguiría estando bien, los dos seguiríamos siendo amigos, y bailaríamos en armonía con el universo.

Emergió de entre mis piernas relamiéndose, y se pasó la mano por el mentón, de forma obscena. Me senté en la cama, volvimos a besarnos y el me

hizo acostarme de nuevo, con su peso. Volvió a penetrarme y entonces le entró la risa, y a mí también.

—¿Pero tú estás segura de que no has venido sólo para follar conmigo? —sus ojos se achicaban al reír.

—Que no, yo... —me llevé la mano a la frente, y continué riendo, avergonzada.

—¿Estás segura? —Salió de mi interior y dejó de moverse, haciéndome sentir frustrantemente vacía y fría.

—Sí, te lo prometo. Ah, ¡sigue! —calmé mi risa, y me deleité sintiéndole dentro, de nuevo.

Le apreté contra mí y cuando terminamos y él hubo descargado fuera de mi cuerpo, le hice hueco y volvió a acostarse a mi lado. Nos miramos.

—Entonces, ¿por qué has venido hoy a verme? —Su mano acariciaba despreocupadamente mi muslo y mi trasero— Espero que no quieras chantajearme por algo del consejo... —Puse los ojos en blanco y chasquéé la lengua.

—Que no, hombre. —Él sonrió. —Necesitaba contarle algo a alguien que no me juzgase, como podría hacer Brunilda.

—¿Ah sí? —Pareció preocuparse— ¿Y eso? ¿Habéis discutido? ¿Quieres mudarte?

—No, no es eso, todo va bien entre nosotras, por ahora.

—¿Y qué es eso, que no puedes decirle a ella?

—Es que... Creo que me estoy enamorando. —Él dejó de acariciarme, alzó una ceja y se señaló la nariz. Negué con la cabeza y él se mostró aliviado. —De Sam. —Confirmé.

—¡Oh! —Craig arqueó las cejas y suspiró, y se quedó observando el techo sobre nuestras cabezas. —Cuéntame más. —Se rascó el cuello.

Escuchó atentamente mientras le contaba todas las cosas que reconocí sentir por el músico. Le expliqué los detalles que él tenía conmigo, sus ganas de tenerme siempre cerca, cómo a veces me parecía que se ponía celoso, le conté los extraños momentos en los que nos quedábamos a solas y él se acercaba demasiado, y luego no pasaba nada, la forma que tenía de cogerme de las manos, lo que nos dijimos el día anterior, y entonces le hablé de todas las razones que me daba Brunilda para que dejase de ilusionarme por Sam.

Al finalizar mi relato, Craig permaneció un rato en silencio, pensando en qué decirme, hasta que, se incorporó y me dijo:

—¿Te parece si bajamos y lo discutimos, mientras nos tomamos ese vino y el pan que has traído?

—De acuerdo. —Me pareció un plan idóneo.

Me dejó ir a mi delante, mientras el recogía algo de su habitación. Al pisar el suelo con los pies descalzos, noté cómo el calor irradiaba del suelo. Yo aún llevaba puesta su camisa. Él, sin embargo, estaba desnudo. No descartaba pensar, que él permaneciese siempre desnudo en su hogar, y que por eso mantuviese encendida la calefacción. Llegamos al salón y me pidió que le esperase en el sofá, mientras él traía todo de la cocina. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y el brillo de las velas parecía mucho más intenso. Al fin me sentí cómoda, pero si no lo estaba tras aquella intensa y satisfactoria sesión de sexo, es que algo tenía que ir muy mal.

Craig volvió, con todos los aperitivos ordenados en una bandeja. Había añadido algo de cecina, queso y frutas desecadas, de su propia despensa. En cuanto vi la comida, quise abalanzarme sobre ella. De otro paseo, Craig trajo la botella de vino que le regalé y dos copas, además de un par de botellas más. Se sentó a mi lado, acercó la mesa hasta pegarla al asiento y subió las piernas al sofá sentándose a horcajadas; yo le imité, aunque preferí dejar mis piernas reposando hacia un lateral. El sofá era ancho y mullido, y resultó ser más cómodo de lo que me había esperado. Descorchó la botella, llenó nuestras copas y las levantamos para brindar.

—¿Por qué brindamos?

—A ver... —se rascó una ceja, y me miró satisfecho— Brindo porque... —esperé pacientemente, mientras buscaba las palabras— Porque estás atreviéndote a vivir de nuevo.

Sujeté mi copa en la mano, la moví y vi el líquido moviéndose en su interior, pero no terminaba de comprender lo que quería decir.

—¿No he estado viviendo hasta ahora? ¿No he rehecho mi vida?

—Hasta ahora has vivido según tus circunstancias. Has hecho lo que te han dicho que hagas y has acatado las normas. Pero hoy has venido aquí porque quisiste, y te has acostado conmigo porque te ha dado la gana.

—Ah... ¡Ah! —exclamé, sintiéndome un poco lenta.

—Estás empezando a tomar tus propias decisiones, a llevar el timón de tu vida. Y esto es solo el comienzo. Te felicito, y brindo por ello. —Alzó su copa. Sonreí orgullosa e ilusionada, así que alcé también la mía y las golpeamos con cuidado de no derramar el vino.

—Y yo brindo... —exclamé tras tomar el primer trago— porque ésta sea la primera de muchas.

—¿Muchas visitas ardientes? —Meneó las cejas, flirteando conmigo.

—Nooo... —Me atraganté con el vino. Tosí un par de veces para aclararme la garganta. —La primera de muchas buenas decisiones. —Brindamos— Y muchos polvos alucinantes —añadí, rápidamente. Le vi sonreír.

—Acerca de eso... —contestó, y rellenó nuestras copas de vino, aunque no las hubiéramos terminado. —Y acerca de lo de Sam. —Le miré con atención. —Conozco a Sam desde que nació, y le he visto crecer y he visto cómo ha ido madurando y cómo desde que se le fueron los granos, hace más de una década, ha ido ignorando a toda mujer que ha intentado pescar su corazón. Y han sido bastantes. —Alzó el dedo, para puntualizar. —En una ocasión, fui testigo de cómo un grupo de amigas llegaron a las manos en mitad del mercado, porque todas creían ser su preferida.

—¿En serio? —Tomé un trago larguísimo.

Craig se acercó a la bandeja y tomó un panecillo untado en mantequilla, le puso un melocotón desecado encima y le pegó un bocado. Se lo terminó y bebió.

—Completamente en serio. —Agarré un panecillo de la bandeja y un trozo de queso. —Pero al final, no sirvió de nada. Su respuesta ha sido siempre la misma. “Lo siento, no me interesa” —imitó su voz, con un deje de amable inocencia— y al final, todas, sin excepción, han terminado por tirar la toalla.

—Hmm... —Eso no era lo que yo hubiera querido escuchar. Miré disgustada al trozo de pan en mi mano.

—Así que, por eso, entiendo perfectamente lo que Brunilda ha insistido tanto en decirte.

—Ya... —Me comí el panecillo y varias piezas de fruta desecada seguidas, por puro ansia. Craig frenó mi mano antes de que cogiese un trozo de cecina tras tragarme sin apenas respirar cinco dátiles, un orejón y un puñado de arándanos.

—Sin embargo —vocalizó alto y claro— Si bien te he dicho que le he visto crecer y he visto cómo se ha portado con todas sus pretendientes, contigo tiene una actitud completamente diferente.

—¿Quieres decir que le gusto?

—No quiero decir nada. —Gesticuló con las manos. —Sólo que puede que haya una posibilidad, de que contigo sea diferente. Tal vez ha comprendido que ya tiene una edad y que se está perdiendo muchas cosas y quiere darle la oportunidad a una mujer, o tal vez sea porque eres la única anacrónica que ha llegado a Miurgel en mucho tiempo y tiene curiosidad, o porque sabes cantar, no lo sé. Pero él sólo es así de cercano con la gente que considera su familia. —Tomó el trozo de cecina que me había impedido coger a mi, lo envolvió con un panecillo y lo mordió.

Bebí más vino, mientras le daba vueltas a la cabeza.

—¿Crees que sólo me ve como a otra hermana?

—No deberías descartarlo. El único que puede pronunciarse es él. Pero igual no sabe cómo, o no quiere, o no se atreve.

—Siempre me enamoro de los más raros. —Dije sin pensar. Chasquéé la lengua y bebí.

—Bueno, siempre que estés frustrada puedes venir a verme.

—No lo dudes —Nos miramos con complicidad, y terminé mi copa.

Cambié de posición en el sofá, me senté sobre una pierna y alargué la otra hacia él, quien me la agarró y empezó a acariciarla.

—Si de verdad sientes que le quieres, si te gustaría de verdad tener una relación larga, seria y sincera con él, tal vez deberías ponerle a prueba, forzarle a que te de una respuesta clara.

—¿Tú crees?

—Sí, ¿por qué no? —rellenó mi copa de vino, y la suya, terminando la botella.

—No sé si sería capaz. —Parpadeó lentamente y me miró ceñudo. Señaló su desnudez.

—Que no será capaz, dice. Sirena mía, no seas ridícula.

—¡Pero sería algo muy violento!

—No te digo que le pidas que te encame de buenas a primeras. —Resopló divertido. —Basta con algo sutil, algo que sepas que el entenderá, que no será incómodo y que requiera una respuesta inmediata.

—¿Y qué podría hacer? —cogí un trozo de cecina con la agilidad de un ninja y lo envolví en pan, como le había visto hacer.

—Eso no puedo decírtelo. Seguro que cuando llegue el momento, sabrás qué debes hacer. —Sacudí suavemente la cabeza, mientras masticaba, para indicar que lo había entendido.

Siguió toqueteando mi pierna, y apretó mi pie de improviso, para llamar mi atención.

—Pero tienes que prometerme... no. Jurarme, por lo más sagrado, que, si Sam y tú os convertís en uno, dejarás de venir a verme, para cosas así.

Giró su cadera para sentarse como si fuese Adán en el cuadro de la creación, quedando expuesto ante mí. Observé su pene con descaro; sabía lo que podía hacer con él, y era una tentación muy apetecible, una vez que había estado en mi cuerpo. A continuación, miré su rostro, que esperaba con seriedad una respuesta por mi parte. Pensé en Sam, en la posibilidad de compartir un momento así con él, en un futuro cercano, y mi pecho se llenó de mariposas. Sí. Yo quería algo así con Sam, pero aún quería algo más, más que hacerle el amor; quería vivir junto a él, formar una familia, aprender de él... y si la más remota posibilidad de ser correspondida llegaba, no sería tan tonta de estropearlo, ni por el mejor amante del Reino. Cerré los ojos, me llevé la mano al pecho y pronuncié:

—Lo Juro. —Con solemnidad.

Sentí cómo él se movía en el sofá. Abrí los ojos, y me lo encontré recogiendo de un lateral del sofá una gran pipa de agua, que colocó sobre la mesa. Acercó una de las dos velas que nos iluminaban y la acercó a la pipa, para encenderla. Aspiró la primera calada casi con lujuria, y expulsó el aire por la nariz, inundando el aire de ese aroma peculiar.

—¿Qué es eso que fumas? Quiero probarlo. —Canturreé.

—¿Esto? No es nada, es lo mismo que uso en la pequeña. Tan sólo menta, pétalos de amapola, y algo de miel. —Me pasó la larga y flexible boquilla.

La pipa era alta como un candelero, de color verde jade y la base de cristal. A forma de tapa, tenía una especie de cuenco que era lo que él prendía cuando quería fumar.

—¿Te animas? —Se acercó a mí con la vela. —Sólo tienes que tomar una calada cuando prenda la cazuela. —Me llevé la boquilla a los labios, apartando mi pelo del camino, vigilando el movimiento de su mano y la vela con la mirada. —Inhala... ahora.

Sabía que era raro que funcionase a la primera, pero di mi primera calada sin problemas. Aparte del sabor, extraño y agradable, no sentí nada raro. Seguimos fumando juntos, por turnos, hasta que llegó un momento en que me sentí aturdida y Craig no me dejó tomar ni una calada más. Terminamos de comer lo que había en la bandeja, me dejó ir al baño, a humedecerme la nuca.

Cuando estuve mejor, volvimos a mezclar nuestros cuerpos, ahí, en el sofá. Me quedé dormida y al despertar, comprendí que era demasiado tarde, como para volver aquella noche a casa sin que Brunilda me cosiera a preguntas.

Por suerte, al Capitán no le importó que compartiésemos su lecho la noche entera. ¿Quién iba a sospechar lo que había pasado en él?

CATORCE

Sam y Brunilda estaban esperándome en casa cuando Craig y yo llegamos por la mañana. El hecho de que tuviese resaca y me doliese la cabeza, me ayudó mucho, cuando fingí que todo seguía igual que siempre, y me facilitó el no tener que mirar a Sam a los ojos, tras haberme acostado con el Capitán. Su completa inocencia hacia los dos, me hacía sentir, no culpable, pero sí un poco perversa.

Para cubrir nuestras espaldas, Craig y yo habíamos estado discutiendo cuál era la mejor justificación que podríamos darles, la más lógica y convincente. Y luego habíamos ultimado todos los detalles, a prueba de cualquier pregunta que Brunilda pudiera hacernos.

—Siento haberos secuestrado a Deb, pero ayer surgió una situación de emergencia y tenía que llevármela conmigo. —Explicó Craig, antes de dejarme decir nada.

—Sí, nos entretuvimos hasta tarde y Craig prefirió que me quedase en su sillón, a pasar la noche. —Añadí yo, pronunciando la palabra “sillón” de forma lo suficientemente clara, para borrar cualquier sospecha.

No habíamos hecho nada malo, al fin y al cabo y me encontraba en paz. Di por hecho que no había que temer, que jamás sospecharían nada, y rápidamente, nos despedimos de Craig, en mi caso, hasta algunas horas más tarde.

Mientras Sam se esforzaba —bastante poco, para ser sincera— con su lección, empecé a mirarle con más descaro, y a dejar volar mi mente, a imaginar su cuerpo sin ropa, fantaseando con una escena en la que barríamos de una brazada todo lo que había sobre la mesa, para hacerlo, ahí mismo. Volví a poner los pies en la tierra, a tiempo para comenzar un dictado, que hice fatal a propósito, sólo para que volviese a empezar con su explicación desde el principio. Él lo hizo de muy buena gana, como siempre.

—Oye Sam, ¿a ti te molesta ir tan despacio? —le interrumpí.

—¿Despacio de qué? —apoyó su libro en la mesa y me miró, descolocado.

—Con las lecciones. Apenas avanzamos.

—Yo creo que vamos... —hizo como si ojease el pequeño libro, abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus mejillas se contrajeron en una sonrisa— despacio, sí. —Admitió al final. Golpeteó la mesa con el libro. —¿Prefieres que vayamos a otro ritmo? —No le veía muy entusiasmado con aquella idea.

—¿A ti te molesta el ritmo que llevamos? —Insistí.

—Eh... bueno, yo... no he querido que avanzases mucho, desde que Craig empezó a insistir en que debías ir a Palacio. —Confesó.

—¿Ah sí?

—Sí. —Bajó la voz, e inclinó la cabeza, para mantener un cierto secretismo. —Tengo la sensación de que, en el fondo, quieren que trabajes sólo para el Rey.

—Pero ya estoy haciéndolo, ahora mismo, soy consejera.

—Me refiero a algo más que eso. Tal vez quieran que seas, no sé, secretaria, o algo por el estilo.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. —Respondió con brevedad.

—Pero no podrá ser así, si sigo sin aprender a leer y escribir. —Razoné.

—Así lo entiendo yo.

—Pues que se esperen. Yo no quiero ir siempre al consejo, ni trabajar para el Rey y tampoco quiero que dejes de venir. —Se le quedó una sonrisa tonta marcada en el rostro. —Sigamos así, vayamos más despacio, invéntate algo más que enseñarme, cualquier excusa, pero no termines nunca con tus lecciones. ¿Me lo prometes? —Extendí la mano hacia él y no se me ocurrió otra cosa mejor que levantar el dedo meñique. Él apartó “El Gato Mocho” e hizo lo mismo, confirmando aquella promesa.

Volví por la tarde a la sala de juntas, como si hubiese llegado de unas largas vacaciones y todo estuviera fuera de lugar. Notaba una cierta urgencia en el aire y entendí el por qué, en cuanto se expuso el statu quo: no había muy buenas noticias.

Durante aquel fin de semana, Ezio, que iba a encargarse del recuento del personal, se reunió con Vera, para poner en común su plan de entrenamiento. Cuando reunieron a los marineros con los que se contaba en plantilla, se dieron cuenta de que la edad media de todos ellos superaba los cuarenta años, salvando a los grumetes y que, además, por lo general, les iba a costar demasiado adaptarse al ritmo de los entrenamientos que Vera había diseñado.

La conclusión a la que llegaron fue que, si no se quería malgastar más tiempo del que disponíamos, había que empezar a renovar la tripulación lo antes posible, por lo que exigieron a Craig y Sidgrid, que mostraran sus progresos en la campaña de reclutamiento, que en teoría deberían haber empezado a diseñar. Pero no habían hecho nada. Me sentí un poco responsable de ello. Tal vez si no hubiera llegado el día anterior a casa de Craig para retozar en su cama... Queriendo compensarlo, tuve una idea y pedí la palabra.

—Como saben, trabajo en la taberna Tamboli, en la isla Thalassa, cuando no colaboro en este consejo. —Comencé— Y este Lorde, tuve un pequeño encontronazo con mi compañera, con quien también vivo. Por motivos personales, y antes de saber que iba a colaborar en estas juntas, le hablé sobre la situación con las provisiones.

Aunque manipulé la verdad para salvarme el cuello, los oí murmurar en desaprobación

—Como su Majestad Sidgrid puede corroborar, —ataqué— yo me enteré de la situación hace tiempo, al llegar a la isla. —Con un gesto disgustado, Sidgrid lo admitió, y las voces cesaron. —El impacto de la noticia no ha sido bueno para ella. No solo ha empezado a acumular provisiones, sino que, como les he dicho, éste Lorde, empezó a mostrar una actitud bastante agresiva, porque no conoce nada de lo que hemos empezado a discutir aquí. Y tiene miedo. Miedo de que la gente viva sin saber lo que está pasando y acabemos demasiado pronto con nuestros recursos. Así que me ha dicho algo, que he considerado muy importante: El pueblo debería saber lo que está ocurriendo.

—¿Para qué? —Preguntó Sidgrid, secamente, echando por tierra mi discurso.

—Eso, ¿Para qué? —Dijo Pía. —A los comerciantes nos preocupa que la gente quiera ahorrar tantos recursos que dejen de acudir a nosotros.

—Acabo de decir que, en el caso de mi amiga, ha empezado a comprar de más y aprovisionar nuestra casa, es lo contrario de lo que usted está diciendo. —Corregí. Borri, educado como siempre, pidió la palabra.

—Es posible que puedan crearse pautas, para que no surja la histeria entre el pueblo. Con ellas se puede fomentar la colaboración entre todos. Podrían ser unas directrices, que aseguren un ahorro en suministros y eviten pérdidas para ustedes, comerciantes y pescadores. —Puntualizó, dirigiendo una mirada

a Jasper, que había estado escuchándolo todo con mala cara.

—Ahora que necesitamos con urgencia que más personas se unan a la tripulación, —retomé mi turno— creo que contarles acerca de la situación sería un gran aliciente, Majestad.

— No lo considero así. —Replicó él —Si los habitantes de Miurgel supiesen que les hemos dejado tanto tiempo desprotegidos, me darán la espalda *a mí*, a la corona. Podrían formar una revuelta, atacar a todos los que lo sabíamos y les dejamos morir de hambre, puede ser algo fatal y yo quiero un reino en paz. No quiero que esto se sepa. —Sidgrid era realmente duro de mollera. ¿Cómo podía no entenderlo, con lo lógico que era todo? Alcé la mano automáticamente y contesté.

—Pero Majestad, es que ahora mismo, estamos trabajando para que no muera nadie de hambre. Comunicar lo que está sucediendo, nos ahorrará cualquier revuelta, cuando sea demasiado tarde.

—Yo opino que Deborah tiene razón, su Alteza. —Intervino Lavender, en cuanto me callé, pues había estado estirando el brazo todo lo que podía, desde hacía rato. —Por favor, debemos decírselo a la gente.

—Sid, digo, Majestad —habló Craig— piense en ello como una motivación para los nuevos reclutas. Tienen derecho a saber por qué se solicita su alistamiento, además, considero que es una razón lo suficientemente fuerte, para tener una respuesta inmediata.

—Cierto es, —puntualizó Vera— con una motivación así, no dudarán en poner todo su empeño y rendir mejor en los entrenamientos. Yo apoyo que se haga.

—Si se van a crear directrices que puedan beneficiarnos a todos, entonces no me opondría —Erol recibió un codazo de Pía— no nos opondríamos a que se desvele.

Sidgrid me miró con los ojos entornados y frunció los labios en una expresión de disgusto.

—Bien, bien, perfecto. Sometámoslo a votación. Esta vez a mano alzada. ¿Cuántos de ustedes estarían a favor de comprometer la seguridad del reino, y explicar nuestra precaria situación al pueblo, afrontando todas las consecuencias?

Sus palabras rebuscadas no nos amedrentaron. Absolutamente todos, menos él, alzamos la mano.

—Bien. —Sacudió los hombros, tosió, miró las vetas de la mesa, se tapó

la boca con el puño y tosió otra vez. —Mañana, quiero las directrices de las que habéis hablado sobre la mesa. Craig, ocúpate tú de crear el bando para comenzar con el reclutamiento. También lo quiero para mañana. Declaro esta junta disuelta por hoy. Marchaos.

El Anciano Josu tuvo que ser veloz para apuntar sus palabras, y estuvo a punto de derramar el frasco de tinta, cuando Sidgrid golpeó la mesa con el puño.

—¡Que os marchéis! —Se levantó, amenazador.

Rápidamente y guardando silencio, nos levantamos para dejarle solo en el salón del trono. Craig me dijo que iba a quedarse a hablar con él, así que me adelanté, y fui la penúltima en salir. Cuando me llegaba a las puertas del castillo, escuché golpes que parecían portazos y objetos al romperse. No fui la única que se dio cuenta. La sirvienta que hacía guardia en la entrada, se llevó las manos a la cara, y corrió a pegar la oreja a la puerta. Lavender, que había estado hablando con su padre, prácticamente a mi lado, me miró sorprendida y su padre decidió llevársela, tras despedirnos fugazmente.

—¿Espera al Capitán Lacy? —me preguntó la sirvienta.

—Hmm, bueno, sí, tal vez... —respondí, movida por la curiosidad de lo que pudiera estar pasando— ¿Crees que debería irme? —La mujer analizó lo que oía, y se apartó rápidamente de la puerta.

—No, creo que está viniendo ahora mismo. —Dio un par de brinquitos y volvió a su posición de guardia.

La puerta se abrió poco después. Craig tenía el pelo mojado, chorreando, con su casaca salmón y su camisa, manchadas de color carmesí. Tenía un pómulo enrojecido, y un evidente gesto de resignación y derrota. Me miró, y se intentó limpiar la cara, del líquido que seguía goteando.

—Quieres que te acompañe, ¿o prefieres volver solo? —Pregunté, preocupada.

—Ven —dijo, y sin mirar bien lo que hacía, se dirigió a la puerta de salida, atrapando mi brazo con el suyo. Una vez que cruzamos el umbral de la puerta, lejos de los oídos de la sirvienta, añadió: —Es una situación de emergencia.

Desde Palacio, su casa estaba casi a tiro de piedra. Lo primero que hizo Craig al entrar, fue quitarse la casaca y tirarla sobre el sofá con rabia. Continuó abriendo su pantalón para poder sacarse la camisa, con la que se frotó el pelo. Lo hizo con tanta fiereza que la pequeña cinta con la que se

había atado la coleta cayó al suelo, en algún lugar entre sus pies. Se detuvo, y gruñó, apretando la camisa contra su cara. Su pecho se hinchaba y contraía mientras hiperventilaba. Yo no estaba segura de si debía acercarme a él, así que permanecí de pie, mirándole, cerca de la escalera.

Finalmente, tras unos cuantos, gruñidos más, su pecho se calmó, y se apartó la camisa de los ojos. Me miró por encima de la tela y parecía haber olvidado que yo también estaba ahí. Me acerqué a la puerta, haciendo amago de marcharme, pero él, tiró la camisa sobre la casaca, en el sofá, se acercó a mí y me cogió de las manos. Olía a vino.

—Quiero que sepas que hoy has conseguido algo muy importante, en el consejo. —dijo— y eso me enorgullece.

—¿Qué te ha pasado con Sidgrid? —ignoré su halago.

—Es obvio que a Sid no le ha gustado lo que has hecho hoy. No estoy seguro de qué ideas tiene él metidas en la cabeza, así que quise dialogar con él. Intenté convencerle de que hacer lo que tu dices es lo correcto, intenté que lo hablásemos con tranquilidad, tomando un poco de vino, como hacemos normalmente. Pero...

Imagué lo que había ocurrido, no hacía falta que contara más. Le observé de cerca, y pasé mi pulgar por su pómulo, que se había inflamado un poco.

—¿Te ha golpeado? —apreté con suavidad y él entrecerró los ojos, disimulando el dolor.

—Con la botella. Primero me derramó su copa sobre la cabeza y después me golpeó con la botella. No sé cómo no me ha pasado nada más.

—¿Y cómo no te has defendido? —Sacudí la cabeza.

—Me ha pillado por sorpresa. Jamás le he visto así, tiene tanta rabia contenida... —Agitó las manos, intentando explicar algo que no llegó a articular. —Es desde que Seffora... No es el mismo. —Se encogió de hombros, gesticuló de nuevo con las manos, otra vez, incapaz de decir nada a continuación.

—¿Ves por qué todavía me cuesta tragarle? Es un horrible hombre mezquino.

—Deborah, es distinto. Él no es así.

—¿Cómo puedes defenderle después de lo que te ha hecho? —Sus ojos se llenaron de tristeza.

—Sabes que no es así. —Me acarició la cabeza, y el cuello; era agradable, pero estaba demasiada enfadada por lo que le había pasado, como para

relajarme.

—Se cree que por ser el Rey tiene derecho a atacarte sin que le pase nada. Además, ¡a ti! ¿Acaso alguno de los demás se preocupa por él, como lo haces tú?

—No le des más vueltas, está perdonado.

—Pero no se ha disculpado, podría haberte...

—No digo que lo que haya hecho esté bien. Al contrario, y tendrá que cargar con las consecuencias y te digo que las habrá. Pero esto ya ha pasado, yo estoy bien, necesito una compresa fría y un baño y si quieres, un polvo, y nada más. Yo me siento en paz. Tú también deberías estarlo, y dejar de preocuparte por algo que no ha sido culpa tuya y que no ha llegado a más. ¿Harás el esfuerzo?

—Te he visto enfadarte y gruñir... —Levantó la ceja.

—Y volveré a hacerlo, si no dejas de lado el tema. —Me hizo sonreír. Él también lo hizo. —Voy a bañarme, ¿me acompañas?

Me encogí de hombros, y fui detrás de él. Dejamos la puerta abierta mientras encendíamos entre los dos todas las lámparas y velas del cuarto de baño, y entonces, me senté en una banqueta, mientras él preparaba la caldera. Aquel día no hacía tanto calor en su casa como el día anterior, y lo achaqué a que precisamente, no la había encendido antes. Mientras esperábamos a que el agua calentase, él se sentó en la orilla de su bañera para descalzarse y quitarse los pantalones. En esta ocasión, sí que llevaba ropa interior. Se quedó desnudo frente a mí, tirando la ropa en el suelo, con una naturalidad y una confianza, que me hubiera parecido impensable, unos cuantos días atrás, y aún me costaba asumir, aunque hubiésemos pasado juntos y desnudos toda la tarde y la noche anterior.

—¿Vas a bañarte también, o te vas a quedar mirando? —Se cruzó de brazos.

—Creo que prefiero quedarme de espectadora, si no te importa. Recuerda que ya la hemos compartido esta mañana. —Dije con picardía.

La habitación empezaba a caldearse, sin embargo, y decidí quitarme el corsé con el que me había ceñido el vestido, las medias, los zapatos, y me abrí el escote. El alivio que noté al hacerlo, era grande. Él no me quitó ojo mientras lo hacía y me hizo gracia su gesto frustrado cuando dejé de quitarme prendas. Sin embargo, no insistió.

—¿Hay algo más, aparte de ver cómo te bañas, por lo que me hayas

traído a casa? —Pregunté.

—Una situación de emergencia, como te he dicho. —Se pasó la mano por su entrepierna, y se rio de mi gesto de enfado. —No, no me refiero a esto. — Se giró hacia atrás, para abrir el grifo y probar la temperatura del agua. Lo cerró y se secó las manos en el abdomen. —Sidgrid ha abandonado el barco y me ha dejado solo, con la campaña de reclutamiento.

—Vaya. ¿Así, porque sí?

—Ha dicho que, si el mismo consejo no le apoya, el pueblo no le hará ni caso cuando busquemos su colaboración. —Puse los ojos en blanco. Él expulsó el aire por la nariz. —Además, me ha encomendado a mí hacer el bando para mañana y ahora mismo, no sé muy bien qué debería decir. No lo sé, creo que todo esto me supera.

—¿Crees que tal vez yo...?

—Podrías ayudar, tal vez. —Abrió el grifo, y lo dejó corriendo, antes de darse cuenta que no había puesto el tapón. Articuló una maldición y lo colocó.

Lo pensé, y la idea me gustó. Quería hacer que la gente colaborara con nosotros, por supuesto, pero, sobre todo, quería estamparle en la cara a Sidgrid que nosotros éramos capaces, quería hacer que el Rey pagase por su tozudez, y falta de fe, golpeándole con nuestro éxito. Sacaríamos adelante nuestro plan: sería el pueblo unido el que salvaría a Miurgel, y no él. Él cerró el grifo, aunque me pareció que lo había hecho demasiado pronto, perdida como estaba, en mis pensamientos.

—Cuenta conmigo, no lo dudes. Si Sidgrid te ha dejado tirado, yo ocuparé su lugar. —Alcé la cabeza con dignidad y le sostuve la mirada. Me hizo una reverencia.

—Te lo agradezco. —Y dijo, tras un momento de silencio, antes de meterse en la bañera. —¿De verdad no quieres meterte? El agua está estupenda.

Tan solo consiguió que me quitase el vestido, para no mojarlo, y me sentase en ropa interior, a la orilla de la bañera, para seguir hablando.

—Entonces, ¿Qué es lo que tenías planeado para la campaña de reclutamiento?

—Sid pensaba que sería suficiente con escribir un bando, dejarlo colgado por las calles y que la gente se uniría, si lo leía y le interesaba. —Respondió.

—Con eso no será suficiente. —Crucé los brazos.

—Yo le decía lo mismo, pero nada. —Empezó a enjabonar con rapidez su cuerpo.

—Hay que hacer más. Escribir el bando está bien, pero hay que hacer más. Por ejemplo... —Me apreté la barbilla. —Habría que organizar un acto en cada una de las cuatro islas pobladas, para hacer el anuncio. —Craig me escuchaba atento, lavándose el pelo, con cuidado de no hacer ruido con el agua. —Ofrecer, tal vez, algún tipo de compensación, de cara al futuro, por haber colaborado. Y tal vez... hacer algún acto especial en... —Usé los dedos para enumerar— el foro, ¿o el puerto? ¿el teatro? Eventos en las tabernas, en los mercados... Tenemos que llamar la atención de la gente por todos los medios.

—Exactamente. —Terminó de usar el jabón y el agua chapoteó alrededor de su cuerpo. Me moví para que no me salpicase.

—Pero no estoy segura de qué podríamos utilizar como aliciente, aparte de hablar de la crisis. Yo nunca he sido marinera, no sé, tendrás que pensar tú en eso. —Sumergió la cabeza para aclararse el pelo, y emergió, boqueando, poco después.

—Se me ocurre que yo, —se pasó la mano por los ojos, para quitarse los restos de jabón— o los otros capitanes y algunos de mis marineros y grumetes podrían colaborar, hablar de nuestras experiencias en la mar, de las cosas buenas, al menos.

—Eso es, y mi idea es hacerlo a lo grande. —Abrí las manos, simulando tener un objeto enorme entre ellas.

—Opino lo mismo. —Apoyó las manos en ambas orillas de la bañera. —Voy a salir, ¿me puedes alcanzar la toalla?

—Claro que sí.

Me levanté y cogí la toalla que aquella mañana habíamos dejado colgada tras la puerta. El salió y se secó. Recogimos mi ropa y la que él había tirado al suelo, y volvimos al salón. Me ocupé de cerrar los postigos de las ventanas y él encendió toda la iluminación que pudo. Después, cogió sus prendas y subió al segundo piso. Le esperé sentada en el sofá, doblando sobre mis rodillas la ropa que me había quitado.

Bajó vestido, para mi alivio, con un sencillo pijama, y traía consigo un cuaderno (parecido al que me había regalado a mí, el cual yo usaba en mis clases), y material de escritura. No nos distrajimos con nada banal, hasta que entre los dos dejamos redactado el texto del bando, que presentaríamos al

consejo el día siguiente. Intentamos que fuera honesto, objetivo e inspirador. Al fin y al cabo, también era nuestro deber comunicar al pueblo la verdad sobre la escasez de recursos. Cuando lo dimos por finalizado, Craig lo leyó en voz alta.

“A los vecinos y vecinas del Reino de Miurgel:

Como es sabido por todos, desde el nacimiento de este Reino, hace más de dos siglos, y según nuestra tradición, la flota Real de Miurgel, con el inestimable esfuerzo de sus capitanes y marineros, han buscado y nos han procurado todos los suministros necesarios para subsistir.

Lamentablemente, los largos años de servicio y las condiciones adversas han pasado su factura y es nuestro deber comunicar al pueblo que, en la actualidad, la flota en nuestro poder, ya no se encuentra en condiciones de partir en búsqueda de más suministros. Pese a nuestros continuados esfuerzos, no se ha conseguido llevar a cabo una misión satisfactoria desde hace, aproximadamente, medio año.

Rogamos pues a todos los habitantes, que entiendan la gravedad de esta situación. Desde Palacio, se están tomando medidas y planes de acción para encontrar una solución a esta crisis. Para que éstas tengan éxito, necesitamos contar con la colaboración de todos los vecinos.

Primero, hemos creado una serie de directrices que ayudarán con la mejor distribución y ahorro de los recursos ya existentes. Si estas medidas son respetadas por todos, podremos asegurar el bienestar de todos los vecinos durante un tiempo razonable.”

Craig hizo una pausa.

—¿Crees que deberíamos dejar este párrafo, o lo deberíamos quitar?

—¿El que habla de las directrices?

—Sí, ese mismo. —Tenía la pluma lista para tachar lo escrito, si se lo decía.

—Déjalo. Creo que está bien que lo mencionemos, aunque aún no sepamos en qué van a consistir. Si lo dejamos, da la sensación de que, ante todo, nos preocupa que los vecinos estén bien.

—Es verdad. Le pondré una marca, de todas maneras, por si acaso

mañana lo quieren modificar los demás.

—Bueno, márcalo. —Vi como encuadraba el párrafo entero y lo marcaba con un asterisco. Después de hacerlo, continuó leyendo.

“En segundo lugar, se organizarán nuevas misiones con el fin de capturar barcos de los Reinos Opresores del Noreste, para incorporarlos a nuestra flota y renovar la misma.

Para desarrollar estas nuevas misiones con éxito, necesitamos la colaboración, de todos aquellos vecinos de ambos sexos, de hasta treinta años, o con un buen estado físico demostrable, que estén dispuestos a ayudar a la causa y restablecer la prosperidad en el Reino. Los nuevos reclutas, recibirán formación, un jornal y la oportunidad de formar parte permanente de la muy Noble Marina de Miurgel.

Debido a la urgencia de esta situación, se exige que los interesados se presenten en cualquiera de los puestos de reclutamiento instalados a tal efecto, en el puerto y las islas Nao, Delphine, Thalassa y Umi, antes de que pasen dos semanas desde la fecha de publicación de la presente, para comenzar de inmediato con su instrucción física.”

—¿Tú crees que Sidgrid aceptará que se instalen esos puestos? —
Tamborileé con los dedos sobre mi pierna, insegura.

—Tendrá que hacerlo. —Respondió él.

—¿Pero y si se niega?

—Sirena mía, ahora mismo, no está en posición de negarse a lo que nosotros, o lo que el resto del consejo decidamos. Todos han visto que no está contento con lo que se ha decidido hoy.

—Ha ido demasiado lejos, Craig, de haberte golpeado con más fuerza...

—Sentí un escalofrío, pero dejé de darle más vueltas.

—Estoy seguro de que como yo, todos saben que no está siendo objetivo, y si no se han dado cuenta, descuida, lo harán. —Se recostó confiado contra el respaldo del sofá y se tocó el costado. —Tras lo que he leído tan solo quedaría la despedida formal. ¿Te parece que está bien?

—Me parece que está correcto.

—Pues lo dejamos así y mañana que digan lo que tengan que decir.
¿Hacemos una pausa?

La hicimos. Él se fue al baño, dejando su cuaderno y el resto de papeles a

mi lado, en el sofá. Por pura curiosidad, abrí el cuaderno y lo ojeé, tan solo para ver cómo era su caligrafía, y ver si yo podría ser capaz de descifrarla, con mis limitados conocimientos. Su caligrafía era clara, y parecía estar impresa, en vez de escrita en aquellas páginas. Era alucinante que pudiese conseguir esa claridad, cuando le había visto escribir con rapidez. Pasé la mirada por algunas de sus páginas, comenzando por el principio, sin encontrar nada muy fuera de lo normal: había diagramas de partes de barcos, cuentas y grandes masas de texto. Encontré, al margen de lo que parecía una lista de precios, una nota que decía: “É una merda, non mi convince.” Abrí los ojos como platos. Pasé las páginas y revisé el cuaderno de nuevo, de principio a fin. Descubrí varias anotaciones por el estilo y páginas enteras escritas igual, en italiano, con su misma y perfecta caligrafía.

Era como si el aire se me hubiese atascado en la garganta. Aparté la mano del cuaderno como si me hubiese quemado, y no estaba segura de si me sentía emocionada o incómoda por mi descubrimiento. Italiano. ¿Craig era anacrónico, como yo?

Procuré disimular cuando volví del baño. Le miré de arriba a abajo... Sin lugar a dudas, su aspecto entraba en la definición de “hombre del mediterráneo”. Como mi padre. Me había quedado mirándole con tanto interés, que vino directo a besarme y buscar el calor de mi cuerpo. Ni aun así, sintiendo sus labios contra mi cuello, fui capaz de salir de mi desconcierto.

—Para, por favor. —Le dije, poniendo mis manos contra sus hombros, y me zambullí en su mirada, preguntándome cuántas cosas más no sabía de él. El brillo familiar de sus ojos, sin embargo, me hizo sentir que no tenía motivos para desconfiar y causar una discusión. —Cuando terminemos con esto, ¿vale? —Pasé mi pulgar por debajo del moratón en su pómulo, y por sus labios, y le besé.

—Tendrás que compensar el retraso. —Guiñó un ojo, ignorando lo que se me pasaba por la cabeza y se apartó de encima mío.

Compartimos algunos aperitivos, vino y un par de caladas y retomamos los preparativos para la reunión del día siguiente. Además del bando, queríamos dejar listas las posibles localizaciones de los puestos de reclutamiento, una relación de los eventos que podíamos organizar, la lista de personas que podía colaborar en ellos, como testimonios y como animación, y los primeros borradores del presupuesto para todo ello, con los sueldos de los reclutas incluidos. Terminar nos llevó algunas horas, pero fueron menos

de las que pensábamos; estaba satisfecha con nuestro trabajo.

Al terminar, tenía tantas ganas de volver a mi casa, que estuve a punto de salir a la calle en ropa interior. Craig me observó mientras me vestía de nuevo. Recordé que él esperaba que le diese algo de calor también aquel día, pero yo no me sentía con las fuerzas suficientes. Me despedí de él con un tímido beso y un apretado abrazo. Mientras le sentía contra mí, pensé en el texto en italiano en su cuaderno, pensé en el tatuaje de su vientre, y se me ocurrió que podía tratarse de una inicial. Pero, ¿de quién?

Era cierto que él me había rescatado del agua, me había salvado la vida y se había convertido en mi protector. Por su influencia, yo había entrado a formar parte del consejo y por mis decisiones, le había convertido en mi amante. Sentí vértigo, consciente de que tal vez había confiado demasiado, llegado demasiado lejos con él. Sin conocerle lo suficiente. ¿Quién era él en realidad? Pero lo más importante era: ¿Tenía yo derecho a saberlo todo? En caso de que todo saliese mal, decidí guardarme lo que había descubierto, como mi arma secreta.

QUINCE

Sidgrid no intervino apenas en el consejo, durante el día siguiente. Tan sólo actuó como mediador, limitándose a escuchar, a organizar las votaciones a mano alzada y a pasar de un punto a otro, por lo que la junta se desarrolló de forma bastante fluida y sin apenas incidencias. No mostró ningún interés en lo que decíamos y ni siquiera pareció inmutarse cuando, nada más comenzar, Craig expuso de forma muy breve el incidente que ambos habían tenido el día anterior, para explicar después que yo había aceptado ocupar su lugar en la campaña.

Nadie puso ninguna objeción y los dos expusimos todo lo que habíamos estado decidiendo el día anterior. Se votó otra vez y aprobaron casi todo lo que presentamos, salvo el presupuesto, por culpa de mi inexperiencia con el tema y porque habíamos pasado por alto muchas cosas, tan básicas como, cuántos barcos iban a salir de puerto, o si habíamos estipulado un número fijo de plazas para los reclutas. Craig tomó la iniciativa y discutió aquellos asuntos ahí mismo con Ezio, Vera y Erol, hasta que todos llegaron a un consenso. Se hizo una segunda votación, y nuestro programa fue aprobado por completo. Cuando pasó nuestro turno, Borri presentó sus directrices, que también fueron aprobadas.

Se decidió que tanto nuestro bando como las recomendaciones de Borri serían presentadas en conjunto, y fijamos la fecha, para su distribución y el primer evento, para aquel mismo Lorde. No había tiempo que perder. Con todo esto decidido, Sidgrid dejó de parecer una estatua, y habló:

—Bueno, bien, y después de montar toda esa parafernalia, todos esos eventos, y puestos de reclutamiento, —podía notar en su voz, cómo pretendía minar nuestra moral y se me acumularon razones para querer zarandearle— ¿Cuándo creen que podrá salir la primera expedición?

La respuesta no fue inmediata. Muchos de los miembros del consejo comenzaron a discutirlo en voz baja, aunque yo no quise incluirme entre ellos, porque sinceramente no sabía si mi opinión sobre ello serviría de algo, así que, como solía hacer cuando nadie me prestaba atención durante las

juntas, me quedé observando al Rey, que en aquella ocasión no se enteró de mi examen visual, concentrado en escuchar lo que se discutía en la mesa.

Y pensar que apenas una semana atrás, yo creí que sería capaz de verle como a alguien diferente... pero su oposición férrea a mí, su comportamiento del día anterior con Craig, no ayudaban. Tan solo sabía guardarle más y más rencor.

—Contando con el tiempo que hemos dejado para que se inscriban los nuevos tripulantes, —expuso Ezio, sacándome de mis pensamientos— su formación, y sin olvidar que aún hay que reparar las naves, muy posiblemente, podremos comenzar a salir en mes y medio.

—Perfecto, bien. —Respondió Sidgrid. —Pero no se puede permitir retrasar esto ni un poco más. Sólo les concederé cuatro días más para eventos, así que el último debería celebrarse el próximo Midgen. Espero que todos ustedes trabajen al máximo de sus capacidades para evitar retrasos. El tiempo se nos está terminando.

“Lo que nos faltaba”, pensé. Nos había impuesto una limitación en el calendario, un nivel más alto de dificultad. En mi cabeza volví a hacer cuentas y se me hizo un nudo en la garganta. Quedaban sólo cuatro días para el Lorde y en ese tiempo, teníamos que dejar organizado el evento principal, que se celebraría en el puerto, y fijar los siguientes eventos que pretendíamos hacer en cada isla, desde el Sung hasta el Midgen, y para dejarlo todo preparado, debíamos reservar los espacios públicos donde los íbamos a realizar, establecer un guion, apalabrar a los que iban a intervenir, contratar a los bardos que quisieran amenizarlos con su música, y avisar a los vecinos, a pesar del escaso tiempo con el que contábamos, de que dichos eventos iban a celebrarse.

Dudaba de si seríamos capaces de hacerlo todo a tiempo, si los días de treinta horas darían de sí, si tendría que hacer un parón con las lecciones de Sam, al menos los tres días lectivos que quedaban hasta el Lorde. Y el Lorde, obviamente, tendría que faltar al trabajo. Me mareaba solo de pensarlo.

Para no perder tiempo, Craig y yo salimos del consejo, cargados con nuestro programa y copias de nuestro bando, directos a hacer todas las visitas que pudiéramos, antes de que se hiciera muy tarde: habíamos salido del consejo a alrededor de las veintiuna horas y teníamos aproximadamente unas cuatro horas más, antes de que fuese inapropiadamente tarde. Incapaz de pensar en un lugar mejor, sugerí al Capitán ir a hablar con Prasad como

primer destino, y así lo hicimos. Ellos dos eran amigos y siempre parecían llegar a un acuerdo. Además, yo sentía el deber moral de avisarle de mi futura ausencia de aquel Lorde.

Al entrar en Tamboli, Ozam, que estaba tocando, pues aquel día era su turno, nos dedicó una canción, a modo de saludo. Brun salió de la barra a darnos la bienvenida; me acerqué hasta donde estaba, para que no tuviera que andar tanto y la abracé, buscando consuelo ante mi inminente estrés.

—En menuda me he metido. —Susurré en su oído y fingí una enorme sonrisa. Craig se nos acercó.

—Brunnie, buenas tardes, preciosa.

—Buenas tardes, Craig. ¿Qué se te ofrece?

—Quería ver a Prasad, ¿no está?

—Ha salido un momento, pero enseguida vuelve. ¿Os pongo algo?

—Yo quiero una infusión, con mucho regaliz —pedí.

—Yo no quiero nada, tenemos que irnos pronto. —Respondió él y su mirada fue cálida sobre mí. Brun y yo nos sentimos un poco desilusionadas.

—Os puedo dar un poco de té frío, en lo que viene Prasad. —sugirió ella. Él asintió y yo también, encogiéndome de hombros.

—Venimos por trabajo. —Le expliqué, cuando puso mi vaso delante frente a mí.

—¿Tenéis mucho por hacer? —dije que sí con la cabeza y me tomé un sorbo.

—Voy a hablar con este chico, mientras tanto. —Anunció Craig y se acercó a Ozam, ignorando su vaso y dejándonos solas.

—¿Puedes contarme algo de lo que estáis haciendo? —Brun bajó la voz.

—Creo que, en esta ocasión, sí. —Eché un vistazo alrededor, antes de decir nada más. —Necesitamos contratar a nuevos tripulantes, y tanto yo como Craig nos vamos a ocupar de la campaña de reclutamiento, pero apenas tenemos tiempo. Tenemos que dejarlo todo organizado para el Lorde.

—¿Éste Lorde? —señaló hacia abajo con el dedo.

—Sí...

La puerta se abrió con un gran estrépito y entró el matrimonio Tamboli junto con sus hijos. El alboroto que los pequeños montaron desde que entraron por la puerta, nos distrajo de nuestra conversación. Tallullah les dijo unas palabras para mantenerles a raya y después vino directa hacia la barra y me abrazó. Como era habitual, ella se había estado encargando de mis tareas

en mi ausencia y su cara delataba cansancio. Con su hogar y la taberna, ella no tenía ningún día libre.

Su marido, por su parte, nos ignoró, pues en cuanto reparó en Craig fue a saludarle, de viva voz y con los brazos abiertos. Entendí que había llegado la hora de acercarme a ellos. Terminé rápidamente mi vaso de té y lo dejé sobre la barra, pegué un golpecito sobre ella con la palma de la mano, para indicar que me alejaba y le hice un gesto con la cabeza a mis compañeras, para despedirme. Me uní a los tres hombres.

—¡Deborah! —saludó Prasad, sin añadir nada más.

Craig alargó su brazo hasta mi hombro, para mantenerme a su lado. Ozam me hizo hueco y nos observó con curiosidad, esperando enterarse de lo que tuviésemos que decir. Los hijos de Prasad, que aquel día estaban muy revueltos, seguían correteando entre las mesas y los clientes, aunque éstos no eran demasiados, y yo no conseguía centrarme. Me puse algo nerviosa.

—Así que venís a vernos como Miembros del Consejo, ¿eh? —Dijo el tabernero para romper el silencio. El bardo pelirrojo, que se había distraído, echando miradas, despreocupado, hacia la barra y medio vigilando a los niños, volvió a centrar la atención en mí y alzó una ceja.

—Sí, así es, Prasad, ¿Qué te parece? —respondí, sonriente, pero incapaz de relajarme. No esperé su respuesta. —Hemos venido porque estamos buscando colaboración para nuestra campaña de reclutamiento.

—¿Campaña de reclutamiento? —repitió Ozam.

—Así es. —Corroboró Craig, sacando con cuidado una copia del bando para enseñársela a ambos.

Mi jefe la sujetó con las dos manos para leerla, apartándola bastante de sus ojos, y Ozam aprovechó para leerla también, mientras movía los labios. Mientras que Prasad mantenía cara de póquer, al joven le cambió el semblante por completo.

—Ya me pensaba que no lo haríais público nunca —dijo Prasad al terminar de leer. Con un movimiento seco, le devolvió el pliego de papel a Craig. —Me parece muy bien. ¿Cómo ayudo?

—En esta circular no se menciona, pero nuestra intención es organizar un gran evento principal para anunciar esto al pueblo, este mismo Lorde, y al menos un evento más en Umi, Thalassa, Delphine y Nao los días siguientes. —Contesté.

—El evento principal de Thalassa podría ser aquí. —Añadió Craig.

—También nos interesaría convertir la taberna en un punto de reclutamiento. —Se me ocurrió mencionar.

—Entonces queréis que os ceda el local, supongo. —Prasad se cruzó de brazos, serio.

—Piénsalo, Prasad, vienen al evento, o a registrarse y se quedan tomando algo... —intervino Craig de nuevo.

—Ya sé, ya sé. —Agitó la mano para que dejásemos de hablar.

—Contad conmigo, y con mi música. —Nos interrumpió Ozam, que se había cuadrado como si fuese un militar y parecía temblar de emoción. Por un momento me recordó a una pared de ladrillo, tieso y voluminoso.

—¿Tocarías para los eventos? ¿Cuándo estarías disponible? —le pregunté.

—Siempre que me necesitéis. —Alzó la voz con efusividad, algo fuera de sí y sus ojos dorados me intimidaron. Di un paso hacia atrás.

—Calma, chico. No eres el único bardo del lugar. Seguro que los demás querrán colaborar también, no te lo tragues todo. —Prasad le golpeó la espalda y Ozam pareció salir de su trance.

—Hagamos una cosa, chico —dijo Craig, que le había estado mirando con mucha atención y los labios fruncidos. —Cuando salgamos de aquí haremos una ronda para buscar más colaboradores. ¿Te parece que pasemos a última hora, cuando tengamos las cosas más claras y concertamos lo tuyo?

Ozam miró al suelo, sacudió un par de veces los hombros y nos miró, asintiendo, al cabo de un rato.

—Muy bien, chaval. Vuelve a tu trabajo, entonces, que se nos va a marchar el personal, del aburrimiento. No te pago por no hacer nada. ¡Vamos! —Nuestro jefe le dio otra palmada, esta vez en el brazo.

—¡Ah! eh, sí, cierto. —Carraspeó, se irguió, miró hacia la barra, nos volvió a mirar, y recogió su flauta de una mesa aledaña. —Si me disculpáis... —hizo una reverencia y forzó una sonrisa de medio lado. Se apartó, a unos metros más atrás, y dijo algo en alto a su público, pero no le presté atención. Segundos más tarde, su música volvió a animar el ambiente.

Con el bardo fuera de nuestro pequeño círculo, Craig y Prasad se animaron a hablar de números y acordaron que mi jefe accedería a todo lo que le pedíamos, a cambio de 5000 tats por cada hora del evento, que sería ese Sung, y una comisión por cada recluta inscrito en su taberna. No saldría barato, pero con ello compensaríamos cualquier pérdida que pudiéramos

ocasionarle durante aquellos días. Marchamos de la taberna poco después de sellar el acuerdo con un apretón de manos.

Comprender que las cosas estaban empezando a marchar, que todo eso era real y que, en gran parte, era responsabilidad mía, era algo que me emocionaba profundamente. Jamás se me ocurrió que una “don nadie” sin pasado como yo pudiese cambiar las cosas.

Craig me sacó del silencio, cuando estuvimos lo suficientemente lejos de la taberna.

—Lo has hecho muy bien, Sirenita. —rodeó mi cintura con su brazo y me acercó a él con camaradería.

—Gracias... aunque, ¿no crees que ha salido un poco caro? 5000 tats la hora... es mucho, ¿no? —Comenté, aunque me arrepentí de decirlo, escarmentada por el fiasco del presupuesto, horas atrás.

—¿Eso te parece? —sentí su mirada sobre mí. —Tal vez, no te lo niego. Pero Prasad es Prasad y ofrecerle menos, sería como insultarle.

—Supongo que sí. —Fruncí los labios.

—Bueno, si eso te pone nerviosa, a los próximos les ofreceremos menos dinero. ¿No sé, cuánto te parecería a ti acertado? ¿4000?

—Aún creo que es demasiado. 3500, tal vez 3500 sea una cifra mejor. —Él se encogió de hombros y contestó:

—Tal vez. —Su respuesta no me dejó muy satisfecha. Resoplé y se me escapó un bostezo a continuación. La mirada se me desvió en dirección a mi hogar.

—¿Te apetece que entremos un ratito en mi casa? —sugerí.

—Ahora mismo no, Deborah. Según le hemos dicho a Ozam, ahora tendremos que contactar con los demás bardos para ver si quieren colaborar. —Tomó aire— Además, aún no hemos apalabrado nada para el Lorde... hay mucho por hacer.

Suspiró, sacó su pipa del bolsillo de siempre de la casaca, y le dejé que fumara a gusto, distraída con el color de sus labios. En ese momento me apetecía morderlos, perder un poco el tiempo, relajarme con él, pero estábamos en mitad de la calle, y no quería que nadie pudiese vernos en esa actitud, por accidente. Me ofreció la pipa y también se la negué. Tampoco quería que nadie me viera fumando de su pipa, no, no quería que hubiese la más mínima sospecha de algo entre los dos. Relajadamente, Craig enderezó la espalda y me acarició con cariño la barbilla. Me estremecí y a mi cara se

asomó una sonrisa.

—¿Te apetece que visitemos a Sam? —dijo suavemente, como en un susurro.

—¿Ahora mismo? —Se me atragantó el aire. —Bueno... tengo que hablar con él, decirle que tendremos que suspender sus clases unos días... Pero no tiene por qué ser ya, ¿verdad? ¿No hay más bardos que vivan más cerca? —Fruncí el entrecejo. —Para ahorrar tiempo y no dar tantos paseos... —Justifiqué. Craig se sonreía, como si supiera que aquello era exactamente lo que yo iba a decir.

—Que yo sepa, —esperó demasiado, antes de continuar— sí. Me parece que en Thalassa viven Yoshi y Gareth, que si no me equivoco comparten casa. Con Ozam ya hemos hablado, con Shun no podemos contar, a Sid no le gusta que actúe fuera de Palacio...

Dentro de mi cabeza procuré recordar a todos los bardos que pude. Yoshi, que era el especialista en tambores, era muy menudo, tenía la piel oscura, ojos rasgados, las mejillas siempre sonrojadas, y las manos enormes. Solíamos coincidir en la taberna todos los Midgen y Turun, pero nunca tenía mucho tiempo para quedarse a hablar. Con Gareth, quien tocaba la concertina, una especie de acordeón diminuto, muy típico de marineros, casi nunca coincidíamos, porque él actuaba en mis días libres. Tan sólo le veía cuando era su turno en la rotación de los Sung, a actuar después de Sam. A pesar de ello, sabía que era muy ágil con las manos y tenía una voz, como de vaquero de película, muy peculiar. Además de ellos, faltaban Hans, que tocaba el violín y Ernesto, el sieso de la zanfoña, al que no soportaba.

No era que el pobre zanfoñero me hubiese hecho algo, pero era una persona que acumulaba cualidades que me daban mal rollo. Se afeitaba la cabeza, tenía la piel cetrina, y era muy huesudo, con la nariz aguileña y torcida. Su voz era melosa y parecía que solo supiese hablar encadenando melindres y cumplidos. Se perfumaba demasiado y cuando tocaba, era, simplemente, intragable.

Sus canciones eran eternas, y las letras eran poemas llenos de palabras rebuscadas, sin mucho argumento, o rima, o nada lo suficientemente interesante que hiciera que mereciese la pena seguir escuchándole. Él mismo no se denominaba bardo, sino “Artista de la melodía”, y, aun así, con todo, tenía su grupito de seguidores, sobre todo entre los Ancianos. Muy en el fondo, deseaba que no tuviésemos que pedir su colaboración, pues estaba

convencida de que él solito, sería capaz de espantar a los reclutas en potencia.

—Hans vive en Umi, igual que Sam, también creo que viven cerca, el uno del otro, pero no demasiado. —Continuó el Capitán.

—¿Y Ernesto? —Pregunté con miedo.

—Ah, Ernesto... —Se rascó la barbilla y pasó los dedos por su barba de pocos días. —¿De verdad quieres que hablemos con ese?

—No. —Contesté automáticamente y se me escapó la risa. Él también se rio.

—Vive en Nao, pero, no, no recurramos a él, a menos que nos llevemos más de dos negativas.

—Vale, Mejor. —Y nos pusimos en camino.

No sabíamos exactamente dónde estaba la casa de Yoshi y Gareth, pero sí sabíamos que estaba cerca de uno de los dos puentes que conectaban Thalassa con la isla Umi, que al ser la isla más grande y la más habitada, necesitaba dos puentes para conectarse con la mía. Decidimos a piedra papel o tijera a cuál de los puentes dirigirnos, y acabamos yendo a las inmediaciones del puente Oeste. Una vez ahí, y tras preguntar a unas cuantas personas, nos supieron decir donde estaba la casa de los bardos: justo en el otro lado. Nos llevó más tiempo del esperado, pero cuando llamamos a su puerta, nos recibió Gareth.

En cuanto abrió la puerta, pudimos escuchar perfectamente el ritmo de los tambores, con los que Yoshi estaba ensayando cuando llegamos, y que dejó de tocar al escuchar que alguien había llamado a su puerta. Se unió a Gareth, y juntos nos invitaron a pasar al interior.

La casa que compartían era más pequeña que la mía, y parecía consistir en solo una habitación abarrotada, con un sofá de aspecto destartado, una gran cama pegada contra una ventana, un par de mesas bajas, estanterías colgando de las paredes y una encimera, una pila de agua y una cocina de fogata, que hacía las mismas de horno, donde además estaban preparando algo para cenar. Parecía pizza. No había visto a nadie que la preparase en Miurgel, hasta entonces.

Nos invitaron a sentarnos en el sofá, que tenía ropa por encima y otros objetos que Yoshi apartó muy deprisa, para dejarnos sitio, y al sentarme tuve la sensación de estarme clavando todos sus muelles, incluso los que no existían. Ellos dos se sentaron entre Craig y yo, y aproveché que había que girarse para poder mirarlos y hablar mejor con ellos, para desplazarme hasta

la orilla del asiento y no tener que apoyar todo el trasero. En cuanto lo hice, sentí alivio, pero procuré que no se me notara. Con seriedad, pero sin dejar de lado una cierta camaradería, me adelanté a Craig y comencé a explicarles el motivo de nuestra visita.

—Hemos venido a proponeros algo. —Crucé mis manos y las coloqué sobre mis piernas, con la sensación de que así me resultaría más fácil mantener el equilibrio. —Va a haber muchos cambios en el Reino, y esperamos poder contar con vosotros.

—¿Cambios? —Preguntó Yoshi y miró a ambos lados, intentando vernos a los dos a la cara.

Craig aprovechó para sacar un pliego de su bolsa. Lo extendió, los dos músicos intentaron cogerlo a la vez y tras una pequeña confusión, cuidadosamente, cada uno lo cogió por un extremo. Sin embargo, se mantuvieron a la espera como si necesitaran de nuestro permiso para comenzar a leer.

—Leedlo, y os explicaremos cual será vuestro papel, si decidís colaborar. —Explicó Craig.

Permanecimos en silencio unos momentos, mientras ellos lo hacían. Para distraerme —y olvidar la molestia de estar sentada en aquel sillón— miré al suelo, y cuando me aburrí del suelo, presté atención al horno, donde seguía aquella pizza y me pregunté qué habían utilizado para la base, sin tener salsa de tomate. Eché de menos su sabor, el de mi pizza favorita, con mucho queso, salsa barbacoa y pepperoni. Recordé entonces todos los alimentos de los que podía disfrutar en mi anterior vida y de los que carecíamos aquí: frutas frescas, carnes, ensaladas, hamburguesas, helados... ¿Por qué podía recordar tonterías como esa y no todo lo demás? Se me hizo la boca agua y mi tripa rugió demasiado fuerte.

—Vaya, si esto es cierto, tu estómago no va a ser el único que ruja, de aquí a unas semanas. —Bromeó Gareth, riéndose él solo.

—Garry, esto es serio. —Su compañero parecía afectado y le puso una mano sobre la rodilla. —Se nos quema la torta, ve a por ella, anda. —Cuando su compañero se levantó, noté cómo se estremecía. —¿Qué podemos hacer para colaborar? ¿Queréis que nos alistemos? Yo no estoy seguro de poder...

—No, no es necesario que os alistéis si no es vuestra intención. —Contestó Craig de forma tranquilizadora.

—Estamos organizando actos para hacer público eso que acabáis de leer,

a partir de este Lorde. Sé que os lo anunciamos con muy poco tiempo, pero nos gustaría que los bardos, como vosotros, pudieran animar los actos con vuestra música.

—¿Creéis que con un par de canciones podremos arreglar las cosas? — Dijo Gareth, sin voltearse, mientras sacaba su cena del horno.

—No seas así, Garry. —Le reprendió Yoshi de nuevo. —No seas así. — Repitió.

—Y qué, nos pagaréis por ello, ¿no? —preguntó el aludido, dejando la torta sobre la encimera y cruzando los brazos, desafiante.

—Por supuesto. —Respondió Craig, diplomático, haciendo un gesto amplio con sus manos.

—Pues más os vale que sea suficiente, no somos monos de feria. — Insistió Gareth.

Yoshi ocultó la cabeza entre los brazos, visiblemente abochornado. Emergió de nuevo poco después, colorado.

—Yo no necesito que me paguéis, o que sea demasiado, si nuestra presencia hace que la noticia sea más fácil de asumir. Además, es tradición que participemos en este tipo de situaciones... —vio que su compañero de piso intentaba intervenir en lo que estaba diciendo, y alzó la mano para detenerle— Gareth, no seas ridículo. —Alzó la voz y recibió un quejido como respuesta. —Tanto para mí como para mi marido será un honor participar, y aunque no es necesario que lo hagáis, —miró otra vez su marido, a modo de advertencia— aceptaremos lo que podáis pagarnos.

—Yosh... —Protestó Gareth, aunque ya no había nada que él pudiera hacer para refutar su decisión. Craig y yo nos miramos, y él dio una suave palmada.

—Entonces, contaré con vosotros dos. —Yoshi asintió para confirmarlo. —Lo que haremos, será apuntaros en una lista y cuando sepamos cuántos de vosotros vais a colaborar, distribuiremos los turnos, decidiremos vuestro sueldo y os avisaremos. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí. —Dijeron los dos al unísono.

—Pues muchas gracias. Os dejaremos cenar a gusto. —Les dije, levantándome del horrible sillón, a la vez que el Capitán.

Nos despedimos rápidamente de ellos con apretones de manos, y partimos, sin perder un minuto, en dirección al puente para cruzar a Umi. Mientras caminábamos, me acosaba una pregunta que no estaba segura de

querer pronunciar en voz alta, pero la curiosidad me había golpeado con fuerza después de lo que acababa de ver.

—Gareth y Yoshi, ¡esposos! ¡Nunca me lo hubiera imaginado! — exclamé, tras rebuscar con cuidado las palabras.

—¿Por qué no? —Craig parecía extrañado.

—De donde vengo... ¡Guau, esto es maravilloso!

—¿De donde vienes les parece mal que la gente se quiera? —Me avergoncé.

—No, si no son hombre y mujer. Hay gente a la que no le gusta, que no lo acepta. En algunos lugares está incluso prohibido y pueden llegar a matar a los que...

—¿Matan a la gente por amarse? Sirenita, vienes de un mundo muy raro y muy hostil. —Suspiró, y continuamos nuestro camino en silencio.

Cruzamos el puente hacia Umi, isla que yo apenas había visitado, aunque tuviese playa, porque me resultaba algo intimidante. En comparación con las tranquilas calles de las demás islas, Umi, que era más grande y la más poblada, y como versión comprimida de una gran urbe, estaba repleta de edificios hacinados a lo largo de sus calles, sin empedrar y sin aceras, que serpenteaban entre callejones y grandes desniveles de terreno, y bullían de gente de todos los colores, niños y animales pululando tranquilamente, incluso durante aquellas, las primeras horas de oscuridad. Era un sitio donde todos podían pasar desapercibidos.

Umi también era el hogar de la comunidad de pescadores, y aquello se podía palpar en el ambiente. El olor a sal y a algas era muy fuerte, varios edificios se decoraban con efigies de redes o peces, y era fácil encontrar pequeños puestos vendiendo pescado fresco, en cualquier lugar. Observé a todos y a todo mientras bajábamos haciendo zigzag por varias calles en cuesta, que parecían no tener fin, ni ningún atajo entremedias. Cuando consideré que habíamos recorrido una distancia prudencial, pregunté a Craig:

—¿Falta mucho para llegar a casa de Hans?

—No, sólo un par de calles más cuesta abajo. Y la casa de Sam está tan sólo un par de manzanas más lejos.

—De acuerdo. —suspiré.

Giramos hacia la izquierda para encontrarnos con otra calle serpenteante, que, con un enorme desnivel, parecía dividir la isla por la mitad y bajé detrás de Craig, con cuidado de no acelerarme demasiado, temiendo acabar rodando

cuesta abajo. Entramos hacia la derecha en uno de los recodos de aquella calle, y tras recorrerla sólo un par de metros, entramos en un portal, que estaba abierto y pertenecía a un edificio, algo similar al hotel, pero mucho más rústico y reducido: un bloque de apartamentos. Subimos por las escaleras hasta el segundo piso, y llamamos a la puerta al fondo del pasillo. Esperamos un rato, sin obtener respuesta.

Aporreé la puerta con insistencia, pero tampoco sirvió de nada. Volví a golpear, y se abrió la puerta a nuestra derecha, y una mujer muy bajita nos preguntó, con un hilo de voz:

—¿Buscáis al músico? —y añadió sin que respondiésemos— Está en el tajo, hoy le toca un restaurante en Nao.

—¡Oh! —Exclamé, dejando el puño en el aire, a medio camino hacia la puerta.

—¿Sabes cuándo podremos encontrarle? —Intervino Craig.

—Bueno, trabaja “tos” los días, pero “tie” las mañanas libres. Si “vinís” por la mañana, ahí sí que le encontráis. —Y sin más, volvió a meterse en su casa, con un portazo.

Sin nada mejor que hacer, volvimos sobre nuestros pasos. Al único al que nos quedaba visitar aquel día, era a Sam, ahí al lado, lo cual hubiera querido retrasar todavía más, o no hacer, en absoluto. Saber que tenía que verle para decirle que teníamos que interrumpir nuestras clases y cancelar nuestra actuación del fin de semana, me ponía nerviosa. No quería tener que decirle nada que pudiese disgustarle, quería proteger esa sonrisa suya, a toda costa.

Además, aunque él era casi un habitante más de la mía, ir a su casa me hacía tener miedo de mí misma, como si por entrar en su territorio, estuviese forzando a que nuestra —inexistente— relación avanzase. Me daba miedo volver a hacer lo que hice con Craig y convertirme en una bestia, movida por el instinto. Precisamente por eso, lo que más me inquietaba, era que Craig, que me había catado en lo más íntimo, me acompañase, sabiendo perfectamente lo que sentía por Sam. ¿Y si aquella situación se me iba de las manos? Mi mente me castigó con fantasías. No quería pensar en eso.

Con estos pensamientos atormentándome, crucé tras el Capitán al otro lado de la calle y no habíamos caminado más de dos minutos, cuando Craig paró en otro de los portales abiertos. Apreté los puños: mis manos estaban frías y la cantidad de mariposas en mi estómago superaban cualquier límite soportable. Su casa estaba en el piso bajo, al fondo a la derecha, en un pasillo

oscuro. Temblando, me ofrecí a llamar a la puerta: sabía que estaba dentro, pues podía oír su guitarra y su voz, aunque no supe reconocer la canción.

—¿Quieres que llame yo? —me preguntó mi acompañante, al verme titubear.

—No, Craig, lo hago yo. Lo hago yo —y di tres golpes, y otros tres después, igual que hacía Sam, al llegar a casa, igual que había hecho horas antes.

La espera se me hizo eterna. Cuando abrió la puerta, tardó en reaccionar, como si acabara de despertar de una siesta. Me miró boquiabierto, y después reparó en Craig. Sonrió, aún sin mediar palabra, se pasó una mano por el pelo, lo revolvió y rio.

—¡Guau, hola! —Exclamó al fin— Eh... un momento, ¿vale?

Dijo, uniendo los dedos pulgar e índice, y se escondió unos segundos tras la puerta, mientras corría el pestillo, para que no se le cerrase. Una vez hecho esto, salió de su casa y tuvo el cuidado de cerrar la puerta, impidiendo que viéramos el interior.

—¡Deb! —alzó los brazos para envolverme con fuerza, levantándose brevemente del suelo. —Has venido a verme... —y apretó su abrazo. Cerré los ojos, hasta que él me soltó. —Capitán, ¡menudo honor! —Alzó la mano derecha y la chocó con Craig, quien le abrazó con camaradería.

—No exageres, grumete, no exageres. ¿Interrumpimos algo?

—Eh, no mucho, estaba ensayando. —Se dirigió a mí— Ya verás Deb, —me sujetó los brazos— estoy seguro que las canciones para este Lorde te van a gustar, tanto como a mí, verás, está “la canción del que nunca te abandona”, ¿sabes? Cuando la oigas seguro que sabes de cual hablo y otra que habla de un hombre que le pregunta a su pareja si le seguirá queriendo cuando sea un Anciano, y... —no podía parar de hablar, los ojos le brillaban. Estaba entusiasmado.

—Sam, Sam, Sam Émile —a Craig le costó interrumpirle. — Sam, no insistas, éste Lorde no va a poder ser.

—¿Cómo? —Miró al Capitán, con una expresión neutra como una máscara, mientras la chispa de entusiasmo se desvanecía de su mirada. —¿De verdad? ¿Deborah? —Me buscó.

—Sí, es verdad, hemos venido por eso. —Mi garganta estaba reseca y ser testigo de su desilusión, me complicaba las cosas. —Pero aún hay más... Sam, nuestras clases... —Me bloqueé. Sabía qué quería decirle, pero las

palabras no salían. Sam entornó los ojos durante lo que pareció una fracción de segundo y me soltó.

—¿Qué está pasando? —Nos preguntó a los dos.

Hice un esfuerzo por hablar, por explicárselo, pero simplemente, no podía, estaba demasiado nerviosa. Craig me puso una mano sobre el hombro para calmarme.

—Tal vez deberíamos entrar, y te lo contamos todo con más tranquilidad. —dijo el Capitán.

—¿También ella? —me señaló con disimulo.

—¿Te da vergüenza que Deborah vea dónde vives? —Sam y yo nos miramos. Él bajó la cabeza, y pude ver rubor en sus mejillas.

—No es muy acogedora, Deb, no me lo tomes en cuenta. —Yo sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿podemos entrar?

—Como usted ordene, mi Capitán. —Respondió Sam, y con pesadumbre, abrió la puerta. —Cuidado, no tropecéis. Ten cuidado, Deb. —insistió. Craig pasó antes que yo, pero no avanzó mucho. Cuando entré yo también, entendí el porqué de tanto cuidado.

Su casa tan sólo consistía en una habitación muy pequeña, diminuta, y la puerta tenía el espacio justo para maniobrar. Contaba tan solo con los muebles imprescindibles: en el centro, contra la pared, directamente posado en el suelo, había un colchón vestido, sobre el que había dejado su guitarra, la partitura en la que había estado trabajando y una púa. En la parte derecha, encajada entre el colchón y la pared, había una estantería baja, a rebosar de libros y cuadernos, y frente a ella, en la esquina opuesta, la cual estaba revestida por completo con piedra, había un horno con hornilla para cocinar, similar al que Gareth y Yoshi tenían, que no golpeaba la puerta por escasos milímetros.

Encajados a la izquierda del colchón, tenía dos baúles, uno más grande que el otro, y una mesita que hacía la función de escritorio, al lado de la puerta, hasta arriba de papeles, el libro del gato mocho, su cuaderno, un tintero y plumas. Para solventar la escasa iluminación que le proporcionaba el pequeño tragaluz, que había en la pared, sobre su colchón, conté tres lámparas de aceite: una en el escritorio, una al lado del colchón y otra en la estantería. Al menos todo parecía ordenado y limpio.

El único espacio libre que teníamos, era justo el que nos dejaba la puerta

cerrada. Me sentía atrapada dentro de una caja de zapatos, y me dio la sensación de que me iba a faltar el aire, de un momento a otro. Sam sacó un taburete de debajo del escritorio y nos lo ofreció, por si alguno de los dos queríamos sentarnos, mientras que él se sentó sobre su colchón, en el suelo, cruzando sus largas piernas. Yo hice lo mismo, y me senté a su lado, fingiendo que me resultaba indiferente, e intentando centrarme, aún con dificultad, en que el motivo de aquella visita, era por trabajo.

Craig se sentó en el taburete, frente a nosotros, de forma despreocupada y se le escapó una sonrisa, tan descarada, que parecía estar a punto de decir algo como: “Mira Sam, esta chica se ha enamorado de ti, quiérela, es buena en la cama, comprobado”, pero no lo hizo, no. Simplemente, carraspeó, irguió la espalda y nos miró, invitándonos a hablar de una vez por todas.

—¿Podéis decirme ya lo que está pasando? —nos preguntó Sam, aunque su atención se centraba tan solo en Craig.

—Sam, tu ya sabes los problemas por los que estamos pasando, ¿verdad? —le preguntó él.

—La escasez de suministros, los barcos en mal estado, sí, claro que lo sé. Lo sé, lo sé. —Afirmó con intensidad, para que no cupiera duda. —¿Vais a hacer algo para solucionarlo? ¿Es eso en lo que habéis estado trabajando estos días? ¿por eso no dormiste anteayer en casa? —Me miró con inocencia. Tragué saliva, me mordí los labios y asentí, conteniendo la respiración.

—Sí, es por eso, Sam, —mis palabras salieron con cuentagotas y sus ojos se llenaron de suspicacia al verme titubear— ehm, vale... Craig, —pedí— por favor, enséñale el bando.

Así lo hizo, y Sam lo leyó con pasmosa rapidez. Según terminaba de leer, comenzó a sacudir las piernas —y a mecarme, sin darse cuenta— y devolvió el trozo de papel a Craig, con entusiasmo.

—¿Vais a hacer lo que dice el bando? ¿de verdad?

—Así es. Al menos, es lo que queremos hacer. ¿Se lo cuentas tú, Deborah? —Sam me dedicó toda su atención. Le miré de reojo, me aclaré la garganta, tomé aire, y no pasó nada.

—¿Estás bien? —Me preguntó Sam, consternado.

—Sí, sí, tan sólo estoy... cansada, supongo. —Procuré sonreír. Lo sabía, estaba haciendo el ridículo. Apreté los labios y me esforcé por hablar con coherencia. —Vamos a hacer público lo que has leído el Lorde y, además, organizaremos actos para lo mismo todos los días hasta el Midgen. Por eso

no podremos actuar juntos, y como organizar todo esto lleva tiempo, creo que tenemos que hacer un parón en nuestras clases...

—Entiendo. —Respondió con tranquilidad, y parpadeó rápidamente, todavía atento a lo que tuviera que decir.

—Sin embargo, nos gustaría que tú colaborases con nosotros.

—¿Yo? —se tocó el pecho.

—Sí, tú, y otros bardos... Nos gustaría que aportaseis vuestra música a estos días, durante los actos. Creemos que podéis ayudarnos a hacer que la gente se tome de forma más positiva la noticia, y bueno, hacer que se animen a unirse a la tripulación.

—¡Pero eso es estupendo! Quiero participar, claro que sí, no tienes ni que pedírmelo, Deb, ¿y eso lo has organizado tu sola? Eres mágica, ¿lo sabes? — y me plantó un beso en la frente, antes de abrazarme y zarandearme.

—Bueno, hemos sido Craig y yo... —aclaré, riendo nerviosamente. — Gracias por aceptar. Te lo agradezco, de verdad. —Susurré y él soltó sus largos brazos de mi alrededor. Nos miramos, unidos por una sana complicidad, y él agarró mis manos, y jugueteó, entrelazando nuestros dedos.

—Deborah, no podemos quedarnos toda la tarde, si nos damos prisa aún tendremos tiempo de ir a la lonja, a ver si nos la apalabran. —Interrumpió Craig.

—Ah... —mi voz fue un quejido apenas audible. Sam bajó la mirada, y tras acariciarme con sus pulgares una última vez, deslizó sus manos despacio y me liberó.

Nos levantamos del suelo, a continuación. Mis rodillas estaban un poco doloridas y mi pecho, exhausto. Si tan solo yo tuviese claro lo que él sentía, si no fuera de visita oficial, si tuviera la libertad de besarle, como podía hacer con Craig y si Craig no nos estuviese vigilando... Sam volvió a guardar el taburete en cuanto quedó libre, y los tres tuvimos que organizar nuestras posiciones, para que Sam pudiese abrirnos la puerta. Lo hizo, la mantuvo sujeta, pero antes de que abandonase su diminuto hogar, me puso una mano sobre la clavícula.

—¿Qué ocurrirá con nuestras clases, Debbie? ¿Cuándo podré volver a verte? Bueno, ya me entiendes...

—En cuanto acabemos con todos los preparativos y con los eventos, podréis retomar las clases, no seáis tan dramáticos. —Contestó Craig y yo no sabía si pretendía burlarse de nosotros dos, pero algo en su tono de voz me

molestó.

—Ha sido un placer teneros a los dos en casa. —Resumió Sam. —Ojalá vengas a visitarme más a menudo, Deb, ahora que ya sabes dónde y cómo vivo.

—Vámonos. —Interrumpió Craig de nuevo, irritándome algo más.

—Adiós, Deb, hadita. —Se despidió, partiéndome el corazón un poco.

—Adiós. —Respondí.

—Nos vemos, grumete. —Se despidió Craig y enseguida, dio media vuelta y comenzó a andar. Yo saludé una vez más con la mano, y me costó hacer lo propio. Puse un pie delante del otro, y avancé. Cuando oí el sonido de la puerta cerrándose, me giré, pero, obviamente, él ya no estaba ahí.

Pasé las manos por mi cara, intentando poder borrar la expresión de mi rostro, curarme de todo, y apreté el paso hacia Craig. Volvimos a la horrible calle inclinada y serpenteante que ahora estaba iluminada por varias antorchas, y, sin hablar, le seguí hasta una calle que parecía ser la última de la isla, donde el olor a brisa marina y algas era muy fuerte y el sonido de la mar inundaba el aire. Entre las casas, podía ver la playa, y muy cerca, embravecido por la marea nocturna, estaba el mar, rojizo, iluminado por las distantes fogatas y la luna menguante.

Entramos en un casoplón, cuyo exterior recordaba a los almacenes de Nao y el olor a pescado, aunque a aquellas horas no había ninguno, decía “Ésta es la lonja”, a viva voz. Dentro nos encontramos a dos hombres fregando de rodillas el suelo y a una mujer en un atril, revisando un enorme libro de cuentas. Hablarle de nuestra campaña, enseñarle el bando, contarle nuestros planes y negociar con ella, me pareció algo bastante mecánico, después de haber estado haciendo lo mismo todo el resto de la tarde. Convencerla fue relativamente sencillo, y tras regatear un poco, aceptó 3750 tats por hora de evento. No aceptó que convirtiéramos la lonja en un puesto de reclutamiento, pero, sin embargo, nos recomendó un par de lugares donde podríamos preguntar.

Nos dimos prisa para poder acercarnos a esos dos lugares, antes de que dieran las veinticinco, hora a la que solían cerrar todas las tiendas, y que habíamos establecido como límite. Por suerte se hallaban a lo largo de la misma calle, cerca de la playa. En el primer local, que se trataba de un taller —y tienda— de cestas, nos recibieron a regañadientes por la hora y estuvieron a punto de echarnos, hasta que les contamos el motivo de nuestra

visita y les hablamos de nuestro “magnífico” plan de comisiones, si aceptaban convertirse en un puesto de reclutamiento.

El otro lugar al que teníamos que ir, se llamaba Perlas y Lazos, y aunque yo pensaba que se trataba de una tienda de ropa, resultó ser una pequeña tasca, al lado de la playa. A pesar de tratarnos con amabilidad y atender de buena gana a nuestra explicación, Hilt, el dueño, nos dijo que no podría colaborar. Para compensarlo, nos invitó a beber, en agradecimiento a nuestros esfuerzos. Como estábamos cansados de caminar por las empinadas calles de la isla y nos apetecía desconectar un momento, antes de volver a nuestras casas, aceptamos su invitación.

Hilt nos pidió que esperásemos unos momentos y cuando nos avisó, nos acompañó a través del local hasta la “mesa especial”, la única que se encontraba en un pequeño mirador de madera, con vistas al mar. La mesa había sido arreglada como si se tratase de una cena romántica: estaba iluminada con una gruesa candela y sobre ella, nos esperaba una botella de vino, y un abundante plato de ostras.

Cuando Hilt nos dejó solos nos reímos con disimulo de lo extraño que nos resultaba aquel arreglo, pero no podíamos quejarnos, desde luego. Llenamos nuestros vasos de vino y brindamos, otra vez, por el éxito de nuestra campaña. Tras el primer sorbo, probé una ostra. Estaban cocidas al vapor aliñadas con un poco de sal y sabían a mar puro, con un cierto regusto a vino. Mientras masticaba aquella delicia, atraída por su sonido, perdí la vista en el océano, y la mente se me quedó en blanco, tan sólo escuchando al nocturno mar siseante; si prestaba atención, incluso podía oír el tintineo distante de alguna boya. Un trago de vino más tarde, mi mente, mecida por las olas, decidió volver al recuerdo de las manos de Sam en las mías. Deseaba estar con él y no con Craig en aquel momento, unidos, testigos de la bella escena. Quería volver a sentir su calor, que me acariciase el dorso de la mano con sus pulgares, quería ver sus ojos brillar a la luz de las velas.

—Es hermoso, ¿verdad? —Dijo Craig.

—¿Quién? —contesté sin pensar, mientras me frotaba, despacito una mano con la otra, intentando emular su tacto, aún sin conseguirlo.

—¿Quién? —repitió él— ¿En quién piensas? ¿En Sam? —Adivinó.

—¡Qué va! —mentí— tan solo observaba el mar. Hace un poco de brisa, ¿no?

—Deborah, no soy ciego. —Bebió, y a continuación sacó la pipa, e igual

que hacía en su casa, la encendió con la vela. —Parecías una adolescente en su casa, pensé que no serías capaz de hacer tu trabajo.

—Ya —Me sacudí. Él calentó de nuevo su pipa y tomó otra calada. Me la ofreció, y disfruté de ella un par de turnos, en silencio. —Pareces celoso. —Dije tras expulsar el humo. —Y se supone que no deberías estar celoso, sabes lo que siento por él.

—No, no lo estoy. —Calló unos momentos, mirando el oleaje. —Además, sería ridículo que yo estuviese celoso de —hizo una pausa innecesaria— él.

—¿Por qué no? —quise jugar— Si es... ¿al menos doce años más joven que tú? y tan, tan...

—Quince. Es quince años más joven. —Puntualizó, y me dejó algo extrañada por su exactitud. — Pero no, no hay ningún motivo por el que yo pueda estar celoso de él. En todo caso, sería al revés, ¿no? —sonrió pícaramente. Me sonrojé.

Tomé otro trago de vino, con cuidado de no vaciar todavía mi vaso, y comí otra ostra.

—Y ahora que nos has visto así, juntos... ¿qué opinas? ¿Crees que él podría quererme?

—Yo opino que debes comprobarlo tú misma. Hasta entonces, sólo estas dejando el tiempo pasar.

—Pero ¿cómo? Te hubiese hecho gracia que, no sé, ¿me confesase a él delante tuya?

—Ah, —puso los ojos en blanco— ¿en serio? —Tomó otra calada. —Deja de preocuparte por estupideces como esa. Te obsesionas.

—Que no, no estoy obsesionada con... —Fijé mi mirada en la suya— ¿Con qué, por cierto?

—Con mis posibles celos. —La que puso los ojos en blanco entonces, fui yo. Extendí una mano hacia él, y la meneé como si quisiera sacudir sus palabras del aire.

Bebí despacio el último trago de mi vaso, antes de necesitar rellenarlo, y le pillé observándome.

—¿De verdad que hay alguien más en tu vida, Craig?

—No puedo creerme que estés preguntándome eso. —Sonrió, encantador — Pero...

—Pero qué, ¡dime! —fingí impaciencia.

—Pero te contestaré. Sí, lo hay, desde hace muchos años y... es alguien que, digamos, nunca ha estado a mi alcance. —Se rascó la barba, y detrás de la oreja. —Yo he asumido que no, que nuestro futuro no es el de estar juntos. —Terminó la frase con poca energía.

—Lo siento mucho. —Puse mi vaso vacío sobre la mesa y cogí la botella de vino para rellenarla. Le ofrecí rellenar también su vaso, aunque él no quiso. —Por curiosidad, —dije— ¿la conozco? —el asintió. —Es... ¿es la Capitana Engström? —Él se puso disimuladamente colorado, aunque sacudió la cabeza.

—¡No! Tampoco te lo pienso decir... Pero, no, ella no es. Y te voy a pedir que no sigas por ahí.

—¿Por qué no? Tú sabes a quien amo yo... estoy en mi derecho. —Insistí, fingiendo enfadarme. —¿Quién es ella?

Él volvió a sacudir la cabeza, y vi cómo se estremecía.

—Por favor, no sigas. —Sonrió, pero las comisuras le temblaron. Empino su vaso de vino y lo volvió a llenar. —No insistas. No estropees este momento.

—¿Eh? —pregunté, confusa.

—Tú y el mar, el vino, las ostras, no lo estropees. Este momento. No hablemos de nadie más. —Tomó un sorbo de vino, con sus ojos clavados en los míos, como si quisiera perforar mi alma.

Desvié mi mirada hacia el mar infinito, huyendo de su presencia. Tomé otra ostra, y procuré aislarme de él, escuchando las olas. A pesar de ello, me sentía intranquila.

—Craig, ¿y si esto no está bien? Tú, y yo y el sexo... Creo que me equivoqué. Lo que yo siento es... Mira Craig, lo siento, yo...

—Te diré una cosa. —Dijo, seriamente— Ya no vives en tu antiguo mundo. Aquí el placer es una bendición, y la intimidad es sagrada, como ha de ser. Entiéndelo y serás más feliz, te lo aseguro.

—Ya... —respondí, y me aparté de él nerviosamente, tomando un gran sorbo de vino.

—Mientras no hagas daño a nadie, mientras no traiciones a nadie, acuéstate con quien quieras, y deja que los demás hagan lo mismo.

—Eso ya me lo has dicho antes... —resoplé.

—Pero aún no te lo crees. Te lo repetiré las veces que haga falta, hasta que seas feliz, hasta que estés en paz contigo misma y dejes de juzgarte a ti

misma. —Insistió.

—¿Pero, por qué te importa tanto?

—¿Por qué te importa tanto a ti? —Sus palabras fueron duras como un puñetazo.

—Porque, si yo quiero a Sam, ¿No le estoy traicionando?

—Deb...

—Soy una traidora, una persona horrible. Soy una guarra...

—Deborah, por favor, no...

—¿Qué clase de mujer soy, si no? Dímelo, Craig, sé sincero, ¿qué soy, si no puedo mantener mis piernas cerradas, cuando estoy cerca de ti? —Los ojos me empezaron a picar, amenazantes, y a pesar de que pude controlarlo con un par de parpadeos, una lágrima rebelde se deslizó por mi mejilla. Él me la limpió con el pulgar, y me ayudó a encontrar consuelo en sus labios. Cuando me separé de él, apoyé mi cabeza en su hombro, y él respondió cariñoso, abrazándome y besando mi cuello.

—Eres una mujer maravillosa, horriblemente maravillosa. Y libre. — Susurró, haciéndome sonreír. Alcé la cabeza de su hombro, al cabo de un instante.

—Vámonos a casa, Craig. —Le besé— Siento flojas las rodillas...

Abandonamos la mesa, con el plato de ostras a la mitad, pero habiendo vaciado la botella de vino. Pasamos al interior del local, agradecemos el detalle a Hilt y salimos, apresurándonos en recorrer cuesta arriba todas aquellas calles de Umi, tan rápido como pudimos, para volver cuanto antes a mi hogar, en Thalassa.

Nada más entrar, encendí todas las luces, para poder ver sin problemas la hora que marcaba la clepsidra en la encimera. Iban a ser las veintisiete, dándonos algo más de dos horas, antes de que Brunilda volviese del trabajo. Corrí a accionar el mecanismo de la escalera, y mientras bajaba, Craig se quitó la casaca, la dejó en una de las sillas y empezó a aflojar las cuerdas de su camisa. Le acerqué hacia mí, y le besé, mientras mi mano desabrochaba los botones de su pantalón. Le acaricié, juguetona y le dejé a medias, en cuanto oí el golpe seco, que indicaba que las escaleras se podían usar. Subí corriendo al piso de arriba, pero él fue rápido y me alcanzó antes de que llegase a la cama.

Tropecé con los cojines del suelo y él aprovechó para ponerse sobre mí. Mientras me besaba, me ayudaba a desvestirme y cuando al fin pudimos

tocarnos piel con piel, encontré consuelo saboreando su cuerpo, al tiempo que él saboreaba el mío. Cuando mis gemidos fueron demasiado fuertes, Craig me dio una palmadita en la espalda y paré lo que estaba haciendo, al igual que él.

—Sirena, vamos a la cama, te lo quiero hacer lento.

—¿Y eso? —pregunté, limpiándome los labios con los dedos.

—Tan sólo déjame hacerlo. —Respondió, y me tendió la mano para ayudarme a levantarme del suelo. Me guio a mi propio lecho, nos sentamos en la orilla, y acarició mi cara, antes de sujetarme la barbilla y depositar en mis labios un cálido y largo beso. No, él no era Sam, pero aquellos ojos suyos, conseguían atrapar mi deseo como una red y hacerme olvidar el hecho de que no lo era. Tal vez, en otras circunstancias, fuésemos capaces de amarnos el uno al otro de verdad y eso me hizo sentir triste.

—Eres tan hermosa como el mar, como una sirena. —declaró, al empujarme con suavidad hacia el colchón. Entonces, besó mi cuello, lo lamió, y lamió a continuación mis labios.

Se soltó el pelo y me hizo cosquillas con él, tal vez a propósito. Le abracé contra mí, intentando rodearle las caderas con las piernas, pero él me puso una mano en un pecho, para frenarme.

—Acuéstate bien, sirena, y tranquilízate, no hay prisa.

—Brun vendrá dentro de poco —le recordé.

—No hay prisa —repitió, y pasó su pulgar por mi pezón. Decidí hacerle caso y él volvió a contemplar mi cuerpo una vez más.

Yo le contemplé a él también. Tan masculino, tan lleno de madurez y experiencia. Su pelo, plagado de canas, disimuladas entre sus mechones más rubios... No me había dado cuenta de cuántas tenía, hasta entonces. Intenté imaginarle más joven, con la edad de Sam, cuando, según me imaginaba, habría sido aún más atractivo que ahora. Si yo hubiese llegado a Miurgel entonces, sin duda, le hubiera elegido a él antes que al bardo, o tal vez... No, por supuesto que no. Jamás. Sam era incomparable, con él, o con nadie. Sam, era el único para mí, o al menos, el único en mi corazón, así debía de ser...

Craig dejó de hacerme pensar en lo que no debía, abrazándome y besando cada centímetro de mi cuerpo con dedicación, penetrándome con cuidado y quedándose dentro de mí, permitiéndome sentirle, con cada latido, cada respiración, cada gemido, cada estremecimiento, cada espasmo... experimenté una conexión tan fuerte, que se escapaba de mi entendimiento, y

me asustaba, pero de la que no quería huir. Cuando terminé, antes que él, sentí tanta paz, que me quedé dormida, sin poder remediarlo.

Desperté y pegué un grito, tiempo más tarde, encontrándome cara a cara con Brun, al abrir los ojos.

—Pero ¡qué te pasa! —se rio ella. Estaba vestida con su camisón y tenía su cama abierta, lista para entrar a dormir.

—¡Me has asustado! ¿Qué hora es? —Me tapé pudorosamente con las sábanas.

—He venido hace nada, y ya estabas dormida. ¿Has tenido un mal sueño?

—No... no... —Me rasqué la nariz, y miré disimuladamente sobre su hombro, buscando cualquier señal de Craig, aunque era obvio que estábamos las dos solas.

—Craig ha dejado una nota bajo la puerta, supongo que es para ti. ¿Quieres que te la lea? —Asentí, aunque me daba miedo lo que pudiese decir.

—Pues... dice que mañana estés lista a las doce, que te viene a buscar.

—¿Nada más?

—No, nada más. —Sorbió aire por la nariz— Oye, aquí huele raro, ¿no? Como a... —intentó chasquear los dedos, sin conseguirlo.

—Es que hemos estado en Umi, en la lonja. —Contesté rápidamente, lo primero que se me vino a la cabeza.

—Puf, con razón huele así. Voy a encender unas esencias, si no te importa, ya mañana aireamos.

—Vale, no me importa, gracias. —disimulé y automáticamente volví a acostarme en la cama, tapándome hasta la nariz.

Ella abrió uno de sus baúles y sacó un frasquito con la esencia, y me giré en la cama, dándole la espalda, mientras la encendía. Mi entrepierna aún estaba húmeda y pegajosa, y era una sensación muy desagradable, con ella pululando a mi alrededor. Suspiré, cerré los ojos y abracé la almohada. Bajo las sábanas, olía a Craig. El estómago me dio un vuelco, aparté la cara de la almohada y de las sábanas, buscando aire y sintiendo el perfume de flores secas que había encendido Brun. Respirar aquel aire no era un alivio, pero al menos, despejaba mi mente.

Me quedé boca arriba, cerré los ojos, y fingí que estaba dormida, esperando a que mi compañera lo estuviese de verdad. Entonces, rápidamente, salí de la cama, saqué un camisón de mi baúl, me lo puse, y me volví a acostar.

DIECISÉIS

Uno de los beneficios de no poder apenas conciliar el sueño, era el de lograr levantarme antes que Brunilda. Lo primero que hice entonces, procurando ser lo más silenciosa que me fue posible, fue quitar las sábanas de mi cama y hacerlas un nudo, para llevarlas a la lavandería. Abrí mi baúl y saqué la ropa que iba a ponerme aquel día: unos pantalones que se abrochaban con botones en ambos lados de mi cadera, una blusa simple, y una chaqueta que sólo me cubría los hombros y la mitad de la espalda, pero que estaba de moda y me encantaba.

Así, cargada con mi ropa y el nudo de tela, bajé al piso de abajo. Salí al baño, encendí la caldera, dejé ahí el hatillo y me volví a meter en casa para ir preparando el desayuno de las dos, mientras se calentaba el agua. Estando ocupada, no pensaba en nadie, tan sólo en lo que estaba haciendo, así que estuve tranquila, mientras esperaba a que el té hirviese, mientras tostaba con cuidado los trozos de pan y lo colocaba todo, junto con mantequilla y un bote de confitura de frutos rojos sobre la mesa. Cuando lo dejé todo listo, pegué una voz para despertarla, y fui a bañarme.

Pensé que todo estaría bien: regulé la caldera, abrí el grifo y me desvestí y entré en el agua. Entonces, cuando empecé a frotar mi cuerpo desnudo, en los mismos lugares donde Craig me había acariciado y besado la noche anterior, tuve asco de mí misma. Pataleé dentro del agua, la golpeé con los puños y me enfadé porque a pesar de ello no había conseguido que el agua se desbordara. Aclaré el jabón de mi cuerpo, salí con cuidado de la bañera y me sequé. El hatillo de sábanas, seguía ahí inerte, como recordatorio de la noche anterior. Me molestaba, porque aquellas sábanas, de un desvanecido color lila, me gustaban mucho. Se me antojó que podría intentar quemarlas en la caldera, pero enseguida descarté la idea. Las saqué del baño y las dejé frente a la puerta principal, para llevarlas a la lavandería, cuando saliese junto a Craig.

El té estaba congelado cuando me llené mi taza. Brun parecía un poco preocupada al recibirme a la mesa.

—Te he puesto sábanas limpias. —Anunció.

—Gracias, no tenías por qué.

—Por qué las has quitado? Acababas de ponerlas... —no vi necesario responderle. Me concentré en llenar de confitura y mantequilla una tostada, que ya estaba como una piedra, y le pegué un enorme mordisco. —¿Deborah? Estás muy rara desde anoche.

—¿En serio? —aún tenía la boca llena y le sostuve su mirada, mientras masticaba.

—¿Me estás ocultando algo? ¿Qué ha pasado?

—Nos invitaron a ostras, en Umi. Cerca de la lonja —añadí— creo que no me sentaron muy bien.

—No, no tienes buena cara, eso es verdad.

—Claro que no. —Terminé la tostada— Por supuesto que no.

Terminé el desayuno sin hablar de nada más, y no me moví de la mesa hasta que llegó Craig a buscarme. Al oírle llamar a la puerta, me levanté de la silla como si llevase un resorte en el trasero, dispuesta a huir de mi casa, para hablar con él en privado de lo que había pasado la noche anterior. Corrí hacia la puerta, pero mi amiga se adelantó.

—¿Estás bien Craig? —Se interesó, nada más verle.

—Buenos Días, chicas... Brunnie, —saludó, con medio cuerpo asomado al dintel. —¿Por qué me preguntas eso?

—Deborah me ha contado que anoche comisteis ostras y os sentaron mal, ¿no es así? —Su pregunta me ofendía. Obviamente, no me había creído. Craig y yo nos miramos con incomodidad.

—Creo que sólo le han sentado mal a ella. ¿Has tenido mala noche? — Me crucé de brazos, abochornada.

—Si... —Respondí, impaciente. Quería largarme y acabar con las preguntas de Brun.

—Bueno, en verdad, ya lo sabía. —Carraspeó con disimulo. — Anoche la vi un poco enferma al dejarla sola en casa. Por eso te he traído esto, para compensarlo.

Se separó del dintel, e hizo un movimiento rápido con sus brazos, para acabar mostrándome algo que sostenía entre sus manos. Su sonrisa fue tímida, y sus ojos parecían suplicantes. Descrucé los brazos y me acerqué para recibir su regalo. Se trataba de una bolsa de tela fuerte, teñida de un color vino tinto, tan oscuro, que podría pasar por negra, con poca luz. Se parecía a la que llevaba él, pero ésta era algo más pequeña y estilizada.

—¿Te gusta? —preguntó, y me la colgó, cruzada, desde el hombro izquierdo.

—¡Vaya! —exclamó Brunilda. —Menudo detalle, Craig.

—He pensado que te haría falta. —Él la ignoró, y me ajustó la correa a la altura que consideró adecuada. Noté que pesaba un poco.

—¿Hay algo dentro? —pregunté, repentinamente ilusionada.

—Compruébalo. —contestó, satisfecho.

La abrí. Dentro había otro cuaderno en blanco, una carpeta vacía y mi primera pluma estilográfica de metal, como las que se usaban en las juntas. Además, de aquellos materiales, había también un monedero nuevo, muy bonito, alargado y rígido, para acomodar las fichas más grandes sin romperlas, y recubierto de tela bordada con hilos de colores, creando patrones geométricos.

—¿Entonces te gusta? ¿Te encuentras ahora mejor?

—Sí, sí Craig. Pero no tenías por qué... —Saqué mi saquito de fichas del pantalón y lo introduje en mi nueva bolsa.

—Creo que anoche me porté algo mal, dejándote aquí así... —Desvió la vista hacia Brun, recordando que aún no estábamos a solas.

—Tenemos que marcharnos, Craig. —resolví.

—Vámonos, entonces. —Aclaró su garganta— Nos vemos, Brunnie. — Le hizo un gesto para despedirse, colocando los dedos índice y corazón delante de su frente y separándolos de ella con rapidez.

—Hasta luego, Brun. —Me despedí yo. Ella asintió y se quedó mirándonos alejarnos, desde la entrada, con expresión sombría.

Avancé unos pasos, y me tocó volver corriendo a por el hatillo de sábanas que había dejado al lado de la puerta.

—¡Se me olvidaba! —exclamé y Brunilda me sonrió entonces, cerrando la puerta.

—¿Eso que llevas ahí son...? —Preguntó Craig al verme cargar con ello.

—Mis sábanas, las de anoche. —Y le miré a los ojos. —Huelen a ti.

—Ah. —Carraspeó. —Anoche... Siento haberme ido sin despedirme. Pero si Brunnie llegase a vernos...

—Sí, ya. Y ahora traes esta bolsa, este regalo... Para compensarlo, ¿No? No creas que por traerme un regalo más, puedes irte sin explicarme qué fue lo que pasó anoche. Fue muy raro. No sé qué pensar, Craig...

—¡Qué va! —Rascó su nariz— Esta bolsa... verás, la había encargado

para ti la semana pasada. Quería que la tuvieras, para hacer honor a tu puesto de consejera. Me la han entregado justo hoy, ha sido pura coincidencia.

—Hace una semana. —Me dije, y medité en silencio, mientras observaba la punta de mis pies, al avanzar por las calles— Joder, lo que ha cambiado todo en una semana... Por mi culpa. —Musité, y renuncié a mis ganas de recriminarle nada.

—Y aún faltan cosas por cambiar. —Dijo, entusiasmado, desviando mis pensamientos con el roce de sus dedos en mi espalda— Sirena mía, este barco va a toda vela.

—Pues habrá que hacer que llegue a buen puerto. —Sujeté la correa de mi nueva bolsa entre mis manos y sacudí los hombros.

—Así, lo vas pillando. —Guiñó un ojo, como hacía siempre. —Vamos, a trabajar.

Sí, trabajar... Prefería trabajar y ocupar por completo toda mi mente y esfuerzos en ello, antes que volver a pensar en su cuerpo fusionado con el mío y la enorme confusión que me habían provocado las intensas sensaciones que había experimentado junto a él. Algo en su forma de actuar, me decía que él tampoco quería tratar ese tema. Tal vez era mejor dejarlo así. Llevamos el nudo de sábanas al lavadero y en cuanto lo abandoné a su cuidado, aparqué también la noche anterior de mi memoria.

Ocupamos entonces la mañana, recorriendo Nao, en busca de colaboradores para nuestra campaña y concretando el lugar de la reunión del Lorde (en el puerto, en el muelle frente al Lambo) y el del último evento, que haríamos el Midgen, en la avenida principal. Como este acto lo íbamos a realizar en la calle, teníamos que hablar con los vecinos, reunir a un gran grupo, explicarles la situación y convencerlos de que nos permitieran ocupar las calles.

Gastamos demasiado tiempo en eso, y tuve miedo de que el esfuerzo fuese en vano, pero Nao era isla de marineros, y desde luego, se notó. Apenas hubo reticencias, y fueron muchos los dueños de establecimientos, que pidieron convertir el suyo en un punto de reclutamiento. Fueron tantos, que tuvimos que hacer criba, decantarnos por aquellos lugares que fueran más accesibles a la gente, y reducir su número, porque si no, nuestras cuentas no saldrían, a la hora de pagar sus comisiones. Escogimos así cuatro establecimientos, que se localizaban a lo largo de la misma avenida principal.

La hora de la comida llegó como en un parpadeo, y tras comer en casa de

Craig, fuimos a la junta, a exponer nuestros avances, con ilusión. La opinión de Sidgrid no se hizo esperar:

—Me resulta ridículo que hayan conseguido cuatro puntos de reclutamiento en Nao, siendo la isla más despoblada de las cuatro civiles, mientras que Umi, tan solo cuenta con uno. No sé a qué dedicarán su tiempo ustedes dos, pero desde luego, no lo emplean en sacar adelante su campaña. —Nos increpó.

—Alteza nosotros dedicamos todo nuestro esfuerzo... —intenté defendernos.

—Es obvio que usted, señorita Cortez, no conoce cómo es este Reino y cuánta gente vive en él. Tal vez un trabajo de esta envergadura sea demasiado para usted. Pero seré benevolente, y le diré cómo tiene que hacer las cosas: consigan otros cuatro puntos de reclutamiento en Delphine, lleguen a los cinco en Thalassa y aseguren seis en Umi. Así, y no de otro modo, podré creer que se esfuerzan en sacar adelante su campaña, y al Reino.

—Muchas gracias, majestad. —Respondió Craig, bajando la cabeza. Le miré con rabia, pero tras recibir una patada suave, bajo la mesa, me aplaqué.

—Confío en que esta será la última vez que tenga que decirles cómo hacer su trabajo. —Sidgrid se regodeó.

—Lo será señor. —Volvió a contestar Craig. La sangre me bullía en el cerebro.

Salí hecha una fiera de la asamblea. Si no fuera por que quien nos había tratado así, era el Rey, y porque había más gente presente, me hubiera tirado a reventarle la cabeza a puñetazos. Él y su estúpida suficiencia. Imbécil, pedante...

—Sirena, calma, estás hablando en voz alta, todos te pueden ver... —El Capitán se puso delante mía e intentó frenarme con su cuerpo. —Sidgrid no te lo ha dicho para atacarte. Cálmate, joder.

—¡Claro que sí, Craig! —Repliqué— Lo hace para atacarme, no me traga, igual que yo tampoco le trago a él.

—Te equivocas. Además, piénsalo, Sid tiene razón. Umi es la isla más poblada y no podemos conformarnos con tener un solo punto de reclutamiento...

—¡Pues podría haberlo dicho de otra forma...! —gruñí— ¡Ha dicho que nuestro trabajo era ridículo, Craig!

—Él se desentendió de esta campaña y ahora se cree con derecho a

intervenir. —Suspiró con levedad— Sólo se porta como un Rey cuando le interesa.

—¡Es un cretino! —Mi compañero rio brevemente, en voz baja— ¿Me tiene envidia o algo?

—Si lo ves así... —Se encogió de hombros. —No lo había pensado, pero, tal vez... digamos que sí.

—Allá él. —Hice un gesto despectivo con la mano, y chasquéé la lengua.

—Sirena, ahora tenemos mucho por hacer. Cuando terminemos, tendrás tiempo para seguir gruñendo. —Dio por finalizada la conversación. Me resigné. Tenía razón, no podíamos permitirnos descansar todavía.

Nos alejamos del diminuto castillo y sin perder tiempo, fuimos a la isla Delphine, con el hotel, como nuestro indiscutible primer destino. Apenas me acordaba del recepcionista, que se llamaba Remy, con su largo pelo recogido en rastas, pero él me recordaba bien a mí. Con escucharle intercambiar un par de frases con Craig, me quedó absolutamente claro que se conocían y se llevaban bastante bien. Al fin y al cabo, de no ser por ello, no le hubiera hecho el favor de acogerme en sus habitaciones, sin vigilancia, cuando todo el mundo estaba ocupado por el sepelio real y apenas me conocían.

Le explicamos el contenido del bando, y tras hablarle del plan de comisiones, accedió a convertir su recepción en un punto de reclutamiento. Sin embargo, Craig fue más allá. Sacó un saquito de aspecto blando de su bolsa, y se lo entregó a Remy. No entendí muy bien de que se trataba aquello, hasta que el recepcionista lo abrió y olió el contenido de su interior.

—¿Sabes qué? Tengo mucho más de esto en casa. Si te mojas un poco más, te lo doy todo. —Sugirió Craig, con tono confiado, apoyado en el mostrador de recepción.

—¿Gratis? —Craig no respondió, pero Remy volvió a inspeccionar el contenido del saquito. —Parece bueno, ¿de verdad me lo darías todo? —Les observé a uno y al otro, algo perpleja, pero decidida a seguir adelante con el plan de mi compañero, quien asintió como respuesta. —A ver, ¿qué quieres que haga? Craig me miró, y me hizo un gesto con la cabeza. Intuitivamente, supe qué debía decir.

—Necesitamos organizar una reunión para informar de esto a los habitantes de Delphine. Es algo que nos exige el Rey y que debemos celebrar el Mjorn, y no hemos encontrado ningún otro establecimiento que quiera colaborar. —Craig me observaba hablar, intentando disimular su sonrisa. —

No tenemos más presupuesto como para poder compensarte, —me inventé, y puse la expresión más inocente que fui capaz de fingir— así que, con este gesto, esperamos que podamos suplirlo y te pedimos que nos dejes celebrar la reunión aquí en el hotel.

—Remy, piensa en toda la gente que puede venir. —Añadió Craig.

—Todos los habitantes de Delphine, o de las otras islas, —argumenté— puedes aprovechar para promover tu hotel, recordarles que existe. Y, además, podrás mostrar tu interés por la supervivencia de todos.

—Ya veo... —Empezó a mover la cabeza, mientras se lo pensaba.

—¿Aceptarás? —pregunté.

Remy echó otro vistazo al saquito, introdujo un par de dedos en su interior y sacó una pizca de lo que parecía una mezcla de hierbas, que desmenuzó entre sus dedos y dejó volviere a caer dentro de la pequeña bolsa. Olió el aroma que había dejado en sus manos y tras meditarlo brevemente, hizo un gesto con la cabeza.

—Sí, macho, por supuesto. —Se dirigió a Craig y se estiró por encima del mostrador, para abrazarle, como pudo. —Menudo detallazo, sabías que llevaba años tras esta mezcla. Pensé que nunca...

—A medidas desesperadas, Rem... —Éste le soltó del incómodo abrazo. —Te agradezco que participes, entonces.

—Pues claro que sí, por el pueblo lo que sea, hermano. —Se estiró de nuevo para palmearle el hombro. —Y tú muchacha, me alegro de haberte acogido en mi hotel. Estás haciendo cosas grandes por nosotros.

—Gracias. —Respondí, fingiendo aún neutralidad.

—Contactaremos contigo el Freiden con todos los detalles.

—Muy bien. Para lo que necesitéis.

—¿Qué ha sido eso, Craig? —le pregunté según nos alejábamos del hotel. —¿También traficas con las hierbas que fumas?

—Bueno, no, en verdad.

—¿Entonces?

—Se lo compré al herbolario que está cerca de casa, sabes cuál es, ¿verdad? —asentí— Pues pedí un gran saco, para mucho tiempo, pero me equivoqué al apuntar el pedido, y no es lo que suelo consumir. Y tiene años y es, ¡uf! Horrible, pero al Rem le encanta. Estaba deseando quitármela de encima.

—Mira que bien.

Y continuamos nuestro recorrido por Delphine, con la misma cantinela que por la mañana, y que el día anterior, esforzándonos porque cada vez que lo explicásemos fuese como la primera, para conseguir endosar, sin más trapicheos, los tres puntos de reclutamiento que nos faltaban: costó bastante tiempo, pero fue posible. Y sin descansar, nos fuimos a Thalassa.

Estaba agotada cuando Craig me dejó en la puerta de mi casa, pero satisfecha, pues al día siguiente, si se nos daba bien la isla de Umi por la mañana, podría restregarle a Sidgrid por la cara el haber cumplido su peculiar reto. Pero con todo y eso, aún debíamos contactar con Hans, y aún nos faltaba escribir el guion de todos los eventos y dejarlo listo para el Freiden, cuando debíamos comunicar el orden y la organización oficial tanto a la junta como a todos los colaboradores. Mi cabeza se sentía pesada sólo de pensar en todo lo que nos faltaba por hacer, y en cuanto me quedé sola, me tumbé en mi cama, aún con la ropa de calle.

Estuve tan atareada durante los dos días siguientes, que me preguntaba cómo no me había dado todavía un colapso. El Rey apenas hizo caso a nuestros avances, pero a pesar de su indiferencia, fue muy satisfactorio ver cómo, mientras nosotros atábamos nuestros cabos, el resto de los miembros del consejo comenzaban a mover sus respectivas fichas. Las obras para reparar las embarcaciones habían empezado, y se habían comenzado a perfilar los primeros bocetos estratégicos de aquél viaje. Además, y por propia voluntad, la pequeña Lavender propuso ayudarnos a hacer correr la voz sobre las reuniones, por todo el reino. Sidgrid la mandó callar, descartando de pleno su propuesta.

En cuanto tuvo la ocasión, cuando la reunión finalizó, y mientras esperaba a su padre, Lavender vino hacia nosotros.

—¡Capitán Lacy, Deborah! —Nos llamó— Por favor, aceptad mi ayuda, ¡os lo pido, os lo pido! ¡Por favor!

—Bueno, Grumete Nia, ¿de dónde sale tanto interés? —Respondió él. — Por cierto, puedes relajarte, estamos fuera de la junta y lejos de las naves. — Y ella, que se había cuadrado para hablar con nosotros, dejó caer los hombros y suavizó la tensión en su pequeña espalda.

—Gracias, Craig.

—Entonces, ¿por qué quieres ayudarnos? —pregunté yo.

—Veréis, soy pequeña, lo sé, pero todo esto me preocupa. De mayor quiero ser una Capitana como tú, dirigir mi propio barco, hacer proezas,

tendré una fragata y la llamaré Furiosa, ya lo he pensado. —Dijo enérgicamente, agitando sus manos unidas frente al pecho— ¡Pero nada de eso ocurrirá si no hacemos todo lo posible para sacar adelante al pueblo! — pegó un saltito— No quiero que nos quedemos sin barcos, o sin comida. Quiero poder crecer, sin miedo a pasar hambre, —sus ojos parecieron más grandes, más brillantes— y cumplir mis sueños, y si no puedo hacer nada por mí misma, en el consejo, ¿para qué estoy aquí?

Me quedé mirándola boquiabierta.

—Te entiendo perfectamente. —Craig la miraba satisfecho. —¿Has visto, Deborah? Por algo la elegí como mi primer grumete.

—¡Vaya! —Fue lo único que pude decir. —Y, no sé, ¿cómo nos vas a ayudar?

—Verás, Deborah, tengo los mejores amigos del mundo y hemos pensado que podemos dedicarnos estos días a avisar a todo el mundo de la reunión. Somos varios, así que podemos ir a muchos sitios a la vez y dar la lata, pegar carteles, hablar con la gente...

—¿Hablas de los de tu cuadrilla? —preguntó Craig.

—Sí, capitán, —Volvió a tratarle con formalidad, sin darse cuenta— al menos Mannie, el de la peluquera y Vania están conmigo. Pero hay más con los que siempre jugamos.

—¿Y le has contado todo a ellos? —me preocupé.

—Pues claro, —Lavender se encogió de hombros— de todas maneras, nuestros padres están a lo suyo y nunca nos preguntan nada.

—Puedes confiar en ellos, Deborah, te lo digo yo. —Aclaró él, con voz tranquila. —Cuándo podréis empezar a correr la voz, —volvió a dirigirse a la niña— ¿ahora?

—Si lo pide, Capitán, ¡por supuesto! Todo Miurgel debe saberlo, todo depende de esto. ¡No pararemos hasta que el Lorde no quepa un alma en el puerto!

—Pues eso me parece estupendo. ¿Verdad, Sirena?

—Es... —la miré, con una sonrisa. —No quiero que todo lo que hemos estado haciendo se venga abajo si nadie se entera. Pero, ¿no pides nada a cambio? —La pequeña sacudió la cabeza.

—Tan sólo dejadme hacerlo. Es todo lo que pido. ¿Por favor? Debbie, di que sí.

—Sí. Adelante. —respondí.

Lavender dio una zancada hacia atrás, emocionada. Nos hizo una reverencia y se giró a la sirvienta, que como todos los días hacía guardia hasta que todos nos marchábamos. —¡Oye, si viene mi padre dile que me he ido a mi guarida! —La mujer asintió, fingiendo que no nos había espiado durante toda la conversación, en absoluto. —Bueno, ¡pues allá voy! Ya lo veréis, ¡el puerto estará a reventar! —y salió corriendo, sus pisadas resonando en el suelo de piedra.

—Va a ser una auténtica líder, cuando crezca. —Suspiró Craig.

—No lo dudo. —Y entonces alcé la palma, para chocarla con él. —Algo menos de lo que preocuparnos. —Él respondió a la palmada, segundos más tarde.

—Bueno, ahora solo nos queda toda una serie de actos que programar. ¿Vamos a mi casa?

Las horas siguientes las pasamos planeándolo todo, escribiendo los órdenes de los actos, un guion para el Lorde, y otros distintos para los siguientes días. Escribimos las respuestas que podríamos dar a las preguntas que la gente del pueblo nos pudiera hacer, apuntamos frases que pudieran ayudarnos a motivar a nuestro público, hasta dibujamos planos sobre dónde debíamos colocar nuestros atriles; no queríamos dejar nada sin atar.

El tiempo se nos echaban encima y decidí quedarme a pasar la noche junto a él, y aunque compartimos su lecho de nuevo, él tan sólo se quedó dormido, abrazado a mí. No teníamos ganas de distracciones. Tan sólo queríamos ahorrar tiempo, en idas y venidas y ponernos en marcha desde primera hora del Freiden, cuando debíamos transmitir la información a Sidgrid, y cerrarlo todo con los que se habían comprometido a colaborar, confirmar la participación de los bardos y ensayar todo lo posible, para el evento del día siguiente.

Así en un chasquear de dedos, me vi de pie, en el puerto, frente al Galeón Lambo, el niño bonito de Craig y única de todas las embarcaciones que habíamos decidido no reparar, por ser demasiado grande, estar demasiado estropeado y resultar muy lento para nuestros planes. Habíamos colocado una tarima baja, una docena de sillas, un trono y un atril portátil tras el que me encontraba yo, arreglada con ropa sobria, repasando mis notas, escritas a mi manera y en mi idioma, en el cuaderno nuevo que me había regalado Craig, (el otro lo reservaba para Sam y mis lecciones), mientras esperaba a que llegasen las trece horas, cuando el acto comenzaría de forma oficial, aunque

según el reloj solar que había incorporado en el atril, todavía faltaba bastante.

Junto a mí, tan sólo estaba Craig, obviamente, los dos Ancianos que nos abrieron las puertas de sus almacenes, para recoger el atril, la tarima y un número limitado de asientos, los voluntarios que nos habían ayudado a montarlo todo, que ahora formaban parte de la poca multitud que ya se iba acercando, y como representación de los bardos, mi Sam, Gareth y Yoshi. El resto del consejo (exceptuando a Lavender, que muy presumiblemente, seguiría dando carreras por las islas, con su joven grupo, avisando y reuniendo a aquellos habitantes que hubiesen quedado rezagados), llegaría, con la comitiva real a la hora en punto, por lo que teníamos que asegurarnos de que todo estuviese en regla para entonces. Yo estaba tranquila, tenía bastante claro de que todo saldría según lo habíamos planeado, a pesar del escaso tiempo que habíamos tenido. Pero los demás...

En la tarima, Sam y Gareth parecían discutir en qué tono debían tocar, o algo así, porque yo no hacía más que oír las mismas notas, sostenidas, emitidas con poco cuidado desde sus instrumentos, fluctuando arriba y abajo, mientras hablaban rápida y acaloradamente. Un poco más allá, desentendido de ellos dos, Yoshi ensayaba silenciosamente la posición de sus manos sobre sus tambores. Y Craig estaba en el suelo, detrás de mí, paseándose de un lado a otro con sus apuntes en la mano, repasando una y otra vez el texto que debía decir cuando anunciase a Sidgrid, y todo el resto del guion, para que sonase natural. Él se había empeñado en hablar la mayoría del tiempo, pues los habitantes de Miurgel le conocían bien. Por supuesto, a mí me parecía lo mejor. Así yo me limitaría a coordinar y a hacer de apuntadora. Me ponía incómoda la idea de tener que enfrentarme al pueblo.

Siendo honesta, saber que no tendría que hablar ante el público, era el verdadero motivo que me hacía mantener la calma.

Cuando faltaban aproximadamente unos veinte minutos, siempre según el reloj de sol, vi, entre los grupos de gente que se acercaban, a Brun, junto con Prasad, su esposa y sus hijos. Tras ellos, había un gran grupo de nuestros clientes habituales, pero no solo les vi a ellos, sino que reconocí también a varios de los comerciantes de Thalassa, que, sin lugar a dudas, igual que Prasad, habían cerrado sus locales para venir a enterarse. Junto con ellos, la gente comenzó a llegar de golpe, como si hubiesen estado esperando una señal para acercarse al puerto. Al verlos congregarse, mi corazón dio un vuelco. Volví a mirar las notas en mi cuaderno y de repente no me entendía

ni mi propia letra. Me sentí encoger y pensé que podía esconderme detrás del atril.

Miré hacia atrás, y Craig interrumpió su pasear en cuanto sintió mi mirada. Con gran agilidad, se acercó a la tarima y tan sólo necesitó apoyar una mano para saltar y subirse en ella. Al ver que él estaba en cuclillas, y que estábamos a la misma altura, entendí que yo también me había encogido, y no recordaba cuándo lo había hecho.

—Estás pálida, ¿todo bien?

—Hay mucha gente —susurré. Él se asomó por encima de mi hombro.

—¡Guau! Y aún siguen viniendo. —Agitó la cabeza y sonrió. —Ésta Lavender, te digo yo que llegará lejos. —Quise decir que sí, pero no supe articular la palabra. Necesitaba respirar— Oye, siéntate, descansa un momento, yo me puedo encargar de todo, por ahora, ¿vale? —Le vi alzar la vista hacia algo detrás de mí, pero no supe cómo girarme.

—¿Pasa algo? —escuché la voz de Sam.

—Sammie, puedes ayudarla a levantarse? Creo que se ha mareado.

—Estoy bien —Protesté, aunque no opuse resistencia, cuando sentí las manos de Sam, intentando sujetarme con cuidado por el hombro y la cintura.

—Vamos, tienes que levantarte, Deb. —Me dijo, con suavidad. —Capitán, ¿me ayuda?

—¡No! —Grité en mi mente, pero fue muy tarde. Con gran satisfacción, Craig se levantó, agarrándome de las manos y obligándome a hacer lo mismo y cuando al fin me encontré de pie, y las cosas parecían tambalearse a mi alrededor, me encontré en una incómoda posición, entre ellos dos. Les notaba tan pegados a mí, que su presencia y su calor me agobiaba. —Parad, parad, por favor. —Les pedí, y sacudí mis manos de las de Craig. Como consecuencia, Sam se apresuró a apartar también sus manos de mí.

—¿Podrás irte a sentar tú sola? —El bardo me rodeó hasta ponerse al lado de Craig y al verles uno al lado del otro, me costó distinguirles. Confusa, miré hacia atrás, al gentío, y sólo vi caos, y cientos de caras que me miraban, reprobadoras.

—¿Está pasando esto de verdad? —Pregunté. Sam puso una mueca y Craig boqueó, antes de decir:

—Voy a por agua. Grumete, bájala de la tarima, siéntate con ella.

—Pero Capitán, el acto está a punto de empezar y...

—Olvídate de eso. Quédate con ella, ¿de acuerdo?

De la misma manera en que se había subido, Craig volvió a bajar de la tarima, y entre él y Sam me ayudaron a bajar también, discretamente. Cuando toqué el suelo y me vi amparada por la estructura de madera, me sentí algo mejor, pero seguía desorientada, y noté frío, cuando hasta hacía poco había tenido la sensación de que me sobraba la ropa. No entendía nada, con lo tranquila que yo estaba.

—Hada, —oí un chasquido— hada mía, —otro chasquido— eh, —y otro chascar de dedos más frente a mis ojos— Deb, mírame. —Fruncí el ceño, no quería mirar a ningún lado.

—Deborah, te vas a quedar con Sam, ¿de acuerdo? Sidgrid está a punto de subir, con el consejo, no te preocupes por ellos, yo te excusaré, ¿vale? Todo va a salir bien. Lo verás, todo va a salir bien. ¿Me has entendido? — Otra vez, no sabía quién de los dos me estaba hablando. Pero uno de ellos suspiró, y el que acababa de hablar se dirigió a él. —Toma, dale un poquito, pero si le cuesta tragar, no insistas.

—De acuerdo. Se pondrá bien, ¿verdad?

—Seguro que sí. Joder, —y continuó hablando, demasiado bajo para que yo lo escuchase, o simplemente no supe seguir prestando atención. Cerré los ojos.

Los colores de todo lo que me rodeaba parecían más vivos, mejor definidos. Frente a mí, el agua, las gaviotas, boyas con sus campanas tintineantes en la distancia; en mis oídos una suave melodía de guitarra y detrás el bullicio: murmullo de gente, a veces ovaciones, y a veces siseos, pidiendo silencio. No estaba segura de qué estaba pasando, o si me había quedado dormida, pero al menos estaba bastante contenta de poder respirar con normalidad.

Me giré para ver qué estaba pasando, y me encontré amparada tras un muro de cajas apiladas, tapadas con una lona. Apoyado en él, de pie, Sam tocaba, concentrado. Sus ojos, pendientes del movimiento de sus dedos sobre el mástil y las cuerdas, sus labios, moviéndose discretamente, sin emitir ningún sonido, como si estuviese ensayando o componiendo una nueva canción. Él tardó tiempo en darse cuenta de que le estaba observando, aunque yo preferiría poder seguirle contemplando indefinidamente, porque hacerlo me tranquilizaba y me transportaba a otro lugar: él era un ser etéreo, demasiado bueno, demasiado puro, ajeno a la realidad, salido de un cuento.

—Hey, ¿estás mejor? —preguntó.

—Creo que sí.

—¿Quieres beber? Te he traído agua.

—Por favor. —Mi voz sonaba ronca.

Dejó, con cuidado, como hacía siempre, la guitarra en el suelo, apoyada contra la pared, y se sentó en el suelo frente a mí. Cogió un pequeño odre, que se había colgado a la cintura, le quitó el tapón y me lo pasó. Me lo acerqué a la boca y bebí un pequeño sorbo, con cuidado de no atragantarme. Paladeé el agua, para refrescar la garganta y tomé otro sorbo más largo. Cuando estuve satisfecha, se lo volví a pasar, y él tomó un sorbo también, mirándome a los ojos.

—Me tienes preocupado, y te he echado de menos.

—Lo siento. —Crucé las manos sobre mi regazo, y me sobresalté con una repentina ovación. —¡Ah, yo debería estar ahí!

—Lo sé. Yo también tendría que haber estado ahí. —Expulsó aire por la nariz. —Pero estoy aquí, a tu lado y tú necesitas tranquilidad. —Se rascó la cara, y al terminar se golpeó la pierna, con tal vez demasiada fuerza.

—Sam, ¿estás enfadado? Porque de verdad, lo pareces.

—Mmmm... no. —Contestó y contrajo los labios, como un niño. —Tal vez. Pero no contigo, ¿vale? Contigo no me pasa nada. —Tragó saliva.

—Entonces, ¿por qué? —insistí.

—Quiero que todo esto pase. Que los reclutas se apunten, salgan los barcos, traigan barcos nuevos de una vez y poder volver a nuestra vida de siempre.

—Eso es lo que queremos todos, para eso hemos montado todo esto.

—Claro, y lo sé, pero, no, no es eso lo que quiero decir. Quiero que vuelvas, que te dejen libre y quiero que... que... eh, no sé, ¿me entiendes?

—No mucho. —Pero oírle decir eso me hacía sentir muy feliz.

—Mira lo que te acaba de pasar, te has puesto muy mal, y eso no es bueno. No quiero que tengas que pasar por esto siempre, y que te utilicen, como si todo el futuro dependiera de ti. ¡No está bien!

—Nadie me está utilizando, Sam, lo hago porque quiero.

—¿De verdad? Piénsalo. —Se tiró de los puños de su camisa, nerviosamente. —Aunque si tú lo dices, será verdad. —De los puños, pasó a jugar con sus propias manos. —Me preocupo por ti, eso es todo. Perdona. —Se disculpó.

—¿He estado mucho tiempo fuera de combate? —pregunté y le pedí el

odre de agua con un gesto. Me lo pasó y contestó mientras bebía.

—Calculo que una media hora. ¿Falta mucho para que termine el evento?

—Nosotros lo preparamos para que no pasara de hora y media. Falta una hora aún. —Respondí, y volví a tapar el odre. Él lo recogió y asintió.

—¿Quieres que volvamos, quieres verlo? —Me lo pensé un instante.

—No. No, está Sidgrid, y hay mucha gente, no creo que pueda. Además, no me apetece. —Él sonrió. —Es el primer rato que nos dejan a solas, y yo también te echaba de menos. —Extendí las manos hacia él, y las estrechó con las suyas— Hoy tendríamos que estar ensayando, y cantando juntos.

—Solo Dios sabe qué sería de mí, sin ti...—canturreó, “God Only Knows”.

—Solo Dios sabe qué sería de mí, sin ti...—repetí, pues así seguía la canción.

—Solo Dios sabe qué sería de mí, sin ti...—cantamos al unísono. Mas allá el público aplaudió. Él se distrajo, se echó hacia atrás intentando llegar a mirar lo que pasaba, y yo aproveché el ruido para musitar un “te quiero”. El volvió la cabeza enseguida.

—¿Eh? —Y le sorprendí con mis labios.

DIECISIETE

Cuando el acto terminó, junto con Craig, vino todo el mundo a buscarme, o eso me pareció: la mayoría de miembros del consejo, exceptuando a los Ancianos y Brun. Sam permaneció junto a mí, ofreciéndome su apoyo, con una mano en mi hombro, y otra en mi cintura, como si fuese mi guardaespaldas.

En total, tenía una decena de personas, rodeándome. Saludé tímidamente con la cabeza a todos los que habían venido, y tras un corto silencio, en el que intercambiaron miradas de complicidad, empezaron a aplaudir. Me llevé las manos a la cara, entendiendo que si me aplaudían era por algo bueno.

—Ha sido un éxito, Deborah. —Habló Craig, por encima de la ovación, que cesó poco después de que él pronunciase esas palabras.

—¡Ha venido mucha, mucha gente! —Exclamó Lavender.

—Gracias a ti, Lav. —Sonreí. —Gracias a ti. Decidme, entonces, ¿Cómo ha ido el evento? ¿Cómo se ha tomado el pueblo la noticia?

—Demasiado bien, mucho mejor de lo que esperaba —dijo Erol, que representaba a los comerciantes— ¿verdad? —y miró al resto de sus colegas. Hubo varios gestos de aprobación.

—¿En serio? ¿No ha habido indignación? ¿Nadie ha querido protestar? —Me extrañé.

—Bueno, ha habido inquietud, se ha notado, al principio, —respondió el Capitán Sokolov— pero luego, cuando hemos hablado de las pautas y del proyecto para capturar embarcaciones...

—La gente se ha sentido mucho más tranquila. —Añadió Pía, la otra representante de los comercios.

—Sí, en cuanto han sabido que trabajamos para solucionarlo —volvió a hablar el Capitán.

—Eso es —contestó Pía de nuevo.

—¿Y creéis que querrán alistarse? ¿los habéis visto con intención de querer involucrarse con el proyecto? —Insistí.

—Ha venido mucha gente, aunque no he visto mucha gente de la edad

reclutable... —respondió la Capitana Engström.

—Venga ya, ha venido gente de todas las edades, Elsa, no empieces. — Interrumpió Craig.

—Tu has estado hablando, no te has fijado tan bien en el público, como yo. —replicó.

—No me vengas con bobadas.

—Sé lo que estoy diciendo. —Le calló. —A ver, Deborah, había poca juventud de la que buscamos entre el público, pero sí que me ha parecido que la gente estaría dispuesta a arrimar el hombro.

—Eso es lo que preguntábamos, no la edad del público. —comentó Craig. La Capitana le hizo un gesto obsceno y puso los ojos en blanco, a continuación. Él me miró, conteniendo la risa, y sacudí la cabeza.

—Yo creo que haberle comunicado esto al pueblo, es, sin duda, lo mejor que podríamos haber hecho. —Dijo Jasper, el representante de los pescadores. Todos le dieron la razón.

—Ha estado todo muy bien, la gente a mi lado parecía por la labor — habló Brun— todos queremos que Miurgel salga adelante. Seguro que muchos se apuntan. Estoy orgullosa de ti, Deb.

—Nada de esto hubiera sido posible sin ti. —dijo Craig.

—Es una pena que te hayas puesto mala y te lo hayas perdido. — Lavender suspiró— Porque por mí te hubiéramos presentado ante el pueblo, como la autora de todo.

—¿Qué dices? no hace falta, yo no quiero que...—agitó las manos.

Mis palabras desinflaron el ánimo de todos, como si les hubiese chafado una fiesta sorpresa.

—Sé que necesitas descansar y eso, Deborah, pero, ¿te gustaría venir a la taberna más tarde a celebrar vuestro éxito? —Preguntó Brun— No para trabajar, ¿eh? Prasad y Tallullah me lo dijeron antes de irse. Que os invitan a todos.

—De acuerdo, sí. —Acepté.

Vi a Craig decir algo al oído de Jasper y lo que fuera, se fue extendiendo por todos. Uno a uno, empezaron a acercarse a mí, para despedirse dándome la mano, o un abrazo.

—¡Os veremos a todos a partir de las veinte! Les gritó Brun, mientras se alejaban.

Tan solo nosotros, la pequeña familia, Craig, Sam, Brun y yo, nos

habíamos quedado en el lugar.

—Pues habrá que ir a casa, ¿no? —Dijo Brun.

—Vamos. —Respondió Craig. —Sam, ¿la llevas tú?

—Sí, me quedo junto a ella.

—A ver, estoy mucho mejor, puedo ir yo sola. —Me zafé.

—De eso nada, Deb. No estás bien, te tienes que recuperar, has estado muy ocupada, te vienes a casa, me dejas que te cuide, y estos dos señoritos nos van a dejar tranquilas. ¿Vale? —ordenó mi amiga, ocupando el lugar de Sam, sin apenas hacer pausas al hablar.

—Pero... ¡aún queda trabajo por hacer! —Protesté.

—Nos quedan cuatro actos, y como el Rey se ha negado a participar en ellos, ahora dependen de ella y de mí, no se puede dejar a medias. —Explicó Craig a mi compañera, que le miraba con el ceño fruncido.

—¿Pero no podéis dejarla descansar al menos un momento? —parecía ofendida. Yo agité la cabeza.

—¡Dejad de discutir! —Exclamé— Ahora, vamos a casa, comemos, me dejáis descansar un rato y cuando sea la hora, ya hablaremos, ¿vale?

—Vale —Respondieron Brunilda y Sam. Craig no dijo nada, y mantuvo la mirada baja. Dudó antes de sacar su pipa, pero al final lo hizo, la prendió, dio una calada y empezó a caminar.

Los cuatro permanecemos en silencio durante toda la hora de la comida, cada uno con la cabeza perdida en sus propios asuntos, o eso supuse. Fui incapaz de centrarme en nada en concreto y comí mi plato de garbanzos con calamar sin apenas saborearlo.

Quería saber demasiadas cosas a la vez. Saber por qué había perdido el control, saber si sería capaz de afrontar los cuatro días que me quedaban por delante antes de volver a mi rutina en el consejo y a las clases de Sam, saber exactamente qué había ocurrido cuando intenté besarle, porque ahora dudaba de que aquello hubiese pasado en realidad.

Me metí una cucharada cargada de garbanzos y caldo y mientras me esforzaba por sacarle el sabor, me quedé mirándole. Seguía igual que antes, comiendo con buen ánimo y meneando la cabeza con disimulo, como si estuviese escuchando música dentro de su cabeza. Suspiré, y sujeté la cuchara dentro de mi boca mientras mi mente volvía a vaciarse de pensamientos coherentes. Un rato después descubrí que los demás ya habían terminado de comer, mucho antes que yo. ¿Dónde se había ido el tiempo? Craig y Sam

estaban ya de pie, recogiendo los platos.

—¿No vas a comer más? —Preguntó mi amiga. —Necesitas reponer fuerzas, venga, termínate tu plato. Toma, un trozo de pan.

Obedecí y me apresuré para terminar mi comida. Brun había comenzado a preparar una infusión, mientras tanto. Llenó mi taza y la puso delante mío, al tiempo que retiró mi plato vacío.

—Venga, te relajará. Bébetelo y te voy bajando las escaleras para que subas a descansar un poco.

De nuevo y en silencio, hice lo que me dijo. Ella se volvió a sentar a la mesa junto a mí, a beber de su propia taza y por un corto espacio de tiempo, tan solo bebimos, escuchando el mecanismo que hacía bajar las escaleras. Los dos hombres estaban todavía lavando los platos, o fingiendo que lo hacían, mientras cuchicheaban a un volumen prácticamente inaudible para nosotras dos. Tenía curiosidad por escucharlos, pero a la vez, no quería enterarme de su conversación. Me pregunté si Sam le estaría contando a Craig lo que le hice, porque de ser así, ese sería el fin de mis revolcones con él. O tal vez no. Terminé de beberme la infusión, me levanté y les llevé mi taza.

—¿Vas a descansar ya? —Preguntó Craig, recogiendo la taza de entre mis dedos.

Sam, que estaba terminando de secar los platos, me sonrió; tenía la cara sonrojada. Dejó el último plato sobre la encimera y el trapo encima, puso una mano en mi nuca y me besó el pelo, justo encima de la frente. Craig lo había observado todo con una expresión indescifrable.

—¿Te veré en la taberna? —dijo, con voz suave.

—¿No te vas a quedar? —respondí con el mismo tono de voz.

—Deb, tengo que trabajar. Lo sabes. —Deslizó su mano desde mi nuca, para hundirla entre mi pelo, y me acarició, haciéndome cosquillas. Encogí la cabeza contra mi hombro, y reparé en Brun, que nos miraba fijamente, sujetando con fuerza la taza entre sus manos. —Sube, descansa. —Apartó sus manos de mí y me dejó marchar.

Avancé hasta las escaleras, intentando evadirme de la mirada de mi amiga. Puse el pie en el primer peldaño, y contemplé a aquellos dos hombres, a contraluz, colocando nuestra vajilla, como si nada hubiese ocurrido, como si yo no estuviese ahí. Y Brun, seguía sujetando la taza igual que antes, dándome la sensación de que podría reventarla con la fuerza de sus manos.

Me despedí con un “Me subo, hasta luego”. Una vez arriba, tan solo me quité los pantalones, me hice una trenza y me metí en la cama. Al poco tiempo, de que mis pasos en el suelo dejaran de hacer ruido, escuché cómo los tres comenzaban a hablar en voz baja. Me giré, y me tapé los oídos con la almohada.

Mucho después, abrí de nuevo los ojos. La casa estaba en completo silencio. Me incorporé en la cama, y me limpié las babas de la cara. Bajé las escaleras, para ir al baño, y enseguida reconocí el olor en el aire. Sólo y sentado a la mesa, estaba Craig, fumando de su pipa y repasando cuidadosamente apuntes en su cuaderno. Cuando tuvo mi atención, dejó su pipa sobre la mesa y apoyó la cabeza en una mano.

—Siempre te encuentro irresistible cuando desnudas tus piernas. —Y se mordió el labio. —¿Qué tal te ha sentado la siesta? —Se aclaró la garganta—
¿Estás mejor?

—Creo que sí. —Tomé aire y respiré profundo. —Sí, eso creo.

—¿Puedes pensar con claridad? ¿Te aturdes si lo intentas?

—Creo que no... Pero, ¿me dejas ir al baño? —Él sonrió.

—Ve, anda.

Abrió la puerta cuando volví a entrar, y acto seguido, se puso a abrir nuestra despensa, con su familiaridad habitual.

—¿Te apetece algo de comer? A mí sí. ¿Dónde guardáis la cecina?

—Arriba, envuelta.

—¿El paquete de papel o el de tela? —preguntó.

—Es... el de papel, creo —me acerqué. Él lo sacó: había acertado.

—Genial. A Brun no le importará que coja un poco, ¿verdad?

—¡Qué va! Si hace falta, compro un poco más. —Respondí. Él Asintió y partió unas cuantas rodajas sobre la encimera. Yo también partí unas cuantas rodajas para mí y las comí despacio. Sabían muy, muy bien.

—Entonces, ¿nos ponemos con las reuniones que quedan? ¿Te ves capaz?

—Convencida, dije que sí con la cabeza. —¿O prefieres ver a Sam en la taberna?

—A Sam... —de pronto lo recordé. —Eh... sí, Sam... él... ¿Te ha dicho algo?

—¿Algo? No. ¿Qué tendría que decirme?

—Pues... —dudé antes de contestar, pero tenía que ser sincera con él. Se lo había prometido— que le he besado. Eso creo.

—Eso crees. —Se volvió serio.

—Sí, eso creo. Lo hice muy rápido y el no hizo nada, pero le he besado. En los labios. Si esto sigue adelante, sabes que tendremos que dejar de vernos, ¿verdad? —Craig me miró a los ojos y parpadeó con lentitud.

—Ah. Pero, déjame que me aclare... ¿Fue un beso en los labios, o uno como éste? —se acercó a mi cara, y permití que invadiese mi boca con su lengua. Su mirada era salvaje al separarnos, inquisitiva.

—No, no ha sido como éste. —Respondí, avergonzada. —Tan sólo cerré los ojos, acerqué mis labios a los suyos y le besé.

—Y no pasó nada después. —Afirmó Craig.

—Solo seguimos cantando... que era lo que ya estábamos haciendo para pasar el rato.

—No te hizo preguntas, no te dijo nada, siguió a lo suyo. —Insistió él. — No quiso besarte él, ni...

—Que no, Craig.

—Entonces, ¿por qué crees que ha cambiado algo? ¿por qué crees que “lo nuestro” saldrá adelante?

—No seas aguafiestas. —Le reñí

—Pero tampoco ha querido hablarte del tema, y a mí, desde luego, no me lo ha contado, y me cuenta siempre muchas cosas, cuando nos vemos.

Dejé que sus palabras calasen bien en mí, lo pensé y cuando comprendí lo que quería decirme, sentí con claridad, cómo algo dentro de mi pecho se doblaba y se partía. Estaba clarísimo: si a Sam aquello le había resultado tan indiferente como si le hubiese dado otro abrazo más, lo más probable era que él no sintiese lo mismo que yo. Era incapaz de sentir nada por mí, más allá de la amistad.

—Ay —Mis párpados inferiores se sintieron tan secos y pesados que bajé la cabeza, y me cubrí los ojos con una mano, evitando cualquier intento de derrame de gotas saladas. Craig suspiró y me abrazó. —He hecho el ridículo, lo he hecho, ¿verdad?

—Venga, no pienses en él, —me consoló— vamos, trabajar te distraerá.

Le hice caso y procuré centrarme en repasar una y otra vez lo que nos quedaba por hacer. Según había dicho Craig, como nuestro adorado Sidgrid no quería participar en más eventos, en los cuatro que quedaban, yo debía ser la encargada de “presentar” y él haría el papel de portavoz, y si volvía a pasarme algo parecido a lo de aquella mañana, él debería cargar con el peso

de todos los actos. Después de nuestros esfuerzos para sacar aquello adelante, no me gustaba que eso fuese así, me avergonzaba el hecho de haber perdido el control y me daba miedo que volviera a pasarme durante los días siguientes.

—No vendrá tanta gente como hoy, eso te lo aseguro. —Me dijo él, para tranquilizarme. —Piensa que mañana estaremos en la taberna, y será como cuando vienes a trabajar, vendrá la gente de siempre y tal vez un poco más.

—Eso es verdad.

—Haz una cosa: piensa que lo de mañana va a ser como cuando cantas con Sam. Vendrá gente, te verán, tu les entretendrás y cuando acabe el número, se marcharán. Tu sigues después a tu trabajo con tranquilidad y no pasa nada. Mañana, en vez de cantar, haces mi introducción, me dejas hablar a mí, y luego cuando toque el turno de preguntas, les vas cediendo el turno, y poco más.

Le escuché con atención: el consejo sonaba bien, aunque no lo suficiente.

—Vale, pero, y a partir del Mjorn, ¿qué? Las reuniones no serán en Tamboli. Y te recuerdo que la de tu isla, será en mitad de la calle. ¿Tú crees que sabré mantener la compostura?

—Claro que sí. —Su voz era segura— ¡Claro que sí! Todo esto nació de tu idea, no lo olvides. Los dos sabemos muy bien lo que hay que hacer, y nadie puede decirnos lo contrario. Serás capaz y... mira, ¿crees que seguiría confiando en ti si dudara de que pudieras hacerlo?

—El equipo lo formamos nosotros dos, no tienes otra alternativa, Craig. —Él frunció los labios en una sonrisa que terminó convirtiéndose en una expresión de tristeza.

—Pero qué poco crees en ti misma, Sirena. Me partes, de verdad. ¿Qué más tengo que hacer para hacerte ver lo que vales?

—Tú me ves con muy buenos ojos, pero yo sé cómo soy. —Le oí intentando protestar, pero le interrumpí— Y sé muy bien lo importante que es esto, para ti, para mí y para todo el pueblo, por eso, me esforzaré. —El asintió, apretando los labios y miró hacia otro lado, antes de contestar.

—Por ahora, con eso me conformo. —Dio una palmada en mi hombro, y después me atrajo para besarme con brevedad. —Tengo fe en ti.

No hicimos nada más aquella tarde, que no fuese repasar nuestros esquemas, y repetir incontables veces, en voz alta, aquello que debía decir; incluso me hizo aprenderme su parte, para que cuando llegase el momento,

nuestras palabras se sucedieran como si fuera una conversación natural y espontánea. A medida que me iba aprendiendo aquellas líneas, me fui tranquilizando. Lo que tenía que decir, tampoco era tan distinto de la retahíla que les fui contando a las personas a las que intentamos convencer para que colaborasen, durante los días anteriores.

Craig se marchó pronto para dejarme descansar, pero al día siguiente, desde temprano, volvimos a machacarnos a ensayar antes del acto en Tamboli, y cuando éste terminó, volvimos a mi casa y ensayamos aún más para el siguiente evento y a base de repetir y repetir lo que debía decirse en cada uno, conseguí que todos marcharan bastante bien. No volví a perder el control al ver a la gente, y si las palabras se me atragantaban, sonreía y me tomaba las cosas con calma.

Ayudaba también el hecho de que Craig era buenísimo. Estaba lleno de carisma al hablar al público, y parecía capaz de ganarse su confianza y despertar su interés con solo un chasquido de dedos.

Estaba convencida de que la mayoría de gente que había acudido a vernos, entre los que había, sobre todo, muchos jóvenes, que incluso repetían su asistencia y venían acompañados de distintas personas, estaría dispuesta a alistarse en nuestra marina o a seguir las pautas de racionamiento.

Mi predicción se cumplió, y una vez terminada nuestra pequeña gira informativa, se notó un gran cambio en el ambiente, como si los Miurgelitas hubiesen despertado de un largo letargo, y ahora todos fuesen conscientes de que debían desperezarse antes de que se nos llevase la marea.

Todos los días, a última hora, recogíamos los reportes de nuestros puntos de reclutamiento y los exponíamos al día siguiente en las juntas para calcular las comisiones. Llegó un momento, cuando sólo llevábamos diez días de los quince que Sidgrid nos había dado de plazo, en que el número de jóvenes y adultos que aspiraban a unirse a la tripulación, habían sido tantos, que Craig tuvo que empezar a trabajar junto con Ezio y la Anciana Vera, para evaluar sus aptitudes, hacer selección y asignar quienes partirían en la primera misión, quienes se quedarían de reserva y quienes, lamentándolo mucho, no eran aptos para colaborar.

Pero el pueblo no sólo se había revolucionado a la hora de alistarse. Ya desde el gran evento del Lorde, hubo reportes de varios comerciantes y ciudadanos pudientes, que se acercaban al Círculo de Ancianos o al mismo Palacio, aportando sus donativos de suministros y dinero, y hubo también

muchos ciudadanos que se ofrecieron como mano de obra voluntaria, para ayudar con las reparaciones de las naves, o para distribuir los suministros donados a las zonas más necesitadas. Por donde quiera que se mirase, había gente trabajando, involucrándose en el proyecto, o ayudando a sus vecinos.

Mientras el pueblo se movilizaba, nosotros, en la junta seguíamos trabajando, y ahí también había cambios, principalmente porque, con el poco tiempo que teníamos por delante, algunos de los miembros del consejo, como Vera, con los reclutas y sus pruebas o Elsa que inspeccionaba de primera mano las reparaciones, no podían seguir acudiendo a Palacio, porque tenían que trabajar personalmente en sus áreas, así que para poder oír sus aportaciones, las reuniones dejaron de realizarse exclusivamente en el salón del trono.

Juntos, el grupo de consejeros y el Rey, nos desplazábamos casi cada día a echar un vistazo a sus labores y evaluar sus progresos, más allá de sus reportes e informes. Era muy satisfactorio para mí ver todo el movimiento de gente, escuchar el repiqueteo de martillos en los barcos, los crujidos de los serruchos, los paseos de gente trabajando sin parar, o las enérgicas voces de los nuevos reclutas y la tripulación ya existente, mientras estaban siendo instruidos.

Uno de aquellos días, en que habíamos concluido la reunión del consejo con una visita a los astilleros, me quedé esperando a Craig, mirando al puerto y el mar desde las escaleras, en la muralla. Sentí que alguien ponía su mano en mi cintura, para llamar mi atención, y di por hecho que se trataba de él. Me relajé, intenté poner cara seductora y me giré para abrazarle, pero, para mi horror, me había equivocado. Pegué un brinco, encogí los brazos y los llevé hacia un lateral, al encontrarme cara a cara frente a Sidgrid.

—Pero, pero, ¡su Majestad! ¿Qué hace aquí? —pregunté y mi voz sonó chillona.

—Yo también estoy encantado de verte. —Dijo, con visible fastidio. —Y el consejo ya ha terminado por hoy, así que, por los Arcanos, llámame Sidgrid.

—Lo siento, Sidgrid, es que... esperaba a otra persona. —Me rasqué la nuca.

—Ya, bueno, supongo. —Contestó, y apoyó sus brazos en la baranda de piedra. Permaneció ahí a mi lado, observando el ir y venir de obreros y voluntarios, a nuestros pies, sin decir nada. Así que me limité a seguir

esperando en el sitio, ignorando su presencia.

—Tengo que reconocer que estoy impresionado. —Habló, tras un largo rato, sin despegar la vista del movimiento en los astilleros— Toda esta gente, todo esto... te lo debemos a ti, —gesticuló con las manos— ¿lo sabes, verdad, Deborah? —preguntó con suavidad, y me miró. Sus ojos eran tan verdes, que me hacían sentir incómoda. Negué con la cabeza. —Sí, te lo debemos a ti. —Insistió— Fue tu idea. Te has salido con la tuya y por eso, te llevarás todo el mérito. ¿No es estupendo? —Me empezaba a disgustar el tono de su voz.

—No, Sidgrid, no lo es. No quiero eso, no quiero llevarme el mérito de nada.

—¿Vas a decirme que es mentira? ¿Que no quieres llevarte parte del pastel? —Abrí la boca por la indignación y tardé un par de minutos en pensar qué responderle.

—¿¡Pero qué pastel!? ¿¡En qué estás pensando!?! ¿Popularidad? —Él entornó los ojos. Yo sacudí la cabeza— No te preocupa el bienestar de tu pueblo, —le increpé, con un dedo acusador— sólo quién se llevará los laureles. —Él se encogió de hombros, se cruzó de brazos y devolvió su atención a lo que había más abajo.

—¿En serio? —Su aparente indiferencia me dejaba boquiabierta. —Muy bien, Sidgrid, sigue así y mira, mira a toda esta gente trabajando. Míralos. Es cierto, la idea que dio pie a esto la tuve yo. Pero el mérito... todo el mérito debe ser de ellos. —les señalé con el brazo, por encima de la barandilla— Ellos, exclusivamente ellos, el pueblo. Porque con su esfuerzo, sin pedir nada a cambio, tienen la capacidad de hacerlo realidad. Porque ellos tienen los pies en la tierra y se preocupan por su futuro, porque ellos no van a quedarse de brazos cruzados, mientras se quedan sin alimentos. Ellos se llevan el mérito, porque de verdad quieren prosperar, unidos, como el Reino de Miurgel que son. Y mientras, su rey sólo se preocupa de... de gilipollices. —Sidgrid estremeció los hombros y me observó en silencio. A lo lejos, más allá de los martilleos y las voces, se oía el tranquilo bailar de las olas, los graznidos de las gaviotas. Por su silencio entendí que, al menos, se estaba pensando lo que acababa de decirle.

Deseé tener un reloj, un móvil o cualquier dispositivo como los que tuve en un pasado, solo para distraerme e ignorar con fuerza al hombre que estaba a mi lado y amenizar un poco la espera por Craig, que se me estaba haciendo

eterna.

—Bien, bueno, te entiendo. —Sidgrid volvió a hablar— Y, bueno, ¿Cómo van tus lecciones con ese bardo? —preguntó, intentando sonar casual.

—Eh, ¿con Sam? —la pregunta me pilló por sorpresa.

—Sí, con Sam Émile. Según tengo entendido, no es el mejor de los profesores, ¿no?

—Mis lecciones con Sam van muy bien, gracias. —Respondí de forma agria. —Vamos bien, a mi ritmo.

—Entonces, ¿ya eres una niña grande que sabe leer y escribir?

—Que te jodan —Se me escapó, y él echó una carcajada. No parecía molesto.

—Me gustaría que te unieses a mí ... —declaró y me sentí violenta—... como secretaria, cuando todo vuelva a la calma y hayas completado tu formación.

—Ah. —respiré aliviada. —Sí, ya... creo que algo insinuasteis cuando cené contigo y Craig.

—¿Y bien? ¿Aceptarías?

—Después de lo que te acabo de decir, ¿aún quieres que trabaje a tu lado?

—Precisamente, porque no has temido decírmelo a la cara. —Me miró y levanté una ceja.

—Sería todo un honor, supongo, —respondí entre dientes y me miré las uñas— pero aún falta tiempo para que todo esto termine. No lo puedo decidir, sería muy precipitado. Además, no quiero dar la impresión equivocada, pero me gustaría tomar un respiro cuando todo esto acabe, volver a mi vida normal, trabajar en la taberna. Así podría pensarlo mejor.

—Vaya, parece que estás muy unida a esa taberna, a toda esa gente, ¿No? —volvió a sonar casual.

—Claro que sí, ellos me han dado todo lo que tengo, me han acogido desde que llegué... ¿Cómo no voy a estarlo? Son mi familia.

—Aja, bueno, ahora crees eso, pero ya sabes, todo puede cambiar en esta vida. Las familias se pueden romper en cualquier momento. —Soltó y me sonrió con suficiencia. Sin darme tiempo a replicar, corrió escaleras abajo, en dirección hacia los muelles, dejándome atrás, perpleja. ¿Me acababa de amenazar?

Para cuando Craig llegó yo estaba hecha un manojo de nervios, aunque lo excusé con su tardanza, antes que contarle lo que acababa de pasar. Fuimos

juntos a ver a Vera y a un grupo de ancianos, pues querían que les asesorase sobre el tipo de armas con los que debían entrenar. Entre miembros del consejo nos organizábamos de maravilla y pronto consiguieron hacerme olvidar la acritud que me había dejado Sidgrid. Él no nos hacía falta, y los que íbamos a sacar todo adelante, éramos tan solo nosotros, no él.

Esa fue la mentalidad que me ayudó a concentrarme y a implicarme por completo durante los días y semanas siguientes: era nuestro esfuerzo el que contribuía a que se completasen las obras de reparación de las cinco embarcaciones que habíamos elegido.

El esfuerzo de Lavender por hacerse oír, cuando se reían de su edad, al comenzar a instruir a los nuevos tripulantes, acerca de las embarcaciones que serían nuestro objetivo.

El esfuerzo de Vera, que, a pesar de ser una Anciana, era quien les enseñaba, de forma magistral, las artes del combate.

El esfuerzo de Ezio, quien tenía que hacer malabares junto a Craig, para coordinar quién marcharía en qué barco, y qué marineros o reclutas merecían una promoción.

Lejos de puerto, era el esfuerzo de Erol y Pía, los comerciantes, quienes se encargaban de hacer cuentas y controlar que todo el mundo pudiera recibir la cantidad justa de provisiones y de Jasper, que había conseguido fomentar entre los pescadores la idea de crear aún más conservas con el excedente de pesca.

Miurgel era una comunidad fuerte y unida, que me hacía sentir capaz de conseguir cualquier cosa. Sabía que tenía el poder de hacer cosas asombrosas y que podía contar con todos a mi alrededor. Juntos colaborábamos para que, cuando llegase el día en que partiese la primera gran misión, todo estuviese a punto.

A veces recibíamos sorpresas por parte de gente que quería colaborar, como el día en que el grupo de modistos, encabezados por Marcela nos enseñaron sus preciosos diseños de uniformes para la tripulación (aunque tuvimos que rechazarlos, porque resultarían demasiado caros). Pero así, todo se iba atando, todo quedaba en su sitio y los ánimos de todos los Miurgelitas estaban por los cielos.

La última tarea que se me encomendó en el consejo, antes del gran día, fue la de organizar, otra vez, junto a Craig, la fiesta con la que despediríamos a las cinco naves que iban a partir.

Hacer el bosquejo de lo que queríamos, no fue nada complicado. La fiesta, obviamente, sería en el puerto, frente a los cinco bergantines que nos traerían la esperanza. Pondríamos nuestra tarima, nuestro atril, hablaría Sidgrid, los Ancianos cantarían plegarias por nuestro éxito, la tripulación estaría presente y en formación, nos aseguraríamos de que los siete bardos tocasen, e intentaríamos que hubiese un poco de comida y bebida, también.

Entonces, cuando nos pusimos a contactar con los bardos, me di cuenta de a qué se había referido Sidgrid, cuando me dijo aquello de: “Todo puede cambiar en esta vida”. El trabajo que estaba realizando junto al consejo me había absorbido tanto, mi mente estaba tan lejos de aquellos a los que había llamado “mi familia”, que me había perdido algo muy importante.

Ozam, el flautista de pelo de fuego y ojos dorados, había dejado su trabajo. Se había alistado a la tripulación el Turun, justo el primer día tras finalizar nuestra gira informativa; lo había hecho entonces, para que nadie del consejo le pudiera ver, para que nadie le parase los pies. Al día siguiente, cuando le tocaba actuar, se presentó en la taberna, junto con un chaval al que llamó su aprendiz, para sustituirle, e hizo el anuncio ante Prasad, Tallullah, Brun y todos los clientes que se encontraban ahí, antes de ofrecer su último concierto.

Debido a la precipitación de sus actos, Prasad y Ozam habían discutido, y no habían partido en muy buenos términos, pero no teniendo a otro sustituto mejor a la vista, los Tamboli no tuvieron más remedio que contratar a aquel chico.

El nuevo bardo se llamaba Séptimo, y era un quinceañero, lleno de acné, con la nariz larga, mofletes inflados y orejas prominentes, apenas disimuladas por su mata de pelo marrón, rizado y sin brillo. Aseguraba que podía tocar tanto la flauta como la concertina, pero cuando le conocimos, se estaba peleando con un laúd, y estaba perdiendo la batalla. A causa de eso, decidimos que lo mejor sería que los siete bardos comenzaran a ensayar al menos con una semana de antelación, porque nos temíamos una tragedia.

Por mi parte, yo decidí que mi experiencia con el consejo se había acabado. La marcha de Ozam era una gran pérdida para todos, pero sobre todo para Brun. En aquellos momentos, sentía que debía estar a su lado, es más, lo deseaba. Tenía que estar ahí por ella. Así que mi decisión fue que, terminaría de organizar la fiesta de despedida, y en cuando partiese la misión, anunciaría al consejo mi renuncia. Entonces, volvería, irrevocablemente, a mi

tranquila vida.

Esa era la vida que había escogido y nadie podría arrebatármela, ni siquiera Sidgrid. Alguien cómo él no podía vencerme.

DIECIOCHO

Cuarenta y nueve días, cuarenta y nueve interminables días habíamos pasado, trabajando sin cesar para llegar a aquel momento, y ahora, ahí estábamos todos los miembros del consejo, desde bien temprano, en nuestra última reunión oficial antes de que la primera de nuestras misiones zarpase hacia un futuro más próspero para todos. No había mucho que discutir, todo estaba listo, más que claro, pero había que hacer bien las cosas, y resumir todo lo que habíamos hecho, y la estrategia de nuestra flota, para que constase por escrito, como un momento histórico.

—Durante la mayor parte del tiempo, nuestros barcos navegarán en formación —Explicó Ezio a todos, mostrándonos un esquema que había hecho a carboncillo, y que había colocado en el caballete, frente a todos. — Las balandras Sol y Luna, que el Capitán Lacy ha sido tan amable de cedernos, —Craig movió la cabeza— se ocuparán de escoltar a mis bergantines, Gin y Stroh, que como ven, navegarán en paralelo. A la retaguardia, y como apoyo, la Capitana Engström nos ha cedido su Bergantín Lucy, llevando consigo al personal que asistirá a la hora de realizar capturas, y al conducir esas nuevas naves a nuestro hogar.

Hubo aprobación entre todos los presentes. Lavender entonces se levantó y se colocó al lado de Ezio, junto al caballete.

—He instruido a todos sobre nuestros objetivos en el mar. —comenzó a hablar— Les he explicado todo lo que hay que saber para distinguir un tipo de barco de otros, y como todo lo que sé es mucho, le he dado una copia de mis apuntes al Anciano Josu, para que los ponga en sus crónicas. Pero lo básico, es: NO nos interesan barcos muy grandes, porque son muy lentos, como nuestro Galeón Lambo, y además, resultaría muy peligroso para todos. Lo que queremos son barcos como los nuestros, es decir, bergantines, nuevos, y otros como jabeques, o goletas que son rápidos, fáciles de maniobrar y muy buenos para transportar cargas, y eso nos interesa mucho, ¿verdad?

—Sí, sí —respondimos la mayoría, aunque en mi caso, yo todavía no sabría distinguir entre cada tipo de barco que ella había mencionado. Tanto

Lavender como Ezio, volvieron a sus sitios.

—Como sabrán, tanto el Capitán Sokolov como la Primera Grumete Nia, zarparán dentro de unas horas junto con la primera misión. —Aclaró Sidgrid, entonces, me miró. —Por último, ¿Querría la Señorita Cortez añadir alguna recomendación que ellos pudieran aportar a nuestra tripulación? —Como siempre, su voz me sonó repelente. Pero estaba tranquila, estaba preparada. Tan sólo tenía que hacer un resumen de todas las cosas que me habían ido preguntando hasta aquel día.

—Sí, Alteza. —Dije con retintín, y me dirigí, con seriedad al resto del consejo. —Me gustaría que nuestros tripulantes no se olviden de que la misión que van a llevar a cabo, es vital para la supervivencia del Reino. Por lo tanto, no han de tener reparos a la hora de hacer lo que sea necesario, en pro de nuestros objetivos. En alta mar, no han de tener miedo a ser descarados, avariciosos y fieros. No han de mostrar debilidad, han de perder el miedo a blandir armas, para no dejar ningún ataque sin respuesta, y hacer que ésta sea más fuerte que la ofensa recibida, si es posible. Han de convertirse en seres temibles, en una leyenda en alta mar.

» Permitidles seguir su instinto, y utilizar el sentido común, y todo esto es por algo: si nos hieren, atacamos. Nos han dejado sin medios, así que esta es nuestra rebelión, ésta es nuestra guerra, es nuestra supervivencia. Recordad las palabras: “Renovarse o morir”. Esa fue nuestra decisión, cuando escogimos este camino, en vez del de la negociación. Hay que hacer esto, o morir. Y cuando hablo de morir, no me refiero tan sólo a la gente en nuestras naves. Me refiero a todo Miurgel. Todos moriremos a la larga, de no hacer las cosas de esta manera. Así que, ha llegado la hora de perder la inocencia, madurar como nación y hacer lo necesario.

Aplaudieron. Incluso Sidgrid, chocó las palmas de sus manos un par de veces, con gesto impasible.

—¡Renovarse o morir! —gritó Lavender y la imitaron otros, alrededor de la mesa. Arrojada por sus vítores, recordé la decisión que había tomado días atrás, y alcé la mano, para llamar de nuevo su atención.

—Me gustaría hacer un anuncio, si es posible. —La mesa enmudeció, para dejarme hablar. Craig alzó los hombros y me miró, algo alarmado.

—Hable, pues. —solicitó Borri, el Anciano.

—Quisiera presentar ante ustedes mi renuncia al consejo. —El silencio y sus miradas parecieron solidificarse en el aire, y las de Sidgrid y Craig

podrían perforarme la cabeza, igual que si fueran lanzas. – Y esta será efectiva en cuanto zarpen nuestros barcos y hayamos devuelto el puerto a su estado habitual.

—¿Puedo saber por qué? —Inquirió Craig, visiblemente decepcionado.

—Sé que he trabajado duro junto a todos ustedes en esta temporada y sé que hemos hecho de este proyecto una realidad, pero, siendo sincera, he comprendido que todo esto me supera, me queda grande.

—Pero Deborah, no... —El Capitán quiso rebatir mi decisión, pero Sidgrid le dejó con la palabra en la boca.

—Bien, perfecto, acepto su dimisión, señorita Cortez. —Dijo de muy buen ánimo. —Coincido con su opinión, entiendo y acepto sus motivos. —Asentí con seriedad. Craig le miraba con auténtico fuego en los ojos. Aludido, el Rey añadió: —Sin embargo, recuerde que nuestra puerta está abierta, y tenga en cuenta la propuesta que le hice en su momento. —Volví a mover la cabeza en señal de conformidad, y poco después, se disolvió la que sería mi última sesión del consejo, antes de marchar hacia puerto, para terminar de organizar la gran fiesta.

Cuando llegamos, Sidgrid se separó del grupo junto con el Anciano Josu, a revisar el estado de todos los barcos, y nosotros nos dedicamos a ayudar con los preparativos. Ya había mucha gente ahí, en el puerto, terminando de cargar las cinco naves de provisiones y armas, u organizando las mesas y barriles, para la primera parte de las celebraciones del día: una recepción para todos aquellos que embarcaban aquel día y sus familias, además de todos los voluntarios que habían contribuido, tanto en la campaña de reclutamiento como en las tareas de reparación de las naves. Así que entre la gente que ya estaba en el puerto, estaban Prasad, Brun y otros dueños y empleados del resto de tabernas, que yo tan solo había visitado para pedir su colaboración.

Tan solo podíamos permitirnos ofrecerles conservas de pescado, algo de cerveza, e infusiones frías a modo de banquete, pero a aquellas alturas, eso no era de importancia. El ambiente era muy festivo, y habíamos decorado el puerto de forma tan bonita, que ahora parecía una plaza, con guirnaldas, y banderines mostrando nuestra bandera, que sobre un fondo púrpura, consistía en un escudo blanco con borde dorado, mostrando las olas del mar, la silueta del palacio tras el círculo de los ancianos y cuatro estrellas granates, que representaban las cuatro islas pobladas y ahora colgaba con orgullo del atril desde donde hablaría Sidgrid y ondeaba desde los mástiles de nuestras cinco

naves (aunque serían arriadas, en cuanto se adentrasen en alta mar, por seguridad).

Igual que en el evento anterior, habíamos colocado la tarima desde donde los miembros del consejo y Sidgrid presidiríamos todo y otra tarima más baja, adyacente, donde actuarían los seis bardos, que, junto con Séptimo, ya habían comenzado a ensayar, con aparente fiereza, mucho antes de que llegásemos.

Faltando poco para la hora de la recepción, comenzó a llegar el gran grupo de marineros, junto con sus familiares. Eran fáciles de reconocer por cargar consigo sus pertenencias, e ir vestidos como les habíamos pedido, para guardar una cierta uniformidad, con pantalones pardos y blusas color crema. En total, iban a embarcar cuatrocientos treinta y cinco mujeres y hombres valientes y doce ilusionados grumetes, niños y niñas, para cubrir los tres bergantines y las dos balandras. Tras ellos, llegaron los voluntarios.

Observándoles acercarse, sentí algo completamente distinto al pánico que me invadió el día en que hicimos pública la situación, y antes de que Sidgrid volviese, me mezclé entre ellos, para recibirles, aunque no los conociera. Me encontraba muy confiada al hacerlo, emocionada, ilusionada, deseando abrazarles y agradecer su voluntad y entrega. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, los demás miembros del consejo comenzaron a hacer lo mismo.

Craig aprovechó para acercarse a mí, primero con la excusa de comprobar si seguía bien, o si estaba al borde de otro ataque de ansiedad, pero en cuanto hubo una pausa entre la llegada de gente, me empezó a sermonear.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Hacer el qué? —Pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Abandonar el consejo, dejarnos a todos tirados.

—No os dejo tirados, nuestro trabajo ha terminado, y yo quiero volver a mi vida, con nuestra gente, Craig.

—Ya estás con tu gente, ésta es tu gente. —Hizo un amplio movimiento de brazos, apuntando a todas las direcciones, a nuestro alrededor. —¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Egoísta? Después de todo lo que hemos hecho juntos, —mi mano apuntó hacia los barcos— ¿te atreves a llamarme así?

—Te necesitamos en el consejo, ese es tu lugar ahora, no barriendo, ni cantando junto a Sam. ¿He de recordarte que él no te quiere? —Mi pecho se

congeló y se rompió, provocándome un dolor desagradable.

—¿Cómo te atreves?! —El arrepentimiento se asomó de inmediato a sus ojos. —¡No soy tuya! —Continué, gritando, sin pensar. —No puedes obligarme a permanecer siempre a tu lado, ¡tu polla no me controla! —Alcé la mano dispuesta a abofetearle y reparé en que el pequeño círculo que nos rodeaba se nos había quedado mirando. Sin saber exactamente si entre ellos había alguien que nos conociese, contraí la mano en un puño, lo apreté con fuerza y tomando aire, lo bajé hacia el costado. Bajé la cabeza, apreté los dientes.

—Deborah, yo tan solo...

—No continúes, Craig. Entiendo que te decepcione que haya renunciado.

—Es que tú vales má... —alcé la mano para hacerle callar.

—Déjame elegir. ¿No es eso lo que me decías? Yo soy libre. Yo decido. He escogido mi vida sencilla y tranquila, la que me hace feliz. No la que me llena de agotamiento y ansiedad. Entiéndelo.

El suspiró. Cerró los ojos lentamente y sacudió la cabeza. Puso sus manos sobre mis hombros miró alrededor y se mordió los labios. Finalmente, me atrajo hacia sí y me abrazó. Aquel día olía especialmente bien. Esperé que contestase algo, pero no lo hizo, y escuché las voces de Brun y Ozam, acercándose a nosotros.

Antes de separarme de Craig, para saludarles, nos miramos a los ojos y quedé convencida de que nuestra conversación terminaría más adelante. Mi amiga venía del brazo del apuesto “nuevo marinero”, y de no ser por la diferencia en sus rasgos y color de ojos tan dispar, parecerían gemelos, con el pelo del mismo color.

—¡Debbie! ¡Craig! —nos llamó ella. —¡Mirad con quien me he encontrado! —Sonreía radiante y Ozam la miraba de soslayo, incapaz de disimular su emoción.

—Capitán, Deborah. —Saludó. —¿Habéis visto? Me convencisteis desde el primer momento. En cuanto supe que nuestro Reino necesitaba ayuda, lo supe, supe que yo podría hacer algo más con mi vida que tocar música.

—Vaya, me alegra oír eso, Ozzie. —Craig le palmeó el hombro, sonriendo, como si nada hubiese pasado minutos atrás.

—Sí, os agradezco de verdad que me hayáis descubierto mi verdadera vocación. Hacerme a la mar... quién me lo habría dicho hace unos meses, ¿verdad Brunnie?

—Hacerte a la mar... ¡Mares te voy a dar yo! —sacudió la cabeza—
Menudo disgusto me diste.

—Te prometo que será el último disgusto que voy a darte. Ahora soy un hombre nuevo, Brun. —Alcé las cejas y di un par de pasos hacia atrás.

—¿Qué está pasando aquí? —Brun estaba tan colorada, que incluso el blanco de sus ojos se acercaba al tono de su pelo.

—Nada, nada, éste, siempre con sus bromas. —Dijo ella, y a continuación apartó la cara, cubriéndosela con una mano.

—Bueno, nos retiramos, parece que va a comenzar pronto la fiesta, ¿verdad? —habló él.

—Sí, de hecho, creo que por ahí se acerca nuestro Rey. —Craig señaló con un movimiento de cabeza y yo me puse de puntillas para mirar. En efecto, Sidgrid venía hacia la multitud, acompañado de Josu y otros Ancianos, y me pareció ver a Borri y Vera, acercándose a su encuentro.

—Es verdad. —Confirmé.

—Capitán Lacy, ha sido un placer saludarle, antes de partir. Me gustaría seguir sirviendo a sus órdenes, cuando vuelva de esta misión. —Ozam soltó el brazo de Brunilda, se cuadró y nos hizo una reverencia, antes de perderse entre la gente.

—¿Pues no va y me deja sola? —dijo ella, girando la cabeza para localizarle entre la multitud. —Deb, me voy a mi puesto. Ya verás qué bien va a salir todo, ¿eh? —Me miró de arriba a abajo, estiró la tela de mi espalda y frotó los hombros de mi bolero, como si lo desempolvase. —Así, estás muy guapa. Ay, Craig, quién iba decirlo, de la chica nueva, a dónde nos llevaría. —Le miró, sonriente.

—Desde luego, hasta dónde. —Me miró y sus ojos relampaguearon.

—Nos vemos, entonces. ¡Chao! —Se despidió.

—Hasta luego, Brun. —Respondí yo.

Los dos nos dirigimos a la zona de la tarima, donde el resto del consejo se estaba colocando en fila. En cuanto la formamos, y con Sidgrid en posición (a un par de metros de la tarima de los bardos), la música comenzó a sonar. Todo el mundo se puso de pie y se mantuvo en silencio, yo hice lo mismo entendiendo que, aquella melodía parsimoniosa era el himno de Miurgel.

Sidgrid iba ataviado con su corona y su capa, como el día del funeral de su esposa, o como cuando inauguró nuestras reuniones. Era lógico, siempre debía mostrarse coronado frente al pueblo.

Subió a la tarima, junto con los ancianos, hizo una reverencia teatral, se quitó la corona, y la sostuvo entre sus manos mientras hincaba una rodilla en el suelo. En cuanto lo hizo, entendí que, aunque parecido al gesto que había hecho al inaugurar las sesiones del consejo, aquello iba más allá. Estiró los brazos hacia adelante, sin dejar de sujetarla, y se inclinó hasta, prácticamente, besar el suelo. Los ancianos que le custodiaban, le ayudaron a completar el ritual.

Aquello terminó de convencerme de que una posición en el consejo me venía muy grande. No conocía el himno, ni estaba familiarizada con la bandera de Miurgel y tampoco entendía muy bien el significado de sus ceremonias, pero ahí estaba, siendo una pieza clave de aquel “momento histórico”. Ridículo.

La música cesó, y tras un corto discurso al cual no presté atención, se reanudó, más animada, y todos los miembros del consejo, salvo Sidgrid, que permaneció sentado en su trono, sobre la tarima, charlando con los Ancianos Borri y Josu, quienes se quedaron para hacerle compañía, bajamos a mezclarnos de nuevo con la multitud mientras disfrutaban del modesto ágape. Con lo poco que habíamos dispuesto, éste no duró mucho, y apenas una hora después, se dio por concluido, aunque la música no cesó y las infusiones frías continuaron circulando, para dar a los marineros una última oportunidad de divertirse con su gente, antes del momento de zarpar. Así, dos horas más tarde se hizo un receso, mientras retirábamos las mesas y todo vestigio de que se hubiese servido comida, modesta o no, antes de que llegase el resto del pueblo, para el acto de despedida.

Esa ceremonia tendría un carácter más sobrio, más solemne, más “oficial”, entre otras cosas, porque no consistiría tan sólo en una fiesta de despedida. En ella se repartirían las promociones a los nuevos tenientes y contra maestres.

Hasta entonces, contar solo con tres capitanes había sido más que suficiente, pues, según me enteré en las juntas, cada uno dirigía el grupo de barcos que tenía en propiedad y los iban alternando en sus salidas, dependiendo de las circunstancias. Pero aquel día, el único capitán que podía partir era Ezio, y se necesitaba denominar a aquellos nuevos puestos, para dirigir el resto de naves. El resto de antiguos tripulantes que no iban a ser promocionados a aquellos altos cargos, pasarían a ser oficiales o supervisores, convirtiéndose en los que se encargarían de ayudar al gran

grupo de novatos.

Durante el tiempo de receso, me subí a la tarima y me senté en un lateral por la parte de atrás, con las piernas colgando, con mi soledad y un gran vaso de infusión cítrica como compañía. Era imposible aislarse del ruido de la gente, pero, por un momento, mientras me bebía la infusión, había silencio en mi mente. Cerré los ojos, intentando profundizar más en mi silencio interno, y encontré que también había tristeza, dentro de mí.

La reacción de Craig ante mi renuncia me había dolido, y me había herido aún más lo que había dicho de Sam, aunque, fuera cierto. Se suponía que los dos éramos libres, que yo debía empezar a elegir mi camino por mí misma, que no habría celos... Y sin embargo me decía eso, para hacerme daño, para retenerme, faltando a su palabra. No había sido bonito. Había aún muchas cosas que no sabía de él, me molestaban sus secretos.

Quizá yo le estaba entendiendo mal. Quizá estaba decepcionado y me había herido sin querer. Pero yo también le había hecho daño. “Tu polla no me controla”, le había dicho. Sacudí la cabeza y me estremecí con la idea de no volver a acostarme con él. No, mi soledad no se resignaba a perder su compañía. Tendría que disculparme, y hablarlo con él, porque yo también me merecía una disculpa, pero no volvería al consejo, y eso, él tenía que entenderlo.

Según sorbía otro poco de mi bebida, escuché un par de golpes en la madera, junto a mí, y giré la cabeza, para comenzar a sonreír automáticamente, al encontrarme con Sam, que había apoyado sus codos sobre la tarima. Al verle, sentía que habían pasado años desde la última vez que nos habíamos visto, aunque habíamos actuado juntos el Lorde, un par de días antes y él había seguido dándome clases.

—Debbie, ¡Qué sola estás! —Saludó. —¿Te encuentras bien? ¿Te molesto?

—Sí, digo, no, digo, estoy bien, pero no me molestas, no, ¡qué va! —Él dibujó una sonrisa, aunque me dio la sensación de que sus ojos no la acompañaban. —Oye, ven. —Golpeé la madera a mi lado, invitándole a sentarse. Sam se acercó, aunque en el último momento, decidió tan solo quedarse de pie junto a mí, volviendo a apoyar sus codos, cruzando los brazos y apoyando su cabeza en ellos. —¿Te pasa algo?

—Estoy algo cansado. Nada más. —Alzó la cabeza, y sus párpados tardaron en despegarse. —¿Cuándo terminará todo esto, hadita? ¿Cuándo?

Estoy cansado. ¿No podemos volver a casa?

—Sí, podemos. —Él iluminó su cara con ilusión— En cuanto acabe el acto.

—¡Aaaagh! —rezongó, y me hizo soltar una carcajada, algo más desproporcionada de lo normal.

Al oírme reír él se relajó, y me miró, inclinando la cabeza. Apretó los labios y los soltó, creo, que sin ser consciente. Extendí mis manos hacia él, quien, de inmediato, abandonó su sitio y se puso frente a mí, para sujetarlas entre las suyas.

—Voy a abandonar el consejo. —Declaré— En verdad, ya lo he abandonado. En cuanto acabe este día, seré libre, como antes.

—¿Volverás a la taberna?

—Volveré a la taberna, —confirmé— seré libre, como lo era antes. —Él sonrió, triunfante.

—Me alegra mucho. Últimamente no eras tú misma, y sé que ha sido por todo esto. —Habló con voz segura, sin saber que mi cambio de actitud también se debía, en gran parte a él. —Me preocupaba que volvieses a ponerte mal, haces cosas extrañas cuando estás así, y me asustas. —Miró hacia otro lado fugazmente, y su rostro se congestionó. —No, no quería decir asustar, lo que quiero decir es, que... —volvió a apretar los labios y los humedeció, buscando las palabras.

—¡Sam! ¿Dónde te habías metido? Te estamos buscando para tocar. —Se acercó Yoshi, como un huracán. —Oh, Deborah, ¡Hola!

—Hola Yosh. —Le saludamos ambos, al mismo tiempo.

—Creo que a ti también te buscan. —Se dirigió a mí— La gente ya viene, y los marineros están colocándose ya en formación... Esto va a comenzar pronto.

—Vale, gracias. —Levanté el pulgar. —¿Me ayudas a bajar, Sammie?

—¿Eh? Ah, sí, claro, por supuesto. —Y soltó mis manos, para sujetarme por la cintura, y ayudarme a bajar. Sentir sus manos hizo que me pusiese nerviosa y fui incapaz de moverme.

—Oye, Sam, tú solo no vas a poder, venga, te ayudo. —Se ofreció Yoshi. Era la segunda vez que otra persona había tenido que asistir a Sam a bajarme de una simple tarima, y empecé a sospechar para mal. Cuando puse los pies en el suelo, me miré el cuerpo con algo de rabia, y palpé mis carnes con disimulo.

—¿Te has hecho algo, has perdido algo? —preguntó Sam.

—No, sólo estoy viendo si aún llevo el móvil encima —respondí sin pensar.

—¿El móvil? —Replicó.

—Ah, no se ni lo que digo... este... Mi bebida, sí, ¿dónde la he dejado?

—Está ahí, sobre la tarima. —respondió Yoshi, como si nada. —Oye, Sam, de verdad, tenemos que irnos. —Apremió.

—Bueno. Deb. Pues, nos vemos después, ¿vale? —E hizo un gesto con la cabeza y las manos, fingiendo que dormía. Sonreí.

—De acuerdo. —Les dejé marchar.

—¿Y esas prisas? —Le oí preguntarle a Yoshi, según se alejaban.

—Es el chaval. —respondió— Séptimo, es incapaz de tocar dos notas correctas seguidas. Y mira que le hemos escrito los diagramas para que lo haga bien.

—Pobrecillo, si es que no tiene oído... ¿tú crees que tocará bien alguna vez? —su voz sonó aguda.

—En otra vida, tal vez...

Su conversación se difuminó en el aire y para mí, aquella era la segunda del día que se quedaba, también, flotando en la nada. Me encogí de hombros, y marché hacia el frente de la tarima, junto a las escaleras, donde teníamos que esperar a que Sidgrid volviese de donde fuera que hubiese ido, para pasar su receso.

Como había dicho Yoshi, las más de cuatrocientas personas que marcharían aquel día, ya estaban formando, en filas de diez personas, frente a nosotros, y se me encogía el corazón de verlos. Eran tantísimos, que me sorprendía que cupiesen en el puerto, junto con todos los vecinos que habían acudido a despedirles. La multitud iba acomodándose como podía a lo largo y ancho de los muelles. Parecía que nadie quisiese perderselo.

El acto se inauguró repitiendo el himno, y con otro saludo de Sidgrid al pueblo, similar, al que había hecho antes, pero no tan dramático, pues se quedó en un simple hincar de rodilla, al cual el pueblo respondió con una reverencia que se propagó como una ola. Se pronunció otro discurso, y hasta ahí, todo era muy típico, hasta que comenzó el momento de solicitar las bendiciones. El mismo grupo de Ancianos que había bailado en el funeral de Seffora, entre los que estaban Borri y Vera, subieron a la tarima, formaron un corro y comenzaron a danzar, mientras entonaban cánticos en un idioma que

no era capaz de comprender.

“Cantarán en Nassir antiguo, que es un lenguaje sagrado, que sólo pueden utilizar los nativos de Miurgel y está vetado para los anacrónicos.” me había explicado Craig en su momento, cuando estábamos organizándolo todo. Al escucharlos, me fue imposible encontrar parecidos con ningún idioma de mi antiguo mundo. Me pregunté cómo podía haber evolucionado hasta ser igual que el mío, pero, tampoco importaba tanto.

Los Ancianos terminaron de danzar y se mezclaron entre los marinos para saludar y dar sus bendiciones personalmente uno a uno. Al finalizar con aquel acto, Craig, Ezio y Elsa subieron al escenario para anunciar las promociones y proceder a repartirlas. Llamaron uno a uno a los cuatro nuevos tenientes, diez contramaestres y asistentes, quienes permanecieron sobre la tarima y bajaron después de que se les dedicase una merecida ovación. Tras eso, Ezio y Lavender fueron el centro de atención al anunciar su partida con el resto de los tripulantes, y bajaron a engrosar las filas, abrazados por otro fuerte aplauso.

Por último, Craig y Elsa se turnaron para llamar uno a uno a toda la tripulación, indicándoles en qué nave debían de embarcar. Según ellos fueron rompiendo filas, todos fueron pasando por el frente de la tarima, donde recibieron la despedida y la bendición individual de Sidgrid, antes de embarcar. Eran tantos, que el proceso se prolongó tranquilamente, alrededor de una hora.

Los últimos dos en subir, fueron Lavender y Ezio. Nosotros, los miembros del consejo y Shun, el padre de la niña, nos acercamos para despedirnos de ellos personalmente.

—Cariño, por favor, ten cuidado. —Le aconsejaba— Si las cosas se ponen feas, ponte a salvo, ¿recuerdas? Mujeres y niños primero, y tú eres las dos cosas, así que tienes el doble de prioridad, ¿de acuerdo? Y no dejes que ningún mayor intente mangonearte... y... ah, sí, aunque no puedas lavarte mucho, al menos cámbiate la muda cada día, ¿me lo prometes?

—Siiii, papáaaaaaaa te lo promeeeeeeeto. —Respondió ella con hastío.

—Sabes que te lo digo por tu bien, sabes que te quiero, ¿verdad Lav-Lav?

—Yo también, Papá. —Y se abrazaron.

—Oh, tu madre estaría tan orgullosa de ti...

—Mamá me protegerá desde las estrellas, igual que te protege a ti.

—Eso es. —Él sonrió con determinación. —Marcha, Lavender, se

valiente. Te estaré esperando. —Y la dejó partir.

Antes de que se marchase, la abracé con fuerza y me emocioné. Disimulando muy mal mi pena, me dirigí a Ezio para estrecharle la mano. Él y Craig estaban intercambiando varias palabras al despedirse y me entretuve espiándoles.

—¿Sabrás arreglártelas? —Preguntó Craig.

—¡Qué cosas tienes, por supuesto que sí! —Replicó Ezio. —Yo tengo más experiencia con estos barcos que tú, y tu enorme e inútil galeón.

—Ah, no empieces, cabronazo.

—Ya sabes que sólo bromeo, Lacy.

—Ya lo sé. Ah, por cierto, si pilláis pipas y especias nuevas, ya sabes a quién regalárselas ¿verdad?

—Por supuesto, todas para ti. —Rio— Me tienes que enseñar a fumar un día, me lo has prometido. —Siguieron hablando un poco más, de asuntos que no tenían verdadera importancia. Pero al final, igual que el resto de gente, se separó de nosotros, ignorándome y subió detrás de Lavender, a su barco, el bergantín Gin.

Poco tuvimos que esperar desde que subieran todos, hasta que empezamos a escuchar las primeras voces y órdenes de los oficiales, y respuestas de sus marineros. Como réplica, desde puerto también se alzaron varias voces, de gente gritando despedidas a sus familiares, declaraciones de amor de última hora, voces de ánimo, vítores...

Y para suavizar el momento en que todas aquellas despedidas se tornaban tristes, los bardos comenzaron a tocar música, mientras las embarcaciones soltaban sus amarres, y levaban anclas. Cuando ya nada retenía a los barcos en puerto, de forma mágica, el silencio llenó el aire. Había llegado la hora. El himno de nuestro pequeño Reino volvió a sonar, y para mi asombro, el pueblo comenzó a cantarlo al unísono, aunque yo desconocía que tuviese letra.

Escuchando sus voces, unidas en aquella melodía, mientras, una a una, las naves se separaban de sus muelles con un silencioso crujir, me recorrió el cuerpo el escalofrío más intenso que había experimentado jamás. Me faltó el aire, mi alma se sintió constreñida por el momento. Pequeños detalles, como el frescor y el aroma de la brisa marina, el murmullo de las olas, o el llorar de las gaviotas y sus cuerpos surcando los cielos, se quedaron grabados a fuego en mi memoria. Se marchaban, y mi trabajo había culminado. Estaba

orgullosa. La emoción me embargó.

DIECINUEVE

El ambiente que se respiraba en el aire me deprimía. Se suponía que una vez que partiesen nuestras naves, rumbo a traernos nuevas embarcaciones y víveres con ellas, reinaría la esperanza y la tranquilidad. Todos sabíamos que nuestros marineros harían lo que hiciese falta para tener éxito y que en algo más de un mes les tendríamos de vuelta. Sin embargo, mis vecinos no pensaban igual. Lo veía en sus caras, había un vacío entre ellos, un no sé qué que les impedía sonreír y ser los mismos de siempre.

Durante las vacaciones de dos semanas que me había concedido a mí misma antes de volver a la taberna, los días se pasaban sin noticias y sin ánimos. Craig apenas me había vuelto a hablar tras nuestra ridícula discusión, y obviamente, tampoco me había vuelto a tocar. Sam estaba, simplemente, ausente y frío. Mientras tanto, Brun... ahí estaba, sentada en su cama, insomne, al igual que yo, con las sábanas sujetas bajo sus axilas, el pelo recogido en un moño que se deshacía con cada movimiento de cabeza, esforzándose en tejer, concienzudamente, a la luz de su lámpara, alguna prenda, que no paraba de deshacer cada pocas vueltas. Ése se había convertido en su único pasatiempo, aparte de salir a visitar el puerto por las mañanas.

—¿Cuánto tardarán en volver? —Me preguntó, sin apartar la mirada de su labor.

—¿Quién? —respondí, algo confundida, al oír su voz tras el que había sido un largo silencio.

—Nuestros barcos, ¿cuándo volverán? —dejó caer las manos y su labor sobre el regazo, y al hacerlo la aguja se salió, y ella volvió a deshacer lo tejido, con una cierta rabia.

La miré, incapaz de hacer nada por ayudarla, demasiado cómoda entre mis sábanas, intentando leer un libro que me había prestado Sam.

—Según se dijo, el tiempo que suelen tardar en llegar hasta las costas de los Reinos del Noreste, es de unos veinte días. Pero igual no tienen que llegar hasta la costa, si van a capturar barcos, así que, pon unas dos semanas de ida,

y otras dos de vuelta, ¿sabes? Deberían de tardar un mes. —Ella me observó con ojos inexpresivos, y agitó la cabeza.

—Pues entonces, están a medio camino, ¿no? si han salido hace una semana... —y bajó el volumen de su voz, hasta que pareció un susurro— madre mía, me parece que ha sido hace una eternidad... —y su voz volvió a su volumen normal— ¿Tú cómo puedes estar tan tranquila?

—¿Por qué no iba a estar tranquila?

—Por si les pasa algo, les pilla otra tormenta o... vete tú a saber. —Al hablar, se daba golpecitos, con las agujas de punto, sobre las piernas.

—Que no, mujer, estará todo bien, te lo digo yo. Ya verás, tú tranquila.

—Joder, si tuviéramos teléfono, o mensajes instantáneos, o como se llame, que ya no me acuerdo, entonces sí que lo estaría. Pero así... —enrolló las agujas con la lana y lo colocó todo con cuidado en su mesita.

—Ahora sólo nos queda esperar... —Suspiré— Vaya, ahora que lo mencionas... no estaría nada mal poder contactar con ellos, ¿verdad? Pero por ahora, nunca he sentido que me hiciese falta volver a tener teléfono, o mensajes, o nada así. —Pensé en voz alta— ¿Tú no lo echas de menos, Brun? Porque sí que llegaste a tener móvil, ¿verdad? —Ella ya se había acostado, pero permanecía despierta, volteada hacia mí, su cuerpo haciendo una bonita forma bajo las sábanas.

—A quien echo de menos es a Ozam. —Se sinceró. —Estuvimos juntos, ¿sabes? Después de que él dejara la taberna, uno de esos días que tuviste que ir a dormir a casa de Craig. Espero que no te moleste que hubiera sido en casa.

—¡Ajá! —Me sonrojé, tentada a contarle lo que yo había hecho con Craig, por mi lado. Pero preferí callarme, cuando vi que a ella se le habían humedecido los ojos.

—Deb... tía, le tuve, le tuve, pude haberle pedido que no se marchase, pero se ha ido. Y ahora tengo que esperar, para que vuelva, pero ¿y si no vuelve? Joder... le quiero. —Apretó los labios, sorbió mocos y se pasó la mano por la nariz, con algo de rudeza. Consiguió reprimirse. —Fue tan bonito, tía... sus ojos, parecían de oro de verdad, y... Pensé que llevaría mejor su ausencia.

—Ya... me imagino —contesté.

—No, no te lo imaginas. Tus chicos siguen aquí. Craig sigue en tierra, y Sam, Sam no embarcaría jamás, no tiene madera para ello. —Mi ceño se

frunció automáticamente.

—¿Mis chicos? ¿Insinúas algo? ¿Crees que yo...? —Me intenté defender.

—No, no, no quiero decir que hayas hecho lo mismo que yo, qué va. —Aclaró, y mi entrecejo dolió un poco menos. —Lo digo porque sé que los quieres, como también los quiero yo. Imagínate que también hubieran zarpado, imagínate que no supieras si van a volver a salvo. ¿Podrías seguir tranquila, como estás tú, como si nada?

—No, no podría. —respondí, sin tener que pensarlo mucho.

—Pues así estoy yo, y así estamos todos los demás. Esperando, imaginando, sin noticias, vamos. Jodidos, y preocupados. Tenlo en cuenta.

Apenas dijo nada más, se giró en su cama tras darme las buenas noches, y apagó su lámpara poco después. Yo hice lo mismo, y le di vueltas a lo que me había dicho, hasta que me venció el sueño. Al día siguiente sería Mjorn y mis vacaciones estaban a punto de agotarse.

Por la mañana Brun se fue al puerto. Me había dicho que no iba ella sola, sino que había un generoso grupo de personas, que iban como ella, todos los días, a otear el horizonte y a hablar de aquellos que habían partido. La idea me parecía un poco deprimente, pero Brun decía que a ella le hacían sentir bien, y si ella era más feliz así, yo también lo era, aunque me quedase sola hasta la hora de hacer la comida, normalmente.

Sin tener nada mejor que hacer, hasta la hora en que Sam llegase, para retomar sus clases, me había vuelto a tumbar en la cama y me había quedado un poco traspuesta. El ruido de sus pasos en las escaleras fue suficiente para despertarme y él asomó su cabeza, justo para verme incorporándome de la cama y calzándome mis zapatillas. Me pareció que se había sonrojado, pero al verle jadear, entendí que había venido corriendo. Cuando bajamos, vi en el reloj de agua que era ya tarde, para la hora a la que él solía venir.

—¡Veo que no he sido el único que se ha dormido! —exclamó, rompiendo el hielo.

—¿Yo? Qué va, no estaba dormida, solo estaba haciendo tiempo. —Mentí. Aparté mi silla y me senté. Como respuesta, él tan solo sonrió con amplitud, y colocó su bolsa, directamente sobre la mesa. Giró su silla, se sentó a horcajadas, y se apoyó en el respaldo. Su rostro estaba radiante.

—Así que... ¿ya es definitivo, vuelves a tu vida normal, para siempre, y ya no tendré que preocuparme más? —Atrapó mi mirada sin esfuerzo.

—¿Preocuparte? —le miré incrédula.

—Sí, bueno, ya sabes que lo hago. —Se encogió de hombros, sin perder su sonrisa. —¿Te lo tengo que explicar de nuevo? No quiero que vuelvas a tener malos momentos, como los que has pasado con el consejo. Quiero que te relajes, que seas feliz.

—No te entiendo. —Él suspiró.

—Deb, hoy no te toca ir a la taberna todavía, ¿verdad? —Dije que no con la cabeza. —¡Estupendo! —palmeó sus manos— ¿Sabes? Hoy en verdad no he venido a darte clase.

—¿Ah no? —mi pregunta sonó exagerada.

—No, como te he dicho, quiero que te relajes, y te he preparado una sorpresa. Y creo que nunca te imaginarías de qué se trata. —Apretó los labios, se los humedeció y sonrió, entusiasmado, mientras observaba mis gestos.

—... ¿Ah no? —repetí, y me incliné hacia él, curiosa. Él negó con la cabeza, incapaz de contener su excitación.

—Me consta que ni siquiera sabes que el sitio al que te voy a llevar, existe.

—... ¿Eh...? —Me había convencido. —¿De verdad que no lo conozco?

—No, y me sorprende, pero a la vez creo que sé por qué. A Brun no le gusta. Bueno, ¿vamos, Deb?

—¡Sí! Pero deja que me vista.

—Vale, no te preocupes que yo te espero. —Y añadió, tras una pausa — Oh, ¿Tienes prendas de baño?

—Prendas de baño... —pensé. —Creo que sí, si no me equivoco, compré una, hace tiempo, por si íbamos a la playa, pero nunca la he usado... ¿Vamos a la playa? —Él apretó los labios de nuevo, satisfecho.

—Ya lo verás.

Buceé un rato entre la ropa de mis baúles, y encontré mi “prenda de baño”. Era de color verde botella, y tenía detalles de flores bordados alrededor del escote. Si no supiera que se trataba de un traje de baño, a primera vista, lo podría haber confundido con una camiseta interior, o con un body. Constaba de una sola pieza, tenía mangas, muy cortas, y piernas, que llegaban hasta medio muslo, que podían ceñirse, mediante botones, y el cuerpo se ajustaba con cordones, desde el escote.

Obviamente, estaba confeccionado en tela de algodón normal: ahí no había lycra ni spandex ni nada parecido, pero, Marcela, la modista se había

ocupado de reforzar la zona del pecho y la entrepierna, añadiendo un generoso panel de modestia y forro, para evitar transparencias indeseadas. Además, una vez puesto, era muy cómodo, no exageraba mis curvas y no se notaba que lo llevaba puesto, bajo el conjunto con el que me había vestido, de blusa y pantalones.

Cogí además una muda de ropa interior y la metí en mi bolsa, la que Craig me había regalado. Sentí un extraño placer al usarla para mi propio ocio, en vez de para ir a trabajar, como había sido su intención. Bajé y sin perder más tiempo, Sam y yo salimos de casa.

—Y ese sitio al que vamos, ¿está muy lejos? —pregunté, cuando nos habíamos alejado apenas unos pasos.

—Está más cerca de lo crees, en verdad. Y siempre ha estado ahí, aunque tú no lo sabías. —Arqueó las cejas, y agitó la cabeza.

—¿Cómo? —tamborileé con los dedos en la correa de mi bolsa, la cual me gustaba sujetar. Miré hacia atrás, y comprendí que no nos dirigíamos a la playa de Umi, sino que, íbamos al norte, hacia la isla Delphine. —¿Vamos al hotel? —me sonrojé, como una tonta. Sin perder el paso, giró sobre sus talones y exclamó:

—Caliente, ¡te quemas! —y extendió su mano hacia mí. Sin pensarlo, la agarré y comenzamos a caminar así, unidos. —Pero, como sabes, no es sólo un hotel, ¿o se te había olvidado?

Mis ojos escanearon todo el paisaje que nos rodeaba, intentando pensar con rapidez y recordar. ¿Qué era lo que hacía que existiese ese hotel en una isla sin visitantes? ¿Cuál era el negocio que lo mantenía en marcha?

—¡Es un spa! —dije al fin.

—Eh... supongo que tú llamas así a los baños públicos, ¿no? —me miró, temiendo estar confundido.

—Sí, sí. —Asentí.

—Y nunca has entrado a los baños, ¿a que no?

—No, sólo me asomé, pero nunca he entrado. Brun dijo que no le gusta, que es un timo, porque sólo usan agua de mar. —Al oír aquello, Sam me lanzó una mirada furtiva, sin dejar de sonreír y agitó su mano libre, delante suya, como apartando aquella idea de en medio.

—Bah, Brun no sabe lo que es bueno. ¿Y tú vas y le haces caso? Es más que eso. Déjate llevar, hada mía. —Mi boca se secó, empalagada por la dulzura que había en aquellas palabras. Él apretó su mano contra la mía, y

tuve que mirar al suelo, negándome a mi misma el volver a azucar mis sentimientos. Suspiré, procuré no pensar, tan solo sonreír, disfrutar de ese momento junto a él.

Entramos al hotel, y ahí estaba, Remy, como cabría esperar. Al vernos cogidos de la mano, alzó una ceja y nos miró con suspicacia.

—Hola, parejita, —Nos recibió— ¿Queréis una habitación? Tened en cuenta que no alquilo por horas...

—¿Por horas? ¿Por qué íbamos a querer una habitación por horas? — Preguntó Sam, extrañado. El recepcionista y yo nos miramos, y yo agité la cabeza, hasta que éste me entendió, e hizo una mueca de disculpa.

—Había reservado un día de balneario, lo debes tener apuntado. —Dijo Sam, que aún parecía confuso por el tema de la habitación por horas.

—Ah, por supuesto, por supuesto. ¿Me dices tu apellido?

—Doe, pronunciado “do—u”, así que tal vez te lo encuentres así escrito.

Remy colocó una gran agenda sobre el mostrador, con las líneas y las fechas pintadas a mano, y volvió algunas páginas hacia atrás, hasta encontrar el día en que nos encontrábamos. Había más nombres apuntados, por lo que deduje que no estaríamos solos. De un rápido vistazo, localizó a Sam.

—Muy bien, a ver... Sam Émile Doe, una jornada de balneario natural, con todo, para dos personas, ¿correcto? Lo dejaste pagado por adelantado.

—Así es. —Sacudió la cabeza y me apretó la mano, entusiasmado.

El recepcionista se giró, abrió un cajón y sacó un par de tablillas de madera, de las cuales colgaban cordeles, para colgarlos alrededor del cuello, si nos apetecía, y nos entregó una a cada uno.

—Aquí tenéis vuestros pases, no los perdáis, por favor. Con esto tenéis derecho a usar todos los servicios del balneario, desde ahora hasta las veintidos horas. Los vestuarios están aquí a la entrada, donde os proporcionarán toallas y batas y podréis guardar vuestras pertenencias y el acceso a las aguas...

—Sé dónde está, no te preocupes. —Interrumpió Sam, con un poco de orgullo.

—Bueno, si ya te lo sabes, que tengas un buen día. Relajaos, y ya sabéis, si después queréis terminar bien la noche, podéis alquilar una habitación. — Me guiñó un ojo. Yo me reí, nerviosa.

Entramos por la puerta de la izquierda, a esa zona alicatada y perfumada, que había apenas explorado en mi primer día en Miurgel. Lo que yo había

visto, eran tan solo los aseos, antes del acceso a los vestuarios. Pasando esa zona llena de urinarios, tras un tabique, nos esperaban dos puertas, y frente a ellas, en un mostrador de mármol blanco había una joven cuya piel, algo más oscura que la mía, contrastaba con la decoración de aquel lugar, de forma estéticamente agradable.

—Buenos días a los dos. Habéis venido temprano.

—Hola, Flor, ¿qué tal estás?

—Trabajando un poco, como siempre. ¿Te has traído a tu novia? ¡Pensé que nunca llegaría el día en que te viera con una! —Me sonrió, pero tuve la horrible sensación de que, en su interior, me quería dar una paliza.

—Eh, eh, ella es Deborah. —Pareció atragantarse, y me soltó la mano de inmediato.

—Ya veo ya. ¿Tú no viniste con Craig para lo de los barcos? —Asentí— Claro que sí, ya me acuerdo de ti, ya... —Yo no me acordaba de ella. —Tienes suerte de estar con este chico. Mírale, lo guapo que es. Y qué voz tiene... ¿Sabes cuántas veces se ha negado a salir conmigo?

—Pero yo... Pero yo no... Sam, ¡di algo! —él estaba pálido y rígido, incapaz de mirarme a la cara. —Yo no... no soy su novia, no. —Dije— Pero somos muy buenos amigos.

—Los mejores. —dijo al fin, mientras el color volvía a sus mejillas. —Toma, nuestros pases. —Con brusquedad, él le entregó su tablilla de madera y yo hice lo mismo. De un vistazo comprobó que ambas eran iguales.

—Muy bien, pues cuando queráis, podéis pasar a los vestuarios. —Y nos dio una llavecita con un número, a cada uno. —Éstas son las llaves de vuestras cajas de seguridad, dentro encontraréis toallas y albornoces y podéis guardar lo que hayáis traído. Recordad que tenéis que salir por la puerta del fondo, no por donde habéis entrado. Y que no podéis llevar zapatos ni ropa de calle más allá del vestuario, solo vuestras prendas de baño, y vuestros albornoces y toallas. Ah, y no olvidéis llevar con vosotros las tablillas. No las perdáis. Está todo claro, ¿no? —No esperó respuesta— Pues pasad. Deborah, —me retuvo— ¿creo entender que no sabes leer? Pues te indico, por si te pierdes, tienes que ir por la derecha, donde pone: Mu-je-res. —Puso una voz como la que se usa al hablar con un niño de preescolar, con intención de hacerme sentir mal, y sonrió a continuación. Con lo amable que me había parecido, antes de abrir la boca...

Igual que yo, Sam estaba incómodo por el trato de la empleada. Sus

pupilas temblaban, y adquirió un gesto que parecía de arrepentimiento. Sin que me lo dijese, intuí que quería saber si quería seguir adelante con su plan. Sacudí la cabeza y sonreí. Por aquel día, decidí dejarlo pasar. No quería estropear el esfuerzo que había puesto Sam en planear aquella sorpresa para mí, y me resbalaba que otras tuvieran celos de mí, al estar a su lado. Puede que él no me quisiera, no del modo en que yo lo hacía, pero me dedicaba su tiempo y nada llenaba más el vacío en mi pecho en aquellos días, como disfrutar de cada segundo a su lado.

—Vamos allá, ¿no? —Le animé. Él tragó saliva y se permitió relajarse.

—Venga. —Se balanceó, recuperando su energía— Nos vemos al otro lado en... ¿diez minutos?

—Hecho. —Me agarré al bolso y me puse de puntillas, estirándome, para besarle en la mejilla, peligrosamente cerca de sus labios, de forma que la señorita Flor pudiera verlo perfectamente. —Muchas gracias por traerme. Él suspiró, satisfecho, incapaz de responder.

El vestuario era bastante más rústico y pequeño de lo que me esperaba. No tenía ventanas, se iluminaba con lámparas, y estaba alicatado hasta la mitad de la pared. En la pared de la izquierda, esperaban en silencio una docena de cajas de seguridad, formando un casillero amplio y robusto, de madera oscura, a una altura justa para no tener que agacharse. Encontré la mía sin problemas, y saqué mi albornoz y toalla. Inmediatamente, metí mi bolso y empecé a desvestirme.

Doblé mi ropa y la coloqué dentro, y puse mis zapatos en una balda que había en su interior, destinada para ello. En la pared opuesta había espejos, con una repisa, para colocar lo que hiciera falta y en el centro de la estancia, había dos bancas corridas para que los clientes pudieran sentarse. Me puse el albornoz, guardé la llave de mi caja en un bolsillo que éste tenía en su interior, y me recogí el pelo con una cinta, que había sacado antes de mi bolsa. Me miré al espejo, me abrí un poco la apertura del albornoz, para mostrar algo del escote, y gracias a su reflejo, reparé en que había un reloj de agua colocado encima de los casilleros, que no había visto antes, y eso que estaba iluminada por dos lámparas, una a cada lado. Hice tiempo hasta que pasaron los diez minutos, y entonces, cogí mi toalla y la tablilla, y crucé al otro lado de la puerta.

Frente a mí, esperaban unas escaleras, iluminadas por hachones, descendiendo, misteriosas, a algún punto bajo nuestros pies. Desde ellas

venía algo de corriente, que hacía bailar las llamas, y arrastraba un fresco y fuerte aroma a sales, y a mar. Noté que el suelo era cálido, a pesar de ser de piedra. Desde la izquierda, por un tragaluz esmerilado, se filtraba la luz del sol, llenando las paredes y la boca de las escaleras de los colores del arcoíris, y había un móvil con conchas, perlas y estrellas de mar, que tintineaba con cada corriente de aire. Era algo sencillo, pero lo suficientemente efectivo como para hacerme sentir inmediatamente bien. Metí la tablilla en el mismo bolsillo donde había guardado la llave de mi caja de seguridad, y esperé a mi amigo.

Salió poco después, con el albornoz, que no le llegaba a las rodillas, muy cerrado sobre su pecho. Venía ruborizado, y asumí que se debía a alguna suerte de pudor. Se acercó a mí, y me pasó el brazo sobre el hombro. Oía tan bien...

—¿Te imaginas lo que hay debajo? —preguntó con suavidad, y yo me pregunté a qué “debajo” se refería.

—No, no sé, sorpréndeme. —Ya me imaginaba su cabeza acercándose a la mía y a sus labios invadiendo los míos, y agradecí el refuerzo de tela en mi entrepierna. Pero lejos de eso, él me besó la cabeza, me soltó y bajó corriendo las escaleras.

—¡Venga, vamos a verlo! ¡No te quedes atrás!

Corrí tras él, escaleras abajo, con cuidado de no tropezarme y acabar rodando. Igual que en el hotel, esas escaleras descendían en forma de caracol, pero estaban labradas en la roca. Las paredes, según descendía, se fueron volviendo más toscas, hasta que, cuando llegué al final, nos encontramos en una cueva, natural, con sus estalactitas, y sus estalagmitas, y al menos tres pequeñas piscinas naturales. Ahí abajo, hacía calor, y el ambiente estaba cargado de aromas. De una de las piscinas, ascendía vapor, de las otras dos, no, y las hogueras, y hachones que lo iluminaban todo, le daban un toque único íntimo y misterioso.

—¡Madre mía! —Exclamé. —Pero, ¿y esto?

—¿Impresionante, ¿verdad? Y esto es solo la entrada. Hay mucho más hacia el fondo, esto —hizo un gesto con los brazos, señalando alrededor— es enorme.

—¿Qué me dices? —me fijé mejor, y descubrí una apertura en la pared de piedra que yo había asumido, lo delimitaba todo. —¿Es por ahí? —señalé con el dedo.

—Sí, ven, sígueme. —Volvió a correr, y yo a seguirle. Pasamos por la estrecha apertura, que era más larga de lo que pensaba, y llegamos a una cueva aún mayor, con el techo más alto, y muchas más piscinas. La gran sala se bifurcaba hacia enfrente y hacia la izquierda, donde, muy al fondo, entraba la luz del día por la boca natural de la gruta. Varios biombos y algunas paredes naturales, delimitaban diferentes estancias y me pareció ver ya a gente disfrutando de aquello. Frente a nosotros, se extendía otro pasillo, con el techo más bajo, e iluminado por más hachones, y Sam me invitó a seguirle por él. Había un cartel sobre el dintel, y conseguí leer “Tratamientos”. Me entusiasmé.

Él dejó de corretear, cuando nos aproximábamos al final del pasillo, que, como venía siendo costumbre, también se desviaba hacia la izquierda, y dejaba entrar luz natural.

—¿Qué te apetece más? ¿Quieres... a ver... que te toqueteen? ¿Quieres sudar, mojar te un poco las piernas? —Tomé aire, intentando no pensar en lo que no debía, pero él me lo estaba poniendo muy a huevo. Intenté ver si él entraba al juego.

—¿Todo eso lo puedo hacer contigo? —Alcé las cejas.

—Por supuesto, lo he reservado para dos, ¿no ves? —Sacó su tablilla del bolsillo. Como vi que él no lo entendía, volví a bromear.

—Pues, me apetece mucho... que me toqueteen, y después sudar... sentirme algo mojada y después que vuelvan a toquetearme un poco más. ¿No te parecería estupendo hacer eso? ¿Aquí, los dos? —Puse la mano sobre su pecho, y él sonrió.

—Creo que es un plan estupendo, además en un orden bastante lógico, ¿sabes? Aunque a mí me gusta más la sauna antes del masaje, pero, después de un masaje luego sudas más y es mejor. —Era imposible, el pobre no podía o no quería entender lo que quería insinuar, así que desistí de forzar más la situación, porque me empecé a sentir ridícula.

Me agarró de la mano y volvimos a recorrer el pasillo, hasta dar con una puerta marcada como: “Masajes—Parejas”. Él llamó a la puerta, y nos abrió un chico que se parecía mucho a Remy, pero sin rastas. Dentro de la estancia, había dos camillas, separadas por un biombo. Sam le enseñó la tablilla y yo hice lo mismo.

—Muy bien, pues podéis quitaros el albornoz y desvestiros, si queréis. Podéis dejar vuestras cosas en esas sillas de ahí. Si me esperáis, iré a buscar a

mi compañera y empezamos.

—¿Me tengo que quitar el bañador? —pregunté, alarmada, y miré a Sam.

—¿La prenda de baño? A ver... ¿tiene mangas? —me preguntó y yo me quité el albornoz. Me di cuenta de que Sam no me apartaba la vista de encima. —Bueno, tal vez, pero bastaría con que te saques las mangas, y lo bajas hasta la cadera. Cuando estéis listos, podéis tumbaros en las camillas. Venimos enseguida.

Todas las ganas que tenía de hacer cosas sucias con Sam, se desvanecieron en cuanto fui consciente de lo cerca que le tenía y de que nos iban a dar un masaje a los dos a la vez. No creía estar preparada para algo así, estaba extremadamente cohibida. Tomé aire profundamente.

—¿Estás visible? —preguntó él, antes de venir a mi lado del biombo. Yo aún no me había decidido a soltarme el bañador.

—Sí, por ahora. —Él se acercó y se puso frente a mí. Era la primera vez que le veía con tan “poca ropa”, así que mi deber moral era el de echarle un buen vistazo. Tenía que hacerlo, o jamás estaría en paz conmigo misma.

Su “bañador” era, básicamente, un pantalón rojo, corto y recto, bastante parecido a los que se vendían en mi antiguo mundo, sólo que, igual que el mío, estaba hecho de tela normal, y supuse que también estaría reforzado por dentro. En vez de ir atado, se abrochaba con botones, un poco por debajo de su ombligo. Pero no era su traje de baño el que me llamó la atención, sino su cuerpo.

Era muy delgado, sí. Tenía una cintura diminuta, igual que sus caderas, pero, para mi sorpresa, tenía los músculos bastante marcados para lo que cabría esperar de alguien de su constitución, por lo que, seguramente, no era tan débil como todo el mundo asumía. Su piel era pálida, aunque no tanto como lo era la de Brun, de aspecto suave, sus pezones eran más marrones que rosados y apenas tenía pelo en el pecho. Tenía además varios lunares, uno en el costado, y en la clavícula, y después me pareció ver también otros, en su espalda y en sus hombros. Tuve que resistirme a la tentación de tocarle, y esta era muy fuerte.

—Así que... ¿Sueles venir aquí a que te den masajes? —le pregunté, para disuadir mis pensamientos.

—Sí, no muy a menudo y siempre yo solo, ¿sabes? Nunca he invitado a nadie. Y cuando he querido... bueno, ya sabes, a Brun no le gusta venir aquí. Creo que le da miedo el lugar, pero no le cuentes que te lo he dicho. Ah,

bueno, sí que he venido con Craig antes, como tú y yo ahora. Fue su regalo por mi vigésimo quinto cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños? ¿Cuándo es?

—Ah, sí, es en el mes de Okawan, el día veintinueve. Faltan dos meses, aún, ahora estamos en el mes de Klover. —Explicó, pero aquello me sonaba a chino, o a lo que fueran esas palabras.

—¿Eres consciente de que aún no me se los meses del año? —le reprendí.

—¿No te los he enseñado? —abrió mucho los ojos— ¿Has pasado todo este tiempo sin saberlos? ¿Aun yendo al consejo? —me encogí de hombros.

—Siempre he usado números para las fechas...

—Okawan es el noveno mes, justo antes del invierno. Ahora estamos en Klover, el séptimo. Los nombres vienen del Nassir antiguo, son las plantas típicas de cada mes.

—Ajá... —Me quedé pensando— ¿Oye, y cómo sabes la fecha de tu cumpleaños? ¿No apareciste aquí de pequeño? ¿Cómo puedes saberlo?

— Me lo dijo Craig. Según él, es la fecha en la que aparecí aquí. *Ese* es mi cumpleaños. El tuyo, por ejemplo, sería el dieciséis del mes de Kiri, el duodécimo mes. Y la Reina Seffora, murió pocos días antes, el diez de Kiri y...

El masajista entró junto a una compañera e interrumpió nuestra conversación. Sam desapareció rápidamente tras el biombo.

—¿Vaya, pero aún no te has desvestido? —me preguntó el masajista. Negué con la cabeza— No pasa nada, me voy a coger algunas cosas que necesito y cuando estés lista, acuéstate boca abajo y me avisas. —Tras decirlo, hizo lo que pareció una corta inclinación de cabeza y también marchó tras el biombo.

Aproveché para hacer lo que me habían dicho. Desaté el nudo de mi bañador, y aflojé las cuerdas lo suficiente como para poder sacarme las mangas. Con cuidado, saqué un brazo, y el otro fue más fácil de liberar, y después bajé la tela hasta la cintura. Instintivamente, me cubrí los pechos con un brazo, aunque virtualmente no podían verme. Me senté en la camilla antes de tumbarme boca abajo. La camilla era de madera, y estaba protegida con una tela clara y suave. Me ajusté a una posición que no me hiciera daño en los pechos y que no los desparramase, y cuando estuve segura, exclamé “Ya estoy”. Escuché al masajista intercambiar palabras con su compañera en murmullos, y finalmente, vino a atenderme.

Para nuestra sorpresa, la compañera de mi masajista retiró el biombo entre nuestras camillas, y Sam y yo intercambiamos miradas nerviosas, porque por alguna razón, los dos habíamos pensado que la postura que nos resultaba más cómoda, era precisamente, con la cabeza mirando a aquello que nos separaba. Nos sonreímos, yo con algo más de timidez que él, y pronto, casi al unísono, los dos masajistas empezaron a trabajar en nuestras espaldas. Sam cerró los ojos, y después de contemplarle así, unos segundos, por mi puro deleite, hice lo mismo, concentrándome en disfrutar del masaje y del olor de los aceites.

Era extraño, que nos estuvieran haciendo lo mismo a los dos, en la misma sala, por separado. Relajada y en silencio, le escuché gemir suavemente alguna que otra vez. Probablemente, a mí también se me escapó algún gemido, sin darme cuenta. Con los ojos cerrados, fui incapaz de resistirme a imaginar que, en vez de en camillas separadas, los dos nos encontrábamos en el mismo lecho y que las manos fuertes que se deslizaban descontracturando mi espalda, eran las de él, con sus (recientemente descubiertos) musculosos brazos.

Me mordí los labios. Tal vez eso iba a ser lo más cerca que estuviésemos de acostarnos juntos. Era una idea algo deprimente. Abrí los ojos, le vi, con la cara congestionada, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Tuve que apartar la mirada. Verle así, no me ayudaba a dejar de pensar de forma tan sucia.

El masaje terminó con nosotros boca arriba. Para que me pudiese dar la vuelta, me cubrieron los pechos con mi toalla, que permaneció cubriéndome hasta el final. Sam y yo tan solo intercambiábamos miradas. Hubo un instante en que él extendió su largo brazos hacia mí. Hice lo mismo y en cuanto nuestros meñiques se tocaron, él lo retiró. No supe qué significado tenía aquello. Al terminar, los masajistas volvieron a colocar el biombo entre nosotros. “Hemos terminado, pero podéis reposar por un par de minutos. Podéis salir cuando queráis.” Dijeron y se marcharon de la pequeña estancia, volviendo a cerrar la puerta a continuación. Yo estaba bastante relajada, y les hice caso. Oí el crujido de la camilla de al lado, y poco después, enfundado en su albornoz, él apareció a mi lado.

—¿Te ayudo a levantarte? —Se inclinó a mi altura.

Levanté un brazo hacia él, aunque él lo ignoró. En cambio, él sujetó mi albornoz, tapándome el pecho con él. Lo apreté contra mí para que no se

moviese y entonces me ayudó a ponerme en pie, con cuidado, para que no me mareara. Luego corrió tras el biombo.

—Ponte bien la prenda y salimos, ¿vale?

—Si eso quieres... —bromeé. Aparté el albornoz y la toalla, y volví a subir la tela, la cual que se había arrugado un poco, por mi cuerpo. Sujeté las mangas, metí las manos en cada una de ellas y fui estirando los brazos hasta que, con un poco de dificultad, las mangas acabaron en su sitio y yo pude colocar el panel de modestia y atarme el escote de nuevo. Lo hice tan rápido como pude, me puse el albornoz, recogí mi toalla y fui hasta la puerta. Sam vino detrás de mí, y me llevó de la mano hasta los siguientes tratamientos.

Pasamos por diferentes saunas, jugamos con el agua fría, entre medias, y cuando nos hartamos, Sam me llevó a la zona abierta, con grandes piscinas. Ahí se oía más ruido de gente, que charlaba sin tapujos. Nos metimos en varias piscinas, cada cual diferente. Las había con agua caliente, agua templada, agua fría, con burbujas, o de agua cristalina y seguramente, había muchas más por visitar. Mientras estábamos metidos en una, que tenía corrientes, que nos hacían cosquillas en las piernas, él me contó algo.

—¿Sabes? A la Reina Seffora le encantaba venir aquí. A veces venía con su marido, pero, casi siempre, venía sola, al menos una vez cada semana.

—¿Ah sí?

—Sí. Ella... —sonrió con tristeza— ¿sabes? Era mi amiga. La conocí aquí desde las primeras veces que me dejaron venir, porque sólo se admiten a mayores de edad. Así que en cuanto tuve los diecisiete, empecé a venir cada mes, más o menos, con mis primeros sueldos. No venía tanto como ella, pero desde que coincidí con ella un día que había venido sola, se interesó por mí. Decía que le habían dicho que yo tocaba bien, y quería conocerme. Y comenzamos a hablar, y nos hicimos amigos. Hablábamos de muchas cosas, de libros y textos antiguos, de cultura... era muy fascinante, y estoy seguro que la gran mayoría de cosas que ahora sé, se las debo a ella.

—No tenía ni idea. —Dije, sacudiendo la cabeza.

—Por supuesto que no. Creo que nadie lo sabía, porque no solíamos reunirnos en público, sino que veníamos aquí o nos veíamos en el círculo de ancianos.

—¿Eh? ¿Y por qué?... —pensé y me avergoncé un poco al preguntar— ¿Tenías un romance con ella?

—¡Ja! ¿Con la Reina? En absoluto, ni loco. Era muy guapa, guapísima,

su pelo y sus ojos, eran una pasada y su piel, era perfecta. Yo nunca hubiera estado a su altura. —Se rio sin ganas, pero dejó caer los hombros, derrotado. —La quise. —Admitió.

—Sam...

—Pero ella amaba a Sidgrid. —Hice amago de interrumpirle, pero el no se dio cuenta y siguió hablando— Lo que más me gustaba de ella, era lo mucho que sabía, lo curiosa que era con todo, su interés por la cultura y la ciencia. Había salido de Umi, ¿sabes? Pero desde luego, no tenía mentalidad de pescadora, ella quería más, tenía sed de conocimientos, y era un poco salvaje. Nada le impedía meterse a investigar en cualquier lugar, solo para satisfacer su curiosidad. —Se mordió el labio y suspiró. —Creo que cuando me mudé a Umi, lo hice por ella, para intentar comprender mejor sus orígenes. Para entenderla mejor. Además, comparándolo con mi primer alquiler, que fue en Nao, el de Umi es extremadamente barato. —Se rio y se detuvo, al ver la forma en que le estaba mirando.

—¿Alguna vez has estado enamorado de alguien que no fuese ella? —Él asintió.

—Siempre sufro amores de luna. —Puso una sonrisa de medio lado, algo descarada. —Ya sabes, ves a quien amas todos los días, te parece que puedes tocarla, pero a pesar de ello, nunca serás capaz de alcanzarla. Aun así, jamás dejas de adorarla.

Algo se revolvió en mi pecho, al oírle decir eso. Tal vez se tratase de tristeza, o celos, aunque fueran por alguien que hacía meses que había muerto. Pero lo que era innegable, era que me hacía sentir inquieta, que deseaba que él sintiese algo así por mí. Con voz baja, algo indecisa, le hice otra pregunta, en un empeño masoquista de saber más de él, de primera mano. Tenía que saber si lo que me había contado Craig tiempo atrás, era verdad.

—Y... —las palabras se me atragantaron, pero salieron tras un carraspeo — ¿alguna vez te has acostado con alguien? —Él frunció el ceño.

—¿Por qué a todos os importa tanto? —Inclinó su cabeza hacia atrás, observando el cielo de roca.

—No lo sé. —Bajé la cabeza, arrepentida de mi pregunta. —Lo siento.

—No te preocupes por la pregunta. No me molesta, me la han hecho tantas veces... —Bajó la cabeza y me miró con honestidad.

—Hmm... —cambié de tema— Sam, esto que me has contado, lo de

Seffora, ¿Lo sabe Brun? ¿Se lo has dicho a alguien más?

—No. —Sacudió la cabeza. —No se lo he contado a nadie. No me atrevo. Creo que... ahora mismo, no podría confiarle este secreto a nadie más. —Me miró a los ojos, con intensidad— Tú... tú eres muy diferente a los demás y en cierto modo me recuerdas a ella. No llegaste a conocerla, así que, no sé, todo lo que te pueda contar acerca de ella, ni te sorprenderá, ni te resultará extraño.

—Entiendo. Y gracias, por lo que me toca.

Apretó los labios y enmudeció. Se apoyó en el borde de la piscina, tomó impulso con los brazos, y se alzó para sentarse en la orilla. Me pegué a su lado, e intenté hacer lo mismo, sin que él se diese cuenta, y sin éxito. Algo avergonzada, me mojé la cara con la mano y disimulé, apoyando los brazos en la orilla, y formando un nido con ellos, donde apoyé la cabeza. Le miré así, de lado un buen rato. Él parecía absorto en sus pensamientos. Siempre que se ponía serio, así, volvía a aparentar su edad verdadera, y me resultaba todavía más fascinante y atractivo que nunca, y eso tan sólo me hacía sufrir más. Si él supiera lo que sentía por él... ¿serviría de algo?

—Sabes, este balneario, estas grutas... —me sorprendió, cuando volvió a hablar. —Este lugar le fascinaba, por eso venía tanto. Ella sospechaba que debía haber otras grutas, como ésta, en las otras islas, que había más de nuestro Reino por descubrir, de lo que hay a simple vista. Le ponía tanta pasión a sus palabras, estaba tan... empeñada en conseguirlo que... —se lamió los labios, e hizo un esfuerzo, para decir lo siguiente— que le costó la vida. —Apretó las manos en puños, y cerró los ojos, reprimiendo su dolor— Nadie más que yo lo sabe. No pude evitarlo... —Su voz se volvió aguda y se quebró.

—Espera, espera, espera, ¿qué? —Exclamé.

Me aparté del borde, y llamé su atención, poniendo una mano en sus rodillas y agitándoselas. Él me miró, como si hubiese reventado su burbuja. Le solté, e intenté encaramarme de nuevo, para sentarme a su lado en la orilla, y esta vez él me ayudó. Lo conseguí, con mucho esfuerzo y muy poco glamour, pero por fin estaba sentada junto a él, dispuesta a escuchar qué más debía contarme.

—¿Cómo que no pudiste evitarlo? ¿Acaso estabas ahí? ¿Qué pasó, cómo murió?

—Sí, estaba con ella. —Contestó, cabizbajo, con tono calmado. — Nosotros... como te he dicho, quedábamos para investigar, y hablar.

Normalmente solíamos ir al círculo de los Ancianos, pero a veces, cogíamos un bote a escondidas, y explorábamos toda la costa, buscando alguna pista, que nos dijese que teníamos razón, que había más grutas, más secretos escondidos.

» Entonces, un día encontramos una pista en la isla Miurgheal. Había algo extraño entre las rocas del acantilado, —hizo una pausa— era como... algo extraño a la vista, como, un brillo, no te puedo decir exactamente “qué es”, pero teníamos que acercarnos. Probamos con el bote, pero la marea siempre estaba muy alta cuando podíamos ir y había demasiadas rocas que podrían destrozarlo, y no podíamos correr ese riesgo. En fin, nunca era lo suficientemente seguro, como para ver de cerca qué ocurría, y no podíamos arriesgarnos, porque ella era la Reina, sabes, ¿no?

—Claro, entiendo. —respondí, interesada por su relato.

—Pero te lo digo, ella era obstinada, y apasionada, incapaz de rendirse. Un día me citó, como siempre, en el círculo, y vi que ella se había vestido de forma diferente. Sabes, normalmente llevaba ropa cómoda y suelta, por eso me sorprendió, cuando la vi con pantalones, botas y guantes de cuero, y, además, llevaba una cuerda enrollada, y una gran bolsa.

—¿Para qué?

—Para escalar.

—¿Eh? ¿Iba a escalar? —pregunté, sorprendida.

—Sí. —Sam agitó los pies en el agua. —Como desde el mar no podíamos acercarnos, ella pensó que podíamos bajar, directamente, desde los acantilados. Yo confiaba en ella, y bueno, la idea de escalar era emocionante, una nueva aventura. Por eso, no me opuse. Salimos del círculo, rodeamos el castillo, porque aquella cosa, lo que fuera, estaba ahí, justo detrás, y moverse por ahí era muy difícil, porque teníamos muy poco espacio. Cuando llegamos al sitio correcto, ella sacó una caja con unos grandes clavos y un mazo, que había traído en su bolsa, y clavamos la cuerda al suelo, hasta que fue imposible arrancarla y por mucho que tiramos los dos a la vez, la cuerda no se movía.

» Se supone que bajaríamos los dos, pero Seffie no me dejó hacerlo, porque no iba preparado, como ella. Bueno... —se tocó el mentón— Tampoco me había avisado de lo que quería hacer, antes de quedar. Puede que su plan fuera bajar sola, al fin y al cabo. Yo confiaba en que todo iría bien. Ella era tan valiente, tan fuerte, y tan perfecta, que jamás se me pasó por

la cabeza que algo pudiese fallar...

—¿Se cayó, entonces? —Él asintió.

—Básicamente. Descendió sin problemas hasta muy abajo, pero cuando llegó a la parte donde el agua salpicaba y golpeaba las rocas, no pudo sujetarse, y se resbaló, porque la cuerda y las rocas estaban empapadas. No es que cayese desde muy alto, pero las rocas la hirieron.

—Entonces, no murió de la caída.

—Qué va, no.

—¿Y tú qué hiciste?

—Desde la orilla del acantilado no pude hacer nada más que oírla gritar. Intenté sujetar la cuerda, pero sus manos ya la habían soltado, había ocurrido muy rápido. Pero la vi moverse, seguía consciente, con la suficiente fuerza como para encaramarse a las rocas, y sujetarse a una, que sabíamos, por las veces que lo habíamos probado con el bote, que era plana y bastante segura. Me gritó desde abajo, que fuese a por el bote, eso creo, y eso hice. Corrí todo lo rápido que pude por las pasarelas, hasta Nao, eché el bote al agua, y me dejé los brazos remando tan rápido como pude, hasta donde estaba ella.

» La rescaté, y volví al puerto. La pobre estaba empapada como un gato, tenía el pelo pegado en la cara y sus ojos parecían enormes. Apenas se quejaba, pero pude ver... lo veía en su cara, cómo le dolía. Cuando estuvimos en tierra, se empeñó en ir caminando, y volvimos al círculo, para que la atendiesen y no se me olvidará, que cuando le quitamos la blusa, ella chilló, porque se le había pegado a una herida, justo en las costillas. —Se tocó a sí mismo, señalando el borde de sus costillas, en el costado izquierdo. Dibujó una línea con sus dedos, y yo seguí el movimiento de sus manos— Era una raja así, pequeñita, pero parecía una boca y sangraba bastante.

—¿Como una boca? —me extrañé.

—Sí, a ver, era pequeña, pero los bordes se abrían hacia afuera. —juntó las manos y separó las puntas, para que lo entendiera— Además de eso, aunque apenas se veían, por lo oscura que era su piel, tenía muchos golpes, que le hacían gritar, solo con rozarla. Yo sólo pude quedarme a apretar su mano, mientras los Ancianos la limpiaron lo mejor que pudieron, le pusieron ungüentos, y vendajes, y quisieron coserle la herida, pero ella se negó. Decía que era demasiado pequeña, que no valía la pena, y que ya se curaría sola. Les pidió que le dieran un tarro, del mismo ungüento que le habían puesto, que no le contasen nada a Sidgrid, y aquel día volvió a Palacio, por su propio

pie.

» Los días siguientes, ella fingió que estaba bien. Yo sabía que era dura, y fue tan convincente que me confié, pensé que saldría de aquello, y que su caída sería solo una anécdota, de la que nos reiríamos después. “Estate tranquilo, Sammie”, me decía. “No pudiste hacer nada, ni siquiera yo sé cómo me resbalé.” “Te hubiera podido pasar a ti, de haber bajado.” “Iba bien protegida, no me pasará nada.” Y la creí. Seguimos quedando, incluso hasta un mes más tarde, pero según pasaban las semanas, vi que algo no iba bien. —Suspiró.

» El último día que nos vimos, ella empezó a balbucear y se desmayó, sin más. Pedí ayuda, los Ancianos vinieron a buscarla, y sin decirme nada, se la llevaron a Palacio. No me dejaron acompañarlos, no me dejaron decirle adiós. —Sacó una pierna del agua, la apoyó en el borde de la piscina y apoyó sus brazos y cabeza en la rodilla. —Tuve que rogarle a Borri que me explicase qué estaba pasando, porque ningún otro me hacía caso. Me contó que esa herida tan pequeña, se le había infectado, y que la infección le había podrido la sangre. Después, permaneció dormida tres días, y entonces se fue para siempre. —Volvió a suspirar, suavemente, y apoyó la frente contra sus brazos — Mi único consuelo, es que el Rey jamás supo lo que había ocurrido en verdad, nunca sospechó que yo hubiera tenido algo que ver... si eso puede servirme de consuelo, claro.

Levanté mi mano, y le toqué la espalda, intentando confortarle. El giró la cabeza, para mirarme, sus ojos estaban colorados, pero me miraban con ternura.

—Cuando llegaste tú, y me encontraste... ¿sabes? en verdad, nunca tuve la intención de acudir al funeral. —Dijo— No podía, no quería dejarla ir. Encontré a ese gato empapado, dentro del barreño y al rescatarlo, fue un poco como rescatarla a ella de nuevo. Raro, ¿verdad? E hizo que me quedase ahí, la excusa perfecta para escaquearme, y gracias a eso me encontraste, y yo te encontré a ti, y a partir de ese momento, no se cómo, pero todo cambió. —Se enderezó y chasqueó los dedos. —Tú eras “la nueva”, no sabías donde estabas, las calles estaban vacías, no podía abandonarte a tu suerte. Yo era la primera persona a la que encontrabas, y eso debía ser bueno, era una señal.

—¿Una señal? —pregunté, perpleja.

—Sí, de buena fortuna. Tú eras la vida, golpeando mi puerta, para recordarme que yo sigo vivo, y aún puedo hacer cosas maravillosas...

—Sam, no entiendo qué me quieres decir. —Encogí el cuello, llena de rubor. El chasqueó la lengua, y tomó aire.

—Quiero decir, que, al verte, comprendí que la vida debía seguir, que no podría esconderme eternamente, de mi deber, de mí mismo. Aunque me habían arrebatado a alguien a quien amaba, echarlo todo por la borda, sólo por el dolor, no serviría de nada. ¿Me entiendes mejor ahora?

—Creo que sí... —Intenté disimular lo mucho que me emocionaban sus palabras, y lo mucho que me gustaba recordar aquel momento, cuando le vi por primera vez, inocente, cantándole a un gato, aparentemente, “feliz” ...— Es extraño, al verte, nunca hubiera sospechado que... que estuvieses pasándolo tan mal. —Comenté.

—Bueno, soy músico, he de actuar, soy especialista en seguir sonriendo, y disimular mi dolor, lo sabes. No soporto que la gente, o mi público esté triste a mi alrededor, aunque mi público sea un gato y yo me esté hundiendo por dentro. Lo sabes bien. —Le sonreí, ruborizada— Contigo puedo ser sincero, tú me has tomado siempre en serio. —Suspiré, y él me rodeó con el brazo.

—Sam, yo... yo... —“Díselo, dile que le quieres”, me gritaba mi mente, pero yo me negué a hacerlo, y a estropear aquel momento, así que, para compensar mi silencio, hice igual que él, y, aprovechando el contexto para acariciar su piel, deslicé mis brazos para abrazarle contra mí. —Yo... también fui afortunada al encontrarme contigo.

Como hacía siempre, me besó el pelo, y se apoyó en mí. Permanecimos así, sentados, abrazados, contemplando las vistas, sin decir nada, sin prisa. La luz que entraba por la gruta, rebotaba en las piscinas e inundaba las caprichosas paredes ocres, de incontables reflejos de colores, creando formas y sombras caprichosas.

—¿Quieres tomar un poco el sol? —Sugirió, al cabo de un largo rato.

Me pareció bien, y los dos nos levantamos. Me llevó de la mano hacia la boca de la gruta, y mientras tanto, me quedé embobada mirando el color del agua en las piscinas, que, besadas por el sol, teñían sus aguas cristalinas, de mágicos turquesas, verdes y azules. Él se detuvo a pocos metros del final.

Para proteger a los clientes, habían instalado una barandilla alta, que consistía en una serie de postes unidos con gruesas cuerdas formando una red. Movida por la curiosidad, me acerqué, para asomarme con cuidado. El suelo terminaba de forma abrupta y sólo había una caída de varios metros

sobre el mar. Alucinante.

Nos apoderamos de dos de los divanes, los colocamos en un lugar donde el sol no quemaba demasiado y nos tumbamos un rato, lo suficiente hasta que estuvimos secos, pero sin cremas de protección, me daba miedo que la piel de Sam pudiera quemarse, por lo que le pedí otro cambio de actividad, y entonces me llevó a comer en la pequeña sala habilitada para ello, al fondo a la izquierda, desde el pasillo de los tratamientos. En ella no hacía falta barandilla, pues la apertura que daba hacia el mar, era alta, asemejándose a una ventana. La comida también estaba incluida en la reserva, pero, afectada por nuestras medidas, sólo podían ofrecernos un poco de pescado y pan. Pero nada por lo que quejarse.

Durante el resto de la tarde, nos sometimos a un baño de barro, a un masaje con piedras, que estaban calientes y a otro, con ventosas, nos metimos en una piscina helada, en otra que parecía hervir, visitamos de nuevo la sauna y tomamos otra vez el sol, cuando estaba más bajo, y nos marchamos cuando no se nos ocurrieron más cosas que probar.

Aquella tarde juntos, me hizo olvidarme de que, en algún momento, me había sentido rechazada por él. Sin saberlo, mi Sam consiguió enamorarme de nuevo. Sabía que él no era consciente de lo que yo sentía, que las cosas que hacía no tenían la intención de hacerme daño, pero, era difícil. Me dolía el querer besarle, el querer tocarle, el ansiarle en mi interior.

Pero, estaba contenta. Ahora le conocía un mejor, posiblemente, yo fuese la única que le conocía de verdad.

VEINTE

—Lo has leído sin errores, ¡Muy bien! —Me felicitó Sam, dejando el libro del “Gato mocho” en la mesa, después de que se lo devolviese, al terminar una lectura que él repasó después.

En su ausencia y para llenar mis días libres, yo había estado repasando y estudiando por mi cuenta. Para cuando él volvió a darme clase, ya era capaz de leer, algo despacio, pero sin muchos problemas y escribir, que, aunque aún me resultaba difícil, ya no me costaba tanto como antes.

—¡Estoy orgulloso de ti, hadita! —Hundió la mano en mi pelo, para revolvérmelo. Me reí— Pero, ¿recuerdas lo que nos prometimos? si te lo aprendes todo, —me dejó los pelos en paz— no podré seguir viniendo a verte —parpadeó rápidamente— quiero decir, a darte clases. ¿Qué haremos entonces?

—No sé, ¿darme clases de otra cosa? —Me encogí de hombros, sin mucha preocupación.

—¿Y qué otra cosa podría yo enseñarte? —Se tocó el mentón para pensar.

—¡Tan sólo bromeaba! —Protesté. El alzó una ceja, y apuntó algo en su cuaderno.

—Broma o no, es una buena idea. Te lo recuerdo de nuevo, dijiste que cuando aprendieses a leer y escribir, el Rey te iba a querer trabajando en palacio. ¿Eso es lo que quieres, de verdad?

—¡No! Claro que no. —Apoyé el codo en la mesa, y reposé mi cabeza en la mano, tamborileando con los dedos en mi mejilla, mosqueada.

Él abrió su cuaderno y lo curvó un poco, para pasar las páginas rápidamente, con el pulgar, hasta parar en una. Entornó los ojos al leer lo que había en ella, y me miró, frunciendo los labios. Dejé de toquetearme la cara y le presté atención.

—Nadie te ha contado lo que ha pasado con el crío que Prasad contrató para sustituir a Ozam, ¿verdad? —Agité la cabeza.

—¿Con Séptimo? No, no me he enterado. —Sam se pasó una mano por el

pelo y bufó.

—Pues... odio decir nada malo de nadie, pero... en fin. El chico no es malo. Es... más que malo, es peor que malo, es...

—¿Tan mal toca?

—Deb, ni te lo imaginas. Toca tan mal que parece que estuviera a malas con el mundo y quisiera castigar a los que tengan la desgracia de escuchar su “música”.

—Venga ya, exageras. —Me reí, expulsando aire por la nariz.

—¿Que exagero? Tan solo han pasado dos semanas y, ¿sabes que ha tenido que hacer Prasad?

—¿Qué? —Incliné la cabeza, incrédula.

—Le ha cambiado el turno con el de Ernesto, ya sabes, el de la zanfoña.

—Já, ya, claro. —Sin creerle, golpeé la mesa con poca fuerza y me levanté. —Voy a calentar una infusión, ¿te apetece? —él dijo que sí con la cabeza, y continuó hablando.

—¡Te digo la verdad! Le ha dado a Séptimo los turnos de Ernesto, ya sabes, a primera hora, los primeros días de la semana, cuando apenas hay gente, y como es muy arriesgado que los clientes vuelvan a coincidir con el chaval los fines de semana, me ha cedido también el primer turno de los Lorde. —Terminé de encender la hornilla para calentar la tetera y me giré.

—Vaya, ¿te quedas los Lorde para ti solo? —Me aparté del fuego y me apoyé en la encimera.

—A partir de éste, sí.

—Jolín, muy malo debe ser el chico para arriesgarse a perder dinero contigo. —Le saqué la lengua, y él me tiró una bola de papel.

—Pero lo peor no es eso. Séptimo ni siquiera pone interés en mejorar su técnica, o en ser constante con el instrumento que “toca”. Siempre se cabrea cuando intentamos darle algún consejo. Es un caso perdido. —Carraspeó. —Y no ha surgido ningún otro voluntario para ocupar su puesto. —Carraspeó de nuevo.

Me crucé de brazos, y le miré, intrigada por sus carraspeos. Cogí un paño y me giré a levantar la tapa de la tetera, y comprobar si estaba cerca de hervir. Al girarme, Sam esperaba en silencio, con los labios apretados y golpeteando entre sí sus dedos índices.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Deb, ¿te gustaría que te enseñase a tocar?

—¿Eh?

—Cantas conmigo, y sé que tienes muy buen oído y una voz bastante buena.

— ¿Lo dices en serio? No puedo ser *tan* buena. —Me puse colorada. En el fondo, la idea me hacía ilusión.

—¡Sí que lo eres! Infinitamente mejor que Séptimo. —Se mordió el labio, entusiasmado y se sentó al borde de la silla. —Entonces, qué me dices, ¿quieres que mañana sustituyamos los cuadernos por la guitarra? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondí. La tetera empezó a pitar y la aparté del fuego.

Durante las dos semanas siguientes, descubrí que, al menos para mí, tocar la guitarra estaba resultando ser más sencillo de lo que pensaba. Podía ser que yo tuviese talento para ello y no lo supiera, o también podía ser que Sam fuese un excelente profesor, pero, al fin y al cabo, sus lecciones daban fruto.

Para que tocase, me había traído prestada una guitarra de madera oscura, que pertenecía a Hans, pero que no usaba. Aprovechando que Brunilda nunca estaba ya por las mañanas, los dos nos pasábamos, literalmente, horas tocando.

Su método consistía en enseñarme acordes de poco en poco y enseñarme canciones compuestas con ellos cada día, para que los practicase, y los practicase hasta que mis dedos supiesen qué hacer sin mirar. Como pusimos más interés en aquello que en cualquiera de las clases de lectura que tuvimos jamás y a base de practicar por horas, cada día, hasta que dejaba de sentir las puntas de los dedos. Pronto, me supe un puñado de canciones sencillas.

Él estaba tan contento conmigo, que había decidido que ensayaríamos una canción con lo que ya sabía hacer, para hacerme debutar el siguiente Lorde en la taberna, como un acto sorpresa. Además, esperábamos que un mes o dos más adelante, yo pudiera tener la suficiente soltura como para tocar sola. Prácticamente, habíamos diseñado mi futura y brillante carrera como bardo, lo que fuera necesario, para destituir a Séptimo y mantenerme lejos del consejo.

Planeando emocionada mi gran debut, mis pensamientos volvieron a Craig. Le echaba de menos, y temía que estuviese aún dolido conmigo por lo que le había gritado en el puerto, cuando abandoné el consejo. Decidí ir a visitarle en mi último día libre antes del debut, en el que yo estaba con la

regla, para evitar la tentación de acostarme con él otra vez.

Llamé a su puerta, y él abrió bastante rápido. Estaba descalzo, llevaba una camisa abierta y unos pantalones suaves, que más bien parecían calzones largos. Me miró sorprendido, y se apartó del dintel, haciendo una floritura con la mano, para dejarme pasar, sin mediar palabra. En cuanto estuve dentro, cerró la puerta, y me abrazó.

—Sirenita, ¡vaya! —Susurró, mientras me apretaba contra sí. Aspiré su olor con placer. —Pensé que no querrías verme de nuevo.

—Yo pensaba lo mismo de ti. —Palmeé su pecho. Él me besó, sin avisarme, y me quedé algo confundida cuando se apartó de mí.

—¿He hecho mal en besarte? Lo siento, te echaba de menos, no sé en qué estaba pensando. —Parecía incapaz de mirarme a los ojos.

—No pasa nada, sabes lo mucho que me gustan tus besos, y todo tu... — me mordí el labio, cerré los ojos y apreté los párpados, concentrándome en recordar la sangre que fluía entre mis piernas, para olvidarme de cualquier idea salida de tono. —Pero tan solo he venido a charlar un rato, si te parece bien.

—Por supuesto que sí. —Me miró con aquella expresión cómplice suya, que me gustaba tanto, y agarrándome por la cintura, me guio hasta el sofá. Vi su pipa sobre la mesa, colocada de mala manera, como si hubiese estado fumando y la hubiese abandonado bruscamente antes de abrir la puerta. —Traeré algo de comer, ¿quieres?

—Como quieras. —Contesté, y aproveché para quitarme la chaquetilla que me había puesto. Había olvidado el calor que hacía siempre en aquella casa y por la confianza, acabé quitándome la camisa, y los zapatos, quedándome en sujetador. Sin embargo, me negué a quitarme la falda, y me limité a arremangarla, y a subir las piernas en el sofá.

—Así que sólo a hablar, ¿eh? —sonrió, al verme así, cuando volvió con su bandeja. —Y voy yo y me lo creo.

—Craig, en tu casa hace siempre mucho calor, ya lo sabes. —Dejó la bandeja sobre la mesa y me pasó una copa, que llenó con vino, como era nuestra costumbre. Se sentó y brindamos, y tras el primer sorbo, se reclinó en el sofá. No pude evitar fijarme en cómo se marcaba su entrepierna bajo aquellos calzones. ¿Se los había colocado así a propósito?

—Bueno, pues, dime, ¿qué tal te va, ahora que has vuelto a tu rutina? ¿Alguna novedad?

—Hmm sí. —Bebí otro trago de vino, y dejé la copa sobre la mesa.

—¿Ah sí? —Arqueó las cejas y frunció los labios. —Sorpréndeme.

—Claro que te va a sorprender. Sabes, Sam me está enseñando a tocar la guitarra, pero es un secreto. Tal vez en un mes o dos, pueda comenzar a actuar como la nueva bardo de Miurgel.

—¿Hablas en serio? —Craig parecía sorprendido y derrotado, a partes iguales.

—Totalmente en serio. Quería avisarte porque, este fin de semana, voy a hacer mi debut, junto a Sam. No como bardo, pero sí para declarar mis intenciones. Me gustaría que vinieras a vernos. ¿Creo que sería la primera vez que me verías cantar? —Craig había dejado los labios entreabiertos, y se los humedeció.

—Con Sam... ¿ha sucedido algo? —Se inclinó hacia adelante, serio. Me molestó que ignorase lo que le acababa de contar.

—No. —Negué con la cabeza, después de considerarlo bien. —Nada de lo que tú tengas que preocuparte. Sé que me quiere como amiga, y ya está.

—¿Segura? —preguntó, condescendiente. Respondí que sí con la cabeza.

—Sigo siendo libre.

Le guiñé un ojo, y tomé otro sorbo de vino, dejando la copa en la mesilla. Él se pegó más a mí, aunque decidí ignorarle, cambiando de tema, igual que había hecho él.

—¿Qué tal vosotros? ¿Habéis vuelto a reuniros? ¿Tenéis alguna noticia de nuestra gente?

—¿En el consejo? —Se aclaró la garganta. —No, no tenemos noticias, ya sabes que, en este Reino, sin otra forma de comunicarnos, sólo nos queda esperar. Aunque, según nuestros cálculos, es posible que puedan volver, a partir de esta semana o la que viene. Pero, ya sabes, no es seguro, pueden pasar tantas cosas en alta mar...

—Ya... Falta poco. Qué rápido pasa el tiempo, ¿no? —Volví a tomar la copa de vino, y a beber.

—Peligrosamente rápido, Deborah. La comida sigue acabándose. —Y se llevó un trozo de cecina a la boca. —Me desespera.

—Prefiero no pensar en ello, Craig, prefiero no hacerlo. —Le di vueltas a la copa entre mis manos. —¿No hay más novedades?

—Bueno, no sé si se les pueden llamar novedades, pero, desde el consejo hemos decidido seguir entrenando a los reclutas que tenemos en reserva, sólo

por si las moscas. También han empezado a reparar el resto de nuestras embarcaciones. Al único que no están mimando es a mi Lambo. —Sacudió la cabeza— Dicen que, si todo sale bien, lo repararán, pero para que sea un recuerdo histórico, una reliquia. Hay que ver... Sé que es antiguo, y que está hecho una mierda, pero es mi barco, el que me legaron los antiguos capitanes, y me duele. Con todo lo que he hecho por este reino a bordo de él...

—Lo siento mucho, Craig.

—No, no te preocupes. Al fin y al cabo, es solo un barco, un objeto, grande, útil, pero un objeto. Podré aprender a vivir sin ello. —Se estiró, y se acarició la garganta. —Pero aparte de eso, todo lo demás está en el aire, sirena. Como tú, y como yo. —Se acercó lo suficiente como para que no pudiese ignorarle mucho más.

Mientras me contaba la noticia del Lambo, le vi tan triste y solo que sentí pena. Me recosté contra el respaldo del sofá y le atraje para besarnos, animada a darle, aunque fuera, un poco de satisfacción. Mientras me besaba, mi mano se perdió en sus calzones, y con suavidad, hice con mis manos, y después con los labios, aquello que no podía hacer aquel día, de otra manera.

—¿Ves como no has venido sólo a hablar? —Bromeó, mientras se limpiaba el vientre y el ombligo, donde descargó al terminar, estirando la tela de su camisa. Me encogí de hombros, y me limpié los labios con los dedos. Él me cogió la mano, y los chupó. —Me alegro que hayas querido volver. —Dijo después.

Llegado el Lorde, ahí estaba él, en la taberna. Se había arreglado especialmente para la ocasión y estaba arrebatador. Se había recortado un poco el pelo, y según me había dicho, tenía un regalo esperándome en su casa. Quería que pasáramos juntos aquella noche, tan especial para mí. Él, sin embargo, no fue la única sorpresa del día.

Incluso con todos los marineros que faltaban, y con las moderaciones propias de la escasez de alimentos, aquél Lorde, la Tamboli estaba a reventar. Sam se paseaba con su guitarra, tocando música sin letra, parecida a la que hubiera tocado Ozam, de haber estado ahí. Después de unas primeras horas ajetreadas, Prasad le dio una hora de descanso, y, como habíamos acordado, me fui con él a la parte de atrás, a ensayar mi número de debut. En el patio, esperaba pacientemente la guitarra de Hans, escondida entre dos barriles.

—¿Cómo has conseguido traer las dos guitarras sin que nadie sospechara? —pregunté, mientras me la colgaba al frente.

—He hecho dos viajes. —Rio— Traje la tuya en el primero, y me marché y volví con la mía. ¿Te puedes creer que nadie se ha enterado de he entrado dos veces? —Me reí, y rasgué las cuerdas de mi guitarra. —¿Estás nerviosa?

—Un poco, —resoplé— ¿crees que lo haré bien?

—¡Pues claro! Pero vamos a ensayar. —Rápidamente, se colgó su guitarra y sujetó el mástil con la mano izquierda— Recuerda, empiezo yo, yo hago las melodías, y tu me acompañas con acordes. Y cuando comiencen las estrofas, no te asustes, no te vas a perder, tocaremos lo mismo. ¿Bien?

—Sí. —Tomé aire y coloqué los dedos en mi guitarra, y esperé a que él tocara el comienzo, y a su señal, entré yo.

Ensayamos un par de veces, cantando a la vez, y aunque la segunda vez resultó ir peor que la primera, a Sam le pareció lo suficientemente buena, como para dejarla “reposar”. Ensayamos después las otras dos canciones que habíamos preparado, en las que yo tan solo cantaré, como habíamos hecho siempre. Al dar el ensayo por concluido, él me felicitó, me dio un abrazo para tranquilizarme, y me dejó volver a la taberna, mientras él comía algo, hasta que terminase su descanso.

De vuelta al interior, me sorprendió seguir oyendo música. Hans, Gareth, y Yoshi, e incluso Ernesto, habían venido mientras Sam y yo ensayábamos, y ese momento, estaban tocando juntos. Con la buenísima acústica del local, el sonido que emitían al tocar todos juntos era alucinante. Apenas había un alma.

Con la fiesta en pleno auge, llegó nuestro momento de actuar. Hans entró a la trastienda, a buscar su guitarra. Yo me coloqué al lado de Sam, como todos los Lorde, y cuando Hans llegó con su instrumento y me lo colgó, los clientes se revolucionaron. No pude reprimir mi entusiasmo. El resto de los bardos, también recogió sus instrumentos, y para llamar al silencio, Sam levantó la mano derecha, mientras sujetaba la guitarra con la izquierda. Con el público en calma, empezó a tocar la introducción, Yoshi tocó suavemente sus tambores, e igual que en los ensayos, tocamos los dos... y el resto se unió a la melodía. Aquello sonaba de maravilla.

Mi canción introductoria era “Shiny Happy People”. Primero cantaba él, luego yo en un tono más alto. Sentía que todo fluía a la perfección, hasta me parecía que por fin mi voz había dejado de desafinar, y unidos a nosotros, nuestros compañeros músicos eran buenísimos. La gente, nos animaba, entusiasmada. Craig me miraba con orgullo, e hizo el gesto de brindar, una

vez que nuestras miradas se cruzaron.

Se escuchó un estruendo, y las voces de nuestro público se tornaron en gritos.

La música se interrumpió.

La puerta de la taberna se había quedado abierta de par en par.

Jadeando, apoyado en el dintel, con el pelo mojado, de un fuerte rojo carmesí, cubierto de sudor y coágulos de sangre seca, había un marinero que parecía demasiado cansado para poder hablar, o avanzar un paso más.

Instintivamente miré a Brun, que se arrancó el delantal, salió a toda prisa de la barra y corrió a sujetarle. Al acogerle entre sus brazos, el marinero echó la cabeza hacia atrás y se me calló el alma a los pies. El color de su pelo me había dado una pista, pero no podía terminar de creérmelo.

—¿... Ozzie? ¿Cariño, me oyes? —Preguntó en voz baja, pero el silencio era tan intenso, que parecía que lo estuviese gritando. La gente empezó a alterarse.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaban.

—¿No es el bardo? —decían otros.

—Sí, ¡es el que se alistó en la marina! —Exclamó alguien, y la gente se revolvió aún más.

No pude más. Me saqué la guitarra, la dejé en el suelo, agarré con fuerza el mandil y lo retorcí entre mis manos, mientras me acercaba a ellos dos. Cuando estuve lo suficientemente cerca, me estremecí. Ozam hacía un esfuerzo doloroso tan sólo para poder respirar con normalidad. El dolor que mostraba en su cara me hizo encogerme, y sufrí imaginando lo que debía sentir en su interior.

Tuve una idea vaga de lo que podía haber pasado, para que Ozam apareciese así, pero no tenía valor para confirmarlo. No, delante de toda esa gente. Escuché el ruido de una silla arrastrándose y pasos, y Craig, apareció junto a nosotros. Ayudó a Brun, quien se había tenido que sentar en el suelo, para atender al herido.

Ozam apenas podía abrir los ojos, parecía en las últimas. Un chorretón de sangre seca le cruzaba la cara desde la frente hasta la barbilla. Su ropa parecía teñida de rojo.

—¿Qué ha pasado! ¿¡Que os ha pasado!?! —gritó un cliente, exigiendo respuestas de él.

—¡Silencio! —gritó Craig— ¿No podéis mostrar algo de respeto? —Él

pelirrojo comenzó a removerse entre los brazos de mi amiga, sus ojos dorados habían perdido su brillo

—Ozam, mi vida, por favor, no me hagas esto... No te mueras... —susurró.

—Nos... atacaron... —dijo al fin, con la voz débil y ronca. Sus labios estaban resecos y partidos. —...masacrado... ayudad... por favor... — apenas le quedaba aire. Parpadeó lentamente y dejando los ojos en blanco, los cerró al fin, emitiendo un quejido.

Brun alzó sus ojos desde él hacia mí. Los tenía llenos de lágrimas, llenos de odio.

Me eché hacia atrás, me llevé las manos a la boca. Noté el mareo, y la presión en mi pecho. Craig me miraba con severidad, Brunilda me odiaba, Ozam estaba medio moribundo, y yo no sabía lo que le había pasado al resto de los tripulantes, y sus naves. Y todo era por mi culpa, por mi empeño en sacar todo adelante, por mis ideas... Y todos lo habían visto, que yo estaba cantando, y pasándomelo bien, en vez de preocuparme por el Reino, en vez de volver a las juntas, tan descarada, cuando por mi culpa, Ozam y quien sabe cuántos más estaban heridos, o muertos, y, y... grité.

—¡No...! ¡NOOO! —Sin poder controlarlo, empecé a derramar fluidos por todos los orificios de mi cara; el aire me faltaba, sentía que iba a morirme en cualquier momento. Mi cabeza, o mi pecho, explotarían, mientras todos me miraban, y se reían de mí, echándome la culpa, lo sabía. Tenía que gritar, tenía que gritar. Mis oídos se llenaron de ruido, y confusión, mi cuerpo estaba tenso y temblaba, me dolía cada fibra. El mundo se replegaba contra mí.

—¡Se acabó la fiesta! —Gritó Prasad. —Salid de aquí, id al puerto, todos, ¡Vamos! ¡Vamos!

Entre Brunilda y Craig, sacaron con cuidado a Ozam al exterior, a algún sitio seguro, mientras salía el gentío. Mientras tanto, yo permanecí temblando, paralizada, incapaz de mover mis brazos, rígidos y flexionados frente a mi pecho, como si fuese una momia. La gente al pasar por mi lado sin consideración, me había hecho caerme de culo. Había olvidado cómo controlar mi cuerpo. Supe que el resto de bardos hablaron con Prasad, pero no sé muy bien qué hicieron después. Yo tenía frío, y sólo veía el suelo, y las pisadas de la gente, alejándose de mí. Había abierto la boca, para poder respirar; no sé cuánto tiempo estuve así, pero la cara empezó a dolerme. El ruido en mis oídos era cada vez menor. Ahora sólo escuchaba una discusión.

—Prasad, ¡déjame ir con ella! ¡Necesita ayuda!

—¡Tiene que verla un médico!

—¡Qué va! Esos no saben nada, no saben nada... ¿Verdad, Deb? Conmigo es suficiente. —le escuché, pero no le veía.

—¿Aaah? —gemí.

—Tranquila, estoy aquí para protegerte. —Sentado en el suelo, Sam se arrastró hacia mí hasta que pude verle, cara a cara.

En sus ojos había dulzura. Despacio, acarició mi cara y se acercó para despegarme los mechones de pelo que se me habían quedado pegados, al lado de la nariz y la boca, e hizo presión en mi barbilla para que cerrase la boca. Su sonrisa era triste.

Alguien me agarró las manos y me sobresalté, grité de nuevo, me agité, y me di cuenta de que era él quien me las había agarrado. Sorbí los mocos, y recordé cómo respirar. Intenté tomar una gran bocanada de aire y traté de sonreír para él, para decirle que me encontraba mejor. Comenzó a acariciar mis manos con sus pulgares.

—Mírala, pobrecilla. —Escuché otra voz. Alcé la cabeza, me mareé un poco, pero reconocí a Prasad, que nos miraba, de pie, sin hacer nada.

—¿Quieres agua? —me preguntó Sam y asentí de nuevo, más tranquila. Volví a sorber mocos.

—Prasad, ¿podrías traernos un poco de agua?

—Claro, claro. —respondió, y sus piernas se alejaron de mi campo de visión.

—Deb, mi hada, ahora quiero que me escuches. —Me dijo Sam— Sé que lo que pueda decirte te dará igual ahora mismo, pero créeme. Esto, lo que sea que ha ocurrido, no es culpa tuya. No es tu culpa. No es culpa tuya. ¿Vale?

Eso era justamente lo que necesitaba oír. Inhalé aire, y de mi garganta se escapó un sonido agudo, algo que pareció un grito enmudecido, desatascado algún mecanismo en mi pecho. Comencé a llorar y no pude parar de hacerlo, aunque me esforzase. Sam se arrastró unos centímetros más, para pegarse a mí. Colocó mi cabeza contra su pecho, y mis sollozos se volvieron más fuertes. Entonces, para calmarme, comenzó a cantar, suavemente.

Nena,

¿Cuánto has de sufrir?

Vacía el dolor, hazlo por mí

¿Para qué has de fingir?
¿Por qué no llorar?
Si te quema el corazón, tendrás que dejarlo ir,
Si no lo dejas volar, destrozarás tu razón
Nena,
sé que es difícil, mostrar tu dolor
lo es para todos, sola no estás
ser honesto cuesta una barbaridad,
fingiendo que no estás mal
y haz lo que quieras, pero deja salir, todo ese dolor

—¿Sabes lo que estás haciendo, chaval? —oí que preguntaba Prasad, acercándose a nosotros. Pude ver como ponía una palangana llena de agua y una toalla, en el suelo, junto a mí. Sentí la cabeza de Sam al asentir y continuó meciéndose conmigo en brazos, mientras improvisaba su canción, y me mojaba el cuello y la frente con agua, de vez en cuando.

Ríndete, déjalo fluir,
verás, que todo mejorará.
hazlo así, hazlo así
Se sincera con lo que sientes,
y seguro que mejorará,
hazlo así, hazlo así,
Llorar un poco no está tan mal, libera tu corazón...
Así es mejor...

Creo que pasamos así mucho tiempo, hasta que pude calmarme por completo.

Prasad salió para buscar a alguien que pudiese atenderme. Mientras estuvo fuera, Sam me limpió la cara de mocos y lágrimas con la toalla. Ya no me cantaba, pero seguía meciéndome en sus brazos, consiguiendo que me quedase adormilada. Poco después, mi jefe trajo a Craig consigo. El Capitán se acuclilló, me miró, y miró a Sam, y le dijo en voz baja:

—Sidgrid quiere que la llevemos a Palacio.

—¡No...! —chascó la lengua, forzándose a no gritar. —Acaba de tener otro ataque, no está en condiciones, ¿para qué la llama?

—Eso es lo que quiere, no me ha dicho por qué y yo no le he podido convencer de lo contrario.

—¿Qué tal está Ozam? —preguntó, sin dejar de mecarme y sin alzar demasiado la voz.

—Le llevamos a la consulta de Joon el médico que nos pillaba más cerca, aquí en Thalassa. Te llevo a verle, si quieres, ya me quedo yo con Deb...

—No, no me voy a apartar de ella, Capitán. Si hace falta, la escoltaré a Palacio, pero no me vas a poder separar de su lado.

Craig resopló por la nariz.

—Venga, como quieras, pero hay que llevarla ahora.

—Vale. —Sam me sacudió con suavidad para despertarme del letargo y hacer que me moviese. —Deb, Deb, mi hada, despierta. —No dije nada.

—Deborah, tenemos que llevarte a Palacio, lo ha ordenado Sidgrid. —Explicó Craig con voz cálida.

—No, al castillo no... —me quejé con un sollozo.

—Lo siento mucho, Deb, pero si son órdenes... —Me consoló Sam— Yo voy a ir contigo, ¿vale? Te cuidaré, te protegeré.

Dejé que me llevasen caminando entre los dos. Concentrada en mis pasos, mi mente se había quedado en blanco y ese vacío me permitía sentirme a salvo, tranquila, para lo que fuese que me esperara al llegar. Fuimos directamente al salón de trono, donde estaba el resto del consejo, en reunión de emergencia. Por sus expresiones, mi aspecto no debía ser muy bueno.

—¡Esta muchacha no puede hacer nada en ese estado! —Protestó la Anciana Vera. —¿No ha tenido un ataque de pánico? ¿¿Quién la ha mandado llamar??

—He sido yo. —Sidgrid se levantó de su asiento, y puso los brazos en jarras. Intentó mirarme desafiante, pero dudó y dejó caer los brazos. —¿Craig? —le llamó.

—¿Sí? —Contestó él. En aquella situación, el protocolo era irrelevante.

—¿Puedes llamar a los sirvientes? Diles que preparen un aposento para ella. Que pase aquí la noche, y le den algo para dormir. Ya hablaremos con ella por la mañana.

—Disculpe, Majestad, yo he venido a cuidarla, y creo que es mi deber permanecer también a su lado. —Interrumpió Sam, con voz educada.

—Ah, eres tú. —Dijo Sidgrid, casi con desprecio. Muy bien, Craig, pídeles que preparen un aposento para él también.

—¿Algo más? —Preguntó. Parecía harto de recibir órdenes.

—No, simplemente díselo... mira, llévatelos contigo, mejor, —levantó la

mano y señaló a la puerta de servicio— y cuando les atiendan, vuelve aquí.

Salimos por la puerta de la izquierda, y enseguida vino una sirvienta a nuestro encuentro. Craig le dijo todo lo que Sidgrid había pedido y se despidió de mí con un beso lento en la mejilla, y una palmada en el hombro de Sam, y nos dejó a su cargo. Permanecí en silencio mientras la chica nos enseñaba los dos aposentos contiguos, donde Sam y yo pasaríamos la noche. Seguí sin hablar, aun cuando otra sirvienta me llevó a darme un baño, tras darme a beber un líquido blancuzco y dulzón y le indicaba a Sam donde podía asearse él mismo. Me dejé lavar, me dejé vestir con un camisón prestado, tan solo quería soledad y silencio.

Me dejaron sola en la habitación que me habían asignado. Esperé a Sam, sentada en una butaca al lado de la puerta. Mis músculos estaban cada vez más relajados y todo comenzaba a darme vueltas. Poco después, entró él, con el pelo húmedo, y un traje de dormir también prestado, de color verde oscuro. Su piel se veía especialmente pálida, en contraste con aquellas prendas. Me recordó a la primera vez que le vi, ese chico hermoso de labios rosados.

Tambaleándome frente a la puerta que separaba nuestras dos habitaciones, mi mente seguía vacía, y mi cuerpo siguió un impulso irracional, pegándose al suyo y perdiendo el equilibrio. Él me sujetó para que no cayese al suelo, yo rodeé su cuello con mis brazos y le besé, sin reprimirme. Mi lengua degustó lentamente su boca. Acababa de lavarse, y sabía muy bien. Él, perdido, fue torpe, al principio, pero no se apartó, sino que se dejó llevar.

Nuestros labios se separaron haciendo ruido. Le contemplé; respiraba con la boca abierta, sus mejillas estaban coloradas, y su pelo húmedo, estaba revuelto. En su cara, había una mezcla de alegría y desconcierto, totalmente inocente. Le sonreí y mis piernas me fallaron. Él me ayudó a levantarme y entrar en mi cama. Me quedé dormida, nada más poner la cabeza en la almohada.

Desperté a mitad de la noche, sobresaltada, pues no recordaba dónde me encontraba. Me senté en la cama, intentando reconocer la habitación que tenía alrededor, y entonces distinguí «algo» en el suelo, en la penumbra.

Igual que hacía cuando venía a dormir con Brunilda y conmigo, Sam se había traído sus sábanas, mantas y almohada, y las había colocado en el suelo, al lado de mi cama. Decidida, hice lo mismo. Saqué mis sábanas, la manta y mi almohada, me acosté a su lado, en el suelo. Le abracé, y me

quedé dormida, sintiendo su calor. Cuando despertamos, seguíamos abrazados, exactamente en la misma posición.

VENTIUNO

—¿Te encuentras bien, Deb? —Susurró Craig, en cuanto me senté a su lado en el salón del trono.

Había entrado escasos momentos antes, escudada por mi propia dignidad, dispuesta a participar en aquella reunión del consejo como si jamás lo hubiese abandonado y pretendiendo que mi episodio de la noche anterior jamás había ocurrido. Sin embargo, dudé, suspiré y me encogí de hombros, sin saber qué responder.

Sidgrid llegó más tarde y me evaluó con la mirada.

—Bueno, ¿estamos todos los presentes en condiciones? ¿podemos comenzar esta junta? —Preguntó en voz alta. Nadie estaba hablando, pero el sonido del silencio se hizo más intenso, como si todos contuviesen la respiración. —Muy bien, estupendo. —Continuó. —Os agradezco que hayáis querido honrarnos todos de nuevo, con vuestra presencia, esta mañana. El motivo de tener que realizar otra reunión, tan pronto, es el de informar a la señorita Cortez de lo que ha sucedido, pues como antiguo miembro del consejo y *responsable de todo* —le miré, dolida— tiene derecho de conocerlo, y el deber de *comparecer*.

¿Comparecer? Qué quería decir, ¿acaso iban a juzgarme? Incómoda, me revolví en mi asiento.

—Bien, entonces, ¿alguien hace el honor de resumir lo que sabemos? —concluyó Sidgrid.

—Honor... no creo que sea una palabra adecuada para estos momentos, Majestad —gimió Borri.

—Lo haré yo. —Craig alzó la mano, para mi alivio; en esos momentos, no me hubiera gustado oír las noticias en boca de otro. —Anoche, el marinero Lu —aquél era el apellido de Ozam— irrumpió pidiendo ayuda en la Taberna Tamboli, en la isla Thalassa, mientras se celebraba un concierto. Esto causó una gran conmoción, y la mayoría de los asistentes nos dirigimos a puerto, pensando que encontraríamos a alguien ahí, pero nos equivocamos. Tras una búsqueda, descubrimos que los supervivientes que habían vuelto a

Miurgel, habían escorado cerca de la playa de Umi. Al acudir, pudimos rescatar a la gran mayoría, aunque fue inevitable contar con bajas.

» Por suerte, entre los supervivientes se encontraba el Capitán Sokolov, quien ahora está reposando de sus heridas, y nos ha cedido su cuaderno de bitácora, el cual pudo conservar. He pasado la noche en vela examinándolo, y si me lo permiten, les haré un resumen, sin embargo —se giró para descolgar su bolsa del respaldo de su silla, y sacar de ella un legajo encuadernado en cuero gastado que se mantenía atado con correas, que dejó caer sobre la mesa con un pesado “paf”— aquí lo tienen, por si prefieren examinarlo ustedes. Comprobarán que todo lo les contaré, es cierto.

—¿Hay alguien que se oponga a que el capitán Lacy exponga los hechos? —preguntó Sidgrid, por pura formalidad. Nadie se opuso. —Adelante, por favor.

—Gracias, Majestad. —Aclaró la garganta. —Según he leído, durante el viaje de ida, salvo alguna inclemencia del tiempo, y pequeños problemas sin importancia, todo transcurrió sin problemas. Cuando llegaron a aguas cercanas a las costas de los Reinos del Noreste, localizaron dos jabeques que, en apariencia, viajaban desprotegidos y por separado. Comenzaron con las maniobras de distracción que se habían planeado, y consiguieron hacerse con aquel primer jabeque con bastante facilidad y en muy poco tiempo. La antigua tripulación fue desalojada a nado o en botes y no necesitaron provocar bajas. Con el objetivo asegurado, se hizo lo mismo con el otro jabeque, que opuso algo más de resistencia, pero también pudo ser capturado.

» Mientras emprendían el camino de vuelta, hubo una pequeña marejada que dañó nuestras embarcaciones. En una reseña se indica que el bergantín Stroh quedó dañado por un golpe de mar, y tuvieron que evacuarlo. Esperaron a que el mar volviese a estar en calma para poder salvar lo máximo posible y el personal se repartió entre el bergantín Lucy y las nuevas embarcaciones.

» El problema, era que habían gastado demasiado tiempo en aquello, sin alejarse lo suficiente de la zona de captura. En la siguiente jornada se encontraron con varias naves persiguiéndoles, que les alcanzaron en apenas dos días y les atacaron para recuperar sus embarcaciones. Usaron de todo contra nuestros barcos, explosivos, cañones y otras armas de fuego, armas, con la que nosotros no contábamos. —Me extrañé, y no fui la única en la mesa que lo hizo, al oír aquello.

» No, no llevaban nada. Ezio escribió que le dieron la vuelta a las bodegas, buscando las armas potentes y de largo alcance, que en teoría llevaban, pero fue en vano. Por mucho que quisieron defenderse, no tuvieron nada que hacer. En muy poco tiempo, la flota enemiga hundió el bergantín Gin a cañonazos, recuperó los dos jabeques y embistió al Stroh, dejándolo para el arrastre. A Ezio le consta que varios de nuestros supervivientes, intentaron volver en el Stroh, pero acabó naufragando una jornada después, los que quedaron, no tuvieron otra opción que sobrecargar mis balandras.

» La embarcación que escoró en Umi, fue la balandra Sol. La balandra Luna todavía no ha vuelto, y no sabemos si lo hará. —Terminó el relato, palmeó el cuaderno de bitácora, sobre la mesa, y apoyándose sobre un codo, en la mesa, esperó pacientemente a nuestras reacciones.

—¿Cómo que... que no teníamos armas? ¿Que no contábamos con cañones? —No daba crédito a lo que acababa de escuchar, y fui la primera en decir algo. Un fuerte sentimiento de ira me recorría el cuerpo entero. Intentando controlarlo, me pasé un par de dedos por la frente, me rasqué las cejas, la nariz, la nuca, me clavé las uñas en las palmas de las manos...

—Eso mismo digo yo —añadió Vera— Formé a nuestra gente para que usasen armas, ¡debían de llevarlas consigo!

—¡Maldita sea! —resoplé— ¡ERA ALGO BÁSICO! ¡Ir sin armas es un SUICIDIO! ¿¡Quién fue el responsable!? ¡Exijo saberlo! —Pero nadie respondió; se volvió a guardar silencio, nadie fue capaz de alzar a vista. —¿Y Lavender? ¿se sabe algo de Lavender? ¡Joder, en los barcos iban NIÑOS! ¡Niños a los que habéis dejado a su suerte sin defensa alguna!

—Es probable que Lavender... —respondió Craig con la mirada perdida — bueno, tal vez, consiguiera embarcar en Luna, pero... desde luego, no lo hizo junto con Ezio. Él no la menciona después del primer ataque. Era sólo una niña... —Se cubrió la boca con la mano, y meneó la cabeza, en negación.

En la mesa, frente a mí, igual que delante de todos, había hojas en blanco, para apuntes. En el pasado, Lavender habría llenado una hoja de esas, de dibujitos y notas, para que yo pudiera entenderlo todo mejor. Y ahora, con toda probabilidad, esa niña lista y valiente, de corazón amable, estaría muerta, su cuerpecito estaría flotando a la deriva, o habría sido destrozado por un cañonazo, o... No podía dejar de pensar cosas horribles.

¿Cómo era posible que nadie dijese nada? Intenté respirar despacio, aunque era inútil; mi pierna se movía bajo la mesa, rebotando sin control, y

mi respiración era tan fuerte que estaba segura que todos, en la habitación, podían oírme. Enfurecida, cualquier rastro de miedo o sentimiento de culpa que me hubo paralizado la noche anterior, se desvaneció. Mi ira, que se elevaba al infinito, empezó a arder, a quemar mi garganta y mi estómago, corrosiva, como la bilis, y se alimentaba de la impotencia de no poder hacer nada para cambiar las cosas.

—¡Hijos de puta! —grité y pegué tal puñetazo en la mesa, que algunos brincaron en sus asientos, el Rey incluido— Opresores malnacidos, chusma de aprovechados, cabrones sin piedad, abusones, asesinos de niños... —seguí expulsando maldiciones, con los ojos de todos clavados en mí. —¿Qué hacéis con la boca abierta? —Les desafié— ¡Reaccionad! ¡Haced algo de una puta vez!

—No eres la única afectada por la noticia, Deborah, no hace falta que armes este escándalo. —Me advirtió Elsa, con un cierto rencor.

—¡Sí que hace falta! —repliqué— porque estáis ahí, en silencio, bajando la cabeza de nuevo, ¿Cómo podéis? ¿Acaso no os importa nada?

— Tal vez no quieran dirigirte la palabra, ya sabes, porque *todo esto es por tu culpa*. Tú les has conducido a su muerte. —Respondió ella, con retintín.

—No vayas por ahí Elsa —advirtió Craig, destapándose la cara, con gesto cansado. —Ella no ha tenido nada que ver con...

—¡Ja!, Mirad al Capitán Lacy, defendiendo a su sirena... ¿La defiendes tanto porque te la follas? —atacó. Me quedé boquiabierta, asustada porque supiera lo que había entre los dos, ¿Me había escuchado aquel día en que discutí con él? Aparté mi silla, dispuesta a marcharme de ahí. No iba a tolerar aquello.

—Capitana Engström, su acusación no tiene fundamento y está totalmente fuera de lugar. Modérese, o tendremos que expulsarla de la sala. —Sidgrid golpeó la mesa. Elsa le miró, y sonrió.

—La que se está excediendo es la anacrónica, yo no digo nada que no sea cierto. —Canturreó.

—Capitana, este es el segundo aviso. —Sidgrid se dirigió a mí— Señorita Cortez, ¿acaso es cierto lo que dice la capitana?

Mi ira se acobardó cuando oyó la pregunta, pero se quedó para ayudarme a no perder la concentración en el momento y evitar que volviera a paralizarme. Aunque fuese cierto, no podía admitirlo; mi persona era

necesaria en aquella mesa y nadie iba a juzgarme por mi vida personal. Mi dignidad y mi vida privada no iban a ser usadas como un arma contra mí. Aquello era lo más bajo, estúpido, e irrelevante que podían haber usado aquel día. Miré a Sidgrid, y a Craig, que contenía el aliento y me miraba acobardado.

—¡NO! —respondí, tan ofendida, que no cupo duda de mi “inocencia”. Mi capitán volvió a respirar con normalidad.

—Muy bien, muy bien, Capitana Engström, —Sidgrid rebotó su atención hacia ella, casi de inmediato— ha acusado en falso a un miembro del consejo y por ello, voy a tener que expulsarla por hoy. —Resolvió acelerando sus palabras, como si llevase tiempo queriendo hacer aquello.

Elsa gruñó exageradamente, arrastró su silla, cogió su bolsa, me dirigió una mirada tóxica, que a medio camino se tornó en una sonrisa llena de malicia, y abandonó la sala, pisando con fuerza y dando tal portazo, que dejó retumbando las paredes de piedra. Cuando aparté la mirada de la puerta, me encontré a Sidgrid pendiente de mis reacciones. Me pareció extremadamente sospechoso.

—¡Qué bochorno! ¡La Capitana Engström!... —Habló Borri y atrapó mi interés. —Ha estado muy fuera de lugar acusar a la señorita Cortez por algo así, en un momento como éste. —No podía estar más de acuerdo con él. El Anciano se dirigió al resto de los presentes. —Deborah solo ha tenido buenas intenciones desde que llegó, y culparla por las inclemencias del destino es de ingratos. En nombre de todos los presentes, le ofrezco mis disculpas. Cuenta usted con mi apoyo, señorita.

—Gracias.

—Sin embargo, me consta que la Capitana Engström no es la única que cree que la señorita Cortez es la principal responsable... —Sidgrid volvió a remover el asunto. Mantuve la mente fría.

—Majestad, dejad a la joven tranquila. La culpa fue nuestra, por no llevar las armas potentes... —se lamentó Vera, interrumpiéndole. Por primera vez, la Anciana me pareció frágil, y su voz afectada me dolía. —No lo entiendo, estaba estipulado que debían llevarlas, sabían defenderse, sabían usarlas, y las armas arrojadizas... —Borri se apresuró a consolarla, con lentas palmadas en su hombro.

—Eso mismo digo yo. —Dijo Craig. —Me resulta extraño, pues me consta que esas armas estaban presentes en el inventario de carga. Alguien de

esta mesa es responsable de que no llegasen a embarcar en ninguna de las naves. —Recorrió la mesa con la mirada— Y somos muy pocos, los sospechosos.

—Tal vez la responsable ha sido alegremente dispensada por nuestro Rey, hace apenas unos instantes. —Sugirió Jasper, el pescador, con tono hiriente. Aquello se había puesto interesante.

—Bueno, creo que tal vez, buscar culpables, ahora mismo, entre nosotros, esté de más. —Dudó Sidgrid, cuya voz, por un momento no reconocí.

—¡Pero los hay! —Intervino Pía, que al igual que su compañero Erol, había permanecido callada, todo el tiempo.

—Y los vecinos querrán echarle la culpa a un responsable. —Comentó Jasper, cansado.

—Sí, y eso que todavía no hemos hecho recuento de bajas, —Erol jugaba con sus dedos mientras hablaba— pero cuando lo hagamos, me temo lo peor. Todas esas vidas... La gente querrá que alguien pague por ello. —Agitó la cabeza.

Tuve miedo. Yo no quería ser ese alguien. Sabía que no me lo merecía, yo nunca quise hacer daño a nadie.

—No sé vosotros, y perdonadme por cambiar de tema, —Bostezó Craig, perdiendo toda la solemnidad que nos pedía el consejo al hablar— pero yo no dejo de darle vueltas a una cosa. —Oírle me alivió.

—¿Qué cosa es esa? —Preguntó Sidgrid, que también parecía aliviado por el cambio de tema.

—Nuestros hombres consiguieron capturar las dos naves que encontraron. Lo habían logrado, habíamos estado a esto —juntó los dedos índice y pulgar— de estar brindando ahora mismo. Lo que me dice que nuestra estrategia era buena.

—Pero luego nos atacaron sin piedad. —Añadí.

—Y eso que nuestros hombres actuaron de forma pacífica. —Dijo Borri — No dañaron a las tripulaciones enemigas y les dieron medios para escapar. Qué menos que...

—Anciano Borri, ¿qué menos que “qué”? —le dije con suavidad. — ¿Comprendéis ahora cuando os decía que nuestros marineros no deberían tener piedad con aquellos que se encontrasen? De haberlos aniquilado, nadie hubiera dado aviso en puerto, nadie hubiera vuelto a recuperar sus naves.

—No tuvieron clemencia, —apuntó Erol. —¿Sabrían quiénes éramos?

¿No se supone que navegábamos sin mostrar nuestra identidad?

—Sí, se arriaron nuestras banderas cuando se alcanzó alta mar. Aquí lo confirma. —Craig, golpeó el cuaderno sobre la mesa. Yo agité la cabeza, y palmeé las manos. La ira anterior volvía a la carga.

—Agh... ¿Qué tendrá que ver la bandera con todo esto? ¡Era cuestión de actitud! —Apoyé la cabeza en mis manos, sobre la mesa, deseando hundirme las uñas en la frente. —Cualquiera diría que tenéis más de doscientos años de navegación a vuestras espaldas. Serán unos cabrones, pero en eso, los Reinos del Noreste nos ganan de pleno, y con razón. Si las tripulaciones me hubiesen hecho caso, si hubieran sido todo lo fieros que les dije que fueran... — chasquéé la lengua.

El consejo me había entendido al vuelo, lo supe, porque noté algo distinto en el aire, cuando terminé de hablar.

—¿Lo veis ahora? —extendí mis manos hacia ellos, satisfecha. — Nosotros, siempre tan clementes, tan adorables, honrados y pacíficos... os lo dije antes y os lo repito ahora. ¿Habéis visto cómo nos lo han pagado? ¿Habéis visto cómo han agradecido toda nuestra “buena fe”? ¡Les ha dado igual!

—Pero los Reinos del Noreste nunca antes habían recurrido a estos extremos, jamás habían empleado los cañones, ni explosivos, cuando intervine, jamás pensé que necesitásemos... —protestó Sidgrid.

—¿Que necesitásemos las armas, Majestad? ¿Es eso lo que quiere decir? —Vera negó con la cabeza, herida. Él respiró con fuerza, y perdió la mirada, preocupado, sumido en sus pensamientos.

—¿Cuándo interviniste? —Craig se levantó de su silla y se inclinó sobre la mesa, enfrentándose a él— ¿Qué has hecho, Sid? ¿Hay algo que tengas que decirnos? —Inquieto, Sidgrid tragó saliva. Sus labios se sacudieron.

—El pueblo de Miurgel está lleno de buena gente y jamás debería renunciar a su naturaleza o cambiar su forma de ser porque se lo diga una anacrónica con la cabeza llena de cuentos.

—¡¿Pero qué?!... —exclamé.

—¿Cómo? —preguntó Pía, e intercambió miradas irritadas con su compañero y con la Anciana. Jasper, el pescador, sacudió la cabeza. Incluso el Anciano escriba, dejó caer la pluma sobre su montón de hojas, y se rascó la sien. Craig se relamió los labios, y tomó aire, concienzudamente.

—Esa es la soberana gilipollez más grande que he escuchado, ¡en mi

vida! —Su voz se tornó áspera y amenazante, y pegó un puñetazo en la mesa. Me hizo brincar del susto y me aparté de él, con mi silla, todo lo que pude.

—Craig, compréndeme, sé que parece...

—Ni compréndeme ni mierdas, así que fue tu culpa, ¿no? ¿Qué hiciste? ¿Por qué no se llevaron las armas potentes, Sid? ¿Por qué se portaron como corderitos, cuando tenían órdenes de hacer lo contrario? Y sobre todo, ¿Por qué has hecho que Elsa abandone la sala antes de tiempo?

Esperaba que a aquellas alturas los Ancianos hubieran intentado moderar al Capitán, pero se veía que no tenían intención alguna de hacerlo. Igual que el resto de los miembros en la mesa, le daban la razón y permanecían expectantes a la respuesta de Sidgrid.

—¡Soy el Rey de Miurgel y tengo la última palabra! —Se levantó él, con potencia. —¡No permitiré que nadie cuestione mis actos! ¡No permitiré que ninguna extraña pretenda ocupar mi lugar, ni cambiar a mi gente! ¡No permitiré que los Reinos del Noreste nos sigan viendo como quienes no somos! ¡Los Miurgelitas somos gente decente, somos buenas personas, no somos criminales!

—¡Me parece estupendo! ¿No permitirás todas esas chorradas, pero sí que tu pueblo muera de hambre? ¿Has puesto en peligro a todas esas... —lo tuvo que pensar— más de... cuatrocientas personas, ¡con niños! solo para guardar unas apariencias que sólo te importan a ti? Y, por todo lo sagrado, ¡aquí nadie pretende ocupar tu lugar!

—¡Lo que hagan nuestros hombres en la mar no cambiará cómo somos en realidad! —Intervino Jasper. Craig extendió la mano hacia él, dándole la razón.

—¡Claro que no! —Exclamó Craig, y aprovechó para guardar silencio y tomar aire. Sidgrid se hundió en su asiento, derrotado por la reprimenda, y se tapaba la frente y los ojos con una mano.

Sentí la tentación de entrar al juego y utilizar mis palabras, para afilar lo que había dicho Craig, y asegurarme de que Sidgrid se llevaba su merecido. Ahí estaba, debilitado y listo para recibir una estocada final. Podía hacerlo, que pagara por su sabotaje y por querer cargarme con la culpa. Detestaba tantísimo a aquel hombre, en aquel momento, que propinarle el último golpe me llenaría de satisfacción.

Le observé. Estaba a tiro, con las manos sobre la mesa y la cabeza gacha, soportando en silencio otra chaparrada por parte del Capitán. No podía verle

bien la cara, pero cuando pude hacerlo, me pareció verle a punto de llorar. Aquél podría ser un momento idóneo, tenía que pensar muy bien antes de abrir la boca.

—... que ha traicionado a su pueblo y... —estaba diciendo Craig, y yo no le había escuchado. Pero le pedí hablar, y me cedió la palabra.

—A ver, basta. —Crucé los brazos y los agité, para que cortaran el hilo de su conversación. —Parad, parad.

Mi ira se despidió de mi cuerpo con un “hasta luego”, y la vi marcharse, mientras recapacitaba. No podía atacarle, era incapaz de hacerle algo así. ¿Para qué? Yo estaba ahí para buscar soluciones, no para llevar a cabo mi vendetta personal y aunque lo hiciese, dudaba mucho de que pudiera obtener paz de ello. Si era verdad lo que Craig me había contado, Sidgrid tal vez sólo estaba pasando por un muy mal momento, tras haber enviudado, estaba confundido y había hecho lo que él creía, era lo mejor. Nosotros estábamos ahí para ayudarlo, no para hundirlo.

—Puede que Sidgrid haya usado mal su poder como Rey, y ahora sufrimos las terribles consecuencias, pero, joder, todos cometemos errores. —Continué hablando, olvidando el protocolo, aunque a todos les daba igual a aquellas alturas. —Pero otro error más grande, sería empeñarnos en castigarle, en vez de buscar soluciones. ¿Qué pasará con el reino, aún sin suministros? ¿Qué es lo próximo que podemos hacer para salir de ésta? —Sidgrid alzó sus ojos hacia mí, brillaban, y guardaban una expresión hermosa, de agradecimiento. Expulsó el aire e hizo un gesto con la cabeza, que respondí de igual forma, y añadí: —Está en nuestras manos decidirlo, aunque podéis seguir discutiendo mientras la comida se acaba y nos ceñimos al pescado y la sal.

—Al fin alguien pone algo de cordura en esta mesa. —Dijo Josu, deslizándose alegremente su pluma sobre el papel. Marcó los tres puntitos que señalaban un punto final y miró al resto de los presentes, esperando que alguien más aportase algo.

—Bueno, tiene razón. —Asintió Jasper— Aunque, si Miurgel acaba alimentándose exclusivamente de la pesca, yo y mis camaradas nos haríamos de oro, —rio por lo bajo— pero no, no sería suficiente. Sin cultivos, sin animales, ni leche, ni...

—Y animales vivos, lana, ropa, y papel y otros materiales... No sólo nos faltarían alimentos, sino todo, todo lo obtenemos así, todo lo han sustraído

nuestros hombres en sus viajes, no podéis olvidarlo. —Dijo Erol— Esta isla no produce nada, no crecen los cultivos, los animales se alimentan también del grano que traemos de fuera, y si se mueren, no habrá más. Ni siquiera podemos recurrir a los árboles que ya no hay, todo se acaba. No es solo comida.

—Es cierto, todo eso es muy cierto. —Borri levantó un dedo y lo agitó.

—Pero ¿qué se podría hacer? —Pía se encogió de hombros— ¿Repetir la misión con los barcos que nos quedan?

—Sería una posibilidad, —respondió Craig— pero si vuelve a salir mal... no tendríamos más oportunidades. Sería el fin.

—Aún quedaría el Lambo. —Puntualicé y Craig me hizo una mueca.

—No, aunque me pese el Lambo no es una posibilidad real.

Otra ola de silencio barrió la mesa, mientras pensábamos en qué podíamos hacer. Tímidamente, Sidgrid alzó la voz.

—Bueno, yo... bueno, os recuerdo que, cuando decidimos llevar a cabo la solución de Deborah, yo había puesto otra propuesta sobre la mesa. La de ir al Reino de Sauda, a negociar personalmente un fin para nuestro veto. Si mal no recuerdo, algunos de vosotros estabais de acuerdo con ello.

Lo recordaba, vaya que sí. Su forma pacífica de acabar con nuestro problema. Era una opción válida, pero me daba miedo, pues sabía que era la misma estrategia que se había probado en Miurgel, generaciones atrás, y cuyos emisarios habían sido liquidados en todos aquellos intentos. Una maravilla, vamos. Pero, ¿sería mejor eso, que volver a arriesgar las naves que nos quedaban?

—Así que repito la propuesta, —solicitó el Rey— y me gustaría que todos la consideraseis. Pero, antes de emitir nuestros votos, os propongo hacer un receso. —Se oyeron suspiros de alivio. —Tenéis dos horas, comed, descansad, discutiremos eso y las estrategias a seguir entonces.

Apenas lo dijo, los dos comerciantes se levantaron de la mesa y con un simple saludo, marcharon a toda prisa. Yo fui a hacer lo mismo, porque Sam me debía estar esperando aún en los aposentos, y quería ir junto con él cuanto antes, pero Sidgrid me detuvo, poniéndome una mano sobre el brazo.

—Deborah, siento mucho lo que ha sucedido, pero compréndeme, tenía miedo, quería... —susurró.

—¡Intentaste que me culparan a mí! —No levantó la cabeza.

—Y con todo, aunque sé que no lo merecía, has intercedido por mí. —

Continuó. —Cuando todo esto acabe, me gustaría pagártelo de alguna forma.

—Su Majestad, no hace falta...

—Llámame Sidgrid. —Me corrigió con rapidez— Sí, te lo compensaré. —Alzó la cabeza y me miró. En su cara se le notaba el cansancio, el disgusto y una pequeña nota de esperanza. Sus ojos recorrían mi cara, examinándome, como si quisiera memorizar mis rasgos. Tenía la extraña sensación de haber vivido aquel momento anteriormente. Finalmente, sonrió y me tocó la mejilla, y, como si mi tacto le quemase, apartó su mano con rapidez y la dejó reposando sobre mi hombro. —También te voy a pedir que vuelvas al consejo. Lo has visto, aquí te escuchamos, aquí tienes poder, te necesitamos. Vuelve. Sin ti no será posible. No habrá manera. Por favor.

—De acuerdo. —Suspiré, a regañadientes, reconociendo que tenía razón. En cuanto tuvo mi consentimiento, me dejó ir.

—Marcha, tu amigo te estará esperando. —Palmeó mi hombro, y se fue por la puerta de la derecha.

Libre al fin para abrir la puerta de servicio, volví a ser interrumpida.

—Sirena mía. —Craig me agarró por la cintura. Asustada porque alguien pudiera vernos, me giré hacia él. Los Ancianos abandonaban la sala sin prestarnos atención, y aparte de ellos no quedaba nadie, salvo nosotros dos. —No hemos podido hablar desde anoche, ¿estás bien? ¿Has podido dormir?

—Sí, estoy bien... estoy mucho mejor. —Su mano, me sobaba caprichosa la cintura y se acercaba peligrosamente a mi trasero. —¿Qué haces?

—No pude decirte anoche lo fantástica que habías estado. —Frunció los labios, seductor, y se los mordió. —No pudimos celebrarlo juntos, como habíamos planeado. Puede que esté algo fuera de lugar, pero había pensado que podríamos aprovechar estas dos horas, ¿en uno de los aposentos reales? Además, oh, Deborah, has estado increíble hace un momento. Me has destrozado el alegato, pero, reconozco que has hecho lo correcto, y no sabes lo mucho que eso me pone. —Tuve ganas de reír.

—Craig, acabo de desmentir ante el consejo que haya nada entre nosotros, ¿y quieres que nos acostemos aquí?

—Vamos, siempre he tenido ganas de hacerlo contigo en Palacio. —Notaba la urgencia en su voz y en su cuerpo.

—Lo siento, Craig. Sam me está esperando.

—Pues dile al niño que se marche, y quedémonos juntos.

—No, Craig. No. Hoy no. —Él suspiró, desilusionado, y le besé...

aunque me supo amargo, horrible. Me llevé una mano a la boca, desconcertada, aunque Craig no pareció darse cuenta.

—Al menos, ¿quieres que os espere? Puedo invitaros a comer a casa.

—Eso sí. —Forcé una sonrisa, aún con el acre sabor en mi boca, y abrí la puerta.

A mitad del camino a las escaleras que llevaban a las habitaciones que nos habían cedido, la misma sirvienta que me ayudó la noche anterior, me detuvo.

—¿Busca a Sam? —preguntó.

—Sí, nos tenemos que marchar ya. ¿No está en la habitación? —La muchacha sacudió la cabeza.

—No, me dijo que se aburría, y marchó a la biblioteca de la Reina. ¿Quiere que le acompañe?

“*La biblioteca de la Reina*” repetí mentalmente, y me sentí algo triste por él. Por supuesto, ¿a qué otro lugar podría haber ido, sin salir de aquel castillo?

—Sí, por favor, llévame hasta ahí.

La chica caminó delante mío. Pasamos por delante de las escaleras, y unos pocos metros más adelante, paramos delante de un gran portón.

—¿Haría el favor de ayudarme? —Apoyó su mano y su peso contra la puerta. Hice lo mismo, y siguiendo sus indicaciones, empujé junto a ella. —Pesa un poco, ¿verdad? —comentó, disimulando el esfuerzo.

¡Vaya que si pesaba! Me quedé sujetando la puerta mientras la chica la dejaba abierta, fijándola con dos gruesos pasadores, al suelo. Miré alrededor; habíamos entrado a una habitación, amueblada con dos corros de sillones, con sus mesitas de té correspondientes, una chimenea, un pianoforte y un arpa. Inmediatamente recordé las novelas de Jane Austen que leí cuando era una adolescente, y contuve el entusiasmo de ver una habitación como aquellas que había imaginado tantas veces, con mis propios ojos. Las paredes estaban llenas de tapices, y cuadros, varios de ellos ilustrando escenas del mar. Otros, mostraban imponentes edificios, bosques, ríos y doncellas conviviendo con animales salvajes.

Sobre la chimenea había un cuadro ovalado, apaisado y pequeño, que mostraba un retrato hasta el busto de la pareja real, uno al lado del otro, a una edad muy temprana. Supuse que era un retrato de boda: Sobre un fondo de flores púrpura, la hermosa Seffora llevaba un traje dorado y el pelo recogido,

reposando sobre su hombro. El joven Sidgrid tenía el pelo largo, en una trenza que se perdía tras su espalda, y en vez de corona, llevaba una fina tiara, que, en el cuadro, parecía de plata. Tenía una sonrisa amplia e inocente, mientras que su joven esposa, mostraba mucho carácter y desparpajo. Me pregunté cómo se habría desarrollado todo, de seguir ella viva.

—¿Le gusta, señorita? —me preguntó la sirvienta.

—Es...—no supe qué palabras utilizar. Suspiré.

—Esta era la sala de las visitas y el té, aunque no se utilizaba apenas. Casi nunca, la verdad. —La chica se rascó la cara. —Acompañeme, la biblioteca está cerca de aquí.

Atravesamos la estancia y salimos, girando hacia la izquierda por otro pasillo, estrecho, pero mucho mejor decorado que el ala donde yo había pasado la noche. Dos puertas más allá, nos detuvimos. La joven llamó a la puerta, y escuché un ruido, como de varios objetos cayéndose al suelo, y pasos amortiguados. Sam abrió la puerta, usando ambos brazos, sin aparente esfuerzo, y su cara se iluminó al verme.

—¡Hey, Deb! ¿Quieres pasar?

—¿Puedo? —pregunté a la sirvienta y ella sacudió la mano, mostrándose despreocupada. Entré.

—¿Van a necesitar mi ayuda? —Preguntó, antes de que Sam cerrase la puerta.

—Puedes... —pensé con rapidez— ¿preparar nuestras cosas para marcharnos, si no lo están ya? Iremos en un momento.

—Como usted lo pida. —Hizo una pequeña reverencia flexionando las rodillas. —Hasta luego, Sam. —Le guiñó un ojo y se marchó. Miré a Sam, buscando una explicación. Él sólo sonrió y cerró la puerta cuando estuve dentro de la sala.

La puerta y un par de ventanas, eran las únicas zonas de aquellas cuatro paredes que no estaban forradas de estanterías y libros, como una versión reducida del archivo, en el Círculo de los Ancianos. Al lado de una de esas ventanas, había un escritorio, lo suficientemente grande como para acomodar a dos personas trabajando a la vez. En el suelo había una pila de libros, que, deduje, eran los que se le habían caído a Sam, cuando le interrumpimos.

—Perdóname por haberte hecho esperar tanto. —Me disculpé.

—No te preocupes, Deb, ya ves, tengo formas de entretenerme. —Sonrió, mientras recogía los libros del suelo. —Tirándolo todo. —Reí, como una

tonta. —¿Tú estás bien? ¿Has podido con la reunión? ¿Han intentado machacarte?

—Todo bien, Sam, apenas sin problemas, no ha habido nada que no pudiese controlar.

—Mejor... No me mientes, ¿verdad?

—No, no te miento. —Sonreí, embelesada, viéndole moverse. Él dejó los libros sobre la mesa y comenzó a manipular cosas sobre el escritorio. —¿Estabas leyendo? —pregunté.

—Sí, bueno, no... en verdad estaba tomando unos cuantos apuntes de lo que Seffora había dejado. —Se aclaró la garganta. —Ya sabes. —En efecto, le vi coger un pliego de la mesa, secar la tinta rápidamente, con algo que parecía una esponja, doblarlo y metérselo en uno de los dos bolsillos de su pantalón. —¿Nos vamos ya?

—Sí, nos vamos. Pero luego tengo que volver, dentro de dos horas, con Craig. Él nos ha invitado a los dos a comer en su casa.

—¿Quién? ¿el Capitán? —preguntó él, dejando aquellos tomos, perfectamente alineados sobre el escritorio, y asegurándolos con un par de pesados sujetos libros de madera.

—Ajá. —Él terminó y me miró a los ojos, apartando enseguida la mirada, ruborizado. Cuando tuvo valor de mirarme de nuevo, se relamió y mordió el labio inferior, dudando, unos segundos.

—Vamos a por nuestras cosas, —dijo él— no le quiero hacer esperar, ¡menudo honor! El Capitán... —se rio él solo, fue hacia la puerta y tiró de ella, dejándome pasar.

Juntos deshicimos el camino, volviendo al pasillo de nuestros aposentos. Frente a las escaleras, estaba la misma sirvienta de antes, portando dos hatillos con nuestras cosas, las cuales tan sólo eran la bolsa de Sam, y el camisón y el pijama que habíamos usado la noche anterior, con los que quisieron obsequiarnos. Los recogimos, dimos las gracias por todo, y volvimos a salir, hasta el salón de trono, donde Craig nos esperaba sentado, algo impaciente. Salimos los tres, de inmediato. Nos sabíamos bien el camino, y enseguida llegamos a su casa.

—Hace mucho que no vienes a casa, ¿verdad grumete? —Craig tendió la mano a Sam para recoger su bolsa y su hatillo.

—Es verdad, hará un par de meses, ¿no? —contestó Sam

—¿Solo un par de meses? No sé, creo que más... —me tendió la mano

para recibir mi bolsa, que le entregué, cuando me di cuenta de que me la estaba pidiendo.

Inmediatamente, por inercia, me quité mi chaqueta y me abrí la camisa. Sam me miró de reojo, con cierta alarma. Tiré de las cuerdas de mi escote, para cerrarlo, y me remangué la blusa. Él también se remangó su camisa de hilo. Craig no se dio cuenta de lo que había pasado. Por su cuenta, se quitó su casaca, color salmón, bajó sus tirantes, que dejó colgando, se sacó la camisa del pantalón y la dejó abierta.

—Poneos cómodos, —sugirió, sin mirarnos directamente a la cara a ninguno de los dos, —No tardaré mucho en preparar algo para comer. ¡Venga, sentaos! —Señaló su sofá. Le obedecimos.

Ambos éramos incapaces de disimular nuestra incomodidad, sentados con corrección en el sofá, donde tan sólo días antes Craig y yo habíamos... Precisamente, Sam se había sentado en el mismo lugar en el que yo le había proporcionado mi último “tratamiento oral” al Capitán. Recordándolo, me sentí horriblemente avergonzada.

—¿Os apetece algo de vino? —Llegó él, muy seductor, trayendo consigo una botella pequeña y tres copas, que dejó sobre la mesa. —No es mucho, pero... —lo descorchó— ¿no estáis los dos muy tensos? —Me miró, con picardía e hizo un suave e imperceptible movimiento de cabeza señalando a Sam. Tuve ganas de estrangularle. —No es que sea la primera vez que venís. Vamos, relajaos un poco, aún nos espera un largo día. —Me pasó una copa que llenó de vino blanco. —Al menos, a ti y a mí. —Volvió a hacerme un gesto y quise estamparle contra el suelo. Me moría de vergüenza.

Cuando le pasó su copa a Sam, éste hizo amago de brindar en el aire, y tomó un sorbo diminuto. Craig respondió al brindis con otro movimiento de cabeza y volvió a marchar a la cocina.

Solos de nuevo, Sam miraba concentrado su copa.

—¿No vas a beber? —Preguntó, sin levantar la vista.

—Aún no. —Persuadido por mi respuesta, él dejó la copa sobre la mesa, y se acercó a mí. —Pensé que no te gustaba beber.

—Hay ocasiones, y ocasiones. —Se rascó la cabeza, y saboreó el vino en sus labios. —Deb, quería que hablásemos de... —Se tocó los labios con la punta de los dedos. Se juntó aún más a mí. —¿Me quieres? —preguntó en una murmuración, vigilando la puerta de la cocina.

—Sam, si no te ha quedado claro ya... —Respondí sin apenas reflexionar

y, aunque no era aquella mi intención, mi voz sonó hastiada y molesta.

—Hadita... —Agarró mis manos, acariciándome con sus pulgares. —¿Te enfadaría que te pidiese tiempo, antes de darte una respuesta? —Me estremecí.

—¿Tiempo? ¿Quieres que nos dejemos de ver? —Al preguntar, sentí el peso del disgusto, amenazando con humedecer mis ojos, y quebrándome la voz.

—¿Dejarte de ver? —repitió él, incrédulo. —¿Es eso lo que quieres? —parecía perdido.

—No, ¡claro que no quiero que dejemos de vernos! —Me alivió su incompreensión. —De donde vengo, darse un tiempo es eso, pensé que aquí también...

—Bueno, tal vez, pero, ss... ¿sabes? —titubeó— Yo me refería a... que no puedo responderte, aún, no sé qué quiero de ti y de mí, no puedo decidirlo todavía.

—Ya. —Fue mi turno de vigilar la puerta de la cocina.

—¿Podrás esperar? —Él me tocó la barbilla para devolver mi atención hacia él— Deb, no te imaginas lo mucho que me importas, no quiero equivocarme contigo. De verdad. —Agarró mi mano derecha y la colocó sobre su pecho, y así pude sentir su corazón, latiendo a gran velocidad. —Créeme, necesito tiempo, tengo que entenderlo todo.

Soltó mi mano, acarició mi pelo, y sentí un chispazo de electricidad, recorriendo mi pecho. Se acercó a mi, hasta un punto en el que nuestros labios estuvieron a punto de rozarse, cerró los ojos, y apartó su cara del recorrido, para evitar chocarnos, cuando me abrazó, firmemente. Ya estaba. Dijera lo que me dijese, una vez que hubiese terminado de pensárselo, yo, ya. No sabía si debía estar feliz o no: estaba desarmada frente a él, que ya sabía de mis sentimientos. Ya no me quedaban más cartas por jugar, y el crupier del destino se había ido a por tabaco, y no sabía cuándo iba a volver.

—Qué bien hueles. —Susurró al separarse de mí. Ahogué mis ganas de gritar con un buen trago de vino, y él brindó conmigo.

Craig volvió en el momento preciso, como si hubiese estado espionando nuestros movimientos, para no interrumpirnos. Al ver la extraña sonrisa en sus labios, estuve casi segura de que así había sido. Nos trajo pescado asado a la plancha, con huevos revueltos, y comimos, mientras reinaba un incómodo silencio.

—¿No tienes que ir a trabajar ahora, en un rato? —Craig preguntó a Sam.

—Eh... no, me parece que no. —Contestó— Prasad me dijo que me tomase el día libre, para cuidar de Deb. —Nos miramos fugazmente— De todas maneras, no creo que la gente tenga ánimos de ir a la taberna. A estas alturas, todo el Reino sabrá que algo ha pasado, y querrán explicaciones.

—En eso tienes razón. —Craig hizo un gesto afirmativo con la cabeza. —Deberíamos decírselo a los demás, ¿verdad, Deborah? No podemos pasar de hoy sin lanzar un comunicado.

— Sí, es cierto. —Contesté, procurando concentrarme, exclusivamente, en el trabajo. *Ese* trabajo. Pero no pude. —Por cierto, ¿no sabéis nada sobre Ozam? —Sam negó con la cabeza, con una mueca preocupada.

—Está en el hotel, como el resto de heridos. —Nos informó el Capitán, recibiendo toda nuestra atención.

—¿Ah sí? —Preguntó Sam.

—Sí, lo han convertido en hospital, por ahora. Ya lo sabéis, las habitaciones están casi siempre vacías, hay espacio de sobra. Tres de los médicos del reino, y sus enfermeros, se están ocupando ahora mismo de todos.

—Me gustaría ir a verle. —Suspiré. —Joder, seguro que Brun debe de estar...

—Brunilda se quedó con él, eso te lo aseguro. —Contestó Craig.

—¿Sabéis qué? Creo que cuando os marchéis a palacio, yo iré a verle, y tal vez le haga el relevo a Brun. —Anunció Sam, tras beber otro sorbito de vino.

—Eso estaría muy bien. —Le dije.

—¿Verdad? —Contestó él.

—Pues sí. —Afirmó Craig, tomándose de un bocado su porción de huevo. —Os digo una cosa, nos esperan días muy duros. Esto es solo el principio. —Agitó la cabeza— Las revoluciones... cuestan.

Nos encontramos con un par de sorpresas al volver al consejo.

La primera fue saber que Sidgrid había pensado lo mismo que nosotros: el pueblo tenía derecho a una explicación, y se la daríamos, en cuanto terminase la junta. De hecho, durante aquellas dos horas había enviado a chiquillos, igual que había hecho Lavender con su grupo de amigos, semanas

atrás, para que corrieran la voz entre los vecinos, y sería una de nuestras tareas el decidir qué íbamos a decir entonces.

La segunda sorpresa, había sido encontrarnos con la Capitana Engström, que había vuelto, esta vez, serena como un corderito, acompañando a Ezio, quien ocupaba una enorme silla de ruedas de mimbre, con ruedas diminutas. Con la cabeza y un ojo vendados, magullado, y pálido, el colega de Craig, tenía un aspecto terrible, pero según nos dijo, estaba ahí por voluntad propia, y estaba dispuesto a contarle a los vecinos lo que había ocurrido.

Me sorprendió lo rápido que todos habían olvidado lo que había pasado con Elsa horas atrás, y su complicidad con Sidgrid. Posiblemente con Ezio delante, nadie se atrevió a hablar de aquello.

En el orden de la junta, lo primero que se decidió, por irrefutable unanimidad, fue aceptar la propuesta de Sidgrid, aunque esto implicaría que algunos representantes del consejo, tendrían que viajar a Sauda para negociar un final para nuestro veto. Pero no nos quedaba más remedio que hacerlo así. Sabíamos que el pueblo se negaría a repetir lo mismo que nos había llevado a aquella crisis.

Lo siguiente, fue componer nuestro discurso ante el Reino. Sidgrid nos comunicó que realizaríamos el comunicado ahí mismo, en el foro, el mismo sitio donde se había celebrado el funeral de Seffora. Obviamos en nuestras palabras el hecho de que la tripulación se encontró sin armas una vez en alta mar y enfocamos toda la culpabilidad en los Reinos del Noreste. Enfocar el dolor y la ira del pueblo contra aquel enemigo era lo más fácil y más efectivo.

Una vez decidido, y descrito un esquema básico de lo que sería nuestro comunicado, salimos todos juntos hacia el foro, donde ya se había congregado mucha gente. La boca se me reseco, y mis pasos se hicieron más pesados. Craig se dio cuenta enseguida, y se detuvo por mí, mientras el resto continuaba su camino.

—Deborah, respira. —Me dijo. —Vamos, toma aire, —lo hice— ahora sácalo. —Volví a hacerle caso. —Vamos, hazlo de nuevo, inspira... —cerré los ojos y controlé mi respiración, hasta que estuve tranquila. Con una última respiración profunda, abrí los ojos, y observé lo lejos que estaban nuestros compañeros del consejo. —¿Estás mejor? ¿Crees que podrás participar? —Hice un par de respiraciones más, antes de contestar.

—Creo que sí, podré con ello. No será mi primer evento, lo sabes, Craig. Podré con ello.

—Estupendo. No olvides sonreír, también, eso ayuda. O mira al cielo. Respira.

—Sí. —Me aclaré la garganta. —Vamos, estoy preparada.

Aceleramos el paso y enseguida alcanzamos a los demás miembros del consejo. No habíamos tenido tiempo de establecer un escenario ni nada parecido, pero la gente que nos esperaba, parecía acostumbrada a realizar reuniones ahí y había formado un semicírculo frente a nosotros. Busqué con la mirada entre el público, pero fue inútil distinguir a nadie.

Permanecí absorta en el bullicio y conseguí olvidar mi ansiedad. Si me hubiesen dejado más tiempo con mis pensamientos, hubiera olvidado también por qué me encontraba ahí. Tras esperar un tiempo indefinido, a que llegase el mayor número de gente posible, corrió el aviso en voz baja, entre nosotros, de que había llegado el momento de empezar.

—Habitantes, súbditos y vecinos de Miurgel, —Sidgrid alzó la voz, que se escuchaba, alto y claro, sobre la gente; —os hemos convocado esta tarde en esta reunión de emergencia, para informaros de unos hechos que varios de vosotros ya conocéis, pero que merecen una explicación y un tratamiento de estado, como es de esperar. —Hizo una pausa, y el murmullo de la gente subió de volumen, para volver a disminuir a continuación. —Como sabéis, ayer volvieron muy pocos, de aquellos que vimos partir desde el puerto, en busca de un poco de esperanza para nuestro reino. Es doloroso admitirlo, pero no podemos negar la realidad. —dijo con voz afectada— La expedición fracasó, —hubo revuelo entre los asistentes— pero estuvimos muy cerca de conseguirlo. —Tuvo que elevar la voz, para poder continuar hablando— Sin embargo, yo no estuve ahí, no puedo explicaros de primera mano qué es lo que ocurrió. Por eso, aún convaleciente, el Capitán Ezio Sokolov, Capitán del Bergantín Gin, que encabezó esta campaña, miembro del consejo ypreciadísimo miembro de nuestra marina, se ha presentado voluntario, para explicaros exactamente todo lo que sucedió.

La gente enmudeció cuando Elsa empujó la silla de Ezio hasta el frente. A un volumen inaudible, consultó algo con él y permaneció de pie a su lado, mientras él comenzó a hablar. Y entonces, subió la temperatura entre los Miurgelitas. La mayoría de lo que se dispuso a explicar, básicamente lo sabíamos, por lo que Craig nos había leído, de su cuaderno de bitácora. Pero, habiéndolo vivido, Ezio sabía muchos más detalles, que era imposible que Craig, ni nadie más pudiese conocer.

—... sus marineros abordaron mi barco, y todos los demás, con una brutalidad de la que jamás había sido testigo. Hicieron cosas terribles, que soy incapaz de sacar de mi mente. —explicó— Llevaban consigo armas de fuego, mosquetes, y bombas de mano, que vi cómo se las tiraban a aquellos que no podían escapar, para derribarlos, como si fuese un juego de bolos. Con sus espadas y machetes, degollaron a varios de nuestros jóvenes... —Relataba, y empezó a relatar escenas horribles una detrás de otra. —...tiraron por la borda a otros, como la pequeña Lavender, a quien aun siendo una niña la tiraron como a un barril por la borda, sin posibilidad de defenderse, la pobrecilla...

Mi sangre se me heló en las venas al escuchar su testimonio, me sentí enferma oyendo sus relatos de vejaciones y torturas. Por el gemido del público, supe que no había sido la única a quien le había pasado. Ezio se explayaba tan gráficamente que me pregunté cuánto tiempo podría aguantar escuchando aquello sin que se me revolviese el estómago.

—Cuando se aburrieron de matar y torturar a mi tripulación, —seguía— abandonaron nuestro barco y marcharon a hacer de las suyas en los demás. Porque yo solo os estoy contando lo que vi en el Gin, tened por seguro que lo mismo o algo peor sucedió en los demás. Vi cuerpos de marineros cayendo en cascada por las bordas, su sangre tiñendo la madera.

» A continuación llegaron los cañonazos y las embestidas, para reducir a astillas todo aquello que sus bombas no habían destrozado ya. Las explosiones estuvieron a punto de cegarme, me sentí un auténtico inútil, siendo testigo de nuestros naufragios, incapaz de hacer nada para cambiar nuestra suerte, o recuperar los barcos que habíamos capturado, demasiado herido para ayudar a mis hombres. Tuvimos que huir, como ratas, tirarnos al agua, buscar formas de permanecer a flote, y buscar las balandras, que por suerte habían permanecido rezagadas, ajenas a toda la masacre.

Escuché sollozos entre los asistentes, gemidos de dolor, exclamaciones de impotencia, lamentos.

—Queridos hermanos de Miurgel, os ruego perdonéis mi fracaso. Por favor, perdonadnos, por... haber arruinado vuestra esperanza... —y contra todo pronóstico, el Capitán Sokolov se derrumbó.

Eché la cabeza hacia un hombro, intentando ocultar su cara con el brazo, pero debió de dolerle y pegó un respingo. Escuché cómo comenzó a llorar, agitando todo su torso. La Capitana Engström se acuclilló a su nivel,

intentando consolarle, más preocupada por guardar las apariencias, que por tranquilizarle. Para mí eso había sido la gota que colmaba el vaso. Oír su relato había dolido, demasiado. Todos aquellos jóvenes, ilusionados, habían pasado tal horror... me encontré machacándome las cutículas de mis uñas, con los puños apretados. La ira había vuelto a circular por mis venas libremente, y ahora mi sangre hervía. Olvidando cualquier traza de miedo, me acerqué a Elsa y Ezio, a quien abracé, y tras recibir un aplauso que no me esperaba por mi gesto, les ayudé a ambos a volver a su lugar, y me quedé al frente.

Estaba lista para hablar, y nadie, ni siquiera yo, se lo esperaba.

—Hola a todos, —saludé, sin guion— sé que muchos de vosotros no sabéis quien soy yo, y otros puede que me conozcáis de la taberna Tamboli donde trabajo normalmente, y a veces canto. O puede que me recordéis, pues trabajé también junto al Capitán Lacy, mientras buscábamos reclutas. Me recordéis o no, seguro que os preguntaréis qué pinto yo aquí, hablando, en un momento así. —Tomé aire, y como me había aconsejado Craig, miré al cielo, y sonreí, dispuesta a decir todo lo que sentía. —Estoy aquí porque soy miembro del consejo, y porque yo fui la persona que tuvo la *brillante idea*, tras la misión que acaba de fracasar. —Callé unos segundos, esperando oír algún tipo de reacción, pero no la hubo. La gente había enmudecido. —Ahora que lo sabéis, entiendo que me culpéis de ello. Os dejo que así lo penséis, pero os aviso, mi conciencia está tranquila. —Al fin hubo murmuraciones, y escucharlas fue un alivio: me estaban prestando atención. No esperé a que guardasen silencio, continué hablando. —Porque sé que no es así. Esto no ha sido culpa mía, ni de nadie, en el consejo. —Oí suspiros aliviados detrás de mí.

» Veréis, quiero que sepáis algo más de mí, y comprendáis por qué tuve tanto que ver en todo esto. —Me relajé— Mi nombre es Deborah Cortez, llevo menos de un año aquí y soy la anacrónica que apareció cuando vuestra reina acababa de morir. He tenido poco tiempo para comprender bien la historia de Miurgel, y vuestra forma de ser. Pero en estos meses, he comprendido cosas muy básicas, y muy diferentes a la vida que siempre había conocido, antes de llegar. Sois un pueblo honesto, pacífico y generoso. —Mi público se mostró agradecido. —Habéis vivido siempre pendientes de cuidaros los unos a los otros y eso es algo magnífico. Cuando llegué, me sorprendió mucho vuestra manera de ser, vuestra tolerancia y esa capacidad

que tenéis de acoger a gente como yo, una extraña cuyo pasado desconocéis. ¡Sois tan buena gente, que ni siquiera necesitáis guardias que patrullen las calles! —Escuché algunas risas. —Pero hay algo de vosotros que me escama. —La risa cesó y el ambiente se quedó tenso.

» Sí, algo de vosotros me enferma, y os lo debo decir. Y eso es, que os avergüenza vuestra manera de subsistir. No lo decís jamás en alto, pero incluso aquellos miembros de vuestra marina con los que he hablado, que han llevado años haciéndolo, se han justificado, avergonzados. Decís constantemente que no os gusta lo que hacéis, que lo hacéis porque no hay más remedio. ¿Por qué os sentís tan culpables? Con ello habéis salido adelante por generaciones, desde el momento en que os asentasteis en este hermoso lugar.

» Sois un pueblo honrado, un pueblo valiente, un pueblo luchador. Debéis estar orgullosos de los pasos que habéis dado para llegar aquí, debéis agradecer el sacrificio de vuestros jóvenes, de vuestra marina. Así que os pido que, a pesar de la tragedia, alcéis la cabeza con orgullo, sois un pueblo de supervivientes, sois más fuertes de lo creéis.

Recibí una ovación. Estaba hablando sin pensar demasiado, pero parecía estar acertando con mis palabras. Respiré profundamente, decidiendo qué debía decir a continuación. Esperé a que el volumen de sus voces volviese a descender.

—Ahora, quisiera que recordéis un poco vuestra historia. ¿Recordáis por qué comenzó todo? ¿Por qué vuestros antepasados tuvieron que huir hasta aquí? ¿Por qué os despojaron de todo, incluso del nombre? —Volvieron los murmullos. —Fue por una *traición*, por una *mentira*, por *envidia*. —Marqué aquellas palabras, para que calasen, dentro de todos. —Hubo una época en que el Reino de Miurgel se llamaba Reino de Nassir y ocupaba el terreno más fértil del territorio en el continente del Noreste. Vuestros antepasados, vivían en una tierra tan prometedora, que todos los reinos sintieron envidia, y pensaron que debían apropiarse de ella. Sí, esos mismos, los que ahora nos tratan de delincuentes y que quieren aplastarnos, ¡fueron ellos! —Estiré mi brazo izquierdo, hacia un punto indefinido en el infinito— ¡Ellos engañaron a la familia real, ellos cometieron crímenes sin fundamento, para inculparnos, para que, ante ojos de la ley, fuésemos indignos del suelo que pisábamos!

» Y desde entonces, aunque todo se base en una mentira, el pueblo de Miurgel se la ha terminado creyendo: que de verdad sois culpables, que de

verdad sois criminales. Esa falsa culpabilidad os ha consumido, es la que os hace agachar la cabeza y creer que os merecéis morir...

Las palabras se me atragantaron, y se me revolvió el estómago. Por un momento, no sabía si estaba hablando del pueblo, o de mí misma, pero seguía sin saber por qué. Si tan sólo pudiese recordar... Sin embargo, mi silencio hizo que el público empezase a agitarse. Insegura, tomé aire, y miré a mis espaldas, buscando apoyo entre el resto de miembros del consejo. Todos me miraban inesperadamente, emocionados. Sidgrid, al lado de Craig, tenía los labios entreabiertos. Mi Capitán hizo un gesto de aplaudir en silencio, e inclinó la cabeza, animándome a continuar. Sonreí, y volví a dirigirme al pueblo.

—¡PUES SE ACABÓ! —Grité, a pleno pulmón— ¡Abrid los ojos! ¡No es vuestra culpa! ¡No lo es! Dejad de auto compadeceros, dejad de avergonzaros, sois inocentes. ¡VOSOTROS NO SOIS LOS CRIMINALES, SOIS LAS VÍCTIMAS! —escuché gritos de aprobación— ¿VAIS A SEGUIR AGUANTANDO? ¿QUERÉIS QUE CONTINÚEN APLASTÁNDONOS? ¡PUES NO!

Entre el público empezó a elevarse un clamor.

—“¡Claro que no!”

—“¡Injusticia, injusticia!”

—“¡Abajo los Reinos del Noreste!”

Animada por sus exclamaciones, continué con mi discurso, hablando tan alto y tan fuerte que no me reconocía a mí misma.

—¡Es hora de acabar con la injusticia! ¡Es hora de acabar con un veto, que sólo busca vernos derrotados, vernos morir! ¡¿Vais a amedrentaros por otro golpe más?! ¡¿Vais a seguir bajando la cabeza, pensando que os lo merecéis?! ¡¿Vais a rendiros y dejar de luchar?!

—¡No! ¡No nos rendiremos! —gritaba la gente entre el público.

—“¡Abajo con el veto!”

—“¡Injusticia!”

—“¡No nos pisotearán!”

—“¡Se acabó!”

—“¡Abajo el veto!”

Había conseguido caldear el ambiente, pero no sabía qué más podía decir. Satisfecha por el efecto de mis palabras, me dispuse a volver atrás junto con los miembros del consejo, y, para mi sorpresa, el Rey no me lo permitió. Se

colocó a mi izquierda, agarró mi mano y la alzó junto con la suya en el aire, en una pose triunfante. La gente se volvió loca a aplaudir y gritarnos ovaciones. Fui a bajar mi brazo izquierdo, dispuesta a volver a mi sitio, pero Craig se acercó por mi derecha, y entrelazando su mano con la mía, la elevó también.

Echando un vistazo a mis lados, comprendí lo que estaba pasando. Todos los miembros del consejo, habían formado una cadena con sus brazos, conmigo en el centro. Saber que al fin todos estábamos unidos y que había esperanza, me llenaba de determinación.

Disfrutamos de aquel glorioso momento por unos instantes, hasta que mis brazos estuvieron demasiado cansados, las ovaciones fueron lo suficientemente débiles y Sidgrid bajó sus brazos, soltando mi mano. Me sonrió tímidamente, inclinó su cabeza y me permitió volver atrás, con el resto del consejo. Por fin, tomó la palabra.

—La señorita Cortez lo ha dicho. Tenemos que acabar con el veto. ¡Ha llegado el momento de responder, acabaremos con él de una vez por todas! —Elevó su voz, contagiado de la energía del momento. —Esta vez, no nos amedrentaremos, usaremos toda nuestra fuerza bruta, ¡y lo conseguiremos! ¡Se acabó el ser comedidos! ¡Se acabó la timidez! ¡Esta vez, lucharemos por sobrevivir! ¿Quién está con nosotros? ¿Quién de vosotros quiere seguir luchando? ¿Quién quiere recuperar esa vida digna que nos merecemos, la vida que nos arrebataron? —El rugido del pueblo demostraba su apoyo total. Enardecido, Sidgrid elevó su voz, una vez más. —¡No volveremos a dejarnos aplastar! —y el griterío pareció resonar hasta lo más profundo del océano que nos rodeaba.

—¡Lucharemos! ¡lucharemos! ¡lucharemos! —repetían, borrachos de motivación— ¡Lucharemos! ¡lucharemos!

Y mientras la emoción nos envolvía, mi cabeza se llenó de dudas. ¿No íbamos a repetir una estrategia que siempre había fracasado en el pasado? A qué se refería Sidgrid, ¿quería negociar, o que cargásemos con toda nuestra artillería? No sabían que pretendía, ni cómo íbamos a conseguirlo, pero aquél era nuestro último recurso y lo peor que podía hacer, era perder la fe.

VENTIDÓS

—iré yo mismo, en persona. —Propuso Sidgrid, el día siguiente.

—¿¡Majestad!?! —Exclamó Borri.

—¿Cómo? —Preguntó la Capitana, y casi todos repetimos la misma pregunta.

—Sí, quiero ir a negociar a Sauda en persona. No iría sólo, por supuesto, quiero que me acompañéis algunos de vosotros. Navegaremos con nuestra bandera bien visible, y con una bandera blanca, e iremos armados hasta los dientes. —Craig expulsó aire por la nariz, y ambos nos miramos por el rabillo del ojo.

—No pensaréis ir con solo una embarcación, ¿verdad? —preguntó Craig.

—No, no sería seguro, no sería lógico. —Dije, y enseguida todos esperaron a que propusiese algo. —Quiero decir... necesitaríamos ir en comitiva, el barco donde viaje su Alteza, no puede estar expuesto, sin más, menos, sabiendo que los de la flota de los Reinos cuentan con cañones y lo mucho que les gusta embestir.

—Eso es cierto. —Vera me señaló con el dedo y asintió.

—Muy bien, anacrónica —habló Elsa, con su habitual cariño— y ¿con qué barcos quieres que contemos? ¿No te has dado cuenta que han destrozado la mitad de nuestra flota?

—Todavía queda la otra mitad. —Contestó Jasper, socarronamente.

—Y el Lambo. —Añadió Erol.

—No, lo siento, con el Lambo no podemos contar, es muy peligroso. —Craig negó con la cabeza y jugueteó con su pluma sobre sus folios. Me pareció que escribía un insulto, con impecable caligrafía y florituras, en italiano.

—¿Y con qué embarcaciones podemos contar? ¿cuáles nos quedan? —Solicitó Sidgrid, con su pluma lista para tomar apuntes. Craig y Elsa meditaron unos instantes.

—De mis barcos, sólo siguen en pie el Mira, a duras penas y el Bianchi, ya que me han hundido el Lucy. —Dijo ella. —Creo que de la flota de Ezi...

del Capitán Sokolov, solo queda el Ron. A ver, tú, Craig. —Él tomó aire, disimulando su exasperación, y subrayando el insulto en su hoja de papel.

—Sólo tengo el Grell. No sé si la Balandra Luna sigue a flote, y el Lambo... todos sabéis lo que hay, y lo que opino.

—Bueno, entonces... eso hacen cuatro embarcaciones, ¿sabéis si están en buenas condiciones? —Continuó preguntando.

—Sólo tres. —Insistió Elsa. —El Mira no está en condiciones de volver a la mar. Pero las demás embarcaciones deberían de estar en un estado muy avanzado de reparaciones, o faltar muy poco para que lo estén.

—En parte, son buenas noticias, es bueno oírlo. —Comentó Pía, estirando los brazos hacia el frente sobre la mesa, con disimulo.

—Ya, supongo, para quien no le importe echarlos a perder. —Replicó la capitana, llena de amargura y bloqueando la ola de optimismo que había amenazado con empaparnos.

—Hmm... bien. —Sidgrid golpeteó con su pluma en la mesa. —Tres embarcaciones. ¿Y... cuánto personal tenemos en la reserva? ¿Haría falta reclutar más? —Nos miró a todos. Normalmente, Ezio se ocupaba del personal, y en su ausencia, me preocupaba que no hubiera nadie que supiera contestarle.

—Majestad, siendo la encargada de entrenar a todos, creo que podría responder a su cuestión. —Se pronunció Vera. Aliviado, él le hizo un gesto para que continuase— Mis reclutas también han seguido un programa de mantenimiento durante este mes, y con algunos ajustes, un poco más de trabajo, estarían preparados para embarcar en, tal vez dos semanas. Además, contarán con ventaja sobre sus predecesores, pues han dispuesto de más tiempo.

—Pero, ¿con cuántos contamos? —interrumpió Elsa.

—Unos trescientos, Alteza. Trescientos treinta. —añadió tras pensarlo. — ¡Vaya!

—¿Tantos? —me sorprendí.

—Eso parece, ¿verdad? —Sonrió Craig, mientras hacía cuentas en su machacada hoja de papel— Creo que serían... serían los justos. —sacudió la cabeza— Sin embargo, cuenta con que habrá desertores tras lo que ha ocurrido.

—¿Incluso tras mi discurso?

—Incluso tras tu discurso. —Corroboró Elsa— La gente se puede mostrar

valiente en público, pero en privado prefiere salvar el culo. —Puso los ojos en blanco— Quiero decir, salvar sus espaldas. Créeme, no sería la primera vez que vemos deserciones tras un incidente, y este ha sido el peor de los que se recuerdan.

—Tal vez deberíamos reclutar a más gente, para asegurarnos de que haya personal suficiente. —Sugirió Sidgrid.

—¿Cuánta gente nos haría falta? —pregunté.

—Unas...ciento cincuenta... para tener seguridad, doscientas personas. —contestó Craig sin levantar la atención ni la pluma, de su papel.

—¿Sería posible contar con algunos de los supervivientes? —inquirió Sidgrid.

—Majestad, tendremos que hacer un reconocimiento a los que han venido, para saber eso. —Explicó Borri— y buscar a aquellos que tengan las mínimas lesiones y la disposición fuerte, para participar. Podría darle una cifra mañana, o pasado.

—Por favor, intente que sea mañana. —El Rey se echó hacia atrás en su asiento— y vo... ustedes dos, —se dirigió a Craig y a mí— deberían comenzar otra ronda de reclutamiento. Cuento con ello. —Y se acarició la barbilla, recientemente afeitada, mientras releía todo lo que había apuntado. —Me preocupa un poco el tiempo con el que podamos contar... el nuevo personal que alistemos... apenas podría entrenar...

—¿Cuándo quiere partir, Alteza? —Preguntó el Anciano Borri.

—He pensado que... en tres semanas, a lo sumo.

Pensé que iba a marearme, al oír aquello. Pero era comprensible, nuestros suministros iban acabándose poco a poco y no podíamos alargar demasiado la espera. Me froté los brazos, para espantar un escalofrío y me mentalicé del trabajo que volvía a tener por delante.

—Sólo tendremos una semana para reclutar a doscientas personas. —Susurré a Craig, y nuestra conversación pasó desapercibida, pues el resto de los miembros murmuraba, discutiendo con discreción lo que había decidido Sidgrid. —¿Crees que seremos capaces?

—Tendremos que confiar, Sirena. —Miró a nuestro alrededor mientras lo decía. Acercó su cara a la mía demasiado peligrosamente, al encontrarnos en el consejo— Pero, creo que ahora mismo, tenemos ventaja. Recuerda cómo reaccionaron ayer, cuando les hablaste, cómo vitoreaban tu nombre. Quizá no haya tantos desertores después de todo.

—No vitoreaban mi nombre... —repliqué.

—Eso da igual. —Me puso un dedo sobre los labios— Ahora mismo saben quién eres, saben que sólo deseas lo mejor, y les recuerdas contra quién han de luchar. Ahora tienen ganas de hacerlo, y si tú se lo pides, te darán la mano. —Yo aparté la suya de mi cara. Creerle me resultaba complicado, pero, siendo objetiva, me parecía que no se equivocaba.

—Sí, podremos hacerlo. —Afirmé. Él asintió y me guiñó un ojo.

—Entonces, ¿alguna objeción a la fecha que he propuesto? —Sid alzó su voz por encima de los murmullos.

—No, alteza. Seremos capaces de cumplir —contestó Craig por nosotros dos.

—¿Los demás igual? —preguntó de nuevo, y nadie contestó, pero tampoco nadie se opuso. —Estupendo, muy bien. Por último, por mi parte, quería anunciaros que he decidido quienes de ustedes van a acompañarme en esta campaña. —Se me erizó la piel. —Es la decisión más lógica, como comprenderán. Ustedes dos, Capitán Lacy, y Capitana Engström —Miré a Craig con angustia. No, no quería que se alejase de mí, no quería perderle, él era mi escudo, mi... —Y la señorita Cortez, como consejera. —mis pensamientos se congelaron, igual que mi expresión. Giré mecánicamente la cabeza hacia Sidgrid. Debería haberlo previsto.

Volvimos a casa de Craig cuando finalizó la reunión, en teoría, para comenzar a preparar nuestra segunda campaña. Hicimos todo lo que se nos ocurrió. Recuperamos lo que habíamos hecho para la etapa anterior, buscando aquello que pudiera servir, aunque nuestra idea era enfocar esta campaña de forma diferente. Lo que teníamos en mente era, ir en persona a visitar todos los sitios que habían sido puntos de reclutamiento, entregarles un comunicado para que reanudasen la actividad, y consultar con ellos por si quizá tuvieran más nombres de interesados, que se nos hubiesen escapado. Además de ello, yo pensaba ir, directamente por todas las calles, buscando voluntarios. Miurgel no era tan grande, podíamos ir andando a todos los lados, hacerlo era más que plausible, aunque llevaría tiempo y sería agotador.

Terminamos de diseñar nuestro plan de trabajo, y nos preparamos, dispuestos a salir de inmediato. Sin embargo, en cuanto abrí la puerta, un relámpago me cegó, y escuché gritos de gente, corriendo a buscar refugio. Craig se asomó por encima de mi hombro para ver lo que ocurría.

—Joder, ¿una puñetera tormenta, ahora? —Al escucharle, me fijé en el

cielo, que reflejaba un inquietante color púrpura en las nubes que se arremolinaban sobre el reino. —Nada, no podemos salir. Cierra la puerta, Deb. —Y retornó al interior.

—¿Pongo el pestillo? Pregunté. Él se había quitado la casaca y con suma rapidez, había empezado a encender todas sus lámparas, y deduje que después cerraría las contraventanas. —Sí, y si me haces el favor, ¿podrías cerrar las ventanas y encender las luces de arriba? Tengo un yesquero en mi oficina.

—Vale. —respondí.

Mientras hacía mi recorrido, podía escuchar cómo los incesantes truenos hacían retumbar las paredes, y el ulular del viento, agitaba con excesiva violencia las ventanas y sus postigos. Procuré mantener la calma e hice lo que Craig me había pedido, tan rápido como me fue posible. Cuando volví al piso de abajo, estaba sudando bajo mi ropa de calle, y me encontré a Craig acomodado en el sofá.

—Tendremos que esperar a que pase la tormenta. —Anunció, con increíble pasividad, y se bajó los tirantes, para quitarse la camisa. —Seguro que va a tardar un buen rato en pasar, vamos, ponte cómoda.

—Hacía mucho que no llovía, ¿verdad? —Comenté, despojándome, sin muchos miramientos de mi bolero, camisa y pantalones.

—La última vez fue cuando te llevé al puerto. Era solo cuestión de tiempo. —añadió, observando cómo doblaba mi ropa. Expulsó aire por la nariz, y golpeó el asiento del sofá, a su lado. —Ven, siéntate, ponte cómoda, está visto que tendremos que pasar la tarde aquí.

Fumamos juntos de su pipa de agua, esperando a que la tormenta pasase, y casi como de costumbre, me invitó a vino.

—Bueno, y ¿qué te parece lo que ha decidido Sidgrid? —habló tras un largo silencio, en el que nos habíamos quedado escuchando el arañar del viento en los muros y los incesantes truenos. La lluvia todavía no había empezado a caer. —¿Preparada para levar anclas?

—Me hubiera gustado que lo hubiese consultado antes conmigo. —Respondí, con fastidio.

—¡Ja! ¿Y le hubieses dicho que sí? —Negué con la cabeza. —Bueno, Sid es el Rey, ya sabes que puede tomar decisiones pequeñas sin consultarlo.

—Si llamas decisión pequeña a meterme en un barco sin saber si volveremos... —Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No seas tan negativa, sirena. —Alargó su brazo hacia mi hombro, invitándome a recostarme en su regazo. Entonces, me acarició el pelo, la nuca y mi oreja. —Sabes, me encantaría la idea de tenerte a bordo, de nuevo. Consciente, eso sí. —Cuando entendí a qué se refería, me reí.

—Sí... consciente. —Suspiré y me dejé hipnotizar por el titilar de la llama en la vela, sobre la mesa, frente a mí. —Nunca he subido a un barco en mi vida, que yo me haya enterado. Y eso que mis padres se mudaron a la costa de mi país y compraron un yate, pero nunca les fui a visitar, ni me subí a él.

Craig continuó acariciándome, extendiéndose hacia mi hombro y clavícula, atento a mis palabras.

—Y mira que recuerdo haber leído muchas historias con barcos, y piratas...

—Sí, los salvajes piratas que quieres que seamos. —Nos reímos juntos.

—Esos mismos. Pero aquellos libros también hablaban de las cosas fascinantes en alta mar, que si las gaviotas y los delfines, y los atardeceres, y los amaneceres, el olor a salitre, el viento en las velas... —Suspiré. Él había colado su mano bajo mi brazo, para acariciarme los pechos, y le dejé hacer. —¿Es todo tan bonito como lo cuentan, Craig?

—No tanto como tú. —Soltó, y estirándose, para molestarme lo mínimo, se inclinó para calentar la cazuela de la pipa con una candela y tomar una calada. Tuve que apartarme, sin embargo y el me dio una palmadita en el hombro, como agradecimiento.

—Craig, hablo en serio. Protesté.

—Lo es, lo es, pero, no puedes dejar que su belleza te despiste. El mar es tan bello como letal. Cuando se agita, cuando llegan tormentas, o peor, cuando son como éstas, Sirena, sólo puedes rezar. Da igual que estés rodeado de compañeros, da igual lo grande que sea tu embarcación, o tu voluntad. Cuando el mar enfurece, eres tan solo tú y las olas, estás a la merced del destino y si consigues salir ileso, debes agradecerse a lo más sagrado.

—Vaya... —tomé aliento, sentí que me mareaba.

—Sí... Hay que tener un gran respeto. —continuó. —Pero a la vez, no puedes aprender a navegar en aguas tranquilas.

—Craig, —Pregunté de nuevo— si a nosotros, tal y como están ahora los barcos, nos atrapase una tormenta, ¿crees que podríamos salvarnos? —Un gran trueno retumbó con fuerza y me sobresaltó.

—Si es una como éstas... —alzó un dedo, señalando al techo, sobre nuestras cabezas, y meció la cabeza a ambos lados, en forma de duda. —Nos iría mejor con una tormenta normalita, aunque no he podido inspeccionar todavía en qué estado se encuentran nuestras embarcaciones, realmente.

—Ah, genial... ¿Y qué pasará con esos barcos, ahora, en puerto?

—Creo que no mucho. Están anclados en una zona bastante segura. —Se inclinó hacia mí a continuación. —¡Pero tranquila! Estando conmigo no te pasará nada. Nada en absoluto. Yo te protejo, sirena. —Me puso con cierta gracia la boquilla de la pipa en los labios, y acercando una vela a la cazuela, la prendió para permitirme fumar. Tomé una larga calada, y cuando la expulsé, él usó la pipa, de forma, quizá demasiado sensual. Dejó la vela y la boquilla sobre la mesa y sin dejarme tiempo para reaccionar, se abalanzó sobre mi cuello, para besarlo, intentando encenderme a mí.

Pero mi mente no estaba ahí. Los sonidos de la terrible tormenta que se desataba en el exterior hicieron que, inevitablemente me imaginase en uno de esos débiles barcos, a la merced del destino, sin forma de defenderme. Con un golpe de mar, podríamos irnos a pique, y con ello, el futuro del Reino por completo. Todo se acabaría, no volvería a ver a Brun, ni a Sam. La idea de morir, que antes me había resultado tan atractiva, ahora me aterraba sobremanera.

Enfrascada en pensamientos catastróficos, había ido respondiendo con un sí a todo lo que Craig me había ido diciendo. Cuando quise darme cuenta, estábamos en su cama, otra vez, mientras él me ayudaba a quitarme la ropa interior. En el exterior había empezado a llover, y las gotas golpeaban con fuerza los postigos cerrados.

Le observé, como si yo no fuese dueña de mi cuerpo, sino una espectadora, incapaz de sentir nada. Desnudo, de rodillas en la cama, se masturbó mientras contemplaba mi cuerpo y cuando estuvo erecto, se inclinó sobre mí, para llenarme de caricias, tibias y agradables, de esas que él solía acompañar con sus labios y su lengua, antes de terminar en mi entrepierna.

Era hipnótico: despacio, palpaba con sus manos fuertes cada centímetro de mi torso y vientre. Cerraba sus ojos, para besar mi piel, abría sus jugosos labios y sacaba su lengua, para degustarme con tiernos y lentos lametones, en silencio. Cuando su recorrido llegó a mi pubis, sin erguirse, volvió a masajear su sexo, para no perder su erección, antes de separar mis piernas. Me tocó, esperando, supongo, encontrarme húmeda, lista para más juegos. Pero no fue

así.

—¿Sirenita? ¿Qué te ocurre? —preguntó, y me devolvió a la realidad. — No estás... ¿no te lo estás pasando bien?

No respondí, porque no sabía qué decir. Por un lado, quería seguir viendo qué más hacía con mi cuerpo, quería ver cómo me penetraba, verle eyacular sobre mi vientre. Por otro lado, estaba aterrada con la posibilidad de morir en alta mar y eso, obviamente, me impedía concentrarme.

—¿Es por él? —No entendí su pregunta. —Escuché que hablabas con Sam ayer, —explicó— ¿es por él? —preguntó de nuevo, y se recostó a mi lado. Besó mi hombro, y se tocó el vientre, mientras su erección desaparecía, tristemente.

Por supuesto, preguntaba por Sam.

—¿Qué escuchaste, Craig? —Mi voz sonó seria.

—No mucho, sólo que te pedía tiempo. ¿Por qué? —Suspiró— ¿Te acostaste con él en palacio? Puedes decírmelo. Es más, deberías decírmelo. Tenemos un pacto, ¿recuerdas? —Puso una mano sobre mi pecho.

—¡Qué va...! Tan sólo le besé. Esta vez, de verdad, él se enteró bien de lo que yo hacía. Dormimos juntos tras eso, pero no hubo sexo. —Expliqué. —Ayer, le dije que le quería y por eso me ha pedido tiempo, para darme una respuesta.

—Entiendo. —Dibujó formas con su dedo, sobre mi vientre.

—Todavía no hay nada entre nosotros... —pensé en voz alta— Así que teóricamente esto no está... ¿mal? —Craig y yo nos miramos. Me erguí, y deliberadamente, le solté la cinta que ataba su pelo. Así estaba irresistible— No, no está mal. —me respondí yo sola— Venga, fóllame. —Susurré y abrí mis piernas. —Quiero que lo hagas, vamos, ¡hazlo! —Craig frunció sus labios, y se los mordió, antes de besarme.

—Deborah, una cosa te quiero decir. Creo que estás muy cerca de lo que deseas, y no creo que deba entrometerme. Quiero respetar tu futuro. —Me agarró por las rodillas y cerró mis piernas.

—No te entiendo. —musité.

—Si quieres que lo haga, bien, no hay problema. Te echaré un buen polvo, pero, mira, tal vez éste sea un buen momento para dejar de acostarnos juntos.

—¿Lo dices por Sam? —chasquéé la lengua— Te he dicho que no hay avances, que aún no tengo su respuesta, no somos pareja... ¿y si me dice que

no?

—Deborah, no es eso. No es eso, no me entiendes. Lo quiero hacer por mí.

—¿Qué? —La situación se me había vuelto incómoda. Tenía miedo de conocer sus sentimientos, aunque aquel momento tendría que llegar, tarde o temprano.

—Mira, sirena, Deborah... Ya te lo he dicho antes, que no puedo quererte, no tanto como amo a ese que ocupa mi corazón.

A ese. Sí, había oído bien. Había dicho “A ese”, no “a esa”. Él se dio cuenta de mi reacción al oírle, aun así, continuó.

—Pero... —pensó antes de seguir hablando— me estoy acostumbrando a ti, quizá deba decir que... me estoy obsesionando contigo. —Sus ojos me parecieron grandes, honestos, familiares. —Me obsesiona el llenar tu cuerpo, el poder tenerte en mis brazos, tus miradas. Sé que prometimos que en lo que hubiese entre nosotros, no pasaría, pero empiezo a sentir celos, y precisamente, de Sam... No. Es una locura tener celos de él. —Se pasó la mano por el pelo y reuló hacia el respaldo de la cama, meditabundo.

Permanecí en silencio, intrigada por lo que pudiera seguir diciendo.

—Sirena, si sigo haciendo esto, va a llevarme a la desgracia. Voy a acabar por amarte, serás tú quien ocupe mi corazón, y volverá a ser como antes, porque, aunque haya sexo entre nosotros, sé que tú no podrás sentir lo mismo. Otra vez, amaré a alguien, para quien solo sirvo de consuelo.

—Craig, yo, si Sam no... Yo podría corresponderte, creo. —Alegué.

—No, te engañas. Lo veo en tus ojos, cuando hablas de él. No, no dejarás de amarle. Y de enterarse él... no, no quiero hacer daño. De todos los hombres del reino, Sam es al único al que no puedo traicionar. Se lo debo.

Miré el tatuaje en forma de “S” en su vientre, y de repente, todo cobró sentido.

—¿Estás enamorado de Sam? —Él soltó una carcajada.

—Cariño, —él nunca me había llamado así— no. Pero no andas desencaminada. Sí, amo a un hombre. Pero no es Sam. —Acarició su tatuaje. —Quieres saberlo, ¿verdad?

—Sí, por supuesto que lo quiero saber. Eso y muchas más cosas. ¿Qué te pasa con Sam? ¿Qué es ese tatuaje? Y —recordé —¿Por qué sabes italiano? —Abrió la boca, sorprendido de que supiese aquello último. —Si quieres ser sincero conmigo, selo del todo.

—Joder... —gruñó. —No puedo responder a todo, Debbie. No, no. Me odiarías.

—Ahora mismo te odio por querer dejarme. —contesté sin pensar.

—No seas egoísta. —Tragó saliva, alzando su vista hacia el techo. —¿A qué puedo responder? —Se lo pensó por unos instantes. —Mira, mi tatuaje. Me lo hice con 20 años. Entonces, habíamos conseguido robar algo de tinta y agujas en una de nuestras expediciones. No fue mucho, sólo llegó para que unos pocos de nosotros pudiéramos hacernos tatuajes, ¿sabes? Pues bueno, es muy sencillo. La S, es la inicial de todas las personas a las que he amado. Dedúcelo: Seffora, Sam... y... —pareció desafiarme a adivinar el último nombre en su lista.

—¿Sidgrid? —dije. Craig cerró los ojos, sus mejillas se hincharon de rubor, y asintió, riendo. El peso de la realización cayó sobre mí como un mazazo. —No, no puede ser. ¿Cómo?

—Deborah, ya te he dicho que le conozco muy bien, desde hace décadas. Hemos vivido tantas cosas juntos...

—No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Cómo puedes... ¿él no llevaba muchos años casado con Seffora? ¿Acaso él te dio algún motivo? ¿Por qué seguir empeñado en quererle?

Le hice todas aquellas preguntas porque en verdad, no quería aceptarlo. No, Craig no podía querer a otro hombre. Bueno, podía querer a un hombre, pero no a "ese". Tampoco era eso. Sentí celos, fuertes, estúpidos e irracionales. No, no. Él no. Mi ardiente capitán, quien me llevaba a la cúspide del placer en la cama, no podía amar a otro hombre, no podía amar a Sidgrid. Me sentí traicionada, aunque no tuviese lógica alguna. Yo había llegado tan tarde a sus vidas...

Él vio mi desasosiego, y volvió a su empeño inicial de darme placer con sus manos. Aquella vez, mis sentidos respondieron como debían, a sus estímulos.

—Te dije que me odiarías. —Me susurró, y se rio, insolente, engañando mis sentidos con sus ágiles dedos. —Vamos, dime otra vez que me odias, ponme fácil el despedirme de estos momentos a tu lado.

—No seas tonto, Craig. —Contesté, antes de que me robase el aliento, provocándome un gemido. Me agarró de la muñeca y me hizo sentarme a horcajadas sobre él.

—¿Quieres saber más, sobre Sid y sobre mí? —Continuó hablando a voz de susurro, sin dejarme interrumpirle. —Él fue mi primera vez, con todo. Mi primer beso, mi primer polvo. —Nos miramos a los ojos, y cerca de mi entrepierna, noté el rebote de su miembro al volver a la vida. —Sí, fue él. Cuando Seffora le besó, cuando comenzaron su relación, él no sabía cómo tratar con las mujeres, pero yo sí, o eso le dije. Como soy un año mayor, se suponía que yo sabía más. Los dos éramos unos críos estúpidos y precoces y le dejé practicar conmigo.

Me empujó hacia atrás, y manteniéndome deliberadamente lejos de su pene, me estimuló usando su pulgar y su dedo índice, y siguió con su relato, entreteniéndose con mi reacción.

—Le enseñé todo lo que debía hacer para darle placer a su novia, quien después sería su esposa. Él había descubierto esa faceta en mí y yo ya no sabía aguantar sin sexo, y sin su compañía. Pensé que podría soportar los incontables días que él no estaba a mi lado, así que cuando yo no recibía su atención, empecé a mentir sobre mi edad e ir de flor en flor. Y cuando Seffora y él se casaron, nuestros encuentros se acabaron. Me había usado y tirado, pero no sabía cómo dejar de quererle. Así que mi apetito se desbocó.

» Solía aprovechar cuando salíamos de misión. Deseaba llegar a las costas de los Reinos del Noreste, porque entonces, me acostaba con todo el que quería: guardias, prostitutas, mercaderes, taberneras, hice de todo, pero no me resultaba suficiente, así que también empecé a acumular amantes aquí. Me resultó fácil hacerlo sin levantar sospechas o rumores, me hice un experto en aquello. Pero claro, también cometí muchos errores. De todas formas, no importaba con cuanta gente me acostase, jamás pude volver a sentir lo mismo que sentí, cuando tenía a Sidgrid dentro mío.

Grité. Mi mente me jugó una mala pasada, haciéndome imaginar a Sidgrid, con cara de vicio, penetrándole. Aquella extraña ensoñación, fue suficiente para provocarme un fuerte orgasmo. Él se rio. Yo me sentí sucia, pero quería más. Él se lamió los dedos que habían estado danzando en mi interior, y como si nada, siguió hablando.

—No, no era lo mismo. No solo adoraba su polla, le adoraba a él. —Diciendo esto, él agarró la suya, y despacio, frotó su glande contra mí, torturándome con la posibilidad de penetrarme. —Cuando me besaba, sentía algo que iba más allá de nuestros cuerpos, algo que me unía a él en el infinito. —Craig dejó escapar un gemido, excitado por sus propios actos. Yo

estaba extremadamente húmeda. —Era amor... Amor, ¿Lo entiendes? —recuperó la compostura. Su miembro estaba atrapado en mis fluidos, tan cerca de la entrada que podía sentir sus venas, pulsando contra mi piel. —No lo entendía. —continuó— Quise odiar a Seffora, pero no podía. Ella era demasiado especial. Sidgrid la amaba y yo no podría hacer nada que a él le doliese, porque yo también me estaría haciendo daño a mí mismo. Era demasiado complicado.

—Craig, por favor... —Quise interrumpirle, agarrarle e introducirle en mi interior con mis propias manos, pero él me apartó los dedos de un manotazo, que también le golpeó a él. Me reí. Él se giró, depositándose a su lado en la cama y alejando sus caderas de mí. Introdujo en mí sus dedos de nuevo, esta vez, añadiendo uno más.

—¿Por Dios! —Exclamé. Él disimuló una risita. —¿Te falta mucho? ¿Qué más paso? —Le urgí.

—Me las ingeníé para volver a estar con él. —Giró la muñeca despacio, masajeándose con suavidad y una exagerada y desesperante lentitud. —A Seffora le gustaba mucho pasar tiempo para ella sola, salía a dar paseos por la playa, iba a estudiar al círculo de los ancianos, o a ayudar a los pescadores o iba a visitar a su familia. Sin mucho que hacer, Sidgrid pasaba muchas tardes vacías, y venía a visitarme. No fue de inmediato, pero, muchas de esas veces, él se emborrachaba, y cuando estaba así, me pedía que volviésemos a hacerlo. Yo me convertí en su ventana de escape, le daba placer cuando ella no estaba. Le daba consuelo. Para mí era mejor que nada.

Enmudeció, y me incliné hacia él, invitándole a apartar su mano de mi entrepierna. Me inundó una tremenda tristeza, y me sentí horrible por hacer exactamente lo mismo. Sólo le usaba para consolar mi frustración, nada más.

—¿Y cuando ella murió? —pregunté.

—No quiso que le volviese a tocar. ¿Recuerdas cuando me tiró el vino encima? Fue la última vez que lo intenté. Renegó de mí, me insultó. Me pegó. Entonces me hizo dudar, y nosotros dos ya nos estábamos acostando. Al ver cómo te portaste conmigo, cuando eso ocurrió, se me cruzó por la mente que tal vez... Sí, tu podrías ocupar su lugar. Intenté negarlo, por nuestra promesa, pero me estaba engañando. —Acarició mis senos, y mi pelo, su mirada me hacía querer llorar. —Preciosa, no tienes ni idea de lo que he estado luchando conmigo mismo, para no enamorarme. Ahora puede ser un buen momento para retirarme, ¿lo entiendes?

Quise compensarle. Le besé, concentrándome en todas aquellas cosas bellas que deseaba que sintiese. Esperé que surgiese algo nuevo, una chispa, una luz, una satisfacción, como la que sentí al besar a mi bardo. Pero, nada, no pasó nada.

—¿Lo ves? No puedo seguir así, Deborah. No puedo.

—Craig, quiero amarte, de verdad, que lo quiero. —Hablé atropelladamente— Sabes que yo, te admiro, y te debo tantas cosas, me has ayudado tanto, has creído en mí, y yo... te quiero, ¿vale?

—Quererme es una cosa, —sonrió— yo también te quiero a ti, lo sabes. —Besó mi mejilla— Pero no me amas, no lo harás nunca. Si sigo haciendo esto, sé que terminaré estropeándolo todo. Y mírame, —se señaló a sí mismo, con un gesto amplio— te llevo muchos años. Tú eres joven, Sam es joven. Tenéis toda la vida por delante. Céntrate en él, no malgastes tu vida conmigo.

—Capitán... —sacudí la cabeza, desolada.

—Piensa que te he ayudado en un momento en el que dudabas de ti misma, pero ahora has encontrado tu camino y tienes que seguirlo tú sola, vivir tu vida. Además, dentro de tres semanas tendremos que zarpar, sirena. Yo volveré al trabajo y tendré que estar concentrado. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí... lo entiendo. —La lluvia había parado, pero no sabría decir cuándo. —Craig, embarcar me asusta. ¿De verdad que tú no tienes miedo?

—¿Cómo va a tener miedo este viejo lobo de mar? —me miró con ternura — Qué cosas tienes... muero de ganas de navegar de nuevo.

—Pues yo tengo miedo. —confesé— ¿Y si no te vuelvo a ver? ¿Y si...?

—“Y si, y si” —repitió él, y me pellizcó la mejilla, sereno. Miró nuestros cuerpos desnudos, como si hubiese olvidado lo que había sucedido momentos antes. —Si aún sigues sin odiarme después de que te haya contado mi verdad, ¿me dejarás hacerte el amor, una última vez?

“Hacerme el amor.”

Dolía oírsele decir.

Diminutas gotas tibias y saladas, corrieron libres por mis mejillas.

Dulcemente, él cumplió con su palabra.

Olía a “mundo nuevo”, a ozono y sal. El cielo estaba despejado, plagado de estrellas tempraneras, que juraría no haber visto nunca hasta aquel momento, y creaban en mí la extraña sensación de que algo había cambiado,

y no sabía si era para bien, o para mal. Craig me acompañó de vuelta hasta casa. Era demasiado tarde para intentar hacer nada de lo que habíamos planeado, y lo que acababa de finalizar entre nosotros, tenía demasiada importancia como para permitirme marchar sola, sin más. Al fin y al cabo, con o sin sexo de por medio, sentíamos mucho cariño, el uno por el otro: éramos amigos íntimos.

El sentimiento de pérdida que había atormentado mi pecho desde que decidimos despedirnos, se había tranquilizado al llegar la mañana.

Estaba sola de nuevo, pues Brun ahora dedicaba sus mañanas a visitar y cuidar a Ozam, en el hotel. Aunque quisiese acompañarla, me esperaban días demasiado ocupados como para poder hacer un parón e ir a visitarle. Ni siquiera tenía tiempo para ocuparme de todos mis asuntos; por ejemplo, había olvidado avisar a Sam de que tendría que volver a salir a trabajar por las mañanas y debíamos interrumpir nuestras clases.

Aquel día me lo encontré en el dintel de la puerta, cuando la abrí para salir.

—¡Ey! —saludó con su inocente sonrisa, separando su frente de la mía y salvándonos de un coscorrón. A su espalda, en su funda, llevaba su guitarra, y traía la de Hans de la mano. —¿Tienes que salir?

—¡Sam! No he tenido tiempo de decírtelo, sí, tengo que... estos días tengo que volver a...

—Ah... —Su sonrisa se desvaneció, y miró hacia otro lado, pensando en lo que fuese. —Si quieres puedo acompañarte. —Tragó saliva. —¿Me dejas que suba esto antes? —Alzó la mano que portaba la guitarra oscura.

—Claro que sí, sube, te espero. Trae, te guardo la tuya, mientras. —Me acerqué a él y con cuidado se la descolgué de la espalda, la apoyé en el suelo, sujetando el mástil entre mis brazos.

Una vez libre, pasó por mi lado, perfumando el aire por donde pasaba, con un suave aroma a jabón y frescura. Cerré los ojos y aspiré aquel aire, igual que el olor de la camisa de su pijama, meses atrás. Fui incapaz de reprimir un suspiro que él debió de escuchar, pues miró hacia atrás, poco antes de subir con la guitarra, por las escaleras que yo había dejado desplegadas.

—Voy a tener que embarcar. —Confesé en voz alta, cuando sus pies habían desaparecido de mi vista. Escuché cómo detenía sus pasos. Segundos después, se reanudaron con mayor intensidad y en lo que me pareció una

milésima de segundo, volvieron a bajar, demasiado rápido, por las escaleras.

—Que vas a tener que ¿qué? —preguntó con voz aguda.

—Embarcar, junto con el Rey y Craig y la capitana Engström. Viajaremos para negociar con los Reinos...

—¡No! no puedes irte, —me interrumpió— Deb, hada mía, de entre todo el Reino, ¡tú no! no vayas ¡No vayas! —Estaba agitado— ¿Sabes cómo han acabado todos los intentos de negociación anteriores? Por favor, no vayas.

—Sam, no me compliques las cosas, ¿crees que quiero hacerlo? —Él alzó las cejas— Fue Sidgrid quien lo decidió. Quien lo impuso, más bien.

—Por eso tienes que ir a trabajar, entonces, entiendo. —Bajó la cabeza y se cruzó de brazos, caminando hacia mí con paso lento. Le tendí su guitarra, que él se volvió a colocar a la espalda, perezosamente.

—Sí. Además, tenemos que reclutar a mucha más gente y... tengo que comenzar ya, Craig me espera en Nao.

—Voy contigo. —Dijo, de forma casual.

—¿Tienes cosas que hacer en Nao? —Él sonrió con timidez y se encogió de hombros. —Bueno, pues vamos. —Él me abrazó por los hombros y me besó el pelo, antes de emprender nuestro camino.

Craig me esperaba, como siempre, en la esquina de la avenida principal que quedaba más cerca de su casa, aquella que me hubo enseñado el primer día. Cuando Sam y yo llegamos, él estaba de espaldas a nosotros, fumando y observando a la gente pasar. Al notar nuestra presencia, se giró. Vi que tenía las ojeras más marcadas de lo habitual y los ojos hinchados. Sentí un calambre débil pero doloroso recorrer mi pecho, brazos y hombros. Él entornó los ojos, expulsó el humo, irresistible, e inclinando la cabeza, mientras guardaba su pequeña pipa, nos saludó.

—Buenos días, Capitán. —Sam se acercó a abrazarle.

—¿Qué tal, grumete? —Respondió él. Curiosa, estuve atenta a su expresión y me sorprendió encontrarme con un rostro de alivio, un alivio enorme.

Apretaron su masculino abrazo, tanto como fue posible, teniendo en cuenta que Sam llevaba la guitarra colgada a la espalda. Nada más separarse de él, Craig vino a mi, y de forma exageradamente cortés, como la primera vez que nos vimos, agarró mi mano derecha y la besó. Su mirada era brillante, triste y resignada. Al fin y al cabo, tan sólo hacía horas desde que habíamos roto nuestra relación. Intenté empatizar, buscar en mi interior el

dolor con el que me había acostado la noche anterior, pero ya no era capaz de encontrarlo. Me sentí culpable por no sentirme tan afectada como lo parecía él.

—Buenos días Sirena, que bien acompañada vienes, ¿eh? —Forzó una sonrisa, que llenó de arrugas sus agotados ojos.

—Sí, muy bien. —Me reí tontamente. —Bueno, él ha querido acompañarme, ¿verdad Sammie? ¿Tenías cosas que hacer en la isla?

—En verdad, he venido porque me gustaría ayudaros. —Contestó, repentinamente serio. Me extrañó.

—¿Ayudarnos? ¿Quieres apoyarnos cantando mientras vamos buscando reclutas, o algo? —Pregunté, sin idea de a qué se refería.

—No, no, nada de eso. Pero no me desagrada la idea. —Se rio él solo. Craig y yo le observamos con consternación. —Lo que quiero decir es que... Buscáis reclutas, ¿no? Pues bueno, aquí estoy yo. Quiero alistarme. Seré el primero.

VEINTITRÉS

Habíamos tenido suerte. Tan solo habían desertado alrededor de un centenar de marineros de la reserva y un par de docenas de supervivientes de la expedición que había fracasado habían aceptado hacerse de nuevo a la mar. Gracias a eso, tan sólo necesitábamos reunir algo menos de una centena de nuevos reclutas.

Sam, Craig y yo, nos pasábamos las horas libres de aquella interminable semana en las calles, reuniendo gente, hablando sin parar, utilizando toda la retórica y la motivación que se nos pudo ocurrir. Ellos dos eran muy convincentes con sus palabras, y poco a poco entre los tres íbamos reuniendo nombres y direcciones, las cuales apuntábamos, entonces, a mano, en una libreta que terminó desgastada, con un batiburrillo confuso de información, en alfabetos romano y miurgelita, que Craig luego se ocupaba en pasar a limpio, de madrugada, junto con las listas recogidas de los puntos de reclutamiento.

En total, pudimos reunir a 94 personas, al final de aquellos siete días después de los cuales, Vera nos convocó a todos, Sam y yo incluidos, para comenzar a instruirnos. Que Sam tuviese que entrenar era lógico, al fin y al cabo, él había sido el primero en alistarse. En mi caso, aunque yo fuera miembro del consejo y embarcase en calidad de civil, tenía que, al menos aprender a defenderme.

Nuestro grupo tenía muchísima desventaja, con apenas dos semanas justas para aprender, pero Vera no escatimó al enseñarnos lo más básico en técnicas de combate y autodefensa. Llegaba a la sala de entrenamiento (uno de los almacenes del puerto, vacío y acondicionado para entrenar), vistiendo un traje ceñido, para moverse mejor, que dejaba entrever un cuerpo mayor, con bastantes arrugas, pero con muy buen tono muscular e increíblemente ágil. Sin descanso y con gran disciplina, nos enseñó derribos, bloqueos, contraataques, a cómo golpear sin hacernos daño y dónde debíamos golpear para ser rápidos y efectivos.

El tercer día del entrenamiento, se presentó con un par de reservistas,

portando carromatos. La curiosidad nos atrajo como la miel a las moscas. Igual que yo, mis compañeros de entrenamiento hicieron un corro alrededor de los carromatos, cubiertos con gruesas lonas. Cuando tuvo toda nuestra atención, pidió a los reservistas que retirasen las lonas, y ahí, ante nuestros ojos, en uno de los contenedores brillaron las empuñaduras de varias dagas y espadas cortas de aspecto antiguo, pero cuidado. En el otro, se mezclaban multitud de ballestas.

Había llegado la hora de aprender a usar las armas y nadie pudo reprimir su curiosidad.

—Quiero que cada uno elija un arma. En caso de que elijáis la daga, os recomiendo que uséis dos. Pensad bien lo que escojáis, porque sólo tendremos tiempo de entrenar con el arma que hayáis elegido. —Nos avisó. —Vamos, haced una fila y coged lo que hayáis decidido.

La obedecimos. Al hacer la cola, yo me quedé de entre las últimas personas.

—Sé que las ballestas pueden pareceros imponentes, pero son una muy buena defensa, no tengáis miedo de escogerlas.

Comentó un par de minutos más tarde, y desde entonces, vi cómo de repente, casi todos habían decidido que la ballesta era el arma perfecta para ellos. Yo también quería probarla, pero cuando llegó mi turno, el carro de las ballestas estaba vacío. Tan sólo podía escoger armas blancas.

—Vaya, creo que te lo han dejado bastante fácil. —Vera sonrió y se encogió de hombros, risueña.

—Sí, creo que sí... No es que pueda hacer mucho, ¿verdad? —Me rasqué la cabeza, que me picaba por el sudor y por llevar el pelo mal recogido.

—Al contrario, más posibilidades de las que crees. Fíjate bien y dime. ¿Escogerás dagas? ¿espada corta? ¿daga y espada? ¿dos dagas a la vez? —Su voz vibró con ingenua excitación. De no ser porque estábamos hablando de armas mortíferas, parecía haberme dado a elegir entre perritos o gatitos.

—¿Me ves a mí con dos dagas a la vez? —dejé de rascarme por puro decoro y dejé la mano reposando sobre mi nuca, que estaba cargada y bien merecería un masaje en el balneario antes de abandonar el Reino.

—Claro que sí. Opino, además, que una mujer es más mujer, en cuanto sabe dominar las dagas. Con ellas puedes ser ágil, sigilosa, sensual. Utilizándolas correctamente, tus enemigos jamás verán venir sus hojas. —Suspiró. —Y bien, ¿las escogerás?

—No veo por qué no. —Me encogí de hombros, y rebusqué dos, cuyas empuñaduras parecían similares.

En mis manos, me sorprendió su peso. En verdad, lo que me sorprendió fue no haber predicho que no serían ligeras. Me esperaba que fuesen igual de pesadas que los cuchillos de cocina normales y corrientes, aunque fuesen más grandes y gruesas. Con funda y todo, ambas dagas medían aproximadamente lo mismo que mi antebrazo. Aproveché esos momentos vacíos, mientras todos los demás examinaban sus armas y los reservistas apartaban los carromatos del medio de la sala, para observarlas mejor.

Me parecían muy exóticas. Ambas tenían las empuñaduras forradas con cuero oscuro que evitaba que se me escurriesen de las manos. Como remate, las dos tenían esferas de algo que parecía nácar, o madreperla en el mango, y a modo de guarda, una delgada media luna plateada que me protegía la mano. En esas guardas estaba la principal diferencia entre ambas dagas. Una de ellas tenía un motivo parecido a un panal, con algunas piedras de granate, engarzadas, de forma aparentemente caprichosa. La otra tenía tres triángulos, engarzados en ámbar, formando una pirámide, a ambos lados.

Al sacarlas de sus fundas, me encontré con sencillas hojas anchas, de doble filo. Guardé la daga de ámbar y me centré en jugar con la de los granates. Probé a cogerla de una forma u otra, a ponerla en equilibrio sobre mi mano, a agitarla en el aire sin ton ni son, con el único cuidado de no tocar a nadie. No sabía si podría acostumbrarme a manejarlas, aunque no tenía más remedio que hacerlo. Al menos, tener que concentrarme para manejarlas, me ayudaba a olvidar las agujetas y el cansancio que tenía acumulado.

Pero al menos, me habían dejado libre el fin de semana. Cuando llegó aquél Lorde por la mañana, yo estaba completamente derrotada, con el cuerpo dolorido y amoratado, la sensación de que el sudor no se despegaba de mi piel por mucho que me hubiese lavado la noche anterior, y las piernas y los brazos temblorosos y débiles como hebras de lana, clavadas en el colchón. No era que no tuviese ánimos para moverme, simplemente, no era capaz.

Brun ya no pasaba las mañanas en casa, sino que todos los días los pasaba en el hotel, cuidando de Ozam. Sola, revolviéndome bajo las sábanas a base de impulsos débiles, escuché ruidos en el piso de abajo. Me temí que se tratase de Craig, haciéndome alguna visita para completar detalles del consejo, de última hora, así que procuré quedarme quieta, echa un ovillo,

tapada por completo y sin hacer ruido, esperando que quien estuviese abajo, pensara que la casa estaba vacía y se marchase.

Después de un tiempo más que razonable, mi estrategia no parecía haber surtido efecto. Los ruidos continuaban, y ahora se acompañaban de un alegre canturreo. No me hizo falta oír más de un par de notas, para darme cuenta de que se trataba de Sam. Mi ánimo cambió enseguida, pero eso no me hacía olvidar el hecho de que me dolían todos y cada uno de mis músculos. Permanecí sentada en la cama, esperando, por si subía a saludarme.

—¡Sam, estoy aquí! —le llamé, cuando me hube cansado de esperar.

—¿Ya estás despierta? ¡Ahora subo! —contestó.

En lo que le esperaba, me pasé dos dedos húmedos por las cejas, improvisé una trenza, alisé las sábanas que me cubrían, me arreglé el escote del camisón, y si hubiese sido más pálida, incluso me habría pellizcado las mejillas para darme color.

A los pocos minutos, escuché sus pasos en las escaleras. Encogí las rodillas contra mi pecho, todo lo que mis agujetas y mi forma me lo permitieron, y procuré disimular la alegría de verle mordéndome el interior del carrillo. Subía con una bandeja, con el desayuno para mí, que consistía en una infusión y uno de los bollos que Brun hacía tiempo había almacenado. Entusiasmado, la colocó sobre mis piernas, y se sentó en la cama de nuestra amiga, frente a mí.

—Sammie, puedes sentarte aquí conmigo... —le invité, golpeando, con cuidado de no tirar la bandeja, el espacio junto a mí en el colchón. Al mirarle de nuevo, me di cuenta de que había algo de él que no me encajaba, pero no sabía qué. —¿Qué te has hecho?

—Ah, ¿te has fijado? ¿te gusta? —Se pasó la mano por la cabeza, y esta vez, su pelo no se enredó entre sus dedos.

—¿Te has cortado el pelo? —Pregunté, sujetando mi taza, caliente, entre las manos, mientras le examinaba con la mirada.

—Tan solo por detrás, y... todo lo que sobraba. —Se tocó la nuca, y la parte trasera de la cabeza. —¿Qué te parece? —Dijo, mientras se sentaba a mis pies.

—Pareces... mayor. —Me esforcé porque mi voz no pareciese desilusionada, pero era cierto. Ahora parecía más serio, más formal, un hombre de su edad. Le quedaba de muerte, pero, no representaba su personalidad. Me asustaba un poco. —Estás muy guapo —Carraspeé. —Pero,

¿por qué lo has hecho?

—Es mejor así, en los entrenamientos sudo mucho y así estoy mucho más cómodo. —Alzó el mentón y sonrió de medio lado— Qué, ¿parezco ya un temible pirata?

Más bien, parecía un serio y atractivo marinero en un crucero de lujo, de esos de película, pero preferí no chafarle la ilusión.

—Sí... El más temible de todos. —Tomé un gran sorbo de mi té. Era picante, debía contener jengibre, y su sabor me despejó los sentidos con tanta intensidad que pegué un respingo, haciendo que el colchón se menease bajo nosotros.

—Te lo he puesto cargado, perdóname. —Se disculpó antes de que pudiera decir nada.

—Joder, vaya que sí. —Boqueé, sintiendo el hormigueo del jengibre en mi lengua.

—¿Quieres que vaya a por algo de melaza? —Alcé una mano hacia él, indicándole que no hacía falta, y tomé otro sorbo, más pequeño. La impresión inicial se había pasado, y yo no tenía ningún problema en seguir tomándolo. —Vale. —Asintió.

—¿Y a qué se debe tu visita de hoy, Sam? —Pregunté, intentando avanzar en la conversación. —¿Vienes sólo a enseñarme tu corte de pelo? No, ¿verdad?

—No, no es sólo por eso. Quería llevarte de nuevo al hotel, antes de que nos quedemos sin tiempo, antes de embarcar. ¿Te parece bien?

—¿Al balneario? ¿Sigue en activo, con los heridos y...? —Él respondió que sí con la cabeza.

—También los heridos son clientes, aunque a ellos les tratan gratis, claro. —Se encogió de hombros.

—Me parece bien, sí. Además, no he visitado todavía a Ozam, y hace tiempo que no le veo el pelo a Brun. Espero que no me lo eche en cara. —resoplé.

—Descuida, ella sabe bien por lo que estás pasando. Yo me he ocupado de contárselo cuando voy por las tardes.

—¿Sabe ya que nos vamos los dos? —Titubeé.

—Sí.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —pregunté con miedo.

—Hada mía, mejor de lo que crees. —Se estiró con un sonoro quejido—

Pero, venga, termínate el desayuno, vístete, y así podrás ir a comprobarlo tú misma. —Se acercó y me besó la frente. —Te voy a dejar tiempo para que lo hagas, te espero abajo. No olvides tus prendas de baño, ¿vale? —Y se levantó.

—De acuerdo.

Aprovechando el subidón de ánimos que me había dado el chute de jengibre, bebí el resto de mi infusión, devoré el bollo, que milagrosamente aún seguía blando y tenía un sabor delicioso, me puse mi traje de baño, preparé una muda y me vestí. Sam estaba abajo, escribiendo en su cuaderno, que inmediatamente cerró y metió en su bolsa, cuando me oyó venir.

De camino, me había hecho una imagen mental bastante precisa de lo que me encontraría en el hotel al llegar: un ir y venir constante de gente, enfermeros de aquí y allá, gritos de dolor, camillas en la recepción, caos... Pero cuando empujé la puerta principal del hotel, con un escalofrío incómodo recorriéndome la columna, lo encontré todo en calma. La recepción, ordenada y vacía, ningún eco o ruido de los pisos superiores, ninguna pista que delatase lo que me habían contado, que estaba ocurriendo en realidad.

Fui directa al mostrador para llamar a Remy o a quien atendiese aquél día. Sam me detuvo, tocando mi mano y entrelazando sus dedos con los míos.

—Deb, no te preocupes, seguro que está ocupado.

—Y ¿qué hacemos ahora? ¿Le esperamos?

— Podríamos esperarle, o podríamos subir a ver a nuestros amigos, antes de *relajarnos*, ¿no crees?

Había dicho aquello en un susurro, aunque no hacía falta, porque estábamos solos en la recepción. Le miré y parpadeé unas cuantas veces. Estaba distinto, y no sólo era por el corte de pelo. Había algo distinto en él, que me llenaba de seguridad. Respondió a mi mirada atenta, entrecerrando sus ojos. Sus labios se curvaron, y apretó su mano.

—Vamos, están en el segundo piso. —Indicó y me guio por las escaleras.

Según ascendíamos aquella escalera de caracol, noté cómo la atmósfera cambiaba. Olía a limpio, pero el ambiente estaba cargado.

Llegamos al segundo piso, y aunque había gente en el corredor circular, reinaba el silencio. Aquellas personas eran los médicos y las enfermeras. Su aspecto era diferente a mi concepción habitual que tenía de aquellas profesiones. No llevaban batas blancas, ni monos azules. Los enfermeros llevaban delantales, un pañuelo atado a la cabeza cubriéndoles el pelo, otro a

modo de mascarilla, y guantes de colores claros, con toda la pinta de haber pasado por varios lavados. El médico que vi, llevaba el mismo atuendo, salvo que no llevaba pañuelo en la cabeza, se había quitado su mascarilla y llevaba una banda con una gota de sangre bordada, alrededor del brazo izquierdo. La otra diferencia, era que su mandil era de color oscuro, a diferencia de los de los enfermeros.

El doctor estaba hablando con una enfermera, a un volumen inaudible, y otro enfermero a pocos pasos de mí, repasaba lo que fuera que estuviese escrito, en un gran cuaderno, que se veía pesado en sus brazos. Cuando pasamos a su lado nos saludó con un leve movimiento de cabeza, y el doctor y la enfermera que conversaban, hicieron lo mismo, y siguieron a sus asuntos. Sam se detuvo frente a una puerta, delante de la cual, vi que había tres pares de zapatos. Recordé entonces, que, al despertar en el hotel, mis zapatos frente a la puerta delataban mi presencia como “cliente”. Así que, si no me equivocaba, eso quería decir, que Ozam no estaría sólo en su habitación.

Eché un vistazo a la puerta de al lado, y conté cinco pares. Intenté ver la puerta de otra habitación, que quedaba algo oculta en la curvatura del pasillo, y vi al menos un par más. Seguro que pasaba lo mismo en todo el hotel, y eso no me gustaba. ¿Cómo era posible que un sitio como Miurgel tuviese un hotel balneario, sin turistas, y no tuviese un hospital en condiciones? Suspiré. De todas maneras, Miurgel era también un Reino que había vivido doscientos años de la piratería, teniendo horchata en las venas. No valía la pena que me irritase buscándole la lógica. Todo estaría a punto de cambiar, estaba segura.

Abrimos la puerta, y enseguida notamos la corriente, pues tenían la ventana abierta, para airear un poco la habitación. Sam entró con confianza, pero a mí me costó un poco más cruzar el dintel. El orden de la habitación había sido alterado, respecto al recuerdo que yo conservaba de mi primera noche en el Reino. Habían quitado la mesilla de noche, y el escritorio, y habían desplazado el armario hasta la esquina, para permitir que entrasen tres camillas en paralelo, en el lugar donde estaba normalmente la cama, y otras dos, frente a ellas y muy cerca de la puerta, aprovechando el espacio ganado al armario y el escritorio.

Ozam estaba dormido, en la camilla, al lado del armario y Brun, que estaba sentada a su lado, se levantó de inmediato, sin hacer ruido, al vernos llegar. En silencio, caminó con pies ligeros y vino directa a abrazarme, y a darme dos grandes besos. A pesar de que volvía a casa por las noches, tuve la

sensación de no haberla visto en años. Otro de los pacientes, también dormía en una camilla, frente a la de Ozam y el tercero, al lado de la pared, donde solía estar la cama normalmente, permanecía en silencio, sentado en su lecho, con la mirada perdida en la distancia, a través de la ventana. Le faltaba un brazo.

—¿Molestamos? —Pregunté en voz baja.

—No, ¡en absoluto! —Sonrió Brun, y me sujetó por los hombros, para contemplarme.

—¿No duermen? —señalé a Ozam, y al otro paciente que dormía.

—Como cepporros. Están medicados, para el dolor. No van a despertarse sin más. —El volumen de su voz era el normal, de siempre. —Además, no creo que a Jason le molestemos, ¿verdad Jase?

El chico sin brazo se alertó al oír su nombre, y nos miró, sorprendido. No se había dado cuenta de que habíamos entrado.

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —Se agarró el muñón de forma instintiva.

—Jase, preguntaba si te molestamos. —Repitió mi amiga, con voz dulce.

—Ah... —el chico perdió la mirada por la ventana, de nuevo. —No... No me molestáis. —Y se quedó callado, perdido otra vez en sus contemplaciones.

—¿Qué le pasa? —Susurré.

—Intenta ver el mar, ver si vuelve la balandra Luna. Al parecer, consiguió que sus hermanos embarcaran en ella, pero no se ha sabido nada, ya sabes. —Respondió Sam.

—Oh. —Me rasqué incómoda la cabeza.

—Me alegra mucho que hayas podido venir. —Dijo Brun, distrayéndome de cualquier pensamiento negativo, y soltándome los brazos, para volver a su asiento. —Ya era hora de que te diesen un día libre, Debbie, desde Palacio te tienen explotada. —Se sentó.

—Sí, en cuanto supe que tendría este fin de semana libre, pensé en venir a veros. —Mentí.

—También, es que la he traído al balneario. —Confesó Sam, sentándose en el suelo, al lado de la silla de Brun.

—Así que, al balneario, los dos, ¿eh? —Entornó los ojos. —Está bien, tendréis que liberar tensiones, antes de embarcar. —Dio un pequeño suspiro. —Pero ¿qué pasa con Tamboli? ¿Sam, no tenías que actuar hoy, todo el día?

—Prasad me lo ha dejado libre. Ya sabes, ya no va tanta gente, las cosas

andan flojas, y Gareth se ha presentado voluntario para cubrirme, ahora, cuando falte.

—Vaya, ¡no tenía ni idea! —Exclamé. Sam me miró, apretando los labios, y asintió.

—Sammie, no puedo creerme que hayas querido embarcar tú también. —Brun agitó la cabeza, y sus ojos brillaron. —Y más, viendo lo que le ha pasado a Ozam... —chasqueó la lengua.

—No va a pasarnos nada a nadie, ya verás. No te preocupes, ¡vamos! —La consoló, estirándose para colocar una mano en su rodilla.

—¿Qué es lo que tiene él, exactamente? —Pregunté. —Si no te importa...

—No, no me importa, te lo enseño.

Agitó las manos frente a su cara, secándose los ojos. Sam apartó la mano de su rodilla, dejándola libre y ella se levantó, para destapar con cuidado al pelirrojo, que, inmóvil, respiraba con placidez. Bajó la sábana hasta el límite de lo decente. Sinceramente, yo no creía que, de estar consciente, Ozam me hubiese permitido ver tanta superficie de su cuerpo. Desnudeces aparte, inmediatamente por debajo de sus pezones y hasta el pubis, estaba cubierto de gasas. Brunilda levantó con cuidado una, cerca de donde debía tener el ombligo, y la visión de su carne al aire me hizo pegar un respingo. Ahogué un grito entre mis manos, y permanecí con ellas sobre mi boca.

—Le alcanzó la metralla de una de las bombas de mano que les lanzaron, y además le quemó todo esto. —Explicó mientras volvía a taponarlo. Pero no te asustes, no tiene todo así de mal, y ha estado mucho peor. Cuando está despierto le duele mucho, por eso, le mantenemos dormido.

—¿Y no te da cosa verle así? —Pregunté, sin pensar mucho en lo que decía.

—En absoluto, ya me he acostumbrado. —Sonrió— Además, le amo. —Sam y yo nos miramos por una fracción de segundo. —Desde luego Ozzie, quién te diría, aquella vez, cuando me dijiste que no me querías porque también era pelirrojo, ¿eh? —Le hablé, consciente de que él no podría responder— que ahora acabarías dependiendo de mí. —Le acarició el pelo, sin que él pudiese enterarse, y acarició con dulzura su cara.

—¿¡Cómo!? ¿Te dijo eso? —Exclamó Sam.— ¿Cuándo?

—Ah, fue hace un par de años, no os preocupéis. La primera vez que quise decirle cómo me sentía. Me dijo eso. “No, no puedo salir con una

pelirroja, van a pensar que somos hermanos” —rio.

—Brun, tendrías que habérmelo dicho. —Sam estiró las piernas frente a sí, y volvió a encogerlas, apoyando la cabeza en sus rodillas. —Nadie debería rechazarte ni hacerte daño, y menos un colega. Serás tonto, Ozam...

—No te enfades, Sammie, eso ya pasó. Ahora las cosas son muy diferentes. —La cara de Brun se iluminó con un suave rubor y una fuerte sonrisa. —Creo que no es un mal momento para decíroslo, pero, hemos estado hablando, cuando él ha estado consciente y... ¡Nos vamos a casar!

Moví las manos hacia los lados de mi cara, y pegué un grito de emoción. Sam se levantó rápidamente del suelo y se lanzó a abrazarla. Yo hice lo mismo, con pasos torpes, e hicimos una piña de abrazos.

—¡Madre mía! ¿Cuándo? —Estaba emocionada.

—Cuando él esté recuperado, y vosotros hayáis vuelto y todo esté de vuelta a la normalidad. —Respondió.

—Brun, ¡me haces tan feliz! —Sam apretó su abrazo y besó su mejilla y su pelo.

—Ay, basta, basta, vais a conseguir que llore, y no quiero llorar. —Protestó ella. —Ah, sí, por cierto, ahora que lo sabes, Deborah, te lo puedo decir sin problemas y espero que no te moleste.

—¿Molestarme? ¿Qué es lo que me podría molestar? —Sonreí, ingenua.

—Ozam y yo, viviremos juntos, así que cuando vuelvas, tendrás que mudarte.

Admito que me hubiese gustado tener una fiesta de despedida tan bonita como la que tuvieron mis predecesores. Me hubiera encantado, pero a nadie le pareció que fuese una idea correcta, o respetuosa para todas nuestras bajas, heridos y desaparecidos. En el puerto tampoco había ni de lejos, la misma cantidad de gente que fue a despedir a la anterior misión; el ambiente que se respiraba era extraño. Todos teníamos miedo, incluso los que no podían admitirlo en voz alta.

Temprano, por la mañana, antes de dirigirnos al puerto, habíamos tenido nuestra última reunión del consejo, antes de zarpar, repasando la estrategia para la misión: con los tres bergantines que nos quedaban, navegaríamos juntos en una formación similar a una punta flecha invertida, con el barco en que viajaríamos nosotros, los miembros del consejo, en el medio y los otros dos protegiéndolo a ambos lados. La formación tenía la desventaja de que todas las naves tendrían proa y popa desprotegidas, pero los capitanes aseguraron que reservarían los dos barcos que se podían maniobrar mejor, el Ron y el Grell, en las posiciones de defensa. Tan solo debíamos confiar en su talento y experiencia al timón.

Y yo iba a necesitar una sobredosis de confianza, para llegar a sentirme protegida en alta mar, donde usaríamos banderas blancas para demostrar que íbamos a ir en son de paz. Junto a la inestimable protección que nos proporcionarían las banderas neutras, la otra estrategia de protección que se había decidido, consistía en alejarse lo máximo posible de nuestras trayectorias habituales, para no llamar la atención, o, mejor, ser ignorados por completo.

Al menos, nos aseguramos en el consejo de que aquella vez no nos faltarían las armas, cañones, y explosivos, listos para defendernos ante cualquier ataque.

Si sobrevivíamos al trayecto, que sería más largo de lo habitual, por el gran rodeo que se planeaba, buscaríamos desembarcar cerca de la capital del Reino de Sauda, que se encontraba en el punto más oriental de su costa. Entonces nosotros, los miembros del consejo, formaríamos la Comitiva Real: nos acercaríamos, escoltados por algunos de nuestros mejores guerreros, que Vera seleccionaría de la tripulación, y así protegidos por ellos, llegaríamos a

su costa y atravesaríamos la ciudad, procurando pasar desapercibidos, sin detenernos hasta entrar a su Palacio y conseguir una audiencia, por las buenas, o por las malas.

Sidgrid había elegido el Reino de Sauda porque era el que dominaba la costa, y según el testimonio de Ezio, las naves que nos atacaron les pertenecían. Además, y por suerte, contábamos con información y planos de su capital, que Craig había conseguido en expediciones, años atrás, gracias a sus “contactos”, y que esperábamos nos ayudarían a orientarnos en cuanto llegásemos a su costa. Aunque no se tratase de información actualizada, era lo único que teníamos y desde luego era mucho mejor que no tener nada.

Hablamos también de quién se iba quedar al cuidado del Reino, mientras estuviésemos ausentes. Fue fácil de decidir. Los miembros del consejo que se quedaban en tierra (en cuanto Ezio, el Capitán Sokolov se hubiese recuperado de sus lesiones, volvería a su puesto), gobernarían en conjunto, y se ocuparían de todo, básicamente, de la misma manera en que lo veníamos haciendo hasta aquel momento y tomarían todas las decisiones por votación. En caso de que todo fracasara, en caso de que no pudiésemos volver, y Sidgrid muriese, puesto que no tenía descendencia, decidimos que la gobernación por consejo se mantendría, aunque a nuestro Rey le hubiese gustado instaurar un sistema más democrático.

Pero si todo fallaba, no quedaría mucha esperanza para Miurgel, ni mucho más que gobernar. Dejamos escrito un plan de emergencia que esperábamos que no hiciese falta llevar a cabo, que consistía en reparar el Lambo y fletarlo con todos los que quisieran abandonar las islas y simplemente, buscar otro lugar donde vivir. Obviamente, no podíamos obligar a todo el mundo a hacerlo, ni podíamos asegurar que aquellos que marchasen en el Lambo, llegarían jamás a buen puerto. Pero era la única esperanza que había: si eran capaces de encontrar tierras nuevas, tierras fértiles, estarían salvados, pero era una posibilidad tan remota...

¿Cómo no iba a tener miedo sabiendo eso?; ¿sabiendo que dependíamos de tantas cosas que podían fallar, jugándonos el futuro del Reino en un todo o nada?

Forzando una sonrisa, mantuve el tipo y los nervios a raya, procurando no pensar en todo aquello que podía salir mal, mientras escuchaba a Sidgrid hablar frente a los cuatro gatos que habían venido a despedirnos. La falta de música lo hacía todo aún más depresivo, pero esta vez los bardos no estaban

por la labor. Sam se venía conmigo. Ozam seguiría convaleciente y lo seguiría estando por un largo tiempo. Shun, cuya hija Lavender, nuestra compañera, seguía desaparecida, se negaba a tocar y Séptimo, el chaval, había renunciado tan solo un par de días antes.

El discurso del Rey finalizó, Craig habló por mí, hubo muy pocos aplausos, algún que otro grito de ánimo, pero todo intento de transmitir esperanza se sentía pobre, triste. A continuación, los Ancianos nos cantaron sus bendiciones a capella, y olvidando las condecoraciones, y formalismos de la anterior ocasión, ahora sin gracia ni sentido, llegó el momento de las despedidas. Al fin.

Sam, que había estado en formación con todos los demás marineros, rompió filas y vino junto a mí, me abrazó y me cogió de la mano. Juntos buscamos, a Brun, que fue fácil de localizar entre la gente. Corrí hacia ella, que nos miró con sus preciosos y grandes ojos verdes. La comisura de sus labios no dejaba de temblar, luchando por mantener una sonrisa. Agarró mis manos y me las estrechó y entonces envolvió a Sam en un fuerte y tierno abrazo. Al soltarle, alzó la mano para tocar su cara, le acarició el pelo, en las partes donde se lo había cortado, y le colocó el flequillo, que aún conservaba, detrás de la oreja.

—Mírate, qué mayor, qué bien te queda el pelo así... —le dijo— Has crecido tanto... Todavía recuerdo cómo jugabas conmigo al escondite, en casa, con Lana, cuando hacíamos castillos de arena en Umi y...

—Sí, ya he crecido —respondió con amabilidad, interrumpiéndola antes de que la emoción les traicionara— soy un adulto, llevo tiempo siéndolo. ¿Me crees ahora? —sonrió. Brun se encogió un poco, con tristeza en los ojos.

—Ya lo sé mi niño. Ya lo sé. —Se puso de puntillas para darle un beso en la frente y el tuvo que agacharse un poco para que pudiese llegar. —Deb, la que has montado, ¿eh? —Chasquéé la lengua.

Se acercó a mí y jugueteó con los mechones de pelo que se escapaban del recogido que me había hecho por la mañana, para la ocasión, una trenza retorcida, formando un moño y sujeta por horquillas. Sus palabras habían sonado casi amenazantes. Quise apartarla de mi vista cuanto antes.

—¡A embarcar! —Gritó alguien cerca de nosotros. El mensaje se repitió y propagó, obligándonos a terminar con las despedidas cuanto antes. Los tres nos miramos, en un momento que sentí incómodo. Brun se apuró para dejarme un beso húmedo en la mejilla.

—Bueno, pues... esto es un adiós... ¡No! Es un hasta luego, ¿verdad? —
Se despidió.

—Brun, cuida de Ozam. Y espéranos para tu boda, ¿vale? No quiero perdérmela, hermanita. —Se despidió Sam. Brun gimió en un sollozo, y se abrazaron, una última vez, antes de marcharnos.

—Lo haré, os esperaré. —Gimoteó, ocultando sus lágrimas. Yo también la abracé, brevemente, por última vez.

—Hasta luego, Brun. Sé feliz.

—¡Te quiero, tonta! ¡No te mueras, o te mato! —bromeó, antes de dejarme ir.

Nos observó alejarnos con la mirada fija, y cuando volvieron a gritarnos para embarcar, levantó el brazo con un gesto impaciente, y se alejó de nosotros. Sam me agarró de la cintura, para guiarme junto con él. Eché una última mirada hacia atrás, y vi que Brun seguía ahí, mirándonos desde un poco más lejos. Agitó su mano derecha mientras enjugaba sus lágrimas con la izquierda. Si el brazo de Sam no me hubiera estado rodeando el cuerpo, si la sensación de su tacto no hubiera sido tan cálida y firme, tal vez hubiese vuelto atrás para darle un último abrazo. Pero ya era tarde, y debía enfrentarme a mi miedo.

Fuimos hasta el punto de reunión que habíamos acordado en el consejo aquella mañana, a los pies del Bianchi. Craig nos esperaba ahí a los dos, impaciente. Junto con él, mis compañeros habían hecho un corrillo alrededor de Sidgrid. Los ancianos que nos habían cantado sus bendiciones, se habían puesto a despojarle de su capa e insignias, cumpliendo otra de esas ceremonias supersticiosas que yo desconocía, y nos la habíamos estado perdiendo, por despedirnos de Brunilda (aunque en verdad, eso me importaba un pimiento).

Nos hicieron un hueco rápidamente y pude ver bien lo que ocurría. Sidgrid tenía la cara desencajada por un fastidio que no era capaz de disimular. En aquel momento, le habían quitado un colgante en el que nunca antes me había fijado. Borri permanecía de pie a su lado, sujetando en sus brazos el montón de elementos de los que ya le habían despojado. Fijándome, vi que entre ellos estaban sus anillos, la capa, que solo se ponía para los actos públicos, su delgada corona y el broche que sujetaba la capa. No podía faltar mucho más.

En efecto, cuando le quitaron el colgante, los ancianos se alejaron un par

de pasos de él, y el estiró los brazos hacia los lados, y nos hizo una reverencia a todos. Mis compañeros aplaudieron, yo hice lo mismo. Quise apartarme, pero nadie más se movió. Miré a Sam, buscando alguna explicación, pero parecía entusiasmado con lo que estaba viendo, y preferí callarme, y hacer lo mismo.

Los ancianos se habían juntado en un pequeño grupito; veía que movían mucho los brazos entre ellos. Pronto, volvieron a dirigirse a nosotros. Habían doblado la capa de una forma especial, conteniendo todas las joyas que le habían quitado a Sidgrid en su interior. Además, habían sacado un conjunto de ramitas, que prendieron, llenando el aire con un dulce perfume. Haciendo una especie de danza sencilla, pasaron las varillas aromáticas muy cerca, alrededor el cuerpo de Sidgrid, impregnándolo con su olor. Mis compañeros aplaudieron de nuevo. Después de eso, los Ancianos también nos pasaron las ramitas alrededor de nosotros, Elsa, Craig, Sam y yo, que también íbamos a embarcar. Era nuestra bendición especial.

El Capitán inhaló aquellos humos con un cierto gesto de placer, cuando llegó su turno. Distráida por sus gestos de deleite, me pregunté si se llevaría su pipa también a alta mar. Un último aplauso me sacó de mis tontos pensamientos, cuando el ritual terminó. Los Ancianos que no eran del consejo se retiraron, y nosotros nos empezamos a fundir en abrazos y despedidas.

—Sirenita, Sam... —Dijo Craig tras darnos un abrazo en conjunto— Ha llegado la hora de separarnos. Ahí os dejo, a los dos solitos, sed buenos, ¿eh? —Y me guiñó un ojo.

—¿Separarnos? —protesté, desconcertada. —¿No embarcas en el Bianchi con nosotros?

—¡Qué va! —rio él— No, no voy con vosotros, pensé que lo sabías, ¿no has estado prestando atención en todo este tiempo? —Él parecía más extrañado que yo, por mi pregunta.

—¿Por qué? —Insistí, sintiéndome traicionada.

—Deb, Craig va a llevar el Grell, que es su barco. —Me explicó Sam, como si fuera lo más lógico del mundo.

—Así es, grumet...eh... Sam. Cómo has crecido, joder. Mírate, todo un hombre. —Le puso la mano sobre el hombro y le tocó la nuca. —Recuerda que ahora tienes que ser un hombre en todo. —Parpadeó con lentitud, y me pareció ver a Sam sonrojarse. —Cuida de esta señorita, ¿eh?

—Si, por supuesto, Capitán. —Respondió con toda corrección.

—Bueno, no, espera, una cosa. —Craig le puso una mano sobre el pecho y se giró buscando entre el resto de gente. —Eh, ¡Elsa! ¡Elsa! —Alzó su otra mano, para llamarla.

—Qué, qué pasa. —Vino ella, inusualmente contenta.

—Mira Elsa, ¿ves a este chico?

—Ah, sí, hola Sam, —Sam saludó con la cabeza, y la Capitana le ignoró. —¿qué haces aquí? ¿No tendrías que haber embarcado con el resto de marineros? ¿Qué pasa con él?

—Pues ocurre que le he encomendado una misión. Le nombro el escolta personal de Deborah, así que, a partir de ahora, le eximo de sus tareas como marinero, para que se dedique a esa tarea a tiempo completo.

—¿Qué? —Preguntó Sam, abriendo los ojos y echándose hacia atrás.

—¿Qué? —Gritó Elsa, y su voz sonó irritante— A ver, Craig, si va a ir en mi barco, tendrá que hacer lo que yo diga, ¿cómo te atreves a decidir sobre mis marineros? ¿Acaso me meto yo a gobernar en tus naves?

—Por favor, capitanes, yo... —Sam alzó la voz con educación— por mi no discutáis... —Se mordió el labio, y buscó apoyo, agarrándose la mano.

—Tú cállate. —Le cortó ella— Esto no se queda así, Craig, joder, me cago en todo, ¡Sidgrid! ¡SIDGRID! —Chilló. El Rey se acercó enseguida, serio. Me llevé la mano libre a la cara, abochornada.

—¿Qué está pasando? —Preguntó, con voz apagada.

—No mucho, Sid. —Craig alzó la cabeza, seductor, y se mostró confiado. —Le he transmitido una orden a la Capitana Engström y no quiere llevarla a cabo.

—¡Nada de eso! ¡Quiere meterse donde no le llaman y mandar sobre mi tripulación!

—Bueno, a ver, exactamente ¿qué orden es esa? —Puso los brazos en jarras, parpadeando, con visible cansancio.

—Quiere relegar a este marinero de sus tareas, —señaló a Sam con el dedo, con tal violencia que podría haberle sacado un ojo, de estar más cerca — para que se dedique a cuidar de Cortez.

—Sólo me quiero asegurar de que está protegida en cualquier situación. Vosotros tenéis también vuestros propios guardianes, y Deborah, que es la pieza más importante de esta misión, no tiene a nadie. —Argumentó mi amigo, cruzándose de brazos.

—Bueno, tanto como la más importante... —intenté quitarle peso al asunto.

Sidgrid suspiró y puso una mueca que le hinchaba los carrillos, mientras pensaba. Miró a Sam de arriba a abajo, quien intentaba mantener el tipo. Luego me miró a mí. Levantó las cejas, y frunció el ceño.

—Mira, Elsa, sí, deja que sea su acompañante. —Craig sonrió con satisfacción, y nosotros dos suspiramos aliviados, en mi caso, porque se terminase aquella situación tan incómoda. —Al Fin y al cabo, dudo que este bardo sirva para mucho más, con el tiempo que ha tenido para prepararse. — Se alejó de nosotros, de vuelta a hablar con el resto de nuestros compañeros del consejo, que se quedaban en tierra. Supuse que estaría dándoles las últimas instrucciones, pues el Anciano Josu se había estado afanando por apuntar todo lo que decía, en un cuaderno.

“Ole”. Pensé. No podía fallar, no podía quedarse sin poner la guinda en el pastel.

Al menos, su comentario había ayudado a que Elsa se tomase mejor lo que le había propuesto su colega.

—Viéndolo así... bah, qué más me da. No hubieras servido de mucho, chaval. —Se dirigió a Sam, golpeándole en el hombro y sacudió la cabeza, de forma despectiva. Nos dio la espalda y dio una palmada, para quedarse observando a la gente que aún seguía embarcando. —Craig, —le dijo— deberías irte ya al Grell, tendréis que partir los primeros.

—Por una vez te doy la razón, si no nos damos prisa, se nos echará la noche encima, y tenemos buen viento, hay que aprovecharlo. —Elsa se estiró, y con un movimiento de cadera, recargó su peso en la pierna derecha, con mucha dignidad.

—Por supuesto. —Y miró al horizonte. Craig la sorprendió con un abrazo amistoso derribándola de su postura estirada, y le pellizcó la mejilla.

—Mucha suerte, Elsa. Que el viento corra a tu favor. Si me necesitas, me tendrás a babor. —Ella le quiso apartar con brusquedad, pero le entró la risa.

—No creo que te necesite. Venga, marcha.

—Antes, me quiero despedir de estos dos, y de Sid. Venid aquí.

Nos acercamos a él. Sam me soltó al fin, para darle un fuerte abrazo. Craig le susurró algo al oído, él asintió, y le dio otro abrazo apretado. Cuando llegó mi turno, supongo que por la costumbre de todas las veces en las que nos habíamos acostado, puso una mano en mi espalda, y la otra en la cintura

y me pegó a su pelvis. Nuestras cabezas se juntaron demasiado, y el frenó justo a tiempo de cometer el error de besarme. Se mordió el labio, y se esforzó por disimular el bulto que sentí en sus pantalones, al tenerle contra mí. Apoyó su barbilla en mi hombro.

—Sirena —susurró. —Mucha suerte. Deja que las estrellas te guíen, y cuida de Sam por mí, ¿de acuerdo? Se buena. Vive tu vida, no te preocupes por este viejo marino, recuerda lo que te dije, preciosa. Todos contamos contigo, pero, aunque las cosas se tuerzan, no olvides ser feliz por mí, ¿vale?

—Craig, ni que te estuvieses despidiendo para siempre. —dije. Él se encogió de hombros, y me besó en la frente. Los dos nos miramos, sabiendo que nos hubiese gustado darnos aquel beso en los labios.

—Se valiente. Te protegeré todo lo que pueda, desde el Grell. Te echaré mucho de menos. —Y acercó sus labios a mis oídos, seguro de que tan sólo yo podría escucharle— Te quiero con locura, sirena.

Dicho esto, se separó de mí, dejándome secretamente fría y desamparada. No quería que se alejara de mí, no quería admitir que sin él cerca me sentía desprotegida, perdida. Deseé haberle respondido con algo tan valioso como lo que él acababa de decirme. Deseé tener un corazón lo suficientemente grande como para amarle a él también, pero no hice nada.

Libre de mí y habiéndose despedido de los demás con aparente normalidad, nos contempló a todos un largo rato, antes de darse media vuelta y marchar. Levantó un brazo, para despedirse, sin mirar atrás.

—Ya era hora, joder. Menudo imbécil. —Comentó Elsa en cuanto estuvo lo suficientemente lejos como para que él no nos pudiese escuchar. — Vosotros dos, tenéis suerte de ser sus preferidos. La que os esperaría si no. — Puso los ojos en blanco. —¿Qué hacéis todavía aquí? ¡Venga! ¡A embarcar! —palmeó sus manos, haciendo un ruido muy molesto e irritante.

Asqueada, no respondí y me alejé cuanto pude, directa a las escaleras para embarcar, con Sam como escolta. No llevaba equipaje, y tampoco lo llevaba él. Tenía la ventaja de que, al ser yo miembro del consejo, y él mi «protegido» pude dejar por la mañana las pertenencias de ambos a los sirvientes de palacio, quienes se habían encargado de cargarlas en el barco, junto con los equipajes del Rey, de Elsa y de Craig. Todavía quedaban bastantes tripulantes por embarcar, y decidí hacer tiempo, hasta que quedaran pocos, antes de subir.

Entonces, caí en la cuenta. Si Craig embarcaba por separado en el Grell,

eso significaba que en el Bianchi tendría que ir acompañada de mis dos personas favoritas en todo Miurgel: Elsa y Sidgrid. Según habíamos calculado, haciendo el rodeo que teníamos en nuestros planos, tardaríamos alrededor de dos semanas y media en llegar a la capital de Reino de Sauda. Dos semanas y media, con días de treinta horas, al lado de aquellas dos joyas. Si Craig no hubiera intercedido para que Sam quedase libre para “protegerme”, no sabía cómo podría ser capaz de aguantarlo. Ojalá pudiera habérselo agradecido en ese momento.

Sam tomó mi mano y me guio hasta el interior del Bianchi. En cuanto mis pies pisaron la cubierta por primera vez, me llené de entusiasmo y curiosidad. Olía a mar y a madera, y un poco, al barniz de las reparaciones. De un primer vistazo, y a pesar de lo que todos habían dicho siempre en el consejo, el barco parecía robusto y seguro, aunque, eso sí, el suelo rechinaba con los pasos de todos. El eco de aquel sonido, se escuchaba por doquier, todos estaban empezando a mover los aparejos. Miré boquiabierto a la cantidad de cuerdas, poleas, velas, palos sobre nuestras cabezas. ¿Íbamos a ponernos en marcha sólo con eso? Era fascinante.

—Deb, no podemos quedarnos aquí, creo que estorbamos. —Me dijo Sam con suavidad, y pasó de agarrar mi mano a sujetarme el brazo entre caricias. Él parecía preocupado, con su mirada fija en algún punto en el suelo. Me había dicho que debíamos apartarnos del sitio, pero él mismo no parecía querer moverse.

—¿Te pasa algo? —Pregunté.

Como respuesta, me encontré de nuevo con su mirada, pero aquella vez sus ojos estaban llenos de fuego, de decisión. Demasiado rápido como para que yo pudiese reaccionar, me sujetó la cabeza con ambas manos, y con algo de torpeza, sentí el impacto de sus labios contra los míos. Para facilitarle la tarea, cerré los ojos, abrí mi boca, y la encajé con la suya. Su lengua hizo lo que pudo para repetir lo que yo había hecho al besarle en Palacio. Su boca sabía bien, sabía a inocencia.

Se relajó, sus manos abandonaron mi cuello para acariciar mi espalda. Las mías le sujetaron los brazos, no quería que se separase de mí. A nuestro alrededor, incluso los pasos de los marineros, organizándolo todo en cubierta se habían detenido. Al separarse de mí, su mirada estaba un poco perdida, su

cara llena de rubor, y su sonrisa era arrebatadora. Escuchamos aplausos, vítores.

—Te debía una respuesta. —Susurró. —Estoy enamorado de ti, hada mía.

Oírle me hizo tan feliz, que no supe qué responder y olvidé de golpe mi despedida de Craig, la importancia del viaje en el que nos estábamos embarcando y la presencia de Sidgrid y Elsa en las inmediaciones.

Apoyé mi cabeza en su pecho, y eché un vistazo alrededor, por el rabillo del ojo. Cerca de nosotros, el grupo de grumetes del barco cuchicheaba entre ellos. Otros compañeros de tripulación nos seguían aplaudiendo, socarrones. Me sonrojé y me encogí, un poco avergonzada. Él me rodeó la cintura con su brazo y puso su otra mano detrás de mi cabeza, para besarme por segunda vez. Los gritos de ánimos se intensificaron, oí risitas de los pequeños, y luego los escuché correr por cubierta.

—¡Vamos a ver! ¡pero qué cojones está pasando! —Nos sobresaltó la Capitana, con voz desagradable. —Me cago en todo, ¿para esto te ha relegado Lacy de tu trabajo? ¡Joder! ¡Este es un barco, no un picadero! — Sam la miró, entornando los ojos, y luego, torció la boca en una sonrisa y levantó los hombros.

—La estoy protegiendo. —Respondió, descarado. Abrí la boca, y los ojos, y le miré perpleja. Por su silencio, entendí que Elsa estaba tan sorprendida como yo.

—Ah, pero... —balbuceó. —Bueno, ¡Me da igual! ¡Vamos! a mi camarote, tenemos que hablar de unas cuantas cosas. —Me giré para responder, y me di cuenta de que Sidgrid estaba con ella. Nos miraba a los dos con seriedad, tal vez, con cierto disgusto.

—Majestad... —Saludé, cortada. Él alzó la cabeza, como respuesta a los dos.

—Al camarote. —Dijo y se nos adelantó.

Les seguimos por el corto recorrido, que, desde donde estaban las escaleras por las que habíamos embarcado, apenas superaría los diez metros. Por fuera, el camarote de la Capitana tenía toda la misma apariencia que había visto en los libros, y en las películas que recordaba vagamente. Construido directamente en cubierta, estaba flanqueado por escaleras que daban acceso a una segunda cubierta (que además era su techo), desde donde nos observaba el timón, emitiendo destellos dorados por el sol, abandonado e

inmóvil, a la espera de ser utilizado. La puerta estaba abierta, y entramos sin más. Detrás de nosotros, Sidgrid la cerró y ésta hizo un desagradable crujido.

—Joder, han olvidado darle aceite. —Protestó la Capitana, y ese fue su saludo.

Elsa se había sentado en una butaca orejera, detrás de su escritorio, que era lo primero que se veía al entrar, a mano izquierda, iluminado por la luz que se colaba por unas ventanas, pequeñas y cuadradas. Delante del escritorio, nos esperaban dos sillas de aspecto antiguo y elegante. Sidgrid ocupó una, y yo ocupé la otra, que crujió con mi peso; Sam se tuvo que quedar de pie, pero no pareció importarle. Eché un vistazo rápido, mientras ella se decidía a hablar. Detrás de mi había un perchero de pie, un gran baúl que también usaba de asiento, y una mesa pequeña, frente a este, decorada con un jarrón pequeño con flores secas y un candelabro, ahora apagado.

Al fondo de la estancia, vi un par de camas separadas, algo prietas, dentro del reducido espacio que le quedaba al camarote. Unas cortinas, ahora recogidas, prendían de rieles en el techo, para darles privacidad cuando hiciese falta. También vi una pequeña palangana anclada a la pared, para asearse. En las paredes había, además, un par de cuadros, como los que Craig tenía en su casa, estantes con libros, protegidos con redes, más ventanas pequeñas, y hasta pude ver una alacena cerrada con puertas de cristal esmerilado, donde creí distinguir una vajilla.

—A ver, Cortez, quiero dejarte claras unas cuantas cosas, para que esta travesía sea lo menos molesta para nosotros y para ti. —Empezó a explicar, recuperando mi atención. —Ya sabes, cosas de seguridad y eso.

—Ajá. —Contesté y apoyé mis manos entrelazadas sobre la mesa.

—Primero, dónde vas a alojarte. Si te das cuenta, aquí en mi camarote no tienes hueco. Tuvimos que meter otra cama para que aquí tu Rey pudiera tener un sitio digno donde dormir, ahí atrás. —Señaló, estirando su brazo— Pero tú no eres ni la Reina ni nada, así que tendrás que quedarte fuera. Te habíamos designado una habitación y todo, y a tu amiguito una litera, en otro sitio más acorde a su puesto, pero gracias a Craig, tendremos que cambiarlo todo.

—Lo siento mucho. —Interrumpió Sam.

—Ya, claro. —Respondió Elsa y le lanzó una mirada sin interés. — Entonces, en cuanto terminemos esta reunión, tendré que acompañaros al nuevo sitio que he pensado para vosotros. —Tamborileó sus dedos sobre el

escritorio— Es justo debajo nuestra, no tendrás pérdida. En el primer nivel. —Insistió en explicar— Compartiréis la habitación con miembros de la tripulación, y es lo que hay, tendréis que apechugar con ello.

—No hay problema. —Respondí.

—Lo siguiente, las normas. —Continuó, tomando aire. Sidgrid levantó la ceja, pareciendo algo escéptico. —A pesar de que no tengáis ninguna función en mi barco y ahora seáis, no sé, mis invitados, ¿pasajeros? —Buscó la aprobación en Sidgrid— Bueno, eso, tendréis que acatar mis órdenes, sobre todo en situaciones de emergencia, por seguridad. Sé que no os hace gracia, pero confiad en mí, vuestro bienestar me importa.

El Rey suspiró y se echó hacia atrás en su silla, cruzándose de brazos.

—Luego, podéis estar por todo el barco como os plazca, pero por favor, no interrumpáis a los marineros mientras estén trabajando, ni siquiera para hablar. No quiero accidentes porque hayáis distraído a mi tripulación, —miró a Sam— Y sé que a vosotros os encantan las distracciones. —Él apretó los labios. —Si queréis tocar algún instrumento, lo hacéis en vuestro camarote o donde no haya nadie a quien podáis distraer. Aunque bueno, en alguna ocasión tal vez os de permiso, o incluso os lo pida. ¿De acuerdo?

Ambos asentimos, y yo, particularmente, me sentí bastante indiferente. Si lo único que debía hacer era viajar tranquila, sin molestar ni ser molestada, me parecía perfecto, además, sabía que mi bardo no se separaría de mí. Podría decirse que estaba satisfecha.

—¿Es eso todo? —Pregunté

—No, no lo es. —Contestó Sidgrid. —Hay algo más que me interesa mucho, para el bien de todos. —Tuve que esforzarme para disimular mi incomodidad. Vi como sus ojos se fijaron en algún punto de mi cara, y después volvían a enfrentarse a los míos, perezosamente.

—Díganos, por favor, Majestad. —Solicitó Sam.

—Quiero que sigamos entrenando, todos los días. —Hizo una pausa, y miró al suelo, antes de continuar. —Bueno, creo que no habéis tenido tiempo suficiente en dos semanas para estar preparados, para lo que pueda pasar. Así que... —se rascó la barbilla, y alzó la cabeza para mirarnos a Sam y a mí. — Ya que no tendréis ningún oficio, en este barco, he decidido que eso es lo que haréis. Hablaré con mi guardia a bordo, para que os ayude a entrenar, yo también me uniré a vosotros alguna vez. En cuanto os hayáis instalado, os buscaré de nuevo y os diré cómo lo vamos a hacer. ¿Bien?

Sin esperar a que dijésemos nada, se golpeó la rodilla y se levantó de su asiento.

—Capitana Engström, no podemos perder más tiempo. —Ella agitó la cabeza y se puso en pie de un salto, dando palmadas para que nosotros dos también nos moviésemos.

—¡Salid, salid! ¡Vamos, joder, qué lentos sois!

—Vamos, os ayudaré con vuestras pertenencias. —Dijo Sidgrid, abriéndonos la puerta, con un horrible chirrido. —Pediré que traigan aceite. —Murmuró. —Ah, Sam, —le dijo, cuando pasó por su lado— Relájate, puedes llamarme por mi nombre. —Él palideció, pero respondió con una sonrisa.

—Será un honor.

Antes de bajar a nuestros “aposentos”, tuvimos que ir hasta el otro extremo de la cubierta, donde, había otro pequeño camarín, que, por su apariencia, seguramente usaban de almacén cuando no estaba, como entonces, ocupado por un pequeño catre y un baúl, “mi baúl”.

—Esas son tus cosas, Cortez, tenemos que llevarlas abajo. —Dijo Elsa, que se quedó vigilando desde la puerta, y dejó que Sidgrid agarrase el baúl. Le costaba cargarlo, y me apresuré a ayudarle, cogiéndolo por el otro extremo. Encontré que tenía asas para transportarlo con facilidad, pero incluso así era demasiado pesado.

—¿Qué hay aquí dentro? No recuerdo traer tanto equipaje... —comenté.

—Son tus cosas, y también tus armas, y provisiones. —Explicó Sidgrid, bajando la voz.

—¿Provisiones? —Susurró Sam, acercándose y colocando una mano en mi cintura, como si así pudiese ayudarme a cargar con el peso. Sidgrid pareció irritarse.

—Detallitos para los del consejo. —Rio Elsa, y Sidgrid frunció aún más el ceño. —Nada, hay que asegurar el bienestar de los miembros. Un detalle, nada más. —Se encogió de hombros. —¡VAMOS! —Palmeó y alzó la voz, repentinamente. Nuestro rey resopló. —La de tiempo que estáis perdiendo, joder, no sé qué hago hablando con vosotros. —Añadió la capitana, destrozando el pequeño momento de amabilidad que nos había brindado— ¡Vamos, en marcha!

—¿Y qué hay de mis cosas? —Preguntó Sam, en voz baja.

—Mira que sois pesados... Tus cosas ya están abajo, ¿Vale? Tú te

quedarás cerca del lugar que te habíamos asignado en un principio, pero que sepas que por vuestra culpa alguien ha tenido que desplazarse. Sólo causáis retrasos.

Permanecimos en silencio.

Con la mayor rapidez posible, sólo por evitar la incomodidad de sus palabras, nos dirigimos a la escotilla que ella nos abrió y con cuidado, bajamos mi equipaje por las empinadas escaleras. Abajo nos encontramos con la antigua habitante del espacio que ahora me pertenecía. Era fácil de distinguir, una jovencita que se apañaba como podía, junto con otro compañero, para cargar con su propio baúl y un macuto. Cuando nos vieron, lo dejaron todo en el suelo y saludaron a Sidgrid con una reverencia. Él respondió con una inclinación de cabeza, y proseguimos nuestra labor. Salvo nosotros, organizando nuestros equipajes, el resto de tripulantes estaban en cubierta trabajando para zarpar cuanto antes. Era imposible ignorarlo, sus pasos se oían sobre nuestras cabezas, y la nave entera se estremecía por la actividad.

—Oíd, Deb, chico, me necesitan ahí arriba. —Nos dijo Sidgrid, con una confianza que me sorprendió. —Si no os importa, os ayudo a dejar el baúl ahí y me marchó, no quiero que el resto de la tripulación piense que su Rey se está escaqueando del trabajo.

—Ah, sí, lo comprendo, está bien —contestó Sam que me miró de reojo en cuanto cerró la boca.

—No creo que tengáis problemas, además así tendréis algo de tiempo para explorar el barco. Tú nunca estuviste en ninguno antes, ¿verdad Deb? —Asentí, aún incómoda con su repentina cercanía. Ansiaba el momento de que se marchase, dejándome a solas con mi chico.

—Bien, bien, perfecto, entonces. —Con un último esfuerzo, cruzamos un arco que estaba decorado con una cortina de cuentas y dejamos mi baúl en el suelo. Sidgrid se estiró colocando las manos en la espalda, nos miró serio, aunque me pareció ver una mínima sonrisa asomando en sus carrillos. —En fin, —añadió— cuando el barco esté a flote y no me necesiten ahí arriba, volveré para lo que comentamos antes.

—¡Muy bien! —dije, tan contenta. Con las mismas, estiré mi espalda, llena de ilusión y me quedé parada, sin saber qué hacer. Sam, a mi lado giró sobre sus talones inspeccionando alrededor.

—Hora de marchar, pues. —Resolvió Sidgrid, y me dio una palmadita en

el hombro, y otra a Sam, que, enfrascado mirando alrededor, apenas se dio cuenta, y se marchó a través de la cortina. A través de ella, le pude ver subiendo las escaleras a cubierta.

Hice lo mismo que Sam y eché un vistazo alrededor. La sala donde nos había colocado era relativamente amplia, con varias hamacas de gruesa lona. Sam me había hablado días antes de aquellas habitaciones, las dependencias de la tripulación. Como parte de su formación de recluta, él había tenido la oportunidad de inspeccionar los barcos antes que yo y conocer su interior.

Entre las embarcaciones de Miurgel no se hacía distinción entre mujeres y hombres, ni en su forma de trabajar ni en su alojamiento (aunque sí en las letrinas), porque no valía la pena perder tiempo y espacio en formalidades como aquella, y los castigos a quien intentase propasarse eran demasiado severos, como para que nadie lo intentase. Para optimizar el espacio al máximo, las hamacas, de las cuales conté unas veinticinco, se hallaban intercaladas a dos alturas diferentes, y los baúles con nuestras cosas se aseguraban al suelo con soportes de hierro. Los nuestros aún necesitaban ser ajustados, pero Sam se ocupó de ello rápidamente. En la pared, al fondo de aquella estancia, había estantes asegurados con redes y más baúles llenos de armas para todos.

Una vez Sam los dejó anclados, abrimos nuestros baúles, curiosos por ver en qué consistían los obsequios que habían introducido en ellos. Me senté en el suelo y abrí el mío. Había cecina de carne, lo cual era un lujo, pasas y otros frutos secos en pequeños sacos de hilo, y queso del bueno. En el baúl de Sam, a parte de su ropa había un ukelele, que yo no sabía muy bien si él había traído por pura iniciativa, tinta, plumas y un cuaderno, similar a los dos que Craig me había regalado anteriormente, pero nada de aperitivos especiales, como los que me habían obsequiado a mí. A él le daba igual. Con la cara brillante de ilusión, sacó el ukelele y enseguida lo inspeccionó: acarició la suave madera y rasgó sus cuerdas, antes de comenzar a afinarlas. Era como si su música fuese lo único que necesitase para ser feliz.

Me quedé sentada en el suelo, mirándole ahí, de pie a mi lado y al cabo de un momento, debí de suspirar o hacer algún ruido, sin darme cuenta, porque Sam se sorprendió y me miró con los ojos muy abiertos y brillantes. Carraspeó y colocó el instrumento en su baúl, con primoroso cuidado.

—Menuda aventura nos espera, ¿eh? —Sonrió, escrutando de nuevo en sus pertenencias y sacando el cuaderno, que todavía estaba por estrenar, el

tintero y una pluma.

—Sí. —Respondí, sintiéndome idiota por no saber qué más decir, pero, sí.

—Rumbo a tierras enemigas —Siguió, sin saberlo, el hilo de mis pensamientos, mientras se sentaba en su hamaca. Dejó con cuidado el tintero sobre el baúl, debajo suyo y con habilidad, mojó la pluma y abrió el cuaderno sobre sus piernas. —¡A recuperar nuestra libertad! Y todo gracias a ti, mi hada. No puedo estar más orgulloso. —Sustituyó sus palabras por el rasgurar de la pluma en el papel.

—¿Y vas a escribir sobre ello? —Pregunté, aunque resultase obvio.

—Claro que sí, ¿quién lo va a hacer si no? No me fío de la Capitana, por mucho que tenga que escribir una bitácora, no creo que sea capaz de narrar esta aventura como debe ser. —Dijo con orgullo y emitió una risita. —Además, cuando nuestros hijos y nuestros nietos lo lean, sabrán lo maravillosos que fueron sus padres. —La mirada que me encontré cuando sus ojos se apartaron del papel, me quemó igual que si me hubiese alcanzado un rayo.

—¿Hijos? —reí, tontorrón y me arrastré para acercarme a él, aunque, sentada en el suelo quedaba bastante baja y él tenía que agacharse para hablar conmigo. —¿No vas algo rápido? —Él se estiró un poco para besarme el pelo.

—No, no voy rápido. Te he querido desde que te vi por primera vez y creo que tú también. Me he tomado mi tiempo para dar este paso, no, no creo que vaya rápido. —Me dejó sin palabras. Le dejé un suave beso en la rodilla, porque era la parte de su cuerpo que más cercana tenía a mi cara. —Te quiero tanto... —Susurró, dejando la pluma cuidadosamente en el margen interno del cuaderno. —Sé que esto es más fuerte de lo que jamás imaginé, más de lo que jamás quise a... Sef... a nadie, nunca. Quiero que nunca te falte de nada. Quiero que me enseñes a amar, quiero que seas la primera y la última a quien me entregue, quiero llegar al final, ser el padre de tus hijos. No solo lo quiero, lo deseo y quiero que sea ahora.

—¿Ahora? —tomé aire, él se inclinó, alcanzó mis hombros y me atrajo para besarme. Mientras lo hacía, sentí mi temperatura bullir en tan solo unos instantes, y con innecesario decoro, en cuanto tuve un momento, me aparté de él.

—¿No quieres? —Preguntó él, desconcertado.

—Claro que sí que quiero, pero no ahora. —Señalé alrededor— ¡Sidgrid puede venir en cualquier momento!

—Tienes razón. —Contestó, alegremente— Perdona, casi me dejo llevar. —Nos sonreímos. —¿Pero sí que quieres estar conmigo, ¿verdad?

—Sí, Sam, quiero estar contigo, quiero ser tu mujer, quiero que tengamos hijos, lo quiero todo, hasta el final. —Nos besamos.

—Un momento, ¿has dicho que quieres ser mi mujer? —Preguntó, sobresaltado.

—Sí. —Respondí, sin dudar.

—¿Y si nos casamos?

—Vale.

VENTICINCO

En las películas que recordaba, la gente que navegaba en un barco iba siempre limpia, con impecables camisas blancas, almidonadas, o modelitos diferentes cada día, afeitados, felices y resueltos. El interior de los barcos siempre aparecía enorme, iluminado, con suelos en los que se podía comer, prístinamente ordenado, y si se trataba de piratas, lo único que cambiaba era que tenían un poquitito de hollín y brillo en la cara, y un vestuario lleno de color.

Esa era la idea que tenía yo. Qué equivocada estaba. Todas las ilusiones que tenía de un idílico y romántico viaje, se esfumaron en cuanto, al acabar el primer entrenamiento, me di cuenta de que no tenía forma de darme una ducha completa. Lo que llamábamos “baño” consistía en un par de agujeros en el suelo que daban al mar, en popa, escondidos tras el almacén que hubiera sido mi habitación (y donde ahora vivía la joven marinera que se tuvo que desplazar por mi culpa). La única privacidad la otorgaba el abrigo del casco, y una mampara que dividía entre las letrinas de hombres y mujeres. A nosotras, nos tocaban las que estaban a la derecha del almacén.

Ahí frente a los agujeros en el suelo, había un contenedor de hierro con tapa, lleno de agua, para lavarnos. Lo llamábamos “el abrevadero” porque era a lo que más se parecía, e intentábamos mantener el agua limpia, pero era imposible. Era un único contenedor para todas las mujeres que había a bordo y prácticamente a la mitad de nosotras nos bajó la regla al mismo tiempo. Nos lavábamos utilizando un poco de jabón, que muchas habían traído de sus casas, y a mí me habían incluido, junto con la comida en mi baúl, y un paño, para frotar. Pero por mucho cuidado que pusiéramos, a nada que utilizásemos el jabón, el agua quedaba manchada de sus partículas, y de roña o restos de lo que hubiese que lavar, y estos restos impregnaban el paño cada vez que lo usabas. Que muchas intentasen lavar su ropa en el abrevadero tampoco mejoraba el asunto y al final, no sabías si te estabas limpiando o restregando la suciedad de todas las demás.

Sólo podían cambiar el agua cuando habían filtrado el suficiente agua de

mar para rellenar el abrevadero. A veces había suerte y podían hacerlo cada dos días, pero igualmente, al final del día el agua volvía a estar prácticamente inutilizable. Lo que muchas habíamos decidido, yo incluida, era básicamente, no lavarnos más de lo necesario, sólo las axilas y la entrepierna y por supuesto, del pelo, ni hablar, lo solíamos mantener trenzado, y de lavarse la boca, debíamos olvidarnos, a no ser que consiguiésemos llenar un vaso de agua limpia cuando la cambiaban.

Cuando la situación y la peste fue insoportable, la Capitana nos permitió a todas las mujeres utilizar su baño privado. Estaba dentro de un pequeño cubículo, escondido al lado de su camarote, tras las escaleras que subían al timón. Una vez entré, entendí por qué el camarote de la capitana era tan estrecho por dentro. En el interior del cubículo, había un asiento, un barreño, una rejilla en el suelo y un barril que parecía hecho de barro, lleno de agua, con una pequeña apertura sellada y un grifo. Más adelante descubrí otro barril igual en el segundo nivel bajo cubierta, pero que solo se usaba en emergencias.

En el baño privado, lavábamos las esponjas marinas que utilizábamos estrictamente para el periodo. Llenábamos el barreño de agua hasta la marca que Elsa había hecho en él, para no desperdiciarla, entonces nos sentábamos en el asiento, nos desvestíamos, nos sacábamos la esponjita de nuestro interior, utilizábamos el agua del barreño para enjuagarla y limpiarnos y echábamos el agua por la rejilla al terminar de usarla. Lo único malo era que la capitana no nos dejaba usar el cubículo más de un par de veces al día, así que a veces no era suficiente y había que aguantarse cuando se sangraba demasiado, y acudir al abrevadero a limpiar lo que se pudiese, a pesar de todo.

Eso, sólo desde donde me tocaba, porque en el barco también había hombres, y ellos también tenían su montón de problemas, parecido a nosotras, sin poderse asear, ni lavar la ropa, aguantando la roña, el sudor rancio, los pelos grasientos y las ropas sucias. En un principio pensé que sería incapaz de aguantar, incapaz de dormir o respirar en ese ambiente, que cada día estaba más cargado, pero un día, simplemente, dejé de notarlo. Me había acostumbrado a la peste, y a la vergüenza de no estar tan limpia como quisiese, me resigné a saber que todos estábamos pasando por lo mismo, entonces todo me pareció mucho mejor.

Sam lo llevaba lo mejor que podía, pero le costó dejar de avergonzarse

cuando yo estaba cerca. Su barba, que antes de embarcar, yo creía era inexistente, se hizo visible en cuanto pasaron un par de días, modificando su rostro de niño, otorgándole al fin unos rasgos acordes a su edad y un aire interesante y familiar, aunque yo no era capaz de recordar dónde podía haberlo visto antes; tal vez me recordaba a algún actor. Pero, en definitiva, estaba arrebatador, como una versión mejorada de sí mismo y yo no podía esperar a quedarme a solas con él para besarle, abrazarle decirle que todo estaba bien y experimentar de qué formas podía encender la chispa de su pasión, que aún no habíamos compartido por, supuse, la falta de higiene, mi regla y las agujetas tras nuestros entrenamientos.

Los entrenamientos... aunque no me gustasen, para mí se habían convertido en la mejor manera de sobrellevar las incomodidades del viaje. Yo no era como mi chico, no escribía, y no me apetecía tocar el Ukelele, por mucho que Sam dijese que me ayudaría a no olvidar lo que había aprendido con la guitarra.

Nos entrenábamos en la cubierta, frente al pequeño almacén, y las letrinas. El espacio no era demasiado grande, ni el más ideal, pero la gente no solía pasearse mucho por ahí, por la peste que nos traía la brisa al soplar, y las salpicaduras, al golpear las olas, gracias a las cuales, costaba mantener el equilibrio. Me convencí a mí misma de que aquellas condiciones nos beneficiarían a la hora de pelear de verdad. Teníamos que estar preparados para todo. Para no hacernos daño, usábamos nuestras armas protegidas en sus fundas, o sin cargar.

Nuestros instructores se llamaban Rudolf y Valeria, y eran la guardia personal de Sidgrid. Rudolf, era un tipo muy alto, muy delgado, con el pelo, barba y bigotes largos y negros como el carbón. Su piel era paliducha y curtida con muchas arrugas. De no tener el pelo tan oscuro, daba la impresión de haber huido del Círculo de los Ancianos. Era callado, pero sonreía con amabilidad y me hacía sentir segura.

Valeria era estupenda, y enseguida la consideré mi amiga; era una de las mujeres que, como yo, estaba pasando por la regla al mismo tiempo, y eso nos unía, aunque pareciese absurdo. Su cuerpo era tan ancho como el mío, pero ella era casi todo músculo. Tenía el pelo corto, pero se había dejado un puñado de finas trenzas colgando de su nuca. Le daba un aspecto fiero y femenino, como una luchadora de leyenda.

Los dos nos sometían a baterías de ejercicios, para fortalecernos, y nos

hacían luchar, con las técnicas que brevemente nos había enseñado Vera. Los entrenamientos se prolongaban por horas, nuestro esfuerzo era la clave para la supervivencia.

Cuando al fin teníamos momentos libres y horas muertas, Sam y yo nos acurrucábamos contra las barandillas del casco, en el altillo, sobre el techo del camarote de la capitana, sin molestar a nadie, y respirábamos la versión menos pestilente de la brisa marina, mientras mordisqueábamos trocitos de comida. A veces él tocaba su ukelele, o traía su cuaderno y empezaba a escribir, y hablábamos de nuestro futuro. Esos momentos eran los únicos idílicos de verdad, ignorando las voces, los gritos, la suciedad, escuchando el mar, las aves, y su música. Deseaba que siempre fuese así.

Uno de esos días, mientras estaba enfrascada en él, que se veía tremendo con sus ojeras y barba recientes y parecía un poeta del romanticismo, él movió sus carnosos labios que por alguna razón se veían más rosados y jugosos, rodeados de vello, y yo fui incapaz de escucharle.

—No te has enterado de nada, ¿verdad? —me increpó, cerrando su cuaderno con un golpe, sobre su regazo.

—¿Eh? —Respondí. El tan sólo se rio.

—No importa, sólo te estaba explicando algo, de la guitarra.

—Ah, eh, vaya, la guitarra, sí, eh, perdóname, tenía. tenía la cabeza en otro sitio, y... —me silenció con un tímido beso en los labios.

—Dime, Hada, en qué piensas.

—Pienso en lo increíble que eres. Pienso que no quiero perderte. — Respondí, intentando camelarlo. Se sonrojó.

—¿Te da miedo lo que nos encontremos al llegar a Sauda? —Preguntó, dejándome fría.

—¿Por qué? ¿Tú lo tienes? —No respondió.

—Pase lo que pase, yo te protegeré, hadita. —Respondió tras una larga pausa.

—Sé protegerme sola, Sam. No necesito héroes, si los necesitara, no estaría dejándome el culo en entrenar cada día, no seas bobo. —Le golpeé suavemente en el brazo.

—Perdona, sólo bromeaba. Pero... —pensó antes de continuar hablando — cuando llegue el momento, déjame protegerte. Pelearé y te protegeré, igual que tú lo harías por mi, y por el resto. Quiero saber que soy capaz de mantenerte a ti y al Reino a salvo. No quiero pasar a la historia tan sólo como

“un bardo que había a bordo”.

— No pienses en eso Sam. De todas maneras, la historia acabará odiándome *a mi* si fracasamos, todo esto es en parte culpa mía, así que me hayas protegido o no, todos me verán como la culpable de nuestro hundimiento. —Él frunció los labios, miró a sus pies, suspiró.

—¿Te aliviaría saber que yo no te odiaré? —su pregunta sonó tan ingenua, que me hizo resoplar, aunque él habló por encima de mis quejas— Yo sé por lo que estamos pasando, todos en esta expedición lo sabemos, te conocemos, sabemos lo mucho que te importa Miurgel y sabemos que tus intenciones son las mejores.

—Pero ¿y los demás? La gente que se ha quedado en tierra, ¿qué pasará con ellos?

—Por ellos es por quien escribo, —alzó su cuaderno— para que todos sepan la verdad, para que la conozcan nuestros hijos, y se la transmitan a nuestros nietos, y sus hijos y... —Sus ojos se iluminaron al decirlo— Deborah, nadie te odiará jamás. Todos te conocerán como el símbolo del cambio...

Refunfuñé de nuevo. Yo no quería ser ningún símbolo, ni entrenar cada día, ni viajar en aquel roñoso barco y tener que ser valiente y pelear cuando llegase el momento. Tan solo quería llegar a tierra, en paz, ducharme, firmar un tratado, tomar una buena cena sin miedo a no poder tomar otra igual, hacerle el amor a mi novio y dormir. Sí, por supuesto que la expedición anterior, que había salido adelante y fracasado se debía a mí, pero si hubiera habido más sentido común en Miurgel, una expedición de ese tipo debería haberse dado años, no, décadas, siglos atrás. Me enfurecía sentir el peso de tanta responsabilidad sobre mis hombros. Yo tan solo quería vivir tranquila, vivir feliz, con mi Sam.

—Hey. —Susurró él, viendo mi ceño fruncido. —Confía un poco más en ti misma.

—Lo intento. Pero no me negarás que será mi culpa si morimos todos. —Sacudí los hombros, aún incapaz de aliviar mi inquietud. Él me los rodeó en un abrazo.

—Bueno, pues, aunque todo salga mal, yo te quiero con locura. —Me estremecí, recordando las mismas palabras con la voz de Craig, en mis oídos. Me miró de reojo, y añadió, al ver una mueca insatisfecha en mi boca— ¿Aún quieres casarte conmigo?

—¡Por supuesto que sí! —Entonces, se puso delante mía e hincó una rodilla en el suelo.

— ¿Quieres casarte conmigo *ahora*?

—¿Ahora?

—Mira, acabo de ver a Sidgrid acercándose. —Comentó, travieso— ¡Vamos a decírselo!

—¿Como, ahora? —Él entrelazó sus dedos con los míos sin dejarme tiempo a reaccionar y corrió hacia él, dejándolo todo atrás, y arrastrándome a su lado.

Al oír nuestros pasos, pude ver perfectamente cómo Sidgrid se encogía. Fijó su mirada, primero en nuestras manos entrelazadas, luego en Sam y por último en mí. El sol empezaba a ponerse, llenándolo todo de colores rosáceos. Muy conveniente.

—¿Qué os pasa?

—Su Majestad, —proclamó Sam con toda la solemnidad que pudo— Deborah y yo queríamos comunicarle nuestra intención de casarnos.

—¿Casaros? ¿Estáis de broma?

—Y queremos que sea cuanto antes. —puntualizó mi novio, rodeándome las caderas con su brazo.

—¿Cuanto antes? —Repitió Sid.

Mis ojos se abrieron como platos, igual de confusa, pero tras sentir las caricias de mi novio en mi costado y mi trasero, la idea de casarme y tener una noche de bodas aquel mismo día no me parecía tan descabellada.

—Sí, hoy, cuanto antes. —Afirmé.

—A ver... —Sidgrid respondió de inmediato, rascándose el mentón, que, como la mitad de la tripulación, tenía cubierto de barba de días. —Una boda es una boda, y no se si os habéis dado cuenta de donde estamos. —Agitó las manos a su alrededor, fingiendo indignación.

—Por supuesto, y por eso queremos contraer matrimonio aquí, a bordo. —Habló Sam, incapaz de relajarse y utilizar un lenguaje normal. —Porque pase lo que pase, queremos estar juntos.

—Pase lo que pase, ¿eh? —Suspiró Sidgrid, con expresión sombría. Entonces carraspeó, mirándonos de arriba a abajo, y disipando la súbita negatividad, mutó su expresión por una divertida. —Pues habrá que preparar el vino. —Miró detrás de si, a cubierta. —¡Elsa! —Llamó— ¡Elsa! —Insistió. —Creo que no nos oye. Bueno, iré a buscarla, lo haremos oficial esta

noche. Vosotros, id a lavaros, cambiaos, nadie quiere casarse hecho un trapo. Cuando estéis listos, esperadnos frente al camarote de la Capitana.

—Muchas gracias, Alteza. —Se inclinó Sam.

—Hombre, ya te lo he dicho, llámame Sid. —Contestó con suavidad — En serio, olvídate de las formalidades. Os veo en un rato— Se dio media vuelta, dejándonos solos.

Sam me abrazó, pegó su cuerpo al mío, arrimándome la cadera y me besó. Tenía una erección y yo me quedé cortada.

—Esta noche serás mi esposa —susurró a mi oído, erizándome la piel y se marchó a recoger sus cosas antes de que yo pudiese reaccionar. Contuve la respiración y fui tras él, bajo cubierta.

Una vez ahí, él escogió algunas prendas y huyó de mí para ir a lavarse. A solas, yo busqué en mi baúl el conjunto serio que tenía pensado usar para cuando desembarcásemos y fuéramos a visitar al Monarca de Sauda: un vestido aterciopelado de color morado oscuro que había que llevar ceñido y con blusa. Escogí la única blusa que me quedaba en aceptable nivel de limpieza, que estaba marcada por las arrugas y tenía círculos de sudor bajo las axilas. Por suerte, eso no se veía bajo el vestido. En aquel baúl yo no tenía nada más formal, ni nada remotamente parecido a un traje de novia, porque jamás me imaginé que terminaría casándome a bordo.

Fui a lavarme, pero recelé de volver a cubierta. En vez de eso, usé el agua del barril de emergencia que teníamos un nivel más abajo, que estaba definitivamente limpia. Me vestí, me desaté la coleta, me peiné rápidamente usando sólo mis dedos, e hice el primer peinado bonito que se me ocurrió: un par de trencitas delgadas a cada lado de la cabeza, que después até juntas, más o menos centradas por detrás sobre el resto de la melena suelta. Me maquillé con un poco de crema colorada que me había traído también para ir a visitar al Monarca y me la puse en las mejillas y los labios.

Bajo los dedos, sentí la piel de mi cara reseca y dudé un poco sobre si estaba mejorando o empeorando mi apariencia, en realidad. Se me escapó un suspiro. Por último, me puse las mismas botas negras que llevaba de antes. Las olí antes de ponérmelas y me arrepentí enseguida. Al menos, eran cómodas.

Me encaminé hacia cubierta algo destemplada, sin saber lo que me iba a encontrar una vez ahí, pensando que tal vez debería haber esperado Sam para subir juntos, y sabiendo que, sin haberme mirado en un espejo, posiblemente

parecía una payasa. Arriba, Elsa me sorprendió enlazando un brazo con el mío y atrayéndome hasta donde Sam y Sidgrid esperaban. El resto de la tripulación estaba también ahí, apretados en corro a nuestro alrededor, en el reducido espacio de la cubierta.

Habían traído una de las duras sillas del camarote de la Capitana para improvisar una mesa y sobre ella había una bandeja con dos vasos, tres jarras de cerámica, una más grande que el resto, y un trapo rojo. Me quedé mirando aquello bastante confusa, y no me había dado cuenta de que Sidgrid estaba hablando. Elsa tomó la bandeja entre sus manos, que temblaban demasiado. La miré, tenía las mejillas sonrojadas y una chispa en sus ojos. Sonrió con simpleza, y sujetando la bandeja en una sola mano, me invitó a coger una de las jarras pequeñas. Pesaba, estaba llena de líquido. Sam hizo lo mismo, fue entonces cuando reparé en él, que parecía etéreo, pálido e inmaculado, como la primera vez que le vi, pero millones de veces mejor. Su ropa parecía nueva.

Como no sabía muy bien lo que se esperaba de mí durante la ceremonia y nadie me había explicado nada, decidí que lo mejor que podía hacer era imitarle. Con cuidado, los dos mezclamos el líquido que contenían nuestras jarras en la jarra grande. Fue complicado porque Elsa parecía incapaz de mantener la bandeja estable y aunque la marea estaba muy tranquila, todo el barco se mecía suavemente. Pero con un poco de esmero, los dos fuimos capaces de llenar la jarra sin derramar nada. Una vez hecho, dejamos las jarras donde habían estado y Sigrid alzó la jarra grande que habíamos llenado un poco por encima de nuestras cabezas, para mostrarla a nuestro público. Cuando lo hizo, Elsa casi dejó caer todo, pero recuperó el control en el último segundo, y rio, bobalicona.

—Ahora habéis unido vuestras posesiones en una sola fuente, como símbolo de la unión en vuestras vidas. —Dijo Sidgrid elevando la voz y vigilando de reojo a la Capitana. —Y como prueba de vuestro compromiso, —continuó —beberéis de esta misma fuente. —Carraspeó, dejando que Elsa con su temblante pulso cogiera la jarra y llenase los dos vasos.

Los tres teníamos los ojos clavados en ella. Mi futuro marido incluso se ofreció a sujetar la bandeja, pero ella se negó y mágicamente consiguió hacerlo sin provocar un estropicio. Sam y yo intercambiamos una mirada y una risita aliviada. Perdida en su mirada y en sus facciones, me puse colorada como si fuese una adolescente de nuevo. ¡Estaba tan guapo! Yo, me iba a

casar con él y después vendría la noche de bodas y le vería desnudo por primera vez y... ¡Nos estábamos casando!

—Deborah, ¿podrías extender tu mano? —Preguntó Sid, devolviéndome al presente.

—¿Eh? —Contesté, completamente perdida. Extendí mi mano hacia uno de los vasos que la Capitana había acabado de llenar.

—¡No, no me refiero a eso! —Rio.

—Tenemos que estrechar nuestras manos. —Aclaró Sam en un susurro, extendiendo su mano para agarrar la mía y tras enlazar nuestros dedos, elevó nuestros brazos en alto creando un puente entre nosotros.

—¡Eso, eso! Comentó Elsa. Dejó al fin la bandeja sobre la silla. Cogió el trapo de tela roja y se lo pasó a Sidgrid, quien lo extendió. Resultó ser un listón, no demasiado largo, como una corbata sin forma.

Mantuvimos las manos en alto, y nuestro improvisado maestro de ceremonias las enlazó juntas en un nudo usando el listón, que estaba algo húmedo en partes. La unión de nuestras manos era firme, aún sin apretar, forzándonos a mantener nuestras manos unidas en alto, el tiempo que fuese necesario. Elsa se plantó frente a nosotros, dándonos un vaso a cada uno. Yo tenía atada la mano derecha y me costó un poco sujetar el mío.

—Como símbolo de vuestro compromiso y unión, bebed ahora el licor que habéis preparado. —Ordenó Sigrid.

En un silencioso "a la de tres", bebimos. La mezcla sabía dulzona y aguada, en el límite de lo anodino. Sam apretó la unión de nuestros dedos, y la tripulación rompió en aplausos.

—Por el poder que ejerzo como Rey, os declaro marido y mujer. ¡Hasta que el amor dure!

—¡Que vivan los novios! —Gritó Elsa y mientras la gente a nuestro alrededor lo coreaba, me arrebató el vaso de la mano izquierda y desató nuestras manos. —¡Felicidades! —Nos susurró con entusiasmo. Los ojos le brillaban de emoción. —Podéis besaros, ¿eh?

—Bueno pues, ¡bésame! —Dije, poniendo una mano en la nuca de Sam y empujándole suavemente hacia mí. No ofreció resistencia y me besó con cuidado, despacio, saboreándome, derritiéndose conmigo. A nuestro alrededor volvieron a vitorearnos. Elsa alzó la voz, y gritó, con su irritante voz de Capitana:

—¡FIESTA!

Y ya estaba. Así, de forma improvisada, pero oficial, éramos un matrimonio. Éramos los mismos, pero ahora en vez de llamarnos amigos como antes de embarcar, o novios, éramos esposos y yo no me sentía diferente, salvo por una especie de orgullo, una sensación de triunfo por haber confirmado mi amor por Sam. Sentía que, a pesar de las circunstancias, todo lo que sucediera en adelante iba a salir bien. El futuro nos esperaba con los brazos abiertos.

La fiesta y las celebraciones se desataron en cubierta, Sidgrid y Elsa gritaban cosas que no entendía, llenos de júbilo y echando leña al ambiente festivo. Por los ecos en el aire, me pareció que también estaban celebrándolo en las otras dos naves que conformaban nuestra flota. Oteé a babor, a través de la borda, pensando en Craig. Deseaba que estuviese junto a nosotros, deseaba sus bendiciones. Entorné los ojos y empecé a barrer con mi mirada, intentando encontrarle.

—Elsa les ha dado permiso para que celebren nuestra boda en lo que queda de día. —Me interrumpió mi entonces marido, con los ojos brillantes y ardientes. Me tomó de la mano, nos besamos y entonces susurró, suave y cálido al oído. —No se darán cuenta de que no estamos. Ven.

Abandoné de inmediato mi búsqueda, porque el calor de su aliento en mi oreja me había derretido y en ese momento quería sentirlo urgentemente en otras partes de mi cuerpo. Me dirigí hacia la escotilla, pero él me retuvo y señaló el camarote de Elsa, así que nos escabullimos, fugaces como una brisa, indetectables, aún frente las narices de todos, entramos en el camarote y pasamos el cerrojo a nuestras espaldas. Pasamos del escritorio y fuimos directos al fondo, a la habitación. Nos encontramos con que habían unido las dos camas y aquel lecho nos esperaba con sábanas immaculadas. Tal vez habían preparado el camarote para nosotros, después de todo.

Mi marido se quedó mirando la cama que íbamos a compartir, sin saber qué hacer a continuación, y por un momento pensé que había perdido el fuelle. Así que para solucionarlo le besé, despacio. Más despacio aún, él comenzó a reaccionar, pegándose a mí, dejándome enterrar mis manos en su pelo, y bajo su ropa. Silenciosamente, nos sentamos en la cama, nos recostamos y nos deshicimos de todas nuestras prendas antes de taparnos con las sábanas. Él se relajó, recuperó el calor de su mirada y se transformó, paso a paso en el tierno amante que siempre había querido, desde que me di cuenta de que me gustaba.

Clavó sus ojos en los míos y me invitó a sentarme en su regazo, haciendo que su miembro se abriese camino dentro de mí, ansiosa por darle la bienvenida. Sus pupilas se dilataron, su boca se entreabrió cuando llegó a lo más profundo de mí y se quedó inmóvil ante la sensación.

—Ten cuidado, es mi primera vez. —Susurró. Moví mis caderas hacia arriba y hacia abajo, delicadamente. La sensación fue increíble.

Segundos más tarde, gimió y comenzó a mover su pelvis, animándome a hacerlo de nuevo y cabalgarle. Mientras lo hice, nos besamos una y otra vez, silenciando nuestros gemidos. Instintivamente él encontró su propio ritmo, aprendiendo a controlar sus sensaciones. Por mi parte, yo empecé a dejarme llevar. El amor me ardía, me ponía eufórica. Me deleitaba en el placer del sexo, pero además quería más, fundirme con el de más formas, sentirme arropada por sus brazos, necesitaba sentirle cubriéndome con su cuerpo.

Bajé mi pecho para poder decírselo al oído, que quería que se pusiese encima. Entonces reparé en la expresión de puro placer en su rostro, sus mejillas coloreadas, sus preciosos labios entreabiertos. Al cambiar el ángulo de mi cuerpo le había hecho estremecer con la sensación y él me rodeó con sus brazos, apretándome fuerte contra sí, para que no me moviese y comenzar a embestirme con movimientos de su cadera, a continuación, chapoteando en la humedad de mi entrepierna, estimulándome de forma inesperada. Me estremecí, incapaz de contener mis gemidos al llegar al clímax. Poco después, él suspiro, tembloroso, entrecortado y me apretó aún más fuerte, mientras le sentí descargándose en mi interior, espasmo tras espasmo. Era la primera vez que nadie se corría dentro de mí. Me alegraba que hubiera sido él, me alegraba muchísimo.

Nos quedamos quietos un tiempo que pareció una eternidad, escuchando nuestras respiraciones, y el jolgorio fuera del camarote. Él estaba resplandeciente, incapaz de borrar su sonrisa. Me bajé de encima suyo y me acosté junto a él. Acurrucada ahí, me fui quedando dormida, igual que él. El barco apenas se mecía, y por un momento pensé que estaba de vuelta en tierra. Tan sólo el olor de la piel de Sam me anclaba a la realidad.

VENTISÉIS

Había pasado una semana tras mi boda y salvo porque ahora mi marido y yo nos escaqueábamos a diario para hacer el amor lejos de los ojos y oídos de la tripulación, las cosas no habían cambiado mucho y el ambiente a bordo empezaba a agriarse. Los días pasaban y nosotros seguíamos sin ver tierra, ni rastro de naves enemigas. También el clima, que había sido idóneo hasta entonces, empezó a estropearse. El aire se notaba cargado y enrarecido, y la brisa se notaba pegajosa, cálida y fría a la vez.

Por eso y pillándome por sorpresa, la Capitana Engström dio la orden de romper la formación de las naves. En cuanto lo decidió, la comunicación empezó a circular a base de voces y señales luminosas entre nuestros barcos, que hasta entonces siempre habían navegado juntos. Mi estómago se encogió cuando vi el movimiento de velas, y los vi separarse de nosotros. No se habían ido demasiado lejos, pero me había acostumbrado a la formación, a imaginarme a Craig en la nave vecina, pensando en mí.

Un par de horas después de que hubiéramos empezado a navegar por separado, las nubes se oscurecieron, el viento arreció, y la Capitana ordenó a todos aquellos que no estuvieran en su turno, o que no fuésemos marineros, que nos refugiásemos en los camarotes. Enseguida, Sam me cogió de la mano y sin dejarme tiempo a decir nada, tiró de mí para llevarme bajo cubierta.

—Es una tormenta, hadita, vamos. —Lo había intuido, pero me entró un escalofrío al oírsele decir. Apreté con fuerza su mano, empujándole en dirección hacia la escotilla, donde había cola para entrar. Una vez abajo, nos dirigimos a nuestro camarote, donde, ya se refugiaban aquellos compañeros que habían llegado antes que nosotros.

Igual que los demás, nos sentamos en el suelo, en el espacio entre los baúles, con la espalda apoyada en ellos. Sobre nuestras cabezas las hamacas se mecían amenazantes, pero salvo por eso, durante lo que me pareció una diminuta eternidad, no ocurrió mucho más. Incluso Sam tomó la oportunidad para sacar su cuaderno y empezar a escribir.

El rasguear de su pluma, algunos susurros, alguna tos, y los pasos sobre

nuestras cabezas, era lo único que llenaba el silencio. Todos esperábamos con preocupación y el oído alerta, a que algo ocurriese. Finalmente, escuchamos los primeros truenos y el inconfundible sonido de la lluvia comenzando a golpear la madera. Inevitablemente, recordé el día en que me quedé encerrada junto con Craig en el almacén del puerto. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? Comencé a temblar.

—Es una tormenta normal, puedes estar tranquila. —Me dijo el marinero sentado frente a mí.

—Yo no estaría tan tranquila, con el estado en que está la Bianchi tendremos suerte si salimos de una pieza. —Añadió otra marinera, que estaba sentada un poco más lejos y cuyo nombre era incapaz de recordar.

—¿Qué?... oh no. —Gemí. Sam dejó de escribir y me rodeó con un brazo. Estaba pálido, pero sonrió para mostrarme seguridad.

—No te preocupes, todo irá bien. —Me intentó dar un beso, pero en ese momento, el barco dio una sacudida y sentí mis dientes hundirse en el interior de mi labio inferior.

El vaivén continuó y se hizo más fuerte. Bajo nuestros cuerpos, el suelo subía y bajaba. Olvidé el dolor pulsante en mi labio y me aferré al asidero de mi baúl. Las sacudidas a veces eran tan fuertes y rápidas, que dejaban nuestros traseros flotando en el aire antes de ser golpeados de nuevo, y temía acabar volando, con algún hueso roto. Era como haberse montado en una montaña rusa sin dispositivos de seguridad. Lo único que supe hacer fue cerrar mis ojos con fuerza y rezar internamente todo lo que se me ocurrió. Pero aquello no me salvaba de las náuseas. El estómago se me iba a salir por la boca en cualquier momento, y no quería que ocurriese frente a todo el mundo.

Sin pensar mucho lo que hacía, solté el asa de mi baúl y me levanté, haciendo oídos sordos de las voces a mi espalda que me pedían que me quedase en mi sitio. Corrí hacia el almacén contiguo, intentando mantener el equilibrio y buscando un lugar donde vomitar. Una embestida me tiró al suelo con un sonoro golpe y aquello me provocó arcadas. No podría contenerme mucho más. Avancé a gatas sin rumbo y encontré un barreño que rodaba por doquier. Lo sujeté con ambas manos, lo acerqué a mi cara, y me encontré con la desagradable sorpresa de que alguien lo había usado anteriormente como retrete improvisado y lo había dejado ahí. Aquello fue lo último que necesitaba, mi estómago se revolvió y comencé a echar hasta mi primera

papilla.

Terminé dolorida y mareada, el barco no dejaba de agitarse, y aunque yo quería ponerme de pie, se me hacía imposible. Me aferré a todo lo que pude para conseguirlo, pero fallé. El barco me sacudió de nuevo, y me tiró al suelo, junto con la caja a la que había decidido aferrarme. La vi caer a cámara lenta sobre mi cabeza, antes de que todo se volviese negro.

Cuando abrí los ojos, estaba rodeada de gente. Sidgrid estaba ahí, sosteniendo un candelabro de mano demasiado cerca de mi cara y analizándome con expresión sombría. Sam, en cuclillas, chasqueaba los dedos frente a mis ojos. Entendí que había sido él quien me había hecho despertar. Cuando hube parpadeado un par de veces, él cesó y sonrió abiertamente.

—... mi amor, ¿me oyes? ¿Estás bien?

—Ha abierto los ojos, eso es que está bien, ¿no? Vamos, Tobías, el grumete ha visto tierra, tenemos que estar alerta.

Aquella voz desagradable me hizo desear no haber despertado. Busqué con la mirada y vagamente, vi a la Capitana mirándome desde su altura, por encima de mi cabeza. Estaba cruzada de brazos y visiblemente enfadada.

—Bueno Elsa, ¿espera un poco no? Tan sólo acaba de abrir los ojos, aún no ha dicho nada —protestó Sidgrid.

—Estamos perdiendo tiempo, ¡pueden echársenos encima en cualquier momento! —replicó.

—¡Cállate! —Ordenó. —Sam, ¿puedes ver si responde? —Mi marido palmeó junto a mis orejas, molestándome con el ruido.

—Au... —gemí.

—Gracias a los cielos —exclamó Sidgrid, aliviado. —Escucha, Deborah, —se acuclilló al lado de Sam—al correr la tormenta hemos avanzado muchísimo, estamos muy cerca de la costa Saudánica, y podrían atacarnos, si quisieran, en cualquier momento. —Sam le interrumpió, como si lo que tuviese que decir no importase nada.

—¿Estás bien? ¿Puedes moverte? ¿Debbie, mi hada? —sonreí.

—Creo que sí... —ellos se apartaron y Elsa me ayudó a sentarme en el suelo, despacio.

La cabeza me palpitaba, mi pelo estaba suelto, cuando yo recordaba claramente haberlo llevado en una trenza, pero eso no era lo único extraño que noté en mi cabeza. Me toqué la sien, donde notaba algo frío y molesto.

Tenía una compresa pegada a la piel y el pelo de alrededor... faltaba.

—¿Y esto?

—Con el golpe que te dio ese cajón, has tenido suerte de hacerte solo una brecha. La cirujana decidió que sería más rápido afeitarte esa zona para que fuese más fácil de curar. —explicó Sidgrid.

—¿No se infectará? —pregunté, presionando con el dedo sobre la compresa fría y pegajosa, y acaricié a continuación la falta de pelo, donde solía tenerlo.

—Claro que no, ¿te puedes levantar ya? —Insistió Elsa, cortante.

—No tienes por qué estar aquí si no quieres, sube anda, ya me encargo yo. —Le increpó Sidgrid haciendo esfuerzos por no perder la compostura. — ¡Vamos, sube!

Exagerando haberse ofendido, ella me rodeó y subió a cubierta, y aún a distancia la pudimos oír gritar órdenes a diestra y siniestra.

—Discúlpala, está muy preocupada por lo que pueda pasar ahora. —Entre Sidgrid y Sam me ayudaron a ponerme en pie. —Bien, muy bien. Ahora siento ser tan brusco, pero necesitamos que estés lista ya. ¿Te quedas con ella, Sam Émile?

—Sí, por supuesto... Sidgrid.

—En cubierta en diez minutos. —ordenó y nos dejó a solas.

Me palpé la calva de nuevo, y luego me miré la ropa, manchada de sangre seca y otras sustancias. Apestaba. Suspiré, no podría haberme herido en peor momento. Tan solo quería subirme en la hamaca y reposar, pero si era cierto lo que decían, si estábamos tan cerca de la costa, tenía que estar disponible al cien por ciento.

—Quiero cambiarme... Sam, ¿me ayudas? —El asintió. Me acompañó de vuelta al camarote, abrió mi baúl y tras rebuscar un poco, sacó ropa limpia y me ayudó a desvestirme para que pudiera terminar más rápido.

—Parecía que nunca íbamos a llegar. —Comentó, rompiendo el silencio. —¿Estás nerviosa? —Preguntó mientras me pasaba una camisa color vino que olía a recién lavada.

—Aún no me he hecho a la idea, pero, para qué negarlo, sí.

—Yo también, yo también estoy nervioso. —Extendí los brazos y él me ayudó a poner la camisa limpia. —Pero, tengo ganas de ver qué pasa.

—¿De verdad? —Tiré de la camisa para colocarla en su lugar, y tiré de mi pelo para liberarlo del cuello.

—Sí, imagínate, vamos a escribir un capítulo más en la historia. Piénsalo Deb, nuestros hijos y sus nietos y sus nietos... crecerán escuchando canciones que hablarán sobre ti, y sobre mí, y sobre Craig y... y el Rey y cómo parecía todo perdido y cómo llegaremos nosotros y pasará lo que pase. ¿No te emociona?

—Nuestros hijos, ¿eh? —me apoyé en él para ponerme un par de pantalones que parecían “más limpios”.

—Sí. —sonrió, echándome una mirada a la cintura, y luego a los ojos— Quiero que eso ocurra.

—Y yo.

—Quizá tengamos tiempo de intentarlo ahora. —Abotoné mis pantalones, suprimiendo el sonrojo que sentía asomar a mis mejillas.

—¿Y esas prisas?

—Pensé que te me ibas, Deb, me había asustado. —Me besó con ternura.

—Lástima que no tengamos tiempo, hay que subir a cubierta ahora, ¿No? —argumenté en cuanto nos separamos, y metí los pies en las botas. El suspiró, y me ofreció un pañuelo de tela, que había tenido guardado en su bolsillo.

—Es para que te cubras la herida. Me lo dio Gwen, la cirujana, para que te la protejas. Dijo que era mejor que te lo atases tú misma.

—Vale —Lo doblé y me lo coloqué en forma de bandana, cubriéndome la calva que me habían hecho. —Y dónde está la cirujana, ¿no debería haberse quedado conmigo hasta que despertase?

—Deborah, no eres la única que se ha herido durante la tormenta.

—Ah, claro. —Reí como una boba durante un tiempo que se me antojó demasiado prolongado. Sam me puso una mano en la frente, y después sobre el hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, vamos arriba.

La tripulación nos esperaba en cubierta, donde ya había caído la noche y soplaba una brisa fresca cargada de salitre, que sentaba como una bendición. Vi que las otras dos embarcaciones también habían podido sobrevivir a la tormenta y habían vuelto a sus lugares, lo que me supuso un gran alivio. Elsa comenzó a hablar y su potente voz sonó fuerte y clara en toda la cubierta.

—Esperamos llegar a la costa a primeras horas de la mañana. Os voy a pedir que estéis alerta, ya que, de atacar, podrían hacerlo desde antes del

amanecer. Quiero que dejemos cargados todos los cañones, incluidos los de las bodegas, y que hagamos un simulacro ahora mismo para que todos recordemos nuestras posiciones en caso de ataque. Tened en cuenta que, aunque nos estén protegiendo nuestros compañeros, tenemos proa y popa indefensa. Si se acercan demasiado a nuestros flancos y nuestros compañeros no están ahí para protegernos, sed implacables con los cañones y actuad rápido. Sidgrid, vosotros dos, Rudolf, Valeria, Gwen, Nolan y Jan, venid conmigo, necesito que tengáis bien claro cómo será la operación de desembarque.

Mientras la gente comenzaba a moverse a nuestro alrededor, nosotros la seguimos. Nos guio hasta el lugar en popa, cerca de las letrinas masculinas, donde manteníamos los botes, atados con cuerdas y protegidos con lonas. Levantó una de ellas, bajo la cual había un bote que parecía en mejor estado que el mismo Bianchi.

—¿Sabréis desatarlo rápido?

—Claro que sí capitana. —Respondió Jan, uno de los dos guardias de Elsa, que era un marinero albino, maduro y corpulento.

—Vamos a tener que desatar y bajar el bote cuanto antes, cuando llegue el momento. Ese momento será, —levantó el dedo meñique— o bien, cuando hayamos llegado a un punto seguro de desembarco frente a la costa, lo cual sería la situación ideal o si no, —alzó el anular— cuando veamos que la situación se nos va de las manos y no podamos asegurar vuestra seguridad en la nave, por lo que tendréis que evacuar cuanto antes. —Todos la miramos atentos. —Recordad que vosotros sois la clave para que todo el plan salga adelante. Si tú, anacrónica o Sidgrid morís, todo habrá terminado para Miurgel. Así que dependo de vosotros —señaló a los demás— para que les protejáis a toda costa, ¿de acuerdo?

—¡Sí, capitana! —respondimos todos. Observé a Sam, que escuchaba atento con expresión seria.

—Cuando lleguéis a costa, necesitaréis este mapa. —Sacó un pliego de papel grueso de su fajín y lo extendió para enseñarlo a todos— Es un mapa muy básico de la costa de Sauda. El castillo del Monarca se encuentra aquí, donde está marcado con este círculo. No está muy lejos de la costa, pero está en terreno escarpado cerca de los acantilados que hay más al oeste, ¿veis? —se asomó al mapa y señaló el punto al que se refería con el dedo. —A diferencia de nosotros, nos consta que la ciudad y el acceso al castillo está

plagado de guardias. Por eso, necesitaremos que estéis dispuestos a pelear a muerte si es necesario.

—¡Sí capitana! —Respondieron los demás, Sam incluido, y aquello me hizo sentir muy mal. La cabeza me palpitaba, me faltaba el aire. Ella plegó el mapa y se lo pasó a Sidgrid.

—Ahora, a entrenar, no hay tiempo que perder. ¡Dispersaos! —ordenó, y cuando los marineros se marcharon, se acercó a mí. —Cortez ¿Te ves capaz de afrontar con todo esto?

—Claro que sí. —Respondí por orgullo, aunque mis nervios y el dolor de cabeza me gritaban “¡Claro que no, imbécil!”. Me di media vuelta e intenté dirigirme hacia donde estaba el resto de la gente entrenando, y el dolor que sentí en mi cabeza fue tan intenso que me llevé la mano a la herida, y me encogí, hasta acuclillarme en el suelo.

—Vaya, vaya —Oí a Elsa, socarrona. Quise replicar, pero sólo me salían balbuceos.

Gwen, la cirujana, a quien Elsa había llamado para formar parte de la escolta real, y la misma que me había curado la brecha, según deduje, aún estaba ahí y corrió a socorrerme. Llevaba un chaleco de color crudo y de él sacó un yesquero que encendió frente a mis ojos, y que apenas me molestó. La había visto antes, por supuesto, y si no me equivocaba, se alojaba en el camarote opuesto al mío. Era pelirroja, de aspecto desafiante, con cálidos ojos castaños. Su cara se contrajo en una mueca.

—Elsa, esta mujer no está en condiciones de hacer mucho más, te dije que la dejases reposar, ¿en qué estás pensando?

—Estoy bien, estoy bien. —Mentí, pero mi voz no sonaba normal, y todo se me hacía borroso.

—¿Ves? Una brecha en la cabeza no es como un golpe en la rodilla, necesita reposo. Si tan importante es que sobreviva, deberías empezar por dejarla dormir. Te dije lo que había que hacer, Elsa, si haces lo que te venga en gana y muere, la culpa será únicamente tuya.

—Estoy con la cirujana, Elsa. —Dijo Sidgrid, que se había acercado a ver qué ocurría.

—Pues que descanse, entonces. —Decidió. —Sam, llévatela abajo. ¿Gwen, puedes prepararle algo para el dolor? —La cirujana asintió y se alejó de mi vista.

—Nada de abajo, Elsa. Que la lleven a tu camarote. —Interrumpió Sid—

Ahí estará a salvo y será más fácil evacuarla si hace falta, y ni se te ocurra protestar. Me voy a decirle a la cirujana dónde podrá encontrar a Deborah. Nos espera una noche larga. Sam, cuida de ella.

Me sorprendió que ella misma nos hubiese escoltado hasta su camarote. Las camas volvían a estar separadas igual que estaban la primera vez que entré ahí. Me acostaron en la propia cama de Elsa, quien sacó un par de mantas de su baúl y me las puso por encima, tras arroparme con sus sábanas. Al momento entró Gwen, que trajo consigo una copa con licor y una pequeña bota de vino. Revisó el apósito en mi frente, lo despegó sin hacerme daño y utilizó un poco de vino para limpiarlo. Tras aquello, me untó la herida con un poco de ungüento que guardaba en un frasquito en un bolsillo, y de otro bolsillo diferente sacó otro apósito nuevo, tan sólo un trozo limpio y rectangular de tela, para cambiarlo. Se dio prisa en acabar y salió, dándonos las buenas noches. Elsa le dijo algo a Sam que yo fui incapaz de captar, y se marchó a continuación. Él me dio de beber el licor, se acuclilló a mi lado y empezó a contarme historias, pero yo no podía entenderle. Agotada, cerré mis ojos y dormí.

Desperté embotada, notando algo frío en las piernas, que todavía mantenía cubiertas por las dos mantas y las sábanas. Parpadeé intentado despejarme y entender por qué me encontraba en aquel camarote, por qué escuchaba tantos gritos, y qué era esa sensación tan rara en mi cabeza. En cuanto me la toqué, comencé a recordar, la tormenta, la caja cayendo sobre mi cabeza, el horrible dolor. Y gente, gente a mi alrededor, ¿haciendo qué? Me senté en la cama, tal vez demasiado rápido, y sentí como si cabeza se hinchase y deshinchase de nuevo.

Mis movimientos habían desencadenado algo. A los pies de mi cama había un bulto que se movía. Por unos segundos me asusté e intenté encogerme, alejarme de aquello, cubriéndome los ojos con las manos, pero tras observarlo entre mis dedos, comprendí de que se trataba de una persona, y que esa persona era mi Sam, quien se irguió, estiró la espalda y los brazos y por último bostezó, tapándose la boca. Entonces sonrió, con ojos brillantes, calmándome con su presencia.

—¿Cómo te encuentras?

—No sé, bien, creo, supongo. —Su sonrisa se marchitó un poco, a modo de respuesta. —No te preocupes, esto no es nada, me curaré enseguida. — Dije, sólo para animarle. Él dejó escapar un suspiro y apoyó sus manos en la

cama, para acabar sentándose a mis pies.

—Hadita, —cerró los ojos y se revolvió el pelo, antes de continuar hablando —ojalá estuviésemos en tierra firme, para que te curen en condiciones, no me gusta verte así. —Hizo una pausa, quizá esperando a que yo dijese algo, pero no lo hice, no sabía qué decir. —Estoy bastante harto de este barco, de este viaje. Cuando te encontramos, durante la tormenta, pensé que te habías ido. El barco se agitaba y crujía tanto que pensé que se hundiría, estaba aterrorizado. —Hizo otra pausa, y yo de nuevo fui incapaz de pensar nada con qué responder. Sin embargo, agité la cabeza. —Te quiero, Deborah, sabes que te quiero de verdad. Tan sólo quiero que lo sepas, y que entiendo que ahora no estás bien, pero quiero que sepas que te amo, que confío en ti y sé que, a pesar de todo, tú tienes la llave para sacarnos a todos del agujero donde nos han hundido. Lo sé y por favor, créeme. Tú puedes con esto.

No entendí por qué me decía aquello, y le escuché como si fuera una de las historias que me relataba durante sus clases. Tal vez mi cabeza se inclinó hacia un lado, tal vez sonreí, puede que incluso le dijese “Gracias”. El caso es que él recuperó su enorme y brillante sonrisa, y se acercó a mi rostro para poder besarnos largo y tendido.

—Voy a avisar a la cirujana, ¿vale?

—De acuerdo.

Escuché un gran revuelo cuando abrió la puerta. A solas, me palpé la cabeza. El trozo de tela que me habían atado se estaba soltando, pero el emplaste sobre la herida estaba bien pegado, duro y reseco. Quise arrancármelo y rascar la herida, la tentación era muy fuerte. Mientras deslizaba las yemas de los dedos sobre aquella superficie, los recuerdos de la noche anterior fueron volviendo a su sitio poco a poco. Volví a notar el balanceo del barco, la luz filtrándose por los ojos de buey, los instrumentos de navegación que decoraban el camarote, la otra cama vacía a un par de pasos, el dosel abierto. Y las voces, y las carreras en el exterior, que me parecían más frenéticas que a lo que estaba acostumbrada.

Cedí a la curiosidad, y me deshice de las mantas y las sábanas que me cubrían. Al hacerlo, una daga cayó al suelo. Me agaché despacio para recogerla. Estaba protegida por su funda, que estaba fresca al tacto, y sin duda era lo que había producido la sensación fría que noté al despertar. Pero, ¿Por qué estaba ahí, conmigo, en la cama? Aseguré la funda en la cintura de mis pantalones y rápidamente encontré mis zapatos para calzarme, pues no

tenía intención alguna de quedarme en aquel camarote. Según estaba terminando de hacerlo, la doble puerta se abrió, y entraron Sam y Gwen, por supuesto, pero también Sidgrid y Elsa.

Pasaba algo, lo veía en sus caras. Abrumada, me quedé sentada en la cama, y apreté mi puño en las sábanas. Sin decir nada, Gwen se arrodilló a mi lado a revisarme la herida. Esperé a que me dijese algo. Fue Sid quien tomó la palabra.

—Deborah, estamos cerca de la costa, y hay naves de Sauda aproximándose a nosotros.

Contuve el aliento, pero no dije nada. Sólo apreté más fuerte mi puño. Él asumió mi silencio, y continuó.

—Hemos izado banderas blancas, esperamos que lo tomen en cuenta y decidan parlamentar con nosotros. —Había mucha inseguridad en su rostro. —Lamento que aún no estés recuperada, pero te necesitamos en pie.

—¿Avanzaremos hacia la costa? —Preguntó Sam.

—No, ya que han enviado la comitiva, creemos que es mejor anclar las naves por ahora, demostrar que venimos en son de paz. Si se trata de un pueblo civilizado, nos respetarán.

—Por si no lo hacen, lo tengo todo listo. Los cañones y las velas están listas para movernos rápido, si hace falta. Y todos estamos armados, preparados para luchar. —Asentí.

—Rudolf y Valeria nos están esperando fuera para escoltarnos. ¿Dónde están tus guardaespaldas, Elsa?

—Jan y Nolan están a las velas, con la tripulación.

—Ve a localizarles, y quédate con ellos. Nosotros saldremos detrás de ti.

—Elsa, yo aquí he terminado, voy contigo. —Gwen se levantó de mi lado. Había trabajado tan suave y delicadamente que no me había dado cuenta de lo que había hecho, pero ahora tenía una sensación más limpia en la cabeza. Me quedé a solas con Sam y Sidgrid.

—Sam, ¿tienes todo listo?

—¡Por supuesto! —respondió lleno de seguridad. —Ah, casi lo olvido. Toma, Deb.

Sam se sentó a mi lado en la cama, y me pasó las dos fundas de mis dagas, unidas con una correa que había atado a su alrededor. Alargó su mano esperando a que yo le entregase la suya. Me sorprendí al recuperarlas, porque las había olvidado, había olvidado que tenía dos y cómo distinguir las y

suspiré, intentando disimularlo, harta de no poder pensar con claridad. ¿Cuándo se me pasaría ese estado de confusión? Devolví la daga a mi marido y me esforcé por concentrarme. Presté especial atención en él, que llevaba su ballesta colgada a la espalda, sujeta por una correa que le cruzaba el pecho, y le daba un aspecto valiente y peligroso, demasiado guapo para la situación que se nos venía encima. Tuve que mirar hacia otro lado, para reprimir los pensamientos que se me pasaban por la cabeza.

Me encontré entonces con que Sidgrid, que también estaba vestido para el combate, con una suerte de sudadera rústica acolchada azul marino y una espada ceñida al cinto, me había traído un trozo de queso envuelto en un pañuelo de aspecto suave y delicado y un vaso de vino. Me dejaron comer, vigilándome en silencio, como si estuviesen esperando para darme las noticias.

—Podéis hablar, ¿eh? —Murmuré, tras tomar un sorbo de vino.

—¿Deborah, recuerdas el plan de acción que decidimos en el consejo? — Preguntó Sid.

—El plan de acción... —hice memoria, por un corto momento. No me resultó difícil recordarlo y respondí, más que satisfecha. —Sí. Si nos reciben emisarios, pediremos una audiencia privada con El Monarca. Si nos atacan, nos defenderemos junto con la tripulación.

—Pero recuerda, Deb, tú y Sidgrid sois prioritarios, tenéis que llegar al palacio o todo estará perdido. A la menor amenaza tenemos que... —Insistió Sam.

—Sí, escapar en los botes, lo sé. —Interrumpí, algo condescendiente.

—Bien, lo recuerdas. —Sid agitó la cabeza— Pero siento decirte que sabemos que no estás bien del todo, así que no quiero que te sobre esfuerces. No es necesario que pelees. Nosotros te defenderemos, así que mantente detrás de nosotros y déjanos a nosotros el trabajo sucio. Te necesitamos de una pieza. —Quise replicar, mi boca se abrió, pero no supe qué decir. Desistí. Me terminé el pequeño almuerzo y bebí los últimos sorbos de vino, mirándolos, desafiante. Estar lesionada no me convertía en una inútil.

—Sidgrid, ¿deberíamos salir afuera? —Preguntó Sam, precipitado. Sidgrid asintió. Me encogí de hombros.

Afuera nos esperaba un panorama nada tranquilizador. Podía ver a simple vista la comitiva que se nos acercaba por delante, incluso era capaz de distinguir su bandera, amarilla y rosa con el dibujo de una estrella plateada en

el centro. A medida que aquellos barcos extraños se acercaban, mis oídos se llenaron de sonidos. El bramar de las olas, el llorar de las gaviotas, ecos de campanas provenientes de la costa, y tambores, tambores haciéndose eco por doquier, confundiéndose con el desbocado latir de mi corazón. Recé porque respetasen nuestras banderas y mi corazón se iba encogiendo según pasaban los interminables minutos. No era la única, todos teníamos la yugular al descubierto.

—¡Todos a sus puestos, prevenidos! —Gritó Elsa, haciéndome pegar un brinco con su vozarrona. Escuché ecos similares en el resto de nuestra flota. El barco de Craig y el Ron avanzaron para intentar protegernos desde proa. Vi con atención los últimos arreglos en la posición de nuestras velas, oí el rodar de nuestros tímidos cañones preparados bajo nuestros pies, parecido al mecanismo de un reloj gigante. —Mantened las velas, ¡esperad mi señal! ¡Esperad mi señal! —insistió.

Subimos a la sobrecubierta, donde reposaba el timón, encima del camarote de Elsa. Ahí esperamos de pie. En teoría nosotros, el comité de bienvenida sólo lo conformábamos Sidgrid y yo, pero para protegernos, nos rodeaban nuestros instructores, Rudolf y Valeria, los guardias de Elsa, Nolan y Jan, Sam y la cirujana, que estaba ahí para atenderme en caso de que no pudiese soportar la presión. Las tres naves de Sauda que habían venido a recibirnos detuvieron su avance, y se creó una extraña calma. Respiré aliviada, y me limpié el sudor de las manos en los costados. Busqué algo de seguridad en Sam, y después clavé la mirada en Sidgrid y vi chorretones de sudor deslizándose por sus sienes. Parecía tranquilo, pero me resultó obvio que lo estaba fingiendo lo mejor que podía; necesitábamos permanecer todos juntos, mostrar nuestra buena fe.

—¡No bajéis la guardia! ¡Esperad mi señal!... —Repetía Elsa de vez en cuando, paseándose inquieta de aquí a allá, con su catalejo, haciendo señas a los demás barcos, comprobando el estado de nuestros aparejos, pendiente de cualquier avance, cualquier mínimo cambio.

Entonces, ocurrió.

Alguien gritó algo en uno de los barcos de Sauda, rompiendo la espera, los tambores volvieron a redoblar con un crujido al unísono y sus tripulaciones rugieron como una bestia marina.

—¡Despejad los cañones! —ordenó la Capitana y no bien hubo terminado de decirlo escuchamos una fuerte detonación. —¡Atención a las velas! ¡nos

vamos! —oí su voz desgañitarse.

El Bianchi comenzó a ir marcha atrás lo suficiente como para abandonar la protección del resto de nuestra flota, que flotaba frente a nosotros como escudos y virar su dirección, intentando escapar por la retaguardia, con la intención de acercarnos a la costa rodeando los barcos enemigos. Las otras dos naves iniciaron maniobras imitando la nuestra. Eran nuestro escudo, y debían protegernos. Oímos dos cañonazos más. Uno de los proyectiles cayó justo enfrente de nuestra embarcación y nos hubiera golpeado si Elsa no hubiese ordenado mover el barco. Oí gritos, ecos desde el resto de nuestra flota, entre los cuales juraría haber oído la voz de Craig, dando órdenes entre aquel barullo:

—Cañones a Babor, ¡Cargad! —Y no fue hasta que tuvieron a las naves de Sauda a la vista que escuché la orden. —¡Apuntad y disparad! —En el aire retumbaron detonaciones y silbidos. Tal vez demasiado lentos, demasiado tarde. Las naves Saudánicas volaban sobre el mar, directas hacia nosotros, y vi cómo una de ellas amenazaba con embestir el barco de Craig, que viró con brusquedad para evitarlo y escoró al intentar retomar su rumbo. Comprendí que se debía a un problema mayor: los de Sauda les había empezado a abordar, y yo solo pude observarlo con horror, desde la distancia.

Distraída y paralizada como estaba, no me había dado cuenta de lo que ocurría en mi propio barco. Con la confusión, la segunda nave Saudánica había encontrado una apertura y acabó por embestirnos a nosotros también.

—¡¡Cargad y disparad!! —berreó Elsa cuando ya era muy tarde, y no hubo tiempo. Arremetieron contra nosotros con tanto ímpetu, que nos salpicó una breve llovizna de agua y astillas y fue extraño que alguien hubiese sido capaz de mantener el equilibrio. Los atacantes no perdieron el tiempo. Aquellos marineros uniformados portaban sables y mosquetes, y habían entrado a matar, disparando a diestro y siniestro. Uno de ellos disparó al timonel, a nuestro lado, fallando por apenas centímetros.

—¿A qué esperáis, joder? ¡Defendedos! —Gritó Elsa, y nuestra tripulación pareció despertar del estupor.

Yo, en medio de todo, sentía que aquello no era real, era una película en tres dimensiones, no me estaba pasando a mí. Pero entonces a mis espaldas, Sentí el peso de Nolan, el guardia de Elsa, que con su corpulenta complejión acababa de protegerme de una estocada traicionera y ahora aporreaba a su oponente.

—¡Corred, a los botes! —Ordenó Valeria.

—¡Protegedles! —Recordó Rudolf, y me agarró del brazo para hacerme correr junto con ellos.

—¡Carga la ballesta, Sam! —Gritó Sidgrid cuando ya estábamos en marcha.

Mi marido obedeció y nada más cargarla tuvo que disparar a un marinero que venía de frente. Volvió a cargar, otro marinero menos, y tras otra carga, acabó con otro, de los pocos que todavía estaban en el aire, a medio camino entre los barcos. Estaba fascinada, ¿Era ese el mismo músico estudioso que conocía? ¿De dónde había sacado aquella destreza? Era increíble. A medida que despejaba el camino, se envalentonaba más. Cada vez que recargaba, apuntaba y disparaba, el tiempo parecía ralentizarse y los apenas cuarenta metros que nos separaban de los botes me parecieron largos como kilómetros. Estábamos apenas a centímetros de las lonas que protegían los botes, cuando otro grupo de marinos de Sauda se abalanzó sobre nosotros, intentando evitar que escapásemos.

Gwen y Valeria alzaron sus espadas hiriendo a un par de ellos. Otro, sin embargo, consiguió alargar su brazo hacia mi cuello, y gracias a que de nuevo el tiempo pareció ralentizarse, fui lo suficientemente ágil como para sacar las dagas de sus fundas y soltarle dos tajos. Mi mano derecha le cortó la muñeca: la izquierda, se clavó en su axila, y entonces, atacué otra vez, con la derecha, avanzando, sin apuntar demasiado y se la ensarté en el cuello. La sangre saltó de la herida salpicando, derramándose, caliente sobre mí. El marino puso un gesto indescriptible y se dejó caer. Tuve la tentación de quedarme observándole morir, pero no podía perder el tiempo.

La detonación de un mosquete hizo que mis oídos zumbasen dolorosamente, la cabeza pareció estallarme por el lugar donde tenía mi herida. No oí a nadie quejarse, así que asumí que aquel marinero había fallado el tiro. Cuando pude volver a mirar, vi al autor del tiro caer hacia atrás, con un proyectil de ballesta hundido entre sus ojos. Después de que este cayera, Rudolf derribó a otro más y Jan corrió a desatar las cuerdas y a preparar el bote. Sam y Valeria se unieron a él y todo lo rápido que pudieron, empezaron a arriarlo.

—Al agua, al agua, no podemos quedarnos esperando. ¡Saltad! —Gritó Jan— ¡Saltad todos mientras bajamos los botes! Nolan y yo debemos quedarnos a ayudando a Elsa.

A la de tres, saltamos por parejas, procurando no perder las armas. Primero fuimos Sidgrid y yo, después las dos mujeres, después Rudolf y Sam. El bote comenzó a bajar con demasiada lentitud para la prisa que teníamos, y algunos de los marinos de Sauda que habían caído al agua empezaron a nadar hacia nosotros. El bote se detuvo, escuchamos otra detonación, el quejido de Jan y entonces su grito: “¡¡Apartaos!!” El bote cayó entonces de golpe sobre el agua, salpicándonos y creando una confusión de agua y madera. No nos cayó encima por puro milagro. Desde ambos lados nos abalanzamos para montarnos en él. Una vez a bordo, nos miramos entre todos con urgencia.

—¿Está a salvo el bote? ¿Estáis todos bien? —susurró Gwen histéricamente.

Sin darnos tiempo a responder, escuchamos disparos golpear en el agua. Alcé la mirada y vi a otro marino saudánico que intentaba acertarnos con su mosquete. Sam fue rápido, el primero en recargar su ballesta y disparar, y celebramos cuando el marinero cayó por la borda. Le abracé y le besé.

Él pegó un alarido.

—¿Eh? —exclamó confuso, soltando la ballesta dentro del bote y palpándose frenéticamente hacia su abdomen, empapándose las manos inmediatamente del líquido rojo. Asustado, tomó aire por la boca. Se apretó, intentando frenar el flujo de sangre que le llenaba las manos.

—¡Sam! ¡Sam! —Grité, cambiándole el sitio bruscamente a Rudolf que se encontraba a su lado, provocando que el bote se agitase con violencia, pero tenía que hacerlo, debía estar a su lado.

—¡Se acercan, tenemos que remar! —apremió Sidgrid.

—¡Rema tú! —le espeté y me llevé una mirada de reproche.

Nadie dijo nada más. Valeria, Sidgrid y Rudolf comenzaron a remar, y yo no tuve más remedio que hacer lo mismo, pero lo hice sin apartarme de Sam, tras hacerle recostarse sobre mi regazo. Gwen, por su parte, le desató el pantalón y le levantó la camisa. Mientras remaba, no le aparté ojo. Tenía la herida del proyectil muy cerca del ombligo y su piel ya estaba amoratada a su alrededor. La sangre fluía moderadamente con cada latido de su corazón. Quise apartar la mirada, pero no pude. La cirujana le rasgó la camisa con su daga, partió varios trozos y mojó uno de ellos en agua de mar para limpiar la herida. Él giró la cabeza para mirarme, y estiró los dedos para intentar rozarme la cara, liberándome de la visión del agujero en su vientre.

—Me pondré bien, te lo prometo... —murmuró.

—Creo que le ha perforado el intestino —Comentó Gwen, sin tacto alguno.

—¿Lo ves? Ha sido en la tripa, —sonrió— me pondré bien... —El resto de personas en el bote me miraron con seriedad.

Contuve mis deseos de llorar, porque él me estaba mirando y no quería quitarle la esperanza, así que le sonreí de vuelta, a pesar de que sentía mi alma desgarrándose.

—Claro que sí... claro que sí. —Le tranquilicé mientras Gwen terminaba de convertir su camisa en trizas para hacerle un vendaje apretado.

—Debbie, déjame a mí el remo, —sugirió Gwen, con dulzura— es mejor que te ocupes tú de él, no estás en condiciones. Al fin y al cabo, como médica ya no puedo hacer mucho más por él, eh... por el momento. —Todos la miraron con dureza. Sus palabras se sintieron como alfileres bajo las uñas, pero mantuve el tipo por él, pretendí que no la había entendido, y suavemente, apreté a Sam por los hombros.

—¿Sammie, puedes moverte, cariño?

—Me duele mucho. —Apretó los dientes cuando intentó moverse para acurrucarse junto a mí. —Pero puedo, si así puedo estar contigo. —Sus ojos estaban brillantes, vidriosos.

Hubo una pausa en el remar mientras Gwen y yo cambiábamos sitios. Me coloqué en el suelo, en el espacio entre los dos asientos donde ellos estaban sentados para remar. Así, Sam y yo teníamos suficiente espacio para los dos. Abrí un poco las piernas, haciendo sitio para que pudiera recostarse encima de mí, con su espalda y cabeza apoyadas en mi pecho. Rodeé su torso con mis brazos, y bajé levemente mi cabeza, hundiendo mi nariz en su pelo. Aspiré su aroma, y le di un beso maternal.

—Tienes que descansar, mi amor, ¿vale?

—Estás tan guapa cuando me miras así... —Replicó, con ojos llenos de inocencia.

—Descansa... —le rogué.

—Bésame. —Me incliné y al hacerlo, noté sabor a hierro. —Te quiero, hadita.

—Te amo, Sam. —Mi voz se volvió aguda, por intentar reprimir el dolor.

—Yo también. —Desvió la mirada al cielo, observé su cuello al tragar saliva. —Estoy cansado.

—Duerme.

—Pero, vaya, ¿te imaginas cuando se lo contemos a nuestros hijos? Ahora los dos tenemos heridas de guerra, menuda aventura, ¿eh?...

No dijo nada más, y cerró los ojos, aunque seguía respirando. Le contemplé mientras estaba así. Su nariz, su pelo, la sombra bajo sus ojos, la barba de pocos días, sus labios rosados... mi mente se perdió recordando todas las canciones que habíamos cantado juntos, el triciclo en el complejo de los Ancianos, sus dedos bailando sobre las cuerdas de su guitarra, y sobre mi piel desnuda, sus lecciones de escritura, el reproductor de música que había “tomado prestado”, sus historias, sus abrazos y la inocencia, que yo le había robado... Me mordí los carrillos, y los labios, sentía la cabeza a punto de reventar. Todos me estaban escrutando con la mirada y yo no me atrevía a romper a llorar, porque no quería despertarle, aunque no sabía si volvería a hacerlo.

Maldije el momento en que llegué a aquel estúpido Reino, maldije el momento en que le encontré, cantándole canciones a un gato.

Perdí la pelea contra mis emociones y las lágrimas comenzaron a resbalarse por mis carrillos. Las enjuagué con mis muñecas y me llevé las manos a la cabeza. Cerré los ojos con fuerza. Quería dejar de verle, dejar de sentir.

Deseé haber muerto meses atrás.

Apreté fuerte mis brazos a su alrededor. Aún respiraba, aún estaba cálido, había esperanza. Vacié la mente y me dejé mecer con el oleaje. Cada vez más lejos de nosotros, había barcos hundiéndose y otros que se retiraban, pero por alguna razón nadie perseguía nuestro bote. Mis compañeros remaban en silencio y la costa parecía aún lejana. “Descansa” me dijeron, y les hice caso. Rendida, sucumbí casi al instante.

VENTISIETE

Por fin desperté, con las sacudidas del bote al acercarse a la playa, cuando los remos tocaron fondo. Habían pasado minutos, o tal vez habían sido horas. Sam, que había estado resguardando entre mis brazos, parecía seguir durmiendo, pero se me hacía más pesado, y yo no era capaz de distinguir su respiración. Grité, desconsolada, pero alguien en el bote siseó, para mandarme callar. Iracunda, grité otra vez.

—Déjala llorar, Gwen, acaba de perder a su marido. —Dijo Valeria.

—¡Si nos descubren por sus gritos no será el único que acabe muerto!

—¡Basta, Gwen! —Rudolf alzó la voz, cortante. Su habitual expresión afable había mutado a otra fiera y tan llena de enfado, que asustaba. Los balbuceos que la cirujana emitió al intentar protestar, sin embargo, me hicieron sentir algo mejor, dentro de lo que cabía.

Mis manos intentaron despertar a mi marido, pero no era capaz de notar su temperatura. Le abracé, achuchándole, y su cabeza se balanceó pesada e inerte.

—No... —sollocé— ¿Se ha ido? —Mi garganta seca dolía, apenas capaz de emitir un hilo de voz y mi cabeza dolía suave, pero persistentemente.

—Lo siento tanto, Deborah... —Sidgrid se estiró para tocarme y apretar mi hombro. Noté su sinceridad, y eso me confortó. Él también había perdido a su esposa no hacía tanto tiempo.

—Mira, con la herida que tenía no había nada que pudiese hacer, lo siento. Las cosas son así. —Fue lo único que se le ocurrió decir a la cirujana, en forma de disculpa, deduje. En mi cabeza busqué respuestas con las que hacerle daño, pero no me quedaban ganas, y teniendo el cuerpo de mi amor aún en brazos, no sentía que fuese lo más adecuado. —Pero, lo siento mucho, Deborah. —Añadió, y yo asentí aceptando sus condolencias. No quería dirigirle la palabra nunca más.

—Todos lo sentimos mucho, Sam es único. —Valeria se enjuagó unas tímidas lágrimas, e hizo el primer movimiento para abandonar el bote, tirando su remo a la arena.

—Sí, lo era. Lo siento de corazón. —añadió Rudolf, e hizo lo mismo. Su remo cayó pesado en la arena, salpicando y haciendo demasiado ruido. Oí voces y se me heló la sangre. Recordé que debíamos estar en la capital de Sauda.

—Creo que viene alguien. —Susurré.

—Hay que llegar a la playa, vamos, empujemos el bote a la arena, ¿crees que podrás ayudar, Deb? —preguntó Valeria.

—Sí. —Respondí. Pese a todo, no podía quedarme abrazando el cuerpo de Sam eternamente. Mis compañeros de embarcación me ayudaron a apartarlo de encima mía y colocar su cuerpo con cuidado, en el bote, y me ayudaron a bajar de él. El agua nos llegaba por la cintura.

Elegimos una zona rocosa donde sería fácil ocultarnos y a la de tres, todos empujamos la lancha y vadeamos tan rápido como pudimos hacia allí. En efecto, tardamos muy poco en tocar tierra. Dejamos el bote entre las rocas, con Sam yaciendo aún en él y todos observamos como Gwen lo ataba a las rocas, para evitar que se lo llevase la resaca. No podíamos perder el tiempo enterrándole con dignidad. Lo único que pude hacer, antes de abandonarle, fue cubrirle el rostro con el pañuelo de mi cabeza. Mientras lo hice, deseé que se moviese, que se sentara y me dijese que sólo se había quedado dormido, que ya se sentía mejor, que caminaría a mi lado y juntos salvaríamos Miurgel. Ansiaba ver su sonrisa guiándome al triunfo, me negaba a creer que no le haría el amor nunca más. Pero Sam no se movió, no fue así. Le besé a través de la tela, le revolví el pelo, y haciéndome la dura, le di la espalda al bote, y fui la primera en acercarse a la arena, ocultándome entre las rocas.

Continuamos avanzando, conmigo a la cabeza y no encontramos a nadie que opusiese resistencia. De hecho, no había un alma a la vista, a pesar de que yo había escuchado claramente ecos de voces antes de tocar tierra y estábamos a pocos metros de la ciudad. Me inundó la frustración. ¿Tan poco esperaban de nosotros que ni siquiera había nadie esperando a los supervivientes que llegasen a la costa? Grité, pateé la arena e imbuida por un instinto puramente suicida, corrí hacia el acceso a la ciudad, sin miedo, sin escuchar las voces de mis compañeros a quienes había dejado atrás, y en cuanto vi a la primera persona, alcé los brazos, e hice señas, quería que viniese a mí. Quería pelear durante todo el camino hasta el palacio. Se trataba de un hombre vestido de forma sencilla que había estado paseando a su perro y que pareció confuso y espantado a partes iguales cuando vio que me

acercaba.

—¡Hey! —Le grité, llevándome las manos a la cintura, donde tenía mis dagas. Antes de que hiciese algo estúpido, sentí brazos reteniéndome. — ¡Déjame ir! —protesté.

—¡No! ¡Vas a ponernos en peligro a todos, no lo entiendes? —Sidgrid hablaba con calma, pero me sujetó lo bastante fuerte como para conseguir frenarme. Mientras forcejeábamos, la mascota de aquel hombre corrió hacia el lado opuesto a nosotros, tirando de él y ambos se desvanecieron en alguna bocacalle de aquella caótica y retorcida avenida. Vi brazos y manos cerrando ventanas y puertas por toda la vecindad, a causa del tumulto. Al fin y al cabo, la ciudad no estaba tan vacía como había parecido.

Sidgrid me obligó a refugiarme junto a él y los demás bajo el tejadillo de una de las viviendas que se apretaban a ambos lados del camino. A pesar de las diferencias en altura y anchura de todas aquellas casas, todas estaban encaladas en blanco, lo que les daba un aspecto de falsa uniformidad.

—Hmm... —Gruñí.

—Bien, protesta todo lo que quieras, pero como sea, tienes que seguir a salvo hasta que llegemos a palacio. —Intervino Sidgrid— Sólo espero que esto haya sobrevivido también al viaje.

Introdujo la mano por el cuello de su “sudadera” y tras hurgar unos instantes, rescató un pliego doblado. Era el mapa de la ciudad. Me asomé para echarle un vistazo. Pese a que gran parte todavía era legible, estaba completamente empapado en una de las esquinas y todas las dobleces donde se había mojado estaban medio borradas o tenían la tinta corrida. Era lo único que teníamos para guiarnos en aquella enorme capital.

Perdí el interés al tiempo en que el resto del grupo se apelotonó junto a Sidgrid para intentar descifrar en que punto del mapa nos encontrábamos y hacia donde debíamos ir. A mí me daba igual. Quisiese o no, tendría que acompañarlos obedientemente, y me indicarían el camino cuando estuviesen listos. Aprovechando que estaban distraídos, me alejé de ellos, no demasiado, sólo lo suficiente, unos cuantos pasos, para poder echar un vistazo a las calles y callejones adyacentes, que guardaban un silencio falso, como si toda la ciudad contuviese la respiración. Apenas momentos después sentí el inequívoco apretar de hombros de Sidgrid, y torné hacia ellos, hastiada.

—¿Qué hace aquí fuera? Acompáñenos.

Se me heló la sangre.

Un grupo de guardias, encapuchados y embutidos en armaduras de grueso cuero negro, nos había encontrado. Sentí paz y resignación. Aquello era el fin. Tal vez pronto estaría al lado de Sam. Habían actuado tan silenciosamente, que habían sido capaces de desarmar y esposar con correas a todos mis compañeros, sin que yo me hubiese enterado. Como yo era la única del grupo que estaba visiblemente herida y no había opuesto resistencia, tan sólo me sujetaron con fuerza y por los codos, obligándome a emprender el camino junto a ellos, escalando por calles y avenidas empinadas, que se mostraban más animadas a medida que se alejaban de la costa.

Escoltaron nuestros pasos por lo que parecieron horas, y mientras tanto, tuve tiempo para estudiar a aquella gente: hablaban con un acento oscuro y cerrado, pero que podía entender. Sus joyas y atuendos eran ricos y sofisticados, pero parecían arcaicos, si lo comparaba con las prendas que usábamos en Miurgel. Se respiraba tal aire de comodidad y decadencia que no pude más que sentir rechazo.

Toda aquella gente dormía tranquila y con la alacena llena, sabiendo que mi pueblo se moría de hambre, aislado en mitad del mar. Esa era la gente que se llenaba la boca llamándonos piratas y condenando nuestros robos, mientras que al mismo tiempo se negaba a levantarnos el veto. La misma gente que prefería tratar a nuestro pueblo como una plaga, basada en mentiras y la manipulación de la historia. Eran los mismos que habían destrozado nuestra débil flota y matado a mi marido y a saber a cuántos más.

Cruzamos una plaza llena de puestos de mercado, bardos y juglares haciendo malabarismos, era una auténtica fiesta. ¿Celebraban lo que le habían hecho a nuestra flota? Fuera lo que fuese, nadie se inmutó cuando nuestro grupo cruzó la plaza, ni cuando nos hicieron detener, frente al portón de un edificio amurallado. Alcé la vista para intentar ver qué se escondía tras el muro. Pude distinguir sin problemas la parte superior del sorprendentemente enorme palacio, que al menos era diez veces el nuestro. Al menos. Giré la cabeza para observar la reacción de los demás. Salvo por Valeria, que se encogió de hombros, sólo encontré consternación. Sidgrid tenía la mandíbula tan tensa que sus labios parecían una línea curva.

Uno de los guardias que nos custodiaban se acercó al portón de hierro frente a nosotros y lo golpeó con el dorso de la mano. Se abrió un ventanuco amplio, protegido por una rejilla ancha, lo suficientemente grande para dejar ver al guardia que había al otro lado. Ambos hombres intercambiaron

susurros, y con una señal de la mano, nuestro grupo se acercó para poder ser inspeccionado. Con el mismo cuidado con el que me venían tratando, me empujaron suavemente para que el guardia pudiese verme de cerca.

—Yo...s...soy...—Balbuceé, intentando presentarme.

—No hacen falta presentaciones, pasen —respondió el guardia en la puerta y cerró el ventanuco. Tras una corta pausa, escuchamos chirridos mientras la puerta se abría. Entonces, nos dejaron pasar en grupo. Tras la puerta, los guardias portaban lanzas, y las enderezaron a nuestro paso, y casi me dio la sensación de que nos hacían una reverencia.

—¿Saben quiénes somos? —Preguntó Sidgrid entre dientes.

—A menos que tengan espías, es virtualmente imposible que nos conozcan. —comentó Rudolf.

—Shh. —Nos urgió el mismo guardia que había llamado a la puerta. — Por seguridad, es mejor guardar silencio.

Su recomendación me confundió aún más. ¿Por seguridad? ¿Se trataba de un aliado que desconocíamos? ¿Qué estaba ocurriendo en aquella ciudad? Según fuimos avanzando por puntos de control, los guardias seguían cediéndonos el paso sin hacer preguntas. Podía sentir la incertidumbre adueñándose de nosotros, el silencio era agobiante y yo confiaba en que todos estuviesen preparados ante una inminente emboscada. Sin embargo, las oportunidades de emboscada se sucedían sin que ocurriese absolutamente nada. Seguimos nuestro interminable camino, custodiados y para nuestra estupefacción, accediendo al corazón del palacio por puertas secundarias, aquellas reservadas para el servicio, o, supuse, para aquellos que iban a acabar presos en sus mazmorras. En verdad desconocía si aquel palacio las tenía, pero dada su magnitud y los vagos recuerdos que se despertaban de mi antigua vida, de visitas con colegios a castillos, me pareció lo más lógico.

Sí, tal vez podría reunirme con Sam muy pronto.

Llegamos al fin a una estancia de piedra, amplia, particularmente sobria y fría, escasamente iluminada, que tan sólo tenía dos entradas, aquella por la que habíamos venido y la puerta frente a nosotros, junto a la cual esperaban sus únicos muebles, un escritorio y un banco corrido de madera, frente a él. Desde ahí podíamos escuchar voces al otro lado de la puerta: una conversación en tono teatral. Entendí que se trataba de un juzgado, o algo parecido. Agucé el oído intentando descifrar de qué hablaban. Había algo en aquellas voces, que, tal vez, por el acento, o por lo exagerado de su

entonación, se me hacía muy extraño y me hacía encogerme con desagrado.

La pareja de guardias que se había encargado de mí me liberó de su custodia sin decir una palabra, invitándome a sentarme en el banco. Uno de ellos me preguntó algo, hablando tan rápido y con un acento tan cerrado que no lo pude comprender. Ante mi falta de respuesta, se arrodilló frente a mí y me tocó la cabeza, justo donde aún tenía el emplaste seco pegado, y apretó.

Grité de dolor, gritaron los demás en protesta y entonces se desató el caos. Rudolf y Sidgrid patearon y mutuamente se ayudaron a zafarse, y empezaron a enfrentarse a los guardias, y al mismo tiempo, Valeria, que también había logrado despojarse de sus correas, desató a Gwen que vino directa a mí, a atender mi herida, aprovechando que el guardia que me había herido se había enzarzado en la pelea, donde Valeria ahora también repartía leña.

Por culpa del revuelo, la conversación al otro lado de la puerta cesó, y escuché el típico murmullo y desconcierto del público cuando sabe que algo chungo está ocurriendo. La puerta se abrió poco después, trayendo consigo más guardias, blandiendo sus espadas.

—A tomar por culo. —Gruñó Gwen. Por una vez, estuve de acuerdo con ella. Me entró un arrebató de coraje. Agradeciendo que los guardias me hubiesen visto demasiado débil como para necesitar desarmarme, y desenfundé una de mis dagas, la que tenía los granates incrustados. Le entregué la daga con los triángulos de ámbar a Gwen.

—Vamos, aún podemos hacer algo. —Ella asintió, y nos levantamos a la vez, directas hacia los guardias contra los que forcejeaban nuestros camaradas.

Golpeé con la empuñadura de mi daga a uno de ellos, que se giró en aquel momento para atacar. Giré la daga en la palma de mi mano, lista para apuñalarle y entonces él soltó su espada y se arrodilló en el suelo.

Me quedé con el brazo extendido en el aire, alucinando, porque a continuación todos los demás rindieron sus armas. En un instante, aquellos guardias que habían entrado por la puerta se habían arrodillado en el suelo, en un acto de sumisión, y los que nos habían llevado hasta ahí, me miraban con suspicacia. Lentamente relajé mi brazo, aún sin soltar mi daga.

—¿Qué narices está pasando aquí? —grité, harta, furiosa. —¿Por qué nos habéis traído hasta aquí? ¡Cobardes, decid algo! ¿Vais a atacar o no?

No me respondió nadie. Los forcejeos se detuvieron bruscamente y la sala

se llenó de miradas extrañadas, y atónitas. Harta de esperar una réplica que no llegaba, reparé en que no me miraban a mí, sino a lo que había detrás de mí, pues la puerta seguía abierta. Sentí un escalofrío, y me giré de un salto, protegiéndome la cara de un hipotético ataque al descubrir más personas a mis espaldas. Entonces, lo entendí todo, y grité de terror.

Tan sólo que, no abrí la boca, ni emití ningún sonido por mi garganta.

Había gritado yo, pero no era yo.

Era la persona frente a mí.

Como un espejo de carne y hueso.

La Daga se me resbaló de entre los dedos, y ahí se quedó, en el suelo.

“El Monarca” estaba ahí. Era una mujer, era yo. La misma altura, la misma forma física, misma piel oliva, pelo negro y ojos rasgados, negros como el ébano.

Ella también me analizó de arriba a abajo, mientras la mandíbula le temblaba.

—¿Qué es esta hechicería? ¿Quiénes sois? —exclamó, con una voz idéntica a la mía, salvo por el exótico acento.

—¿¡Quién eres TÚ!?! —Repliqué y miré hacia atrás, a Sidgrid y al resto del grupo, preguntándome si tenían idea alguna de que algo así fuese a ocurrir. Por lo que parecía, estaban igual de sorprendidos que yo. Al menos, Sidgrid reaccionó y se adelantó hasta mi altura.

—Somos el Rey Sidgrid de Miurgel y mi primera consejera, Deborah... de Miurgel. Las personas que nos acompañan son nuestra guardia privada. Hemos venido a parlamentar.

—¿Cómo demonios habéis llegado hasta aquí, con trucos de magia? ¿Pensáis que no íbamos a mataros, sólo por traer a una bruja disfrazada de mí?

Por detrás nuestra, los guardias se levantaron, volviendo a las armas. La Monarca hizo un gesto con la mano.

—¡Marchaos! ¡Anulad el resto de audiencias! —Ordenó y esperó a que se marchasen por la puerta y se aseguró de que ésta estuviese cerrada antes de continuar. —¿Miurgel? ¿Cómo puedo fiarme de que sois quienes decís ser, de que esta mujer no es un truco enviado por nuestros enemigos?

—¡Ah! —Exclamó Sidgrid, pareciendo avergonzado. —Disculpádmí fallo, pero ante vuestra apariencia pensé que no sería necesario. —Se metió la mano por el cuello y rebuscó de nuevo dentro de su sudadera azul, que a

aquellas alturas parecía un bolso mágico. Casi de inmediato, extendió hacia fuera su medallón, que le identificaba irrefutablemente como Rey. —Es la costumbre, pues mi consejera aquí presente sabe quién soy y como las dos sois iguales, supuse que... —Se justificó, pero fue disminuyendo el volumen de su voz hasta que el final fue casi inaudible. Se acercó a nosotras y yo me aparté hacia un lado, para dejar que mi doble examinase de cerca la insignia.

—¿Puedo? —Preguntó la Monarca, tras sujetar el medallón con firmeza entre sus manos. Sidgrid sujetó la cadena dorada y movió la cabeza para invitarla a hacer lo que quisiese, así que ella intentó doblar el colgante, empleando toda la fuerza que pudo. Como fue incapaz de romper o doblarlo, lo siguiente que hizo fue usar uno de sus anillos, que tenía una piedra preciosa negra, un diamante, supuse, e intentó arañar la superficie. Después de intentarlo un par de veces y examinar muy de cerca la pieza, le dio el visto bueno y se la ofreció de nuevo a mi Rey.

—Siento haber dudado de vos, Rey de Miurgel. —Habló de nuevo, pero en esa ocasión utilizó una voz exagerada, igual que habíamos podido escuchar antes y aunque “verme” actuar de forma tan artificial me causaba rechazo, me sentí aliviada. —Y vos, sinceramente, ¿no sois un engaño? —Me preguntó. Pensé en responderle con la misma teatralidad, pero en el último momento sospeché que no era buena idea.

—No, ¡por supuesto que no!

—Entonces, ¿puedo tocaros? ¿No me pasará nada? —Me estremecí, no sabía si esa era buena idea, miré de reojo a Sidgrid, sus ojos estaban brillantes, como si de verdad “esperase” que algo así ocurriera. Cerré los ojos, dejé escapar un suspiro y los abrí de nuevo. No tenía nada más que perder. Si llegaba un rayo y me partía, tanto mejor.

—Adelante.

—No te haré daño. —Me susurró, al notar mi nerviosismo— No quiero acabar maldita.

Sujetó mi cabeza por la barbilla, y me examinó desde todos los ángulos, llena de curiosidad, me pellizcó las mejillas, me tiró suavemente de las orejas, acarició mi cara, pasó su dedo por la nariz, repasando el contorno del hueso que menos nos gustaba de ella y la hacía parecer tan grande, de lado.

—Qué te ha pasado, ¿estás herida? —Susurró, al pasarme la mano por encima del apósito en la cabeza. No esperó a que respondiese, y continuó examinando mi pelo, desenredándolo entre sus dedos, oliéndolo. Después

comenzó a bajar sus manos por mi cuello, mi cuerpo, tocándome con firmeza por encima de la ropa, noté cómo se sonrojaba, igual que yo.

Podría decir que me terminé de relajar, ante la extraña y morbosa sensación de mi reflejo inspeccionando mi cuerpo. Deseé poder hacer lo mismo, incluso se me pasaron por la cabeza mil ideas indecentes, y es que estaba despampanante, con un traje ajustado muy parecido al uniforme de los guardias, reforzado por piezas de cuero de color rojo vino que la favorecía muchísimo y que no sabía que me pudiera sentar tan bien, teniendo en cuenta nuestras curvas y estatura. Llevaba además su collar dorado que la identificaba como Monarca cubriéndole el pecho, el reluciente pelo en una coleta alta y una corona en forma de diadema, tan intrincada como el collar con el que hacía juego, sobre la cabeza y su maquillaje era impecable. Me encantó verme tan guapa, mucho mejor y tan diferente de lo que veía en las planas y deformes reflexiones en los espejos.

Me encontré húmeda, ansiosa, mareada. Cuando ella dio por concluida su inspección, viendo que no había trampas en mí, clavó sus ojos en los míos, y no pude discernir si había fascinación, como la mía, u horror en ellos. Tal vez una mezcla de las dos.

—Por todo lo infinito, te ves horrible, ¿Qué te ha ocurrido? —musitó, como si estuviese hablando consigo misma. O al menos, así es como yo me sentí al responderle.

—¿Tienes la más mínima idea de todo lo que he tenido que pasar por tu culpa? ¿Sabes cuánta gente ha muerto siguiendo órdenes tuyas? ¿Eres consciente de que eres la causante de que mi pueblo se muera de hambre?

—¡Mientes! ¡No es posible! —Se apartó de mí y me dio la espalda. —Yo no he hecho nada malo, sólo protejo a mi gente. Todo el mundo sabe que los piratas de Miurgel son sanguinarios y se ensañan robando nuestros puertos y embarcaciones, matando y torturando a nuestros inocentes ciudadanos casi todas las semanas, ¿cómo os atrevéis a venir ante mí?

—¡Eso es mentira!

—¿A quién pretendes engañar? Los de Miurgel sois una plaga, nacidos de la inmundicia de una familia de asesinos. Estáis podridos de las riquezas que nos robáis, disfrutáis derramando nuestra sangre una y otra vez.

—¡Pero eso es falso! —Me desesperé y la agarré del brazo. —Por favor, ¡escúchanos! Nuestro pueblo ni siquiera tiene recursos para salir de expedición tan a menudo, vosotros acabáis destruir nuestros últimos barcos.

—¿Vuestros últimos barcos? ¿Te estás riendo de mí? ¡La semana pasada nos robasteis tres!

—¡Eso es imposible!

—Monarca. —Intervino Sidgrid, viendo que nuestra discusión no llevaba a ningún lado. —No niego haber enviado expediciones en el pasado, con el objetivo de apropiarnos de algunos recursos. —Ella pareció satisfecha por sus palabras, e hizo un gesto con su cabeza para que continuase hablando. —Pero os aseguro que lo que mi consejera afirma es cierto. Mi Reino, Miurgel es pobre, diminuto e infértil, y ha sobrevivido de milagro desde que vuestra casa y las casas vecinas nos expulsaran del Continente por una falsa acusación.

—Conozco la historia, Rey Sidgrid.

—¿Conoces también la parte en la que se revela que todo fue una trama para que vuestra gente se pudiese repartir el extenso territorio de los Nassir después de expulsarles? ¿La parte en que se prohibió el comercio cuando el pueblo dio señales de haber sobrevivido? —Añadí.

Ella se llevó la mano a la boca, pensando en lo que acabábamos de decir. Me examinó de nuevo con su mirada, e hizo lo mismo con el Rey, y el resto.

—¿Qué más cosas no sé?

—Mi gente es tan pacífica que siempre se ha avergonzado de tener que robar para subsistir. Por eso hemos mantenido siempre los mismos viejos barcos, robado siempre lo mismo, grano, especias, fruta, ganado, tan solo alimentos. —Contestó Sid.

—Lo mínimo para mantenernos. —Continué yo. —Yo llegué hace poco, pero os aseguro que es cierto, los Miurgelitas son tan inocentes que cuando supe cómo recibían sus suministros no sabía si patearles el culo por lo blandos que son.

—Mis expediciones ni siquiera llevaban armas a bordo.

—Exacto, sólo en esta ocasión hemos venido armados, y tras mi insistencia. Pero desde luego, no han servido de mucho.

Dejamos a la Monarca reflexionar sobre lo que habíamos dicho. Con el puño cerrado frente a la boca, su dedo índice bailoteaba acariciándose los labios.

—Por lo que me consta, podríais estar diciendo la verdad. Sin embargo, no puedo tomar ninguna decisión yo sola. ¿Aceptaríais apelar vuestro caso frente a mi Consejo?

Aquello era precisamente lo que más ansiábamos.

Había resultado más fácil de lo que esperaba. Pero había sido cuestión de suerte. Suerte de tenerme a mí, idéntica a Dayton, quien no se atrevería a hacerme daño ni causarme ningún mal, por miedo a que le cayese una maldición. Si tan sólo hubiésemos hecho caso a Sidgrid antes...

Dayton, que así se llamaba, abrió la puerta tras la cual dirigía sus audiencias y se encontró con los guardias apelmazados intentando enterarse de lo que había estado ocurriendo al otro lado. Tras unas palabras con ellos, éstos marcharon a convocar el Consejo. Mientras tanto, ella personalmente nos llevó a otra estancia, presidida por una gran mesa y varias butacas dispersas, como en un cine. Invitó a Sidgrid y a mí a sentarnos a la mesa, y nuestra guardia y la cirujana se acomodaron en las butacas. No hace falta decir que vernos a Dayton y a mí juntas causó también una conmoción entre los miembros del consejo. Con todo, finalmente los ánimos se tranquilizaron lo suficiente como para poder parlamentar.

Nosotros fuimos tan transparentes como nos fue posible. Con la mayoría de nuestra flota destruida, a Sidgrid y a mí no nos importó dar detalle del tipo de barcos que la componía y su antigüedad, y todo lo necesario para que ellos pudiesen identificarlos con sus registros de incidencias y terminar de verificar que nuestra versión de la historia era completamente cierta. No hizo falta una extensa investigación para concluir en que algo iba mal: alguien más estaba cometiendo ataques reales de piratería bajo nuestro nombre y bandera.

—Fueron los Sauda quienes decidieron conspirar para arrebatarse el trono a los Nassir y repartirse su territorio. —Intervino Sidgrid— Ahora Sauda controla toda la costa y es un Reino rico, sin duda ¿Quién puede asegurarnos que no vuelva a ocurrir lo mismo que les ocurrió a mis antepasados, los Nassir y que las tornas se vuelvan en contra de Sauda? ¿Y si los nuevos vecinos del norte quieren controlar el mar?

—¿Imaginas perder tu reino y monopolio marítimo de la noche a la mañana y todo el derecho a comerciar? —dije, con toda la intención. — Podrías acabar igual que yo, luchando porque mi gente no muera de hambre.

—Eso no pasará. —Replicó Dayton, algo ofendida.

—Eso pensaron mis antepasados. Confiaban en sus vecinos y tus antepasados decidieron que querían quedarse con lo que tenían. —Continuó mi Rey. —Has de pensar que las acciones de tus antepasados crearon un precedente que, ahora mismo, os convierte en objetivo.

Comprobé satisfecha como aquellas palabras calaron en el consejo

saudánico, que, influido también por mi apariencia, las aceptaban de buena gana.

—Monarca Dayton —Habló un miembro del consejo, el cual era un hombre de mediana edad con pelo corto y oscuro. —¿Puedo hacer una propuesta?

—Adelante. —Respondió ella.

—Propongo restablecer el comercio y la paz con el Reino de Miurgel, a cambio de su exclusividad y de que acepten trabajar para nosotros, en colaboración específica con esta investigación.

—Me parece correcto. —Asintió Dayton. —¿Que opináis vosotros?

—Es justo lo que veníamos buscando, Monarca Dayton. —Reverenció Sidgrid.

— *No.* —Repliqué— Eso es tan solo lo mínimo que veníamos buscando. Dayton, mírame. —Dije, desafiante. —Entiendo tus razones, entiendo tu miedo al atacar nuestras naves, pero piénsalo. No solo hemos perdido barcos, hemos perdido a nuestros seres queridos, no solo hoy, sino años tras años de expediciones aplastadas sin miramientos por vosotros, por negaros a escuchar nuestra verdad. —Obtuve enseguida la atención de todos, y seguí hablando, inspirada.

—Antes de llegar, antes de conocerte, te odié, te odié con todas mis fuerzas. Mi marido acaba de morir entre mis brazos y ahora su cuerpo reposa en vuestra playa. Vine armada, dispuesta a asesinar a cualquiera que se cruzase en mi camino, hasta que vuestra guardia nos encontró. Te odié porque tu flota había atacado a la nuestra, incluso cuando veníamos con banderas blancas, en son de paz. Te odié porque sentía que tu Reino no nos dejaba salir adelante, tan sólo por una historia llena de mentiras. Te odiaba porque pensé que eras un Monarca despreciable que disfrutaba manchando sus manos de sangre inocente. Pero ahora, Dayton... míranos, ¡somos iguales!

» No entiendo por qué somos iguales, ni qué capricho del destino me ha traído hasta aquí en este momento, pero ahora, todo el odio que tenía, se ha ido. Ahora que conozco tus temores, te entiendo. Cualquier precaución era poca para proteger a tu gente. Yo hubiese hecho lo mismo, seguro. Y... —Enmudecí, perdiendo el hilo de mis pensamientos. Entonces las palabras volvieron otra vez a su curso. —Dayton, no te odio, te perdono. Eres buena persona. Olvídalo todo, te lo perdono. Todo.

—¿Qué? —ella, que había estado escuchándome hipnotizada, abrió los ojos de par en par, y a continuación empezó a parpadear rápidamente intentando disipar sus lágrimas.

—No entiendo nada. —Escuché a alguien protestar.

—¿Entonces qué? —gruñó alguien más.

—Deborah, ¿Qué estás haciendo? —Me reprendió Sidgrid. Su mirada se volvió dura, y noté su rostro contrayéndose por una incipiente rabia que yo no comprendía. —Estás echando todo a perder, ¡todo! ¿Eres idiota? ¿Vas a dejar que Sam haya muerto en vano?

Me levanté de mi silla y le partí la cara de un guantazo.

Dayton se tapó la boca con las manos, sacudiendo la cabeza, completamente confundida, igual que el resto de los presentes, pero a diferencia de ellos, ella se esforzó por procesarlo. Sidgrid se tocó la mejilla, completamente atónito.

—Pensé que eras más lista, Deborah. Teníamos un acuerdo sobre la mesa, ¿y dices que no? ¿Y qué le perdonas todo? —Gruñó— Vámonos, hemos venido a perder el tiempo, admitamos que ya no hay salida. Lo único que se me ocurre es que intentemos encontrar otro lugar que colonizar y con suerte, todo Miurgel morirá en alta mar. —Se levantó arrastrando su silla con un desagradable ruido y me agarró del hombro para obligarme a caminar junto a él hacia la salida. Otra vez sentí un rechazo profundo, que me revolvió las tripas.

—¡Alto! —Gritó Dayton, que había sido capaz de secarse las lágrimas antes de estropearse el maquillaje. —¡Alto! —insistió, salvándome de la situación y él se detuvo. —Ella tiene más derecho que tú a llevar ese emblema colgado al cuello, desde luego, ¡es igual que yo! Suéltala y compórtate, Rey de Miurgel, no vayas a ser TÚ quien eche por tierra el nuevo acuerdo. Ahora siéntate, y escucha mis nuevos términos.

Minutos más tarde, el acuerdo se había dejado por escrito en un pergamino, que tan sólo necesitaba mi firma y la de Sidgrid, para hacerlo oficial.

El Reino de Sauda se comprometía a levantar el veto comercial al Reino de Miurgel, a cambio de olvidar las diferencias históricas. Al mismo tiempo, y como disculpa por el daño a nuestra flota y población, nos hacían donación de cinco bergantes y dos Galeones llenos de provisiones, para ayudar al Reino a reponerse y seguir adelante con su actividad comercial, y se

comprometían a abrir futuras rutas comerciales con otras partes del continente.

Además, a título personal, Dayton envió la orden a efecto inmediato de enviar un par de barcos en busca de supervivientes, para repatriarlos, y nos acompañaría personalmente, en cuanto firmásemos el tratado, a recuperar el cuerpo de Sam, para darle un entierro digno y permitió a nuestro grupo acogerse en su palacio para poder incinerarle y entregarme sus cenizas, antes de partir de vuelta.

Abrumado por todos aquellos resultados, Sidgrid insistió en que lo mínimo que podíamos hacer para agradecer aquel acuerdo, era colaborar en la investigación sobre los impostores que se hacían pasar por piratas de Miurgel en alta mar. Al final le di la razón, necesitábamos limpiar nuestro nombre y demostrar nuestra inocencia ante Sauda y el resto de Reinos.

Leímos el acuerdo corregido y lo firmamos: seis copias diferentes, en frente de un Notario. Nuestros compañeros aplaudieron desde las butacas. Al fin, lo habíamos conseguido. Busqué dentro de mí la felicidad que esperaba sentir por ello, pero no fui capaz de encontrarla. Nos invitaron a beber para celebrarlo, con vino, pero yo me negué. Tan solo quería abrazar a Sam por última vez, antes de ofrecerle un funeral, antes de tener tan solo sus cenizas como recuerdo de nuestro amor.

Tal y como había prometido, Dayton nos acompañó entonces al exterior, donde nos esperaban dos carruajes, y pusimos rumbo a la playa, siguiendo nuestras indicaciones para encontrar el punto exacto donde habíamos pisado tierra. Llegamos a las rocas donde le habíamos dejado y encontramos el cabo con el que habíamos atado el bote, pero el bote no estaba.

—¡Gwen! —llamé. —¿Cómo hiciste el nudo? Ataste el bote, ¿verdad?

—Claro que lo até.

—¿Y por qué no está!? —La garganta me dolió.

Rudolf tiró del cabo, que era bastante largo, pero estaba podrido en diferentes zonas, como aquella por donde se había terminado rompiendo.

—Viendo como está esta cuerda me sorprende que Gwen haya podido hacer nudos con ella. —Declaró.

—¿Ves? No todo es por mi culpa, Deborah, hice todo lo que pude.

—Deborah, debe haberse ido a la deriva, —explicó Sidgrid— seguro que podremos encontrarlo. ¿Verdad, Monarca?

—Sí, puedo organizar una partida de búsqueda. No creo que se haya

podido ir muy lejos, seguro que lo encontramos cerca de la costa.

Chasqué la lengua, y me invadió el desconsuelo. Me dejé caer de culo en la arena y me acurruqué intentando mirar en la distancia, intentando encontrar el bote en algún lugar del horizonte. Agotada, al final rompí a llorar.

—Sidgrid, déjala en paz. —Escuché decir a Valeria, a mis espaldas. —Déjala en paz. —Me dejaron a solas.

Pasé lo que me pareció una eternidad llorando a solas, mirando sin éxito al mar, hasta que la cabeza me dolió y mis ojos se volvieron demasiado sensibles como para permanecer abiertos. Cansada y harta, me levanté y me sacudí la arena. Busqué con la mirada alrededor mía. Mis compañeros se habían marchado todos y tan sólo había un carruaje, que me había estado esperando. Su conductor me saludó con una reverencia cuando me acerqué y abrió la puerta para dejarme entrar. Dentro, con una tímida sonrisa, me esperaba Dayton. Una vez me senté, golpeó con los nudillos el techo del carruaje y éste se comenzó a mover.

—No podía dejarte sola.

—Gracias. —respondí, y sonreí.

—Nadie sabe que he vuelto a recogerte. Según a todos les consta, me he retirado a mi dormitorio, porque el día ha sido agotador.

—Sí, desde luego que sí.

—He organizado una cena para todos, pero si lo prefieres puedes cenar a solas.

—Creo que eso es lo que más me apetece, en verdad.

—Sí, o puedes cenar conmigo. Si quieres.

Nos miramos con intensidad. Volví a sentir lo mismo que cuando inspeccionó mi apariencia, horas antes. No dudé de mi respuesta.

—Sí, pasaré la noche contigo. —Ella sonrió y se mordió los labios.

—¿Puedo...? —Me acerqué a su rostro, las palmas de nuestras manos se tocaron, y entonces los dedos se entrelazaron. Entonces, nos besamos.

En privado, en su dormitorio, tras la cena y el baño, nos desvestimos la una a la otra y como si fuese lo más natural, exploramos nuestros cuerpos, exactamente iguales. Las dos sabíamos exactamente dónde tocar para ayudarnos a relajarnos. Nos consolamos mutuamente y al terminar, ella me enjugó las lágrimas y me arropó para dormir. Agotada, me dormí enseguida, sintiendo por fin algo de paz. Entonces, en sueños, lo recordé todo.

La piel oscura de Sidgrid sobre la mía, su cuerpo embistiéndome y su

mirada perdida en la pantalla de mi ordenador. Pensé que quizá le gustaba ver su reflejo mientras me follaba. Me hizo gracia y le llamé, o más bien, en mi sueño, vi cómo le llamaba.

—Ry, Ryan cielo, ¿qué haces? ¿Qué miras?

Sí, Ryan, ese era su nombre, en el lugar de donde había venido yo.

Conocí a Ry en el trabajo. Yo era una administrativa en una escuela cualquiera. Lo típico, escribir las actas, archivar el papeleo, coger citas para las reuniones de los padres con los alumnos, coger llamadas, organizar viajes. El trabajo nos lo dividíamos mi compañera Marsia y yo. Y Ry era el celador, y el mecánico, el que lo arreglaba todo, incluso los ordenadores, como el mío, con el cual me había hecho un favor.

Yo vivía sola, mis padres vivían su vida de jubilados en la costa en Margate y apenas se preocupaban por su hija, a kilómetros de distancia. Como vivía sola y no tenía mucha idea, le había pedido a Ryan hacía poco que me ayudase a arreglar mi portátil, que iba muy lento. Pero como acabábamos de empezar a salir, se le ocurrió regalarme un ordenador nuevo, de escritorio, que había colocado ahí, frente a mi cama.

Mi relación con él era algo rara. Él había comenzado siendo muy cariñoso, lo normal, pero siempre, siempre, se empeñaba en pagarme todas las cosas. Que si los cafés, que si las copas, el cine, las cenas juntos. Le encantaba mandarme mensajes a todas horas, incluso cuando estábamos a pocos metros, en el trabajo, y le encantaba que le enviase mis selfis en pelotas o haciendo guarrerías. Vaya que sí le gustaban, a veces me pedía aquellas fotografías con tanta insistencia que me asustaba, pero por lo bueno que era en la cama, valía la pena la recompensa. Aquellos polvazos...

Mi sueño cambió, ahora estábamos los dos en los sofás de una discoteca en la que no había estado nunca antes. Las luces bailaban a nuestro alrededor, llenándonos de brillos mientras nos dábamos el lote y su mano se colaba bajo mi ropa. Junto a nosotros había otra pareja que también se estaba dando lo suyo, la chica estaba a punto de desabrocharle los pantalones a su pareja, pero entonces, aquel hombre le dijo algo a Ryan. Él me miró, sin mi permiso me subió el jersey y el sujetador y exhibió mis tetas ante aquellos desconocidos, ahí en medio del local. Aquellas dos personas vinieron a por mí, dispuestos a metérselas en la boca, pero yo me asusté, y hui al cuarto de baño. Ry vino detrás de mí y me echó la bronca por dejarles a medias. Que sabía por qué estaba ahí, me dijo. Entonces me arrastró al coche, me obligó a hacerle una

mamada, le dije que no, que lo dejábamos.

Me empujó fuera del coche en marcha, me dejó tirada, abandonada, muerta de frío, miré mi móvil para encontrar el camino de vuelta, y recibí su primer mensaje de odio. “No sabes lo que has hecho, cerdita”

Aparté la mirada de aquella pantalla, para no ver aquellas palabras y me encontré de nuevo en mi sala de estar.

En mi mano, mi móvil ardía y vibraba sin cesar por las notificaciones. No solo eran los mensajes de Ryan. Aquello había explotado en apenas unos días. Todas mis fotos se habían colado en Internet y me publicitaban como prostituta. Lo había hecho Ry. No solo había publicado mis selfis. Desde el ordenador que me había regalado, con su webcam, me había grabado por horas. Todas nuestras relaciones, cuando me desvestía, cuando usaba mis juguetes, sin que yo lo supiese. Mi dirección y mi teléfono fijo se había filtrado. Cientos de hombres me enviaban mensajes, había gente esperándome fuera, sin poder acercarse gracias al sistema de códigos de mi portero automático, pero si salía a la calle, sabía que me harían daño.

Mi teléfono sonó de nuevo, era del colegio. Me habían despedido. Intenté llamar a mis padres, para contarles lo que sucedía, para encontrar consuelo, para pedir ayuda, pero jamás respondieron. Llamé a mi amiga Marsia. “Te lo mereces por guarra, me das asco” fue su respuesta. Tiré mi teléfono, que no paraba de sonar, pero cuya batería no se agotaba. Tan solo mantenía encendido por si mis padres se dignaban a llamar. Desesperada, abrí el botiquín de la cocina y las encontré. Las pastillas para dormir, los analgésicos. Afuera llovía a cántaros. Volví a preparar mi taza de café especial, mirando el agua acumulándose en el patio de luces. Cerré mis ojos, y cuando los abrí noté el agua rodeándome, llenando mis pulmones.

Al fin era libre.

Desperté.

Ya no sentía nada.

VENTIOCHO

A primera hora de la mañana, la Monarca llamó a sus médicos para que me atendiesen la herida en la cabeza. Mientras los médicos entraron, los cuales eran un hombre adulto y una chica joven que se le parecía mucho y yo asumí era su hija y aprendiz, Dayton se escondió, para que no sospechasen de que yo era su doble. Tan sólo el consejo y algunos de los guardias conocían de mi existencia, y la “versión oficial” del incidente del día anterior era que alguien del servicio había intentado sublevarse, y había conseguido herir a la Monarca en la cabeza. Por supuesto, se referían a mi herida.

Teniendo en cuenta que pensaban que la herida era reciente, los médicos se sorprendieron por su aspecto. Según me dijeron, estaba amoratada y amarilleaba. La chica repitió el afeitado en la cabeza, que Gwen había hecho con lo primero que pilló en el barco, para poder curarla mejor. Con sus navajas, raparon un trozo amplio cerca de la frente que hacía que pareciese tener unas entradas considerables en ese lado de la cabeza.

—¿Ha intentado usted cortarse el pelo? —Preguntó el médico.

—Eh... yo...—balbuceé, sin saber si sería una buena idea responder.

—No se preocupe, Monarca, podrá ocultarlo. —me interrumpió la joven, salvándome. —Seguro que con su corona será imposible que se vea. —Yo asentí, cabizbaja y les di las gracias antes de que se marcharan.

—Lo has hecho muy bien. —Sonrió Dayton cuando salió de su escondite, tras un conveniente biombo que tenía aparcado en una esquina de su dormitorio. —Seguro que nadie sospecha de ti.

—¿Qué van a pensar cuando me vaya y vean que tú no estás herida?

—No sé, ya se me ocurrirá algo. Al fin y al cabo, soy la Monarca y se creerán cualquier cosa que les diga. Soy muy buena en ello. —Se acercó y me revisó la cicatriz llena de puntos. —Hmm...

—¿Se ve muy mal?

—Es mejor que antes, desde luego. Pero eso que te han hecho en el pelo... no me sienta nada bien. Te. —Se corrigió. —Se ve que no son buenos estilistas. Por suerte, yo sí que lo soy. ¿Me dejas intentar algo?

—¿Por qué no? —En verdad, me daba bastante igual.

Al lado izquierdo de su enorme y endoselada cama, tenía un conjunto enorme compuesto de dos armarios, tres cómodas altas y un tocador con un gran espejo. Se acercó a rebuscar en una de aquellas cómodas, y sacó una bolsa de satén. Vino hacia mí con ella, y al abrirla reveló en su interior varios utensilios para cortar el pelo, capa incluida. Me la puso, y me pidió paciencia. Cepilló mi pelo, lo dividió y me rasuró todo el lateral, hasta detrás de la oreja. Podía ver en su cara que se lo estaba pasando en grande. En el lado opuesto, se atrevió a hacerme trenzas de raíz y las llenó de cuentas y adornos. Al terminar, me cepilló y limpió, y corrió de nuevo hasta su tocador, donde buscó en sus joyeros y encontró una cadena fina y dorada, y un prendedor en forma de rosa. Con esmero, me lo colocó en el pelo, de manera que la cicatriz quedaba oculta por la flor.

—Ya estás lista. —anunció al terminar.

—¿Siempre has sido peluquera?

—Una tiene que tener sus aficiones, o la vida en palacio se hace insufrible. ¿Quién crees que me mantiene siempre impecable? Yo misma, por supuesto. —Me miró con ojos brillantes y me acarició el pelo recién cepillado. —Ven, mírate en el espejo.

Fue un poco sorprendente verme por fin en un espejo de verdad tras aquella odisea, y teniendo a mi doble, ahí a mi lado. Me encontré arrugas y resequedad en la piel de la cara y unas oscuras ojeras que no estaban antes y me diferenciaban de la Monarca. Fue tal la impresión que casi ignoré por completo el hecho de que, tras el arreglo de Dayton, mi pelo, que además se había aclarado a un tono castaño oscuro con las puntas aún más claras, ahora me daba un aspecto salvaje y a la vez elegante. Ahora tenía aspecto de guerrera. Y me gustaba. Si Sam pudiese verme, se volvería loco.

Sentí una punzada en el corazón al recordarle. Tan solo horas antes, él había muerto en mis brazos y no habíamos podido encontrar su cuerpo. Yo quería tenerle de vuelta, sólo una vez más, sólo una vez más.

Lo que había experimentado por la noche y aquella sesión de belleza junto a Dayton me había ayudado a calmar el dolor de su pérdida, pero tan sólo era un arreglo momentáneo, como una tirita, como tomar una aspirina cuyo efecto no podía durar para siempre.

—¿Te gusta? —Preguntó con entusiasmo.

—Sí, mucho.

—Me alegro. —Me abrazó.

—Gracias por todo, Dayton. —Ella pareció algo dolida.

—Lo dices como si fuese una despedida.

—No puedo quedarme aquí para siempre, aunque quisiera. He de volver con mi gente.

—Eres la consejera del Rey, ¿verdad? —Suspiró— No, no puedes quedarte. —Apretó sus brazos en torno a mí, sin dejar de mirarnos a las dos en el espejo. —¿Crees que hay alguna explicación lógica a esto? —Apuntó al cristal frente a nosotras. Pensé en el sueño que tuve, en cómo todos los recuerdos de mi antigua vida se habían despertado, pero preferí no explicarle nada.

—Puede que la haya, pero aún no la he encontrado.

—Si la encuentras, ¿me lo dirás?

—Seguro que sí. —Hice una pausa para pensar. —¿Si lográis encontrar el cuerpo de mi marido, me lo comunicarás de alguna manera?

—Por supuesto.

Soltó su cálido abrazo. Estar cerca de ella era muy cómodo, como pasar el día en pijama a solas conmigo misma, sin salir de la cama. El extraño morbo del día anterior se había disipado. Comprendí que sentía por ella un afecto fraternal, que seguramente se estropearía si pasásemos mucho tiempo juntas.

—Bueno, pues tendré que dejarte ir. —Suspiró. —Te daré algo de ropa y algunos cachivaches para que te vistas, y te enviaré en mis carruajes junto con el resto de tu grupo, para que podáis embarcar. Recibirás más detalles una vez a bordo. Mi consejo estará ahora mismo terminando de prepararlo todo y creando un anuncio para el pueblo.

—No sé cómo podré agradecértelo.

—Deborah, no te preocupes. Poder conocerte ha sido tan revelador para mí... —se detuvo, como si de repente le diese vergüenza lo que estaba diciendo. Me abrazó una vez más. —Volveremos a vernos, ¿verdad? —preguntó.

—Tendrás que venir a conocer Miurgel.

—Si así puedo verte de nuevo, lo haré.

Soltamos el abrazo en forma de despedida y enseguida me dejó todo listo para prepararme, tal y como prometió.

Sidgrid fue el primero a quien vi cuando por fin me reuní con mis compañeros, en los muelles de Sauda, donde nos esperaba un bergante de

aspecto muy nuevo, estilizado y robusto. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, se me removi6 el est6mago y sentí náuseas. Cuanto más le miraba, más detalles de su otro yo volvían a mi memoria. La forma de su cuerpo bajo la ropa, las cosas que me llamaba, su sonrisa triunfante, la misma que ahora me ofrecía su contrapartida. Y sus rabietas y sus insultos, su habilidad para intentar herirme directamente en mis puntos débiles. “¿Eres idiota? ¿Vas a dejar que Sam haya muerto en vano?” Me había dicho el día anterior, delante de todos. Me enorgullecí de haberle frenado en seco, pero no estaba satisfecha. Sidgrid nunca había sido completamente de mi agrado, pero ahora que sabía por qué, no tenía la energía de seguir relacionándome con él. Mi realidad sin Sam ya era lo suficientemente dura.

—¡Aquí está! ¡La responsable del triunfo de Miurgel! ¡¡Ueee!! —Animó en cuanto estuve lo suficientemente cerca, y comenzó a aplaudir. Los demás se unieron al unísono, incluso Gwen me sonreía sinceramente. Sonreí, pero los músculos de mi cara tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo para conseguirlo. —No habríamos conseguido esto sin ti. Siento haber dudado de ti en el último momento.

—Ajá. —Me vino una arcada. —Eh... oíd, no quiero ser aguafiestas, pero no me encuentro muy bien. ¿Podríamos embarcar de una vez?

—Está muy pálida, Sidgrid, creo que tiene razón. —Le dijo Gwen, a quien jamás había visto tan preocupada por nadie, y entonces pidió a Valeria que le ayudase a llevarme a bordo. Aquello era algo nuevo.

Dentro del barco nos esperaba tripulación Saudánica, que nos trató como pasajeros de primera clase. Al fin y al cabo, éramos un Rey, su consejera y su guardia. Y la médica.

La construcción de aquel barco también era diferente a los nuestros. Por ejemplo, contaba con una planta entera llena de camarotes de verdad, sobre cubierta que se comunicaban por un pasillo interno, y cada uno teníamos uno asignado, el mejor para Sidgrid.

Cuando entré a mi camarote, me lo encontré decorado con primor, con una amplia y mullida cama, un tocador, un escritorio con dos sillas, tintero y papel, tres barricas de vino y una pequeña alacena con vasos y copas. Tenía incluso una pila para lavarme y mi propia letrina (con tinaja desmontable). Cada detalle estaba cuidado para optimizar el espacio al máximo. Debajo del tocador, me encontré un arc6n lleno de los regalos que Dayton me había dejado y me pregunté cuándo había tenido tiempo de prepararlo. Ropa, joyas,

cosméticos y perfumes de calidad y de aspecto realmente caro. Aunque eran de mi gusto, aquellos regalos me parecieron demasiado. Nuestro reino era patético en comparación con tanto lujo. O tal vez, era demasiado pobre. Seguramente, las cosas serían mucho mejores de ahí en adelante. Pensar en eso, me hizo sentir muy bien, al fin. Decidí tan sólo disfrutar del viaje. Me serví un gran vaso de vino rosado, me tumbé en la cama, y dejé el tiempo pasar.

Poco después alguien golpeó en mi puerta. Mi asistente me traía el almuerzo, pero había alguien más con él. Sidgrid. Traía consigo un ramillete de flores, y mi estómago se encogió de nuevo. Me pareció que había estado bebiendo, pero mientras yo apenas había tomado tres sorbos, él parecía haberse bebido toda una barrica. Se invitó a sí mismo al interior de mi camarote.

—Bueno, bueno, estás despampanante, Deborita. —“Oh, no” pensé. Él pareció esperar alguna reacción mía, impaciente. —He estado pensando, lo que ha pasado en Sauda, tú y la Monarca siendo básicamente gemelas, y lo he visto, lo he visto. —Se le apelotonaban las palabras. —Has mostrado ante todos lo que vales, creo que necesito compensártelo.

Me mantuve en silencio.

—Tal vez... ¿te interesaría ser mi esposa? —Se irguió y me miró fijamente.

—Tu Esposa.

—Sí, y serías la nueva Reina. Te he estado observando. Se te da de bien lo de ser consejera, te sientan de infarto las ropas de reina, y vaya carácter, y ya sabes cómo van las bodas, lo tienes todo.

—¡Acabo de perder a Sam! —Grité enfurecida y él abrió los ojos como platos.

—Pero piénsatelo, ahora Miurgel será un Reino pudiente y próspero y será solo gracias a ti, este puesto te pertenece por derecho, Deborah, piensa en las posibilidades. Puedes darme descendientes.

—Fuera. —Ordené con un golpe de voz.

—Lo siento mucho por Sam, mira, te he traído flores. —Dijo, tambaleándose, mientras me las enchufaba en la mano. De inmediato, se las tiré a la cara.

—¡Basta! ¡Déjame en Paz! ¡Vete! —Pisé con fuerza y extendí mis manos hasta él, que obedientemente se dejó guiar hasta la puerta.

—Bueno, quizá me he pasado, ¡pero piénsatelo! —Le cerré la puerta en las narices. A mis pies, las pobres flores languidecían pisoteadas.

Me senté en el suelo, y suspiré. Era la gota que colmaba el vaso. Gateé hasta el escritorio, y cogí el tintero y una pluma, y escribí mi dimisión del consejo. Me la guardé y pasé el resto del viaje encerrada en mi camarote, observando el mar a través de los ojos de buey.

VENTINUEVE

Me costó un buen rato salir de mi camarote cuando el barco atracó en Nao. No fue hasta que la tripulación saudánica entró para recoger mi equipaje, el cofre lleno de regalos de Dayton, cuando yo misma me obligué a levantarme de la cama. Mi asistente, al que en verdad apenas había visto, porque me había encerrado la mayor parte del tiempo, entró para ayudar a vestirme y parecía muy entusiasmado.

—¿De verdad que eres idéntica a la Monarca! —exclamó, con su agradable acento. Sonreí.

—Pero no soy ella, lo sabes, ¿verdad? —Le observé, concentrado en extender la ropa que iba a ponerme, un peto de cuero marrón oscuro, una blusa rosada y una capa con capucha.

—Sí, lo sé. El secreto está a salvo conmigo. —Rio. —Tampoco es que pueda contárselo a nadie.

—¿A qué te refieres?

—Hoy, cuando termine, voy a visitar el lugar. ¡Somos los primeros del continente que ven Miurgel! Y he estado pensando que, si me gusta, seguramente me quede aquí a vivir.

—¿Ah sí?

—Muchos creían que Miurgel en verdad no existía. ¡Pero aquí estamos!

—Sí, aquí estamos. —Suspiré.

Cuando salí a cubierta, por primera vez noté frío. El corto invierno estaba por llegar. Me coloqué bien la capucha y me arrebujé en la capa. El único miembro del consejo que seguía esperándome era Sidgrid. Me disgustó bastante, pero no podía esperar menos. Él seguía siendo el Rey, y yo, que aún no había entregado mi renuncia, seguía siendo su consejera. No le había vuelto a ver desde que le eché de mi camarote, y no se atrevió a mirarme a la cara. Me pareció muy bien. En silencio, caminó a mi lado y me acompañó hasta la escalinata para desembarcar. Noté que de vez en cuando, me miraba de reojo. Entonces, al mirar al muelle vi a Brun, con una enorme sonrisa, esperando junto a su prometido, Ozam, quien la tenía cogida del brazo. Al

mirarme, la vi ponerse de puntillas, intentando mirar detrás de mí. Sin duda, estaba buscando a alguien más, alguien que ya no estaba entre nosotros.

Según me acercaban a los peldaños, los latidos de mi corazón se dispararon y me comencé a ahogar. Apreté el pasamanos, y me apalanqué, incapaz de avanzar un paso más.

—Si te detienes ahora, va a sospechar. —Susurró Sidgrid. —Avanza, ve a abrazarla.

Tragué saliva, mis manos empezaron a sudar y se deslizaron por la barandilla. Pero recuperé el coraje y al fin, pisé el suelo del muelle.

—¡Deborah, me dicen que lo habéis conseguido! —Soltó a su prometido y me rodeó con sus brazos. La capucha se me deslizó hacia atrás, y enseguida, su expresión cambió. —Te has rapado la cabeza. —Miró a Sidgrid con los ojos entrecerrados. —¡No, Sam No!

—Lo siento, no lo ha conseguido. —Respondió él.

¿Cómo lo había adivinado? Ansiosa e incapaz de hablar, cerré los ojos, escuchándola sollozar, mientras me apretaba entre sus brazos y empapaba mi cuello con sus lágrimas.

—Nos atacaron en la costa de Sauda y él fue herido sin que nos diésemos cuenta. No pudimos ayudarle, no teníamos medios. —Sid continuó explicando. —Murió en los brazos de Deborah.

—¿Sufrió mucho? —Preguntó en voz baja.

—No, sólo cerró sus ojos, y se durmió en mi regazo. No le solté en ningún momento. —Respondí.

—Tuvo un entierro en el mar, en el viaje de vuelta. —Mintió Sidgrid. Le miré disgustada por ello, pero comprendí que, al fin y al cabo, era lo mejor que podíamos decirle. No tenía el valor de contarle que en verdad habíamos perdido su cuerpo. Técnicamente, decir que tuvo un entierro en el mar, era lo correcto. Pude ver un poco de tranquilidad en la cara de mi amiga, que de por sí estaba desfigurada por el dolor, así que preferí ceñirme a esa versión.

—¿Os casasteis a bordo? —De nuevo, sabía bien lo que había pasado, sin necesidad de que le dijese nada.

—...Sí. ¿Pero cómo lo sabes? —Brun se separó de mí, limpiándose las lágrimas y enseñándome una pequeña y triste sonrisa.

—En Miurgel tenemos la tradición de afeitarnos la cabeza cuando nuestra otra mitad muere —Explicó Sidgrid, y se pasó la mano por el pelo corto. Recordé haberle visto con pelo largo en todos los cuadros, y el relato que me

contó, de cuando conoció a su Reina. —¿Te lo has hecho y no lo sabías? Ahora todo el mundo sabe que eres una viuda.

Bajé la cabeza, y no respondí.

—Guapa, ya me imaginaba que algo iba a pasar entre vosotros. —Susurró Brun, tranquilizadora. —Sam me contó antes de embarcar que quería declararse a bordo, y lo que surgiera. Te quería mucho. Me alegro de que le dijese que sí y que al menos, tuvieseis momentos bonitos juntos antes de...

—Los tuvimos. —Mi voz sonó ronca.

Nos quedamos abrazadas un largo rato, mientras Brun lloraba en silencio. Yo ya no podía hacerlo, mis ojos se habían quedado secos tras el viaje.

—Brun, —nos interrumpió Ozam, tras un carraspeo. —Brun, pequeña, ¿no nos esperan en el hotel?

—¿En el hotel? ¿Han llegado ya los supervivientes? Cómo es posible, si salimos todos al mismo tiempo y nuestros barcos... —Sidgrid miró alrededor, analizando las naves atracadas en el muelle.

—Uno de nuestros barcos pudo volver. —Contestó el pelirrojo.

—¿El Bianchi? —respondió Sidgrid— No pensé que fuese capaz de hacerlo, ¡Nos embistieron!

—Se ve que hubo suerte, aunque no creo que pueda salir a flote nunca más. —explicó Ozam.

—Bueno, como sea, son buenas noticias. Sin embargo, no creo que Deborah pueda acompañaros al hotel. Tiene que volver junto conmigo a Palacio, para una reunión del consejo.

—¿Lo dices así, sin consultarme antes? —repliqué.

—Bueno, no debes olvidar tu responsabilidad ante el consejo, debido a tu puesto y tu papel en todo...

Me enfadé. Solté a mi amiga y rápidamente encontré la carta en mi bolsillo. Avancé un par de pasos, y se la entregué.

—Ya no. Seguro que puedes contar la historia tú solito. Renuncio.

Alcé la barbilla, harta y llena de dignidad, y me coloqué de nuevo la capucha. Volví hacia Brunilda.

—Vamos.

Caminamos los tres juntos, dejando al Rey atrás. Cuando nos alejamos lo suficiente del muelle, pude echar un vistazo por encima del muro de Nao y observar todas las nuevas embarcaciones, bullendo mientras descargaban su carga y los tripulantes de Sauda ponían pie en nuestro Reino por primera vez.

Algo alejada se encontraba la Bianchi, que parecía un esqueleto, una nave fantasma, así como estaba: escorada, con las velas retiradas y una gran brecha en cubierta. Que hubiese sido capaz de volver parecía un auténtico milagro.

Con la capucha puesta, la gente que se nos cruzaba no me prestaba atención, ni me reconocía. Por sus caras llenas de ilusión y esperanza, sabía que se dirigían al puerto, a comprobar con sus propios ojos que era cierto, que habíamos vuelto con nuevos barcos extranjeros, que veníamos cargados de suministros y cosas nuevas, que nuestra misión había sido un éxito. Yo tan solo agradecía poder recorrer de nuevo aquellas limpias y sencillas calles, cruzar aquellos puentes, respirar aquel aire, pisar tierra firme.

El hotel, de nuevo se había convertido en hospital, y al entrar me pareció mucho más activo que la vez en que fui a visitar a Ozam, que ahora me acompañaba junto con Brunilda. Subimos hasta la tercera planta, y abrieron la puerta de una habitación, que parecía normal, con tan solo una cama, en la que mis ojos se posaron enseguida y mi corazón dio un brinco en cuanto vi aquel pelo rubio.

Craig estaba ahí, recostado sobre los muchos cojines que le habían colocado a la espalda, para que estuviese más cómodo. Intentó erguirse al vernos entrar y desistió con una mueca silenciosa. La parte de su cuerpo que no estaba cubierta por una sábana, lo estaba por multitud de vendas.

—Cuidado, campeón, que te desmontas —Saludó Ozam, que se quedó de pie a su lado, cerca del cabecero de la cama. De entre su ropa asomaban también vendajes, y me di cuenta de que no podía cruzar todavía bien los brazos.

—He visto días mejores. —Respondió con una sonrisa. A pesar de su mal aspecto, su voz no había cambiado.

—Pero ¿quién más ha venido a verme? —Me acerqué a los pies de la cama. —¡Debbie! La más preciosa Sirena del mar. ¿Entiendo que lo hemos conseguido?

—¿Qué te ha pasado? ¿Es muy serio? —Pregunté, sin responder a su pregunta.

—Me han pasado muchas cosas, esquivé balas, he recibido algunas cuchilladas, astillas, ya te lo imaginarás. Pero lo peor fue cuando intenté apagar fuego en los mástiles. Se quemó mi casaca, se reventó mi pipa,

maldita sea... No volveré a encontrar otra como esa. —Divagó. —Y los palos se me cayeron encima.

—La moraleja, es que nunca debes hacerte el héroe. Dímelo a mí. —Bromeó el novio de Brun. —Ahora los dos tenemos heridas similares.

—No los vi venir, no, literalmente, cuando el barco de esos cabrones nos embistió, yo no me había dado ni cuenta. Estaba seguro de que escaparíamos, de que podríamos hundirles a cañonazos, ¿cómo pude no ver una embarcación de ese tamaño tan cerca?

—No le des más vueltas, Craig, nos atacaron a traición. —Le consolé— Además, tras eso los de Sauda empezaron a abordarnos.

—Debbie, ¡Estuve tan cerca! No pude hacer nada, no pude salvar al barco ni a los que fueron atacados y no es la primera vez que me ocurre. Es la segunda vez que perdemos un barco únicamente por mi incompetencia. —Cerró los ojos y apretó un puño frente a su rostro.

—Craig, Craig, no sirve de nada que digas esas cosas. —Intenté animarle, apretando cariñosamente su pie derecho por encima de las sábanas, pero el pareció no haberse enterado. Lo apreté de nuevo, y me entró cierto pánico cuando no vi reacción suya.

—Eh, aún puedes jugar con éste otro pie. —Sacudió la pierna izquierda y se rió ante mi cara de horror.

—¿Cuándo te la amputan, mañana? —Preguntó Brun, con toda tranquilidad.

—Si tienen tiempo, eso me han dicho. Venga, Deb, no te preocupes, es sólo una pierna, podré vivir con ello. —Me miró directamente a los ojos, como solía hacer en nuestros momentos íntimos, que ahora me parecían tan lejanos. —¿Dónde está tu marido? Es raro que no haya venido contigo, ¿Está en otra planta? Igual puedo ir a visitarle.

Brunilda miró de reojo a Ozam, y ambos se reunieron detrás de mí.

—Si nos perdonáis, tengo que llevar a Ozam a que le den sus curas y a que le den un poco más de bebida para el dolor. —Dijo ella y se esfumaron, dejándonos hablar a solas. Sin embargo, sin su apoyo no tuve valor para explicarle nada en voz alta. Tomé aire, me senté cerca de él en la cama e intentando que quedase casual, me bajé la capucha. Si lo que me habían explicado anteriormente era cierto, con aquel gesto sería suficiente. En efecto, la cara de Craig cambió de inmediato.

—Oh, no, mi hijo, ¡No! —“Mi hijo” había dicho.

—¿¡Qué!?! —Él se tapó la cara con sus manos vendadas. No hizo ruido, pero le podía ver agitarse por el dolor. Pensé de qué manera podía justificarse lo que acababa de escuchar, Sam era anacrónico, igual que yo, todo lo que él me había enseñado, los cachivaches del círculo de ancianos, todo lo verificaba. —Te refieres a que para ti era como un hijo, ¿no? —Pregunté, con la esperanza de que quizá me estuviese precipitando.

—No, Deborah. Todo eso es falso, Sam era hijo mío. Maldita sea. —Sus manos temblaron históricamente frente a su rostro, congestionado de pena y rabia.

—Pero Sam era anacró...—Insistí.

—Sí, ya, anacrónico, eso fue lo que le contamos a todos, cuando dejé preñada a Lana.

Como si se hubiese caído un velo frente a mis ojos, de repente fui capaz de ver todas las semejanzas. El color de pelo, la forma de sus ojos, los labios, algunos gestos. Por supuesto que eran padre e hijo, ¿cómo había sido incapaz de darme cuenta? Se me revolvió el estómago, y la sensación no se me iba al escucharle hablar.

—Ya te lo conté, yo fui muy precoz, ya te lo dije, era un adolescente muy salido. Mentía siempre sobre mi edad, porque por suerte mi apariencia me daba la razón. “Tengo diecinueve, casi veinte”, les decía para llevarme a la gente al catre, y muchos se lo tragaban. Cuando pasó yo tendría quince años. En cuanto Lana supo la verdad, entendió que yo no era lo suficientemente maduro como para ocuparme de un niño y lo tuvo sola. Para que Sam nunca echase de menos a su padre, le contó esa historia. Como ves, él se la creyó hasta el fin.

—Todos lo creíamos. ¿Quién más lo sabe? ¿Lo sabe Brun?

—No, Lana se llevó el secreto a la tumba. Aparte de mí, sólo lo sabían sus padres, pero ya eran muy mayores cuando ocurrió. Ella era ya madura, ni siquiera pensó que podría quedarse preñada.

—¿Y tus padres? ¿Qué opinaron ellos?

— Deborah, aquí no he tenido padres. Yo soy el anacrónico. Llegué aquí con diez años. Era el niño prodigio, el empollón de clase, pero no era muy listo, en verdad. Quise gastarle una broma a mi hermano pequeño tras el colegio, y le robé el triciclo, corrí con él hacia la carretera y no vi al camión acercarse. Entonces, cuando pensé que había muerto, aparecí aquí. Todavía tenía el triciclo agarrado entre mis manos.

—Otra mentira más. ¿Cuántas más me has contado? Sabías que me gustaba tu hijo y seguimos liándonos, ¿Cómo pudiste?

—Mi sirena, sabes tan bien como yo lo que siento por ti, y que te dejé en cuanto las cosas se volvieron serias.

— ¡Pero tú sabías que era *tu hijo* y seguiste follándome! ¿¡Por qué no me lo dijiste al principio!? ¿Qué clase de perverso eres?

Él sacudió la cabeza. Parecía tan débil que casi me dio pena seguir acosándole a preguntas.

—Te lo dije antes de embarcar, por si no nos volvíamos a ver, ¿no lo recuerdas? ¡Te quiero con locura! ¡Te amo! Y siempre quise que fueras feliz. Te mentí cuando te dije que no quería nada serio, lo hice para protegerte de mí, del inútil que soy. Sé que he cometido errores terribles, pero estoy harto de cargar con todo ello. ¿Por qué no pude haberme muerto yo en vez de mi hijo? ¿No te hubiera hecho feliz? ¡Dímelo!

—¡Basta! —Protesté, con los sentidos embotados y las náuseas llevándome al extremo.

Salí corriendo de la habitación, pasando por delante de Brunilda y Ozam que charlaban seriamente con los médicos, ajenos a lo que había ocurrido dentro de la habitación, y vomité en un cubo limpio que encontré en el pasillo.

TREINTA

Mi corazón estaba roto y podrido. Mi capacidad de discernir entre los miles de diferentes emociones que me abrumaban, se había atrofiado. Quería alejarme de todo el mundo, pero a la vez, tampoco quería quedarme sola. Detestaba la idea de “ser yo”.

Tan sólo quería recuperar el control sobre mi vida.

Solo podía hacerlo un paso cada vez.

El primer paso, consistió en volver a visitar a Craig tras su cirugía. Y volver al día siguiente, y al siguiente. Aprendí de la enfermera a limpiar su herida y cuidarle mientras se recuperaba de su amputación, del mono de sus hierbas, mientras seguía en el hotel y al igual que yo, mientras se recuperaba de la pérdida de nuestro Sam. Cuando pude volver a dirigirle la palabra, los dos comenzamos a hablar por horas. Yo le pedía historias de todos los años de Sam que me había perdido, de cómo él había supervisado su vida desde la distancia, como si tan solo hubiese sido un amigo más.

Acabé instalándome en su misma habitación, en el hotel, porque me compensaba por la cantidad de horas que pasaba a su lado y porque Brunilda ya no me quería acoger en su casa. Aunque jamás se atrevió a decírmelo a la cara, me culpaba de la muerte de Sam, y con la llegada de Ozam a su vida, había encontrado la excusa perfecta para librarse de mí. No se lo podía reprochar. Le deseaba la felicidad que el destino me había arrebatado a mí.

Cuando Craig estuvo lo bastante recuperado como para volver a casa, los Ancianos vinieron a buscarle, para invitarle a entrar al Círculo. Prometieron darle un buen alojamiento y todas las comodidades que quisiese, para disfrutar de su retiro y ayudarlo a escribir su historia. Como era de esperar, y hasta creo que los mismos Ancianos se lo olían, él se negó rotundamente. Al despacharles, me invitó a mudarme con él. Acepté. No tenía otro lugar a donde ir. No quería estar en ningún otro lugar.

Me descubrí incapaz de guardarle rencor, me rendí de nuevo a sus muestras de cariño. Volví a estar cómoda a su lado, igual que al principio. Ahora, él era mi familia. Tal vez algo más. En mi corazón desfigurado,

aquello me parecía bien. Craig me quería de verdad.

Poco tiempo después de volver a la casa de Craig en Nao, el antiguo casero de Sam se presentó frente nuestra puerta, con un carromato cargado con sus pertenencias. No era mucho: su ropa, su guitarra, sus cuerdas, todos sus libros, documentos y cuadernos. Lo llevamos todo a la oficina de Craig, donde pasaron a engrosar su colección.

Él me preguntó si quería revisar todo aquello, pero yo en su momento, me negué. Tenía miedo de olvidar que Sam alguna vez fue real, miedo de verle tan sólo como un personaje más en una historia, de quedarme tan sólo con los recuerdos y las memorias escritas y olvidarme de cómo era él de verdad, miedo de olvidar los detalles que las letras no podían expresar, la verdadera esencia de él que ahora me faltaba y que se había desvanecido entre mis brazos, al otro lado del mar.

Con el paso de semanas, las cicatrices de Craig se fueron curando muy bien. Enseguida encargó una prótesis, con la que comenzó a moverse casi de inmediato. Gracias a ello, de no ser por todas las veces que salí con él al exterior, para ayudarle a caminar y acostumbrarse a la vida con su nueva pierna, no me hubiese movido de casa. A Craig le gustaba mucho visitar a sus amigos, como Elsa, quien se había vuelto muy dulce conmigo tras todo lo ocurrido, Ezio, que se recuperaba de sus heridas, pero no de su trauma, a Lavender, que había vuelto sana y salva, junto con más supervivientes, muy poco después de que nosotros hubiésemos partido a Sauda y había crecido de golpe, y en ocasiones a Sidgrid.

No le conté a nadie lo que había recordado de mi anterior vida. Aún a pesar de que todos habían aceptado el hecho de que Dayton y yo fuésemos como gemelas por “caprichos del destino”, no me atrevía a explicar que había ocurrido lo mismo con Sidgrid y mi antigua vida. Me daba vergüenza que supieran de la relación íntima que había tenido con su doble, me seguía avergonzando todo lo que se revolvía alrededor de mi y mis relaciones. Y no entendía el significado de todo aquello.

¿Había acaso alguna razón por la que precisamente yo había llegado a Miurgel en aquel momento? ¿Había tal vez algún ente detrás de todo eso? ¿Formaba parte de algún plan? Pensar en ello aun me sigue produciendo dolor de cabeza. Me sigue aterrando. Como pensar en el infinito. Pero intento no pensar en ello, cuando me tengo que volver a enfrentar a Sidgrid. Tan sólo sonrío y finjo.

Pero, en fin, de lo que más disfrutaba cuando Craig y yo salíamos a pasear, era cuando íbamos a dar vueltas por los muelles, donde podíamos respirar el aire nuevo y cargado de especias del continente, y observar la cantidad de gente nueva que había empezado a llenar de vida sus pasarelas, que antes estaban tan desiertas. Nos entreteníamos observando a los visitantes, con sus ropas arcaicas y sus miradas brillantes, mientras exploraban anonadados nuestras pequeñas Islas, como si se tratasen de un paraíso increíble. A veces, era hasta enternecedor.

Y es que en cuanto Miurgel empezó a comerciar con Sauda, las cosas se volvieron muy interesantes. En un principio, pensábamos que, salvo nuestro dinero para comerciar, nuestras islas no tenían nada que ofrecer, pero nos equivocábamos, nos equivocábamos de pleno. Los Miurgelitas estábamos tan acostumbrados a los avances tecnológicos que habíamos aportado los anacrónicos, que no éramos conscientes de que cosas tan simples para nosotros, como la ropa interior, o el agua caliente, eran grandes desconocidos en tierra firme. Poco a poco, aquellas ideas fueron siendo exportadas a cambio de mucho, muchísimo dinero, primero a Sauda y después por el resto de reinos, hacia el norte.

También de repente, nos habíamos convertido en un destino turístico. Los primeros saudánicos conocieron el hotel y sus baños termales mientras todavía estábamos atendiendo a nuestros heridos, y antes de que pudiésemos desalojar todas las habitaciones y enviar a los pacientes a sus casas, para acomodar a los primeros visitantes, se corrió la voz de que en el hotel se daban tratamientos de salud, que nuestras aguas eran milagrosas y que además curaban enfermedades. No era cierto del todo, pero a los turistas les daba igual. Pronto comenzaron a venir más y más, queriendo mezclar los masajes y las piscinas naturales con curas de salud. También venían interesados por nuestra “paradisíaca” playa de Umi, por las vistas de los acantilados del resto de las islas, por nuestra exquisita forma de preparar el pescado, y por lo exótico de nuestro acento y forma de vestir.

Incluso nuestras tormentas, aun siendo peligrosas, se habían vuelto un atractivo más. A mi me parecía que aquellos que querían vivirlas, estaban locos, pero aquellos locos generaban muchos beneficios.

Había tan solo una cosa que, por consenso, todos en Miurgel manteníamos en secreto, en una suerte de protección contra los turistas y porque ni siquiera nosotros teníamos todas las respuestas. Por qué existíamos

los anacrónicos, y por qué aparecíamos durante las tormentas. Todos nosotros teníamos preparadas historias sobre infancias y familias falsas, que, por regla general, habían muerto en el mar. La mía no se diferenciaba tanto de la realidad: se supone que soy hija de una pareja acomodada de Nao que se hizo a la mar y no volvió jamás. Mis padres se desentendieron de mí cuando se retiraron a su pequeño yate de lujo en Margate. ¿Me echarían de menos alguna vez?

No creía que fuese así.

Yo no les echaba de menos. Tan sólo había una persona a la que echaba de menos.

Fingía ser feliz, no podía dejar de pensar en él. En todos los momentos que no íbamos a pasar juntos. En todos los besos que le daba a Craig, y las veces que nos revolcábamos en la cama, mientras mi corazón deseaba estar haciéndolo con su hijo. Pero su hijo ya no estaba ahí y yo me sentía como la peor escoria del universo.

A veces volvía a llorar, pero jamás permitía que Craig me viese así. Quería fingir ser feliz, para no hacerle daño. Otras veces, como aquella, entraba en el estudio, donde guardábamos la guitarra de Sam, y torpemente, intenté tocar alguna de esas canciones que solíamos cantar juntos, cuando la vida era hermosa. Sin práctica, era pésima, aunque eso no me hacía desistir. Abrí el cuaderno de sus anotaciones musicales y empecé a tocar los acordes.

Por la falta de práctica, mis dedos ni siquiera acertaban a apretar correctamente las cuerdas, que sonaban ahogadas y chirriantes, pero me daba igual. No tocaba para nadie más que para mí misma, y al abrir la boca para cantar, dejé que mis emociones se escapasen, sin límites. Canté desgañitándome, llamándome a mí misma idiota en una canción, y después cantando “Ironic”, y mientras lo hacía, sentí un calambre en el vientre, y otro más, mucho más fuerte. Paré y dejé la guitarra rápidamente en el suelo, apoyada contra la estantería, más o menos donde siempre la solía colocar. Los calambres volvieron y me puse las manos sobre mi enorme barriga. Pude tocar un piececito que me estiró la piel desde el interior. Era la primera vez que me ocurría.

—¿Te están dando patadas? — Me sobresalté.

—¡Ah! ¡Estás aquí! No te había visto entrar. —Craig se sonrojó y me hizo sonreír.

—Ya falta menos. —Dijo, mimándome con su mirada. — La doula dijo

que necesitas reposar, con esa barriga tan grande. Tienes dos latidos de corazón por los que preocuparte, mi sirena tienes que cuidarte. —Me encogí de hombros.

—Vale, te haré caso.

Él me besó y me acompañó hasta nuestra habitación, con una mano demasiado cerca de mi culo. Sobre la cama, me encontré con algunos papeles. Con solo un pequeño vistazo, supe que eran cosas de Sam, entre ellas, un sobre lacrado. Craig lo recogió todo con cuidado y lo dejó en la mesilla de noche, todo, excepto el sobre lacrado.

—¿Qué es eso? —Pregunté.

—Si no me equivoco, es el testamento de Sam.

—¿Testamento?

—¿Por qué te sorprende? Todos componemos nuestro testamento antes de cada viaje, ¿No lo hiciste tú? —Me explicó, entre sorprendido y condescendiente. Yo me encogí de hombros de nuevo. — ¿Quieres que te lo lea?

—Sí, por favor. —Él se sentó ágilmente a mi lado en la cama, rompió los sellos y desplegó el documento, sujetándolo de manera que yo también pudiese leerlo si quería. Una vez cómodo, y tras aclarar su garganta, comenzó a leer.

“En la isla de Umi a día 23 del mes de Baitemar, en el año 19 del reinado de Sidgrid I, hallándome rebosante de salud y en plenas capacidades de mi mente, yo Sam Émile Doe aparecido en Miurgel el día 29 del mes de Okawan en el año 47 del Reinado de Dengeir II de Miurgel...”

Suspiró, su cumpleaños hubiera sido hace cinco meses. Hizo una pausa, tomó aire para calmarse y continuó leyendo.

“...expreso por este medio mi voluntad y testamento.”

» *“Es mi deseo denominar como herederas de todos mis ahorros, los cuales han de dividirse de forma equitativa, a Brunilda Kretchen, mi medio hermana, y a Deborah Cortez, quien se ha convertido en pieza clave en mi vida y a quien guardo con mucho cariño en mi corazón.” — Carraspeó— “Las dos podrán recoger mis ahorros presentando este documento a Prasad Tamboli, quien amablemente ha guardado mis*

ahorros durante mi vida de empleado. Es también mi deseo que toda mi colección de libros y cuadernos, así como mis documentos manuscritos e instrumentos musicales pasen a ser posesión de, y por este orden de prioridad, Deborah Cortez, o del Capitán Craig Lacy de la Marina de Miurgel. En caso de no estar ninguno de los dos disponibles, ruego que todos estos conocimientos sean donados al Círculo de los Ancianos, donde sabrán tratarlos con el correspondiente cuidado.”

» *“Por último, en caso de que Deborah Cortez me sobreviva, ruego que abra el mensaje que dejé escrito en su cuaderno de escritura y siga las instrucciones descritas en su interior. En caso de que eso no sea posible, prohíbo que nadie más abra ese documento, y que éste sea destruido.”* —Craig inclinó la cabeza y los dos nos miramos extrañados. — *“Sin nada más que declarar, deseo que aquellos que me sobrevivan sean felices en mi ausencia. Ha sido un honor compartir mi vida con vosotros. Sam Émile Doe.”*

Terminó de leer, mirándome con ojos enormes y tristes.

Los dos nos quedamos un momento asimilando el contenido del testamento.

—¿Qué te dejó escrito Sam? —Me preguntó. Sonreí, casi lo había olvidado, porque hacía meses que no abría aquel cuaderno. Lo había dejado enterrado debajo de todas mis cosas en uno de mis baúles.

—Espera, te lo enseñaré. — Respondí, y pesadamente, me levanté de la cama y fui al fondo de la habitación, donde había colocado mis tres baúles cuando la ordené, al mudarme junto a él. Abrí el baúl del medio, me arrodillé y hurgué con la mano. Enseguida, noté el tacto del cuaderno, lo recogí y volví con él a la cama.

Con sólo abrir la tapa trasera, encontré las páginas que él había sellado con lacre y sobre las cuales había dibujado torpemente un gato. Craig alargó la mano hacia el cuaderno y me ayudó, rompiendo los lacres con su pulgar. La página se despegó, revelando una carta doblada en su interior. La desplegamos, y comenzamos a leer.

“Deborah, si estás leyendo esto es porque has terminado tus clases conmigo (en tal caso, enhorabuena, ¡estoy orgulloso de ti!), o porque me ha sucedido algo.

No te lo digo, porque no me atrevo, pero cuanto más te conozco, sé que los dos juntos podremos llegar a hacer cosas increíbles. Como confío en que eso va a ser así, quiero hablarte de algo muy importante para mí. Seguramente que desde que has llegado aquí, tienes muchas preguntas sobre Miurgel. ¿Por qué no crecen árboles ni plantas nuevas? ¿Por qué las tormentas son tan raras? ¿Por qué hay playa solo en una isla? ¿Por qué los anacrónicos venimos aquí cuando estamos a punto de morir?

No eres la única que se lo pregunta. Yo también lo hago, lo he hecho desde que tengo recuerdos. Pero estoy trabajando para encontrar todas las respuestas. Lo estoy investigando, y a estas alturas, creo que tú también podrás colaborar conmigo. ¿Te animas?

Tan sólo, ¡dímelo! ¡Di que sí!

Pero si no estoy aquí cuando leas esto, te explicaré el lugar donde encontrar mi investigación. He escondido mi cuaderno en las tapas de un libro muy antiguo y he añadido una cerradura. Por la manera en que lo he hecho, es fácil de confundir, pero ahora que sabes leer (o eso espero) lo encontrarás sin problemas. El libro se llama “Teoría terránea de las cuerdas y la melodía aplicada”. Para abrir la cerradura, encontrarás mi llave en la caja donde guardo las cuerdas de mi guitarra.

Prométeme que sólo abrirás el cuaderno si tienes la intención de continuar con mi investigación, hasta el final, pase lo que pase. Y protégelo de manos ajenas, no sabemos a lo que nos enfrentamos, y no quiero que nadie más resulte herido por culpa de esto.

Deborah, hada, confío en ti. Si nos vemos de nuevo, hay algo más que quiero decirte, pero prefiero que sea en persona. Si no te vuelvo a ver, te deseo que seas feliz.

Siempre seré tuyo y estaré a tu lado, desde donde sea.

Sam.”

—Esto... ¡Esto es por lo que murió Seffora! —Exclamé.

—¿Sabías algo de esto?

—Sam me habló de ello por encima una vez.

—¿Y Seffora murió por esto? —Craig frunció el ceño.

—Fue un accidente, mientras investigaban. Estoy segura que Sam escribió sobre ello. — Agité la cabeza, entusiasmada y me levanté de la cama.

—¿A dónde vas?

—Voy a encontrar el cuaderno.

—Deborah, tienes que descansar. —Me riñó. — ¿No te estás emocionando demasiado? —Sacudió la cabeza y se limitó a seguirme por el pasillo hasta la oficina.

Busqué en la estantería, entre los libros que habían pertenecido a Sam. Había muchos muy similares, y tuve que leer todos los títulos antes de localizarlo. Era un tomo grueso, idéntico a otros, de la misma colección, con las tapas de cuero, teñidas de un azul desvaído.

Lo saqué de la estantería y lo contemplé. Aún cerrado, se podía distinguir la parte que había sido utilizada, de las páginas aún blancas y nuevas, que ocupaban algo menos de la mitad. Me hubiese gustado poder ojearlo, pero estaba cerrado por una correa, del mismo cuero duro con que estaba encuadernado, asegurado por un pequeño cerrojo que necesitaba una llave, tal y como decía en su nota.

Ahí dentro estaba su investigación. Apreté el cuaderno entre mis manos, resistiendo la tentación de hundir mis uñas en el cuero. Lo alcé frente a mi rostro, escudándome detrás de él.

—¿Estás segura de que quieres leer lo que hay dentro?

—Si Sam tomó tantas precauciones para que nadie más que yo encontrase esto, es porque realmente es importante. Por supuesto que quiero abrirlo, quiero continuar su legado, quiero honrar su memoria y cumplir su voluntad. Se lo debo, es lo mínimo que puedo hacer.

—Pero Seffora murió por esto. No quiero que a ti te pase nada, no podría soportar perderte a ti también. Además, Sam estaría muy feliz ahora mismo, sus niños han empezado a moverse. Eso es también continuar su legado.

Dentro de mí, mis bebés se movieron como pececillos, robándose mi atención. Craig vino a mí y acarició mi vientre, intentando sentirles por encima de mi ropa. Buscó mi mirada.

—Sabes que sólo me preocupo por tu bienestar y el de mis nietos.

—Tus nietos. —Me encogí. — Cuando les llamas así, todo esto me

parece muy extraño.

—Pero son hijos de Sam, no míos. Volviste embarazada del viaje, ¿no?
—Le di la razón.

—Y ahora me acuesto contigo. ¿En qué posición me deja esto? —Él chascó la lengua.

—El ya no está, Deborah. Deja de atormentarte, tienes que seguir viviendo. Si no es por ti, hazlo por mis nietos.

—Otra vez...

—Deb, no hay nada malo en lo que hacemos, sabes que nadie le impide a quien ha enviudado que rehaga su vida cuanto antes. Sabes lo que siento por ti.

—Pues si quieres hacerme sentir mejor, podrías empezar a tratar a estos bebés como si también fueran tuyos... —Dije sin pensar, y la cara de Craig se iluminó.

Casi había olvidado el cuaderno entre mis manos, y me precipité a volver a hablar sobre ello, tan sólo para acabar con el incómodo momento.

—Y me ayudarás a continuar la investigación de Sam. —Añadí.

—Ah... —Suspiró, se rio de medio lado y me atrajo hasta sí.

—Prométeme entonces tú, que esperarás a que los niños hayan crecido.
—Besó mi pelo y me abrazó.

—De acuerdo. —Le robé un beso, y me giré para escabullirme de entre sus brazos. Él cojeó y no pudo detenerme, cuando abrí su escritorio y saqué la caja donde Sam había dejado guardadas las cuerdas de su guitarra. La abrí y encontré la pequeña llave sin problemas.

—Deborah...

—Esperaré, pero no puedes impedir que lea lo que hay dentro.

Sus ojos me perforaron cuando usé la llave. El pequeño cerrojo se abrió con un clic.

ACERCA DE LA AUTORA

Ana Victoria Valladares Rubí nació en Centroamérica en 1986, y emigró con su familia a España tan solo meses después. Desde entonces, no ha sido ajena a viajar y experimentar diferentes costumbres y culturas.

Lectora precoz, encontró en el dibujo y la escritura su método favorito de expresión, creando desde sus primeros años cuentos, cómics e ilustraciones, y disfrutando de la música internacional. Con gran sensibilidad, siempre ha buscado reflejar en sus obras la complejidad de las emociones y las relaciones personales, el amor y el dolor y la búsqueda de lo extraordinario y mágico en lo cotidiano.

Autora de Fanfiction y relatos cortos, varios de los cuales han sido publicados online bajo diferentes seudónimos, Patio de Luces, es su primera novela. Fue inspirada por un sueño y diez años después, vio su primer borrador completado durante el NaNoWriMo de 2015.

Índice

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[DIECISIETE](#)

[DIECIOCHO](#)

[DIECINUEVE](#)

[VEINTE](#)

[VENTIUNO](#)

[VENTIDÓS](#)

[VENTITRÉS](#)

[VENTICUATRO](#)

[VENTICINCO](#)

[VENTISÉIS](#)

[VENTISIETE](#)

[VENTIOCHO](#)

[VENTINUEVE](#)

[TREINTA](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)